

Alan Furst

A person is seen from behind, walking up a staircase. The scene is dimly lit, with a strong red or orange glow, possibly from a fire or a light source. The person is wearing a dark jacket and a hat. The staircase has a dark railing. The overall mood is mysterious and somber.

**ESTRELLA
OSCURA**

Lectulandia

Ambientada en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, «Estrella oscura» narra la terrible odisea de un periodista judío nacido en Polonia. De profesión superviviente —de los pogroms polacos, de las guerras civiles rusas y, de momento, de las purgas estalinistas—. André Szara se ve forzado a participar activamente en el siniestro duelo subterráneo que, en una Europa al borde del abismo, mantienen los servicios secretos soviéticos y la Gestapo.

A lo largo de los escenarios más explosivos de la época —París, Moscú, Berlín, Praga— Szara es testigo de la imparable ascensión del nazismo y de su secreta connivencia con el régimen soviético. Situado en el ojo del huracán, observador y observado, su vida pende de un delgado hilo, porque André Szara sabe demasiadas cosas...

Historia de un hombre que lucha desesperadamente por su vida y su libertad en los aterradores años de Hitler y Stalin, esta magnífica novela de espionaje traza un panorama lúcido y descarnado de los espantosos acontecimientos de aquellos años, de la política internacional y de las vergonzantes motivaciones que dieron lugar a la pesadilla nazi.

Una obra tan apasionante como reveladora, escrita con profundo conocimiento del tema y con subyugante vigor narrativo.

Lectulandia

Alan Furst

Estrella oscura

ePub r1.0

Titivillus 20.07.2019

Título original: *Dark Star*
Alan Furst, 1991
Traducción: José Luis Fernández Villanueva
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Puede que usted no esté interesado en la guerra, pero la guerra
está interesada en usted.

LEV BRONSHTEIN, conocido como
LEÓN TROTSKI.
Junio de 1919

SILENCIO EN PRAGA

Al final del otoño de 1937, bajo la persistente lluvia que llega con el alba al mar del Norte en esa época del año, el *Nicaea*, un carguero sin itinerario fijo, se disponía a echar anclas frente a la ciudad belga de Ostende. A lo lejos, un remolcador de amarre avanzaba con lentitud entre el oleaje del puerto; el ritmo de su motor se percibía por encima del agua, sus ambarinas luces como destellos gemelos en la oscuridad.

El *Nicaea*, de 6320 toneladas, matriculado en Malta, había pasado sus primeros treinta años como vapor de cabotaje en el Mediterráneo oriental. Transportaba todo tipo de carga imaginable, de Latakia a Famagusta, vuelta a Iskenderun, luego bajaba a Beirut, después ponía rumbo norte, hasta Esmirna, y, más tarde, hacia el sur, hasta Sidón y Jaiffa. Treinta años de veranos ardientes e inviernos lluviosos, dedicados por igual al comercio y al contrabando, habían enriquecido alguna vez, pero casi siempre arruinado, a los grupos de propietarios que se fueron sucediendo, mientras la sal, la herrumbre y una larga serie de maquinistas, más entusiastas que capacitados, arruinaban el barco. En sus últimos años había sido arrendado al Exportkhleb, el organismo de la Unión Soviética para el comercio de granos, y chirriaba y gemía quejumbroso por hallarse anclado en semejantes mares, tan fríos y tan alejados.

Con la línea de flotación hundida en el agua, llevaba sin la menor gracia su carga, sobre todo trigo de Anatolia con destino al puerto de Odesa, ciudad en el mar Negro que no había visto la importación de granos durante más de un siglo. También transportaba varias partidas pequeñas: linaza cargada en Estambul, higos secos de Limassol, un bidón de acero lleno de amonal —un explosivo de minas compuesto de TNT y aluminio en polvo— destinado a una célula de sabotaje en Hamburgo, un cofre metálico con copias heliográficas de los planos de un torpedo submarino italiano, hábilmente sacadas de un centro de investigación naval en Brindisi, y dos pasajeros: un destacado funcionario del Comintern, que usaba un pasaporte holandés con el alias de *Van Doorn*, y un corresponsal en el extranjero del periódico *Pravda* que viajaba con su auténtico nombre, André Szara.

Szara, las manos hundidas en los bolsillos y el cabello revuelto por el fuerte viento procedente de la costa, permanecía al resguardo en un pasillo, mientras maldecía en silencio al capitán belga del remolcador que, al pausado ritmo del motor de su barco, se tomaba su tiempo para atender al *Nicaea*. Szara conocía a los portuarios de esa parte del Mundo; estóolidos y reflexivos fumadores de pipa, nunca alejados de la cafetera y del periódico. Imperturbables ante una crisis, se pasaban el resto de sus días haciendo esperar al mundo a su capricho. Szara adaptó el peso de su cuerpo al balanceo del barco, se volvió de espaldas al viento y encendió un cigarrillo.

Había embarcado diecinueve días antes, en puerto de El Pireo. Le habían asignado seguir la historia de *la lucha de los portuarios belgas*. Ése fue un encargo; pero tenía otro. Mataba el tiempo en una taberna de los muelles, mientras ayudaban a atracar al *Nicaea*, cuando el Hombre Más Anodino del Mundo se le acercó. «¿De dónde los sacan?», se preguntó. Rusia marca a su gente: deforma a casi todos, a algunos los hace exquisitos, por lo menos tienen una luz que brilla en el fondo de los ojos. Pero en éste, no. Su madre era agua, su padre, una pared.

—Un pequeño favor —le dijo el hombre más anodino del mundo—. Tendrá un compañero de pasaje; viaja por un asunto del Comintern. Quizás averigüe usted dónde se hospeda en Ostende.

—Si me es posible —le había contestado Szara.

En realidad la palabra *si* no podía ser empleada entre ellos, pero Szara hizo como si no lo supiera, a lo mejor el agente del NKVD —o del GRU o de lo que fuera— le hacía la merced de concederle su derecho a decidir en el asunto. Szara, después de todo, era un corresponsal importante.

—Sí. Si le es posible —le había dicho. Luego, añadió—: Déjenos una pequeña nota en la recepción del hotel. Para Monsieur Brun.

Szara deletreó el nombre para asegurarse haberlo entendido bien. Ya tenía bastante para empezar el día.

—Sólo eso —dijo el hombre.

Había tenido mucho tiempo para hacer el pequeño favor; el *Nicaea* permaneció en el mar durante diecinueve días; una eternidad de chaparrones de agua de mar helada, de bacalao salado en las comidas y de oler el humo del carbón procedente de la oxidada chimenea del carguero mientras éste cabeceaba por los mares de octubre. Szara miró de reojo a través de la oscuridad las luces del remolcador, y suspiró por algo dulce, después de tanta

sal, azúcar, un pastel de nata, lluvia en un bosque de pinos, el perfume de una mujer... Pensó que había estado demasiado tiempo en el mar. Con ironía se dio cuenta del sabor teatral de la frase y sonrió en su interior. *La mélancolie des paquebots*, eso lo expresaba mejor. Había recordado la frase de Flaubert y lo justo de su significado; todo estaba en esas cuatro palabras: la estrecha cabina con el vaivén de la bombilla colgando del cable, el olor a algas de los puertos, las lluvias sesgadas, la columna de humo negro de una chimenea en el horizonte.

La campana del barco sonó una vez. Las cuatro treinta. Las ambarinas luces del remolcador brillaron con más intensidad.

El hombre del Comintern conocido como *Van Doorn* salió de su camarote; llevaba una cartera de cuero y se acercó a la barandilla junto a Szara. Se había envuelto en ropa, como un niño vestido para un día de invierno: una bufanda de lana apretada alrededor del cuello, la gorra bien encasquetada en la cabeza y el abrigo abotonado hasta arriba.

—Una hora, y estaremos bajando por la pasarela. ¿Qué te parece, André Aronovich?

Van Doorn mostraba, como siempre, su retorcida preferencia por «el famoso periodista Szara».

—Estoy de acuerdo, si el funcionario del puerto no pone pegas —repuso Szara.

—No las pondrá. Es *nasch*.

Con esa palabra quería decir *nuestro, nos pertenece*, y su tono sugería a Szara su gran suerte de tener a tipos con el puño de hierro, como *Van Doorn*, que cuidaran de él en «el mundo real».

—Bien, siendo así... —dijo Szara, mientras reconocía la superior fuerza del otro.

Ocurría que Szara sabía quién era *Van Doorn*; uno de sus amigos en el Departamento Extranjero del NKVD se lo había señalado con desprecio en cierta ocasión durante una fiesta en Moscú. Los amigos de Szara en el NKVD eran, como él mismo, judíos o polacos, lituanos, ucranianos, alemanes, de todas las clases, intelectuales típicos que se habían rusificado. Formaban su *jvost*, algo entre banda y pandilla. *Van Doorn*, cuyo nombre real era Grigory Jelidze, pertenecía a otro entorno: georgianos, armenios, griegos y turcos rusificados; un *jvost*, con raíces en el rincón sudoriental del imperio, acaudillado por Beria, Dekanozov y Alexei Agayan. Era un grupo más pequeño que el formado por polacos y ucranianos, pero quizá con idéntico poder. Stalin procedía de él; sabían lo que le gustaba y cómo pensaba.

Desde la silueta del remolcador —una forma elevada contra el resplandor de la ciudad velada por la lluvia— los destellos de una señal luminosa empezaron a funcionar. Aquello avanzaba. Jelidze se frotó las manos para calentárselas.

—Ya no falta mucho —dijo alegre. Dirigió una sonrisita lujuriosa a Szara; dentro de muy poco tiempo iba a encontrarse con su «perfecto bollito de carne».

«Vaya con el bollito», pensó Szara. Sin ella, nunca hubiera podido llevar a cabo su pequeño favor. A pesar de que el aspecto de Jelidze no era nada atractivo —grosso a los cuarenta años, con su cabello castaño claro, cepillado y engomado, las manos pequeñas y gordezuelas jugueteando siempre con unas gafas de montura de plata de las que se sentía muy orgulloso—, él estaba convencido de que atraía a las mujeres.

—Te envidio, André Aronovich —le dijo una noche que se hallaban solos en el cuarto de oficiales, después de la cena__.

Te mueves en círculos elevados. En lo que se refiere a mi trabajo, bueno, a lo mejor que puedo aspirar es a la *frau* de algún tendero alemán, una Inga gorda, de manos rojizas, y luego, lo más probable, es que uno se gane una patata extra y un beso robado en la cocina. ¡Ah, pero un hombre de tu posición...! Para ti son las hijas de los profesores y las esposas de los abogados; esas perras delgaduchas y calientes que no pueden dejar solo a un periodista. ¿No es así?

Szara había llevado vodka a la fiesta, y también *brandy*. El inmenso y verde océano se movía debajo de ellos, las máquinas del *Nicaea* gruñían con un ruido sordo. Jelidze apoyó los codos sobre el desteñido mantel grasiento y se inclinó hacia delante, a la espera, como el hombre que no desea perderse detalle.

Szara se sintió halagado. Su talento, encendido por el alcohol, ardía y flameaba.

—Una cierta señora en... Budapest. Pendientes de oro, como una gitana. Pero no era gitana, sino una aristócrata, vestida con lana inglesa; llevaba un pañuelo de seda color nube anudado al cuello. El cabello, rojo oscuro como el otoño; los pómulos, magiares, y los dedos, largos y delicados.

Szara, que era un buen narrador, se tomó su tiempo. Buscó un nombre y se le ocurrió el de Magda; era un nombre corriente, pero no acudió ningún otro a su mente.

—Se llamaba Magda. El marido era un patán ignorante, *nas kulturny*, un hombre sin cultura, exportador de lana. Así que tuve a su esposa. (¿Dónde?, ¿en los establos, sobre la paja? No). En el apartamento, un *cinq-à-sept affaire* a la luz de la lámpara. El marido se había marchado a... cazar el jabalí.

Szara miró el *brandy* de la botella que tenían sobre la mesa.

—Igual que baja el nivel de esta botella, así bajaron sus bragas. Y allí estaba el más delicado y pequeño triángulo, también pelirrojo oscuro, como el otoño. Y finas venas azules bajo su piel de leche. Destrozamos el diván de seda verde.

Las orejas de Jelidze estaban de un rojo escarlata. Más tarde, Szara cayó en la cuenta de que le había descrito sus fantasías con una secretaria particular con la que se había tropezado algunas veces en el Ministerio de Correos y Telégrafos yugoslavo.

Jelidze estaba borracho. Limpió sus gafas con un pañuelo; tenía los ojos acuosos y la mirada perdida.

—Sí, bueno, me lo imagino. Todo es cuestión de gustos en esta vida, ¿verdad? En Ostende, y te lo digo en confianza, tengo «un perfecto bollito de carne»; vive en el hotel «Groenendaal», en la calle del mismo nombre. Una monada de gordita. La visten de veinticinco alfileres, como a una niña, con su reverencia y su vestido de gala de satén blanco. Dios mío, André Aronovich, ¡qué ridículos que somos! Con lo grande que es esta pequeña actriz cuando pone mala cara, se enfurruña y sacude los rizos del cabello, mientras gimotea por pastelitos y leche. Pero no puede tenerlos. No, ¡en absoluto, no! Porque... bien, primero hay algo que debe hacerme. «Oh, no», se lamenta ella. «Oh, sí», le digo yo.

Jelidze volvió a sentarse en la silla, se puso las gafas y suspiró.

—Una maravilla. Chuparía diez años de la vida de un hombre.

Cuando fue la hora de irse a la cama cantando, en tanto se ayudaban mutuamente para mantenerse derechos por el pasillo que se balanceaba con el movimiento del barco, la oscura superficie del mar comenzaba a volverse gris a la luz del amanecer.

El hotel de Szara en Ostende era todo flores: pesadas rosas, como coles sobre un campo sombrío en el empapelado de las paredes; una selva de vides y geranios en la cubrecama, y en el jardín al que daba su ventana, ásteres helados y claveles marchitos. Por si había alguna duda, el lugar respondía al nombre de hotel «Blommen^[1]». *Ignora esta estrella, nórdica, luz flamenca,*

aquí tenemos flores. Szara permaneció de pie junto a la ventana y escuchó las sirenas del puerto y el ruido de las hojas muertas arrastradas por el viento en el desierto jardín. Dobló la nota y afirmó el pliegue con los dedos pulgar e índice: «M. Van Doorn visitará el hotel “Groenendaal”». La metió en un sobre, pasó la lengua por el engomado de la solapa y lo cerró, después escribió delante «M. Brun». No sabía a qué venía aquello, por qué se pedía a un periodista que informara sobre un agente del Comintern. Pero había una razón, una única razón que, en definitiva, explicaba cualquier cosa que quisiera explicarse: la estremecedora purga se había interrumpido en 1936; ahora empezaba otra. La primera había afectado a los políticos, a la oposición de Stalin y a más de un periodista. Ésta, se decía, iba dirigida contra los mismos servicios de espionaje. Szara, que empezó en 1934, había aprendido a vivir con ella; ponía cuidado en lo que escribía, lo que decía, y a quien veía. Incluso en lo que pensaba. *Incluso*, se decía una y otra vez, como si necesitase repetírselo. Bajó la nota a recepción y se la entregó al viejo que estaba detrás del mostrador.

La llamada a la puerta fue discreta, dos golpes con los nudillos. Szara se había quedado dormido sobre la colcha, todavía con la camisa y los pantalones puestos. Se incorporó y se despegó la húmeda camisa de la espalda. Afuera de la ventana, el amanecer era gris y la niebla colgaba de las ramas de los árboles. Miró su reloj, poco más de las seis. La discreta llamada sonó por segunda vez, y Szara sintió que el corazón se le aceleraba. Una llamada a la puerta significaba demasiadas cosas; ya nadie lo hacía en Moscú, primero telefoneaban.

—Sí, un momento.

En su interior una voz queda y urgente: *Sal por la ventana.* Respiró hondo. Ya de pie titubeó y abrió la puerta. Era el viejo de recepción, con el café y un periódico. ¿Había encargado él que lo despertaran? No.

—Buenos días, buenos días —saludó el viejo con acritud. No hacía buen día, pero había que desearlo—. Su amigo ha sido tan amable que le ha traído el periódico —añadió, mientras lo dejaba a los pies de la cama.

Szara buscó dinero suelto en los bolsillos y le dio unas pocas monedas. Dracmas, pensó. Había comprado francos belgas en Atenas; ¿dónde estaban? Pero el viejo pareció bastante satisfecho, dijo gracias y se fue. El café estaba más frío de lo que Szara hubiera deseado, la leche hervida era un poco agria, pero lo agradeció. La primera página del periódico estaba dedicada a las

revueltas antijudías que habían estallado en Danzig, con una fotografía de vociferantes nazis con camisas negras^[2]. En España, el gobierno de la República, presionado por las columnas de Franco, había huido desde Valencia a Barcelona. En la página 6, las desgracias del equipo de fútbol de Ostende. Escrito a pluma, en el margen, con fina caligrafía, aparecían unas detalladas instrucciones para una cita al mediodía. El «pequeño favor» había empezado a crecer.

Szara bajó al vestíbulo, cerró la puerta del cuarto de baño y empezó a lavarse. Las instrucciones escritas en el periódico lo tenían asustado; temía que lo forzaran a entrar en un coche y se lo llevaran durante la purga muchas veces obraban así: el aparat de seguridad trabajaba así, en su silencio, cuando se trataba de figuras públicas. Funcionarios importantes del NKVD eran convocados en reuniones en pequeños pueblos cercanos a Moscú, y allí los detenían al bajar del tren, una táctica que impedía que amigos y familiares pudieran intervenir. Un país extranjero, razonó, sería aún más conveniente. ¿Debía escapar? ¿Era el momento? Una parte de él pensaba que sí. *Ve al Consulado británico, le decía. Escapa y salva la vida. Llama a los amigos de Moscú que puedan protegerte. Cómprate una pistola.* Mientras, se afeitó.

Luego salió a sentarse al jardín, donde una niñera con un cochecito coqueteó con él. *Vete con ella, se dijo a sí mismo, escóndete en su cama. Hará cualquier cosa que le pidas.* Quizá fuera cierto. Sabía muy bien, a sus cuarenta años, con la ilusión pasada, lo que ella veía. El largo cabello negro que él se alisaba hacia atrás con los dedos, la firme línea de su mentón, la personalidad concentrada en sus ojos. Éstos eran reservados, sabios, de un color gris verdemar que las mujeres habían calificado de «extraños» más de una vez, y a menudo interpretaban también como esperanzados y tristes, igual que los ojos de un perro. Los rasgos de Szara eran delicados, la piel descolorida lo hacía parecer pálido por el sombreado permanente de la barba. Era, tomada en su conjunto, una presencia triste y atenta, deseosa de felicidad, segura del desencanto. Su manera de vestir respondía al intelectual mundano, favorecido por la suavidad de la ropa: camisas grises de algodón grueso, corbatas monocromas en los tonos sombríos de los colores básicos. Era, a los ojos del mundo, un hombre al que se podía tomar en serio, al menos por un

tiempo. Luego, más adelante, vendría el afecto o el desagrado, pero intensos ambos; una reacción fuerte en cualquier sentido que se produjera.

La niñera, poco atractiva y cofia almidonada, con el gesto mecánico de su mano meciendo el cochecito donde dormía el niño de otra mujer, no ofrecía duda alguna. Sólo tenía que ir a salvarla de su aburrimiento, de su servidumbre, de aquellas manos estropeadas, y ella haría cuanto fuera necesario. Bajo su ancha frente, los ojos de la niñera eran francos: *No temas. Puedo arreglar cualquier cosa.*

Justo antes de las diez treinta, Szara se levantó, se alisó el impermeable a lo largo del cuerpo y comenzó a alejarse. Miró de soslayo hacia atrás y no le resultó difícil leer la expresión de ella: *¿Entonces, no? Hombre estúpido.*

Una serie de tranvías lo condujo hasta un barrio obrero; las calles estrechas olían a pescado, a orines y a cebolla frita. Hacía frío a la sombra aquella mañana de noviembre. ¿Lo seguían? Pensó que no. Disponían de algo mejor, una especie de cable invisible, el método que el psicólogo Pavlov empleaba con los animales en el laboratorio. Lo llamaban..., tuvo que buscar las palabras, «reflejo condicionado». Hasta el último día de su vida haría lo que le dijeran. Distanció su mente y contempló la escena: un hombre de intelecto, independiente, que se entregaba al *apparat*. Lamentable. Despreciable. Szara miró su reloj. No quería que se le hiciera tarde.

Se detuvo en el pequeño mercado y compró fruta, luego pagó unos céntimos más por una bolsa de papel. La mujer del mercado llevaba un chal sobre la cabeza; su mirada era recelosa. ¿Qué hacía él, un extranjero, en esa parte de la ciudad? Szara miró otra manzana de casas, se cercioró de que nadie lo miraba y dejó casi toda la fruta en una callejuela. Vigiló la calle, detrás de él, en el escaparate de una tienda donde vendían soldaditos de madera. Reanudó su camino y entró en una pequeña plaza rodeada de plátanos, cuyas copas, podadas en formas redondeadas, estaban a la espera del invierno inminente. Un chófer dormía en un taxi estacionado; un hombre, en *bleu de travail*, estaba sentado en un banco con la mirada puesta en sus pies; de la fuente, en memoria de la guerra, no manaba agua: la plaza del fin del mundo. Una cervecería pequeña, «Le Terminus», no tenía ni un parroquiano en la encristalada terraza.

Szara, cada vez más en el papel de observador de su propio secuestro, se sorprendió por la normalidad de la escena. Qué lugar tan plácido y normal habían escogido. Acaso era porque les gustaba el nombre de la cervecería,

«Le Terminus», el término, el fin del itinerario. ¿Se trataba de una elección irónica? ¿Tan listos eran? Quizá, después de todo, Pavlov no era el espíritu que guiaba el día; tal vez ese honor debiera corresponder a Chejov o a Gorki. Buscó una parada de tranvías o una estación de ferrocarril, pero no encontró nada que lo pareciera.

De súbito, le entró la prisa. Fuera lo que fuese, quería acabar lo antes posible.

El interior de la cervecería era enorme y reinaba el silencio. Szara permaneció quieto en la entrada mientras la puerta oscilaba tras él, hacia atrás y hacia delante hasta quedar en reposo. Detrás de la barra de cinc, un hombre con camisa y manguitos blancos, vuelto de espaldas, removía un café con indolencia; unos pocos parroquianos permanecían sentados en silencio ante su jarra de cerveza y uno o dos comían. Szara se sintió embargado por la intuición, una sensación de perplejidad, una convicción de que esa naturaleza muerta de una cervecería en Ostende era la imagen congelada de lo que fue una vez, y que ahora se había desvanecido para siempre: paredes ámbar; mesas de mármol; un ventilador de madera, que giraba con lentitud colgado del techo, ennegrecido por el humo; un hombre rubicundo, con un bigote en forma de manillar, que hacía ruido al ojear el periódico; el roce de una silla en el suelo de baldosas, el grito de una gaviota que sobrevolaba la plaza, el sonido de la sirena de un barco llegado desde el puerto...

Había un viejo barómetro en una pared, y, debajo, una mujer sentada. Llevaba un impermeable, con cinturón y presillas abotonadas en los hombros. Lo miró y luego volvió la atención a su comida, un plato de anguilas y *pommes frites*; Szara pudo oler la grasa de caballo que los belgas usan para freír. Había una bufanda roja enrollada en la parte superior del respaldo de una silla adyacente. El barómetro y la bufanda eran las señales de reconocimiento en el margen del periódico.

La mujer podía estar al final de la treintena. Sus manos eran fuertes; sus largos dedos movían con gracia el cuchillo y el tenedor mientras comía. Llevaba el cabello, castaño, corto y pegado a la cabeza, una o dos hebras canosas reflejaban la luz cuando se movía. La piel de su rostro era pálida, con un ligero rubor en los pómulos, de delicada complexión, atezados por la brisa marina. *Una aristócrata*, pensó él. *Érase una vez...* Parecía como si quisiera ocultar su finura y elegancia, ocultar su atractivo, y casi lo conseguía. «Rusa no es —pensó Szara—. Alemana quizás, o checa».

Cuando se sentó frente a ella, vio que tenía los ojos grises y severos, con enrojecidas ojeras a causa del cansancio. Intercambiaron los saludos sin

sentido de la *parol*, santo y seña de la confirmación, y ella bajó el borde de la bolsa que él llevaba para comprobar que había una naranja dentro.

No es absurdo todo esto, quiero decir, naranjas y una bufanda roja y... Pero fueron palabras que nunca llegó a pronunciar. Justo cuando se inclinaba hacia delante, para tocarla, para decirle que eran la clase de personas que podían saltarse el sinsentido que un mundo estúpido quería imponerles, ella lo detuvo con una mirada. E hizo que se atragantara.

—Llámame Renate Braun.

Llámame. ¿Qué significaba eso? ¿Un alias o sólo una manera formal de hablar?

—Sé quién eres —añadió ella.

La frase y *eso es suficiente* no la dijo, pero estaba implícita.

A Szara le gustaban las mujeres y ellas lo sabían. Todo lo que quería hacer, una vez desaparecida la tensión, era charlar, quizás hacerla reír. Sólo eran dos personas, un hombre y una mujer, pero ella no se mostraba dispuesta a seguir el juego. Sea esto lo que sea pensó él, no se trata de un secuestro. Muy bien, entonces es una continuación de los asuntos que debía hacer de vez en cuando para el NKVD. Todos los periodistas, todos los ciudadanos que estaban fuera de la Unión Soviética, tenían que hacerlo. Pero ¿por qué convertirlo en un funeral? Se encogió de hombros para sus adentros. Debe de ser alemana, pensó. O suiza o austríaca, de uno de esos países donde la posición, la situación en la vida, excluyen la informalidad.

La mujer dejó unos pocos francos en la bandeja del camarero, recuperó la bufanda y salieron juntos al cielo duro y brillante, al viento que entumecía. Había ahora un pequeño sedán «Simca» estacionado delante de la cervecería. Szara estaba seguro de que no se encontraba allí cuando él llegó a la plaza. La mujer le indicó que se sentara al lado del conductor y ella lo hizo detrás. Si fuera a dispararle en la nuca, sus palabras agonizantes serían *¿Para qué te has molestado tanto?* Por desgracia, ese tipo de heridas no permiten decir últimas palabras, y Szara, que había estado en el campo de batalla durante la guerra civil que siguió a la revolución rusa, lo sabía. Todo lo más *¿por qué - za chto?, ¿para qué?* Pero todo el mundo, todas las víctimas de la purga, decían lo mismo.

El conductor puso el motor en marcha y se alejaron de la plaza.

—Heshel —preguntó la mujer detrás de él—, ¿hizo...?

—Sí, señora.

Szara estudió al hombre mientras rodaban por las calles empedradas. Conocía el tipo; se lo podía encontrar en las callejas fangosas de cualquier

gueto de Polonia o de Rusia: cuerpo de gnomo, no mucho más de metro y medio de alto, labios gruesos, nariz prominente y pequeños ojos vivos. Se cubría con una gorra de lana de obrero, con una breve visera que inclinaba sobre una ceja, y llevaba levantada la solapa de su vieja chaqueta. No parecía tener edad, y su semblante, frío y humorístico a un tiempo, lo entendía Szara perfectamente. Era el rostro del superviviente, sin importar el significado de la supervivencia en aquel día: invisibilidad, astucia, degradación, brutalidad, cualquier cosa.

Siguieron durante quince minutos, luego se detuvieron en una calle tortuosa, donde estrechos hoteles se apiñaban unos junto a otros, y mujeres con medias de malla, fumaban perezosamente en las puertas.

Renate Braun salió del coche mientras que Heshel permanecía dentro.

—Ven conmigo —dijo ella.

Szara la siguió al interior del hotel. No se veía empleado alguno. El vestíbulo aparecía desierto, a excepción de un marinero belga sentado en la escalera, con la cabeza entre las manos, y la gorra en la rodilla.

La escalera era empinada y estrecha, con peldaños de madera quemados por los cigarrillos. Anduvieron por un largo pasillo hasta detenerse delante de una puerta sobre la cual habían escrito el número 26 a lápiz. Szara advirtió una marca diminuta de tiza azul a la altura de los ojos, en el marco de la puerta. La mujer abrió el bolso, que llevaba colgado del hombro, para sacar un manojito de llaves. A Szara le pareció ver el dibujo en forma de rejilla de la empuñadura de una pistola automática cuando ella alzó el bolso para cerrarlo. Las llaves eran maestras, con vástagos largos para poder hacer palanca si los dientes no encajan.

Abrió la cerradura y empujó la puerta. El aire olía a fruta podrida mezclado con amoníaco. Jelidze los miraba desde la cama, la espalda apoyada contra el cabezal y los pantalones y los calzoncillos enrollados alrededor de las rodillas. Tenía el rostro salpicado de manchas amarillas y en la boca se le había congelado un bostezo lujurioso. Herida bajo las sábanas se observaba una masa, grande y abultada. Una pierna cerúlea quedaba al descubierto; su pie, rígido como si fuese a bailar de puntas, tenía las uñas pintadas de rosa. Szara pudo oír el zumbido de una mosca contra los cristales de la ventana y el sonido del timbre de una bicicleta en la calle.

—¿Confirmas que es éste el hombre del barco? —preguntó ella.

—Sí.

Era, lo sabía, una muerte del NKVD, una muerte con la firma del NKVD. Las manchas amarillas las había dejado el ácido hidrocianico aplicado con un

pulverizador, un método que se sabía empleaban los agentes soviéticos.

La mujer abrió el bolso, metió las llaves en él y sacó un pañuelo de algodón perfumado con colonia. Se tapó la nariz y la boca, levantó una esquina de la sábana y miró debajo. Szara pudo ver el rizado cabello rubio y un trozo de cinta.

La mujer dejó caer la sábana y se frotó la mano contra el costado del impermeable. Luego retiró el pañuelo de su rostro y se puso a registrar los bolsillos del pantalón de Jelidze, cuyo contenido fue amontonando a los pies de la cama: monedas, arrugados billetes de Banco de distintos países, el tubo de un medicamento vacío, el suave paño con que acostumbraba a limpiarse las gafas y un pasaporte holandés.

Después registró el abrigo y la chaqueta, que estaban cuidadosamente colgados en un armario desvencijado, en ellos encontró un lápiz y una agenda pequeña y los añadió al montón. Cogió el lápiz y hurgó con él entre las cosas que había sobre la cama. Suspiró con impaciencia y empezó a rebuscar en su bolso hasta que encontró una hoja de afeitar con cintas adhesivas en ambos bordes. Despegó una de ellas y se puso a trabajar en la chaqueta y el abrigo: cortó y abrió las costuras, sacó el relleno de las hombreras. El resultado fue un pasaporte soviético que se guardó en el bolso. Sacudió el pantalón, cogió uno de los dobladillos, y puso metódicamente esa pernera a un lado. Cuando dejaba el segundo dobladillo, apareció un papel doblado en cuatro. Lo desplegó y luego se lo entregó a Szara.

—¿Qué es esto, por favor?

—La impresión es checa. Un formulario de alguna clase.

—¿Sí?

Szara estudió el papel por un momento.

—Creo que es un resguardo de equipaje, de una compañía de transportes. No, de la estación de ferrocarril. De Praga.

Ella miró con gran atención a su alrededor, luego se dirigió hacia el pequeño y amarillento lavabo que había en un rincón y empezó a lavarse las manos.

—Te encargarás de recoger el paquete —le dijo mientras se secaba las manos con su pañuelo—. Es para ti.

Abandonaron juntos la habitación. La mujer no se molestó en cerrar con llave. Una vez en el vestíbulo se volvió hacia él.

—Por supuesto, saldrás de Ostende, de inmediato. Szara hizo un gesto de asentimiento.

—Se agradece mucho tu trabajo —añadió ella.

Siguió a la mujer fuera del hotel y vio cómo entraba en el «Simca». Szara cruzó la estrecha calle y se volvió para mirar. Heshel lo observaba por la ventanilla del coche, y esbozó una leve sonrisa cuando sus ojos se encontraron. *Éste es el mundo*, decía la sonrisa, *y en él estamos*.

Anocheceía cuando llegó a Amberes, y como había dos horas de diferencia con Moscú, llamó al editor a su casa. De Nezhenko, que se ocupaba de los asuntos extranjeros, no esperaba problema alguno. Esta vez el caso no era como de costumbre, porque hacía tres semanas que no se comunicaba con él; pero cuando le pedían hacer «favores» para el *apparat*, alguien se pasaba por la oficina de *Pravda* para tomarse una taza de té.

—Ese André Aronovich, ¡qué bien trabaja! Seguro que se toma mucho tiempo y esfuerzo para escribir sus crónicas. Tu paciencia es admirable.

Era suficiente. Y menos mal. Porque Viktor Nezhenko fumaba sesenta cigarrillos al día y tenía un temperamento salvaje; podía, si se le antojaba, hacer la vida imposible a sus subordinados.

Szara pidió su conferencia desde la habitación del hotel, y se la dieron una hora más tarde. La esposa de Nezhenko respondió al teléfono. Su voz era clara y chillona, con fingida despreocupación.

Cuando Nezhenko se puso al aparato no usó el patronímico ni saludó.

—¿Dónde has estado? —preguntó con sequedad.

—Estoy en Amberes.

—¿Dónde?

Szara pensó que algo no había ido bien. Nezhenko no había sido «advertido» de su encargo.

—Menos mal que has llamado —dijo Nezhenko.

Szara buscó desesperadamente un pretexto para calmarlo.

—Estoy preparando un artículo sobre los trabajadores portuarios de aquí.

—¿Sí? Eso será interesante.

—Cablegrafiaré mañana.

—Envíalo por correo, si quieres. Tercera clase.

—¿Me sustituye Pavel Mijailovich?

—Pavel Mijailovich ya no está aquí.

Szara se quedó aturdido. *Ya no está aquí* era una frase en clave. Cuando se oía referida a amigos, familia, los caseros, vecinos... significaba que la persona había desaparecido. Y Pavel Mijailovich era —había sido— un hombrecito decente, sin enemigos. Pero ninguna de las reacciones de Szara,

como hacer preguntas, ni siquiera mostrar un mínimo de pesar respetuoso, le estaba permitida por teléfono.

—Y la gente no ha hecho más que preguntar por ti —añadió Nezhenko. Eso también estaba en clave, quería decir que el *apparat* lo buscaba.

Szara tuvo la sensación de que caminaba hacia un muro. ¿Por qué lo buscaban? Sabían muy bien dónde se encontraba, y lo que hacía. El hombre más anodino del mundo no había sido un espejismo, y Renate Braun y su ayudante eran aún más reales.

—Todo es un malentendido —dijo después de un momento—. La mano derecha no debe saber lo que hace la mano izquierda...

—Sin duda —corroboró Nezhenko. Szara pudo oír cómo encendía un cigarrillo.

—Quiero bajar hasta Praga cuando acabe el artículo de los trabajadores portuarios. Está la reacción contra el Pacto Anticomintern, las opiniones sobre los Sudetes... un montón de cosas. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece?

—Sí.

—Haz lo que quieras, André Aronovich. Tú siempre haces lo que se te antoja.

—Mañana acabaré lo de los portuarios.

Nezhenko cortó la comunicación.

Escribir la historia de los trabajadores portuarios belgas fue algo parecido a comer arena.

Hacia siglos, él llegó a creer que su facilidad para escribir era su propia recompensa: una frase alabando el logro de la cuota productora de carbón en la cuenca del Donetz no era, en definitiva, más que una frase, y podían pagarla bien. La responsabilidad del escritor en una sociedad progresista consistía en informar y animar a las masas trabajadoras; le habían dicho que más de un trabajador buscaba su firma en el periódico, al punto que cuando algún demonio interior lo impulsaba a escribir oscuras fábulas sobre un universo absurdo, sabía muy bien cómo controlarse. Para seguir vivo, Szara había aprendido por sí solo a ser discreto, sin dar ocasión a que el *apparat* se lo tuviera que enseñar. Y si, por casualidad, su pluma intransigente se empeñaba en hablar de comisarios-lobo que guardaban rebaños de trabajadores-oveja o de muchachas parisinas en ropa interior de seda, bien,

entonces, la gran ventaja del papel consistía en lo fácil que resultaba quemarlo.

Y éstos eran, tenían que ser, incendios privados. El mundo no quería saber de tu alma, te tomaba por lo que tú decías que eras. Los trabajadores, en la oscura y pequeña sala alquilada cerca de los muelles de Amberes, quedaron impresionados porque alguien se hubiera molestado en llegar hasta allí para preguntarles cómo se sentían. «Stalin es nuestra gran esperanza», había dicho uno, y Szara hizo que su voz llegara a todo el mundo.

Volvió a sentarse en otra habitación de hotel, mientras la niebla del Atlántico invadía las calles, y escribió sobre aquellos hombres en medio del brutal drama que se desarrollaba en Europa. Describió la fuerza que había en sus redondos hombros y en sus luchadoras manos, la silenciosa manera de ayudarse entre ellos, la granítica decadencia que mostraban. Y en cuanto a las esposas y los hijos que dependían de ellos, hubieran luchado en España —de hecho, algunos jóvenes habían acudido allí—, hubieran luchado en los suburbios obreros de Berlín, iban a luchar, familiares o no, desde detrás de las grúas y tinglados de sus propios muelles. Era verdad, y Szara encontró la manera de que pareciera verdad en la hoja de papel.

Stalin *era* la gran esperanza. Y si el bostezo del rostro manchado de amarillo de Jelidze la desmentía, eso era asunto privado de Szara. Y si el «pequeño favor» era ahora un gran favor, eso, también, era asunto privado de Szara. Y si todo aquello hacía que le costara tanto redactar, escribir una historia como si comiera arena, ¿a quién iba a echarle la culpa? Siempre podría negarse a hacerlo, y atenerse a las consecuencias. El refrán ruso tenía toda la razón: *¿no decías que eras una seta?; entonces métete en el cesto.*

Y la gente ha estado preguntando por usted.

La frase de Nezhenko martilleaba en sus oídos y se adaptó a la cadencia del tren sobre los raíles en todo el trayecto de Amberes a París. Mucho mejor sería, fue calculando, ponerme en sus manos y averiguar qué es lo que quieren. No tenía el valor para mantenerse frío y distante de todo, fuera lo que fuese, así que hizo lo más parecido. Se presentó en la gran oficina de *Pravda* en París y pidió a la secretaria que le reservara plaza en el expreso París-Praga del día siguiente. La miró a los ojos, parecían bolas de cojinete, y hubiera jurado que cuando se iba, y antes de que la puerta se cerrara del todo, oyó que levantaba el auricular del teléfono.

Volvió por allí al anochecer, recogió el billete, y cobró su sueldo y la cuenta de gastos. Al día siguiente se fue temprano a la estación de Austerlitz, por si ellos querían ir allí a decirle algo. En realidad, no era que temiese ser secuestrado, sólo que se encontraba más a gusto en un espacio abierto y público, rodeado de la multitud. Para matar el tiempo, tomó un café en el bar de la estación, contempló distraído el triste cielo de París a través del techo acristalado montado sobre el enorme enrejado de hierro, leyó *Le Temps*, se vio citado en el diario comunista *L'Humanité* —*como ha señalado el corresponsal de Pravda, André Szara, las relaciones bilaterales entre Francia y la Unión Soviética mejorarán sólo cuando la cuestión checoslovaca se haya...*— siguió con la mirada el majestuoso paso de las apetitosas francesas, los tacones repiqueteando sobre el cemento, el gesto resuelto, inspirado en apariencia por un grave sentido de la responsabilidad.

Allí estaba, a disposición de ellos, pero no hubo contacto alguno. Cuando se anunció su tren y la locomotora barrió el andén con una nube de vapor blanco, él subió a bordo y se encontró solo en un compartimiento de primera clase. *Pravda* no pagaba compartimentos individuales, sólo el *apparat* lo hacía. Era evidente que habían preparado algo. *Quizás en Nancy*, pensó.

Se equivocó. Se pasó la tarde mirando a través de la lluvia las onduladas colinas del este de Francia y viendo pasar los nombres de los campos de batalla de las estaciones. En el control de la frontera de Estrasburgo, justo al otro lado del Rin, tres funcionarios alemanes, dos soldados y un civil, protegidos con impermeables de caucho negro, mojados por la lluvia, entraron en su compartimiento. Tenían la mirada fría y cortés y su pasaporte soviético no los impresionó. Le hicieron una o dos preguntas, como si quisieran oír su voz. El alemán de Szara era el de alguien que ha hablado *yiddish* en su niñez y el civil, un polizone, hizo notar que sabía que Szara era judío, judío polaco, judío bolchevique soviético, de origen polaco. Sin quitarse los guantes negros registró con gran eficiencia el maletín de viaje de Szara; después examinó la documentación de Prensa y el pasaporte. Cuando hubo terminado estampó en el pasaporte el sello de un gruesa esvástica encerrada en un círculo y se lo devolvió con gesto educado. Sus miradas se cruzaron sólo un momento: lo que había pendiente entre ellos lo dejaban para el futuro, en eso estaban de acuerdo.

Pero Szara viajaba demasiado para tomarse a pecho la hostilidad de la Policía fronteriza; por ello cuando el tren aumentó la velocidad a la salida de la estación de Stuttgart, se dejó llevar por el ritmo del traqueteo del tren y el

denso crepúsculo de Alemania; fábricas humeantes en el horizonte, campos abandonados a la helada de noviembre.

Por décima vez en el día se palpó el resguardo del equipaje en el bolsillo interior de la chaqueta; podría echarle una mirada más, pero el ruido del tren subió repentinamente de tono cuando se abrió la puerta del compartimento.

A primera vista, un hombre de negocios corriente, de la Europa Central, abrigo oscuro y sombrero de ala flexible, con una cartera de hebillas, de las que se llevan bajo el brazo. Después, el reconocimiento. Era un hombre que le había sido presentado brevemente, quizás el año anterior, en alguna recepción en Moscú que él no podía recordar. Su nombre, Bloch, teniente general Bloch, del GRU, el Servicio de Inteligencia militar, y recientemente, según los rumores, *rezident* ilegal —clandestino— de las redes del GRU y el NKVD que operaban en Tarragona. Por tanto, un miembro muy destacado del cuadro soviético en la Guerra Civil española.

Szara se puso en guardia de inmediato; los poderosos de Moscú temían a aquel hombre. No daban una razón concreta para ello. Los que conocían los detalles no explicaban nada, pero evitaban pronunciar su nombre cuando se referían a él, miraban a su alrededor, por si alguien estuviese escuchando, y hacían un gesto como queriendo decir *no te metas en líos*. Lo poco que se comentaba de Bloch era su insaciable apetito por triunfar, un apetito acompañado de una tiranía feroz. Se decía que la vida de los que tenían que trabajar con él era una pesadilla.

A sus espaldas lo apodaban *Yaschyeritsa*, una especie de lagarto, porque tenía aspecto de basilisco: rostro triangular el cabello tieso, que aplastaba peinándolo hacia atrás desde la frente, las finas cejas formaban un ángulo cuyo vértice estaba casi entre los ojos, y éstos, largos y estrechos, encima de unos pómulos fuertes y abultados.

André Szara, como todos los que frecuentaban los círculos de la llamada *nomenklatura*, la élite, era un buen fisonomista. Convenía saber con quién hablaba uno. ¿Un ruso blanco? ¿Un armenio? ¿Un ruso nativo? Con los judíos solía resultar difícil, porque, durante siglos, las mujeres judías, habían parido los hijos de sus torturadores, y por eso llevaban los genes de muchas razas. *Sólo Dios sabe, pensó Szara, la brutal lista de facinerosos que ha debido figurar en la ascendencia femenina de Bloch para que tenga esta apariencia. ¿Llevará también el diablo en la sangre?*

Bloch saludó con la cabeza, se sentó enfrente de Szara, se inclinó para cerrar la puerta del compartimento y luego apagó las luces de la pared alrededor de la ventanilla. El tren atravesó despacio un pueblo y desde el

compartimiento a oscuras pudieron ver la fiesta que celebraban; una hoguera en la plaza, ganado con guirnaldas, juventudes hitlerianas en pantalón corto portando banderas con la esvástica en ella que colgaban hasta abajo, a todo lo largo de las astas, como fasces romanas.

Bloch miró fijamente la escena.

—Por fin han regresado a la Edad Media —dijo pensativo. Volvió su atención a Szara—. Perdóname, camarada periodista, soy el general Y. I. Bloch. No creo que hayamos hablado nunca, pero leo tus artículos cuando tengo tiempo, así que sé quién eres. ¿Hace falta que diga quién soy?

—No, camarada general. Sé que estás en los Servicios Especiales.

Bloch tomó el reconocimiento de Szara como un cumplido: una sonrisa de asentimiento, una breve inclinación de cabeza, *a tus órdenes*.

—¿Es cierto que has permanecido fuera de Moscú durante un tiempo?

—Desde el pasado agosto —contestó Szara.

—No es una vida fácil: trenes y habitaciones de hotel, la lentitud de los barcos. Pero también las capitales extranjeras son más divertidas que Moscú, y eso compensa, ¿no?

Era una trampa. Había una respuesta doctrinal, algo que tenía que ver con *la construcción del socialismo*; pero Bloch no era ningún tonto, y Szara sospechó que una respuesta piadosa resultaría embarazosa para los dos.

—Es verdad —dijo, y añadió, por si acaso—: Aunque uno termina por cansarse de ser el eterno extranjero.

—¿Estás al tanto de los chismorreos de Moscú?

—Apenas —contestó Szara.

De carácter solitario, Szara trataba de evitar a la gente de *Pravda* y de la agencia «Tass» en el circuito de las capitales europeas. El rostro de Bloch se ensombreció cuando prosiguió.

—Ha sido un otoño con muchos problemas para los Servicios. De eso sí habrás oído hablar.

—Por supuesto; leo los periódicos.

—Hay más, mucho más. Hemos tenido desertiones, algunas muy serias. En unas pocas semanas, el coronel Alexander Orlov y el coronel Walter Krivitsky, al que la Prensa europea llama general, han dejado el Servicio y han buscado refugio en el Oeste. El asunto Krivitsky se ha hecho público, también la huida del inspector Reiss. En cuanto a lo de Orlov, que quede entre nosotros.

Szara asintió, obediente. De pronto, aquello se había vuelto una conversación íntima. Orlov, un alias para el Servicio, en realidad Leon

Lazarevich Felbin, y Krivitsky, de nombre real Samuel Ginsberg, eran personas importantes, funcionarios de alto rango o del NKVD y el GRU, respectivamente. El asunto de Ignace Reiss le había sorprendido cuando le leyó. Reiss, asesinado en Suiza mientras intentaba escapar, había sido un idealista ferviente, un marxista-leninista hasta la médula.

—¿Eran amigos tuyos? —Bloch levantó una ceja.

—Conocí a Reiss de haberlo saludado. Nada más.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cómo te va? —Bloch hizo la pregunta con aire preocupado, casi paternal.

Szara contuvo sus ganas de reír. ¿Acaso el pánico los había vuelto *amables*?

—Mi trabajo no resulta fácil, camarada general, pero menos difícil que el de otros, y estoy contento de ser lo que soy.

Bloch sopesó la respuesta y la aprobó en su fuero interno.

—Así que lo comprendes —dijo y continuó pensativamente—. Hay algunos que se sienten profundamente afectados por los arrestos, los juicios. No podemos negarlo.

Oh, ¿no podemos?

—Siempre hemos tenido enemigos, dentro y fuera. Yo luché en la guerra civil, entre 1918 y 1920, y luché contra los polacos. No soy quién para juzgar las operaciones de las Fuerzas de Seguridad del Estado.

Bloch se echó hacia atrás en su asiento.

—Muy bien dicho —dijo después de una pausa. Luego bajó el tono de voz, lo justo para que Szara pudiera oírlo por encima del constante rugido del tren—. ¿Y no sería ya hora de que tuvieras tu oportunidad? ¿Qué harás después?

Szara no podía ver muy bien el rostro de Bloch, sumido en la sombra del asiento de enfrente; afuera, el campo estaba oscuro, y la luz del pasillo llegaba débil.

—Después haré lo que tenga que hacer.

—Eres un fatalista.

—¿Qué remedio! —Quedaron un momento en silencio, luego Szara añadió—: No tengo familia.

Bloch pareció asentir con la cabeza, un gesto que confirmaba algo que había pensado ya.

—No te has casado —murmuró—. Pensé que sí.

—Soy viudo, camarada general. Mi esposa murió en la guerra civil. Era enfermera, en Berdichev.

—Así que estás solo —dijo Bloch—. Algunos hombres, en esas circunstancias, tienen poco apego a la vida porque nada les ata al mundo. Despreocupados por las consecuencias, esperan una oportunidad, se sacrifican, quizá para librar de un gran daño a la nación. Y entonces nos encontramos..., ¿por qué no decirlo?, con un héroe. ¿Tengo razón? ¿Piensas como yo?

Un hombre y una mujer —ella acababa de decir algo que había provocado la risa del hombre— cruzaron por el pasillo. Szara esperó que se alejaran.

—Yo soy como cualquier otro —dijo entonces.

—No —replicó Bloch—. Tú, no. —Se inclinó hacia Szara, con la expresión crispada y concentrada—. Ser escritor requiere mucho trabajo. Trabajo y sacrificio. Y la determinación de seguir un cierto camino, no importa adonde lleve. Recuerda esto, camarada periodista, pase lo que pase en los próximos días.

Szara hubiera querido replicar y rechazar la imagen grandiosa que el otro parecía atribuirle, pero Bloch levantó la mano en demanda de silencio. A pesar de lo impensado del gesto, Szara enmudeció. El general se levantó, recorrió el pestillo de la puerta, miró a Szara durante un momento, una mirada claramente apreciativa y calculadora, y salió del compartimiento. Después de cerrar la puerta con firmeza, se perdió al final del pasillo.

Al rato, el tren se detuvo en Ulm. El andén era un enrejado de sombras, y las gotas de lluvia descomponían las estelas de luz a medida que bajaban trazando surcos en el cristal de la ventanilla. Una figura, con sombrero y una cartera bajo el brazo, cruzó de prisa el andén y se introdujo por la portezuela trasera en un «Grosser Mercedes» negro, un coche que los funcionarios del Reich solían usar, y que se alejó a toda velocidad de la estación para desaparecer en la oscuridad.

¿Un héroe?

No, pensó Szara. Él lo sabía bien. Esa lección la había aprendido durante la guerra.

Cuando tenía veintitrés años, en 1920, había cubierto la campaña del mariscal Tujachevsky. Escribió crónicas e historias inspiradas en el frente local, muy parecidas a las del escritor Badel, un judío que cabalgó con la caballería cosaca, que había servido con el general Budenny. En mitad de la guerra con Polonia, las tropas soviéticas fueron rechazadas desde Varsovia, a orillas del Vístula, por un Ejército al mando del general Pilsudski, y su asesor,

el general francés Weygand. El escuadrón de Szara, durante la retirada, fue atacado por bandidos ucranianos, restos del ejército de Petlyura que había ocupado Kiev. Al verse atacados desde lo alto de la ladera de una montaña, y al ser los otros superiores en número, todos lucharon como poseídos, incluidos cocineros, escribientes, intendentes y corresponsales militares. El día anterior habían encontrado el cuerpo de un coronel polaco, completamente desnudo, atado de un pie a la rama alta de un árbol, con una estaca clavada entre las piernas. Las partidas ucranianas combatían a los dos bandos, al ruso y al polaco, y sólo Dios podía remediar la suerte de aquellos que caían vivos en sus manos.

Szara, a caballo, había arrollado a un hombre y herido con el sable a otro. Un instante después, él y su caballo rodaron por el polvo, el caballo relinchaba de dolor y terror, mientras sacudía las patas. Szara rodó frenético para alejarse del animal; entonces un hombre sonriente, con un pequeño puñal en la mano, avanzó hacia él. Pasaron caballos galopando junto a ellos, hubo disparos y alaridos y voces que daban órdenes sin sentido, pero aquel hombre, con gorra y abrigo, en ningún momento dejó de sonreír. Szara intentó arrastrarse por el suelo, un caballo le saltó por encima y el jinete soltó una maldición, pero él no consiguió avanzar. La batalla que se libraba a su alrededor no le importaba, ni tampoco, al parecer, a su risueño perseguidor. La sonrisa intentaba ser, según comprendió, tranquilizadora, como si él fuese un cerdo en una pocilga. Cuando el hombre estuvo a su lado, emitió un sonido de arrullo. De repente, Szara recuperó sus sentidos, echó mano del revólver y, sacándolo de la pistolera, disparó como un loco. Nada ocurrió. La sonrisa se hizo más amplia. Entonces, Szara dominó su pánico, como si pudiera cogerlo y apretarlo en un puño, apuntó como un tirador a la diana, y alcanzó al hombre en un ojo.

Lo que conservaba en su recuerdo no era que él hubiera combatido como un valiente, sino que se había limitado a pensar que la vida importaba más que cualquier otra cosa en el mundo, y había procurado apegarse a ella. En aquellos años vio muchos héroes, cómo preparaban su trabajo, cómo hacían lo que había que hacer, y supo que él no era uno de ellos.

El tren llevaba retraso cuando llegó a Praga. Una familia judía había intentado subir en Nuremberg, la última estación en suelo alemán. Se había alentado «vigorosamente» a los judíos —no menos de ciento treinta y cinco decretos raciales, titulados en su conjunto «Ley para la protección de la

Sangre Alemana y del Honor Alemán»— para que emigraran de Alemania con destino a cualquier país que quisiera acogerlos. Pero la situación, Szara la conocía, no era distinta a la que hubo bajo el dominio zarista: una telaraña burocrática. Cuando se obtenía el Formulario A, sellado por la oficina de la Policía local, el sello del Formulario B, que tenía que poner el Ministerio de Economía, llegaba fuera de plazo y había que pedirlo de nuevo. Entretanto, el Formulario A caducaba, y así sucesivamente.

Lo único que la familia judía de Nuremberg intentó fue subir al tren, un acto de locura dictado por la desesperación. Por eso, los niños, los abuelos, el padre y la madre, corrieron aterrorizados por toda la estación, mientras los policías, con chaquetas de cuero, iba tras ellos entre gritos y golpes de silbato. Mientras, los pasajeros miraban con curiosidad por las ventanillas del tren. Algunos, excitados por la caza, trataron de colaborar y gritaban: «¡Allí, debajo del vagón de equipajes!» o «¡La mujer ha cruzado las vías!».

Llegaron poco después de la medianoche. Hacía frío en Praga y el agua se helaba entre los adoquines, pero el hotel no estaba lejos de la estación y Szara pudo acomodarse pronto en su habitación. Permaneció levantado durante horas, dedicado a fumar, escribir notas en los márgenes de *Le Tempes*, analizar el resguardo de equipaje que le habían dado. Se estaba metiendo en algo que no entendía, pero tenía un fuerte presentimiento de lo que le esperaba al final de todo.

Este asunto extramarital con los Servicios de Inteligencia hubiera sido fácil en otro tiempo, cinco o seis años antes, porque lo habían utilizado como intelectual, un agente influyente, y él se había sentido complacido, le había halagado que confiaran en él. Pero ahora estaba aturdido, y no tenía duda de que lo iban a matar. Estaba siendo utilizado para algo importante, una operación oficial del *apparat* o —y ahí aparecía la sentencia de muerte— para preparar una conspiración. Sólo sabía que se trataba de algo muy confuso y de enorme gravedad. Los generales del espionaje militar soviético no suben a los trenes alemanes para charlar con los escritores.

Sin embargo, no por eso rechazaba la posibilidad de encontrar una salida. Podía morir, pensaba, pero cuando muriese no quería descubrir que había habido, pese a todo, una salida. *Ésa es la diferencia, camarada general, entre el héroe y el superviviente.* Aquellas horas de reflexión no lo sacaron de dudas, mas sirvieron para que su tensión se relajara y el cansancio lo dominara. Se echó en la cama y durmió sin soñar.

Despertó a un día de nevisca y sutil terror en Praga. No veía nada, pero sentía todo. El cinco de noviembre, Hitler había pronunciado un discurso en el que declaraba, una vez más, la urgencia para Alemania de *Lebensraum*, la adquisición de nuevos territorios para el crecimiento y la expansión alemanes; literalmente, por un «sitio para vivir». Como un tenor de ópera que hiciera el contrapunto al bajo que era Hitler, Henlein, el líder de los alemanes en los Sudetes, reclamaba públicamente en una carta abierta, que apareció al día siguiente en los periódicos checos, que se detuviera la «persecución» checa contra la minoría alemana de su región, la zona fronteriza con Alemania. El 12 de noviembre, el contratenor Wilhelm Frick, ministro del Interior del *Reich*, decía por radio: «Raza y nacionalidad, sangre y suelo, son los principios del pensamiento nacionalsocialista, que estaríamos contradiciendo si intentásemos asimilar por la fuerza una nacionalidad extranjera».

Esto podía ser oído en Francia como algo cálido y tranquilizador, pero los alemanes de los Sudetes no eran una nacionalidad extranjera, como tampoco los austríacos, por lo menos según las definiciones diplomáticas alemanas. A continuación, los representantes alemanes de los Sudetes abandonaron el Parlamento en masa, y dijeron a los reporteros que esperaban afuera que habían sido maltratados por la Policía checa.

Todo el mundo en Praga conocía ese juego —incidentes, provocaciones y discursos—, significaba que las divisiones de tanques alemanas, apostadas en la frontera, esperaban, dispuestas a ponerse en camino. ¿Hoy?, ¿mañana?, ¿cuándo?

Pronto.

Nada salía a la superficie. Pero lo que ellos sentían se hacía palpable de una forma sutil: la manera en que la gente se miraba, el tono de la voz, la frase sin terminar. Szara cogió el resguardo que le habían dado en Ostende y se dirigió a la estación central de ferrocarriles. El encargado de la consigna negó con la cabeza, era de una estación secundaria, e hizo un gesto hacia las afueras de la ciudad.

Tomó un taxi, pero a la hora que llegó, la del almuerzo, la estación estaba cerrada. Se encontró en una localidad extraña y silenciosa, con carteles en polaco y ucraniano, ventanas de madera, grupos de personas en las esquinas, sin corbata y con la camisa abotonada hasta el cuello. Caminó por las calles desiertas barridas por remolinos de polvo que el viento levantaba. Las mujeres ocultaban el rostro tras velos negros; los niños, cogidos de la mano, se arrimaban a la pared de las casas. Oyó el sonido de una campana, miró

abajo, hacia un prado en pendiente, y vio un buhonero judío con un flaco y deslucido caballo que, en su esfuerzo por arrastrar el carro pendiente arriba, desprendía penachos de vapor por los ollares.

Szara encontró un pequeño bar en su camino. Las conversaciones se detuvieron cuando entró. Pidió una taza de café. No tenían azúcar. Pudo escuchar el «tictac» de un reloj detrás de la cortina que cubría una puerta. ¿Qué habría allí? Quizás un demonio. Szara se esforzó por recuperar el aliento, su miedo se disipó como la niebla y de él sólo quedó su cuerpo, sentado a la mesa, aburrido por la impaciencia. El reloj detrás de la cortina dio las tres, entonces salió de prisa en busca de la estación. El encargado cojeaba con dificultad y llevaba el uniforme azul de los ferrocarriles con una medalla de guerra prendida en la solapa. Cogió el resguardo sin decir palabra y, después de examinarlo un momento, asintió con la cabeza. Se fue y estuvo un buen rato sin aparecer; luego regresó con una maleta de cuero. Szara le preguntó si podía llamar un taxi. «No», fue la respuesta del hombre. Szara esperó un momento a que le diera una explicación, que añadiera algo más, pero eso era todo. *No*.

Así que caminó durante kilómetros, por calles en zigzag, atascadas por el ajetreo del sábado, sitios donde cada piedra antigua estaba torcida o fuera de lugar; pasó ante grupos de judíos, de cabello rizado y vestidos con caftanes, que cuchicheaban delante de las diminutas sinagogas; de amas de casa checas, con sus vestidos estampados, que llevaban a sus casas pan negro y embutidos de ajo comprados en los mercados callejeros; de niños y perros que jugaban tras una pelota en el suelo de guijarros, y de viejos acodados en las ventanas, mientras fumaban sus pipas y contemplaban la vida de la calle debajo de ellos. Era como cualquier barrio en una ciudad europea en un día frío y humeante de noviembre, pero Szara se sintió como atrapado por una pesadilla en la que debía ocurrir algo terrible e ignorado por el mundo, y siguió a ciegas en pos de su aventura.

Cuando llegó al hotel, subió penosamente la escalera y, nada más entrar en su habitación, tiró la maleta sobre la cama. Luego se hundió rendido en una silla y cerró los ojos para concentrarse mejor. Ciertos instintos salieron a la superficie: necesitaba reflejar en el papel lo que había sentido, tenía que describir la obsesión de este lugar. Sabía que si lo hacía bien, estas historias crecían, tomaba vida por sí mismas. Hicieran lo que hiciesen los políticos, los lectores y la gente, lo entenderían, se preocuparían, la piedad los animaría a levantar la voz en favor de la república checa. ¿Cómo hacerlo? ¿Qué elegir? ¿Qué hecho *hablaba* realmente, de manera que el escritor quedara a un lado y

la historia se expresara por sí misma? Y si su propio artículo no aparecía en otros países, era casi seguro que saldría en la Prensa de los partidos comunistas, en muchos idiomas, y más periodistas de los que se admitía echaban una mirada a esos periódicos. La política editorial decía *cualquier cosa con tal de mantener la paz*, pero dejad a los corresponsales que vengan aquí y lo vean por ellos mismos.

Entonces recordó la maleta. La examinó y se dio cuenta de que nunca había visto otra igual; de cuero denso, granulado —debió de ser la protección de un animal poderoso y desconocido—, estaba cubierta de una gruesa capa de fino polvo, de manera que con el dedo índice humedecido pudo trazar una línea a su través y observó que el color, que alguna vez debió de tener un tono achocolatado, había sido desgastado por el sol y el tiempo. A continuación comprobó que las costuras estaban cosidas a mano; una labor delicada y concienzuda llevada a cabo con un cordón, que sospechó hecho a mano también. Era una maleta al estilo de un portamanteo, como los maletines de médicos, con los dos lados abiertos por igual y unidos por una cerradura de latón. Limpió ésta con una toalla húmeda y apareció una tracería rojiza grabada en la superficie metálica. Eso le resultó vagamente familiar. ¿Dónde había visto algo parecido? En seguida lo recordó: ese tipo de trabajo se empleaba para adornar las copas y los cacharros de latón que se fabricaban en Asia central y occidental, en la India, Afganistán y Turquestán. Trató de presionar el saliente inferior de la cerradura para abrirla, pero estaba cerrada con llave. El asa tenía media etiqueta atada con una cuerda. Al mirarla de cerca pudo descifrar la fecha en que la maleta había sido depositada en la consigna: el 8 de febrero de 1935. Juró en voz baja con asombro. ¡Hacía casi tres años!

Puso un dedo en la cerradura. Era ingeniosa, una abertura circular perfecta que no dejaba entrever la forma de la llave. Probó suavemente con un fósforo, y le pareció que requería una forma redonda con una sección cuadrada en el extremo. Sin perder la esperanza, siguió hurgando con la cerilla pero, como era lógico, no consiguió nada. Desde otra época, el cerrajero, quizás un artesano sentado con las piernas cruzadas en un tenderete de algún zoco, se reía de él. El artificio que se había inventado no iba a rendirse a una cerilla de madera.

Szara bajó a la recepción del hotel y se explicó con el joven empleado de guardia: había perdido la llave, una maleta que no podía abrir, papeles importantes para una reunión del lunes. ¿Qué podía hacer? El empleado asintió con comprensivos movimientos de cabeza y habló sosegado. No había

de qué preocuparse. Esto pasaba todos los días. Envió fuera a un botones, el cual, una hora más tarde, regresaba acompañado de un cerrajero, un hombre serio que hablaba alemán y vestía un traje estirado y formal. Carraspeó educadamente.

—No es corriente ver este tipo de mecanismo...

Pero Szara sentía demasiada impaciencia para ponerse a contestar preguntas a medio hacer y se limitó a meter prisa al hombre para que pusiera manos a la obra. Después de unos segundos de reflexión, el cerrajero abrió sin convicción su maletín de herramientas, lo dejó luego de lado y, con ligero embarazo, se sacó del bolsillo interior de la chaqueta un juego de ganzúas de ratero, de fina factura. Y entonces empezó el combate entre las dos técnicas.

No es que el *tadzik*, el *kirguis*, el artesano del mercado de Bujará —quienquiera que fuese— no opusiera resistencia, que sí la hizo, pero al final tuvo que rendirse al hecho moderno y a sus brillantes ganzúas aceradas. Con el *snic* característico del artificio bien construido, la cerradura cedió; el profesional se echó hacia atrás y se limpió el sudor de la frente con un immaculado paño gris.

—Qué bello trabajo —dijo como para sus adentros.

Y qué bella factura también; pero Szara pagó, y añadió una buena propina además. Sabía que el *apparat* podría descubrir algo más adelante, e ignoraba si acababa de firmar la sentencia de muerte del cerrajero.

Al atardecer, André Szara permanecía en su habitación sin encender la luz, con los retazos de la vida de un hombre esparcidos a su alrededor.

No había un solo escritor en el mundo que pudiera resistirse a atribuir un romance melancólico a estos objetos; pero eso, se dijo a sí mismo para acallar su conciencia crítica, no disminuía su elocuencia. Porque si la maleta hablaba de Bujará, Samarcanda o los oasis del desierto de Kara Kum, su contenido decía algo distinto referido a un europeo, un ruso europeo, que había viajado —¿con el Ejército?, ¿para esconderse?, ¿para morir?— por esas regiones, un hombre parecido a él, orgulloso de sí mismo.

Los objetos sobre la mesa y el escritorio estaban expuestos como en una capilla ardiente. Alguna ropa, unos pocos libros, un revólver y los humildes utensilios —aguja e hilo, té digestivo, mapas muy plegados— de un hombre con prisa. Apresurado, porque había la misma claridad, idéntica elocuencia, en los objetos que faltaban. Ni fotografías ni cartas. Ninguna agenda, ningún

Diario de viaje. Había sido un hombre que entendió a la gente de la que huía, y que quiso proteger la vulnerabilidad de aquellos que quizá lo amaron.

La ropa, colocada encima sin planchar, pero perfectamente doblada, parecía haber sido puesta por alguien con una larga experiencia en el Ejército, una persona para quien la ordenada pulcritud de un cajón es su segunda naturaleza. Ropa de buena calidad, cuidadosamente guardada con sumo cuidado, muy remendada y terriblemente gastada por los continuos lavados y el largo uso en un entorno hostil. Calzoncillos de algodón, camisas de lana, un pesado jersey de marinero gastado en los codos, gruesos calcetines de lana con los talones casi transparentes.

El revólver de reglamento era de antes de la revolución; un «Nagant», modelo de repetición para oficiales, de 7,62 mm, diseño de 1895. Estaba bien engrasado y con la carga completa. Por algunas de sus características, Szara llegó a la conclusión de que el arma había tenido una vida larga y muy activa. Faltaba la anilla de la base de la culata y la superficie aparecía limada; el metal en los ángulos de los bordes, en la boca del cañón, en el tambor, en el mismo gatillo, era plateado y suave. Una mirada al cañón lo mostró immaculado, limpiado, no con el habitual polvo de ladrillo (una obsesión casi religiosa —además de ruinosa— de la Infantería campesina de la Gran Guerra), sino con un cepillo de manufactura británica que estaba allí al lado, envuelto en un trozo de papel. Pero no en uno de periódico, porque eso descubre dónde has estado y en qué fecha. De papel sin más. Un hombre precavido.

Los libros también eran de la época anterior a la revolución, el más reciente fechado en 1915; y Szara los manejó con reverencia, porque eran de los que ya no se encuentran. Los bellos ensayos de Dobrilov sobre las heredades nobles; *Poemas de la Cosecha*, de Ivan Krug; los cuentos de viaje al país de los jivanis, de Gletjin; Pushkin, por supuesto, y *Cartas de un pueblo lejano*, de un tal Chumensky, de quien Szara nunca había oído hablar. Eran compañeros de viaje, libros para ser leídos una y otra vez, libros para un hombre que vivió en lugares donde era imposible encontrar libros. Szara los ojeó con ansiedad, en busca de alguna anotación, siquiera un párrafo subrayado; pero, tal como había temido, no encontró ninguna señal.

Aunque lo más curioso de todo lo ofrecido por la maleta abierta era su olor. Szara no pudo descifrarlo, a pesar de que acercó el jersey a su rostro para olfatearlo. Sintió algo rancio, humo de leña, un olor dulzón de animal de carga y algo más, quizás especias, clavo o cardamomo, evocación de un mercado del Asia central. Era un aroma que había estado allí desde hacía

tiempo, porque había impregnado los libros, la ropa y hasta el cuero de la maleta. ¿Por qué? Quizá para hacer más apetitosa la mala comida; tal vez para añadir un ingrediente de civilización a la vida en general. No llegó a ninguna conclusión sobre ese punto.

Szara conocía lo suficiente de las prácticas del espionaje para saber que la cronología lo significaba todo. «Que Dios proteja y guarde al zar» al final de una carta, significaba una cosa en 1916, y otra muy diferente en 1918. En cuanto al tiempo del «oficial» —así empezó a llamarlo Szara—, entre las cosas de la maleta había un mapa austriaco del mar Caspio fechado en 1919. Por supuesto, la cartografía era anterior (faltaban los nombres honoríficos de los bolcheviques), pero la fecha de impresión sirvió para que Szara escribiera en un papel de notas del hotel: «Vivo todavía en 1919». Luego volvió a mirar la etiqueta de equipaje y anotó: «Probable fecha terminal, 8 de febrero de 1935». Una data curiosa, apenas dos meses y unos pocos días después del asesinato de Sergei Kirov —que inauguró la primera ronda de purgas bajo Yagoda—, en el Instituto Smolny de San Petersburgo, el 1 de diciembre de 1934.

¿Una fecha terminal? Sí —pensó Szara—, *este hombre ha muerto*.

Lo sabía, así de sencillo. E intuyó que mucho antes de 1935. Ignoraba cómo, pero otra mano recuperó la maleta y la llevó aquel invierno a la consigna de una lejana estación de ferrocarril en Praga. Claro que cabían otras muchas posibilidades, mas Szara sospechaba que una vida transcurrida en la extremidad meridional del imperio soviético había tenido su fin allí. El Ejército rojo sofocó la rebelión de los *pashas* en 1923. Si el oficial, quizás un asesor de uno de los jefes locales, hubiese sobrevivido a esas guerras, no habría abandonado la región. No había nada de Europa que no se hubiera guardado alguna noche —calculó— de 1920.

El hecho de que la misma maleta siguiera «con vida» era una especie de milagro, aunque Szara advirtió una posibilidad más concreta: una costura en el forro del fondo. No la había hecho la misma mano que había cosido el resto de la maleta con tanta perfección y pericia. A pesar del intento hecho de imitarla lo mejor posible, con hebra encerada en forma de cruz apuntando las esquinas. Así que el oficial llevaba algo más que libros y ropa. Szara recordó lo que Renate Braun le había dicho en el vestíbulo del hotel de Jelidza: «Es para ti». No los viejos mapas, los libros y la ropa, por supuesto. Ni la pistola «Nagant». Lo que ahora era «suyo» estaba en un compartimiento secreto, debajo del falso fondo de la maleta.

Llamó al conserje y pidió que le subieran una botella de vodka. Pensó que le esperaba una larga y difícil noche; la ciudad de Praga tenía poco que ofrecer y el fallido intento del oficial de sobrevivir a la historia no mejoraba las cosas. Szara supuso que había sido un soldado leal al servicio del zar, y, por tanto, un fugitivo tras la revolución de 1917. Acaso luchó junto a los blancos durante la guerra civil. Luego la huida, siempre al sudeste, hacia el centro de Asia, a medida que el Ejército Rojo avanzaba. La historia de esa región en aquella época fue peor que cualquier otra que Szara recordara, los basmachis, bandidos saqueadores de la región; el barón Ungam-Stemberg, sádico y loco; el General Ma y su ejército musulmán...; violaciones, asesinatos, pillaje, prisioneros arrojados a las calderas de las locomotoras para que murieran abrasados por el vapor. Sospechó que ese hombre, que llevaba una pequeña biblioteca civilizada consigo y zurría cuidadosamente los codos de su jersey, habría muerto uno de aquellos años en alguna pequeña escaramuza que nadie recordaba. Hubo tiempos en que la mejor solución era una bala perdida. Szara pensó que aquello era lo mejor que pudo pasarle al oficial.

El vodka hizo su efecto. Szara se animó con una canción, mientras sacaba su navaja de afeitar para cortar las gruesas bandas de hilo entrecruzado. El oficial no había sido ningún tonto. ¿Pero a quién quiso engañar con ese artificio, demasiado evidente, del doble fondo?, se preguntó Szara. Quizás al más estúpido guardia fronterizo o al más obtuso de los aduaneros. En los talleres del NKVD se hacían esas cosas bastante bien, dejaban sólo el mínimo resquicio para documentos secretos y lo simulaban de tal manera que el doble fondo pasaba inadvertido. Por otro lado, tal vez el oficial hizo lo que pudo, echó mano del único escondite posible y se encomendó a Dios y al diablo. Sí, Szara lo comprendía cada vez mejor; las esquinas cosidas revelaban una especie de determinación que respondía a unas circunstancias desesperadas, una virtud que Szara apreciaba por encima de las demás. Cuando terminó de cortar la última esquina, tuvo que ayudarse de las uñas para levantar la tapa de cuero.

¿Qué había esperado encontrar? Esto, desde luego, no. Un grueso montón de papeles grisáceos, raídos por los bordes, llenos de una escrupulosa escritura a pluma con frases rebuscadas en ruso, la poesía de los burócratas. Era papel oficial, con una burda cabecera impresa que anunciaba su procedencia de la Oficina de Información, Tercera Sección, Departamento de

Protección del Estado (Ojrannoye, Otdyelyenye), Ministerio del Interior, Distrito Transcaucásico, con la dirección de una calle en Tbilisi —la ciudad de Tiflis, en Georgia—.

Una lenta y malhumorada decepción fue embargando a Szara. Se dirigió hacia la ventana con la botella de vodka en la mano y contempló la lenta salida de la estación de un tren de mercancías, entrechocando ruidosamente los topes a medida que los vagones se movían. El oficial no era un coronel aristócrata, ni siquiera un capitán de Caballería, sino un policía de a pie; sin duda, una ruedecilla en el vasto mecanismo de la incompetente Policía secreta del zar, la Ojrana, y el haz de miseria que tenía sobre el escritorio de una habitación de hotel representaba, en apariencia, una sucesión de casos, anotaciones de *agents provocateurs*, pagos a pequeños confidentes y descripciones físicas solemnes de los trabajadores del partido Social Revolucionario en los primeros días del siglo. Ya había visto ese tipo de informes alguna vez. Un material que destrozaba el alma; la Humanidad vista a través de una ventana a la débil luz de un farol de la calle, triste, mezquina y obsesionada por conspiraciones sin fin. Al pensar en aquello, sintió ganas de retirarse al campo con una vaca lechera y una plantación de verduras.

Así que no era un oficial militar, sino un funcionario de la Policía. Pobre hombre, había transportado aquel catálogo de pequeñas mentiras a través de montañas y desiertos, tal vez convencido de su valor si la contrarrevolución hubiese triunfado, y un vástago superviviente de los Romanov se hubiera vuelto a sentar en el trono de todas las Rusias. Szara, con más pesadumbre que ira, compensó su frustrada imaginación con dos tragos de la botella de vodka. *Una criatura de papel, pensó. Un uniforme con un hombre dentro.*

Volvió al escritorio y enfocó la luz del flexo. La organización Messame Dassy (Tercer Grupo) había sido fundada en 1893, de origen y propósito socialdemócratas, opuesta en lo político a Meori Dassy (Segundo Grupo) — Szara encontraba grotesca tales distinciones—, y se dio a conocer mediante panfletos y con el periódico *Kvali (El Surco)*. Entre los dirigentes más conocidos de la organización estuvieron N. K. Jordania, K. K. Muridze y G. M. Tseretelli. El confidente DUBOK (significaba «roble pequeño», y se aplicaba a cualquier clase de insignificancia) se enroló y empezó su actividad en 1898, a la edad de diecinueve años.

Szara repasó el montón de papeles. De vez en cuando se detenía en resúmenes de interrogatorios, en informes, en los cambios de escritura cuando otros funcionarios habían añadido anotaciones, en recibos de pagos a confidentes firmados con nombre supuesto (no asignado, como DUBOK;

ellos nunca conocían éste, sólo el Jefe del Expediente lo sabía), cambios en los tipos de letra cuando el caso duraba años y los informes se enviaban desde el Distrito a la Región y de ésta hasta la oficina central, al ministro, al zar y quien sabe si al mismo Dios.

Szara sintió el latido de sus sienes.

¡Lo tenía merecido! Por todos los santos, ¿qué había esperado? ¿Francos suizos? Quizá, muy en el fondo, fue lo que pensó encontrar. O unos pasaportes de aquéllos tan exquisitamente impresos para todo uso, y para viajar a cualquier parte. *¡Idiota!* ¿Tal vez monedas de oro? ¿Rubíes fundidos como en los cuentos infantiles? ¿O una única rosa aplastada, cuya última y evanescente fragancia sería apenas perceptible?

Sí, sí, sí. Cualquier cosa de éstas. Su mirada descendió triste a la falsa tapa, caída en el suelo, entre un revoltijo de hilos cortados. Había aprendido a coser en Odesa, pero aquella no era la clase de tarea que él podía hacer. ¿Cómo iba a dejar aquello como estaba antes? ¿Tal vez pidiendo ayuda a la costurera del hotel? *El huésped de la habitación 35 solicita que se vuelva a coser el doble fondo de su maleta; date prisa, mujer, ¡que tiene que pasar la frontera polaca esta noche!* Víctima de su imaginación extraviada, Szara maldijo e imploró mentalmente al *apparat*, como si invocara a los malos espíritus. Hubiera querido que Heshel, con su sonrisita triste, o Renate Braun, con su bolso lleno de llaves maestras, o cualquiera de los otros, de formas grises o fríos ojos de intelectual..., que alguien acudiera y se llevara aquella trapacería antes de que él mismo la tirara por la ventana.

En realidad, ¿dónde se han metido?

Miró la parte inferior de la puerta, esperando que en aquel preciso instante deslizaran una hoja de papel por allí, pero todo lo que vio fue una alfombra raída. Le pareció que el silencio invadía todo de pronto, y un nuevo trago de vodka no varió aquella sensación.

Desesperado, hizo a un lado el papel en el que había estado escribiendo y en su lugar puso hojas con el membrete del hotel que sacó del cajón del escritorio. Si en el análisis final, el funcionario no merecía esta tormenta de vodka en su situación emocional, la angustiada gente de Praga sí que la merecía.

Era media noche cuando terminó, y le dolía la espalda como a un condenado. Pero estaba hecho. Ya se orientaría el lector por sí mismo; *su calle, su gente, su nación.* Mientras que la histeria y la pesadilla estaban

donde debían, justo al otro lado del horizonte, más presentidas que vistas. Para equilibrar un relato sobre «el pueblo» tuvo que hacer otro sobre «el ministro»; cita de Benes, cita del general Vlasy, algún dicho ruin de Henlein, y la visión resultante —puesto que el país había creado una democracia parlamentaria en 1918, y no daba muestras de anhelar un régimen socialista— sería de utilidad a los intereses diplomáticos soviéticos a causa de sus fervientes ideas contrarias a Hitler. Eso no iba a crear problemas. Podía pasar revista a los Ministerios con un ojo cerrado y el lápiz en la oreja y hubiera sido lo mismo. Los políticos eran como perros parlantes de circo; el hecho de que existieran raramente ofrecía interés, pero ninguna persona en su sano juicio creería de verdad lo que decían.

Luego, como siempre que acababa de escribir algo de su agrado, tuvo la impresión de que la habitación se empequeñecía. Se metió algo de dinero en el bolsillo, ajustó su corbata, se puso la chaqueta y salió casi huyendo. Intentó pasear, pero el viento que soplaba procedente de Polonia era desagradable y el aire olía a invierno, así que paró un taxi y dio la dirección del «Luxuria», un *nachtlokal* o cabaret donde la atmósfera era fétida, y la clientela aún peor, el marco exacto que su estado de ánimo necesitaba.

No quedó decepcionado. Sentado solo a una mesa pequeña, una copa de champán insípido junto al codo, fumó sin parar y se perdió en la niebla estúpida del lugar, a gusto debajo de una silueta recortada en papel amarillo, cosida a una cortina de terciopelo, que representaba la luna de «Luxuria», una fina rodaja, una vieja luna útil para las noches en que no importaba nada.

Momo Tsipler y sus Compañeros del «Wienerwald».

Cinco, entre ellos el más viejo cellista en cautividad, un batería de mirada mortecina llamado Rex y el propio Momo, una de esas oscuras celebridades surgidas de las sombras al este del Rin, un austrohúngaro vestido de esmoquin verde, con una voz llena de lágrimas que ni él ni nadie había derramado jamás.

«*Noch einmal al Abscheid dein Händchen mir gib*», cantó Momo mientras el cello suspiraba. «Dame otra vez tu mano al despedirme». Szara se sentía exultante de alegría por dentro, el horrible jarabe era delicioso, un chiste malo de sí mismo, un himno desentonado al amor vienés. El título de la canción, perfecto: *Hay cosas que todos debemos olvidar*. El violinista tenía el cabello blanco y esponjoso, partido en dos bandas, y sonreía como el mismo demonio mientras tocaba.

Luego, los Compañeros del «Wienerwald» atacaron una especie de «elefante borracho», el tema de la atracción estelar de la noche y el enorme Mottel Motkevich, tambaleándose bajo el foco de luz al son de una serie rítmica de la batería, empezó su famoso monólogo. Nada más empezar, contó su historia:

—Acabo de despertarme en la cama de la criada con la resaca más grande del mundo, y alguien me ha metido a empujones en el escenario de una sala de fiestas de Praga. ¿Qué es lo que hago yo aquí? ¿Y qué hacen ustedes ahí?

Su flácido rostro sudaba bajo las luces rojas (durante veinte años tuvo el aspecto del que va a morir a la semana siguiente). Luego se puso una mano sobre los ojos a modo de visera, y miró alrededor de la sala. Lentamente se daba cuenta de dónde estaba. Sabía qué clase de cerdos habían acudido al local aquella noche; ah, sí, los conocía muy bien a todos. «*Ja*» —decía, confirmando lo peor, con los gruesos labios fruncidos en un gesto de desaprobación.

Empezó a mover la cabeza, cada vez más convencido de su observación: borrachines y pervertidos, disolutos y depravados. Se puso las manos sobre las anchas caderas y miró fijamente a un coronel yugoslavo acompañado por una muchacha, muy pintada y con un adorno que ceñía su cabeza, rematado por una pluma.

—*Ja* —dijo Mottel Motkevich—. No hay duda sobre vosotros dos.

Luego dijo lo mismo a un par de lindos ingleses en pantalón corto, y a un capitán, sorprendido en el acto de manosear a una especie de lechera quinceañera que estaba a su lado.

—Pero, Mottel, ¿por qué no? —se oyó a alguien desde el fondo.

De inmediato, el público empezó a dirigirse con gritos al comediante en una mezcla de idiomas europeos.

—¿No está bien?

—¿Por qué no podemos?

—¿Qué es lo que te parece tan mal?

El obeso actor retrocedió, agarró la cortina de terciopelo con una mano, los ojos y la boca abiertos en un gesto de asombro.

—¿*Ja*? ¿Queréis decir que está bien después de todo? ¿Hacer toda clase de cosas que todos sabemos y algunas que ni siquiera hemos imaginado?

Entonces llegó el gran momento del público.

—¡*Ja*! —gritaron todos una y otra vez. Hasta los camareros se les unieron.

El pobre Mottel se derrumbó ante la avalancha. Un mundo al que él creía amar, de orden y rectitud, se había hecho trizas delante de sus ojos, y ahora la verdad se le mostraba al desnudo. Con pesar dijo adiós a todas aquellas antiguallas sin sentido.

—*Ja, ja* —admitió con tristeza—. Así ha sido siempre, así será siempre; así, así en particular será esta noche.

Nada más decirlo, algo atrajo su atención; algo que ocurría detrás de la cortina, a su derecha. Sus ojos brillaron como los de un sátiro enloquecido de amor, dirigió al público un *jaaa* final que le salió de muy adentro, y desapareció de repente del escenario. Los Compañeros empezaron a tocar una melodía circense y las cebras salieron de detrás de la cortina, retozaban y relinchaban, mientras alzaban al aire sus pequeñas pezuñas delanteras.

En realidad eran muchachas desnudas, con máscaras de cebra de *papier-mâché*. Hicieron cabriolas y se contonearon entre las mesas; de vez en cuando se detenían para ofrecer sus nalgas a los clientes y luego huir de ellos con un salto. Después de unos pocos minutos salieron galopando por los laterales. Los Compañeros iniciaron un vals lento y las bailarinas reaparecieron, sin máscaras y vestidas, como *Animierdamen* que tenían que coquetear con los clientes, sentarse en sus rodillas y divertirlos para que compraran el champán por botellas.

Szara se sentía muy melancólico, y su cabello, de un tono negro lustroso, le daba un aspecto siniestro.

—¿A que no adivinas qué cebra era yo? ¡Estaba muy cerca de ti!

Más tarde se fue con ella. A una habitación escondida en lo alto de una casa gélida, donde había que subir escaleras, bajarlas, cruzar dos patios llenos de gatos y, por último, volver a subir, pasar revueltas y corredores a oscuras, hasta llegar a un pasillo bajo que limitaba con el tejado.

Él la llamó «cebra»; facilitaba las cosas. Dudó si era el primero en darle ese nombre, porque pareció sentirse bastante cómoda con él. Galopó, relinchó y meneó su blanca barriguda, todo para Szara.

Volvió a recuperar el ánimo, por fin había encontrado una isla de placer en medio del mar de sus preocupaciones. Sabía que habría quienes encontrarán lamentable y mezquino semejante deporte; pero ¿qué sabían?, ¿qué les aguardaba a ellos al otro lado de la puerta?

La Cebra tenía una radio pequeña, de sintonía fija, con una emisora que transmitía durante toda la noche, discos rayados de Schuman y de Chopin desde alguna parte de la oscura Europa Central, donde el insomnio se había convertido en algo parecido a una religión.

Con esa compañía hicieron grandes progresos, y se regocijaron fingiéndose sorprendidos por haber caído en aguas tan profundas, donde todo servía para nada. «¿Ah sí?», gritaba la Cebra, como si aquello fuese una diversión nueva y complicada, nunca antes intentada en las habitaciones secretas de estas ciudades; como si el atrevimiento de entregarse a los mismos juegos del diablo pudiese ocultar lo que ellos sabían, por cualquier oscuro presentimiento, que él quería entregarse a todo tipo de juegos.

Al final, acalorados y rendidos, se quedaron medio dormidos en la habitación llena de humo, mientras la radio carraspeaba, se iba y venía, algunas veces cuchicheando palabras en idiomas desconocidos.

Los dirigentes del *jvost* georgiano del NKVD solían reunirse los domingos por la mañana, durante una hora o dos, en el apartamento de Alexei Agayan, en la calle Tverskaya. Beria nunca asistía —él era, en cierto sentido, la conspiración de uno—, pero hacía llegar sus deseos a través de Dershani, Agayan o algún otro del grupo. Lo normal era que sólo acudieran los funcionarios con destino en Moscú, aunque los camaradas de las repúblicas del sudeste pasaban por allí de vez en cuando.

Se reunieron a las once y treinta de la mañana del 21 de noviembre, en la cocina de Agayan, amplia, destartalada y muy caliente. Agayan, un hombre bajo, de piel oscura, una gruesa cabeza de rizado cabello gris y bigote desordenado, llevaba una vieja chaqueta de punto, acorde con el ambiente informal. Ismailov, un turco rusificado, y Dzajalev, un oseta —la tribu de lengua farsi al norte del Cáucaso, de donde se decía que era la madre de Stalin — llegaron con los ojos enrojecidos y un poco irritados por los excesos de la noche del sábado. Terounian, de la ciudad de Yerevan, en Armenia, ofreció un saquito de arpillera con peras maduras traídas a Moscú por su primo, un maquinista de tren. Stasia, la joven esposa rusa de Agayan, las puso sobre la mesa, al lado de unos cuencos llenos de almendras saladas y dulces, piñones y una fuente de uvas de Esmirna. La mujer de Agayan también sirvió, mientras duró la reunión, una interminable sucesión de diminutas tazas de café turco, *sekerli*, la variedad más dulce. Dershani, georgiano, el más importante entre sus iguales, fue también el último en llegar. Esas tradiciones tenían gran importancia en el *jvost*, y se respetaban escrupulosamente.

Era como cualquier reunión típica, semejante a la de los cafés de Bakú o de Tashkent. Se sentaron en mangas de camisa; fumaron, comieron y bebieron el café, mientras aguardaban el turno para hablar —en ruso, el único

idioma en común— respetándose entre ellos y con gran sentido del ceremonial. Importaba que lo que se dijera, eso estaba claro, quedara entre ellos.

Agayan, bizqueando por el humo del cigarrillo que mantenía en el centro de los labios, habló con expresión solemne de camaradas desaparecidos en las purgas. Los *yidzh* ucranianos y polacos —admitió— se estaban llevando la peor parte, pero muchos georgianos y armenios, y sus aliados en todas partes (algunos *yidzh* suyos, por esa razón), también habían desaparecido en la Lubyanka y el Lefortovo. Agayan pareció apesadumbrado cuando terminó su parlamento, y ése fue todo el elogio que muchos de ellos merecieron.

—Yo me pregunto... —empezó Dzakhalev.

—Es lo que él quiere. —El encogimiento de hombros de Agayan resultó bastante elocuente—. En lo que a mí se refiere, nadie me ha consultado.

El innombrado *él* de estas conversaciones era Stalin siempre.

—Aun así —insistió Dzakhalev—, Yassim Ferimovich era un funcionario ejemplar.

—Y leal —añadió Terounian, de treinta y cinco años, el más joven del grupo con mucha diferencia.

Agayan encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior.

—Sin embargo —dijo.

—¿Os habéis enterado de lo que él dijo a Yezhov en materia de interrogatorios? «Golpea, golpea y golpea». —Terounian hizo una pausa para que el significado de la frase quedara en el aire y todos entendieran lo que quería decir—. De esa manera, cualquiera admitirá lo que sea, hasta dirá el nombre de su propia madre.

—Y el de las demás también —dijo Ismailov.

Dershani levantó su mano derecha unos centímetros por encima de la mesa; el gesto significaba *basta*, e hizo callar en seguida a Ismailov. Dershani tenía rostro de halcón —nariz curvada, ojos brillantes pero sin vida, labios delgados, frente elevada—, y el cabello gris desde su juventud, algunos decían que había encanecido en una noche, cuando fue condenado a muerte. Pero vivió. Y cambió. Se había convertido en algo que no era humano del todo. Especializado en obtener confesiones, con una mano de la que se rumoreaba que sabía sujetar «bien fuerte las tenazas». Era evidente que el tono de Ismailov no le había gustado.

—Su pensamiento es insondable —dijo Dershani—. Nosotros no estamos en situación de entenderlo, no estamos en situación de hacer comentarios. —Se detuvo un momento para beber su café y permitir así que la atmósfera de la

sala subiera a su nivel; después cogió algunos piñones—. Son deliciosos — dijo—. Si miráis nuestra historia, la de nuestro servicio, quiero decir, veréis que su mano ha cogido el timón justo en el momento crucial. Empecemos con Dzerskinsky, un polaco de origen aristocrático de Vilna. Católico por su nacimiento, a edad temprana muestra su afecto por los judíos. Llega a hablar *yiddish* a la perfección, su primera amante es la hermana de su mejor amigo, una tal Julia Goldman, que muere de tuberculosis en Suiza, donde él la había llevado a un sanatorio. Para aliviar su dolor, tiene un asunto amoroso con una camarada llamada Sabina Feinstein. Más adelante se casa con una judía polaca, de la Inteligencia de Varsovia, de nombre Sophie Mushkat. Su lugarteniente, el hombre en quien confiaba, es Unshlikht, también judío polaco, también intelectual, de Mlawa.

»Cuando Dzerskinsky muere, su otro hombre de confianza, Menzhinsky, ocupa su lugar. No es judío, pero sí *artiste*. Un hombre que habla chino, persa, japonés y doce idiomas más y que, mientras trabajaba para nosotros en París, es poeta un día, otro es pintor, y va por ahí con pijamas de seda, fuma cigarrillos perfumados en boquilla de marfil, y es figura destacada de un... un salón. Muere Lenin. Este joven Estado, con problemas, gravemente amenazado, se entrega confiado a nuestro líder, y él acepta la pesada carga sobre sus hombros. Sólo pretende continuar la tarea de Lenin; pero, en 1934, el círculo troskista empieza a adquirir poder. Hay que hacer algo. Sigue la línea de Lenin y se apoya en Yagoda, un judío polaco de Lodz, un envenenador, que elimina al escritor Gorki por medios naturales en apariencia. Pero es demasiado listo, sigue su propio criterio, y en 1936 ya no es la persona apropiada para el puesto.

»¿A quién elegir entonces? Quizá la respuesta sea el enano, Yezhov, al que llaman familiarmente “la zarzamora”, y el mote lo dice todo. Pero no es mejor que el otro; esta vez no se trata de un judío, sino de un verdadero loco, y además malicioso, como un niño de los suburbios que unta la cola de los gatos con parafina para luego prenderles fuego.

Dershani se detuvo con aire de cansancio. Tamborileó con los dedos en la mesa de la cocina y miró a la esposa de Agayan, de pie junto a la estufa al fondo de la habitación, que de inmediato le llevó otra taza de café.

—Dinos, Efim Aleksandrovich, ¿qué pasa luego? —Ismailov declaraba así su merecido castigo, y buscaba el simbólico perdón de Dershani por su momentánea ligereza.

Dershani cerró los ojos educadamente mientras sorbía su café y se chupó los labios con gesto delicado como muestra de su aprecio.

—Stasia Marievna, eres una joya.

La mujer bajó la cabeza en silencio para agradecer el cumplido.

—Evoluciona, evoluciona —dijo Dershani—. Es una bella historia, después de todo, y guiada por un genio. Pero tiene que moverse a la velocidad adecuada, algunos asuntos han de resolverse por sí solos. Y, os lo digo en confianza, hay muchas consideraciones que se nos escapan. No se puede barrer a todos estos *yidzh* de Polonia. Semejante limpieza, sin entrar en su conveniencia, atraería una atención indeseada; por ejemplo, podría alejarnos de los judíos de América, que son unos grandes idealistas y hacen nuestro trabajo en su país. Por eso, los rusos y los ucranianos, sí, y hasta los georgianos y armenios, deben abandonar la escena junto a los otros. Esto es necesidad, necesidad histórica, una estratagema digna de Lenin.

—Entonces, dinos, Efim Aleksandrovich —preguntó Agayan, consciente de seguir la frase de Ismailov—, ¿y si hoy no tuviéramos ya el privilegio de escuchar las opiniones de nuestro camarada de Tbilisi?

Se refería a Laurenti Pavlovich Beria, a la sazón primer secretario del Partido comunista de Georgia, y con anterioridad jefe del NKVD en aquella región. Lo ligeramente incisivo de la pregunta quizá significase que Dershani no debiera llamar joya a su esposa delante de los colegas.

Dershani sólo retrocedió un paso.

—Laurenti Pavlovich pudiera no estar en desacuerdo con lo que os digo. Los dos creemos, y puedo asegurarlo, que ganaremos esta batalla, aunque necesitaremos prepararlo todo si queremos que esto ocurra. Sin embargo, lo más importante es que percibamos sus deseos, los *suyos*, y que, de acuerdo con ellos, tomemos todas las medidas oportunas posibles.

Aquello despejaba un poco el horizonte. Agayan golpeó el plato con la taza y su esposa le sirvió otro café. Dershani había dicho *todas las medidas oportunas posibles*, y ahora se trataba de que Agayan indicara cuáles tenían que ser. Una vez decididas, las pondrían en práctica.

Dershani miró su reloj. Agayan aprovechó esa oportunidad.

—Por favor, Efim Aleksandrovich, no vayas a desatender por nuestra culpa tus deberes en otra parte.

—No, no —contestó Dershani condescendiente—. Sólo me preguntaba qué ha sido de Grigory Petrovich. Tenía que haber venido esta mañana.

—¿Te refieres a Jelidze? —preguntó Ismailov.

—Sí.

—Iré a su casa —dijo Agayan, mientras se levantaba con rapidez, contento por la interrupción—. Su esposa sabrá donde encontrarlo.

—No lo creo —murmuró Dzajalev con una breve risita.

El lunes por la mañana, envuelto en una niebla fina y húmeda, Szara caminó por las calles de Praga, más grises de lo acostumbrado, para llegar pronto al SovPressBuro, que se ocupaba de todos los periódicos soviéticos y transmitiría la historia que había escrito el sábado por la noche. Le había costado más de veintiocho intentos encontrar un título que le pareciera apropiado. Su instinto le había llevado primero por un camino marcado con la señal «Praga, ciudad...». Primero probó «en peligro», «de pesadumbre», «a la espera», «desesperada» y, por último, furioso por no encontrar el término exacto, «en Checoslovaquia».

A punto de perder la paciencia, el casi literal «Silencio en Praga» se llevó la palma, un título que, en su reflejo, devolvía el mensaje contenido a lo largo de todo el trabajo. Para los que leyeran con la comprensión bien despierta, el melodramático encabezamiento implicaría una alteración de la preposición, de manera que el mensaje sería más incisivo y auténtico entendiendo el silencio *sobre* Praga. No el silencio angustioso de una ciudad sitiada en el aspecto político, sino el silencio cobarde de los dirigentes europeos; un silencio lleno de intimidaciones diplomáticas que nadie tomaba en serio; un silencio que se rompería sólo con el lenguaje de los tanques cuando, puestos en marcha en columnas acorazadas, se dirigieran hacia las fronteras con Alemania.

De hecho, había otra zona de silencio con respecto a Praga: al este de Checoslovaquia, donde la alianza franco-soviética especificaba que la Unión Soviética acudiría en ayuda de Checoslovaquia si Hitler la atacaba, pero sólo después de que Francia interviniese. De esta manera, los rusos se habían situado tras las promesas de un régimen que en París buscaba el compromiso a toda costa, y que, una y otra vez oscilaba entre el escándalo y la catástrofe. Sí, el Ejército Rojo había sido desmantelado en las sangrientas purgas de junio de 1937, pero era lamentable, pensó Szara, que los checos pagaran factura.

Y además había, aunque Szara lo ignoraba, otros silencios que habrían de producirse.

La empleada de la oficina de Prensa cercana al puente Jiraskuv, una severa matrona de senos prominentes, con mechones de cabello gris, leyó «Silencio en Praga» sentada delante de su máquina de escribir.

—Sí, camarada Szara —suspiró—, aquí dices la verdad, esto es exactamente lo que se siente en la ciudad.

Él aceptó el cumplido y el algo más que admiración de los ojos femeninos con palabras masculladas entre dientes. No quería que ella supiera cuánto significaba su alabanza para él. Dio por aceptado el artículo y luego paseó por las calles cercanas al Valtava, y contempló las barcazas que remontaban el río teñido por el acero de noviembre.

Szara regresó a la oficina de Prensa el martes por la mañana con la intención de cablegrafiar a Moscú diciendo que quería trasladarse a París. Siempre había algo que contar de París, y necesitaba con auténtica desesperación respirar el curativo aire malsano de aquella ciudad. Pero lo que se encontró, nada más traspasar la puerta, fue la condolida mirada maternal de la matrona empleada que se hallaba al cargo de las transmisiones.

—Hay un mensaje para el camarada —le dijo mientras movía la cabeza con simpatía, y le alargó un telegrama que había llegado de Moscú una hora antes.

IMPOSIBLE ACEPTAR SILENCIO/PRAGA EN PRESENTE FORMA STOP
PARA EL 25 NOVIEMBRE ELABORA INFORMACIÓN PERFIL PRÓSPERO
INDUSTRIAL DOCTOR JULIUS BAUMANN, SALZBRUNNER 8, BERLÍN
STOP ENTREGA TODO MATERIAL DIRECTAMENTE SUPERVISOR
SOVPRES BERLÍN STOP FIRMADO NEZHENKO.

Vio que la empleada estaba esperando que explotara; pero él, una vez más, supo dominar sus emociones. Se dijo a sí mismo que era una persona adulta, y los cambios en la línea del partido no resultaban nuevos para él. Su éxito como corresponsal y la considerable libertad de que gozaba se basaban por igual en su capacidad y en su sensibilidad para saber lo que se podía escribir o no en un momento dado. Estaba enfadado consigo mismo por haberse equivocado; sin embargo, algo se cocía en Moscú, y no era el momento de indignarse, sino de entender que el desarrollo de los acontecimientos políticos excluía aquella historia sobre Praga. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza para tranquilizar a la empleada: un trabajador del periodismo soviético acepta la crítica y sigue adelante en la construcción del socialismo. Sí, había una papelera rebosante a sus pies, y, sí, tentado estuvo de darle una fuerte patada que la hubiera enviado de un salto contra la pared; pero no, él no podía hacer eso.

—Entonces habrá que ir a Berlín —dijo con toda la calma.

Dobló el telegrama y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta, después dijo adiós a la empleada, esbozó una abierta sonrisa y se marchó. Cerró la puerta tras de sí con tal suavidad que no hizo el menor ruido.

Como le quedaba tiempo aquella noche hasta la salida del expreso de Berlín, decidió tomarse un bocadillo y un café en la cantina de la estación. Vio un grupo de hombres alrededor de una radio, en un rincón de la sala, y se acercó para escuchar lo que tanto les interesaba. Era, como había supuesto, un discurso político, pero no en checo, sino en alemán. Szara reconoció la voz de inmediato: Adolf Hitler había nacido para hablar ante los micrófonos. Para empezar, era un brillante orador y, de alguna manera, la dinámica de la transmisión radiofónica, estática y el ligero siseo del silencio añadían poderío a su voz. Hitler cautivaba a su audiencia, la arrastraba inadvertidamente hasta un punto dramático, y luego la hería en lo más vivo. La audiencia, decenas de miles por lo que se escuchaba, vitoreaba hasta la afonía, arrebatada por el éxtasis político, dispuesta a morir al instante por el honor alemán.

Szara permaneció de pie cerca del grupo mientras escuchaba, sin expresar la menor reacción, ignorando a propósito la desagradable mirada de advertencia que uno de los checos arremolinados alrededor de la radio le había dirigido —¿de Eslovaquia?, ¿de los Sudetes alemanes?—. La voz, puesta al servicio de la conclusión, sonaba sincera y razonable al comienzo:

Por tanto, el objetivo final de nuestro Partido en pleno está perfectamente claro para todos nosotros. Lo único que siempre me preocupa es no dar un paso del que deba arrepentirme luego, y no dar un solo paso que pueda causarnos daño.

Os digo que yo voy siempre hasta el límite del riesgo, pero nunca más allá. Para eso necesitáis tener una nariz [risas; Szara podía imaginar el gesto], una nariz para olfatear, más o menos, el «¿qué puedo hacer todavía?». Entonces, en una lucha frente al enemigo, yo no desafío a un enemigo respaldado por una fuerza combativa, no le digo «¡Lucha!» porque yo quiera luchar. En lugar de eso, yo le digo «¡Voy a destruirte!» [aquí una oleada de voces, pero Hitler siguió por encima del tumulto]. Y ahora, Sabiduría, ven en mi ayuda. Ayúdame para acorralarte en un rincón y que no puedas defenderte. Y luego viene el golpe definitivo, en mitad del corazón. ¡Ésa es la manera!

La multitud aclamó con entusiasmo y Szara sintió que se le helaba la sangre. Cuando se volvía para retirarse, se produjo un confuso movimiento a su derecha, el lado que explotó en su cabeza, y luego se vio tendido en las mugrientas losetas del suelo. Miró hacia arriba y vio un hombre con el gesto crispado, la parte superior del cuerpo tensa como un resorte, el puño derecho

amenazante tras el hombro, dispuesto a golpear por segunda vez. El hombre habló en alemán.

—¡Judío de mierda! —exclamó.

Szara empezó a levantarse, pero el otro dio un paso hacia delante, así que se quedó como estaba, apoyado en manos y rodillas. Miró a su alrededor; la gente comía sopa, soplando en las cucharas antes de sorberla. En la radio, la voz de una comentarista sonó mesurada y seria. Los demás hombres apostados junto a la radio no miraban, sólo el hombre con el puño levantado —joven, corriente, sencillo, con un traje barato y una llamativa corbata—. La postura de Szara pareció apaciguarlo, y terminó por acercarse una silla y sentarse, de espaldas a él, para estar con sus amigos. Entonces dejó sobre la mesa un salero de metal junto al recipiente de la pimienta.

Szara se puso en pie poco a poco. La oreja le ardía, sentía palpitaciones en ella y zumbidos y no podía oír nada por ese lado. Tenía la visión algo confusa y parpadeó para aclararla. Mientras se alejaba, advirtió que tenía lágrimas en los ojos —*físicas, físicas*, se repitió a sí mismo—, pero sentía el dolor de muchas maneras, y no sabía distinguir de qué clase era.

El expreso nocturno Praga-Berlín salió de la estación central a las 9.03 de la noche, y su hora de llegada a la estación Bahnhof am Zoo de Berlín estaba fijada a las 11.51, con una sola parada en el puesto de control fronterizo de Aussig, en la orilla oriental del Elba. Szara viajó esta vez con dos maletas, la suya y la de cuero. Hacía frío en el tren, lleno de gente y de humo. En el compartimiento de Szara había dos mujeres de edad madura, que él tomó por hermanas, y dos muchachos quinceañeros, cuyos rostros, atezados por el viento, y sus pantalones cortos color caqui hablaban de un fin de semana de vacaciones escalando montañas en Checoslovaquia, donde habían permanecido hasta el martes, y ahora regresaban a su colegio de Alemania.

Szara tenía algún temor por la inspección de aduanas; pero el revólver del funcionario descansaba en el fondo del Valtava y dudaba que el expediente escrito en ruso —algo que parecería normal en su equipaje— fuera a causarle algún contratiempo. Las inspecciones en la frontera buscaban armas, explosivos, cantidades exageradas de dinero y literatura sediciosa, las herramientas de los revolucionarios. Aparte de eso, pocas cosas más interesaban a los funcionarios. Quizás estaba corriendo un pequeño riesgo, que un oficial de la Gestapo estuviera de servicio (probable) y que supiera el suficiente ruso como para reconocer lo que había escrito (muy improbable).

De hecho, Szara no tenía dónde elegir: el expediente era «suyo», pero no estaba a su disposición. Más pronto o más tarde, *ellos* querrían saber qué se había hecho de él.

Mientras el tren atravesaba los bosques de pinos del norte de Checoslovaquia, la mano de Szara buscaba continuamente su enrojecida oreja, algo hinchada y cálida al tacto. Lo habían golpeado, al parecer con la tapa metálica de un salero agarrado en el puño. En cuanto a las otras heridas recibidas —en su corazón, en su espíritu, en su dignidad..., podía darle muchos nombres—, consiguió olvidarlas y se mantuvo en calma. *No*, se dijo a sí mismo una y otra vez, no *tenías* que replicarle. Los hombres que escuchaban la radio hubieran empeorado las cosas.

Pasó el control fronterizo de Aussig sin pena ni gloria. Poco a poco, el tren fue aumentando su velocidad, siguió un trecho junto al Elba, poco profundo y tranquilo aquel final de otoño, y pronto pasó junto a las fábricas de porcelana de Dresde, con el pardo color de sus ladrillos y las rojizas sombras de sus hornos reflejados en los cristales de las ventanillas. La vía descendió suavemente desde la meseta de Checoslovaquia hasta el nivel del mar de Alemania, campos llanos y pequeños pueblos ordenados, y, en cada uno, el farol del jefe de estación apostado en el andén.

El tren comenzó a frenar —Szara miró su reloj; eran poco más de las diez— y luego se detuvo con el largo siseo de la descompresión. Sus compañeros de compartimiento se alborotaron irritados y preguntaron «*Wuss?*» mientras intentaban ver algo a través de las ventanillas, pero sólo había campos de cultivo bordeados de bosques. De pronto, el revisor apareció en la puerta del compartimiento. Un anciano caballero, con una gorra demasiado grande, que se pasaba la lengua por los labios en un gesto de nerviosismo.

—¿Herr Szara?

Su mirada recorrió los pasajeros, pero sólo había un candidato posible.

—¿Sí? —contestó Szara. *Y ahora, qué.*

—Sería tan amable de acompañarme, sólo se trata...

No había amenaza en su voz. Szara se consideró ofendido. Luego sintió todo el peso de la burocracia ferroviaria teutónica detrás de la petición, suspiró irritado y se levantó.

—Por favor, su equipaje —insistió el revisor.

Szara obedeció y siguió al hombre a lo largo del pasillo. El interventor lo esperaba al final del vagón.

—Lo siento, Herr Szara, pero tiene que bajar aquí.

Szara se puso tenso.

—No lo haré.

—Por favor —insistió el otro, nervioso.

Por un momento, Szara observó su rostro, lleno de confusión. Al otro lado de la puerta abierta no había más que la oscuridad de los campos.

—Exijo una explicación.

El hombre miró por encima del hombro de Szara y éste volvió la cabeza. Dos hombres vestidos con traje estaban allí, al final del pasillo.

—¿Tengo que ir andando hasta Berlín? —les preguntó.

Se echó a reír, invitándoles a que consideraran lo absurdo de la situación, pero su risa sonó falsa y ridícula. El interventor trató de agarrar el codo de Szara.

—Quíteme las manos de encima.

—Tiene que bajar. —La voz del hombre sonó firme.

Se dio cuenta de que lo echarían abajo si se resistía, así que cogió su equipaje y descendió los peldaños de hierro hasta la gravilla en la que se asentaban las vías. El revisor se asomó afuera, sacó un farol rojo y lo balanceó dos veces en dirección a la locomotora. Szara se apartó del tren cuando éste empezó a moverse. Vio cómo aumentaba su velocidad a medida que pasaba junto a él una serie de rostros pálidos enmarcados por las ventanillas, después desapareció en la lejanía, dos luces rojas en la trasera del furgón de cola, cada vez más pálidas, hasta fundirse con la oscuridad.

El cambio había sido brusco, y completo. La civilización había desaparecido, sin más. Sintió un ligero viento en el rostro, la débil capa de escarcha sobre los surcos de un campo iluminada por el reflejo de la luna menguante, y el silencio punteado por la llamada de un pájaro nocturno, un canto en altibajos que sonaba muy lejano. Durante un rato permaneció de pie y tranquilo, miró la media luna que menguaba y se afilaba mientras sus confusos bordes se difuminaban en un cielo sin estrellas. Luego, desde el bosque del cercano horizonte, las luces de dos faros avanzaron con lentitud hacia un lugar a unos cuarenta metros por encima de las vías del tren. A la luz de los faros vio como la niebla se levantaba desde el suelo.

Ah. Con un suspiro cogió las dos maletas y caminó penosamente hacia las luces. A medida que sus ojos se habituaban a la oscuridad, descubrió una

estrecha senda que cruzaba las vías. *El general Bloch, pensó, se dedica a hacer travesuras con los ferrocarriles alemanes.*

El coche llegó al cruce antes que él y se detuvo con un suave frenazo. Pensó que faltaba una contraseña, que ese encuentro tenía todas las trazas de ser una equivocación. A pesar de todo, sintió alivio. El corazón del *apparat* había tenido un pequeño fallo, pero ahora ya estaba recuperado y solicitaba el paquete de Praga. Bueno, gracias a Dios, lo tenía. A medida que se acercaba al coche, vio mejor su silueta perfilada a la luz de los faros. No era el mismo «Grosser Mercedes» que se había llevado al general Bloch de la estación de Ulm, aunque los monarcas del *apparat* cambiaban de vehículo, como de querida, cuando les convenía, y esa noche habían elegido uno más pequeño y anónimo para el *treff*, la cita clandestina, en un campo de remolachas alemán.

Las hermanas en edad madura del compartimiento que Szara había ocupado hacía poco se estaban divirtiendo, casi emocionadas, con la discusión que acababan de comenzar los dos estudiantes que venían de escalar el Tatra. Tal sentimiento lo inspiraba el próximo encuentro con sus propios hijos; jóvenes sanos y nórdicos, muy parecidos a sus dos compañeros de viaje, que se obstinaban de vez en cuando en una u otra tontería, como hacen los chicos, hasta casi pelearse por ella. Las hermanas apenas podían disimular su sonrisa. La discusión empezó de una forma bastante suave, sobre la calidad de las cerillas de madera checas y lo que se necesitaba para hacer fuego al aire libre. Uno de los muchachos estaba muy contento con la marca que habían comprado, el otro tenía sus reservas. Sí, estaba de acuerdo en que se rascaban bastante bien, aun húmedas, pero ardían unos pocos segundos sólo y luego se apagaban; con la leña húmeda, eso resultaba un claro inconveniente. El otro joven se mantenía firme en su defensa. ¿Es que su amigo estaba ciego y no veía? Las cerillas ardían durante *mucho tiempo*. No, no ardían. Sí, sí que ardían. Eran como dos versiones de menor edad de sus padres cuando discutían de política, de maquinaria o de perros.

Cuando el tren se acercó a la pequeña estación de Feldhausen, donde las vías férreas atraviesan un puente para girar luego y alejarse del río Elster, acordaron apostar unos pocos *groschen* y hacer un experimento. El defensor de las cerillas encendería una, y la mantendría en alto mientras el otro muchacho contaba los segundos. Las hermanas hacían como si no prestaran atención, pero se habían sentido inexorablemente atraídas por la discusión, y empezaron a contar también, aunque en silencio.

El primer muchacho fue el fácil ganador, así que los *groschen* fueron debidamente pagados —ofrecidos de buena gana y con gesto humilde aceptados—. Las hermanas lo observaron con satisfacción. La cerilla había ardido más de treinta y ocho segundos, desde antes de entrar en Feldhausen hasta el final del andén de la estación, e incluso un poco más allá, en pleno campo. La disputa estaba resuelta: eran unas cerillas excelentes las que necesitaban leñadores, escaladores de montaña y cualesquiera con necesidad de encender fuego.

Cuando Szara se acercó al coche, el hombre sentado al lado del conductor descendió y mantuvo la portezuela abierta. Sonrió en tono de disculpa.

—Cambio de planes.

Su ruso era elemental, pero inteligible, pronunciado con la lenta cadencia que caracteriza a los sudorientales del país cercanos a la frontera rusa.

—No será mucha la molestia —añadió.

Era un hombre de piel oscura, con una gran barriga. Szara creyó adivinar un bigote que empezaba a encanecer y un escaso cabello blanco cuidadosamente repartido sobre la calva. El conductor era joven, un pariente, quizás el hijo del pasajero. Parecía corpulento y grueso, una incipiente papada y los pelos de la coronilla revueltos.

Szara se acomodó en el asiento trasero. El coche se puso en marcha, con precauciones, a causa de la niebla nocturna.

—¿Habéis intentado contactar conmigo en Praga?

—No pudimos llamar tu atención, pero no importa. ¿Cuál es la que queremos?

Szara pasó la maleta por encima del asiento.

—Una bella antigüedad, ¿verdad? —dijo el hombre mientras pasaba una mano de experto sobre el granulado de la piel.

—Sí —confirmó Szara.

—¿Está todo aquí?

—Excepto una pistola. No me atreví a pasar el control fronterizo alemán con ella. Ahora se encuentra en el fondo del río.

—No importa. No es una pistola lo que queremos.

Szara se relajó. No preguntó dónde ni cómo lo habían detenido en su camino a Berlín; conocía lo suficiente sobre tales *treffs* como para no molestarse en indagaciones. La Gran Mano sabía mover a cada uno según le convenía.

—Hay que guardar las formas —dijo el hombre mientras rebuscaba dentro de la chaqueta.

Sacó unas esposas y alargó el brazo hacia Szara por encima del asiento. El coche cruzó un pueblo campesino, con todas las ventanas a oscuras, y graneros de piedra con tejados de musgo. Pronto se vieron otra vez en el campo.

El corazón de Szara latió con violencia; no quería extender las manos y las apretó contra su pecho.

—¿Qué? —fue lo único que pudo decir.

—Órdenes, órdenes —dijo el gordo con desconsuelo. Luego, con algo de fastidio, añadió—: Siempre ponen pegas. —Agitó las esposas, impaciente—. Vamos, si no...

—¿Para qué? *Za chto?*

—No es para nada, camarada.

El hombre hizo ruido al chasquear la lengua contra los dientes. Echó las esposas sobre las rodillas de Szara.

—No hagas que me enfade.

Szara cogió las esposas con una mano. El metal estaba sin pulir, apenas engrasado.

—Es mejor que hagas lo que te decimos —amenazó el joven conductor; había duda en su quejumbrosa voz. Era evidente que le gustaba dar órdenes, pero temía no ser obedecido.

—¿Estoy arrestado?

—¿Arrestado? *¿Arrestado?* —El gordo soltó una gran carcajada—. ¡Se piensa que lo estamos arrestando!

El conductor trató de reír también, pero le faltó el aliento. El hombre gordo apuntó con un romo dedo índice a Szara y guiñó un ojo.

—Póntelas ahora. Ya hemos discutido bastante.

Szara levantó su muñeca hasta la ventanilla trasera, a la débil luz de la luna.

—Por detrás. ¿Es que no sabes hacerlo? —El gordo suspiró ruidoso y meneó la cabeza—. No te preocupes; no te va a pasar nada. Se trata de una pura fórmula que hay que cumplir, seguro que ya sabes, camarada, la cantidad de cosas que debemos hacer. Así que dame gusto, ¿quieres?

Regresó a su postura normal en su asiento, descuidadamente, y miró a través de la niebla que se levantaba de la carretera. Szara pudo oír el roce de su chaqueta de lana con la tapicería del coche cuando se volvía.

Cerró la manilla alrededor de su muñeca izquierda, puso la mano detrás, a la espalda, y mantuvo la otra pulsera agarrada con la derecha. Durante un rato, todos se mantuvieron en silencio. La carretera ascendía hacia un bosque donde reinaba la más absoluta oscuridad. El gordo se inclinó hacia delante y miró a través del parabrisas.

—Ve con cuidado —dijo—. No vayamos a atropellar algún animal. — Luego, sin volverse, añadió—: Estoy esperando.

Szara cerró la manilla alrededor de su muñeca derecha.

El coche salió del bosque y empezó a descender la colina.

—Para aquí —ordenó el gordo—. Enciende las luces.

El más joven buscó en el tablero y apretó un botón; el limpiaparabrisas chirrió sobre el seco cristal. Los dos hombres se echaron a reír y el conductor detuvo el mecanismo. Otro botón tampoco hizo su efecto. Luego, la luz del techo se encendió.

El gordo se inclinó y rebuscó en la maleta, que tenía abierta a sus pies. Sacó una hoja de papel y bizqueó mientras la miraba.

—Me han dicho que eres astuto como la serpiente —dijo dirigiéndose a Szara—. No habrás escondido algo, ¿verdad?

—No.

—Si hay necesidad, haré que me lo confieses.

—Aquí está todo lo que había.

—No hables con tanto miedo. Si sigues así, me harás llorar.

Szara no quiso decir nada más. Cambió de postura para que sus manos se sintieran más cómodas y miró la borrosa silueta de la luna a través de la ventanilla lateral.

—Bien —suspiró el hombre gordo—, así es la vida.

Hasta ellos llegó un débil chirrido desde la cercana curva de la carretera y en seguida apareció la única luz de una motocicleta. Pasó como una bala, a gran velocidad, con un pasajero abrazado al pecho del conductor.

—Tontos y locos —murmuró el hombre joven.

—Estos alemanes quieren a sus máquinas —repuso el más gordo—. Sigue conduciendo.

Pasaron la curva por la que había aparecido la moto. Szara vio más bosques en el horizonte.

—Ahora ve despacio —dijo el gordo. Extendió la mano hacia arriba y apagó la luz del techo, luego empezó a mirar con mucha atención por la ventanilla de su lado.

—Me pregunto si necesito gafas.

—No eres tú —replicó el conductor—, es la niebla.

Siguieron adelante, muy despacio. A un lado salía un camino de tierra para tractores que se adentraba en un trigal, ya cosechado y con rastrojos a baja altura.

—¡Ah! —exclamó el hombre gordo—. Mejor será que des marcha atrás y entres por ahí. —Miró a Szara mientras el vehículo retrocedía—. Vamos a ver esas manos. —Szara se inclinó para volverse—. No aprietan demasiado, ¿verdad?

—No.

—¿Sigo? —preguntó el conductor.

—Un poco más. Si esto se mete en un bache, no podré empujarlo.

El coche avanzó a saltos por el camino de tierra.

—Perfecto —dijo el hombre gordo—. Aquí está bien.

Luchó para salir del coche, caminó unos pocos metros, se volvió de espaldas y orinó. Mientras se abotonaba la bragueta anduvo hacia la portezuela de Szara y la abrió.

—Por favor —dijo mientras hacía gestos a Szara para que saliera—. Tú quédate aquí, y mantén el motor en marcha —añadió dirigiéndose al conductor.

Szara se arrastró por el asiento; primero sacó las piernas, luego se inclinó hacia delante, en posición agachada, y se las arregló para salir del todo y ponerse de pie.

—Vamos a caminar un poco —ordenó el hombre gordo, mientras se situaba detrás de Szara, algo a su derecha.

Szara dio unos pocos pasos. El motor en marcha dejaba oír el desfasado ritmo de un cilindro.

—Muy bien —dijo el hombre gordo. Entonces sacó una pequeña pistola del bolsillo de su chaqueta—. ¿Hay algo que quieras decir?, ¿quizás una plegaria?

Szara no contestó.

—Los judíos tienen plegarias para todo, seguro que para ahora también.

—Hay dinero —dijo Szara—. Dinero y joyas de oro.

—¿En tu maleta?

—No, en Rusia.

—Ah —repuso el hombre con dolor—, pero no estamos en Rusia.

Montó el arma con mano experta; una ráfaga de aire repentina puso de punta algunos de sus escasos cabellos. Con cuidado se los alisó y los puso en su sitio.

—Así que... —empezó a decir.

El ruido de la motocicleta les llegó de nuevo, aumentando rápidamente su volumen. El hombre gordo maldijo por lo bajo en un idioma que Szara no conocía y bajó la pistola a un lado de su muslo, de forma que no se viera desde la carretera. Casi encima de ellos, el motorista hizo un inesperado cambio de velocidad y se introdujo en el camino de tierra envuelto en una nube de polvo; el faro pasó como una centella entre Szara y el hombre gordo, que abrió la boca, sorprendido. Desde alguna parte cercana al coche, una voz apremiante empezó a llamar.

—¿Ismailov?

El hombre gordo estaba asombrado, sin habla.

—¿Qué es esto? ¿Quién eres? —pudo decir por fin.

Los destellos de aquellas bocas de cañón fueron como relámpagos de color naranja, y convirtieron al hombre gordo en un negativo fotográfico, los brazos extendidos como las alas de un pájaro, mientras la onda expansiva lo levantaba en el aire y un zapato salía disparado por debajo. Cayó igual que un saco, entre chillidos, como si se hubiera aplastado el pulgar con un martillo. Szara se arrojó al suelo. Desde el coche, el joven conductor lloraba por su padre en medio del seco sonido de una pistola disparada al aire.

—¿Estás herido?

Szara levantó la mirada. El enanito llamado Heshel se encontraba de pie, frente a él, sus ojos brillaban a la luz de la luna sobre su ganchuda nariz y su astuta sonrisa. Llevaba la gorra ridículamente encasquetada hasta las orejas y un gran pañuelo enrollado al cuello, embutido en su chaqueta abotonada hasta arriba. Tres cartuchos de escopeta sobresalían entre los dedos de su mano derecha. Abrió la escopeta para descubrir los cañones y cargó ambos.

—¿Quién grita? —preguntó una voz cercana al coche.

—Ismailov.

—Heshie, por favor.

Heshel volvió a cerrar el arma con un chasquido y se acercó al hombre gordo. Disparó los dos cañones al mismo tiempo y los chillidos cesaron. Volvió junto a Szara, se agachó, puso su pequeña mano bajo el pecho de Szara y tiró hacia arriba.

—Vamos, tienes que levantarte.

Szara hizo un esfuerzo. En el coche, el segundo hombre sacaba al conductor tirando de sus tobillos. Dejó que cayera pesadamente sobre el suelo.

—Mira —dijo el hombre que lo había sacado—. Es el hijo.

—¿El hijo de Ismailov?

—Creo que sí.

Heshel se acercó y lo miró.

—¿Y de la manera que está lo has reconocido?

El otro no respondió.

—Mejor será que pongas la moto en marcha.

Mientras Heshel cogía la llave y abría las esposas, el otro sujetó una manivela detrás del asiento del motorista y la ajustó en una tuerca, al lado del motor. La giró con fuerza unas cuantas veces y la moto tosió para luego volver a la vida. Heshel la aceleró con un brusco movimiento de la muñeca. Entonces el otro hombre montó a horcajadas y se marchó. Cuando el ruido desapareció oyeron ladrido de perros.

Heshel permaneció en silencio durante un momento y miró el asiento delantero del coche.

—Busca en el maletero —dijo a Szara—. Quizás haya algún trapo.

En Berlín llovía, y así seguiría; era una lluvia lenta, triste, persistente, que brillaba en los oscuros troncos de los árboles desnudos y pulía las tejas manchadas de hollín de los tejados. Szara se asomó a la alta ventana y vio los paraguas que bajaban como fantasmas por la calle. Le pareció que era la ciudad auténtica, con el clima apropiado, porque los berlineses vivían muy en su interior —eso se sentía—, donde podían alimentar sus viejas ofensas y la humillación de tantas ambiciones; todo ello encerrado en una cortesía como de hierro forjado, expresada con un genio ácido que nunca parecía hiriente, sólo y accidentalmente de vez en cuando dejaba un pequeño escozor.

Heshel había conducido a Szara la noche del martes hacia un ramal auxiliar suburbano donde por la mañana tomó un tren hasta Berlín. Una vez a bordo, se arrastró hasta el servicio y, hundido en la resignación, se esforzó en mirarse al espejo. Pero su cabello estaba como siempre, entonces dedicó una sonrisa sin gracia a su propia imagen. *Siempre la vanidad, siempre, para siempre y a pesar de todo.* Lo que él temía era algo que había visto, y más de una vez, durante la guerra civil y en la campaña contra Polonia: hombres de todas las edades, incluso adolescentes, sentenciados a muerte durante la noche, luego, por la mañana, cuando los llevaban hasta la pared de una escuela o de una oficina de Correos, el cabello se les había puesto de un color blanco grisáceo, sólo en el transcurso de una noche.

Tomó un taxi hasta la dirección que Heshel le había dado: una casa privada, alta y estrecha, en la Nollendorfpfplatz, al oeste de Berlín, no lejos de la «Holländische Taverne», donde le dijeron que podría hacer sus comidas. Una mujer silenciosa, con ropas de seda negra, acudió a su llamada, le mostró un catre en el abuhardillado ático y lo dejó solo. Supuso que se trataba de una casa segura que usaba la facción de Renate Braun; pero el trayecto en el coche de Ismailov y aquellos pocos momentos, finales en apariencia, en una rastrojera de trigo, le habían privado de la visión normal del mundo, y ya no se sentía seguro de cómo eran las cosas.

Heshel, que conducía con rapidez y miraba a través del volante —había agujeros de balas en la ventanilla del conductor y el cristal estaba astillado alrededor de cada orificio—, le había señalado los faros de dos coches y otra motocicleta que bajaban por el estrecho sendero. Así Szara se enteró de que la operación había salido bien por los pelos. Pero Heshel no sabía, o no le importaba, por qué Szara tenía que ir a Berlín, y cuando éste le ofreció la maleta, se echó a reír.

—¿A mí? —preguntó mientras inclinaba el coche en una doble curva de la carretera—. A mí no me des nada. Lo que es tuyo es tuyo.

¿Qué querían?

Que usara el material de la maleta que descansaba a sus pies. Para desacreditar a los georgianos —Ismailov y Jelidze coincidían sólo en eso, que él supiera al menos—. ¿Quiénes eran *ellos*? No sus amigos del Departamento Extranjero. ¿Quiénes, entonces? Lo ignoraba. Lo único que sabía era que le habían endosado la «patata caliente».

Los niños de los pueblos judíos de Polonia y de Rusia jugaban a eso con una piedra. Si al contar hasta cincuenta aún la tenías, bueno, pues peor para ti. A lo mejor tenías que comerte un poco de basura o mierda de caballo. La elección era variada, pero el principio nunca fallaba. Y siempre había por allí algún condenado como Heshel que te obligaba.

Heshel pertenecía a un tipo que siempre le fue familiar, lo que en *yiddish* llaman un *Luftmensch*, que significa hombre del aire u hombre sin sustancia. Estos *Luftmenschen* aparecían todas las mañanas, menos la del sábado, y zancadilleaban por delante de la sinagoga del pueblo, con las manos en los bolsillos, a la espera de una faena para el día, un recado, cualquier cosa que encontraran en su camino. Eran hombres que parecían no tener familia ni residencia, una población de jornaleros que no descansaba repartida por todo el este de Polonia, Ucrania, Rusia Blanca, por todos los distritos judíos, disponibles para quien quisiera pagarles unos pocos copeks. La palabra tiene

un segundo significado irónico, que, como muchas expresiones *yiddish*, mejora su traducción literal. *Luftmenschen* eran también los eternos estudiantes, almas perdidas, gente joven que pasaba el tiempo discutiendo de política en los cafés y dejándose llevar por la corriente de las comunidades estudiantiles europeas, dotados de talento, brillantes, pero que nunca eran capaces de encontrarse con ellos mismos.

Sin embargo Szara sabía que él y Heshel se parecían quizá más de lo que se sentía dispuesto a admitir. Los dos pertenecían a un país mítico, un lugar que no era ni de aquí ni de allá, donde las fronteras nacionales se ensanchaban o se encogían, sin que nada cambiase por eso. Un mundo donde todos eran *Luftmenschen* de una clase o de otra. El Límite de Asentamiento, quince provincias en la Rusia del sudoeste (hasta 1918, cuando Polonia volvió a recobrar su existencia nacional), abarcaba casi toda la costa del Báltico, desde Kovno al norte, hasta Odesa y Simferopol en el sur, en el mar Negro; desde Poltava al este —la Rusia histórica—, hasta Czestochowa y Varsovia al oeste —la Polonia histórica—. También había que incluir a Cracovia, Lvov, Ternopol y algunos lugares que formaron parte del imperio austrohúngaro hasta 1918. Añádanse a éstas, ciudades que, de vez en cuando, dejaban de serlo —Vilna en Lituania y Jelgava en Letonia—, basándose en el hecho de que la gente se consideraba a sí misma perteneciente a determinada región, y creían que vivían en Besarabia, en Galicia (llamada así por la Galicia de España, de donde los judíos fueron expulsados en 1492), Curlandia o Vithynia, y ¿de qué servía todo eso?

Había un mapa político que los Servicios Secretos y los cuadros revolucionarios aprovecharon mejor, de fértil reclutamiento para ambos, y con frecuencia, ¿por qué no?, intercambiable.

¿Qué había de malo en un nombre de guerra o un *nom de révolution* si el nombre particular de cada uno apenas significaba nada? La burocracia austrohúngara del siglo XIX concedió a los judíos el derecho a llamarse como quisieran. Casi todos eligieron nombres alemanes, pensando que se harían querer por su vecinos germanoparlantes. A menudo, estos nombres se volvían a traducir literalmente al polaco. Así, alguna versión del alemán *Sharer* (el porqué nadie lo sabe) dio lugar a Szara, con el sonido *sz* polaco en lugar de la *s* alemana que sonaba *sch*. Más adelante, con el tiempo, la política y la emigración, cambió de nuevo, esta vez a la III rusa. Y cuando Szara nació, su madre quiso señalar su callada y acariciada pretensión de una relación lejana con Francia, y por eso no le puso el nombre polaco de Andrej ni el ruso de Andréi, sino el de André.

Un hombre inventado. Un hombre del aire. ¿Con qué exactitud puede medirse la lealtad de una persona semejante? En una tierra donde, además y en el mejor de los casos, el trasvase de lealtades políticas suele mezclarse a menudo con vapores de místico hasidismo; en una tierra donde muchos creen que el nombre de Polonia es una versión de la expresión hebrea *polen*, que significa ¡*Aquí permanecerás!*, y que, por tanto, es tomada como una buena nueva recibida del cielo.

La Ojrana del zar, ya en 1878, buscaba infiltrados en el Límite —los judíos sí que vagabundeaban, se les veía como buhoneros, comerciantes, pujando en las subastas o lo que se quiera, en cualquier sitio imaginable— para la guerra contra Turquía. Por eso, cuando los inspectores de la Ojrana y la facción bolchevique se enfrentaron a partir de 1903, lo habitual fue que hubiera judíos en ambos bandos: hombres de los dos mundos y de ninguno. Siempre extranjeros, y, por consiguiente, nunca sospechosos de serlo.

Acostumbraban a aparecer por algún lado con un negocio en el bolsillo. El padre de Szara creció en la ciudad austrohúngara de Ternopol, donde aprendió el oficio de relojero. Con el tiempo se quedó casi ciego de trabajar con objetos tan de cerca y con tan poca luz. De joven, buscando un mejor clima económico para sacar adelante a la familia, se trasladó al pueblo de Kishinev, donde sobrevivió al pogrom de 1903; luego huyó a la ciudad de Odesa, justo para que lo alcanzara el pogrom de 1905, del que no salió vivo. Para entonces, lo único que su vista alcanzaba eran sombras grisáceas y tal vez le sorprendió comprobar que las sombras le daban puñetazos y patadas.

Su muerte dejó a Szara, a su madre y a un hermano y a una hermana mayores que él abandonados a su propia suerte. Szara tenía 8 años en 1905. Aprendió a coser, no del todo mal, igual que sus hermanos, y así pudieron sobrevivir. La costura era una tradición entre los judíos. Requería paciencia, disciplina y una especie de autohipnosis, además, daba dinero suficiente para comer una vez al día y calentar la casa durante parte del invierno. Más tarde, Szara aprendió a robar y después, sin tardar mucho, a vender lo robado. Primero iba al mercado Moldavanka, de Odesa, luego en los muelles donde los barcos extranjeros recalaban. Odesa era famosa por sus ladrones judíos y por sus visitantes marineros. Szara aprendió a vender las mercancías robadas a los marineros, los cuales, a su vez, le contaban historias. Su afición por éstas creció más que cualquier otra. En 1917, cuando contaba veinte años, y llevaba tres en la Universidad de Cracovia, era ya un consumado escritor de historias —uno de los muchos procedentes de Odesa—; historias relacionadas siempre con puertos de mar, idiomas extraños, viajeros exóticos, campanadas

nocturnas en el puerto, olas resueltas en espuma al chocar contra las rocas, y siempre la distancia, el horizonte, la raya donde el mar se unía con el cielo, más allá de la cual la gente podía hacer cualquier cosa imaginable.

Cuando salió de Cracovia era ya socialista, un socialista radical, un comunista, un bolchevique, y un revolucionario en todo, en cualquier cosa que sirviera para oponerse al zar, porque eso era lo que más importaba.

Después de Kishinev, donde, a sus seis años, había escuchado cómo los lugareños golpeaban los guijarros con la empuñadura de su látigo, preparando a sus víctimas para el pogrom; después de Odesa, donde encontró a su padre medio enterrado en el fango de la calle, con un rabo de cerdo metido en la boca —*así tratamos a los judíos que desprecian la carne de cerdo*—, ¿qué más podía esperar?

Porque los pogroms eran el regalo que el zar hacía a sus campesinos. Había poca cosa que pudiera darles; por eso, cuando la miseria les apretaba, cuando ya no podían aceptar más su sino en la oscuridad de pueblos y ciudades, en los andrajosos confines del Imperio, se les alentaba para que buscaran a los asesinos de Cristo y mataran a unos pocos como recompensa. Los pogroms eran anunciados en carteles, la Policía pagaba la impresión, y el dinero para ello salía del Ministerio del Interior que, a su vez, actuaba bajo las órdenes del zar. Un pogrom servía para rebajar la tensión, y, por lo general, igualaba las cosas: una redistribución de la riqueza, un primitivo ejercicio de control de natalidad.

Por eso, el Límite de Asentamiento produjo gran número de Szaras. Intelectuales familiarizados con las capitales europeas y sus idiomas, que escribían con vehemencia y perfección, y poseían el gusto y un gran talento para la vida clandestina. Para sobrevivir como judíos en un mundo hostil habían aprendido la doblez y el disfraz; a no mostrar su furia, que eso podía enfadar aún más a quienes los hostigaban; a ocultar el propio éxito para aparecer como triunfadores. Pronto aprendieron también a no ser vistos de ninguna manera; a parecer invisibles cuando caminaban por la calle, la calle inconveniente, en la parte más inconveniente de la ciudad y a pleno día. El zar tuvo muchos más problemas que nunca pudo imaginar. Y cuando le llegó su hora, el hombre que se ocupó de la tarea fue un tal Yakov Yurovsky, un judío oriundo de Tomsk, al frente de un escuadrón de la Cheka. Yurovsky, que cuando estuvo en Berlín como emigrado se declaró luterano, pero el zar no estaba en situación de apreciar tal ironía.

Por haber vivido en un país mítico —un lugar que no estaba aquí ni allá—, esos intelectuales de Vilna y Gomel contribuyeron a crear otro y lo

llamaron Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. ¡Vaya nombrecito! Apenas era una unión. Los soviets —consejos obreros— gobernaron unas seis semanas; el socialismo empobreció a todo el mundo, y sólo las ametralladoras impidieron que las repúblicas se independizaran. Pero para Szara y para los demás, aquello carecía de importancia. Él había comprometido su vida, y todo se reducía a que prefería morir en el lado equivocado de un arma a hacerlo en el lado equivocado de un palo, y durante doce años —hasta 1929, cuando Stalin se hizo con el poder—, vivió en una especie de mundo soñado, un país mítico donde los judíos idealistas e intelectuales decidían las cosas, un país imaginado en su totalidad. Las teorías fallaron, los campesinos murieron, la misma tierra se secó por la desesperanza. Pero aun así, ellos trabajaban veinte horas al día y juraron que tenían la solución.

No pudo durar. ¿Quiénes *eran* ellos, esos polacos, lituanos, letones y ucranianos, esta gente de barba rala y con gafas, que hablaba francés bajo su narizota y leía libros?, preguntó Stalin. Y todos los Stalin pequeñitos contestaron: *Eso mismo nos preguntábamos nosotros, pero nadie quería hacer la pregunta en voz alta.*

La incesante lluvia seguía cayendo sobre Berlín; en algún lugar de la casa, la radio de la propietaria emitía ópera alemana, las cortinas colgaban desiguales de la ventana y olían al aire muerto de aquella habitación desocupada del ático. Szara se puso su impermeable ceñido y salió a las calles mojadas por las que caminó hasta encontrar una cabina telefónica. Llamó al doctor Julius Baumann y consiguió persuadirlo de que lo invitara a cenar. La voz de Baumann le pareció recelosa y distante, pero el telegrama de Nezhenko había sido terminante: se quería la información el 25 de noviembre. No había oficina de Prensa soviética en Berlín, tendría que pasarla a través de la oficina de Prensa de la Embajada, y el 25 de noviembre era el día siguiente. Así que necesitó dar un pequeño empujón a Baumann. A veces, la educación era un lujo que no se podía permitir.

Regresó despacio a la casa alta y pasó la tarde con la Ojrana, DUBOK, la Compañía de Petróleos del Caspio, y *treffs* de hacía treinta años en las calles suburbanas de Tbilisi, Bakú y Batum. Querían que fuera un espía e iba a serlo. Valiente, heroico, con las mandíbulas apretadas, durante cinco horas leyó los informes en una habitación anónima, mientras la lluvia repiqueteaba fuera, sin que en ningún momento tuviera ganas de dormir.

«Villa Baumann» estaba protegida por un alto muro. Situada en las cercanías de los suburbios del oeste, se alzaba en una zona donde los jardineros podaban los arbustos para simular las paredes y las vallas de tablas, y los arquitectos deslumbraban a sus clientes con torreones, frontones y adornos que daban a los edificios la apariencia de enormes casas de muñecas. Un tirón a la cuerda de la campana de barco sirvió para que un criado acudiera; era un hombre rechoncho, de enormes manos rojas y hombros caídos, vestido con una chaqueta de esmoquin verde esmeralda. Mascullando un dialecto que Szara apenas entendió, lo condujo por un sendero que rodeaba la villa y terminaba en la casita de la servidumbre, detrás de la propiedad. Luego desapareció y dejó que Szara llamara a la puerta.

—Supongo que Manfred le ha mostrado el camino —dijo Baumann con sequedad—. Por supuesto, éste era su sitio, la casita es sencilla y reducida, muy cómoda para un criado, pero el nuevo régimen ha impuesto un trato más... ah, más igualitario en los domicilios y decide quién debe vivir, y dónde.

Baumann era alto y delgado; tenía los labios finos y descoloridos y el rostro ascético, severo, como el de un príncipe medieval o el de un monje erudito. Su piel era blanca, como si nunca la hubiese tocado el sol o el viento. Quizá tuviera cincuenta años, calvo desde la frente hasta la coronilla, lo que hacía más llamativos sus ojos, fríos y verdes; los ojos del hombre que sabía ver lo que otros no, aunque se reservaba lo que veía. De todos modos, si lo que tenía ante sí no le gusta, lo deja entrever. Para Szara, un judío alemán era, sobre todo, un alemán, una posición de significativa importancia dentro del esquema establecido en la Europa Central, una cultura en que la combinación de formas precisas de cortesía, el intelecto mundano y una riqueza sin estridencias creaban una gran distancia con respecto a los judíos rusos, y a casi todos los cristianos aunque no se dijera.

A pesar de eso, a Szara le gustó. Incluso cuando se encontró bajo aquella mirada de pez sobre la fina nariz principesca. —¿Quién es usted?—. Incluso así.

Eran cuatro a la mesa: Herr *Doktor* y Frau Baumann, una joven que le presentaron como Fräulein Haecht, y Szara. Cenaron en la cocina, porque no había comedor, en una mesa destartalada cubierta con un deslumbrante mantel de damasco bordado de hilo azul y plata. La vajilla de porcelana estaba decorada con dibujos de príncipes indios y princesas de labios gruesos y arracadas de oro, a bordo de una barca en un lago de montaña; toda ella pintada de color rojo tomate y esmalte negro con filigranas doradas en los

bordes. Hubo un momento en que el tenedor de Szara arañó la escena de su plato y Frau Baumann cerró los ojos para no oír el sonido. Era una mujercita hacendosa y dulce. ¿Una princesa heredera? Szara pensó que sí.

Cenaron filetes de salmón escalfado y una ensalada de arroz y champiñones sobre una base de jalea.

—Mi antigua tienda todavía me sirve —explicó Frau Baumann, dando a entender el *por supuesto*—. A la hora de cerrar, ¿sabe, Herr Szara?, por la puerta de atrás. Pero aún me sirven. Y cocinan unas cosas maravillosas; lo único que tengo que hacer es calentarlas.

—Lo que significa un precio extra —añadió Baumann. Tenía una voz hueca y profunda, apta para pronunciar sermones.

—Por supuesto —admitió Frau Baumann—, pero nuestra cocinera...

—Una extraña patriota —aclaró Baumann—. Y una despedida memorable. Yo nunca hubiera pensado que Hertha era capaz de hacer un discurso.

—Fuimos tan buenos con ella —siguió Frau Baumann.

Szara temió la explosión de emociones y se apresuró a interrumpirla.

—Pero se las arreglan muy bien, yo no había comido así desde...

—No se equivoca —lo interrumpió Baumann a su vez con calma—. Son malos tiempos, demasiados, y uno echa de menos a los amigos. Eso más que otra cosa. Pero nosotros, mi familia, vinimos a Alemania hace más de trescientos años, antes incluso de que existiera esto que llaman Alemania, y hemos vivido aquí desde entonces, en las épocas buenas y en las malas. Somos alemanes, eso es lo que importa, y estamos orgullosos de ello. Lo hemos demostrado en la guerra y en la paz. Así que *esta gente* puede hacernos la vida difícil, a los judíos y a otros también, pero no podrán destruir nuestro espíritu.

—Así es —dijo Szara.

Pero ¿lo creían? Quizá Frau *Doktor*, sí. ¿Habían visto ellos alguna vez lo que era un espíritu destruido?

—Su decisión de quedarse —añadió Szara— es para tener, si se me permite decirlo, mucho valor.

Baumann se rió expulsando el aire por la nariz y con la boca torcida por una ironía.

—La verdad es que no tenemos otra elección. Delante de usted está la «Gessellschaft Baumann», declarada empresa de interés estratégico.

Szara mostró su interés. Baumann no quiso discutir de esos temas durante la cena.

—Mañana vendrá a vernos. *Le grand tour*.

—Gracias —contestó Szara. Tendría tiempo para transmitir—. Los editores de *Pravda* me han pedido material que les sirva para un reportaje. ¿Cree que sería prudente para un judío llamar de esa manera la atención? ¿En una publicación soviética?

Baumann reflexionó por un momento.

—Usted es una persona franca, Herr Szara, y se lo agradezco. Quizá me permita que aplace mi respuesta hasta mañana.

¿Por qué estoy aquí?

—Por supuesto, me parece bien.

—Debemos quedarnos, ¿entiende, Herr Szara? —A Frau Baumann le faltaba el aire—. Y nuestra situación, tal como está, ya es bastante difícil. Se oyen cosas horribles, se ven cosas..., en la calle...

Baumann interrumpió a su esposa en seco.

—Herr Szara ha sido tan amable que ha consentido en hacer lo que deseemos.

Szara se dio cuenta de por qué le gustaba Baumann. Estaba hecho para ser valiente.

—¿Le apetece un poco más de arroz y champiñones, Herr Szara?

La pregunta venía de su izquierda, donde Fräulein Haecht trataba de equilibrar la mesa. Al principio, en el pequeño torbellino que la entrada de un invitado produce, su presencia le había pasado casi inadvertida; un apretón de manos, un saludo cortés. Era evidente que ella no interesaba a nadie; una joven de mirada abatida cuyo papel era ocupar la cuarta silla y ofrecer arroz y setas. Iba peinada con el cabello hacia atrás, recogido en un moño de doncella, y llevaba un horrible vestido de lana azul de manga larga, algo sin forma y estirado a la vez, con una fina cinta alrededor del cuello: era la sobrina, o la prima, eterna, siempre invisible.

Pero Szara pudo darse cuenta de que sus ojos eran grandes, dulces y pardos, puros e intensos. Supo que su mirada inquisitiva era artificial, elaborada, ensayada un largo rato delante del espejo del tocador, preparada para que ella pudiera llamar la atención en un momento de la noche.

—Sí, por favor —decía Frau Baumann.

Szara miró la fuente, sostenida con delicadeza por una mano pequeña de uñas mordidas, la puso a su lado y se sirvió una comida que no le apeteecía. Cuando levantó la mirada, no encontró la de ella, de nuevo velada. Tenía esa clase de piel de tono oliva, no era exactamente un color, aunque le pareció ver una sombra por encima de la cinta que llevaba al cuello.

—... Justo el otro día... los periódicos británicos... sencillamente, no puede continuar... amigos en Holanda. —Frau Baumann se había enzarzado en una valoración emotiva de la situación política alemana. Entretanto, Szara pensaba: *¿Qué edad tienes?, ¿veinticinco?* No podía recordar su nombre.

—Mmm —dijo Szara mientras asentía con movimientos de cabeza.

—Y se oyen cosas tan excelentes de Rusia, de cómo lo están haciendo los obreros. La guerra sería la ruina.

—Mmm —Szara sonrió entusiasmado—. Los obreros...

Cuando terminó de cenar, la *Fräulein* unió sus manitas en el regazo y fijó la mirada en el plato.

—No se puede permitir que suceda, no otra vez —decía el Herr *Doktor*—. Yo no creo que el régimen presente tenga el firme apoyo del alto funcionariado ni del Ejército, no creo que *ese hombre* hable en nombre de toda Alemania; sin embargo, la Prensa europea parece que no ve la posibilidad...

—Y ahora... —Frau *Doktor* llamó la atención tocando palmas—, ¡*crème bavarienne!*

La muchacha se levantó diligente y ayudó a quitar la mesa y a hacer el café mientras Herr *Doktor* seguía con su perorata. El vestido azul le llegaba hasta media pierna; allí ascendían a unírsele unas medias blancas. Szara pudo ver que los lazos de los zapatos estaban mojados por la lluvia nocturna.

—La situación en Austria también es difícil, muy complicada. Si no se lleva con delicadeza, puede surgir la inestabilidad...

Frau Baumann, junto a una alacena, en el último rincón de la cocina, rió con teatralidad para disimular lo incómodo de la situación.

—¿Por qué no, queridísima Marta?, el juego de café con adornos de sauce para nuestro huésped.

Marta.

—Debe haber un acercamiento y tiene que haber paz. Somos vecinos, todos nosotros, y ninguno puede negarse. Polacos, checos, serbios, todos quieren la paz. ¿Pueden ignorar eso las democracias occidentales? Aun así, siempre están cediendo. —Movié la cabeza con pesar—. Hitler envió tropas a Renania en 1936, y los franceses se quedaron esperando detrás de su Línea Maginot. No hicieron nada. ¿Por qué? No podemos entenderlo. Un solo avance decidido de una compañía de Infantería francesa hubiera sido suficiente. Pero no lo hicieron. Creo..., no, con franqueza, lo sé, que nuestros generales estaban atónitos. Hitler les dijo lo que iba a ocurrir y, en efecto, así sucedió. Y ahora, de pronto, empiezan a creer en milagros.

—Y ahora dejemos esta política horrible, Herr Szara —intervino Frau Baumann—, que es la hora de divertirnos.

La crema bávara, un líquido violáceo a punto de derramarse de un plato sopero, estaba frente a él.

Avanzada la noche, con el coñac servido en el reducido salón, el doctor Julius Baumann se puso reflexivo y nostálgico. Recordó sus días de estudiante en Tubinga, donde las sociedades estudiantiles judías se dedicaban con entusiasmo a beber cerveza y a la esgrima, según la moda de la época.

—Llegué a ser un buen espadachín. ¿Se lo puede imaginar, Herr Szara? Pero estábamos obsesionados con el honor, y practicábamos hasta no tenernos en pie; aunque entonces, al menos, uno podía contestar a un insulto desafiando al ofensor a un asalto, como los demás estudiantes hacían. Yo era alto, así que nuestro presidente, ahora está en Argentina, viviendo sabe Dios cómo, quiso convencerme de que practicara el sable. No le hice caso. ¡No quería ser uno de éstos! —Y dibujó con el dedo la típica cicatriz de sable en su mejilla—. No, yo usaba el chaleco almohadillado y la máscara completa, no la que deja las mejillas al descubierto y practiqué el arte de la espada. ¡Estocada! ¡En guardia! ¡Estocada! ¡En guardia! Un día de invierno toqué dos veces al mismo Kiko Bettendorf, que al año siguiente participaba en los Juegos Olímpicos. *Ach*, aquéllos sí que fueron unos buenos tiempos.

Baumann contó también cómo había estudiado, a menudo desde la medianoche hasta el alba, para mantener alto el honor de la familia y para poder aceptar la responsabilidad que heredaría del padre, propietario de las «Ferrerías Baumann». Con el título de ingeniero metalúrgico, se propuso convertir el negocio familiar, una vez jubilado el padre, en una acería de cables.

—Pensé que la industria alemana tenía que especializarse si quería competir, así que acepté el reto.

Szara comprendió que aquel hombre había visto su vida siempre como un reto. Primero en Tubinga; luego, como subteniente de Artillería en el frente occidental, herido cerca de Ypres y condecorado por su valor; a continuación, en la transformación de la fábrica Baumann, después sobreviviendo a la espantosa inflación del período de Weimar («Pagábamos a los obreros con patatas; mi ingeniero jefe y yo conducíamos los camiones hasta Holanda para comprarlas»), y ahora estaba empeñado en responder al reto de quedarse en Alemania, cuando un gran número de judíos —150 000 de una población total

de 500 000— había abandonado todo ya para empezar de nuevo como inmigrantes en tierras lejanas.

—Tantos amigos nuestros se han ido —dijo triste—. Nos sentimos tan solos.

Frau Baumann permaneció sentada, escuchaba con gran atención y en silencio el discurso de su marido, en su rostro una sonrisa que, a veces, se helaba. *Julius, mi queridísimo esposo, te amo y te respeto, pero ¿cómo quieres seguir?*

Sin embargo, Szara oía otra cosa. Escuchaba atentamente y estudiaba cada gesto, cada modulación del tono de voz. Y allí surgía un perfil, como cuando se trata una hoja de papel blanca con un producto químico.

Un hombre valeroso e independiente, un hombre bien situado e influyente, y un patriota, que, de repente, se encuentra con la amargura de tener que oponerse a su Gobierno en un momento de crisis política; un hombre, cuyos negocios, cualesquiera que tuviese, habían sido designados por las Autoridades *empresas estratégicamente necesarias*, que ahora confiesa, a un individuo, semioficial de la nación enemiga de la suya, que se siente *tan solo*.

Esto significaba un cosa, y Szara lo entendió así: el encargo, un tanto dudoso, que Nezhenko le había dado en su telegrama empezaba a adquirir sentido. Lo que había descalificado como manifestación de alguna nueva línea política, errada y retorcida, por parte de Moscú, presentaba otro aspecto. El momento de la revelación llegaría, estaba seguro de ello, cuando hiciera el *grand tour* de la acería de Baumann.

El baile de las despedidas empezó a las diez en punto, cuando Frau Baumann aceptó con desolada cortesía el inevitable hecho del regreso de Szara a su alojamiento y pidió a su esposo que acompañara a Fräulein Haecht en un paseo hasta la casa de sus padres. Ah, pero no —contraatacó Szara—, Herr *Doktor* no debía molestarse de ninguna de las maneras, eso era una obligación que insistía en asumir él. ¿Qué? No, impensable, no podían permitirlo. ¿Por qué no? Claro, por supuesto que podían. No, sí, no, sí, todo ocurría mientras la muchacha, sentada en silencio, se miraba las rodillas, en tanto los demás discutían sobre ella. Al final Szara los persuadió, para lo cual tuvo que representar el papel de ruso emotivo. ¿Salir de noche, después de una cena tan espléndida, para llevar al invitado en coche? ¡Nunca! Lo que él necesitaba era un buen paseo para digerir el placer de la comida. Éste fue un ataque incontestable que lo llevó a la victoria. Se pusieron de acuerdo para verse a la mañana siguiente y Szara y Fräulein Haecht fueron acompañados

ceremoniosamente hasta la verja y despedidos al interior de la nocturna oscuridad.

La noche se transformó en algo muy diferente.

Poco después del crepúsculo, la lluvia de la tarde cambió para convertirse en nieve —suave, blanda, nieve de noche— que caía lentamente de un cielo bajo, flotando, sin nada de viento. Estaban maravillados, era otra ciudad, y rieron de su asombro. La nieve crujió bajo sus pies, cubrió las ramas de los árboles, los tejados y las cercas, cambió las calles en praderas blancas o en espejos plateados donde la luz de las farolas quebraba las sombras. De pronto, la noche fue un gran silencio, una soledad inmensa; la nieve se adhirió a sus cabellos, y sus alientos formaron una niebla que los rodeó, que enmudeció el mundo, lo limpió, lo sepultó.

No tenía ni idea de dónde vivía ella, y la joven no dijo de ir por una calle o por otra, así que anduvieron sin rumbo fijo. Cuando dos pasean juntos, la charla no supone esfuerzo alguno, resulta fácil confiarse, no cuesta nada decir la primera ocurrencia, porque el silencio y la nieve hacen que las palabras rebuscadas no tengan sentido. En ese momento, ninguno podía sentirse herido. Era, entre otras, la ofrenda de una tormenta de nieve.

Algunas de las cosas que ella dijo lo sorprendieron. Por ejemplo, no era una prima ni una sobrina de Baumann, sino la hija de su ingeniero jefe, amigos ambos hombres desde hacía mucho tiempo. Szara se había preguntado por qué seguía en Alemania, pero eso tenía una sencilla respuesta: no era judía. Por tanto, su padre, con casi toda certeza —decía ella—, sería el dueño ario del negocio —así lo disponían las leyes—; pero en interés de Baumann, ya se las había arreglado para que lo protegieran en secreto hasta que el tiempo y los acontecimientos no volvieran a sus cauces normales. ¿Entonces, era su padre un progresista? ¿Un hombre de izquierdas? No, nada de eso. Sólo un hombre muy decente. ¿Y su madre? Distante y soñadora, vivía en su propio mundo, ¿quién podía reprochárselo en esos días? Era austríaca, católica, del sur del Tirol, cerca de Italia; quizá la familia, por ese lado, hubiese sido italiana alguna vez. Ella misma tenía el aspecto, o así se lo parecía, de una italianita. ¿Estaba él de acuerdo?

Sí, le parecía que sí. Eso le gustó a la joven; le encantaba tener el cabello tan negro y la piel olivácea en una nación que presumía de una forma tan repugnante de ser nórdica y rubia. Pertenecía, quizás, a la zona italiana de Alemania, donde lo romántico tiene más que ver con Puccini que con

Wagner, donde lo romántico quiere decir sentimiento y delicadeza, y no el ardoroso Valhalla. Esperaba que a él no le importara que diera rienda suelta a esas ideas íntimas.

No, no le importaba.

Ella sabía quién era él, por supuesto. Cuando Frau Baumann le pidió que fuera el cuarto comensal no le comentó nada, pero ella había leído algunas de sus historias cuando se tradujeron al alemán. Había deseado tanto conocer a la persona que había escrito aquellas cosas que estaba segura de que nunca lo vería, que la cena sería cancelada, algo no funcionaría en el último minuto... Lo normal era que no tuviera tanta suerte. Las personas que tenían suerte solían ser las que no se preocupaban, o así lo pensaba.

Declaró sus veintiocho años, aunque sabía que parecía más joven. Los Baumann la conocían desde pequeña, y nunca había crecido para ellos; pero claro que había crecido, siempre se crece. Había decidido trabajar para ganarse unos cuantos pfennings como ayudante del director artístico de una revista modesta. Ahora publicaban cosas miserables, pero lo hacían así o cerraban las puertas. No como él. Sí, le tenía un poco de envidia, eso de ir por todo el Mundo y escribir acerca de la gente que encontraba y contar sus historias.

Se cogió de su mano, guante de piel contra guante de piel, mientras descendían una calle cualquiera; por una pared se deslizaba un trozo de nieve. Él sintió el impulso de gritar, allí y en ese momento, que tenía cuarenta años, con tantas heridas abiertas que ya no sentía nada, daba lo mismo que la nieve se derritiera o volviera a cambiarse en lluvia, pero estaba claro que no lo iba a decir. Sabía todo lo malo de los Szaras del Mundo, con sus impermeables ceñidos y sus famas, su necesidad de saquear la inocencia de muchachas como ella. Porque, con sus veintiocho años o con su mentira, ella era inocente.

Anduvieron sin parar, kilómetros de nieve, y cuando él creyó que reconocía el nombre de una calle cercana a la casa donde se alojaba, se lo dijo. Ella lo miró por primera vez desde hacía mucho rato, con el rostro encendido por el largo paseo nocturno, y mechones de cabello escapados del horrible moño. Se quitó el guante, él la imitó y sintieron frío cuando se tocaron. Ella le pidió que no se preocupara, había dicho a sus padres que se quedaba con una amiga. Después se dieron un beso, seco y frío, y él sintió como un tirón debajo de la húmeda lana de su chaqueta.

Ya en la habitación, se sintió tímida de pronto, casi asustada. Quizá fuese el cuarto, pensó Szara. Tal vez a ella le pareciera mezquino y anónimo, no el lugar que hubiera imaginado para él. Comprensivo, sonrió y se encogió de hombros —*Sí, es la vida que llevo, no voy a pedir perdón por eso*—, después colgó los abrigos y puso los zapatos húmedos junto al siseante radiador. La habitación estaba casi a oscuras, con sólo la luz de una pequeña bombilla; se sentaron en el borde de la cama y hablaron en voz baja y, a veces, recobraron algo de la magia que habían visto en la nevada. Él la tomó de las manos y le dijo que sus vidas eran diferentes, muy diferentes. Tendría que irse de Berlín casi en seguida, que nunca permanecía muchos días en un sitio, que quizá no regresara en mucho tiempo. Pronto, para alguien como él. Hasta escribir a Alemania podría resultar difícil. *Era* una noche mágica, sí, jamás la olvidaría, pero se la habían robado a un mundo entre dos luces que pronto oscurecería. Quería decir que... era el momento de ir con ella hasta su casa. Sería lo mejor. Ella negó terca con la cabeza, sin buscar su mirada, y le apretó las manos con fuerza. En medio del silencio podían oír caer la nieve afuera.

—¿Hay un sitio para desnudarme? —preguntó ella.

—Sólo abajo, en el recibidor.

Ella hizo un gesto de contrariedad. Le soltó las manos y se apartó unos pasos de la cama. Szara se volvió de espaldas y oyó cómo ella se desabotonaba el vestido, y el roce de la seda sobre la seda cuando se quitó la combinación. Le oyó enrollar las medias al quitárselas, el cambio de apoyo de un pie a otro, el sonido del broche del sostén al soltarse, el roce de las bragas al bajar y cómo agitaba los pies para sacárselas. Luego ya no pudo seguir sin mirar. Estaba despeinada y dejó caer el cabello suelto sobre el rostro, rizado donde había estado sujeto. Tenía un tórax estrecho, unos senos llenos y pálidos, que subían y bajaban con la respiración, caderas anchas y piernas fuertes. Sin darse cuenta, Szara suspiró. Ella siguió torpemente en el centro de la habitación, con la escasa luz reflejada en su piel oliva de tonos apagados, la cabeza algo inclinada, casi dudando. ¿Era deseable?

Szara se levantó, retiró la colcha y ella pasó delante de él, sus pisadas resonaron sobre el entarimado desnudo, y se deslizó despacio dentro de la cama. Mientras él se desnudaba, ella miraba al techo; luego Szara se acostó a su lado, muy cerca, con la cabeza apoyada en la mano. La muchacha se volvió hacia él y empezó a decirle algo, pero Szara lo había sentido y la hizo callar. Cuando, casi aventurándose, rozó sus pezones con la palma de la mano, ella emitió un profundo suspiro, con los dientes apretados y los ojos cerrados con fuerza. Si él no hubiese sido quien era y no hubiese hecho todo

lo que había hecho, hubiera sido un estúpido y le habría preguntado si le hacía daño.

Estaba demasiado excitado para ser tan diestro como hubiera querido; fue la naturaleza de ella, mezcla a un tiempo de generosidad y deseo, de calor y afecto, los sitios turgentes y suaves, los colores pálidos y oscuros, el descubrimiento del aliento entrecortado, y la forma en que ella abandonó, no la inocencia —en eso se había equivocado: nunca fue inocente— sino la modestia, la forma en que saltó las barreras.

—Súbete un poco —le pidió él.

Durante un rato, él tuvo miedo de moverse, las manos femeninas temblaban sobre su espalda, luego, cuando lo hizo, sintió la angustia de terminar. Poco después, ella abandonó la cama y bajó al recibidor, sin cuidarse de ponerse algo encima, un ligero vaivén en la forma de caminar, *sé que me estás mirando*.

Cuando volvió, cogió el cigarrillo que Szara tenía entre los labios y lo aplastó en el cenicero. Una de tantas cosas que había pensado hacer durante tanto tiempo.

El jueves por la mañana hizo frío y viento, bajo un cielo sucio salpicado de nubes grises. En las calles que iban al distrito fabril, en las afueras al norte de la ciudad, había montones de nieve manchada de hollín en las aceras. El conductor del taxi de Szara era un gigante de color carne; atadas con cintas a la visera del parabrisas, llevaba banderas de cruz gamada, y cuando atravesaba el distrito de Neukoln, donde kilómetros de fábricas se alternan con viviendas de trabajadores, se puso a tararear canciones de taberna y a charlar sobre las virtudes de la Nueva Alemania.

Costó encontrar la fábrica de cables «Baumann». Muros altos de ladrillo y el nombre anunciado en un rótulo pequeño y borroso, como si el que estuviera interesado en ir allí tuviera que conocer el camino de antemano. Szara se divirtió con el chófer, cuyo rostro se contrajo con esfuerzos de miope cuando buscaba la puerta de entrada.

Lo esperaba un Baumann en día de trabajo, en una oficina desordenada que daba a las cadenas de producción. Szara lo encontró nervioso, hiperactivo, con la mirada atenta a todas partes, y nada elegante con un jersey de cuello en V debajo de un sobrio traje para protegerse del frío que hacía en la fábrica. La explicación de la visita la hizo con unos gritos que apenas se oían por encima del ruido de la maquinaria.

Szara se sintió un poco aturdido por todo aquello. Cuando llegó todavía se hallaba en estado amoroso, sensual, muy impresionado, y el rugido del fuego de los hornos y el chasquido de las correas de transmisión resonaron en su cabeza. El acero hubiera sido la última cosa del mundo en la que hubiese querido pensar.

Un mal momento: lo presentaron a Herr Haecht, un hombre melancólico vestido con una bata, sacado de las cuentas que hacía en unas hojas sujetas a un tablero cuando Baumann lo llamó para las presentaciones. Szara esbozó una sonrisa y le dio la mano sin mucho entusiasmo.

Trajeron a la oficina bocadillos de pollo y café hirviendo. Cuando Baumann cerró de golpe la puerta de cristal, el alboroto disminuyó lo suficiente para que pudieran mantener una conversación en un tono normal.

—¿Qué le parece todo esto? —preguntó Baumann, deseoso de que el otro estuviera impresionado. Szara hizo lo que pudo para complacerlo.

—Hay tantos trabajadores...

—Ciento ocho.

—Y todo a lo grande.

—En la época de mi padre, que en paz descanse, no tenían más que un taller. No había nada que él no hiciera: rejas de adorno, sartenes, soldaditos de juguete... —Szara siguió la mirada de Baumann con la suya hasta un retrato colgado de la pared, un hombre severo, con un pequeño bigote—. Y todo hecho a mano, un trabajo que ya no se ve.

—No me lo puedo imaginar.

—No se puede comparar un sistema con otro —añadió Baumann con diplomacia—. Incluso nuestros hornos mayores no son tan grandes como los altos hornos soviéticos en Magnitogorsk. Diez mil hombres, se dice. Extraordinario.

—Cada nación tiene su propio sistema —dijo Szara.

—Por supuesto, aquí nos especializamos. Aquí todo es *nicht rostend*.

—¿Perdón?

—Es mejor decirlo en su idioma: austenítico. Lo que se conoce como acero inoxidable.

—Ah.

—Cuando termine usted con el bocadillo, le enseñaré lo mejor. — Baumann sonrió con expresión de conspirador.

A lo mejor se llegaba a través de dos puertas macizas guardadas por un anciano sentado en una silla de cocina.

—Ernest es nuestro hombre más veterano —explicó Baumann—. Ya estaba con mi padre. —Ernest saludó con una respetuosa inclinación de cabeza.

Entraron en una gran sala donde unos pocos trabajadores atendían dos cadenas de producción. Había más silencio y hacía más frío que en la otra parte de la fábrica.

—Aquí no se funde —explicó Baumann mientras sonreía compasivo al ver cómo afectaba el frío a Szara—. Aquí sólo hacemos cables de estampación.

Szara asintió con la cabeza; sacó un lápiz y un cuaderno del bolsillo. Baumann le deletreaba las palabras cuando era necesario.

—Es un proceso de troquelado; las barras de acero se introducen a una presión enorme a través de un tas de estampar, un bloque acanalado, el cual produce el cable en frío.

Baumann lo acercó a una de las cadenas de producción. De una mesa seleccionó un cable de pequeña longitud.

—¿Lo ve? Adelante, cójalo.

Szara lo retuvo en su mano.

—Lo que tiene ahí es un 302, uno de los mejores que hay. Resiste la intemperie, no se corroe, es mucho más resistente que el cable hecho de acero fundido. No funde antes de los mil cuatrocientos grados centígrados y su tenacidad, es decir, su resistencia a la tracción, es mayor que la del cable recocido en un factor de un tercio, aproximadamente. Su dureza está calculada en doscientos cuarenta en la escala de Brinell, frente a ochenta y cinco del otro. Una gran diferencia en todo, como puede ver.

—Oh, sí.

—Y no se dilata, ésa es su propiedad más importante.

—¿Por qué?

—Lo suministramos a la compañía «Rheinmetall» en trenzados múltiples, lo que aumenta su fortaleza en un factor considerable aunque sigue siendo flexible, para pasarlo por debajo de varias barreras o alrededor de ellas, y conserva una elevadísima capacidad de respuesta, incluso en grandes longitudes. Es lo que se necesita para cables de control.

—¿Cables de control?

—Sí, para aviones. Por ejemplo, el piloto mueve las alas con los controles de la cabina, pero lo que en realidad hace que las alas bajen son los cables de estampación «Baumann». También el timón de alta velocidad de la cola, y los alerones de las alas. ¡Estos aviones de guerra! Tienen que ladearse e

inclinarse, y descender en picado. La capacidad de respuesta lo es todo, y la capacidad de respuesta depende de la calidad de los cables de control.

—Entonces usted es un factor importante en el rearmamento de la Luftwaffe.

—En nuestra especialidad, yo diría que preeminente. Nuestro contrato con «Rheinmetall», que instala cables de control para todos los bombarderos pesados, el «Dornier 17», el «Heinkel 11» y el «Junker 86», es en exclusiva.

—Todos con cables de estampación.

—Así es. Estamos estudiando la posibilidad de instalar aquí una tercera cadena de producción. Se necesitan algo así como 150 metros de cable por cada avión. Bueno, eso es mucha demanda.

Szara dudó. Estaban al borde del abismo; era como sentir la tensión de alguien a punto de saltar al vacío. Baumann seguía mostrándose enérgico, expansivo, como un hombre de negocios orgulloso de sus logros. ¿Entendía lo que iba a suceder? Tenía que entenderlo. Szara estaba seguro de que él había concertado la entrevista, por lo tanto, sabía lo que estaba haciendo.

—Es toda una historia —dijo Szara, alejándose del precipicio—. Cualquier periodista estaría encantado con ella, por supuesto. Pero ¿se puede contar? —*Aquí tiene la puerta, pensó, ¿vas a aprovecharla?*

—¿En el periódico?

—Sí, por supuesto.

—Me parece que no. —Baumann rió de buena gana.

—*Amén.* Mi editor en Moscú me ha informado mal. No suelo ser tan obtuso.

—No exagere. —Baumann contuvo la risa—. Herr Szara usted, no es nada obtuso. De los ciudadanos soviéticos que pudieran aparecer por Alemania, dejando a un lado los diplomáticos o a las misiones comerciales, la suya es una presencia de lo más natural. Seguramente, usted no le gusta a los nazis, pero no resulta sospechoso.

Szara se sintió algo picado al oír lo último. *Así que sabes de la vida clandestina, ¿verdad?*

—Bueno, no creo que las cifras de su producción mensual vayan a ser publicadas en las revistas de economía.

—No es probable.

—Sería una negligencia.

—Desde luego. En octubre, por ejemplo, suministramos a la «Rheinmetall» unos 5000 metros de cable estampado 302.

Divide por 150, calculó Szara, y tendrás la producción mensual de bombarderos del Reich. Aunque los tanques pudieran ser de gran interés, ninguna otra cifra informaría tan bien a los planificadores militares soviéticos de las intenciones estratégicas alemanas y de su capacidad.

Szara anotó el número como si estuviera tomando notas para un guión de película —*nuestro lema ha sido siempre «excelencia»*, decía Baumann.

—Sustancial —comentó Szara mientras golpeaba con el lápiz el número anotado—. Sus esfuerzos deben de ser muy apreciados.

—En algunos Ministerios sí, desde luego.

Pero no en otros. Szara se guardó el lápiz y el cuaderno en el bolsillo.

—Nosotros, los periodistas, no solemos encontrar tanto candor.

—Hay momentos en que el candor es preciso.

—A lo mejor volveremos a vernos.

Baumann afirmó con la cabeza, una breve y estirada reverencia: un hombre digno y culto había decidido, teniendo en cuenta su honor que consideraciones de más alto valor debían prevalecer.

Volvieron a la oficina y charlaron durante un rato. Szara reiteró su gratitud por el placer de la noche anterior. Baumann se mostró condescendiente, le avisó cuando llegó su taxi, sonrió, le estrechó la mano y le deseó un viaje de regreso sin problemas.

El taxi traqueteó mientras pasaba junto a los muros de ladrillo de la fábrica. Szara cerró los ojos. Ella estaba en el centro de la habitación, piel oliva en tonos apagados, pálidos senos que subían y bajaban con la respiración. *Marta Haetch.*

El destino manda nuestras vidas. Al menos eso era lo que los eslavos creían, y Szara había vivido entre ellos el tiempo suficiente para entender su forma de pensar. No había más que admirar la sutil mano del destino: tejía una vida, unía el deseo a la traición, la ambición a la envidia; añadía idealismo, amor, falsos dioses, pérdida de trenes; luego tiraba de los hilos con fuerza y por ahí iba un ser humano, danzando y luchando.

Ahora, pensó, se hallaba ante esa muestra exquisita del destino conocida como *la coincidencia*.

Un hombre va a Alemania y le ofrecen, a un tiempo, la salvación de su dolorida alma y la garantía de seguir vivo. Asombroso. ¿Qué debería pensar ese hombre? Porque puede ver que su relación clandestina con el doctor Baumann y su cable mágico van a hacer de él un elemento tan apetitoso para

los Servicios Especiales que éstos lo mantendrán vivo a toda costa, aunque el diablo se empeñara en echarle la zancadilla. En cuanto a su alma..., bien, había pasado malos momentos últimamente. Un hombre cuyos amigos desaparecen día tras día debe aprender a olfatear la muerte si quiere mantener su cordura; determinados afectos, ¿no arraigan siempre gracias a la proximidad? Éste es un hombre con problemas. Un hombre que se sienta en un parque de Ostende y le ofrecen, cuando menos, una posibilidad de salvación; pero él se levanta y se va para poder llegar a tiempo a una cita con los que, es de suponer, debe de pensar que van a secuestrarlo. Este hombre necesita una razón para vivir. ¿Y si esa razón se encontrara en Berlín? ¿Estrechamente unida a las mismas razones que garantizan su supervivencia?

Oh, grandiosa coincidencia.

En un vasto universo cambiante, donde las estrellas brillan y mueren en la noche infinita, cabe la posibilidad de aceptar toda clase de coincidencias. Y Szara aceptó la suya.

Quedaba, en medio de semejante especulación, una grave dificultad material, el documento de la Ojrana, y la necesidad de satisfacer a un segundo grupo de amos en el *apparat* del espionaje, el de Renate Braun y el general Bloch. Porque el encargo de Baumann le había venido, de eso Szara, estaba casi seguro, de sus viejos amigos de siempre en el NKVD, los del Departamento Extranjero, Abramov y los suyos, algunos conocidos, y otros que permanecerían siempre en la sombra.

Para seguir vivo tendría que convertirse en agente del Servicio Secreto: uno del NKVD.

En la mañana del 26 de noviembre, Szara cablegrafió, según las instrucciones, desde la Embajada soviética en Berlín, no un informe detallado, sino la respuesta a lo especificado en el telegrama de Nezhenko: la edad de Baumann y su talante, su esposa, cómo vivían, la fábrica, su historia orgullosa. Ni una palabra del cable de estampación, sólo que «desempeña un papel crucial en la industria del rearme alemán».

Y que habían sido tres en la cena. No quería entregarles a Marta Haecht.

Si el *apparat* supiera de qué iba el asunto, razonó Szara, hubiera enviado agentes de verdad. Pero no era así; alguien habría sido informado de una posible oportunidad en Berlín, alguien que habría ordenado a su ayudante: *Oh, dile a Szara que pase por allí*, con la idea de que él les comunicaría si había algo de utilidad allí. Estaba en la naturaleza del Servicio Secreto tal como él lo entendía: en un mundo de noche perpetua hay miles de señales que parpadean en la oscuridad, unas pueden cambiar el mundo; otras son

insignificantes, e incluso resultan peligrosas a veces. Ni siquiera una organización de la envergadura del NKVD es capaz de examinarlas todas; por eso, en ocasiones, se acude a un amigo de confianza.

El personal de la Embajada estaba avisado ya de su llegada. Tomaron su informe sin hacer comentarios. Luego le dijeron que debía regresar a Moscú, en el mercante soviético *Kolstroi*, que saldría de Rostock, en el golfo de Pomerania, a las cinco de la tarde del 30 de noviembre. Así pues, le quedaban cuatro días. *Reclamado por Moscú*. Szara tuvo que esforzarse para no perder la calma. A veces, la frase significaba arresto; la petición de regreso había sido bastante correcta, pero una vez te tenían de vuelta allí... *No*, a él, no, y menos ahora. Podía imaginar algunos interrogatorios incómodos. Por parte de «amigos», que irían a su apartamento llevando vodka y comida; ése era, al menos, el método habitual: *Qué alegría que has vuelto; tienes que contarnos todo lo de tu viaje*.

Y tendría que hacerlo.

Por fin consiguió serenarse y decidió no pensar en ello. Salió de la Embajada con el bolsillo lleno de dinero y el corazón animoso, los dos pilares gemelos del espionaje.

¿Estaban ellos vigilándolo? Quiénes, ¿el grupo del Departamento Extranjero? ¿O el grupo de Renate Braun? Pensó que sí y, desde luego, gracias a Dios, así lo hicieron durante su viaje desde Praga a Berlín. Y muchos otros.

Sabía, según creía, de qué forma burlar la vigilancia. Le costó tres horas. Museos, estaciones de ferrocarril, grandes almacenes, taxis, tranvías y restaurantes con puertas traseras. Al final llegó solo —eso pensaba— a la tienda de antigüedades. Allí compró un cuadro, un óleo sobre lienzo, fechado en 1909, con un pesado marco dorado. El pintor, tal como el anticuario le informó con altivez, era un tal profesor Ebendorfer, de la Universidad de Heidelberg. Un rectángulo de 1,20 por 0,90, de factura romántica en el que aparece un joven griego, un pastor, sentado con las piernas cruzadas al pie de una columna rota, toca su flauta mientras, el rebaño pasta cerca; un cielo de vivo azul, aborregado de nubes sobre montañas de cumbres nevadas en la distancia. *Huldigung der Naxos* era su título —*Homenaje a Naxos*— con la

firma del profesor Ebendorfer ingeniosamente colocada en el ángulo inferior derecho, al pie de un laurel que un camero mordisqueaba.

Vuelto a la habitación de la casa estrecha, Szara se entregó seriamente al trabajo, como debiera haber hecho desde un principio.

Y al no buscar nada en particular, sino que se trataba de una tarea mecánica que dejaba su mente casi libre, neutral en su búsqueda, al cabo de un rato empezó a ver las cosas con claridad. De inmediato deseó que no hubiese sido así. Porque lo que encontró fue veneno: un conocimiento que mataba. Pero allí estaba. Su primera intención había sido guardar el original en Berlín, ya que no hubiera pasado la inspección en la aduana rusa, y llevar un extracto a Moscú, escrito en su personal taquigrafía, de todos los hechos y circunstancias. Si empleaba una clave para las fechas contemporáneas además de nombres de ciudades desprovista de significado en lugar de las que aparecían en el informe, esperaba que los agentes del NKVD en la frontera tomaran aquel material por «notas periodísticas». Esos agentes no eran, ni con mucho, como los que se ocupaba de política extranjera, sino todo de una pieza, incorruptibles y torpes. Con ellos saldría del paso.

Lo que se proponía hacer se parecía a varias sumas de columnas de números, pero ese ejercicio, que no requería un gran esfuerzo mental, fue lo que permitió que la respuesta surgiera en el horizonte. Szara poseía el pensamiento de un escritor: el relámpago de la visión penetrante o la perspectiva reveladora que resulta de la atención permanente. Copiar, hubiera dicho él, era un trabajo de idiota. Pero copiando aprendió una lección.

Para organizar el trabajo, empezó por el principio y procedió a ordenar las fechas de los acontecimientos, semana por semana, mes por mes. Sin que se lo propusiera, hizo lo que los agentes del Servicio de Inteligencia llamaban un «crono», abreviatura de cronología. Porque en esa disciplina el *qué* y el *quién* eran de gran interés, aunque casi siempre el *cuándo* era lo que proporcionaba la información más provechosa.

Antes de la revolución, el contacto de los bolcheviques con la Ojrana era bastante común. Entre los revolucionarios y los Servicios Especiales del Gobierno hay, casi siempre, una relación más o menos encubierta. Podría decirse que los unos dedican tanto tiempo a pensar y hacer planes sobre los otros, y a la inversa, que el destino inevitable es que establezcan contactos so pretexto de recoger información. Así se mantiene la ilusión de la virginidad.

Pero DUBOK excedía con mucho los límites de lo que era normal en esta relación; compró su seguridad con las vidas de sus camaradas, y la Ojrana lo mimaba de manera inimaginable como a su más tierno retoño. Para él, duplicaron la dura realidad de la experiencia revolucionaria, pero tuvieron cuidado de suavizarla, de limarle las aristas. Fue a la cárcel, como todos los agentes clandestinos, y, también como casi todos ellos, se fugó. Pero el tiempo en la cárcel lo explica todo. Lo llevaron a la prisión de Bailov, en Bakú (aprendió alemán mientras estuvo allí), aunque cuatro meses más tarde ya estaba fuera. También tenía que experimentar el destierro, mas fue enviado a Solvychegodsk, en el norte de la Rusia europea, no a Siberia. Y «escapó» al cabo de cuatro meses. Un hombre con suerte, ese DUBOK. Dos años más tarde fue «atrapado» y devuelto a Solvychegodsk para que terminara de cumplir su condena, pero a los seis meses de estar allí se cansó; más que tiempo suficiente para oír lo que los otros desterrados tenían que decir, tiempo de sobras para mantener su credibilidad como agente bolchevique, por tanto, un hombre bajo control, y a casa otra vez.

DUBOK, estaba claro, era un criminal, poseído por una mente criminal. Nunca variaba su método: desarmaba a aquellos que lo rodeaban diciéndoles lo que querían oír —tenía un instinto extraordinario para adivinar lo que pudiera ser—, luego los sacrificaba cuando lo creía necesario. Explotaba la debilidad, castraba la fuerza, y nunca dudaba en excusar su propia cobardía. Szara pudo comprobar que el agente de la Ojrana había manipulado a DUBOK sin esforzarse porque había pasado toda su vida con criminales. Los entendía tan bien que había llegado a sentir una especie de simpatía compasiva por ellos. Con el tiempo llegó a desarrollar los instintos de un sacerdote: el diablo existía; la tarea consistía en trabajar de manera productiva dentro de sus dominios.

Al leer entre líneas, podía observarse que el agente se mostraba muy interesado por el efecto que DUBOK producía en los intelectuales bolcheviques. Éstos, hombres y mujeres, solían ser brillantes, eran científicos, sabían idiomas, poesía y filosofía. Para ellos DUBOK, era una especie de símbolo, una amada criatura procedente de los niveles más bajos, un malhechor ilustre y su camaradería con él los confirmaba como miembros de una sociedad nuevamente formulada. Un politólogo, un filósofo, un economista, un poeta podían hacer la revolución sólo si compartían su destino con un criminal. Él era el representante oficial del *mundo real*. Y así no hubo ocasión en que, gracias a ellos, su prestigio no aumentara. Y DUBOK lo sabía. Y DUBOK los detestaba por ello. Por el mero hecho de sentir el aire

protector en cada poro de su cuerpo, vengarse a su conveniencia, probar que la igualdad estaba en la mente de ellos, no en la suya, los destruía.

Szara estuvo convencido desde el principio que tenía a un georgiano en sus manos, y cuando su perfecta mente capaz quiso por fin molestarse en hacer cálculos aritméticos, supo que era un georgiano de al menos cincuenta y cinco años, con un pasado revolucionario en Tbilisi y Bakú. Pudiera haber sido cualquiera entre muchos candidatos, incluidos los líderes del *jvost* georgiano; pero a medida que Szara avanzaba en el informe, aquéllos aparecían eliminados por el propio DUBOK. Para ayudar a la Ojrana, DUBOK había hecho una descripción de su amigo Ordjonikidze. Dieciocho meses más tarde, acusaba al terrorista armenio, Ter Petrossian, de participar en la «expropiación» de un Banco en Bakú; unas páginas más adelante se refería al bondadoso Abel Yenukidze; y hablaba con dureza de su odiado enemigo Mdivani. En mayo de 1913 fue presionado para que organizara una situación que comprometiera al revolucionario Beria, pero DUBOK nunca pudo pasar más allá de comentar el caso.

Tras día y medio, André Szara no pudo eludir más lo que era evidente: se trataba del mismo Koba, Iosif Vissarionovich Dzhugashvili, hijo de un salvaje zapatero borracho de Gori, el sublime líder Stalin. Durante once años, entre 1906 y 1917, había sido el lechón de la Ojrana, hozando las más raras y deliciosas trufas del subsuelo que tan cuidadosamente ocultaba a sus enemigos.

En esta habitación, pensó Szara mientras miraba el cielo gris sobre Berlín, *ocurren demasiadas cosas*. Se levantó del escritorio, se desperezó para desentumecer la espalda, encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. La señora vestida de seda armaba ruido abajo en las escaleras, dedicada a hacer alguna de las cosas misteriosas que la ocupaban todo el día. Abajo, en la acera, un anciano sujetaba la correa de un pastor alsaciano que regaba el pie de una farola.

Szara dedicó la mañana del domingo a quitar la tela de algodón que cerraba la parte posterior de *Huldigung der Naxos*; conseguido esto, repartió las páginas del expediente de la Ojrana por toda el reverso de la pintura, asegurándolas con un cordoncillo pardo atado a las cabezas de unos diminutos clavos que aseguró con un martillo de tachuelas. Con sumo cuidado colocó de nuevo la tela de algodón y repuso las grapas del marco original en las hendiduras, sucias de la herrumbre que se había formado en ellas con el paso

de los años. Pensó que al ser tan pesado el dorado marco macizo, nadie advertiría la presencia del papel, y *dentro de cien años, algún restaurador de arte...*

El lunes, por ver primera, adoptó el papel de alemán. Hablaba con lentitud deliberada, y evitaba el deje *yiddish* de su acento, pues quería hacerse pasar por un individuo un tanto raro, nacido en alguna parte lejos de Berlín. Vio que si se peinaba con el cabello hacia atrás, se hacía un nudo pequeño en la corbata y levantaba la barbilla hasta una posición que a él le parecía particularmente alta, el disfraz era creíble. Tomó el nombre de Grawenske, que sugería unos orígenes eslavos o wendos, bastante corrientes en Alemania.

Telefonó al despacho de un subastador y le dieron la dirección de un guardamuebles especializado en el almacenaje de obras de arte. («¡La humedad es su enemiga!», le dijo el hombre). Herr Grawenske apareció a las once en punto, explicó que iba a formar parte del personal contable de una pequeña compañía austríaca de productos químicos en Chile, masculló algo sobre la hermana de su esposa que iba a ocupar su residencia, y dejó la obra maestra del profesor Ebendorfer al cuidado del guardamuebles, para que fuera embalada y almacenada. Por dos años pagó una cantidad sorprendentemente modesta, dio una dirección falsa en Berlín y le entregaron un recibo. El resto de los efectos personales del agente y la bella maleta, los distribuyó en tiendas que colaboraban en misiones caritativas.

Marta Haecht le había dado el número de teléfono de la pequeña revista donde «ayudaba al director artístico». Szara intentó hablar con ella varias veces, mientras se helaba hasta los huesos en cuanto el crepúsculo cayó de plano sobre Berlín. La primera vez que lo intentó, ella había salido para hacer un recado a la imprenta. La segunda, alguien se rió y dijo que no sabía adonde había ido. Al tercer intento, poco antes de que cerraran, Marta se puso al teléfono.

—Me voy mañana —le dijo él—. ¿Puedo verte esta noche?

—Tengo una cena —repuso ella—. Es el aniversario de bodas de mis padres.

—Entonces más tarde.

—Volveré a casa... —El tono de su voz expresó vacilación.

¿Qué? Entonces él comprendió que había gente cerca de ella.

—¿A casa? ¿Desde un restaurante?

—No, no es eso.

—A casa para dormir.

—Sería lo mejor.

—¿A qué hora acabará la cena?

—No podré marcharme, espero que lo entiendas. Se trata de una celebración, una fiesta.

—Oh.

—¿Tienes que irte mañana?

—No me queda más remedio.

—Entonces no sé cómo...

—Te esperaré. Quizá puedas arreglarlo de alguna manera.

—Lo intentaré.

El timbre de la puerta sonó justo después de las once. Szara corrió escaleras abajo, cruzó a toda velocidad por delante de la puerta de la dueña — que había abierto una rendija para mirar—, e hizo pasar a Marta. Ésta llevaba un aura del frío nocturno en su piel. Vestía un traje de noche azul, de tafetán con volantes, abrochado a la espalda.

—Ten cuidado —le dijo ella al ver que Szara titubeaba—. No podré estar mucho tiempo. Aquí no es costumbre abandonar así una fiesta.

—¿Qué les has dicho?

—Que un amigo se marchaba.

No fue una noche mágica. Hicieron el amor, pero ella siguió tensa. Después se puso triste.

—No tendría que haber venido. Era más dulce conservar el recuerdo de la nieve.

Con la punta de los dedos se apartó los cabellos de la frente.

—Ya no te veré más —añadió. Y se mordió los labios para no llorar.

Szara la acompañó hasta su casa, casi hasta la puerta. Se despidieron con un beso, un beso seco frío, y no hubo nada más que decir.

A finales de noviembre de 1937, el barco mercante soviético *Kolstroi* levó anclas del puerto de Rostock, remontó lentamente el estuario del Warnemünde hasta la bahía de Lübeck, dobló al norte, hacia el Báltico; después siguió rumbo nordeste para rodear la península de Sassenitz, pasó ante la isla danesa de Bornholm y se dirigió al puerto de Leningrado, a unas ochocientas cuarenta millas marinas de allí.

El *Kolstroi*, con una pesada carga —herramientas para maquinaria, neumáticos de camiones y barras de aluminio—, embarcada en el puerto

francés de Boulogne, se detuvo en Rostock sólo para cumplir la orden de recoger a once pasajeros con destino a Leningrado. Al remontar el Warnemünde, a medida que oscurecía y la niebla subía, hizo sonar continuamente su sirena y se unió al denso tráfico de cargueros que entraban y salían de la bahía de Lübeck, donde la espesa niebla del Báltico, empujada por los recios vientos del norte, avanzaba hacia la playa. A André Szara y a los demás pasajeros no se les permitió subir al puente hasta que el barco estuvo fuera de los límites territoriales de Alemania. Cuando Szara salió a tomar el aire, al lado del salón del barco, donde les habían servido la cena, había poca visibilidad: no distinguía las luces de la costa alemana, sólo el oleaje de las negras aguas movidas por el ventarrón de noviembre, arrojando una fría espuma salada sobre las metálicas planchas del puente, donde se helaba en espejos de color plomizo. Aguantó allí cuanto pudo, mientras miraba la niebla enredada en las luces de los barcos que pasaban, sin que pudiera ver tierra.

El *Kolstroi* era territorio soviético; Szara sintió su peso en cuanto comenzaron la travesía. Tuvieron que esparcir sus pertenencias sobre una mesa ante la fría mirada de un agente de la Seguridad. *El periodista Szara* no significaba nada para aquel *homo stalinus*, tan humano como un reloj. Se alegró de haberse desembarazado del expediente de la Ojrana antes de salir de Berlín; sólo de pensar que lo hubieran visto en aquel carguero le produjo espanto.

Los pasajeros formaban un grupo heterogéneo. Había tres jóvenes universitarios ingleses, de piel lechosa y ojos brillantes, jóvenes terriblemente formales en un viaje de ensueño a la que consideraban su patria espiritual. También había un viajante de comercio, de mediana edad, afectado por una enfermedad, intento de fuga. Szara pensó que quienes lo habían arrastrado a bordo eran agentes del NKVD. Las puntas de sus zapatos rascaron la pasarela de madera cuando lo subieron al barco; resultaba evidente que había sido drogado perdiendo así la conciencia. No era el único que volvía a casa para morir. Formaban una hermandad silenciosa, encerrada en sí misma, abandonada a un destino sin escapatoria; el hombre que había sido arrastrado a bordo probaba la inutilidad de la fuga. Apenas dormían, avaros de las horas que les restaban para reflexionar; paseaban por el puente cuando podían soportar el frío, y movían los labios, como si mantuvieran una conversación con sus interrogadores.

Casi siempre se evitaban entre ellos. Una charla con un diplomático o con un científico marcado por la sospecha podía ser observada por el atento agente de Seguridad —¿cómo?, no se sabía—, y ser una prueba empleada en su contra, una evidencia sólo descubierta en los últimos momentos del regreso —*pensábamos que estaba limpio hasta que vimos que hablaba con Petrov*—; una ironía fatal para el peligroso apetito del NKVD.

Szara habló con uno de ellos, Kuscinas, en otros tiempos oficial de las brigadas de fusileros letones, los que apoyaron a Lenin cuando derrocó el gobierno de Kerensky; ahora era un anciano, con la cabeza rapada y el rostro cadavérico. Aun así, había una gran fortaleza en él; sus ojos brillaban en lo profundo de sus cuencas y su voz era lo bastante potente como para que pudiera ser oída por encima del fragor de las olas. Cuando el *Kolstroi* se columpiaba y se estrellaba en las altas olas que anunciaban el golfo de Riga, ya en el segundo día de viaje, Szara buscó con Kuscinas refugio debajo de una escalera para fumarse un cigarrillo protegidos del fuerte viento. Kuscinas no le dijo lo que había hecho; cuando Szara le preguntaba se limitaba a agitar la mano, gesto con el que daba a entender que aquello carecía de importancia. En cuanto a lo que pudiera ocurrirle, no quería preocuparse por ello.

—Lo siento por mi esposa, por nadie más. Una mujer tonta y terca. Por desgracia, ella me ama y se le va a romper el corazón, pero qué se le va a hacer. Mis hijos varones se han convertido en serpientes, mejor para ellos, me parece; mi hija se casó con una especie de idiota que se tiene creído que dirige una fábrica en Kursk. Todos encontrarán la manera de repudiarme, si es que no lo han hecho ya. Estoy seguro de que firmarán cualquier documento que les pongan por delante. Mi mujer, aunque...

—Debería pedir ayuda a los amigos —insinuó Szara.

—Amigos. —El viejo hizo una mueca.

Las planchas de acero del *Kolstroi* crujían cuando el barco era empujado a excesiva altura para luego caer pesadamente en el seno de la ola, esparciendo por los aires la enorme explosión de blanca espuma.

—Jódete también —dijo Kuscinas al Báltico.

Szara permaneció quieto contra la pared de hierro y cerró los ojos por un momento.

—Usted no va rendirse, ¿verdad? —preguntó Kuscinas.

—No —contestó Szara, y tiró el cigarrillo al agua—. Soy marinero.

—¿Lo van a detener?

—Quizá. Pero no lo creo.

—Entonces es que tiene los amigos adecuados.

Szara asintió con la cabeza.

—Suerte. O quién sabe —dijo Kuscinas—. Cuando llegue a Moscú, tal vez sus amigos no sean los adecuados. En estos días nunca se sabe. —Se quedó un rato en silencio, recordando algo de su vida—. Supongo que usted es como yo. Uno de los leales, de esos que llevan a cabo lo que hay que hacer y no quieren saber por qué lo hacen. Disciplina sobre todo. —Hizo un movimiento de pesar con la cabeza—. Y al final, cuando nos llega la hora, y algún otro está llevando a cabo lo que tiene que hacer, alguno que no quiere saber por qué lo hace, ejecutor disciplinado, entonces, todo lo que se nos ocurre es *Za chto?* —¿por qué?, ¿para qué? —Kuscinas se echó a reír—. Simples preguntas para salir del paso —añadió—. Por lo que a mí se refiere, no pienso preguntar nada.

Aquella noche, Szara no pudo dormir. Permaneció en su litera, fumando, mientras que el hombre de la de enfrente se pasó toda la noche murmurando en sueños. Szara conocía la historia de aquella pregunta, *Za chto?* Se rumoreaba que quien primero la hizo fue el viejo bolchevique Yacov Lifschutz, ayudante de comisario del pueblo. Fueron sus últimas palabras. Szara lo recordaba, un hombre pequeño, de cejas hirsutas, perilla obligada y ojos centelleantes. Cuando se arrastraba por el alicatado pasillo de la Lubyanka —llegaban hasta allí, pero nadie alcanzaba el final del pasillo— se volvió un momento hacia su verdugo, un funcionario a quien conocía desde la niñez, le preguntó: «*Za chto?*».

Durante la purga, la pregunta se extendió por todas parte. Se escribía en las paredes de los calabozos, se grababa en los bancos de madera de los vagones Stolupin que se llevaban a los prisioneros, se arañaba con un punzón en los tablones de los campamentos de tránsito. Casi siempre eran las primeras palabras que los policías oían del hombre o de la mujer que iban a detener de noche, y, de nuevo, las primeras palabras que el hombre o la mujer decía cuando entraba en el calabozo abarrotado de gente. «Pero ¿por qué? ¿Por qué?».

Todos somos por el estilo, pensó Szara. No ofrecemos excusas o coartadas, no luchamos contra la Policía, no buscamos compasión. Ni siquiera nos quejamos. Somos la gente que nos llamamos «muertos de vacaciones» a nosotros mismos; siempre estuvimos a la espera de la parca, durante la revolución, en la guerra civil. Todo lo que preguntamos —tan racionales

somos— es el sentido que tiene, su significado. Luego nos iremos. Pero ahora sólo queremos una explicación. ¿Es demasiado preguntar?

Sí.

El salvajismo de la purga —Szara lo conocía— les dio toda la razón para creer que había una razón, que tenía que haberla. Cuando se llevaron a determinado agente del NKVD, la esposa lloró. Entonces fue acusada de resistirse al arresto. Tales acciones, corrientes, cotidianas, implicaban un esquema, un plan preconcebido. Sólo querían que les dejaran penetrar su significado y, por supuesto, sus propias muertes habían comprado el derecho a una respuesta; una vez escuchada, dejarían que ocurriera lo demás. ¿Qué significaba una gota de sangre derramada en el suelo para aquellos que la habían visto como ríos desbordados por las calles polvorientas de la nación? La única ofensa era la ignorancia, algo que nunca toleraron, que no podían tolerar ahora.

Hubo un momento en que el culto del *Za chto?* empezó a desarrollar una teoría. En especial a partir de los sucesos de junio de 1937, cuando la única alternativa al poder del dictador quedó hecha trizas. En aquel junio le tocó el turno al Ejército Rojo, y cuando la humareda se disipó, que vio que lo habían decapitado, aunque seguía desfilando. El mariscal Tujachevsky, reconocido como el soldado más grande de Rusia, fue acompañado en su desaparición por dos de los cuatro mariscales que quedaban, catorce de los dieciséis comandantes en jefe, ocho de los ocho almirantes, y así hacia abajo uno tras otro. Todos los once vicecomisarios de Defensa, sesenta y cinco de los ochenta miembros del Soviet Supremo Militar. Todo esto tenía una razón para ellos; los fusilamientos, los helados campos rodeados de minas, un ejército virtualmente derrotado por su propio país... sólo podía obedecer a una intención: Stalin buscaba de esa forma la desaparición de cualquier oposición en potencia a su poder personal. Era el método del tirano: primero elimina a los enemigos, después, a los amigos. Se trataba de un ejercicio de consolidación. A gran escala. Últimamente, las víctimas se contaban por millones. ¿Pero acaso no era Rusia una nación a gran escala?

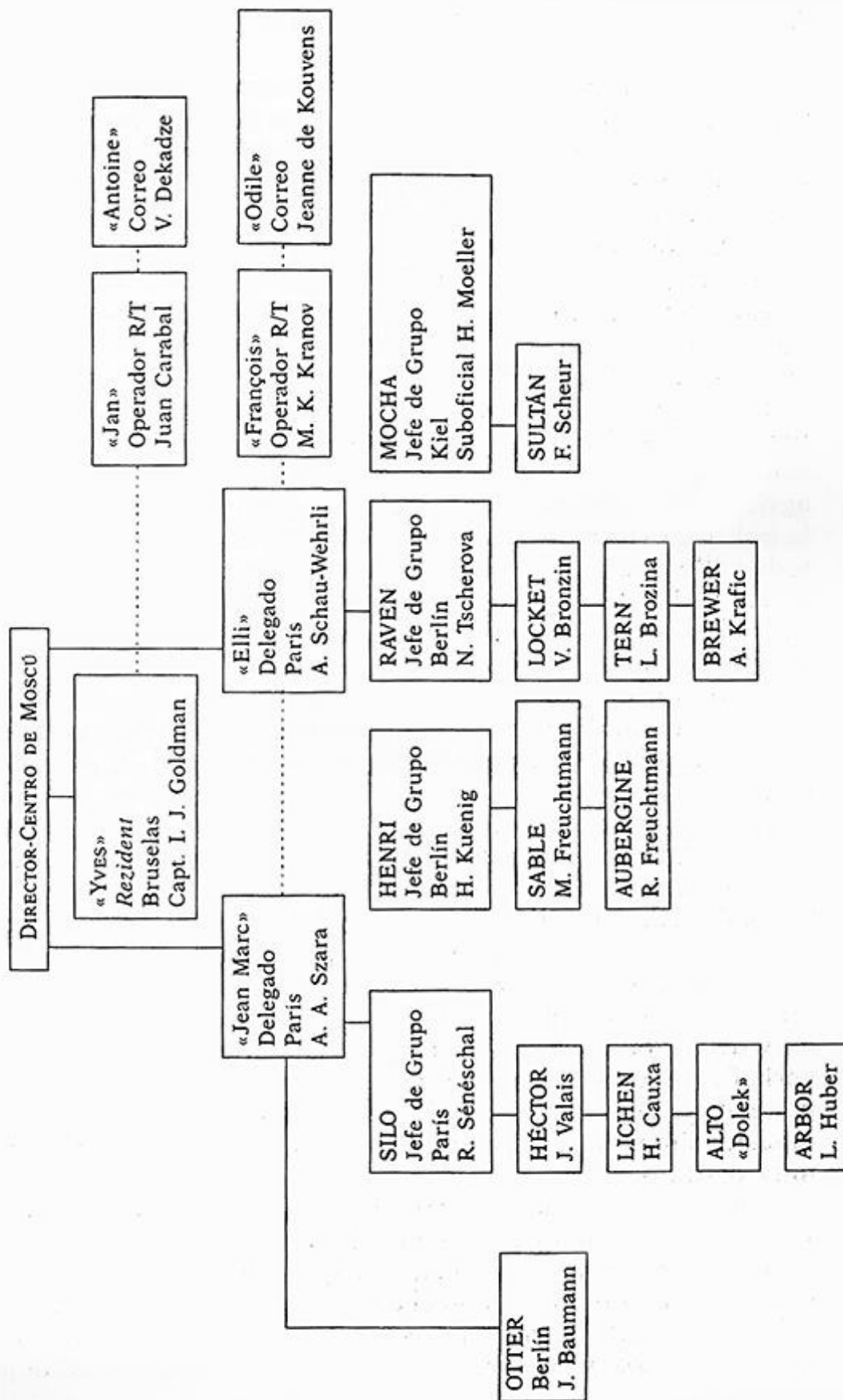
¿Qué era Rusia, sino un lugar donde uno podía decir que, desde siempre, los tiempos y los hombres son perniciosos, y por eso sufrimos? Esto, para algunos, acababa con el tema. Los viejos bolcheviques, los chequistas, los cuerpos de oficiales del Ejército Rojo..., todos *fueron* la revolución, pero había llegado el momento de sacrificarlos para que el Gran Líder pudiera permanecer sin sombra de amenaza en el lugar supremo. La espina dorsal de Rusia estaba rota, su espíritu exangüe; pero, al menos, casi todos tenían ya su

respuesta y pudieron seguir con el trivial asunto de las ejecuciones: las aceptaban y las entendían. Un gesto final en beneficio del Partido.

Pero estaban equivocados; aquello no era tan sencillo.

Algunos entendieron que no muchos, sólo unos pocos, y pronto los suficientes, morirían y, con el tiempo, también sus verdugos, y, después, los verdugos de los verdugos.

Red OPAL — 1938 — Bruselas/París/Berlín



Al día siguiente, Szara no vio a Kuscinas. Luego, cuando el *Kolstroi* navegaba por el golfo de Finlandia y el primer hielo del invierno rozó el casco del buque y las luces de la fortaleza de Kronstadt brillaron en la oscuridad, los hombres de Seguridad y los marineros empezaron una búsqueda frenética, peinaron el barco, pero Kuscinas se había ido, y no pudieron encontrarlo.

—¡Eh, André Aronovich! ¡Por aquí!

La imperiosa voz femenina le llegó por encima del murmullo de la gente. Había una verdadera multitud apiñada en la sala de estar de aquel apartamento del distrito Mochovaya. Szara buscó con la mirada a través de la humareda y vio una mano que se movía en alto.

—Perdón —fue diciendo—. Lo siento. Perdona.

Prefirió dar un rodeo; evitó los grupos, y esquivó los peligrosos codos de los que luchaban por abrirse paso hasta el bufé, para acercarse a la mano y a la voz. Moscú sufría la escasez de casi todo, pero allí había «Servuga» negro, cordero asado, *pirozji*, guisantes salteados, montones de *blini* caliente y bandejas de salmón ahumado. El resto era desesperante: la sala rebosaba de *apparatchiks*, mandarines de la agricultura y del plan de carreteras, de la construcción y de la política extranjera, así como de los Servicios de Seguridad, todos ellos tratando de obtener alimentos para la semana siguiente. Más de un bolsillo estaba atiborrado de carne, de pescado ahumado, incluso de mantequilla..., en fin, de todo cuanto estaba al alcance.

Hubo un instante en que Szara pudo entrever un rostro vagamente familiar detrás del hombro de un oficial de la Armada, pero luego desapareció entre la multitud. Una mujer mundana, con poco maquillaje, un peinado sencillo aunque elegante y largos pendientes de plata en las orejas. Trataba de recordar quién era ella cuando, de pronto, se la encontró delante: Renate Braun, curiosamente transformada, con una blusa de seda color lima y la recatada sonrisa que suele verse en los cócteles de las películas británicas.

—¡Cielos, cuánta gente! —exclamó ella mientras rozaba su mejilla con la de él, como si fuera una amiga a quien veía muy de vez en cuando. La última ocasión que Szara tuvo de verla fue en una casa de putas de Ostende, ella

rebanaba con una navaja de afeitar los dobladillos de los pantalones de un muerto; sin embargo, en aquella sala presentaba una imagen muy distinta.

—Tienes que conocer a Mr. Herbert Hull —dijo ella efusiva hablando alemán con acento inglés.

Entonces Szara se dio cuenta de que Renate intentaba acercarse a un hombre alto, con el cabello color de arena, tez curtida por la intemperie y cejas tupidas. Debía de rondar los cincuenta años, y su postura, descuidada y relajada, no dejaba lugar a dudas de su origen norteamericano. Fumaba, con evidente torpeza, un cigarrillo *majorka* mal liado, y, según le pareció a Szara, intentaba adaptarse al ambiente que lo rodeaba.

—Herb Hull —se presentó.

Había una gran fuerza en la mano que estrechó la de Szara mientras buscaba algo en sus ojos al saludarle.

—Herb tenía muchas ganas de conocerte —dijo Renate Braun.

—Todos sabemos de André Szara —corroboró Hull—. Admiró mucho su obra, Mr. Szara.

—Oh, pero llámalo André.

—Sí, por favor.

El inglés de Szara era cuando menos titubeante. Temía que sonara horrible, confuso e importuno en algún momento, una impresión que los eslavos suelen tener cuando hablan en inglés. De momento, ya observó la odiosa sonrisa comprensiva en el rostro del estadounidense.

—Herb es editor de una nueva revista de Estados Unidos. Un proyecto muy importante. Seguro que habrás oído hablar de él, de cuando estaba en la *Nation* y en la *New Republic*.

—Ah, sí. —Szara había oído los nombre, y pidió a Dios que no le preguntara sobre algún artículo en especial. Amplió su sonrisa—. Por supuesto, muy importantes. —Observó la mirada de alarma de Renate Braun, pero no se arredró—. ¿Le gusta Rusia?

—Nunca paso dos días seguidos en un mismo sitio; las cosas van mal, pero hay una fortaleza en la gente que resulta irresistible.

—*Ach*. —Gesto horrorizado de Renate Braun—. Nos conoce demasiado bien.

Hull sonrió y se encogió de hombros.

—Trato de aprender, aunque me cueste. Es lo que necesitamos. Conocer las cosas de primera mano, una búsqueda de la verdadera Rusia.

—Estoy segura que André puede ser de gran ayuda para ti en eso, Herb. Sin la menor duda.

—¿Sí? —quiso saber Szara.

—¿Por qué no? —Las cejas de Hull se enarcaron—. Después de todo, yo soy editor y tú, escritor. En una revista nueva..., bien, un escritor ruso que hable de la Unión Soviética supondría un cambio, un cambio para mejorar. Yo me inclino por creerlo así, ¿no?

—Ah, pero mi inglés...

—Eso no es problema, André. Nos encantaría hacer la traducción o podríamos hacerla aquí. No sería perfecta, pero te garantizo que se conservaría el sentido de todo.

—Me siento muy honrado —contestó Szara.

Y fue sincero cuando lo dijo. La idea de aparecer en una publicación respetable ante una audiencia americana distinta a la habitual chusma del *Daily Worker* resultaba inmensamente halagadora. Ilya Ehrenburg, el corresponsal número uno de *Pravda*, ya lo había hecho cubriendo la Guerra Civil española, con tanto éxito que Szara había tenido que limitarse a otras partes de Europa.

Hull dejó que la oferta produjera su efecto, luego continuó.

—Renate dice que estás trabajando en una obra histórica que quizá sirviese para lo que queremos. No te voy a engañar, buscamos algo que nos gane la atención que necesitamos. Y pagaremos bien. No será Hollywood, claro, pero creo que podrás comprobar que somos competitivos en el mercado de Nueva York.

Renate Braun pareció muy excitada por aquella posibilidad.

—Hasta hemos discutido un título, André Aronovich.

Szara se la quedó mirando fijamente. ¿De qué estaba hablando?

—Sólo discutido —intervino Hull. Sabía lo que ciertas miradas significaban en el rostro de un escritor—. Un título de trabajo, eso es todo, pero permíteme que te diga qué atrajo mi atención.

—¿El título?

—Debe ser emocionante —dijo Renate—. Ha de tener... —Miró a Hull en busca de la palabra.

—¿Intriga?

—Sí. Eso es: ¡intriga! Una historia del pasado revolucionario de Rusia, su historia secreta. No estamos muy seguros de lo que haces, como los escritores os encerráis a cal y canto en vuestras ideas, pero pensamos que quizás algo por el estilo de «El misterioso hombre de la Ojrana». —Se volvió de nuevo a Hull—. ¿Sí? ¿Está bien expresado en inglés?

—Sí, por supuesto. Yo diría que es bastante bueno para una portada.

Szara repitió el título en ruso. Renate Braun hizo un movimiento enérgico con la cabeza.

—Tu inglés es mejor de lo que crees, André Aronovich.

—Claro que sí —dijo Hull en su apoyo—. Puedes usar un seudónimo si quieres. No ignoro lo fácil que es meterse en líos en estos tiempos. Aunque preferiríamos usar tu nombre, por supuesto, pero protegeremos tu identidad si con eso té sientes más cómodo.

Szara se limitó a mirarlo intrigado. ¿Cuánto sabía él?, ¿tenía idea de lo que le ocurría a la gente que se dedicaba a esos juegos?, ¿era valiente?, ¿estúpido?, ¿o ambas cosas?

—Bueno, André, ¿lo pensarás? —preguntó Hull; había interés en su mirada, con la cabeza inclinada, mientras calibraba su reacción.

—¿Y qué tiene que pensar? —dijo Renate—. ¡Una oportunidad así!

Szara estuvo paseando aquella noche durante mucho rato. Su minúsculo apartamento en la avenida Volnitzky no se hallaba lejos de la casa donde se había celebrado la fiesta, así que rodeó el centro de la ciudad y cruzó el río helado, una figura solitaria de cuero, con gorro y abrigo de piel. Caminaba cauteloso, por si aparecían las *bezprizomiye*, bandas de niños, huérfanos tras la purga, que atacaban a los paseantes solitarios para robarles el dinero y la ropa —era fácil morir de congelación si la cabeza quedaba desprotegida— pero hacía demasiado frío para que salieran de caza.

Más tarde o más temprano, las piezas encajan en su sitio, pensó, con más frecuencia de lo que se cree. La larga peripecia de Praga y Berlín adquiriría sentido. Le estaban dando tiempo para que conservara el expediente, con la idea de que su curiosa nariz de escritor husmearía en el asunto. Visto desde fuera, un famoso periodista había olfateado una fenomenal historia que, algo normal en esos casos, querría contar al mundo. Por eso lo habían protegido cuando los agentes del *jvost* georgiano lo sacaron del tren, y luego lo dejaron en libertad, para que trabajara.

Y ahora le pedían, como si tal cosa, que se suicidara.

¿Era pedirle demasiado? ¿Que sacrificara una sola vida, la suya, para que pudieran salvarse cientos, quizá miles, de vidas? Todo lo que tenía que hacer era practicar su oficio habitual. ¿Quién sería el misterioso hombre de la Ojrana? Veamos, conocemos unos cuantos detalles insignificantes: A, B, C y D. Un enigma nuevo y llamativo de la enigmática Rusia. Quizás, algún día,

conozcamos su identidad real. Atentamente suyo, André Szara. (Por favor, no envíen flores).

O también, oh sí, el seudónimo. *Boris Ivanov* ha servido en el Cuerpo Diplomático soviético. Con eso, seguramente el NKVD perdería el rastro. Durante un mes. Tal vez un año. Nunca por más tiempo.

Aun así, era evidente que daba a conocer un punto de vista:

Sabemos lo que hiciste y podemos probarlo, deja de matarnos o terminaremos contigo. Extorsión. Pura política pasada de moda. Tan antigua como el tiempo.

Admiró el plan, aunque sintió algo más que un ligero desasosiego por su capacidad, en apariencia sin límites, para engañarse a sí mismo. Algunas cosas tenían ya sentido. En el tren a Praga, el general Bloch le había dicho con toda exactitud aunque de forma indirecta, lo que tenía pensado para él. Szara, que no había sabido interpretarlo, por supuesto, tomó una delicada información en clave por una especie de filosofía pomposa, por una homilía.

Hizo un esfuerzo para recordarlas, y se repitió las palabras del general: «Algunos hombres, en tales circunstancias, pueden tener poco apego a sus vidas. Una oportunidad surge ante esos hombres. Y entonces nos encontramos ante un héroe». En la calle desierta, cubierta de hielo gris, Szara soltó una carcajada. Bloch había dicho algo sobre la actitud de Szara con respecto a sí mismo y había observado, con suficiente habilidad, que no tenía esposa ni hijos. ¿Qué más? Ah, sí. «Ser escritor requiere trabajo y sacrificio, seguir cualquier camino sin importar adonde lleve».

Sí. Bueno. Ya sabía dónde llevaba. Igual que sabía en 1917, cuando tenía veinte años, lo que importaba la muerte. Desde el principio, en el parque de Ostende, Szara supo cuál era su destino. Se había desviado de él una o dos veces, pero volvía a aparecer ante él, y ahí estaba de nuevo. El Szara que Bloch vio en el tren era, como sus hermanos revolucionarios, un muerto de vacaciones, unas vacaciones que llegaban a su inevitable término, como todas las vacaciones.

De pronto, los muros de su ironía se desplomaron y una verdadera angustia atenazó su corazón. Se detuvo preso del frío, con el semblante contraído por el dolor y la rabia; un sollozo ascendió hasta su garganta y tuvo que morderse los labios para no gritar la terrible pregunta, a Dios y a las calles de Moscú:

¿Por qué ahora?

Porque *ahora* todo era diferente. Bloch había conocido a una determinada clase de hombre en el tren de Praga, pero *ahora* él no era ese hombre, sino el

tipo de hombre que hunde su rostro en la piel de una mujer para absorber tales fragancias que termina por llorar de gozo. El hombre que gira como una débil peonza entre la ternura y el deseo desordenado, que se despierta ardiendo cada mañana, que durante horas piensa sólo en lo mismo, ¡y con qué nitidez lo piensa!

Recuperó el dominio de sí mismo, respiró profundamente y dejó de caminar. El muro interior no debía resquebrajarse, ni por dentro ni por fuera. Lo necesitaba para poder sobrevivir.

Advirtió que la helada le había dejado insensible el rostro y se apresuró a regresar a casa. Después se enjuagó la boca con té muy caliente, y, sin quitarse el abrigo y el gorro de piel, se sentó a la mesa que su mujer, sólo unos meses antes de morir, insistió en poner junto a la ventana de la cocina. Había sido una bella mesa de madera de cerezo, absurdamente decorada, de pesadas patas torneadas. Como era lógico se había estropeado de tenerla en la cocina. Pero en ese momento le sirvió para contemplar el pálido amanecer sobre las chimeneas de Moscú, con sus tenues e inmóviles penachos de humo suspendidos en un aire inanimado y frío.

El interrogatorio de Szara —una forma empleada para conseguir datos de los que colaboraban con los Servicios Especiales— estuvo a cargo de Abramov, su agente «amigo» en Moscú. No por eso dejó de ser un interrogatorio. El hecho de que un amigo lo supervisara hacía que resultara más difícil, tal como el *apparat* pretendía, y no al contrario, porque el sistema convertía a los amigos en rehenes de su honestidad. Si se mentía, y el amigo se lo creía, y «ellos» descubrían la mentira, el informador y el amigo que lo interrogaban estaban perdidos: ambos eran conspiradores. Quizás al primero le importara salvar su miserable vida, pero quizá lo pensara dos veces antes de traicionar a un amigo.

Szara mintió.

Sergei Abramov estaba próximo a las alturas del Departamento Extranjero del NKVD, confidente de los endiosados Shpigelglas y Sloutsky, si no igual a ellos. Entraba en el departamento de Szara todos los días, a las once, con bocadillos de huevo envueltos en papel de periódico, una bolsita de té, vodka en ocasiones y, de vez en cuando, pastelitos de almendras con una fina capa de miel que obligaban a Szara a chuparse los dedos mientras contestaba las

preguntas. Era un tipo grueso, corpulento a pesar de su volumen; enfundado en un traje azul muy usado, la chaqueta abotonada sobre el estómago encima de un chaleco con la cadena de un reloj de oro cruzada de bolsillo a bolsillo. Ojos despiertos captadores de la luz, nariz rota, sombrero flexible que nunca se quitaba y una espesa barba negra que le daba un cierto aire de barítono de ópera, de un artista habituado a hacer las cosas a su manera y capaz de crear problemas cuando no era así. Se sentaba en una silla de la cocina, con las piernas separadas, ponía un cigarrillo entre los labios, lo encendía con un fósforo de madera largo, entornaba los párpados mientras escuchaba, y daba la impresión de que estaba a punto de dormirse. A menudo hacía un pequeño ruido, un gruñido que podía significar muchas cosas: simpatía —*qué mal lo has debido de pasar*— o incredulidad, tal vez de asentimiento con lo que oía, quizás el gruñido de un hombre casi siempre escéptico. De hecho, aquello era una estratagema que no quería decir nada, y Szara lo sabía.

Abramov hablaba en un tono bajo y ronco, con una voz llena de la pesadumbre causada por una humanidad compuesta por embusteros y pícaros. Cuando hacía una pregunta, la tristeza invadía su semblante. Como un maestro que sabe de antemano que sus incorregibles alumnos darán sólo respuestas equivocadas, Abramov era un interrogador de personas que nunca decían la verdad. El método resultaba ingenioso. Szara lo entendía y lo admiraba, pero no por eso se libraba de su poderoso influjo: se sentía obligado a complacerlo, y hacía lo posible para dar visos de verosimilitud a cuanto le decía, y conseguir así que la visión amarga que Abramov tenía del mundo desapareciera ante su idealismo renacido.

Alertado por el peligroso señuelo de Abramov —su habilidad para estimular la esencial necesidad del ser humano de agradar—, Szara dispuso sus defensas con sumo cuidado. Para comenzar, resistencia. Después, una estrategia de sumisión, y ceder en todo excepto en lo importante: Marta Haecht y todas las pistas que llevaran a ella. De acuerdo con esto, la descripción que hizo de la cena en la villa Baumann estuvo cargada de detalles, pero faltó un personaje en el reparto. Cuando visitó la fábrica de cables, le presentaron al ingeniero jefe, de nombre Haecht, el hombre que podría ser el dueño nominal de la empresa. Un técnico, dijo Szara, con el que ellos no colaborarían. Abramov gruñó ante esa observación pero no dijo nada.

Dejó a Bloch y a Renate Braun para el segundo escenario de las confesiones, y limitó la parte inicial del interrogatorio a la crónica de los obreros portuarios de Amberes, un viaje sin incidentes notables a Praga, la situación de la ciudad, y el rechazo de su crónica acerca del potencial

abandono de Checoslovaquia. Informó con todo detalle de las revelaciones de Baumann sobre la fabricación de cable de estampación, lo que le mereció la recompensa de una serie de gruñidos de aprobación. Después debió relatar por segunda vez ese aspecto de su historia; la comprobación de Abramov era astuta, ingeniosa, un contraste sucesivo de espejos que pondrían de relieve todos los posibles enfoques de su exposición. En cuanto a Jelidze, Szara dio cuenta de las conversaciones que mantuvo con él a bordo del *Nicaea*, pero omitió lo ocurrido más tarde en Ostende.

Hasta el lunes de la segunda semana, Abramov no empezó a mostrar síntomas de desasosiego. Los interrogatorios habían descubierto siempre algo nuevo, aunque sólo fuera una insignificante orgía con un *animateur* de cabaret. ¡Pero bueno!, ¿qué ocurría?, ¿acaso había encontrado por fin a un verdadero santo? Szara se derrumbó y dio a entender que necesitaba decir cosas de las que no podía hablar en un apartamento de Moscú. Abramov asintió con la cabeza, como el médico apesadumbrado que se ha enfrentado con el temido diagnóstico, y se puso un dedo índice en los labios.

—Hoy has actuado muy bien, André Aronovich —dijo en beneficio de la audiencia—. Vayamos al «Metropol» para un cambio de escenario.

Sin embargo, cuando pisaron la crujiente nieve recién caída en el Serenísimo Kusnetzki, pasaron de largo por delante del hotel «Metropol» y su popular cafetería —llena de agentes del *apparat*—, y, en su lugar, entraron en un mugriento tabuco de una calle lateral. Abramov pidió *viesni* —unas cremas batidas— que les sirvieron en unas toscas tazas grises de café pero rebosantes de nata fresca.

Szara contó el segundo acto: el cadáver en el hotel, el resguardo, la maleta, el general Bloch, el expediente y el editor de la revista norteamericana. Abramov meditó con evidente malestar. Cada palabra de Szara lo involucraba más en el asunto, y se daba cuenta de lo que eso significaba. Su rostro comenzó a crisparse de dolor, los gruñidos alentadores se convirtieron en exclamaciones de horror. Pidió más *viesni*, juró en *yiddish*, tamborileó con sus gruesos dedos en la mesa, y, cuando Szara terminó de soltar todo, suspiró.

—André Aronovich, ¿qué has hecho?

Szara realizó un gesto de impotencia. ¿Cómo iba a sospechar que las instrucciones no le llegaban de Abramov o de alguno de sus colegas? El segundo grupo basó su plan precisamente en esa suposición suya.

—Te absuelvo —dijo Abramov con voz ronca—. Pero soy el menor de tus problemas. Dudo que los georgianos te disparen en Moscú, pero sería

prudente que tuvieras cuidado con lo que comes aquí, y que te mantengas alejado de las ventanas en los pisos altos. Entre nosotros es cosa sabida: cualquiera puede cometer un asesinato, pero un suicidio requiere un artista. Y ellos los tienen. Sin embargo, el hecho de que te hayan dejado en paz durante tanto tiempo significa que traman algo. Eso también saben hacerlo muy bien. Al fin y al cabo, estamos hablando de nuestros sicilianos, de nuestros meridionales, y sus odios de familia terminan siempre igual. Todo hace pensar que tienen su propio plan para el expediente de la Ojrana, y que no han informado al Gran Líder ni a sus sapos oficiales; por eso sigues vivo. Claro que si publicas ese artículo...

—¿Qué debo hacer entonces?

Abramov emitió un gruñido prolongado.

—¿Nada? —insistió Szara.

Abramov reflexionó un momento y rebanó con la cuchara el último *viesni* de su taza de café.

—Este asunto del *jvost* es un poco más complicado de lo que parece a primera vista. Sí, las cosas *han* sucedido, pero... Ejemplo: hace dos años, en el juicio contra Lev Rosenfeld y Grigory Radomilsky —«Kamenev» y «Zinoviev»— el fiscal Vyshinsky, en sus conclusiones a los jueces, dijo una cosa extraña, algo que caló hondo en las mentes. Los llamó «hombres sin patria». Vyshinsky pretende que quiso decir que, como troskistas, habían traicionado a su país. Pero nosotros habíamos oído ya esa clase de cosas, y sabemos lo que significan, tal como se dicen con toda libertad en Alemania, con menos claridad en Polonia y se han venido repitiendo en todas partes durante mucho tiempo. Pero si la gente se traga la explicación de Vyshinsky, porque hay personas para todo, consideremos el caso del diplomático Rosengolts. Jugaron con él como el gato con el ratón; lo despojaron de todos sus cargos oficiales y permitieron que se cociera en su salsa durante muchas semanas. Él sabía con seguridad lo que le esperaba, pero el *apparat* dejó que la situación se pudriera para que cada día le pareciera de cien horas. Todo esto fue mucho más duro para su esposa, una persona alegre, sencilla, sin estudios, oriunda de algún lugar del Límite. Durante aquellos meses, la espera fue minándola, y cuando el NKVD detuvo a Rosengolts, porque al final resolvieron arrestarlo, descubrieron que ella había puesto por escrito un sortilegio contra el infortunio, los salmos sesenta y ocho y noventa y uno, ocultos dentro de un trozo de pan duro, que había envuelto en una tela y después cosido dentro del bolsillo de su marido.

»En el juicio, Vyshinsky se burló mucho de ese patético pedazo de papel. Leyó los salmos, como aquél de “Y Él te librá de lazo del cazador; de la peste destructora. Con Sus plumas te cubrirá, y debajo de Sus alas estarás seguro: Escudo y adarga es Su verdad. No tendrás temor de espanto nocturno, ni de saeta que vuele de día”. Ya ves lo que había hecho. Vyshinsky se refirió a estas palabras en tono de salvaje desprecio, y luego preguntó a Rosengolts cómo había llegado el papel a su bolsillo. El desgraciado admitió que su esposa lo había puesto allí, diciéndole que era para darle buena suerte. Vyshinsky lo presionó en ese punto, e insistió una y otra vez, en la “buena suerte”, hasta que los espectadores de la sala empezaron a reír, entonces Vyshinsky se volvió para mirarlos y les hizo un guiño.

»Muy bien, dirías tú, el caso está claro. La purga es, en realidad, un pogrom. Pero ¿lo es? ¿Puedes asegurarlo? Quizá no. La Sección de Asuntos Extraordinarios es dirigida por I. I. Shapiro; por tanto, si la purga va contra los judíos, a menudo, está guiada por judíos. Y ahora vamos a ver la gente que te ha involucrado en su trama. El general Bloch es judío, seguro, aunque tengo que señalar que está en el Servicio de Inteligencia del Ejército, el GRU, y no en el NKVD, un dato que debes tener en cuenta. Renate Braun es alemana, quizá de una de las muchas sectas protestantes, y no tiene nada que ver con el NKVD. Es una *spez*, una especialista extranjera, empleada en la “Meshdunarodnaja Kniga”, la Editora del Estado, y trabaja en la publicación de los textos alemanes que se introducen de contrabando en Alemania. Eso la relaciona claramente con el Comintern.

»Lo que quiero decir es esto: pienso que los Servicios Secretos son como un océano; que las corrientes que se mueven en ellos van en una dirección unas y otras en la contraria; a veces son convergentes, a veces divergen. ¿Acaso es esto algo nuevo? No hay nada nuevo. Lo mismo ocurriría en la “U. S. Steel” o en la Compañía de Teléfonos del Reino Unido. En el trabajo hay rivalidades, alianzas y traiciones. Por desgracia, cuando un *apparat* de espionaje se dedica a jugar a estas cosas, cuentan con herramientas tan afiladas y con una experiencia tan extensa y contrastada, que el nivel del juego puede ser tremendo. A un periodista, a un ciudadano normal, se lo comerían vivo. ¿Ante qué nos encontramos? ¿Ante una batalla política entre intereses nacionales? ¿O ante un pogrom? Porque no es lo mismo.

»Para que sea un pogrom, resulta demasiado silencioso. Claro que Stalin no puede permitirse, a nivel político, enajenar la simpatía de los judíos del Mundo, porque tenemos muchos amigos entre ellos. Ya conoces la tan manida frase de *se unen a nuestra ideología*. Y ahora, con la aparición de un

monstruo odioso en Alemania, están locos por entrar en acción, cualquier acción que vaya contra el fascismo. Esto es, ¿entiendes?, una circunstancia útil para la gente de mi oficio. Podemos pedir favores. ¿Sería capaz Stalin de llevar a cabo un pogrom secreto? Sí. Y con el clima político que hay ahora, tendría que hacerlo de la manera que está ocurriendo. Por lo tanto, no es fácil descartarlo.

»Pero pasemos de ti. Metido en una operación de la que no puedes salir vivo, voy a creerte que deseabas llevarla a cabo. Pareces diferente, si me permites decirlo. Cambiado. Ya no eres el cínico hijo de puta que conocí en los últimos años. ¿Por qué? De acuerdo, anduviste muy cerca, el turco Ismailov casi acaba contigo. ¿Es por eso?, ¿porque viste el rostro de la muerte eres un hombre nuevo? Quizás, André Aronovich, pero no resulta nada corriente ese rostro, algunas veces por una enfermedad muy grave, cuando el hombre puede pedir algo a su Dios, pero casi nunca en este tipo de asuntos. A pesar de todo, ha sucedido. Soy tu amigo. No me preguntes por qué. Y digo, ¿qué se puede hacer por el pobre André Aronovich?

»Ahora, lo normal sería que pusiéramos a Baumann en manos de uno de nuestros agentes en Alemania; se puede hacer de mil maneras, incluso con las actuales restricciones para los judíos: tiene un asunto amoroso, visita al dentista, va a *shul*, pasea por el campo y encuentra a alguien, o en una visita a la tumba de su padre. Créeme, lo arreglaríamos.

»Pero, por otro lado, pudiera ser que Baumann fuera asustadizo, nervioso, que no estuviera comprometido de verdad, lo cual, a su vez, implica un cuidado especial en la elección de nuestro agente. ¿Cuáles son, de hecho, las motivaciones de Baumann? Yo puedo insistir sin cesar en esa pregunta. ¿Qué busca?, ¿luchar contra Hitler?, ¿ayudar a la clase obrera?, ¿hacerse rico? Decimos que los espías trabajan por *dice*: *d* por dinero, *i* por ideología, *c* por coacción, *e* por egolatría. ¿Cuál es la letra de Baumann?, ¿o debemos preguntarnos si hay una quinta letra?

»Que alguien me demuestre que no es un juguete en manos de la Abwehr, o peor, del Referat VI C de la *Reichssicherheitshauptamt*, la Oficina Principal de Seguridad a cargo del insufrible gilipollas de Heydrich. El Referat VI C es el contraespionaje de la Gestapo, tanto dentro como fuera de Alemania, el pequeño departamento de Walter Schellenberg, y Schellenberg es muy capaz de haber puesto esa clase de trampa: tiene bien cogida una punta del hilo para ir tirando poco a poco de él, sin que nadie se dé cuenta, hasta tener toda la red hecha un ovillo en su mano. Serían años de trabajo perdidos. Y en Moscú, carreras arruinadas. Por eso no me fío. Mi puesto

depende de eso. Probablemente diré que no se puede esperar de Szara que sepa si esto es algo bueno o si se trata de una trampa que la RSHA nos tiende. ¿Qué es lo que sabemos? Que un tercer secretario encontró que le habían puesto un papel en el bolsillo del abrigo, el cual había dejado en el guardarropa del teatro de la ópera mientras aguantaba tres horas de Wagner. Que un periodista fue invitado a cenar, escuchó una propuesta y luego vio un trozo de cable. ¿Qué es eso? Nada. Nosotros, los rusos, siempre nos hemos apoyado en *l'agent provocateur*, la historia de nuestro espionaje está plagada de ellos, y la Cheka aprendió el truco de la Ojrana en sus propias carnes. Azeff, Malinowsky, hasta quién sabe quién. Por eso es natural que lo temamos más que a ninguna otra cosa, porque sabemos cómo funciona, lo bien que cosquillea nuestra gran debilidad, la de los agentes, que, como los amantes, tienen la necesidad de creer.

»¿Cuál es la respuesta? ¿Qué hacer? ¡Abramov es brillante! *Dejemos que Szara lleve a cabo el trabajo*, dice. Hagámoslo un verdadero *nasch*, todo nuestro. Hasta ahora era un periodista que realizaba su labor patriótica y, de vez en cuando, efectuaba algún trabajo especial para nosotros; que sea uno de los nuestros desde ahora y que, de tanto en tanto, escriba algo. Kolt'sev, el editor de *Pravda* —siento decírtelo, André Aronovich— está acabado, y en cuanto a Nezhenko, el editor de la sección extranjera, no es ningún problema. Engancharemos a Szara en una de nuestras redes de la Europa occidental y le dejaremos que juegue a maestro de espías.

Abramov se echó hacia atrás en su silla, se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió con un fósforo de madera largo.

—¿Quieres decir que no podrían encontrarme en Europa?

—Te encontrarían en el *infierno*. No, no es eso lo que quiero decir. *Nosotros* nos convertiremos en tu protección, no este *jvost* o aquél sino el mismo NKVD. Se decidirá tu situación y se dará a conocer en los sitios adecuados. Veo a Dershani todos los días, su despacho está debajo del mío; los dos somos ciudadanos de la Unión Soviética, trabajamos en el mismo oficio y no nos torpedeamos entre nosotros. Le dejaré caer como sin querer que estás haciendo un trabajo importante para nosotros. Así te dejará en paz. Esto es una promesa implícita que te hago. Por cierto, vas a ser un buen chico y no te vas a meter en conspiraciones y travesuras. ¿Entendido?

Lo entendió. De pronto se encontraba en el umbral de una nueva vida. Una en la que tendría que obedecer órdenes, cambiar la libertad por la supervivencia, con hábitos por completo diferentes. Sí, él había visto esa vía de escape después de recibir la información de Baumann, y la idea le había

satisfecho. Pero la realidad era amarga, y Abramov se rió de su expresión de disgusto.

—Esto es una tela de araña en la que tú mismo te has metido, amigo mío; no maldigas a la araña.

—¿Y voy a escribir para la revista norteamericana?

—¿Después de que yo te haya protegido? Vaya, eso se llama gratitud, ¿no te parece? Ninguna buena obra queda sin castigo, Abramov, mira por dónde tú mismo te has puesto un cuchillo a la espalda. André Aronovich, tienes cuarenta años, quizás ha llegado el momento de que madures. Hazte tú mismo la pregunta; ¿por qué me ha escogido esa gente para que les haga el trabajo sucio?, ¿qué ganan con ello? Si la jugada tiene un completo éxito y Fulano de Tal se tira por una ventana del Kremlin, ¿qué se gana?, ¿quién se hace con el poder? ¿Esperas que aparezca una especie de George Washington ruso?, ¿de verdad? Mira en tu corazón. ¡No, olvida tu corazón, mira en tu cabeza! ¿Quieres que Adolfo Hitler sea feliz? ¿Por qué no piensas en lo que podría ocurrir? Molotov diría: «Más mentiras de los imperialistas», y todo el mundo bostezaría, todos excepto un periodista, que flotaría boca abajo en cualquier pantano para que nadie pudiera ver la noble y elevada sonrisa que tenía en el momento de morir.

Szara se sintió como un miserable. Abramov suspiró.

—De momento —dijo con tono amable—, ¿por qué no haces lo que todo el mundo? Trata de ir tirando, haz las cosas lo mejor que puedas, busca un poco de felicidad. —Abramov se inclinó por encima de la mesa, alargó el brazo y le dio unas palmaditas de ánimo en la mejilla—. Vete a trabajar, André Aronovich. Sé un *mensch*.

Marzo de 1938.

El invierno tardó en irse. De noche, el aire helaba y las estrellas no parpadeaban; parecían frías luces inmóviles en la distancia. Los ojos lagrimeaban con el viento y las lágrimas se helaban. Dentro de las casas no se estaba mejor; cuando Szara se despertaba por la mañana, su aliento era una nube blanca sobre el oscuro fondo de la manta.

No hizo tanto frío en Centroeuropa: Hitler se anexionó Austria; Francia y el Reino Unido protestaron, la multitud lanzó vivas en las calles de Viena, los judíos fueron sacados a rastras de sus escondrijos, humillados y apaleados. Unos murieron a causa de las palizas, otros, por la humillación. En Moscú hubo más juicios: Piatakov, Radek, Sokolnikov (Sobelsohn), Krestinsky,

Yagoda y Bujarin. Acusados de conspirar con agentes del Servicio Secreto nazi, acusados de llegar a acuerdos secretos con el Gobierno alemán. La última frase de la conclusión de Vyshinsky fue la misma que repetía de manera constante desde hacía tres años: «¡Fusilad a los perros rabiosos!». Y los fusilaron.

Szara arrastró sus días y bebió cuanto vodka pudo, en busca de una anestesia que lo anulara. Quiso telefonar a Berlín, pero le fue imposible, ninguna palabra podía salir de Moscú. Poco a poco, las imágenes de la habitación del ático en la casa estrecha, evocadas con demasiada frecuencia, perdieron realidad. Eran demasiado perfectas, como espejismos de agua en el desierto. Furioso, solitario, determinó hacer el amor con la primera mujer que se le presentara, pero cuando tropezó con mujeres la comunicación no funcionó y no ocurrió nada.

Siguiendo las instrucciones de Abramov, asistió a una serie de escuelas de entrenamiento, una repetición infinita de buzones ciegos, códigos y cifras, falsificaciones y elaboración de identidades falsas. Se dio cuenta de que todo era papel, un mundo de papel. Tarjetas de identidad, pasaportes, cablegramas diplomáticos, mapas de posiciones defensivas, informes sobre despliegues militares. Un reflejo exacto de una vida pasada, cuando él había vivido también entre el papel.

En alguna ocasión escribió para Nezhenko; Abramov insistía en que debía hacerlo. Historias sobre el progreso, siempre el progreso; la vida mejoraba cada vez más. ¿Qué efecto tenía ese trabajo repulsivo en su secreta intimidad, que él creía muy dentro de su espíritu? Aunque le resultaba curioso, ninguno. Durante una hora o dos hacía lo que tenía que hacer, después regresaba a su escondite. Intentó escribir una versión de «El misterioso hombre de la Ojrana», y él mismo quedó sorprendido: desde luego *quemaba*. Y la quemó.

Veía a los amigos de vez en cuando, a los que quedaban; pero no podían hablar con libertad, y la reserva y la precaución continuas acabaron por ahogar el efecto entre ellos. A pesar de eso, siguieron viéndose. Algunas veces, cuando se hallaban solos y a salvo de miradas, comentaban lo que habían visto y oído. Historias de horror; separaciones, desapariciones, nervios destrozados. La luz se había ido, así lo parecía al menos, y la misma noción de heroísmo se había perdido; el mundo estaba ahora lleno de gente lastimera y atemorizada, que pensaba sólo en cómo conseguir un poco de carbón o una cucharada de azúcar. Uno cogía miedo a los amigos, como una enfermedad, y ellos lo cogían de uno, y nadie sugería cura alguna.

Abramov era una roca y Szara se aferró a él como un náufrago. Se reunían en el cálido despacho de la plaza Dzerzhinsky, donde el agente le enseñaba lo que tenía que saber. Los fundamentos del trabajo no podían especificarse, tenía que escuchar anécdotas hasta que aprendían por intuición lo que era efectivo y lo que no. Hablaron de ciudades —algunas operaciones en Alemania se dirigían desde países vecinos— y eso quería decir ciudades como Ginebra, París, Luxemburgo, Amsterdam o Bruselas. Praga había que descartarla. Varsovia era sumamente peligrosa; los Servicios polacos eran poderosos y hábiles, y conocían la astucia de los hábitos operativos soviéticos. Bruselas era mejor; el espionaje, en tanto no afectara al Gobierno belga, ni siquiera era ilegal.

Algunas veces, Abramov lo llevaba con él para que conociera gente; se trataba de encuentros fugaces, ocasionales, un apretón de manos, unos pocos minutos de charla. Tenía la impresión de encontrarse con individuos que sabían de inmediato quién era él, lo que era. Conoció a Dershani en su despacho; una mesa desnuda, archivadores, una flor marchita en un vaso... Como persona, era educado al máximo; los delgados labios sonrieron. «Estoy encantado de haberlo conocido», le dijo. Más adelante, Szara recordaría esas palabras. El rostro era memorable, como si mirara a un halcón. La intensidad de la mirada fue lo que más atrajo la atención de Szara, parecía como si viese lo que se ocultaba a los demás.

Se mantuvo ocupado durante las horas diurnas, pero las noches le resultaban insoportables. Cuando la nieve helada de marzo repiqueteaba en los cristales de su ventana, se sepultaba bajo las mantas; algunas veces, su esposa muerta lo visitaba y hablaba con ella. En voz alta. Una conversación en una habitación vacía, en un cierto lenguaje propio y definido que ellos habían convenido, un lenguaje inventado con el propósito de construir una fortaleza que dejara afuera la sensatez del mundo.

Los había casado —si a eso podía llamarse «boda»— un comandante del Ejército Rojo en 1918. «Sed como uno con el nuevo orden», ésa era la fórmula para bendecir la unión. Tres años después, ella estaba muerta, y antes de eso, tuvieron frecuentes separaciones por exigencias de la guerra civil. Cuando trabajó de enfermera en Berdichev, una ciudad de la Rusia Blanca, le escribía cada día —notas garrapateadas en papel de periódico o de desecho—, y le enviaba algún paquete cuando el correo funcionaba. Rusia Blanca y Ucrania eran entonces, como siempre, lugares de tormentas y de locuras. Durante la guerra civil, Berdichev fue tomada catorce veces, por el ejército de Petlyura, el de Denikin, las unidades bolcheviques, los irregulares de Galicia,

la infantería polaca, las bandas de Tutnik, los rebeldes de Marussia, los anarquistas del demente Nestor Majno —cuya caballería empleaba los mantos de rezo de los judíos como sudarios— y por los que el escritor Grossman denominó «Noveno Regimiento de Nadie». Alguno de ellos la mató; ¿quién, dónde y en qué circunstancias? Nunca lo supo.

A pesar de las largas separaciones, había un enlace férreo entre ellos, como si fuesen gemelos. No hubo nada que él temiera decirle, ni nada que ella no entendiera. En aquellas noches de marzo, él la necesitó con verdadera desesperación. Era cosa de locos hablar en voz alta en aquel diminuto apartamento, temía que los vecinos lo denunciaran, y bajó la voz al máximo, pero no pudo evitar seguir con su charla. Entonces le preguntó qué debía hacer. Y ella le aconsejó que aceptara la vida como viniera, y que fuese amable. Se sintió con el corazón reconfortado y cayó dormido.

Aquel mes sucedió algo que más adelante significaría mucho para él, aunque en aquel momento no le dio importancia. Le pareció que era una más de las manifestaciones de lo insondable del alma rusa, algo a lo que hay que acostumbrarse si se quiere vivir allí con alguna cordura. Nezhenko lo invitó a una velada semioficial en el «Café Sport», en la calle Tverskaya. En sí, se trataba de una reunión de la colonia extranjera de Moscú; debido a eso, había mucha comida y bebida. En el momento culminante de la noche, alguien acalló las conversaciones dando golpecitos en su copa con una cucharilla, luego, un actor famoso se levantó para recitar un poema. Szara conocía a Poziny de una manera superficial. Era un hombre de tórax formidable y rostro de rasgos angulosos que encarnaba papeles dramáticos en el Teatro de Arte de Moscú. Szara le había visto un espléndido Tío Vania que puso a los espectadores a sus pies cuando el telón cayó.

Acompañado de gritos de ¡aúpa!, un sonriente Poziny fue subido sobre una mesa junto a la pared. Se aclaró la garganta, espero a que todos lo rodearan y entonces anunció que iba a recitar una obra de Aleksandr Blok escrita durante los primeros días de la Revolución, titulada *Los escitas*. Fue —explicó para los espectadores extranjeros— una tribu primitiva rusa, uno de los pueblos más antiguos del Mundo, famosos por sus elaborados trabajos en oro y por ser consumados jinetes, que habitaron una región situada al norte del mar Negro. Mientras Poziny daba estas explicaciones, chicos y chicas jóvenes distribuían la traducción del poema en francés, inglés y alemán para que los asistentes pudieran leerlo al tiempo del recitador.

Poziny no titubeó en ningún momento. Desde el principio, su poderosa voz resonó llena de convicción:

Hay millones de vosotros; de nosotros, hordas, hordas y hordas.
No intentéis combatirnos.
Sí, somos escitas; sí, somos asiáticos,
De codiciosos ojos oblicuos.
... Oh, viejo mundo.

Rusia es una esfinge. En la alegría y en la tristeza,
y mientras vierte su negra sangre.
Te mira, te mira, te mira fijamente,
Con odio y con amor.

Sí, con amor, como sólo nuestra sangre puede amar.
Habéis olvidado que ese amor existe.
Amor que abrasa y destruye.

Ven a nuestro lado. Huye de los horrores de la guerra
Y ven a nuestros pacíficos brazos;
Envaina la vieja espada antes de que sea demasiado tarde.
Camaradas, seamos hermanos.

Si no es así, nada perderemos.
También podemos ser pérfidos si queremos;
y hasta el fin de los tiempos seréis malditos
por la humanidad afligida del futuro.

Ante la agraciada Europa
Nos dispersaremos por nuestras espesuras y nuestros bosques,
Y luego volvemos hacia vosotros
Nuestro feo rostro asiático.

Pero de aquí en adelante ninguno de nosotros será vuestro escudo,
De aquí en adelante ninguno de nosotros entrará en batalla.
Os estaremos mirando con nuestros ojos oblicuos
Cuando os arribaten la vida en las batallas.

Tampoco nos conmoveremos cuando el feroz huno
Rapiñe los bolsillos de los muertos,
Incendie las ciudades, meta sus rebaños en las iglesias,
Y ase la carne de los hermanos blancos.

Ésta es la última llamada —¡recuérdalo, viejo mundo!—
A la fiesta fraternal del trabajo y de la paz,
La última llamada que a la luminosa y fraternal fiesta
Te convoca la bárbara lira.

Hubo un prolongado silencio. Sólo la grácil inclinación de cabeza de Poziny suscitó el aplauso, que rompió la tensión de la sala. Todo el mundo entendió el significado del poema, en los primeros días de la revolución y en marzo de 1938. O creyeron entenderlo.

El ingeniero químico austriaco H. J. Brandt llegó a Copenhague en el transbordador *Krin Lindblad* procedente de Tallin, Estonia, el 4 de abril de 1938.

El maestro de escuela secundaria E. Roberts, procedente de Edimburgo subió al tren Copenhague-Amsterdam y llegó a la estación central de esta última a primeras horas de la mañana del 6 de abril.

Stefan Leib, de origen checoslovaco y naturalizado ciudadano belga, bajó del tren en Bruselas, procedente de Amsterdam, hacia el mediodía del 7 de abril, dirigiéndose en seguida a la tienda llamada «Cartes du Monde»^[3] — mapas del mundo; antiguos, viejos y nuevos— que poseía en la calle de Juysens, una de las vías azotadas por el viento en la parte trasera del viejo distrito comercial.

Hombre severo, Monsieur Leib, apenas pasaba de la treintena, de carácter tranquilo, sosegado; la chaqueta de lana y los pantalones de franela le daban cierto aire de profesor. Era un gran trabajador: podía vérselo casi todas las noches en la pequeña oficina de la trastienda, sentado ante una gran mesa de roble llena de viejos mapas, quizás de la Holanda del siglo XVII, decorados con querubines de cabello rizado que soplaban nubes de viento desde los cuatro puntos cardinales; también disponía de mapas utilitarios de carreteras de Holanda, Francia y Alemania; cartas marítimas, guías «Michelin» y «Baedeker», o la última cartografía de Abisinia (importante para los que habían seguido la aventura de las fuerzas expedicionarias italianas), de Tanganika o del África Ecuatorial Francesa. Era casi seguro que cualquier mapa podía encontrarse en la tienda de Monsieur Leib.

La noche del 12 de abril, alguien familiarizado con periodistas de relieve hubiera advertido que Monsieur Leib había salido a cenar con A. A. Szara, destinado recientemente a la oficina de *Pravda* en París. Lo hubiera advertido si se le hubiese ocurrido ir a un restaurante chino, oscuro, apartado y de dudosa reputación, en el barrio asiático de Bruselas.

Al final, Abramov y sus colegas no habían decidido la ciudad o la red para los agentes encargados del doctor Baumann. La vida y las circunstancias decidieron por ellos. Incluso las múltiples redes europeas de la Rote Kapelle —la Orquesta Roja, como la habían apodado los Servicios de Seguridad alemanes— no quedaban a salvo de las vicisitudes y tragedias cotidianas con que tenían que enfrentarse el resto de los mortales. En este caso, un agente delegado de la red OPAL, con sede en París, cuyo nombre de guerra era

«Guillaume», acudía tarde a una cita clandestina que debía tener lugar en Lyon —uno de sus jefes de grupo de Berlín llegaba en tren bajo identidad falsa—, y conducía su coche de forma temeraria porque no quería esperar a una nueva cita tres días más tarde. Su «Renault» falló al tomar una curva en la N6, justo a la salida de Maçon, y derrapó de costado yendo a chocar contra un plátano al borde de la carretera. «Guillaume» salió despedido; al día siguiente moría en el hospital de Maçon.

El capitán O. J. Goldman, *resident* de la OPAL, bajo el muy cuidado disfraz de Stefan Leib, fue devuelto a Moscú siguiendo una ruta tortuosa —«malgastando pasaportes como paja», gruñó uno de los «remendones» que falsificaban o modificaban los documentos de identidad en el Departamento Extranjero del NKVD— para unas detenidas consultas, Goldman, hijo de un abogado marxista de Bucarest, se había ofrecido como voluntario en 1934 y, después de una fructífera labor en España, era una especie de estrella ascendente.

Como todos los *residents*, odiaba los problemas personales. Aceptaba las pesadas y complicadas cargas de la clandestinidad, una religión cuyos ritos exigían enormes gastos de tiempo, dinero e ingenuidad, amén de las ocasionales derrotas infligidas por la Policía y las adversarias fuerzas del contraespionaje, pero los desastres naturales, como los accidentes de carretera o las averías del radiotelégrafo, le parecían unos castigos demasiado crueles enviados desde el cielo. Cuando un agente clandestino como «Guillaume» sufría un accidente mortal, lo primero que la Policía hacía era informar, o tratar de informar, a una supuesta familia que, de hecho, no existía. Si Goldman no hubiese contactado con los hospitales, la Policía y los depósitos de cadáveres de la región, «Guillaume» hubiera sido considerado un desertor, o un fugitivo, con el consiguiente trastorno de toda la organización, que hubiera debido reestructurarse a toda prisa con el fin de autoprotgerse.

A continuación tuvo que asegurarse a sí mismo y a su directorio en Moscú que el accidente *había sido* un accidente, operación complicada por cuanto fue necesario investigar en secreto y desde lejos. Goldman, quemando una identidad cuya elaboración había costado miles de rublos, pagó a un abogado para que hiciera las pesquisas en Maçon. Por último, cuando llegó a Moscú, pudo defenderse de todas las acusaciones, excepto de una: su vigilancia se había relajado de tal modo que un miembro del personal a su cargo había conducido de manera indisciplinada. Sobre este punto hizo la correspondiente autocrítica ante sus superiores, luego dio cuenta de las contramedidas — conferencias, copia del informe de la autopsia enviado por el abogado de

Maçon— que pondría en práctica para eliminar tales sucesos en el futuro. Tras sus imperturbables expresiones, los hombres y mujeres que dirigían el OPAL rieron en su interior: conocían la vida, los asuntos amorosos, las raras aberraciones sexuales, las pérdidas de claves, el dinero gastado en el juego, las envidias mezquinas, en fin, toda la absurda basura humana que los *rezidents* tenían que sufrir. Se les había enseñado a improvisar, pues bien, ahora le tocaba el turno a Goldman.

Después de manifestar su disgusto, le propusieron una elección: o ascendían al puesto de «Guillaume» al jefe de grupo de París o aceptaba un nuevo delegado. Esto no era una elección, porque sustituir a un jefe de grupo era una decisión muy arriesgada. Todo cuanto se hacía dependía de su habilidad para serenar y suavizar, engatusar, reñir o amenazar. Podía, por otro lado, aceptar a un nuevo delegado, el periodista Szara, un aficionado «que había hecho unas pocas cosas con algo de éxito».

Goldman hubiera preferido la ayuda de una persona más experimentada, quizás alguien transferido de otras redes de menor importancia, porque OPAL disponía de unos catorce agentes en Francia y Alemania e iba a cubrir a un decimoquinto (Baumann, conocido a nivel oficial como OTTER), pero las purgas habían corroído el *apparat* por dentro desde la cima y no disponían de agentes con la necesaria capacidad operativa. Se dispuso que se entrevistara con Szara, el cual trabajaría con un codelegado en París, pero que, en esencial, actuaría por su cuenta, mientras que Goldman, como *rezident* «ilegal», trabajaría en su refugio aislado de Bruselas. Al final puso buena cara al arreglo y dijo que estaba encantado con la solución. Resultaba evidente que detrás de la maleza había algún pez gordo que quería poner a Szara en París, y Goldman se lo olió en seguida.

Después de todo, para Goldman era mejor mostrarse cooperativo; su buena estrella había perdido algo de su luz últimamente, no por su culpa, sino por un nubarrón en el horizonte. Su clase de entrenamiento, el Frente Fraternal de 1934 —en realidad una chusma de descontentos reclutada en todos los rincones de los Balcanes— no llevaba el comportamiento que los dirigentes del *apparat* hubieran esperado. Un número alarmante de «hermanos» había abandonado el hogar; algunos desertaron, demostrando un afecto fraternal mucho menor del que su familia rusa suponía. El líder indisputado de la clase, un búlgaro, se había volatilizado de Barcelona y reapareció en París, donde se relacionó con emigrados políticos y terminó siendo arrestado por agentes franceses de la Seguridad Interna en julio de 1937. Un serbio había vuelto a las montañas de su país después de sacarlo de

una cárcel española —un terrible ejemplo de ingratitud, aunque, en un principio, el NKVD había dado su pista al Servicio de Inteligencia militar de Franco, medida que se tomó para neutralizarlo después de que se negara a cumplir la orden de purgar a los miembros del POUM que tenía en su unidad guerrillera. Y un húngaro de Esztergom, sin ningún valor para el *apparat* desde el primer día, que también huyó a París; allí, escondido en un hotel de Montmartre, parece que fue asesinado por un marinero mercante. ¿En qué asunto se había metido? Nadie lo supo.

Ante esta cámara de los horrores, Goldman estuvo diciendo *Sí, señor* a los agentes de la dirección para allanarse el camino en el futuro. En privado tenía serias dudas con respecto a André Szara. El periodista parecía arrogante e inseguro a la vez, una combinación bastante corriente, pero potencialmente mortífera para una persona sometida a la presión del trabajo clandestino. Goldman conocía bien los escritos de Szara, los apreciaba por su envidia y casi siempre por su valor informativo. Pero Goldman llevaba el tiempo suficiente en el oficio como para conocer el riesgo de una personalidad creativa. Había terminado por preferir los tipos estólidos y obtusos, insensibles, que trabajaban día y noche sin derrumbarse por la fiebre; hombres y mujeres que no alimentan rencores, prefieren la verificación a la intuición, infinitamente dependientes, que los encuentras cuando los necesitas, nunca pierden la cabeza en una crisis, son capaces de *reconocerla* cuando surge y que tienen la sensatez de preguntar a su superior si no ven segura alguna cosa. Las carreras se hacen con tipos así. No con los André Szara del mundo. Pero se encontraba maniatado, no estaba en situación de discutir, por tanto, se las arreglaría como pudiera.

Mientras comían el repugnante *chop suey* en Bruselas, Goldman se lo dijo.

—¡Sé periodista!

—¿Qué?

—Desde luego, no ignoro que lo eres, por supuesto que sí, y muy bueno; pero ahora tienes que hacer un esfuerzo para llevar esa vida, y que te vean llevarla, porque es la que todo el mundo espera de un periodista. Ve por ahí, busca a tus colegas, date una vuelta por los cafés donde se reúnen. No te escabullas, eso es lo que quiero decir. Aunque sé que tú ves la necesidad de lo que te digo, ¿verdad?

Al decirle esto, Goldman lo tomaba por tonto. Era verdad que solía evitar las tertulias y las fiestas de los periodistas, y que se movía por su cuenta. Y había una razón para ello: no estaba muy bien visto ser demasiado amigo de

los periodistas occidentales; la primera diva de la Ópera de Moscú había sido enviada a un campo de trabajo por haber bailado en una fiesta con el embajador japonés. Además, en el pasado hubo otra razón: él tenía siempre que cumplir algún pequeño encargo del *apparat*. Esas cosas requerían tiempo, cautela y paciencia. Y nunca quiso tener colegas a su alrededor cuando se ocupaba de esos menesteres. *Así que, general Vlasy, el problema de los rodamientos del nuevo carro de combate R-20 resulta que no es ningún problema, ¿eh?* y todo esa clase de cosas, *no* desde luego cerca de algún astuto colega, que, de haberlo estado, se habría muerto de risa a sus espaldas.

Szara esquivó la indicación de Goldman. Miró un momento los grises fideos de su plato, y luego siguió la conversación. Por dentro estaba hirviendo. ¿No tenía bastante desgracia ya con haber hipotecado su alma a Abramov y haber abandonado en secreto su profesión? Parecía ser que no. Ahora le ponían en el corazón una cucharada colmada de ironía rusa, y le decían que actuara como lo que no era ya. Y eso a través de una especie de mocosuelo rumano, que se creía que hablaba un ruso académico, mucho más joven que él, parecido a un roedor (y seguramente obraba como tal). Ojos pequeños y brillantes, orejas un poco demasiado grandes, facciones muy juntas. Como un lindo ratón. Quizá demasiado bonito. ¿Quién rayos se creía que era?

Volvió a París al día siguiente, y guardó sus opiniones para sí.

—Has visto a «Yves» —dijo su colega delegada, usando el nombre de guerra de Goldman—. ¿Qué te ha parecido?

Szara quiso sopesar la pregunta. No deseaba comprometerse, pero tampoco quería pasar por un idiota sin carácter; tenía que trabajar en estrecha colaboración con esa mujer. Era la clase de persona que en el conjunto de una oficina de negocios, todos la considerarían *una pequeña amenaza*. Abramov le había advertido ya: nombre de guerra, «Annique Schau-Wehrli» (nombre real Elli); reputación, leona. Aparentaba unos cincuenta años, era baja, fornida, con abultados senos de paloma buchona; usaba gafas, que casi siempre llevaba colgadas de una cadena al cuello; calzaba un pie con un zapato ortopédico y se ayudaba con un bastón para caminar, pues de nacimiento, tenía una pierna más corta que la otra. Szara se sintió atraído por ella, era magnética, perceptiva y más bien guapa, de compleción sonrosada, delicada, cabello rizado, pestañas largas como las de una sirena de la pantalla, y ojos omniscientes, iluminados por una chispa de viva malicia.

Elli era una marxista ardiente y fanática, antiguo pilar del Partido Comunista suizo, procedente de una rica familia (hacía tiempo rechazada) de la burguesía de Lucerna. Tenía la lengua afilada como una navaja, hablaba seis idiomas y no le temía a nada. En París trabajaba como jefa administrativa y residente intocable en una oficina satélite de la Liga de las Naciones, el Instituto Internacional de la Ley, productora de centenares de estudios destinados a alentar a los países de todo el Mundo a que normalizaran sus códigos legales y los uniformaran. ¿Acaso, después de todo, no era bastante parecido el robo del alma de una antepasada en Nyasalandia, donde las cosas eran dichas y hechas, que una estafa en la Bolsa de Suecia?

—¿Entonces? —insistió Elli—. No me digas que no te has formado una opinión del hombre. No te creería.

Se encontraban en la sala de estar, de ella, un batiburrillo típico parisiense de ricas colgaduras rojas, cojines de seda, doradas estatuillas de mujeres desnudas manteniendo lámparas de ébano por encima de sus cabezas, y pequeños objetos —ceniceros, tinteros de ónice, cajas de marfil, botellas Gallé y perros bull terrier de porcelana— en todas las estanterías y mesitas. Szara apretó los codos contra los costados.

—Joven —dijo.

—Más joven que tú.

—Sí.

—Brillante, mi querido camarada.

—Tiene labia.

—¡Buf! —exclamó ella en una afrancesada explosión de incredulidad—. ¿Cómo puedes ser así? Desde el ángulo que mires, brillante. ¿Fuera de lo corriente? Un genio. Acuérdate del agente ruso que llevaron a Londres el año pasado, con los bolsillos llenos de libras. A los dos días de estar allí, sale por primera vez del hotel para dar un paseo. Convencido por la propaganda soviética, cree de verdad que las clases trabajadoras británicas son tan pobres que llevaban zapatos de papel. De pronto descubre un escaparate lleno de zapatos de piel, y nada caros. *Ajá*, se dice, *hoy es mi día de suerte*, y se compra diez pares. Luego, en otra tienda. *¡Anda, aquí también tienen zapatos!* Empieza a pensar que su querida y difunta madre le envía aquellos regalos desde el cielo. Y otra vez diez pares. Y así sucesivamente, hasta que el pobre se junta con cien pares de zapatos, sin dinero para el trabajo del Partido y con los agentes del MI5 casi pisándoles los talones. Espérate y verás de lo que son capaces algunos de los nuestros y cambiarás de disco.

Szara quiso dar a entender que se sentía avergonzado. Era el chico recién llegado a la oficina, tenía que causar una buena impresión, pero ya conocía de antes a tipos como Goldman: un genio, de acuerdo; un genio para trepar en su propio interés.

—Supongo que tienes razón —dijo en tono amistoso.

El viernes de la última semana de abril cayó una cálida y fina lluvia que dio más brillo a los primaverales brotes de los árboles del bulevar. Szara pidió una conferencia telefónica con la oficina de la revista de Marta en Berlín. Veinte minutos más tarde la canceló.

El evangelio según Abramov: «Mira, nunca puedes estar seguro de lo que ellos saben de ti, de la misma manera que ellos nunca pueden estar seguros de lo que nosotros sabemos de ellos. En tiempos de paz, los Servicios se dedican a dos cosas fundamentales: vigilan y esperan. Esto es una guerra invisible, hecha con armas invisibles: información, números, transmisiones por radiotelegrafía, contacto social, influencia política, entrada en ciertos círculos, conocimiento de la producción industrial o moral de la infantería... Anda, muéstrame la moral de la infantería. No puedes. Es intangible.

»Lo más invisible de todo son las operaciones de contraespionaje. La gente encargada de ellas no quiere eliminar a sus oponentes, por lo menos no de inmediato. Algún jefe grita *¡Detenedlos! ¡Detenedlos!*, pero sus agentes se oponen y dicen. *No. Queremos ver qué es lo que hacen.* Para ti significa lo siguiente; imagina que tienes el tifus, eres un infeccioso, y cualquiera que encuentres o que saludes coge la enfermedad. No importa que el encuentro sea de lo más inocente, el otro será sospechoso si hay un tercero que te vigila. ¿Te preguntas por qué no reclutamos a amigos, familiares y amantes? Podríamos hacerlo porque, en cualquier caso, también serán considerados culpables».

La semilla que Abramov plantó en Moscú se transformó en un frondoso jardín en París. Creció en la imaginación de Szara, donde adoptó la forma de una voz: una voz tranquila, inteligente, cultivada, segura de sí misma, que hablaba en alemán. Era la voz de la presunta vigilancia, y cuando a Szara se le ocurría una locura, como llamar por teléfono a Alemania, le hablaba. *28 de abril. 16,25. SZARA* (el sencillo formulario oficial se parecería al de DUBOK, y Szara imaginaba que el funcionario alemán no sería muy distinto al autor del Informe de la Ojrana) *telefonea a MARTA HAECHE, al número 45633 de*

Berlín. Conversación grabada, y en este momento bajo análisis para clave o lenguaje esópico.

El lenguaje esópico expresaba la realidad con simbolismos o indicaciones. ¿Todavía estudias francés? Te envié una tarjeta desde París, ¿la recibiste? Estoy escribiendo una historia sobre los trabajadores que construyeron la Gare du Nord. No sé dónde se me va el tiempo, tengo que acabar el trabajo para el mediodía del 4 de mayo.

No engañaba a nadie.

Incluso si *la voz* no hablaba, Szara temía ser descubierto. En 1938, Alemania se había convertido en el Estado del contraespionaje. Cualquier alemán patriota, hombre o mujer, consideraba un deber informar a las Autoridades de cualquier conducta sospechosa; la denuncia llegó a ser el deporte nacional: *Unos desconocidos los visitaron, un extraño ruido en su sótano, ¿una prensa de imprimir?*

Por supuesto, él había pensado utilizar la red para comunicarse. Eso borraría cualquier sospecha o acabaría en una tragedia total. La alternativa de un amante, *¿nyet?* Pasión o muerte. Le habían contado con detalle la manera de actuar de la Gestapo: *kaschumbo*, látigos empapados en cubos de agua. La idea de exponerla a eso...

Szara trabajó.

La primavera parisina dio señales de vida. Un día amaneció caluroso, y todas las mujeres se vistieron de amarillo y verde; en las terrazas de los cafés los parroquianos reían por cualquier cosa; las abiertas puertas de los *bistros* dejaron pasar sus aromas, y, dentro, el perro del dueño movió el rabo junto a la caja registradora, se puso una pata sobre el hocico y soñó con un montón de huesos y cortezas de queso.

La red OPAL trabajaba en un edificio de tres plantas, próximo a los *quais* del canal de Saint-Martin y del canal de l'Ourcq, en un extremo destartado del distrito Diecinueve, en el cual, las calles que salen de la Porte Pantin se convierten en estrechas carreteras que conducen a los pueblos de Pantin y Bogigny. Un *quartier* laborioso e insomne, donde están situados los mataderos de la ciudad y los refinados restaurantes de la avenue Jean Jaurès, lugar de cita frecuente a la hora del alba de los juerguistas elegantes que van para comer el filete de buey con miel asado al horno, lejos de los turistas y los conductores de taxi que prefieren Les Halles. París desconcertaba con algunas cosas que no se sabía para qué servían, el Hippodrome, donde se celebraban

carreras ciclistas y combates de boxeo, una infame *maison close* en la que se podrían organizar cuidadas exposiciones. En las noches de primavera y otoño, la niebla ascendía desde el canal, las luces de neón^[4] del «Hôtel du Nord» brillaban misteriosas, los matarifes y gabarreros bebían *marc* en los cafés... Se trataba, en resumen de un barrio que trabajaba durante toda la noche sin hacer preguntas, un lugar donde la infinita curiosidad del parisiense medio no era acogida con agrado.

La casa número 8 de la rue Delesseux era de ladrillo, desmenuzado marrón como las demás de la zona, sucia y oscura, y apestaba a *pissoir*. Pero se podía entrar en ella por una puerta al nivel de la calle; por la entrada trasera del *tabac*, que ocupaba un diminuto local comercial, y también desde un camino sembrado de trapos y cristales rotos que hacía ángulo con la rue des Ardennes. Tenía cerca las gabarras, un cementerio, un parque, varios caminos pueblerinos sin nombre, un recinto deportivo, restaurantes llenos de gente..., cerca de los lugares que los agentes secretos prefieren frecuentar.

El piso superior de la casa ofrecía espacio para que viviera y trabajara el especialista en claves y operador radiotelegráfico de la OPAL —con el nombre de guerra de «François»—, M. K. Kranov, un «ilegal» con pasaporte danés, de quien se comentaba que ostentaba el rango de funcionario del NKVD y que, probablemente, era el espía del *apparat* que informaba en secreto a Moscú de las actividades y del personal de la red.

En la segunda planta vivía «Odile», Jeanne de Kouvens, la correo de la red, que servía a Goldman en Bruselas y a los contactos de Alemania, a éstos dos veces al mes, con el pretexto de sus viajes a Berlín para cuidar de una madre inexistente. Odile era belga, una picara muchachita de diecinueve años, con dos hijos y un marido tenorio, no un algo guapa, sino violentamente sexy, con el cabello corto bajo una gorra de hombre —que le daba todo el aire de un pilluelo de la calle—, la barbilla partida, el labio superior abultado, la nariz respingona y unos ojos rebeldes que desafiaban a cualquier hombre que se le pusiera delante. El marido, un majadero de la clase trabajadora, adornado con abundantes patillas *fin de siècle*, tenía un tiovivo que llevaba por las plazas vecinales de París: El *tabac* de la planta baja era atendido por el hermano de Odile, veinte años mayor, que recibió una herida en Ypres, y tenía que ayudarse con dos bastones para caminar. Pasaba los días y las noches sentado en un taburete detrás del mostrador, vendiendo «Gitanes» y «Gauloises», billetes de Metro, sellos de correos, décimos de lotería, lápices, llaveros de recuerdo y otras muchas cosas, un surtido sorprendente para una exigua y fiel

clientela que servía de camuflaje a las entradas y salidas de los agentes secretos en la casa.

El directorio de Moscú había hecho algunas modificaciones para facilitar la vida de Szara y puso a Schau-Wehrli a cargo de las tres conexiones alemanas, HENRI, MOCHA y RAVEN; para él dejó a SILO, encargado de los elementos de la colonia alemana de París, y al doctor Julius Baumann.

La primavera terminó pronto aquel año. La lluvia menuda llegó y se fue, el cielo cambió pocas veces su insoportable azul francés, y un vientecillo ligero se levantó al atardecer y arremolinó los papeles en las calles empedradas. Siempre se creyó que finales de abril eran unas fechas tristes — sólo los surrealistas las encontraban agradables—, entonces el verano llegaba y cogía a todos desprevenidos. El aumento de la temperatura pareció alejar aun más de lo habitual a los políticos de la sensatez.

Nadie se ponía de acuerdo sobre nada: los socialistas habían impedido un programa de rearme en marzo, a continuación, el Foreign Office proclamaba que el compromiso de Francia con Checoslovaquia era «indiscutible y sagrado». Un senador defendía el pacifismo por la mañana, invocaba el honor nacional por la tarde y luego se querellaba por la noche contra el periódico que lo había calificado de ambivalente. Entretanto, los funcionarios públicos importantes exigían cosas a sus esposas que hubieran producido espanto a sus amantes. Nadie se sentía cómodo: los ricos encontraban sus sábanas ásperas y mal planchadas; los pobres pensaban que sus *frites* sabían a aceite de pescado.

En el piso alto del número 8 de la rue Delesseux, las tardes eran cada vez más calurosas a medida que el sol calentaba el tejado; las polvorientas persianas de las ventanas nunca se subían, no se movía ni una pizca de aire, y Kranov trabajaba en camiseta en su gran mesa. Era un hombre bajito, taciturno, de cabello rizado y rasgos eslavos que, según le parecía Szara, sólo sabía trabajar. Todas las transmisiones de la OPAL, de entrada y salida, se basaban en palabras de un solo uso, representadas por grupos numéricos de cinco dígitos, que luego eran transformados mediante una clave matemática variable y una suma «falsa» ($5 + 0 = 0$). Las transmisiones por forma se completaban con grupos de ceros para evitar el tipo de mensaje que siempre ha sido el punto de ataque de los analistas criptográficos. Desde el tiempo de los egipcios hasta hoy, la frase empleada para cambiar los códigos no ha variado: *nada nuevo que informar hoy*.

Szara solía llegar a la casa por la noche. La sala de transmisiones de Kranov tenía una manta clavada en la ventana y sólo estaba iluminada por una bombilla pequeña. Las volutas del humo de los cigarrillos permanecían inmóviles en el aire. Los dedos de Kranov pulsaban la tecla del telégrafo enviando puntos y rayas a través del éter al empleado de codificación de la plaza Dzerzhinsky en Moscú.

91464 22571 83840 75819 11501

En otras frecuencias, un capitán francés de la sección de Inteligencia naval de Sfax, en la costa tunecina, pedía a París que autorizara fondos adicionales para el informador 22; el tercer secretario de la Embajada checoslovaca en Viena informaba de reuniones privadas en la ciudad balneario de Karlsbad entre el líder sudete Henlein y diplomáticos alemanes; el Servicios de Inteligencia polaco en Varsovia pedía a un agente en Sofía que confirmara el paradero del sacerdote JOSEF. A lo largo de la noche, los operadores radiotelegráficos *tocaban el piano*, no sólo para la Rote Kapelle, sino para cientos de orquestas que interpretaban composiciones de *Konzertmeisters* pertenecientes a una docena de países. Szara podía oírlo. Kranov le dejó los auriculares y giró el sintonizador. Era un teatro sonoro, que entonaba trémolos y bajos, con pulsaciones rápidas o pausadas, una orden de liquidación de un informador o una petición del pronóstico meteorológico local. A veces parasitada por el carraspeo estático de una tormenta eléctrica en los Dolomitas o en los Cárpatos, a veces nítida como el cristal, la sinfonía de números nocturna fluía a través de los tenebrosos cielos.

Si no se producía ninguna señal *crítica/inmediata*, Kranov interrumpía la transmisión con Moscú para echar unas pocas horas de sueño. Szara se acostumbró a esa especie de luz diurna que seguía a los misterios codificados de la noche. Poco a poco, a medida que el mes de mayo transcurría y el sudor trasapaba la camiseta de Kranov con el calor de la mañana, Szara empezó a tener mayor aprecio por los intercambios entre la OPAL y sus jefes, aquellas sencillas frases pidiendo información y las escuetas respuestas, resueltas en un diálogo del que podía colegirse el humor del Directorio.

Moscú no se dio un segundo de reposo. Había sido así desde el principio. Abramov sacrificó la información con la esperanza de reforzar la disciplina, y había hecho saber exactamente a Szara con quién debía tratar de sus asuntos. Puso gran énfasis en su *no* con Nezhenko o cualquier otro editor. Tanto Abramov, como su rival de *jvost*, Dershani, se sentaban en el Directorio

OPAL, y junto a ellos, Lyuba Kurowa, una brillante estudiante de neuropatología en los años anteriores a la revolución; una despiadada chequista en la campaña de terror de Lenin y ahora, con más de cuarenta años, amiga de Poskrebyshev, secretario personal de Stalin. También formaban parte del Directorio Boris Grund, un *apparatchik*, técnico experimentado, inclinado a votar por la mayoría en cualquier caso, y Vitaly Mezhin, de treinta y seis años —demasiado joven para la tarea—, miembro de la generación de los «pequeños Stalin» que ocupaban subrepticamente los vacíos creados por la purga, con lo que cumplían las intenciones del «Gran Stalin». «Si desobedeces una orden de manera consciente —le había dicho Abramov—, es a él a quien desobedeces».

Szara observó que el doctor Baumann los tenía preocupados: 1) Era un judío en Alemania, su futuro ofrecía poca seguridad. 2) Se desconocían sus motivaciones. 3) Su producto era crucial. Szara se los imaginaba, sentados a una mesa cubierta con un tapete de bayeta verde, con los informes de los mensajes descodificados delante de ellos, mientras fumaban nerviosos sus toscos cigarrillos «Troika», hablaban con cautela, pendientes de cualquier matiz de los otros, y tanteaban en busca de un consenso sin riesgos.

Habían recibido las cifras de cable de estampación de enero, febrero, marzo y abril, y la estimación de pedidos para mayo. El agente encargado del caso pidió que se obtuvieran las listas del personal de la empresa, en especial del de administración, y sus características: edad, filiación política, nivel cultural... Su propósito era evidente: que Baumann buscara su propio sustituto. Y dependía de Szara que encontraran algún tipo de dulce para que Baumann se tragara esa píldora.

Por supuesto, ellos buscaban más que eso, en particular Dershani, el cual pensaba que había que exprimir a Baumann, y cuanto antes mejor. Él tenía que conocer a otros subcontratistas, ¿quiénes eran?, ¿podrían contactar con ellos? Y de ser así, ¿cómo?, ¿cuáles eran sus puntos flacos? Por su parte, Mezhin —no era cuestión pasar por una flor marchita entre los demás— intervino para preguntar qué relaciones tendrían con los directivos de la «Rheinmetall». ¿No podrían sacar algún provecho de ella? Boris Grund creyó que ahí parecía haber un filón. ¿Y cuánto estaba pagando Baumann por el acero austenítico? Grund afirmó que los chicos de abajo, los de la Sección Económica, estaban hambrientos de una información de ese tipo, y quizá fuese factible echarles ese hueso.

A Kurowa no le gustaba el buzón ciego. Habían conseguido que Baumann se comprara un perro, un *schnauzer* de un año, al que pusieron *Ludwig* de

nombre, de manera que Baumann podía salir a la calle de noche y usar cierta piedra de una valla como buzón. Eso obligaba a Odile, vestida de doncella, a pasar dos o tres veces al mes por la vecindad para dejar el correo y recoger la respuesta. Un clavo doblado en un poste telefónico servía de señal: la cabeza hacia arriba indicaba a Baumann que tenía algo que recoger, la cabeza hacia abajo le confirmaba que su depósito había sido recogido. Todo de acuerdo con las formas y prácticas establecidas, reconocía Kurowa. Pero los alemanes eran curiosos por naturaleza, miraban por las ventanas y tenían un apetito insaciable por los detalles. *¿Por qué el doctor Baumann mete la mano en el hueco de una piedra de la valla de Herr Bleiwert? Mira el pobrecito Ludwig, sólo quiere jugar.* A Kurowa no acababa de gustarle aquello. Los dos agentes se hallaban demasiado al descubierto.

Dershani estaba de acuerdo. ¿Qué les parecía un restaurante, o algo similar, en el barrio donde se encontraba la fábrica de cables?

A Abramov no le pareció bien. Como judío, las actividades de Baumann estaban limitadas, no podía ir a un restaurante así como así. Se notaría.

Entonces, la fábrica, se le ocurrió a Mezhin. Lo mejor de todo sería llegar hasta el ingeniero Haecht, el cual, según Szara, tendría el control nominal del negocio en cuanto los nuevos estatutos antijudíos fueran promulgados. Miraron en sus expedientes. En ellos había una borrosa fotografía de Haecht sacada por un agente de la Embajada en Berlín, su historial universitario, una muestra de su escritura, y la relación de familiares: Ilse esposa; Albert, hijo, vendedor farmacéutico; Hedwig, hija, casada con un ingeniero de Dortmund, y Marta, hija, ayudante del editor de arte de una revista literaria.

—¿Una revista literaria? A lo mejor son amigos nuestros —preguntó Dershani.

—Quizás —admitió Kurowa—, pero las señoritas decentes de Alemania no van a las fábricas.

—Hemos de andar con pies de plomo —aconsejó Abramov—, lo que no queremos es provocar el pánico.

—Ya no queda tiempo para ir con cuidado —replicó Dershani.

Y tenía razón.

El producto de Baumann *era* crucial. Disponían de otras fuentes de información sobre la industria aeronáutica alemana, pero ninguna que sirviera para determinar los números con tanta exactitud. El Directorio que se ocupaba del producto procedente de Burgess, Philby y otros en el Reino Unido

confirmaba las hipótesis del Directorio de la OPAL, de igual manera que las fuentes de los Servicios franceses. La máquina industrial alemana se estaba convirtiendo en una pesadilla.

Baumann había entregado 4500 metros de cable de estampación en octubre; eso quería decir un ritmo de producción mensual de 31 bombarderos. A partir de ahí podían hacer una proyección, usando los factores de carga y radio de acción de que ya disponían. La fuerza de bombardeo alemana en un mes determinado —mayo de 1939, por ejemplo— sería capaz de realizar 720 salidas en un solo día contra objetivos europeos, y de descargar 945 toneladas de bombas, con una estimación de 50 bajas por tonelada, es decir, unas 50 000 bajas en un período de veinticuatro horas. Un millón de bajas cada tres semanas.

Y la Unión Soviética, el Reino Unido y Francia estaban absolutamente de acuerdo en una presunción básica: *el bombardero siempre logrará pasar*. Sí, el fuego antiaéreo y los cazas harían su trabajo, pero no causarían el suficiente daño como para rebajar las cifras.

Los rusos, por medio de sus espías británicos, habían seguido con interés el desarrollo de la estrategia británica pensando en el último mes de 1937. Los expertos de la RAF habían apremiado a la industria aeronáutica británica para que fabricara bombarderos pesados en igual número que los alemanes, y crear así un equilibrio de terror: si destruyes nuestras ciudades, nosotros haremos lo mismo con las tuyas. Pero el Gobierno había desestimado esa petición. Sir Thomas Inskip dijo: «El objetivo de nuestra Fuerza Aérea no es el de conseguir un fuera de combate en el primer asalto..., sino impedir que los alemanes nos pongan fuera de combate». Esto no correspondía a la manera normal de pensar, pero el gabinete había acabado por creer que el sistema defensivo era la mejor opción, y la industria británica empezó a construir aviones de combate en lugar de bombarderos.

También en Alemania se tomó una decisión estratégica, aunque ésta descansó en el poder de Hitler. Cuando el Reich ocupó la Renania en 1936, y la oposición no se materializó, el Estado Mayor alemán perdió credibilidad. Hitler tenía razón. Estaba comprobado. Poco después de aquello, volvió su atención a la Luftwaffe de Hermann Goering. «¿Dónde están mis aviones?, quiso saber Hitler». Goering sintió la presión y tomó sus medidas para protegerse. Alemania dejó de fabricar bombarderos cuatrimotores, los «Dornier Do-19» y los «Junkers Su-89». Aquellos aviones podían alcanzar mayores distancias, llegar al Reino Unido y a la Unión Soviética, y permanecer más tiempo sobre sus objetivos, así como extender la protección

aérea sobre los submarinos de bolsillo amenazados por cazas y destructores, pero no llegarían a ser fabricados. Empujado por la impaciencia de Hitler, Goering ordenó que la industria aeronáutica construyera bombarderos bimotores. «El *Führer* — dijo Goering— no me pregunta por *la clase* de bombarderos que tengo. Sólo quiere saber *cuántos*». Pensó que hacía el comentario en privado.

Pero no fue así.

Y ésa fue la cuestión. El Directorio de Moscú necesitaba saber lo que Goering decía, y lo que el Gabinete británico pensaba, y tenía que hacer lo que fuera, *lo que fuera*, para enterarse. En el mismo complejo de edificios donde se reunía el Directorio de la OPAL, otros grupos trabajaban para impedir que Alemania y el Reino Unido supieran de lo que Stalin decía o de lo que el Politburó pensaba. Esa tarea, sin embargo, nada tenía que ver con su preocupación, que era *un millón de bajas cada tres meses*. Con una amenaza de tal envergadura, ¿con qué cautela había que tratar al doctor Julius Baumann? Como Dershani aconsejó, tenían que sacar partido de sus oportunidades, y si el hombre estaba paralizado por el terror o por la furia era asunto de Szara el manejarlo. Si Szara no sabía, ya encontrarían a alguien que lo hiciera. No estaban allí para ser amables con los espías, y mucho menos con el agente encargado del caso.

—Entonces estamos de acuerdo —concluyó Kurowa. Hubo gestos de asentimiento alrededor de la mesa.

Aquella noche, el radiotelegrafista de la plaza Dzerzhinsky abrió su frecuencia a la 1.33 de la madrugada, hora de Moscú, como estaba previsto para aquel día. Tropezó con un vecino, un tonto cachazudo que desde alguna parte enviaba grupos de cinco dígitos como si dispusiese de toda la eternidad para hacerlo. El radiotelegrafista maldijo en voz baja, lleno de irritación, acarició el sintonizador hasta encontrar una estrecha banda privada en silencio, y empezó a lanzar su señal a su inefable y anónimo colega de París, con el cual, sin embargo, se sentía tan familiarizado. *París*, pensó, *una ciudad que nunca veré*. Cosas del destino. Por eso, para compensar esa mala suerte, puso un poco de su alma en el mensaje y voló espiritualmente a través del continente dormido en compañía de sus números secretos.

Goldman le había dicho «¡Sé periodista!», así que Szara le hizo caso, aunque a disgusto. Se agenció una habitación amplia y oscura en la rue du Cherche-Midi (la calle que buscaba el sol, y que no solía encontrar), a medio

camino entre el ruidoso Montparnasse y el Saint-Germain de los artistas de moda; cuando salía a la calle, doblaba a la derecha para comprar un pollo, a la izquierda para comprar una camisa. Bebía vino y comía ostras en el «Dome», un corral ruidoso lleno de artistas de los dos sexos, así como de los que acudían a verlos, depredadores que olían el dinero de estos últimos, de *petits bourgeois* que celebraban sus cumpleaños y decían «¡Ah!» cuando la comida llegaba a la mesa y —a éstos sólo los advirtió con el tiempo— un sorprendente número de personas bien vestidas y de aspecto bastante interesante, de los que sólo se podía decir que iban a comer al «Dome». Simplemente, parisienses.

Szara asistió a alguna sesión del Senado, se dio una vuelta por el juicio del asesino de la semana, repasó con la mirada a las mujeres en las librerías, y se dejó ver en ciertos *salons*. Allí donde hubiera periodistas, allí estaba Szara. De vez en cuando pasaba por las oficinas de *Pravda*, recogía uno o dos recados telefónicos y si en alguna ocasión desaparecía de la vista de todos durante uno o dos días..., bien, eso lo hacía mucha gente en París. Szara estaba encargado de una red de espionaje, sólo Dios sabía lo que los demás hacían.

Los días que Ilya Ehrenburg no estaba en la ciudad, André Szara era el periodista soviético preeminente en París. Las anfitrionas de la ciudad se lo daban a entender sin rodeos cuando le llamaban por teléfono: «Es terriblemente tarde, lo sé, pero ¿podría venir?». Iba, y Ehrenburg nunca estaba. En el último momento habían llamado a Szara como sustituto del Periodista Soviético del salón, al lado de la Bailarina Trágica, el Zoquete Norteamericano Rico, el Abogado Chanchullero, el Aristócrata Sexualmente Peculiar, el Político Cínico y todos los demás, como el conjunto de las cartas del tarot, pensaba Szara. Prefería, sin duda, las veladas sociales en los apartamentos de amigos, reuniones espontáneas donde se discutía de política, de arte y de la vida, en la casa de la rue du Bac de los Malraux, otras veces en la de André Gide, en la rue Vaneau, y algunas, también, en el apartamento de Ehrenburg, en la rue Cotentin.

Sentía celos de Ehrenburg, que ocupaba un lugar superior al suyo en la escala social y literaria, y cuando se veían, la amabilidad y la cortesía de Ehrenburg le mostraba, servían sólo para empeorarlo más. El problema no era tanto la propia escritura de Ehrenburg, tampoco la dicción, sino su acertada mirada sobre un detalle que resumía toda una historia. Como corresponsal en la Guerra Civil española, Ehrenburg había descrito las diferentes reacciones de los perros y los gatos durante los bombardeos aéreos: los perros en busca

de refugio se acercaban a sus amos cuanto podían, mientras que los gatos saltaban por las ventanas, alejándose al máximo de los humanos. Ehrenburg sabía captar las emociones del lector mejor que él, y ahora que había dejado de ser su competidor efectivo, cosas tan buenas como ésa lo deprimían. Se rumoreaba que Ehrenburg hacía favores al *apparat*, pero si los hizo, Szara nunca tuvo pruebas de ello, y sospechaba que los contactos de Ehrenburg estaban más arriba, en el Comité Central, lejos de su modesto alcance.

Un jueves de mayo, por la noche, Szara fue por casualidad al apartamento de Ehrenburg y se encontró con André Gide que, en plena inspiración, disertaba morosamente sobre un punto de filosofía literaria. Para apoyar su punto de vista, Gide cogió una galleta de perro de una fuente que había encima de la mesa de la cocina y la usó para trazar unas líneas en el aire. El perro de Ehrenburg, una mezcla de terrier spaniel llamado *Bouzou*, estudió la trayectoria de la galleta durante unos instantes, luego saltó en el aire y, de un bocado, arrebató con toda limpieza la galleta de los dedos de Gide. Imperturbable, éste cogió otra galleta y continuó su disertación. *Bouzou*, también imperturbable, repitió la hazaña. Una muchacha, sentada junto a Szara, se inclinó hacia éste y murmuró en su oído: «*C'est drôle, n'est-ce pas?*».

Oh, sí. Muy divertido.

Eclipsado por el perro de Ehrenburg, pensó y de inmediato se odió por ese pensamiento. *¡Ingrato! Escucha lo que Gide dice cómo la Humanidad se pierde en medio de la futilidad de la vida; cómo su destino trágico-cómico es, si así puede describirse, ha sido y será siempre... una palabra francesa que no recuerdo. Ah, pero todo el mundo sonrío juicioso y asiente; es evidente que su penetrante visión resulta asombrosa.*

Qué veladas. Vino y ostras. Tartas heladas. Mujeres perfumadas que se acercaban a decirte alguna cosilla con aire casi íntimo y te rozaban el hombro. El viejo Szara se extasiaba y sentía el corazón ligero. No todo eran rosas, por supuesto. La ciudad era famosa por sus mezquinas y rebuscadas humillaciones —¿no se había forjado Balzac una carrera con semejante guerra social?—, y Szara se conocía como la clase de individuo que se tomaba esas cosas a pecho, que dejaba que se le hiciese esa mala sangre que luego creaba malignos anticuerpos. Pero, dentro de todo, se decía, había tenido suerte. Las purgas se habían llevado a dos tercios de los escritores rusos, pero él estaba en París. ¡Ojalá todo el mundo no tuviera más problemas que los celos por un colega periodista y la obligación de trabajar un poco por la noche!

Miró su reloj. Se puso en pie, esbozó una sonrisa y se volvió para irse.

—La hora de las brujas y el misterioso Szara nos abandona —dijo una voz.

Giró sobre sus talones y puso una expresión compungida.

—Mañana he de trabajar temprano. Una escena que ha de contemplarse al alba.

Un coro de buenas noches y al menos una sonrisa incrédula lo acompañaron hasta la puerta.

Caminó unas pocas manzanas hasta el límite del distrito Séptimo, ocioso, cruzando repetidamente el bulevar de un lado a otro; luego cogió un taxi de la cola frente al Metro de Duroc y dijo al conductor que se apresurara y lo llevara a la Gare Saint-Lazare. Allí corrió, cruzó la estación —*se le escapa el tren*— y luego, cogió otro taxi que vio a la salida de la rue de Rome; pidió que lo llevara a la Gare d’Austerlitz.

—Sin prisas —le dijo al taxista—. Tendrá una buena propina si da un rodeo.

Una orden inusitada, pero atendida, y mientras el taxi se desviaba de su camino, Szara se recostó perezosamente en el asiento trasero, en una postura que le permitía vigilar la calle que quedaba a su espalda por el retrovisor del conductor. En la estación de Austerlitz, volvió a cambiar de taxi, luego lo despidió en el boulevard de la Gare y cruzó el Sena, hasta hallarse en el extremo este de París, donde las vías del tren se dirigen hacia el sudeste, entre la Gare de Lyon y los tinglados de *commerçants* de vinos en el distrito de Bercy. Se había convertido, en el curso de estos ejercicios clandestinos, en lo que él creía *el otro Szara*, un *alter ego* de la medianoche, un tipo con impermeable en mitad del puente, sobre los ordenados apartaderos de Bercy, que huía del resplandor amarillento de una farola. *Y aquí, pensó, Monsieur Gide, Monsieur Ehrenburg, Maestro Bouzou, disponemos de una clase muy diferente de antídoto contra la futilidad de la existencia.* Un mercancías jadeó bajo el puente, y, a su paso, el blanco vapor de la locomotora se esparció sobre el terraplén. Le gustaba el olor a quemado de los apartaderos del ferrocarril, el lejano golpe de los topes de enganche, el brillo del laberinto de acero de los raíles, que surgían y desaparecían hasta el infinito, la apagada explosión de la descompresión de una locomotora ociosa. Miró su reloj, la una y veinte; caminó distraído, como un hombre que piensa en sus cosas, hasta el final del puente y llegó a la calle en el momento en que un «Renault» cuadrado se detenía. Le abrieron la portezuela y se acomodó junto al

conductor; mientras cerraba, el coche arrancó y enfiló el vacío bulevar. Ya era hora, pensó, dándole un viso artístico a su manera.

—*Et bon soir, mon cher* —dijo el conductor con tono alegre.

Era SILO, el jefe de grupo Robert Sénéschal, ejemplo perfecto de joven francés abogado y comunista. Como tantos franceses, representaba su papel en la vida de forma teatral. El cabello de punta, la sonrisa agria, los guantes de piel de cerdo y el cuello del impermeable levantado hubieran hecho las delicias de un director de cine. Szara se sentía atraído por él. El encanto de Sénéschal, su valor generoso, le recordaban su propio estilo diez años antes: confiado, seguro de sí mismo, divertido por el melodrama de la vida clandestina, pero escrupuloso cumplidor de sus exigencias.

Szara miró en la guantera y retiró un grueso sobre de papel manila. Desató la cuerda y repasó el montón de papeles, inclinándolos a un lado y a otro para poder leer a la luz de las farolas del bulevar. Retuvo una página con doce palabras, cuyas letras, exageradamente grandes, parecían trazadas de forma tortuosa. Trató de descifrar el alemán en que estaban escritas.

—¿Has sacado algo en limpio de esto?

—Parece una carta de su hermana.

—Roba un poco de cada sitio.

—Sí, pobre ALTO. Coge lo que le parece importante.

—¿Qué es *Kra... Krai...?*

—*Kraft. Kraft durch Freude*. Creo que dice. «Fortaleza por medio de la alegría», el nombre de los clubes de recreo nazis para trabajadores.

—¿Y qué se puede hacer con esto?

—Me parece que he podido aclararlo. Su hermana que vive en Lübeck se va de crucero a Lisboa en uno de los barcos que tienen alquilados, sólo cuesta unos pocos reichmarks y está muy ilusionada con el viaje después de las exigencias de su trabajo. ALTO ha escrito también los números de teléfono de los encargados de la oficina del agregado.

—Eso les gustará. En cuanto a la carta...

—Yo sólo soy el cartero.

Sénéschal giró el volante y se mezcló con el tráfico del *rond point* de la place Nation. Aunque la noche de mayo era fría, las terrazas de las cervecerías estaban llenas de gente que bebían, comían y charlaban, manchas blancas difuminadas de rostros y luces ambarinas barridas al paso del «Renault». Sénéschal adelantó un camión destartado del mercado, impidiendo que un agresivo «Citroen» hiciera lo mismo.

—Chúpate esa —dijo en tono triunfante.

ALTO era un muchacho de dieciséis años, conocido por el apodo checoslovaco de *Dolek*. Su madre, a quien Sénéschal había observado en secreto y calificado de «encantadora», vivía con un comandante alemán que trabajaba en la oficina del agregado militar. Empezaron su aventura amorosa cuando el comandante estuvo destinado en Bratislava y siguieron juntos al ser trasladado a París. Hijo de una anterior relación amorosa, *Dolek* sufría una enfermedad del sistema nervioso: articulaba mal las palabras, lo que hacía que costara trabajo entenderlo; cojeaba, tenía un brazo doblado inmovilizado contra el pecho y la cabeza se le apoyaba en un hombro. Su madre y el amante de ésta, embriagados por la perfección física de sus propios cuerpos, no podían sufrir al muchacho y se avergonzaban de él, así que lo mantenían oculto todo el tiempo que podían. Lo trataban como si fuese un retrasado mental que no entendiera lo que hablaban de él. Pero no era un retrasado, se enteraba de todo y, con el tiempo en su interior nació y creció una rabia desesperada que exigía venganza. Abandonado en la soledad del apartamento, copiaba lo mejor que podía, y con un enorme esfuerzo, los documentos que el comandante se llevaba a casa, y que dejaba en su cajón del escritorio. No apartaba ninguno de ellos ni siquiera los escritos privados del comandante — de ahí la carta de la hermana—; *Dolek* los copiaba también. Unos meses después del traslado a París, lo habían encerrado con llave en el apartamento mientras su madre y el comandante pasaban un fin de semana en una casa de campo. Consiguió abrir la puerta y se arrastró hasta la sede del Partido comunista, donde una enfermera, ocupada en hacer pancartas para una manifestación de trabajadores, escuchó su historia con simpatía. Algo de esto llegó a oídos de Sénéschal, el cual fue a visitar al muchacho mientras su madre y el amante estaban trabajando.

Szara suspiró y devolvió la hoja de papel al sobre. El «Renault» giró hacia una calle lateral a oscuras y se pudo ver el interior de un apartamento, cuyas ventanas tenían las cortinas descorridas, iluminado de tal manera que la habitación parecía bañada en luz dorada.

—¿Sigues con la idea de irte con Huber a Normandía?

—Ése es el plan —contestó Sénéschal—. Hacer el amor y comer manzanas con nata.

Szara se sacó un fajo de billetes de cincuenta francos del bolsillo y se lo entregó por encima del volante.

—Id a un buen restaurante.

—Gracias —dijo Sénéschal alegre al tiempo que cogía el dinero.

—Queremos que sepas que te apreciamos —dijo Szara, y calló unos momentos—. No creo que estés muy enamorado.

—Si quieres que te diga la verdad, es *curieux*. La gordita niña nazi que se mueve y se corre... y yo, mientras cerrando los ojos con pasión.

Szara sonrió. No era para tanto, aunque había cierto tono de mártir en la voz de Sénéschal, como si quisiera decir *¡que yo haya llegado a esto!*

—Las masas puestas en pie te aclaman por tu contribución a la construcción del socialismo.

Sénéschal se echó a reír y Szara vio con satisfacción que la broma había surtido efecto. Ser divertido le resultaba siempre lo más difícil cuando hablaba un idioma que no era el suyo; algunas veces los franceses se lo quedaban mirando, confundidos, *¿qué quiere decir este hombre?*

Lötte Huber era una alemana gordita, empleada en la Misión Comercial alemana. Sénéschal, cuando trabajaba con su amigo, el abogado Valais, que ayudaba a diversas empresas alemanas a obtener permisos de residencia y a salvar las infinitas complejidades de la burocracia francesa, «conoció» a Huber al sentarse junto a ella y una amiga en el teatro. Durante el entreacto, los cuatro iniciaron una conversación y luego, al acabar la obra, se fueron a tomar unas copas. Sénéschal se presentó como el joven vástago de una familia rica y aristocrática y sedujo a la empleada, a la que después propuso matrimonio. Para enojo suyo, sus nunca vistos «padres» se opusieron de manera categórica a tan desigual unión. Luego le dijo a ella que se había separado de su familia, renunciando a la vasta herencia que le correspondía, y que todo lo sacrificaba por su querida Lötte. Una vez pasada la tormenta, su decisión era abrirse camino por sí mismo en la vida, supuestamente en un modesto empleo del Ministerio de Exteriores francés. Pero sólo podrían reunir lo necesario para casarse —le confesó— en el caso de que consiguiera ascender en su carrera, lo cual ocurriría si ella le proporcionaba información provechosa sobre asuntos y personas de la Misión Comercial alemana. Enamorada como estaba, ella le contó todo tipo de cosas, más de lo que creía, porque el Servicio de Inteligencia de la Gestapo, el SD, ocupaba algunos puestos en la Misión como cobertura de sus agentes, individuos que extendían sus contactos más allá de los meros asuntos comerciales.

Cuando esta información se sumó a la que Valais proporcionaba —los recién llegados necesitaban *cartes de sejours*—, el *apparat* pudo seguir con bastante eficiencia la pista a los agentes de los Servicios de Inteligencia alemanes y saber quiénes eran los traidores franceses, las operaciones que organizaban contra terceros países y los detalles de los objetivos alemanes en

Francia y en otros países europeos. Sénéschal se había ganado con creces su fin de semana en Normandía.

El dinero no era un soborno en forma alguna —Sénéschal estaba movido por el idealismo—, sino el simple reconocimiento de que un jefe de grupo apenas disponía de tiempo para ganarse la vida en un trabajo normal.

Sénéschal bajó el cristal de la ventanilla del «Renault» y encendió un cigarrillo. Szara cerró el sobre y fue leyendo el nombre de las calles en los edificios de las esquinas para enterarse de dónde se encontraba, no sabía bien el lugar, pero la proximidad de la base en la calle Delesseux servía a sus propósitos. Sénéschal era su válvula de cierre: los que trabajaban para él no conocían la existencia de Szara; él mismo lo conocía sólo por *Jean Marc*, y no tenía idea de su verdadero nombre, dónde vivía ni la localización de la radio o los pisos de seguridad. Las reuniones se fijaban en sitios diferentes cada vez, con citas *a posteriori* para el caso de que a uno de los dos le fuera imposible acudir a la anterior. Si la red tuviese que suspender sus actividades, Sénéschal acudiría a tres lugares distintos en horas distintas sin encontrar a nadie en ellos, y ése sería el final. Por supuesto, el *apparat* podría localizarlo más tarde si lo consideraba necesario.

—¿Algo que quieras, o que necesites? —preguntó Szara dispuesto a despedirse.

Sénéschal negó con la cabeza. En aquel momento, a Szara le pareció que era un hombre feliz, que hacía lo que deseaba sin ninguna reserva, aun cuando por su seguridad no pudiera compartir ese lado de la vida con nadie más. En repetidas ocasiones, Szara sospechaba que muchos idealistas atraídos por el comunismo eran personas que en su interior sentían la necesidad de la vida clandestina.

—¿Sigue igual que antes la situación de LICHEN? —preguntó Szara.

LICHEN era una prostituta, morena y llamativa, de origen vasco, que había huido de la Guerra Civil española. La utilizaban para poner en situaciones comprometidas al personal alemán de bajo nivel, pero tenía que contribuir con algo más que el entretenimiento sexual de chóferes nazis.

—Sí. Madame ha cogido la gonorrea y no da golpe.

—¿La ha visto un médico?

—Se le ha dado dinero para que se visite. Si luego va o no, lo ignoro. Las putas hacen las cosas a su manera. Una dosis de vez en cuando las pone en forma por un rato, y a ella no le importa en realidad.

—¿Algo más?

—Dejaron un mensaje para ti en mi bufete. Está dentro del sobre, con los informes.

—¿Para mí?

—Dice *Jean Marc* en el sobre.

Aquello era poco frecuente, pero Szara no quiso darle importancia delante de Sénéschal. Todavía condujeron en silencio durante un rato, por un bulevar Beaumarchais desierto después de pasar ante el enorme pastel de bodas que acogía el Circo de Invierno. Sénéschal disparó con los dedos el cigarrillo por la ventanilla y bostezó. La luz del semáforo se puso roja y el «Renault» se detuvo junto a un taxi vacío. Szara le dio una pequeña tira de papel con el lugar, la hora y la fecha de la siguiente reunión.

—Que pases bien el fin de semana —dijo luego. Salió de un salto del «Renault» y se deslizó como un gato en la parte trasera del taxi, ante la sorpresa del conductor.

—Gire a la derecha —le dijo en cuanto la luz se puso verde. Luego miró cómo el coche de Sénéschal se perdía a lo lejos en el bulevar.

Eran poco más de las tres de la madrugada cuando Szara llegó a la tercera planta de la casa de la rue Delesseux. Kranov había terminado ya sus tareas radiotelegráficas de la noche y Szara disponía de la sala para él solo. Antes que nada sacó el sobre dirigido a *Jean Marc*. Dentro había un rectángulo de papel con el dibujo ciclostilado de un hombre barbudo ataviado con una armadura romana, una estrella de seis puntas en el yelmo y delante, una daga. Era un billete que daba derecho a su poseedor al asiento 46 del teatro en el sótano de la sinagoga de la rue Muret, el día dieciocho del mes de Iyyar del año 5698, a las diecinueve treinta, para asistir a la representación anual del *Lag b'Omer*, por la compañía juvenil de la sinagoga. Ésta se hallaba en el corazón del Marais, el *quartier judío* de París. Para los no familiarizados con la fecha impresa en la invitación en una esquina habían garrapateado 18 de mayo.

Szara se lo guardó en el bolsillo, mientras se preguntaba la próxima sorpresa. Acudir al agente de una red para comunicarse con su delegado a través de él era un método inaudito, y si Abramov se enteraba de lo ocurrido seguro que se enfurecería; pero, hacía ya un tiempo que las manifestaciones exóticas no le hacían mella, y no iba a permitir que ésta le preocupara. Le habían enviado una entrada para la representación de una obra juvenil en una sinagoga. Pues bien, iría a verla.

Una hoja de papel fino, con los mensajes llegados la noche anterior de Moscú, ya descifrados, aguardaba sobre la mesa, y eso sí que le preocupaba. La dificultad no estaba en la red SILO —algunas de las respuestas a las preguntas del Directorio seguramente se encontraban dentro del sobre que Sénéschal le había entregado—, sino en el mensaje referido a OTTER, el doctor Baumann. Moscú quería que lo expresara. Sin contemplaciones. Y en seguida. No cabía otra interpretación de sus intenciones, incluso en el lenguaje conciso e impersonal de los mensajes cifrados. La primera impresión era que querían convertir la fábrica de Baumann en lo que los rusos llamaban un *nido de espías*, si no, ¿a qué venía tanto interés por el personal? Porque, pensándolo bien, lo que esperaban era una conflagración. Los agentes del espionaje soviético no se andaban con remilgos. Los desastres servían sólo para que fueran más fríos, como había podido experimentar por sí mismo. El Departamento Exterior del NKVD —ahora denominado Primer Directorio Jefe— disponía de un centenar de ojos en Alemania. ¿Qué es lo que veían venir? Fuera lo que fuese, no creían que Baumann saliera con vida.

Con algo de esfuerzo recuperó la calma, se concentró en el trabajo y vació el sobre de papel manila sobre la mesa. La lista de Valais de las solicitudes alemanas para permisos de residencia no planteaba problema alguno y se limitó a copiarla. El material procedente de ARBOR —Lötte Huber— era breve, porque Sénéschal lo había resumido en lo esencial, y Szara se encontró con el trabajo hecho: la Misión Comercial alemana estaba tanteando el mercado francés de la bauxita (es decir, del aluminio, lo que significaba fuselaje de aviones), del fósforo (bengalas, granadas de artillería, balas trazadoras), del cadmio (que no le decía nada) y una variedad de productos de consumo, en particular café y chocolate. Del informe de ALTO —Dolek—, incluyó la lista revisada de teléfonos de la oficina del agregado, pero eliminó la carta que el comandante había recibido de su hermana en Lübeck. En cuanto a él mismo, informó al Directorio de su entrevista con el jefe de Grupo SILO, que le había entregado fondos y que había recibido el informe de que LICHEN no funcionaba por estar enferma.

Después rompió los originales de SILO, quemó los pedazos en un cenicero de cerámica, bajó al vestíbulo, arrojó las cenizas al retrete y tiró de la cadena. Casi todos los que tenían algo que ver con el espionaje conocían la historia del agente novato: se le habían dado instrucciones de que quemara sus papeles o los rompiera, y luego tirara los restos al retrete. Nervioso y confundido por el enorme rimerero de papeles que llevaba, los tiró al retrete y

les acercó una cerilla encendida; entonces vio horrorizado, que las llamas prendían en la madera del asiento.

Regresó a la oficina de radiotelegrafía, y el gran despertador de la mesa de trabajo de Kranov sonó a las cuatro y cuarto de la madrugada. Szara se sentó a la mesa y encendió un cigarrillo; la tapada ventana no le dejaba ver el menor cambio de luz, pero pudo oír el trino de un pájaro afuera. Pensó en los cientos de agentes repartido por toda Europa que habían terminado su trabajo nocturno, como él, y que se sentían invadidos por el mismo malestar que precede al amanecer: la inutilidad de pensar, el desasosiego de haber olvidado algo, una mente que se resiste a descansar... Era imposible dormirse.

Después de ordenar el paquete de hojas de fino papel, empezó a divagar. No podía desechar de su mente el recuerdo de la caligrafía de *Dolek*, las exageradas letras perfectamente modeladas, los sucesivos trazos del lápiz. Tampoco lo que la carta decía, sobre todo en lo que hacía referencia al crucero de Kraft durch Freude. Imaginó cómo serían los trabajadores que embarcarían para Lisboa.

Queridísimo Schätzchen —pequeño tesoro— escribió. *Quiero invitarte a una excursión especial que mi club Kraft durch Freude ha organizado.*

Añadió algo más, en tono sensiblero, pavoneándose, y luego firmó *Hans*. Lo borró y puso *Hansi*. Luego probó con *tu dulce Hansi*. No, era demasiado. Con *Hansi* bastaba.

¿Qué haría Marta si recibiese una carta como ésa? Al principio pensaría que se trataba de una broma de mal gusto. Pero ¿qué ocurriría si se las arreglaba de forma que ella advirtiera que era él quien le escribía? Odile podría echarla en un buzón de Hamburgo, y así eludiría el control de los inspectores postales de correspondencia extranjera. Iría dirigida a ella personalmente, y la firmaría con un alias lo bastante revelador. Podría embarcar en el crucero para Lisboa. Aunque debería pensarlo muy bien. No fuese a cometer un error irreparable.

Pero, en principio, ¿por qué no?

La noche del 18 de mayo se presentó fría y nublada. Sin embargo, en el sótano de la sinagoga de la rue Muret hacía el suficiente calor como para que las mujeres que se encontraban allí hubieran necesitado sacar los pañuelos perfumados de sus brillantes bolsos de piel. Se dio cuenta pronto que aquello no era una sinagoga excesivamente ortodoxa, ni tampoco tan pobre como le pareció a primera vista. Bien hundido en lo más lóbrego de una calleja

tortuosa del Marais, el edificio parecía inclinarse en todas las direcciones posibles, y, en la cubierta, la alineación de las tejas semejava los torcidos renglones de una página escrita. Pero el sótano albergaba hombres y mujeres bien vestidos, probablemente los padres de los niños que actuaban, además de familiares y amigos. Las mujeres parecían más francesas que judías, y, aunque Szara, precavido, se había comprado un *yarmulke* (ya le rembolsaría el Directorio de Moscú por eso), dos o tres hombres de los allí presentes iban con la cabeza descubierta. Había algunos coches estacionados afuera, subidos en parte a la acera, y Szara pudo comprobar por las matrículas que algunos miembros de la congregación vivían lo bastante bien como para residir en las cercanías de París, aunque seguían fieles a su sinagoga de la rue Muret, una calle que conservaba un aire y un aroma distintos, propios de su origen medieval.

Szara esperaba reconocer al ocupante del asiento 47 o 45, pero la silla de su derecha rebosaba con el volumen de una matrona cubierta de anillos de oro, mientras que a su izquierda, al otro lado del pasillo, se sentaba una quinceañera morena con un vestido estampado. Había llegado temprano, le habían dado un programa y esperaba, paciente el contacto. Pero nadie apareció. Por último, las cortinas se descorrieron y en el escenario apareció Pierre Berger, de diez años, con una armadura de cartón, en el papel de Bar Kochba, el judío rebelde de Judea del año 132 de la Era cristiana, en el momento de intentar que su amigo Lázaro se le uniera para combatir a las legiones del emperador Adriano.

BAR KOCHBA (*señalando al techo*): ¡Mira, Lázaro! Allí, hacia el este. ¡Allí está!

LÁZARO: ¿Qué es lo que ves, Simon Bar Kochba?

BAR KOCHBA: Veo una estrella. Más brillante que las otras. La estrella de Jacob.

LÁZARO: ¿Como en la *Torá*, «una estrella de Jacob, el cetro de Israel»?

BAR KOCHBA: Sí, Lázaro. ¿La ves? Significa que nos liberaremos del tirano Adriano.

LÁZARO: Siempre estás soñando. ¿Cómo lo conseguiríamos?

BAR KOCHBA: Con nuestra fe, nuestra sabiduría y la fuerza de nuestra mano derecha. Y tú, Lázaro, serás mi primer soldado, pero antes has de pasar la prueba de la fuerza.

LÁZARO: ¿Una prueba?

BAR KOCHBA: Sí. ¿Ves ese cedro de ahí delante? Debes arrancarlo de la tierra, así demostrarás que tienes la fuerza necesaria para unirme a nuestra rebelión.

Mientras Lázaro cruzaba el escenario hasta un cedro de papel sujeto con alfileres a un árbol de trapo, el comentario hecho por una abuela fue censurado con un fuerte siseo. Lázaro, un niño gordezuelo, de rojas mejillas —el maquillador se había excedido con el colorete—, vestido con una túnica azul oscura, resopló y resolló en su pelea para abarcar el árbol. Por fin lo elevó por encima de su cabeza y fue a depositarlo al lado de Bar Kochba.

El drama, *La estrella de Jacob*, siguió su curso, tal como Szara lo recordaba desde sus días en los *cheders* de Kishinev y Odesa. Unas curiosas fiestas, Lag b'Omer, que rememoraban innumerables acontecimientos de toda la tradición judía, y que se celebraban de muchas maneras. Unas veces como Festival Escolar, en recuerdo de la muerte de los estudiantes del Rabí Akiva a causa de una epidemia, o para celebrar el primer día de la caída del maná, como se describe en el libro del Éxodo. Era el día en que a los hijos de los judíos ortodoxos se les cortaba el cabello por primera vez al cumplir los tres años, o bien un día de bodas. Pero en los recuerdos que Szara guardaba de la Polonia oriental, era, sobre todo, el día en que los niños judíos jugaban con armas. Arcos y flechas de juguete por todas partes; luego, durante su propia niñez, fusiles de madera. Szara recordaba perfectamente su rifle de Lag b'Omer, que él y su padre habían tallado de una rama desprendida de un olmo. Szara y sus amigos se perseguían por las fangosas calles de su barrio; libraban batallas, vigilaban desde las esquinas y gritaban «cra-cra» mientras hacían como que disparaban, una imitación bastante aceptable de lo que los críos habían escuchado en la vida real.

Los niños que tenía delante eran diferentes, pensó mientras los miraba. Más mundanos, miniaturas de parisienses con nombres parisinos: Pierre Berger, Moïse Franckel, Yves Nachmann y, destacando por encima de todos, la hermosísima Nina Perlemère, en el papel de Hanna —inspiración de los rebeldes de Bar Kochba cuando se resisten a arrastrarse por los pasadizos subterráneos de Jerusalén para atacar a los legionarios—, enarbolando al aire su espada de cartón e hiriendo el corazón de Szara con su valentía.

HANNA: Que nadie desespere. Primero rezaremos, después cumpliremos con nuestro deber.

La niña, aun siendo bonita, era sobre todo una guerrera. Sus palabras provocaron aplausos espontáneos aquí y allá, y que un centurión romano apareciera detrás de las cortinas para mirar con sus gafas de montura azul. Hubo un pequeño revuelo a la izquierda de Szara cuando la niña del vestido estampado se levantó y salió al pasillo para que el general Yadomir Bloch ocupara su lugar. Bloch se inclinó para estrechar levemente la mano izquierda de Szara con su derecha.

—Lamento llegar tarde —cuchicheó—. Hablaremos después de la función.

No pudo decir más porque empezaron a sisear desde la fila de atrás.

Bloch lo condujo por la oscuras calles del Marais hasta un restaurante polaco que había en la segunda planta de una casa apuntalada por viejas vigas de madera apoyadas en la acera. La diminuta sala estaba iluminada con velas, no para crear ambiente, sino para suplir la falta de electricidad en el edificio; Szara olió el queroseno empleado en la cocina. Después de leer con dificultad el menú escrito con tiza en la pared, pidieron media botella de vodka polaco, tazones de *tschav* —sopa de acedera— una fuente de rábanos, pan, mantequilla y café.

—La pequeña que hacía de Hanna —dijo Bloch, mientras se acompañaba de movimientos de admiración con la cabeza— me recuerda a una niña de Vilna que conocí cuando yo era un muchacho; tenía once años y se la comían con los ojos. Espero que no te haya molestado tener que ver la obra.

—Oh, no. Me ha recordado el pasado. Los rifles de juguete del Lag b'Omer.

—Exactamente. Sí. Ésa era mi intención. Hombre soviético por aquí, hombre soviético por allá, pero no debemos olvidar quiénes somos.

—No creo que lo haya olvidado nunca, camarada general.

Bloch pellizó un trozo de pan moreno, lo mojó en la sopa y se inclinó sobre el tazón para comerlo.

—¿No? Eso está bien —dijo—. Son demasiados los que lo olvidan. Si uno demuestra un poco de orgullo sobre su origen, en seguida hay alguien que grita ¡*Nacionalismo burgués!* ¡*Fuera los sionistas!*

Después de acabar con el pan, se limpió la boca con una pequeña servilleta. Luego empezó a rebuscarse en los bolsillos hasta que encontró la hoja de un periódico doblada, que desplegó con sumo cuidado.

—¿Has oído hablar de Birobidzhan?

—Sí. —Szara esbozó una mueca de amargura—. La patria judía en Siberia o, por lo menos, la que Lenin quería. La versión leninista de Palestina, para retener a los sionistas en Rusia. Creo que unos cuantos miles fueron a parar allí, ¡pobre gente!

—Sí, allí se fueron. Un sitio triste, no cabe duda, pero es una propaganda efectiva. Aquí —señaló la página del periódico—, un judío alemán escribe sobre el tema: «Los judíos han penetrado en los bosques siberianos. Si se les pregunta sobre Palestina, se echan a reír. Hace tiempo que el sueño de Palestina quedó atrás en la historia, desde que en Birobidzhan hay coches, ferrocarriles, barcos de vapor, grandes fábricas con sus altivas chimeneas despidiendo humo... Estos colonizadores están fundando su hogar en las taigas de Siberia, no sólo para ellos, sino para millones de su estirpe, ¿...el año que viene en Jerusalén? ¿Que es Jerusalén para el proletario judío? ¡El año que viene en Birobidzhan!».».

Szara levantó su copa de vodka en un brindis de burla. Bloch volvió a doblar el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—Sería mejor que la gente no lo creyera —dijo.

Szara se encogió de hombros.

—Federalistas, comunistas, socialistas de izquierda y de derecha, tres clases de sionistas, y, sobre todo y a fin de cuentas, los judíos de los *shtetls* del límite, que dicen *no hagas nada, espera al Mesías*. Quizá no tengamos nada propio que decir pero, en cuanto a opiniones, somos ricos.

—Entonces tendrás la tuya.

Szara reflexionó un momento.

—Durante siglos hemos correteado por Europa como ratones asustados; quizás haya llegado el momento de encontrar, por lo menos, un agujero en la pared, y más ahora que parece que la población gatuna aumenta.

—Ya veo. —Bloch pareció satisfecho—. Ahora, un tema delicado. Tú tienes, según me han dicho, una magnífica oportunidad de escribir algo para una revista norteamericana; pero, hasta ahora, no has publicado nada. Puede que otros te hayan aconsejado que no lo hagas. Quizás alguien como Abramov, un hombre que admiras —un hombre que admiro, tenlo en cuenta—, te ha convencido de que, en realidad no vale la pena. Te pone bajo su protección, resuelve tus problemas con los georgianos, hace posible que vivas. Pero, por otro lado, tal vez haya algo que tú necesites, y quizá yo pueda ayudarte. O no. Tú eres quien tiene que decirlo. Puestos en lo peor, una

pequeña obra de teatro por una compañía juvenil en una sinagoga y un buen plato de *tschav* no es una noche perdida.

—Camarada general, ¿puedo hacerte una pregunta con plena libertad?

—Por supuesto que sí.

—¿Cuál es la verdadera naturaleza de tu negocio?

—Es una buena pregunta, y trataré de contestarte. Lo cierto es que me encuentro metido en varios negocios. Como tú, como todos nosotros. Yo estaba en el negocio del paraíso. Nos quitamos de encima al zar y sus pogroms para que hubiera un sitio donde los judíos, donde todas las personas, pudieran vivir como seres humanos y no como esclavos y bestias; lo que acabo de decir es una definición del paraíso y no la menos mala. Pronto vimos que ese paraíso necesitaba unas pocas almas caritativas que sirvieran de guardianes. ¿No ocurre siempre lo mismo en todos los paraísos? Por eso ofrecí mis humildes servicios. Y podría decirse que mi segundo negocio se convirtió en el GRU, el negocio de los Servicios de Inteligencia del Ejército. Para esta opción me sirvió el ejemplo de Trotsky, que se hizo soldado cuando fue preciso y cumplió bastante bien. Pero, aun así, el paraíso se ha escapado. Porque ahora tenemos un nuevo pogrom, dirigido, como tantos otros en la historia, por un campesino listo, experto en odio, que conoce su verdadero valor y que sabe cómo usarlo.

»Hay una farsa, André Aronovich, sobre nosotros, que se viene repitiendo desde hace siglos, y que ahora se representa de nuevo: al judío le acusan de ser astuto, y quien lo acusa es mil veces más astuto que cualquier judío haya podido serlo alguna vez. Así que, con pesar, este problema se ha convertido en mi tercer negocio, y ahora te he invitado al teatro y estamos cenando, como se estila en los negocios, para convencerte de que seas mi socio. ¿Qué es lo que ofrezco a mis socios? La posibilidad de salvar unas pocas vidas judías, lo que, evidentemente, nunca ha sido una mercancía de mucho valor, pero es que los judíos siempre se han abierto camino con actividades de ese tipo, comprando y vendiendo cosas baratas: trapos viejos, metales usados, huesos y grasas..., cosas que, como a ellos mismos, los demás no quieren. Y eso es, con toda franqueza, lo que puedo ofrecerte. ¿Peligroso? Por supuesto. ¿Puedes morir? Es probable. ¿Conocerá la historia tu heroísmo? Lo dudo. Veamos, ¿he conseguido persuadirte para que dejes cuanto hay de valor en tu vida y sigas a este feo y peculiar hombre hacia un destino inminente y terrible?

El general Bloch echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír a carcajadas. Era como una cascada. Contagiosa. Szara también rió, incapaz de contenerse.

Los demás comensales se volvieron a mirarlos, sonriendo nerviosos, un poco asustados de verse atrapados en un pequeño restaurante polaco con un par de locos. Ninguno de los dos podría explicarlo. De alguna manera, en ese edificio extraño, escondido y ruinoso, habían sido sorprendidos por lo absurdo de la situación, y semejante sensación era la causa de sus carcajadas.

—Que Dios me perdone por gozar de esta vida como lo hago —dijo Bloch, al tiempo que se enjugaba las lágrimas.

Una buena risa. Y útil además, porque, gracias a ella, Szara no tuvo que contestar a la pregunta de Bloch con un *no* inmediato. Después salieron juntos hacia el Metro. Bloch volvió a referirse a la obra de teatro, a la pequeña que hacía el papel de Hanna, ¿cómo se llamaba? ¿Perlemère? Sí, claro, Szara tenía razón, unas pocas semanas en la línea del frente y volvería a recuperar la memoria del agente entrenado. Perlemère, madreperla, en alemán sería Perlmutter. ¿De dónde sacan los judíos esos nombres? Pero, con independencia de cómo se llamara, ¿no era un tesoro?

¿No lo eran todos?

Incluso los de Rusia. Quizá no tan rápidos y listos como estos niños, pero brillantes y voluntariosos, pequeños optimistas; si los derribaban se levantaban fanfarroneando. Seguro que Szara los conocía: los hijos y las hijas de los judíos en las Universidades, en los despachos ministeriales y en el Cuerpo Diplomático, hasta en los Servicios de Inteligencia.

Esos niños. Los que no tenían hogar o sin padres. Los que comían en la oscuridad de los cubos de basura.

Mucho después de despedirse de Bloch, Szara continuó la conversación consigo mismo.

Escritor de nuevo, Szara se sentó en la cocina al mediodía; a través de la ventana que daba al patio le llegaba el olor de la comida que cocinaban en los otros apartamentos. Y luego, cuando la servían, oyó el tintineo de los cubiertos contra la porcelana y el solemne rumor de la conversación que siempre acompaña al almuerzo.

Iba a escribir una historia.

Luego tendría que desaparecer. Porque si el NKVD, se lo proponía, un seudónimo no le serviría como protección durante mucho tiempo.

¿Y dónde ir en esos días? ¿A Norteamérica, a Shanghai? ¿A Zanzíbar? ¿A México?

No, a Estados Unidos.

Alguna vez había conocido a gente en Moscú que había visitado Estados Unidos, a gente que había vuelto. Aquel hombrecillo que había trabajado en una fábrica de corbatas. ¿Cómo se llamaba? Se lo habían presentado en una fiesta. Szara recordaba su rostro agriado por la desesperanza. «Con el sombrero en la mano —le había dicho—. Siempre con el sombrero en la mano».

Szara quedó impresionado por esa imagen que ahora reaparecía mientras imaginaba su futuro. Se vio con Marta Haecht, cogidos de la mano como en un libro de cuentos. El loco huyó de París a medianoche y embarcó en El Havre. Diez días en el entrepuente, la estatua de la Libertad, la isla de Ellis. ¡Nueva York! Una confusión infinita, arrastrado por un mar de esperanzas y sueños, las aceras atiborradas de sus colegas aventureros, todo el mundo podía ser millonario si lo intentaba. Los centavos ahorrados para un traje nuevo; los despachos, editores, almuerzos, palabras de ánimo, esperanzas de éxito, luego, por último..., un conserje.

Conserje con un alias. Un *nom de mop*. La caricatura de un capitalista con un puro lo amenaza: «Tú, Cohen, ¿y esto es un suelo limpio para ti? ¡Mira aquí! ¡Y allí!». Con el sombrero en la mano, siempre con el sombrero en la mano. El inmigrante obsequioso, sonrisa tras sonrisa, el sudor corriendo en las axilas.

Pero ¿que iba a hacer en Shanghai? ¿O en Zanzíbar? ¿Dónde, además, *estaba* Zanzíbar? ¿O sólo existía en las películas de piratas?

En la mesa, ante él, una «Underwood» de segunda mano, comprada en una tienda de trastos viejos, sin duda el becerro de oro de algún novelista frustrado. Pobre cosa, tener que abandonarla en la esquina de una calle cualquiera; también debería huir de ella, una vez que escribiera las palabras prohibidas, con sus personajes tan peculiares e identificables. Szara, perezoso pulsó el teclado con sus dedos índices, en polaco, y añadió los acentos con un lápiz afilado.

Con el musical sonido de fondo de la hora de almorzar que le llegaba del patio, André Szara escribió una historia para la revista. *¿Quién era el misterioso hombre de la Ojrana? Se dice que existen ciertos documentos... tiempos revolucionarios en Bakú... intriga... rumores que no cesan... quizás en las alturas del actual Gobierno soviético... tradición del agent provocateur, se sabía que Roman Malinowsky, elevado a la jefatura del*

Partido Bolchevique en la Duma rusa, había sido agente de la Ojrana, al igual que el ingeniero Azeff, el cual encabezó la Batalla por la Organización del partido Socialista Revolucionario y, en 1904, organizó personalmente el asesinato de Plehve, ministro del Interior, con una bomba... desaparecido en Siberia... se dice que los archivos se quemaron en 1917, pero ¿ardieron todos? Estamos seguros de... ciertos secretos... una vez se conoce la identidad... que el curso de la historia será alterado, una vez más, quizá de forma violenta, por el hombre misterioso de la Ojrana.

Szara tenía anotada la dirección, escrita en clave personal, en una agenda. Buscó un sobre y mecanografió en él Mr. Herbert Hull, Editor, y el resto. A la mañana siguiente tendría tiempo de echarlo al correo. Siempre le gustaba dejar que ese tipo de artículos reposara un tiempo, para releerlos más tarde, con ojos frescos, por si había algo que necesitase cambiar.

Aquel atardecer dio un largo paseo. Si no otra cosa, se debía a sí mismo una seria reflexión. Quizás estaba dejando que el destino decidiera por él, pero si así era, no haría nada para impedirlo. Aquel día, París parecía una película sobre París. Un viejo tocaba su concertina y unos pocos aristócratas bailaban en la calle: los franceses suelen ser estirados como cuerdas de violín, hasta que deciden relajarse y entonces pueden mostrarse deleitosamente locos. O quizá fuese un día para algún rito especial —ocurría con frecuencia, y Szara nunca supo con exactitud de qué iba—, y se esperaba que todo el mundo hiciera lo mismo: comer un dulce en particular, comprar un ramo de determinadas flores, acudir a un baile al aire libre en los bulevares. Se cruzó con unos alborotadores callejeros: chaquetas holgadas, camisas negras, corbatas blancas, hombreras características; luego se tomó una cerveza belga en una barra de un café de la esquina. Una muchacha con una cabellera rubia, fluida como el aire, pasó junto a él y dijo algo deliciosamente incomprensible. Szara recordó y deseó a la muchacha de Berlín: era trágico vivir semejante noche sin poder compartirla. En busca de la luz perenne, una bandada de pájaros remontó el vuelo desde la aguja de una iglesia, rumbo al norte, y dejó atrás las nubes rojas de un cielo evanescente. Tanta maravilla le hacía daño. En su paseo se encontró ante la prisión de la Santé, y levantó la mirada hasta las ventanas preguntándose si alguien desde ellas, al ver el mismo cielo, saborearía la libertad de su propia vida. Se detuvo para comer una salchicha con un panecillo francés que compró a una anciana asomada a la ventana de

un quiosco. La mujer lo miró con ojos calculadores —conocía la vida—, y aquella mirada le confirmó que él haría lo que fuera más conveniente.

Odile regresó de su ruta de correo el 12 de junio. La información recogida por los agentes de Berlín, así como el material OTTER del doctor Baumann, habían sido fotografiados en microfilme en el sótano de una carnicería de Berlín; el carrete fue cosido dentro de una hombrera de su chaqueta para el paso por la frontera alemana y el trayecto en tren hasta París. La mañana del día 13, el carrete estaba revelado ya, y Szara, trabajando en la casa de la rue Delesseux, tenía la respuesta a su petición cuidadosamente expresada —los *datos periféricos* que le habían exigido, como si no tuvieran importancia— sobre la identificación de los empleados administrativos de la «Fábrica Baumann» y un esquema de sus personalidades. Baumann fue brusco:

PRODUCCIÓN FINAL PARA MAYO 5500. PROYECTAMOS PARA JUNIO 6100 BASADOS EN PEDIDOS EN FIRME. LOS OTROS DATOS QUE SOLICITA NO INCLUIDOS EN NUESTRO ACUERDO. OTTER.

Szara no sintió complacencia ante ese rechazo, pero tampoco sorpresa. La semana anterior había hecho un viaje de un día a Bruselas para reunirse con Goldman. La discusión lo había preparado para lo que el *resident* sospechaba que podía ocurrir, y preparó su mensaje de respuesta. Lo escribió en una hoja de papel que haría llegar a Baumann en el siguiente viaje de Odile a Berlín:

HEMOS RECIBIDO SUS CIFRAS DE MAYO/JUNIO QUE AGRADECEMOS COMO SIEMPRE. TODOS AQUÍ ESTAMOS PREOCUPADOS POR SU SALUD Y BIENESTAR. LA LISTA ANOTADA SE NECESITA PARA GARANTIZAR SU SEGURIDAD Y LE APREMIAMOS FIRMEMENTE PARA QUE SATISFAGA NUESTRA PETICIÓN SOBRE ESTA INFORMACIÓN. SÓLO NOS SERÁ POSIBLE PROTEGERLO, SI USTED NOS DA LOS MEDIOS PARA HACERLO. JEAN MARC.

Falso, pero persuasivo. Como Goldman aseguró: «Decir a alguien que vas a protegerlo es la manera más segura de que se dé cuenta que está amenazado». Szara levantó la mirada de su plato de fideos y le preguntó si Baumann no se encontraba en peligro. Goldman contestó con un encogimiento de hombros. «¿Y quién no lo está?», fue su respuesta.

Szara cogió otra hoja de papel y escribió un informe a Goldman que luego

sería retransmitido a Moscú. Supuso que Goldman, en su particular forma de evaluar las cosas, se protegería a sí mismo, a Szara y a Baumann, por ese mismo orden. Pasó el mensaje de Goldman a Kranov para que lo cifrara y lo telegraficara por la noche.

Szara consultó su calendario, hizo la anotación de la ruta de Odile para el 19 de junio, registró la transmisión recibida de Moscú y su próxima cita con Sénéschal, aquella misma tarde, que haría más tarde. Aplastó un cigarrillo y encendió otro. Se alisó el cabello con los dedos. Sacudió la cabeza para despejarse. Horas, fechas, números, códigos, planes, y alguien que podría morir si se equivocaba.

Una nueva hoja de papel.

Por medio de la autoridad portuaria de Lisboa se había informado de la fecha de llegada prevista, el 10 de julio, de un crucero de «Kraft durch Freude» procedente de Hamburgo. Si la misión correo de Odile era para el 19 de junio, Marta tendría tiempo de embarcar, en el supuesto de que hubiese sitio en el barco. Durante una hora estuvo trabajando en la carta. Tenía que ser sincera —Marta sentía un gran respeto por cierta clase de honradez—, pero Szara sabía que no debía mostrarse demasiado cariñoso. Ella aborrecía ese tono. Intentó ser despreocupado, *pasémoslo bien*, y romántico, *necesito estar a tu lado*, al mismo tiempo. Difícil. De pronto dio un respingo en la silla. ¿Dónde demonios iba a encontrar un sello alemán en París? Tendría que pedir a Odile que comprara uno cuando se bajara del tren en Berlín. ¿Debía confiarse a ella? No, mejor no. Era el Director delegado de la red, y eso parecería otra forma de comunicarse con un agente. Hasta el amor puede convertirse en espionaje, pensó. Pero, aparte de eso, ¿cuándo era su cita con Sénéschal? ¿Y dónde? Lo había anotado en alguna parte, pero ¿en qué sitio? ¡Santo Dios!

4.20 de la tarde. Hipódromo de Auteil. Junto a la barandilla, frente a la entrada de la sección D. Un lugar bien elegido para un *treff*: multitudes de paso, rostros anónimos; excepto cuando llueve, como esta vez. Szara advirtió de inmediato que él y Sénéschal acabarían por estar juntos y solos, a la vista de miles de personas lo bastante sensatas, que se habrían resguardado de la lluvia bajo la gran tribuna cubierta.

Qué negocio, pensó. Cuando Sénéschal apareció por la puerta de acceso, Szara silbó fuerte para llamar su atención. Sin decir palabra, ambos subieron

hasta la última fila de la tribuna; mientras, unos caballos se cubrían de barro al doblar la última curva de la pista.

—¡*Allez*, caballos de mierda! —exclamó con desaliento un anciano sentado en una localidad del pasillo.

Szara tenía la cualidad de percibir los cambios de humor, y en seguida se dio cuenta de que Sénéschal no se encontraba a gusto. El enredado cabello del abogado estaba empapado y húmedo el cigarrillo que llevaba entre los labios. A nadie le gusta mojarse, pero no era por eso. Tenía el rostro pálido y tenso, como si, sorprendido por algo, el optimismo lo hubiera abandonado.

Durante un rato contemplaron el galope de los caballos; la voz de un francés excitado que anunciaba la carrera, apenas se oía a través de un anticuado sistema de altavoces, lleno de carraspeos y ruidos de fondo.

—¿Un fin de semana difícil con *Fräulein*? —preguntó Szara en tono amistoso. Tenía la sensación de que la romántica excursión a Normandía no había resultado como el otro esperaba.

—No. —Se encogió de hombros—. No estuvo mal. Se entrega como una mujer enamorada. Hace cualquier cosa para agradarme, porque entre enamorados todo está bien. Cuando me ve poco apasionado, echa mano de sus trucos. Tú que eres hombre, *Jean Marc*, ya me entiendes.

—No resulta siempre fácil —dijo Szara—. Los humanos no son de acero, y eso incluye a los comunistas.

Sénéschal miró los ocho caballos que aparecieron bajo la lluvia para la siguiente carrera.

—¿Quieres que te demos un respiro? Podríamos inventarnos un viaje, algo relacionado con el Ministerio de Asuntos Exteriores. La crisis de Grecia, por ejemplo.

—¿Hay crisis en Grecia?

—Siempre la hay.

Sénéschal gruñó. No parecía interesarle mucho la idea.

—Desea que nos casemos. En seguida.

—No quiero pensar que no has usado...

—No. No es eso. Cree que van a despedirla, y que deberá regresar a Alemania caída en desgracia. Este fin de semana, después de muchos mimitos, suspiros y jadeos, hubo lágrimas. Una verdadera inundación. Se puso roja como un tomate y estalló. Llovía mucho allá arriba. Todo el fin de semana con las cortinas de las ventanas echadas. Lloraba a gritos y traté de consolarla, pero no había manera. Ahora, según ella, sólo puede quedarse en Francia si se casa. Conmigo. En cuanto a mi puesto en Exteriores y la

información que me pasaba..., bien, ¿qué se le va a hacer? Viviremos del amor, asegura ella.

—¿Te explicó lo que ha sucedido...?

—Parloteaba como una cotorra. Lo que saqué en limpio fue que su jefe, Herr Stollenbauer, está siendo presionado. Lötte se pasó toda la semana pasada recorriendo París en taxi, y dice que los taxistas de París la asustan, porque no había coches disponibles en la Misión. Dice que fue a todas las tiendas de prestigio de la ciudad: «Fauchon», «Vigneau», «Rollet»... los *traiteurs*^[5] más refinados, ¿sabes?, en busca de algo que se llama Rote Grütze. ¿Sabes de qué se trata? Porque yo no tengo ni idea.

—Una especie de salsa dulce. Hecha con frambuesa roja.

—Pues verás: quieren alquilar una casa, en las afueras. En Suresnes o en Maison-Laffite, algún sitio así. Según ella, no tienen inconveniente en pagar lo que sea, pero los *propriétaires* franceses se toman su tiempo, quieren papeles firmados, garantías bancarias, ahora esto, luego aquello. Tanta ceremonia enloquece a los alemanes; ellos creen que con dar el dinero todo está hecho. Piensan que los franceses se dejan sobornar, y no se equivocan, pero no entienden que, al tratarse de propiedades, son muy desconfiados. De lo que ella me contó, deduzco más o menos, lo que acabo de decirte. Y mientras más difícil está el asunto, más presionado se siente Stollenbauer y más le grita a ella. Lötte no está acostumbrada a ese trato, así que la solución es casarse, quedarse en Francia y, supongo, decirle a Stollenbauer que rescinde su contrato.

—Así que *alguien* viene a París.

—*Évidemment*.

—Alguien con un asistente que llama y dice «Oh, sí, y asegúrate de que el hombre tendrá su salsa Rote Grütze cuando coma su *pannkuchen*».

—¿Tengo que irme al bosque en busca de frambuesas?

Szara quedó horrorizado al ver que no había sombra de ironía en la pregunta de Sénéschal.

—No te preocupes —lo tranquilizó. Se dio cuenta de que Sénéschal estaba a punto de derrumbarse. Físicamente era valiente, eso Szara lo daba por descontado, pero la perspectiva de una vida diaria casado con Huber le destrozaba los nervios. Szara habló en tono autoritario—. Te casarás con la francesa de tus sueños, no con la *Fräulein*. Considéralo como una orden.

La información que acababa de oír era sugerente. Sus viejos instintos — los del periodista que huele una historia— se habían despertado con fuerza. De pronto, los caballos que se agitaban entre el barro le parecieron

triunfantes, símbolos de victoria: los ollares olfateando, el brillo de los flancos cuando coceaban. El asunto de la Rote Grütze resultaba bastante curioso, pero la búsqueda de una casa segura era *interesante*. Las Misiones Comerciales no buscaban casas seguras. Eso era asunto de la Embajada, una tarea que se encomendaba a los agentes de Inteligencia de la plantilla. Pero habían marginado a la Embajada, y eso indicaba un gran secreto un gran secreto significaba un pez gordo, y había que averiguar de quién se trataba. *Cámaras fotográficas*, pensó, *cualquier cámara fotográfica*. Tomó una decisión.

—No van a despedir a Huber —dijo—. Todo lo contrario. Stollenbauer caerá a sus pies. Y en cuanto a ti, el único problema que tendrás será encontrarte con una mujer triunfadora, una estrella de la escena, la pantalla y la radio. Una princesa. Exigente, supongo, pero no tanto que no puedas manejarla.

Merced a movilizarse al máximo, los contactos de Szara dieron su resultado a los pocos días.

Se localizó un *traiteur* alsaciano; una sonriente Lötte Huber salió de su establecimiento, seguida de un taxista, jadeante bajo el peso de dos cajas de salsa Rote Grütze en vasijas de barro, especialmente diseñadas por el comerciante. También estaba a su disposición para ofrecerles *weisswurst*, *jaegerwurst*, y *sauerkraut*^[6] curada en fresco, sutilmente perfumada con enebro porque —y aquí el *traiteur* de mejillas sonrosadas se inclinó sobre el mostrador y habló en un alemán exquisito y educado— «un hombre aficionado a la Rote Grütze querrá siempre, *siempre*, madame, una pizca de enebro en su *sauerkraut*. Es el paladar de lo picante. Y somos expertos en ese paladar».

Schau-Wehrli desechó el dilema de la casa con un gesto despectivo de la mano, digno de su temperamento suizo. Sondeó a sus amigos y colegas progresistas del Instituto Internacional de la Ley y pronto localizó una mansión adecuada. Estaba en Puteaux, en las afueras de la ciudad, una zona de clase obrera ida a más, cercana a los muelles de carga de la «Citroen», en la curva sudeste del Sena. Ladrillos rojos y hollín por todas partes, pero en cada ventana hacían centinela tiestos con flores, y el único escalón delante de cada puerta de entrada se barría cada día a las ocho de la mañana. Al final del distrito había una mansión de tres plantas, con el tejado de pizarra, que había pertenecido a un médico ya fallecido —objeto de un interminable pleito—, rodeada de una alta tapia cubierta de hiedra y el acceso vedado por una gran

cancela de hierro forjado. Por fuera parecía la casa de la historia del miedo, pero la tapia con la hiedra escondía un jardín, grande y cuidado. Retiraron las fundas de los muebles, y un ejército de mujeres puso todo en disposición de ser usado. El camino de entrada fue jalonado con tiestos de terracota llenos de geranios en flor.

Tal como Szara había predicho, Stollenbauer se sintió liberado de su pesada carga como por arte de magia. La visita anunciada seguía poniéndole nervioso; pero, por muy mal que fueran las cosas, ahora sabía, por lo menos, que *tenía en quién apoyarse*. ¡Nada menos que en la pequeña y gordita Lötte Huber! ¿No había dicho siempre que algún día ella demostraría lo que valía? ¿No había adivinado él siempre todo el talento y la iniciativa de esa mujer? Había sido tan lista al conseguir la casa. Al contrario que sus pomposos ayudantes —sólo sabían gritar por teléfono en su francés gutural—, la astuta Lötte, con su femenino instinto, había dedicado su descanso del fin de semana a recorrer diversos lugares, preguntando a las mujeres en el mercado si sabían de alguna casa para alquilar que no exigiera mucho papeleo.

Entretanto, Szara puso sus fuerzas en orden de batalla y estableció su propia línea de trabajo. Oh, Goldman fue *informado*, tenía que serlo, pero el cable era una obra maestra del género. —*Misión Comercial aparentemente a la espera de un visitante importante en momento no determinado aún*—, con pocas probabilidades de que semejante comunicado atrajera de repente al codicioso *resident* desde Bruselas para atribuirse el mérito.

Una noche, con una copia de la llave de la casa, Szara y Sénéschal fueron a echarle un vistazo. A Szara le hubiera gustado grabar cuanto se hablara, pero hubiese resultado demasiado peligroso tener escondido a un agente para que se ocupara del aparato de grabación. Además, los visitantes importantes dispondrían también de su agente de seguridad, gente que ve con horror y sospecha las arrugas de una alfombra, los cables enredados y la pintura fresca.

En lugar de eso, fueron a visitar a una señora pequeñita, parecida a un pájaro, viuda de un cabo de Artillería, que vivía en la planta superior de la otra casa al otro lado de la calle, y desde cuya ventana de la sala de estar se veía el jardín. *Un asunto delicado* —explicaron a la buena señora—; *una esposa descarriada, un ministro del Gobierno...*, *la mayor discreción*. Mostraron sus documentos de identidad, oficiales en apariencia, con barras rojas en diagonal, y le entregaron un abultado sobre lleno de francos. Movi生 la cabeza en un gesto de asentimiento y complicidad; quizá fuese vieja, pero conocía el mundo mejor de lo que ellos suponían. Bienvenidos a su ventana;

ya era hora de que ocurriera algo en esta vieja y aburrida calle. ¿Y querían saber un par de cosas de la esposa del carnicero?

Stollenbauer llamó a Lötte a su despacho, la invitó a sentarse en una silla estrecha y alta, rozó ligeramente con sus dedos las rodillas de ella y le confesó, en estricto secreto, que el visitante era un colaborador del propio Heydrich.

Sénéschal había encaminado a Lötte Huber al «descubrimiento» de la casa segura y de la salsa Rote Grütze, y le había dicho cómo explicar estos éxitos. El nuevo sentimiento de orgullo que la embargada hizo que se cerrara como una almeja. Bajo la tutela de Szara, Sénéschal la presionó cuanto pudo. Le dijo que *el puesto importante* estaba ahora a su alcance en el Ministerio de Asuntos Exteriores, ¿iba a ser para él o para su enemigo jurado? De ella dependía.

La llevó a cenar a «Fouquet», y la atiborró de tostadas triangulares untadas de una espesa capa de paté de hígado de gansa, acompañadas de una botella de «Pomerol». El vino la puso simpática, divertida y romántica, pero no comunicativa. Al final se pelearon. ¿De qué le servía al Ministerio de Asuntos Exteriores francés, preguntó ella, la información sobre un colaborador de Heydrich que iba a venir para una reunión importante? Ése era *exactamente el tipo de asuntos* que les interesaba, dijo él. El jefe de su oficina era, en secreto, un gran admirador de Hitler y podía contar con él para todo si no surgían problemas con la reunión. Por eso necesitaba saber todo lo relacionado con ese encuentro. «No —replicó ella—, empiezas a parecer un espía». Sénéschal palideció y Szara aún más cuando fue informado de la conversación.

—Pídele excusas —le ordenó Szara—. Dile que te excediste y cómprale unas joyas —concluyó mientras sacaba un fajo de billetes de su bolsillo.

Szara aceptó lo inevitable. No iban a poder sacarle la fecha de la reunión o los nombres de los asistentes; la vigilancia era la única opción que les quedaba. No debían arriesgarse a presionarla demasiado: podían perderla. Por primera vez, y no sería la última, percibió un velo de inquietud.

Fueron hasta Puteaux en el coche de Sénéschal, estacionaron en la estrecha calle y vigilaron la casa: una vigilancia técnica que duró una hora y doce minutos exactamente, acaso un récord por su brevedad. Los niños los miraban, las muchachas pasaban una y otra vez haciéndose las distraídas, un barrendero malhumorado raspó la tapa del cubo de la basura con su escoba de

esparto y un borracho les pidió dinero. *Incomodidad* era poco para definir lo que sentían; estaban en un vecindario donde aquello no podía hacerse de ninguna manera.

Odile regresó de su viaje a Berlín el 22 de junio (Baumann no contestó), así que ella pudo ayudar a Sénéschal y Szara a turnarse en la vigilancia, sentados en la salita de la anciana dama. Para entonces, el velo de inquietud se había convertido en una nube que no tenía trazas de desaparecer. Goldman tenía la gente adecuada para hacer aquel trabajo y Szara debía improvisar con los recursos a su alcance. La vigilancia desde la casa de enfrente era una cosa en la teoría, pero otra muy distinta en la práctica. El frío edificio de piedra estaba vivo, con vecinos inquisitivos a quienes no se podía eludir en la escalera. Szara se cuadró de hombros riñéndose a sí mismo —*soy un policía*—, y dejó que la anciana señora se ocupara del inevitable chismorreo.

Además, la dama parecía encontrarse a gusto en medio de tanta atención. Pero lo que no le gustaba era la compañía de ellos. Estaban..., bueno, *allí*. Si leían el periódico, éste hacía ruido; si quería limpiar la alfombra, tenían que levantar los pies. Odile encontró, por fin, la manera de salvar la situación: descubrió que la anciana sentía pasión por un juego de cartas llamado *bezique*, parecido al pinacle. La vigilancia se convirtió en una partida de cartas más o menos continua, y los tres se conjuraron para jugar no muy bien, y así dar lugar a que la señora ganara unos pocos francos.

La nube de inquietud se extendió hasta convertirse en niebla. No tenía sentido alguno que Sénéschal y Odile mantuvieran la vigilancia si no podían localizar a Szara cuando ocurriera algo. Era *su* operación. Pero las normas prohibían terminantemente que los agentes conocieran su domicilio o —mucho peor— la base de comunicaciones. Tuvo que buscarse en Suresnes una pensión que tenía el teléfono en el pasillo; dio un nombre falso a la patrona y pagó un mes por adelantado, y allí permanecía cuando no estaba de turno en Puteaux, a la espera de que Sénéschal u Odile le telefonara desde el café de una calle inmediata a la casa de la anciana señora.

La espera.

La gran maldición del espionaje: el Padre Tiempo con pies de plomo, el esqueleto unido al teléfono por una tela de araña..., cualquier imagen valdría. Si uno tenía suerte y se era bueno, la oportunidad se presentaba. Y luego la espera.

Llegó julio. París hervía bajo el sol, se olían las carnicerías antes de llegar a ellas. Szara esperaba sentado, sudando en la habitación desnuda, sin que un solo sople de aire entrara por la ventana. Leía noveluchas francesas, miraba

por la ventana. *Quise entrar en el mundo del espionaje, pensó, y aparezco solo en una pensión, como el clásico solitario de un cuento de Gogol.* Había una mujer que vivía abajo, al lado de la entrada, de unos cuarenta años, teñida de rubio y metida en carnes. Metida en carnes la primera semana, suntuosa la segunda, como una modelo de Rubens a partir de entonces. También parecía esperar algo, aunque Szara no podía imaginar qué.

De hecho, debía imaginarlo. Su presencia en la entrada era anunciada por un rastro de perfume —*Cri de la Nuit* barato, penetrante, dulzón, que le incitaba a imaginar cosas absurdas. Como su boca provocativa, en una mueca permanente que decía al mundo, y en especial a Szara, «¿Y bien?».

Antes que él pudiera contestar, el teléfono sonó.

—¿Puedes venir a cenar? —Era Odile.

Con el corazón desbocado, Szara encontró un taxi destartado delante del Ayuntamiento de Suresnes y llegó a la casa de Puteaux en pocos minutos. Odile se había apartado de la ventana y miraba a través de unos gemelos de teatro. Se los pasó con una sonrisa de triunfo reprimida.

—Segunda planta —dijo—. A la izquierda de la entrada.

Cuando él miró, no había nadie donde Odile decía, pero en la planta de arriba divisó a dos hombres indefinidos con trajes oscuros, casi ocultos por las cortinas de gasa de la ventana. Desaparecieron, y volvieron a aparecer en una habitación contigua, inspeccionando las cortinas.

—Una comprobación de seguridad —dijo Szara.

—Sí —confirmó Odile—. El coche lo tienen estacionado al final de la calle.

—¿Qué modelo es?

—No me he fijado.

—¿Grande?

—Oh, sí, y brillante.

Szara sintió que la sangre circulaba más de prisa por sus venas.

La tarde siguiente, el 8 de julio, ellos volvieron. En esa ocasión Szara estaba de turno. Había retirado de la ventana la mesa de jugar a las cartas; después de pedir permiso a la anciana señora, se quitó la camisa y quedó en camiseta, sin mangas, con la colilla entre los labios, un mazo de cartas delante de él y la expresión hosca. Esta vez, un hombre corpulento, con una corbata de lazo, acompañaba a los otros dos y desde la abierta verja miró con atención a Szara el cual le devolvió la mirada. *Un Brassai viviente, pensó, jugador de*

cartas en Puteaux; sólo le faltaba un pañuelo de hierbas anudado al cuello. El hombre de la corbata de lazo apartó por fin la mirada y cerró poco a poco la cancela que impedía la vista del jardín desde la calle.

El 9 de julio fue el día.

A las dos en punto de la tarde, dos «Panhard» de color negro brillante llegaron hasta la puerta. Uno de los agentes de Seguridad se bajó del primer coche y abrió la verja mientras su compañero enfilaba el coche hacia la entrada. El segundo vehículo giró de tal forma que permitió a Szara identificar al conductor como el hombre de la corbata de lazo. También pudo vislumbrar al pasajero, sentado detrás del chófer, mirando por la ventanilla en el momento que el «Panhard» trasponía la entrada y el agente de seguridad empujaba la verja para cerrarla. Szara calculó que el pasajero tendría unos cuarenta años. Quizá su ángulo de visión, desde arriba, lo confundiera, pero a Szara le pareció bajo y grueso. Llevaba el cabello, negro, peinado con raya, y tenía el rostro moreno, de rasgos acusados y ojos negros y pequeños. Se había vestido con un traje cruzado, camisa de cuello duro y alto y corbata gris de seda. *Gestapo*, pensó Szara; vestido como un diplomático, pero su rostro denunciaba al policía y al criminal a la vez, con esa convicción de poder que Szara había visto en algunos rostros alemanes, en especial —sin importar que predicaran el ideal nórdico— en los hombres morenos que gobernaban la nación. Alguien importante, reconoció Szara. La única mirada por la ventanilla había hecho la pregunta *¿se me ha complacido?*

—Diez de trébol —dijo la anciana señora.

Quince minutos más tarde, un «Peugeot» gris se detenía delante de la casa. Un hombre con facciones de halcón bajó por el lado más alejado de Szara y el coche se marchó de inmediato. El hombre miró a su alrededor un instante, se arregló el nudo de la corbata y tocó el timbre de la puerta.

Dershani.

Sénéchal llamó a la puerta con dos golpes y luego entró en el apartamento.

—¡Cristo, qué calor!

Se derrumbó en un sillón y puso cuidadosamente una «Leica» entre las fotografías enmarcadas de una mesita coja. Su traje estaba estropeado sin remedio, con círculos oscuros en las axilas, y tenía una mancha gris de tinta

de imprenta en la pechera de la camisa. Las dos últimas horas había estado tendido sobre periódicos en el canalón de un tejado inclinado. Las volutas de adorno del edificio ofrecían un motivo fotográfico adecuado.

—He sacado fotografías de todos los coches —dijo mientras se enjugaba la cara con un pañuelo—. Varias del que abrió la puerta. Intenté sacar al que lo acompañaba, pero no sé cómo habrá salido, quizás un cuarto de perfil, y se estaba moviendo. En cuanto al rostro del que estaba en el asiento de atrás del segundo «Panhard», hice dos; ya veremos si salen.

Szara asintió con un gesto y sin decir palabra.

—¿Y bien? ¿Qué piensas?

Szara señaló con los ojos a la anciana señora, esperando impaciente a que terminara la partida.

—Demasiado pronto para saber alguna cosa. Aguardaremos que salgan al jardín.

—¿Y qué pasa si llueve?

Szara miró el cielo, un gris jaspeado por la humedad de París.

—No antes de esta noche —dijo.

Aparecieron justo antes de las cinco; *una pausa en la negociación*. Odile había llegado a su hora habitual y Szara, retirándose de la ventana, usó sus prismáticos.

El hombre que había tomado por agente del Servicio de Inteligencia alemán, era bajo y grueso, tal como había supuesto. El aumento de la lente le permitió ver una pequeña cicatriz en la ceja izquierda, la marca de honor de un matón callejero. Los dos hombres se detuvieron unos instantes en el zaguán que daba al jardín, con las dos puertas francesas abiertas tras ellos. El alemán hablaba lentamente, Dershani asentía con la cabeza; entonces empezaron a pasear juntos por el jardín. Eran la imagen misma de la diplomacia, caminaban pensativos, las manos cruzadas a la espalda, seguían la conversación con lentitud, escogiendo las palabras con sumo cuidado. Szara enfocó los prismáticos a los labios; pero, para sorpresa suya, no pudo saber si hablaban alemán o ruso. Una vez se echaron a reír. A Szara le pareció oír la risa, llevada por el cálido aire de la tarde, ya avanzada, en medio del gorjeo de los gorriones que revoloteaban entre los árboles del jardín.

Sólo dieron una vuelta al sendero de gravilla; se detuvieron una vez, cuando el alemán señaló un manzano, luego volvieron a la casa, cediéndose el

paso ante la puerta. Dershani rió, dio una palmada en el hombro del alemán, y pasó el primero.

A las siete y veinte, Dershani abandonó la casa. Siguió la dirección por donde había ido su coche y desapareció de la vista. Unos minutos más tarde, el agente de seguridad abrió la verja y, después de salir el coche, volvió a cerrarla. Subió junto al conductor y el «Panhard» se puso en marcha. En el jardín, el sol poniente alargó las sombras sobre la hierba agostada, los pájaros cantaron y nada se movió en el quieto aire del verano.

—*Tiens* —dijo la anciana señora—. ¿Caerá el Gobierno mañana?

—No, Madame. —El tono de Sénéschal era serio—. Puedo informarle confidencialmente que, gracias a la gran amabilidad y paciencia de usted, el Gobierno no caerá.

—Oh, qué lástima.

Odile fue la primera en irse; se marchó caminando hasta la estación de Metro de Neuilly. Sénéschal desapareció en el lavabo de la anciana señora del que surgió unos minutos más tarde con un ligero olor a alcanfor. Entregó un carrito a Szara; éste dio las gracias a la anciana, le dijo que quizá volverían al día siguiente, y le dio un nuevo fajo de billetes. Después, los dos abandonaron la casa para perderse en la humedad del crepúsculo.

El coche de Sénéschal se encontraba estacionado varias manzanas más abajo. Caminaron por calles que, al ser la hora de la cena, estaban desiertas; el olor a cebolla y a patatas fritas salía por las ventanas.

—¿Lo intentamos de nuevo mañana? —preguntó Sénéschal.

—Creo que ya han hecho lo que venían a hacer —dijo Szara después de reflexionar un momento.

—¿Estás seguro?

—No. Te llamaré al despacho, si no tienes inconveniente. —Como quieras.

—Debo expresarte nuestra gratitud. —Para hacer más íntima la fórmula añadió—: Quiero darte personalmente las gracias por todo lo que has hecho. Y lamento que hayas arruinado tu camisa.

—No tiene importancia —dijo Sénéschal mirándose la camisa—. Mi amiguita es una maravilla. Si algo se estropea, ella sabe siempre cómo arreglarlo. Dice que no se debe tirar nada, que todo puede durar un poquito más.

—¿Sabe lo de tu... asunto amoroso?

—Siempre lo saben, *Jean Marc*. Forma parte de la vida de los franceses. De eso tratan todas esas canciones tristes de los cafés.

—Pero estás enamorado.

—Oh, esa palabra. Tal vez sí, tal vez no. Pero ella es mi consuelo, lo sepa o no. *L'amour* lo arregla todo, y más en París.

—Espero que sea así.

—¿Tienes una amiga?

—Sí. O acaso debiera decir «quizá».

—¿Te trata bien?

—Sí.

—*Et alors?*

Szara se echó a reír.

—Además, apuesto que también es guapa.

—Ganarías. Aunque no es de esas que atraen la mirada de todos. Hay algo especial en ella.

Llegaron al coche. Una tufarada de la tapicería recalentada salió del vehículo cuando Sénéschal abrió la portezuela.

—Vamos a tomar una cerveza. Queda mucho tiempo hasta la hora en que sueles desaparecer.

—Gracias —contestó Szara.

Sénéschal giró la llave y el «Renault» empezó a recobrar vida, ayudado por la mano experta de Sénéschal al manipular la entrada de aire.

—Este puto coche bebe petróleo —dijo irritado, mientras aceleraba el motor.

Recorrieron las tortuosas calles de Puteaux, cruzaron el Sena por el puente de Suresnes —las gabarras estaban cubiertas de tientos de flores y ropa tendida—, luego el Bois de Boulogne apareció a su izquierda —las parejas paseaban por él, los hombres con la chaqueta al brazo— y sonó un organillo. Sénéschal detuvo el coche junto a un puesto de helados.

—¿De qué clase?

—De chocolate.

—¿Doble?

—Claro. Toma unos francos.

—Guárdalos.

—Insisto.

Sénéschal rechazó el dinero y compró los helados. Regresó al coche y condujo con una mano por el bosque.

—Mira, ahora sí que tendré que tirar la camisa.

El helado doble de Szara era delicioso. Mientras lo comía, miraba las muchachas con sus vestidos veraniegos.

Pero no podía quitarse de la cabeza lo que había visto aquella tarde. Aquella imagen rondaba en su mente como una mariposa alrededor de una lámpara. No entendía la escena, qué significaba y qué debía hacer. Había visto algo que no debía haber visto, ésa era su única conclusión. Acaso no tenía importancia; los Servicios de Inteligencia hablaban entre ellos cuando les interesaba, y París era una buena zona neutral para hacerlo.

—Si tienes tiempo, podíamos ir a una *brasserie* —dijo Sénéschal.

—Buena idea. ¿Alguna que conozcas?

Sénéschal lo miró extrañado. Szara reconoció su error: no podían ir donde fuera conocido.

—Ya encontraremos una que nos guste —dijo por fin—. En esta ciudad es difícil equivocarse.

Se metieron en el distrito Quince, por el bulevar Lefebvre dirección este.

—Estamos en la zona adecuada —dijo Sénéschal—. Aquí hay locales enormes, para familias enteras, incluidos niños y perros. En una noche como ésta las terrazas estarán...

El «Renault» se detuvo renqueante delante de un semáforo rojo; un hombre gordo con tirantes miraba libros en un puesto callejero. El «Panhard» se acercó suavemente hasta detenerse al lado de la ventanilla de Sénéschal.

Visto desde la ventana del apartamento de la anciana señora era un hombre indefinido vestido de traje. Ahora, asomado a la ventanilla, al lado del conductor, resultaba mucho más real que eso. Era joven, todavía no llegaba a los treinta, ágil y vivaz. Llevaba el cabello suelto, con un flequillo rebelde sobre la pálida frente.

—Por favor —dijo en un francés medido—, ¿podemos hablar un momento?

Sonrió y Szara pensó: *Qué ojos tan alegres*. Por un instante, se quedó sin aliento.

—Por favor, ¿sí? —insistió el joven.

El conductor era de más edad, su rostro una silueta al contraluz de las farolas del bulevar.

—No seas tan jodidamente educado —soltó con un gruñido en alemán.

Giró la cabeza y miró a Sénéschal. Fumaba un puro y la punta del cigarro era un resplandor rojo cada vez que aspiraba. Su rostro, el clásico del obrero alemán, estaba abotagado y estólido; llevaba el cabello afeitado por encima de las orejas.

El semáforo se puso verde. Un claxon sonó detrás de ellos.

—Arranca —ordenó Szara.

Sénéschal soltó el embrague y el motor se calentó. Entre maldiciones y jadeos, giró la llave de la puesta en marcha y buscó a tientas para cerrar el aire. El conductor del «Panhard» soltó una carcajada, su compañero continuó sonriendo. *Como un payaso en una pesadilla*, le pareció a Szara.

El motor cogió resuello y el «Renault» se alejó del semáforo. Sénéschal giró de repente por una bocacalle, siguió a toda velocidad por un camino estrecho bordeado de altas tapias —el coche se balanceaba y vibraba—, pero cuando trató de girar para volver al tráfico del bulevar, se encontró de nuevo con un semáforo en rojo. El «Panhard» se colocó a su lado.

—¡Guay, vaya frenazo! —exclamó el hombre sonriente.

—Oiga —dijo el conductor en francés—, no nos obligue a ir detrás de usted toda la noche...

El tráfico empezó a moverse y Sénéschal logró meterse entre dos coches. El «Panhard» trató de seguirlos, pero el conductor de un pequeño «Fiat» se interpuso al tiempo que les dirigía una mirada de furibundo desprecio.

—¿Qué hago? —preguntó Sénéschal a Szara. Éste trató de pensar algo, como si supiera de qué forma salir del paso.

—Mantente dentro del tráfico —dijo al cabo.

Sénéschal afirmó vigorosamente con la cabeza, estaba dispuesto a hacer lo que Szara le dijera. Mantuvo al vehículo dentro de la corriente de tráfico, pero éste empezó a hacerse más fluido a medida que se acercaban al extremo oriental de la ciudad. Al detenerse en el siguiente semáforo, se inclinó para mirar por el retrovisor y comprobó que el «Panhard» iba dos coches más atrás, en el carril adyacente. El joven advirtió su gesto y sacó una mano que agitó en un saludo. Cuando la luz cambió, Sénéschal pisó el acelerador a fondo, sorteó al coche que tenía delante, cambió al carril de la izquierda, apagó los faros y cruzó el tráfico que venía de frente para dirigirse hacia una calle lateral.

Szara giró la cabeza y no vio el «Panhard». Sénéschal empezó a girar a la derecha, a la izquierda, zigzagueando en la oscuridad de las desiertas calles laterales, mientras Szara miraba si los seguían.

—¿Tienes idea de dónde estamos? —preguntó.

—En el Trece.

Un distrito miserable, a oscuras, con persianas de corcho en la puerta de las tiendas. Al final se veía un ancho bulevar y Sénéschal detuvo el coche,

pero dejó el motor en marcha. Encendieron sendos cigarrillos y Szara notó que sus manos temblaban.

—El pasajero del coche estaba en la casa —dijo Sénéschal—. Tú tienes su fotografía. Pero el otro, el del puro, ¿de dónde ha salido?

—No tengo ni idea.

—Nazis —apuntó Sénéschal—. ¿Les has *visto* el rostro?

—Sí.

—¿Que querían?

—Hablar, eso dijeron.

—Ah, sí. Me lo creo —dijo con furia y sacudió la cabeza—. ¡Mierda!

—Ya les llegará la hora —dijo Szara.

—¿Lo has oído?, ¿a aquel gilipollas? «Por favor, ¿podemos hablar un momento?». —Sénéschal lo dijo en tono afeminado y ridículo.

—Ha sido una buena idea, eso de cruzar a la izquierda.

—Se me ocurrió de repente —dijo Sénéschal con un leve encogimiento de hombros. Tiró la colilla fuera del coche, pisó el embrague para meter la primera y encendió los faros. Giró a la izquierda y entró en el bulevar.

—Un mal barrio —comentó—. Nadie viene aquí de noche.

Después de conducir durante cinco minutos, se acercó a una boca de Metro para dejar a Szara.

—Te telefonaré. Después de todo esto, nuestros contactos serán como antes.

—Esperaré tu llamada —contestó Sénéschal con voz cansada y nerviosa. El encuentro con los alemanes lo había aterrorizado. Ahora se sentía furioso.

El «Renault» se detuvo en un chaflán. Szara bajó y cerró la portezuela tras él. Hundió las manos en los bolsillos, tanteando para comprobar que conservaba el carrete fotográfico, y caminó aprisa hacia el Metro. Cuando llegaba a la reja abovedada sobre las escaleras y comprobaba que se hallaba en la estación Tolbiac, oyó un estallido metálico que resonó en todos los edificios, seguido de un ruido de cristales rotos dispersándose por la calzada. Sintió que se le helaba la sangre. Miró hacia donde se había producido el accidente. Dos manzanas más allá, el «Renault» estaba doblado, con el morro de otro automóvil empotrado en la portezuela del conductor. La del otro lado estaba abierta de par en par, y había algo en el suelo, a unos pocos metros de distancia. Szara echó a correr. Dos hombres salieron del coche negro que había colisionado con el «Renault». Uno de ellos se cogía la cabeza con las manos y se sentó en la acera. El otro corrió hacia lo que había en el suelo y se inclinó para mirar. Szara se sintió morir, y buscó refugio entre las sombras de

un edificio. Las ventanas se iluminaron y la gente se asomó a ellas. Las luces de la calle se reflejaban en los regueros de líquido que salía de los dos vehículos y el olor a gasolina llegó hasta Szara. El hombre que estaba inclinado sobre lo que yacía en el suelo se puso en cuclillas por un momento, como si buscara algo; de pronto se levantó y pateó con salvajismo lo que tenía a sus pies. La gente empezó a salir a la calle, todos hablaban con excitación. El hombre del «Dauphine» regresó, cogió al otro debajo de los brazos y tiró de él hacia arriba; cuando lo hubo levantado, le hizo caminar a empujones. Cruzaron el bulevar y se perdieron por una calle lateral.

Caminando de prisa, Szara se acercó al grupo de gente. El «Panhard» tenía roto el parabrisas en la parte derecha, y la portezuela del conductor del «Renault» estaba hundida y desplazada hasta la mitad del asiento por la fuerza del impacto. Sénéschal yacía en el suelo boca abajo, cerca de la portezuela abierta del otro lado, con la chaqueta sobre la cabeza y los faldones de la camisa medio fuera de los pantalones. Un grupo de hombres lo rodeaba; uno de ellos se inclinó para mirar más de cerca, le descubrió el rostro y se irguió de inmediato, con los ojos cerrados, queriendo borrar lo que había visto. Hizo un gesto de rechazo con la mano.

—No miréis —dijo.

Otro le interpeló.

—¿Has visto cómo le daba patadas? —Le temblaba la voz—. Ha pateado a un hombre muerto. Lo ha hecho. Yo lo he visto.

TRANSMISIÓN 11 DE JULIO DE 1938 22.30 HORAS A JEAN MARC:
EL DIRECTORIO SE UNE A SU DOLOR POR LA PÉRDIDA DEL CAMARADA SILO. INVESTIGACIÓN A CARGO DE YVES CON AYUDA DE ELLI, INFORME AL DIRECTORIO LO ANTES POSIBLE CON CIRCUNSTANCIAS PERTINENTES ESTE INCIDENTE, CONSIDERANDO ESPECIALMENTE PREVIO ACCIDENTE DE ANTERIOR DELEGADO. ESENCIAL DETERMINAR CIRCUNSTANCIAS EXACTAS DE AMBOS INCIDENTES EN CUANTO A POSIBLE ORIGEN INTENCIONADO. TÉNGASE EN CUENTA CUALQUIER POSIBILIDAD REMOTA. TODO EL PERSONAL DE OPAL EN MÁXIMA ALERTA POR ACCIÓN HOSTIL CONTRA RED.

GRAVE PREOCUPACIÓN POR CONTINUIDAD PRODUCTO ARBOR, PORQUE HÉCTOR ESTABA PRESENTE CUANDO CONTACTO INICIAL ENTRE ARBOR Y SILO, Y HÉCTOR HA SIDO PRESENTADO COMO AMIGO DE SILO. ¿PUEDE HÉCTOR ENCONTRAR MEDIOS PARA

OPERAR COMO SUSTITUTO DE SILO EN ESTA RELACIÓN? HÉCTOR MUESTRA PREOCUPACIÓN COMO AMIGO DE FAMILIA Y OFRECE CONSUELO A SU ALCANCE. SE SUGIERE FUNERAL SILO COMO LUGAR LÓGICO PARA ESTABLECER CONTACTO ENTRE HÉCTOR Y ARBOR. COMO ALTERNATIVA, SI AFILIACIÓN POLÍTICA SILO DESVELADA, ¿PODRÍA PRESIONARSE SOBRE ARBOR? ¿COOPERARÍA ARBOR EN ESTE CONTEXTO? RESPONDAN HASTA 14 JULIO.

OTTER DEBE SER PRESIONADO PARA AMPLIAR SU INFORMACIÓN. NUEVAS MEDIDAS RECOMENDADA DENTRO DE 48 HORAS.

CANCELAR CUENTA N.º 414-223-8/74 EN BANOUE SUISSE DE GINEBRA. NUEVA CUENTA N.º 609-846 DX 12 EN CREDIT LEMANS OPERATIVA DESDE 15 JULIO A NOMBRE COMPAGNIE ROMAILLES CON CRÉDITO HASTA 50 000 FRANCOS FRANCESES. 10 000 FRANCOS DEBEN SER RETIRADOS POR CORREO PARA YVES. DIRECTOR.

Sentado en la sucia y calurosa habitación, en la que Kranov transmitía y descodificaba, Szara dejó el mensaje a un lado. El desenlace frenético que el Directorio proponía, el tono desabrido y la certeza del fracaso eran como para deprimir a cualquiera. Echaba de menos al Szara que se hubiera rebelado contra la calculadora actitud del Directorio, un hombre que, hasta no hacía mucho, creía con verdadero apasionamiento que el único pecado imperdonable del hombre era tener el corazón frío. Ahora había dejado de ser ese hombre. Entendía lo que querían, entendía por qué lo querían, y sabía el resultado: Lötte Huber estaba perdida. Valais o HECTOR, el amigo de Sénéschal, también abogado y antiguo militante del Partido Comunista francés, había estado con Sénéschal la noche en que se «encontraron» con Huber y la amiga de ésta en el teatro, y había aparecido en escena para hacer de confidente —*Lötte, está tan preocupado y disgustado, que tendrías que ayudarlo*— y poner la operación en marcha. Pero Lötte nunca lo aceptaría como amante; eso correspondía a un pensamiento *analítico*, un plan creado a enorme distancia de los sucesos, basado en una ignorancia supina de las personas implicadas. Valais era un hombre contemplativo y ponderado, un normando de gran sensibilidad, carente de la fogosidad y el encanto mediterráneos de Sénéschal.

Y chantajearla era absurdo. Huber lo echaría todo a rodar y pondría a la Policía francesa tras sus talones. Moscú erraba claramente el blanco: primero, cuando perdió al agente que luego Szara sustituiría, en un accidente de automóvil en las afueras de Maçon; y ahora a Sénéschal, en lo que se les

había presentado como otro accidente de tráfico, la tragedia de alguien que causa el accidente y luego se da a la fuga.

Porque Szara no les había dicho la verdad.

De instrumento pasivo en la lucha entre *jvosts* había pasado a participante activo.

¿Debía informar al Directorio y, en consecuencia, a Dershani, acerca de las fotografías tomadas en el jardín de Puteaux? ¿De una reunión secreta de destacados agentes de los espionajes soviético y alemán, quizás a nivel diplomático, no tan secreta después de todo? Desvelada. Fotografiada. Acaso el Directorio conocía el contacto de Dershani con el Servicio Secreto nazi.

Acaso no. Lo cierto era que los alemanes querían mantener el contacto en secreto: el asesinato de Sénéschal lo probaba. Si informaba, ¿qué le tendría reservado el NKVD? Prefirió no averiguarlo y, en lugar de eso, preparó un plan para protegerse de cualquier posible represalia: informó a Schau-Wehrli que, según el último informe de Sénéschal sobre Huber, la importante reunión no había tenido lugar aún, y envió mensajes en este sentido a Goldman y Moscú.

Odile, por supuesto, planteó un problema distinto, y tuvo que hablar con ella personalmente. Odile tendría que decidir por sí misma, y la vida de Szara estaba en sus manos: habrá una investigación; no debes decir al *resident* de Bruselas, ni a nadie, lo que estuviste haciendo los días anteriores al 9 de julio. La había observado con atención: una muchacha belga, picara, de la zona minera, inexperta, con diecinueve años, leal hasta la muerte una vez se comprometía a hacer algo, fuera lo que fuese. Lo pensó durante unos minutos. Su expresión, de normal impertinente, sexy y caprichosa, todo a la vez, se tornó hermética, inmóvil, de forma que él no podía ni intuir lo que pensaba. Al final, ella estuvo de acuerdo. Confiaba en él, instintivamente, y quizá porque era demasiado tarde para decir la verdad. Sabía también, como persona educada en las tácticas del Partido comunista, que las conspiraciones eran el pan nuestro de cada día para todos ellos: había que elegir bando, y esperar las consecuencias.

Las fotografías resultaron perfectas. Las había revelado en una tiendecita que eligió al tuntún; supuso que el hombre que las revelara no daría mayor importancia al contenido. Las recogió a media tarde, buscó un reservado en un café vacío y se pasó una hora mirándolas, unas instantáneas en blanco y negro tomadas desde arriba con cielo nublado, once fotografías que habían costado una vida. El ágil y joven agente de seguridad mientras abría la verja. La cabeza y los hombros de un hombre al volante de un coche. La ventanilla

de un coche con una figura confusa tras el cristal. Dershani y el agente alemán en el jardín; el alemán en actitud de hablar, con la mano izquierda levantada como para subrayar la frase. No había ninguna foto del hombre del puro que conducía el «Panhard». Sénéschal no pudo fotografiar a su asesino.

Y ahora, qué hacer con ellas. Lo estuvo pensando durante bastante rato y luego decidió que si Bloch no se ponía en contacto con él, se las pasaría a Abramov en cuanto se le presentara la oportunidad. No de manera oficial, no a través del sistema, sino de amigo a amigo. Hasta entonces, las guardaría en su apartamento.

Mientras pensaba en las fotografías, la habitación hermética empezó a producirle claustrofobia. A unos metros, de cara a la pared de enfrente, Kranov trabajaba como una máquina. El rítmico pulso de su tecla telegráfica atacaba los nervios de Szara; después de guardar el cable de Moscú en un fichero metálico, abandonó la casa. Salió al sereno aire de la noche y puso rumbo a los canales. Los trabajadores del matadero trabajaban duramente en los muelles de embarque de las reses muertas, se las cargaban a cuartos sobre los hombros y las llevaban hasta los carniceros, que esperaban en las traseras de los camiones. Mientras trabajaban, maldecían y reían, se enjugaban el sudor de los ojos, y espantaban las moscas de sus manchados mandiles. En un café brillantemente iluminado, un hombre ciego tocaba el violín y una puta bailaba sobre una mesa; la gente enronquecía burlándose del ciego, al que decían la maravilla que se perdía, pero él sonreía y tocaba de tal manera que les daba a entender que podía ver más que ellos. Szara caminó por el pasadizo empedrado paralelo al canal, luego se detuvo y contempló los reflejos de los rótulos de neón, que se curvaban y serpenteaban con el movimiento de las oscuras aguas.

A Sénéschal, muerto por su culpa, la de Szara, por su ignorancia y por su inexperiencia, sólo podía ofrecerle un lugar en su corazón. Se preguntó si alguna vez sabría cómo se las habían arreglado los alemanes para descubrir su vigilancia, para seguir al «Renault» sin ser vistos. De hecho, eran técnicamente más aptos que él, y sólo su casual decisión de tomar el Metro en Tolbiac le había salvado la vida. Sénéschal se había ido, y él se había quedado para mirar las aguas muertas del canal y meditar acerca de la vida. Su condena era entender lo ocurrido y recordarlo. Recordar también, para siempre, al chófer del «Panhard», una forma confusa vista desde lejos, apenas la figura de un hombre, y luego la salvaje patada, un espasmo de inútil furia. *De repente, sin avisar*, como el golpe que lo había derribado al suelo en la estación de Praga. Contempló los signos ondulantes en el agua, rojo y azul,

recordó lo que Sénéschal le había contado de su novia, la que no tiraba nada, la que decía que todo puede durar un poquito más.

8 de julio.

Subió al tren nocturno de Lisboa. Sentado en un vagón ordinario, para ahorrar dinero, en previsión del gasto de las fiestas de los amantes: gambas heladas con mahonesa, el vino que llaman «Barca Velha», a la fría temperatura de la bodega de la taberna. Pero, además, no quería dormir. En algún lugar del océano —imaginaba— Marta Haecht tampoco dormiría. Ajena a la fiesta de fin de viaje, estaría acodada en la barandilla, y miraría la confusa línea de tierra en la distancia, sin oír apenas los rebuznos de los alborotadores de «Kraft durch Freude» con sus canciones nazis en el salón de baile del barco. Guardaría su carta en el bolso, cuidadosamente doblada, para luego reírse de ella en Portugal.

Nada mejor para un enamorado que una vieja en tren durante toda una noche, el traqueteo infinito sobre los raíles, la visión esporádica de la locomotora a la luz de la luna cuando enfila una larga curva. Toda la noche estuvo evocando recuerdos —*¿Hay un sitio para desnudarme?*—. Al alba, el tren pasó por los viñedos de Gascuña. De pie, en la plataforma del último vagón, miró el brillo de las vías a medida que pasaban bajo los enganches y respiró la carbonilla del aire. Hacía frío al pie de los Pirineos; el aroma a resina de los pinos se acentuó cuando el sol asomó por las montañas. Una pareja de la Guardia Civil española, con sus tricornios de charol, inspeccionó los pasaportes en el cruce de la frontera, en Hendaya. A partir de allí, y durante todo el día, estuvieron en la España de Franco. Pasaron ante un carro de combate incendiado y unas ignominiosas horcas de madera, en las afueras de un pueblo.

La neblina rielaba sobre las colinas al norte de Lisboa. Toda la ciudad estaba entumecida, sumergida en la difusa luz nocturna del verano. Afuera de la estación, los caballos de los carruajes movían perezosos sus colas mientras esperaban. Szara encontró un hotel, «El Mirador», con torreones y balcones moriscos. Su habitación daba a un patio donde una fuente vertía el agua, enrojecida por la herrumbre, sobre azulejos rotos y las rosas se marchitaban por el calor. Puso el cepillo de dientes en un vaso; luego salió para dar un largo paseo, y aprovechó para comprarse unos pantalones de hilo, una camisa de tejido ligero blanca y un sombrero de panamá. Se mudó en la tienda y una pareja de españoles le pidió noticias cuando volvía al hotel.

Descubrió un periódico de la emigración rusa en un quiosco, luego pasó la noche leyendo al son de los grillos y el chapoteo del agua en la ruinosa fuente. *¡Stalin el asesino! El Príncipe Cheyalevsky obsequia con un talón bancario a la Liga de Huérfanos. Mme Tsoutsakaya inaugura los almacenes «Milliner».* Cuando amaneció, cerró los viejos postigos, pero no pudo dormir. No había solicitado permiso a Goldman para abandonar París, temía que no se lo concediera —la muerte de Sénéschal tenía a todos en vilo— y tampoco había dicho a Schau-Wehrli a dónde iba. Nadie sabía su paradero, y tanta libertad no le dejaba dormir. No le echarían en falta. Para eso, pensaba, habría de pasar una semana; entonces aparecería el pánico y empezarían a llamar al depósito de cadáveres y a los hospitales.

De regreso al hotel se había cruzado con una familia judía. Rostros cenicientos, la mirada baja, arrastrando lo que conservaban de sus posesiones cuesta abajo, hacia los muelles. Polacos, le pareció. Habían hecho un largo camino y ahora se dirigían... ¿adonde? ¿A América del Sur? ¿A Estados Unidos?

¿Iría *ella*? Sí, más adelante. Al principio, no; en seguida, no y uno no se va de una vida así como así. Pero más adelante, después de haberse amado, de haberse amado de verdad, entonces, sí, se iría con él. Podía imaginarla: la cabeza apoyada en la mano, el sudor entre sus senos, los pardos ojos, intensos y puros; mientras, él oía los grillos y algún golpe de los postigos movidos por el airecillo nocturno.

Tenía dinero. No mucho, pero bastaría. Irían al Consulado de Estados Unidos y pedirían visados de turistas. Después desaparecerían. ¿Qué era Norteamérica, sino el país de los desaparecidos?

A las diez de la mañana siguiente contempló cómo atracaba el vapor de pasajeros *Hermann Krieg*, un mártir nazi, sin duda. Una multitud de alemanes bajó por la pasarela, guiñando los ojos por el sol cegador que habían ido a adorar. Los hombres miraron de reojo a las portuguesas de piel morena envueltas en sus chales negros, las mujeres casadas se cogieron con fuerza del brazo de sus respectivos maridos.

Marta Haecht no apareció por ningún lado.

Aquel verano, el calor no perdonó a nadie.

Y mientras los jardines de Londres languidecían y los perros parisinos dormitaban bajo las mesas de los cafés, Nueva York hervía. OTRO DÍA DE BOCHORNO, gritaba el *Daily Mirror*, mientras que el *New York Times* decía,

«Se espera que las temperaturas alcancen hoy los 37 °C». Era imposible dormir de noche. Algunas personas se reunían en las escaleras de las casas y hablaban en voz baja; otras, sentadas en la oscuridad, escuchaban a Benny Goodman y su banda en la radio, mientras bebían té helado por litros.

Durante la semana se estaba mal, pero la ola de calor de aquel mes de agosto parecía reservar el colmo de su infierno para los fines de semana. Se podía ir en Metro a Coney Island o hacer el largo trayecto en tranvía hasta Jones Beach, pero apenas podía verse la arena de las playas bajo los cuerpos, y menos aún encontrar un sitio donde poner la toalla. El mismo océano parecía caliente y espeso, y las quemaduras en la piel ponían la guinda a tanto sufrimiento.

Algo mejor lo tenían aquellos que poseían una pequeña casa en el campo para los fines de semana o, casi tan bueno como eso, recibir la invitación de alguien que tuviera una casa así. Por eso, Herb Hull, editor jefe en una revista que trataba de hacerse un sitio entre la *Nation* y la *New Republic*, se puso la mar de contento cuando Elizabeth May le llamó por teléfono el martes por la mañana y le pidió que fuera con ella el viernes por la noche a su casa en Bucks County. Jack May estaba a cargo de una de las taquillas de localidades «Schubert», en la zona teatral de West Forties, y Elizabeth trabajaba como asistente social en el Lower East Side. No eran amigos íntimos, pero tampoco simples conocidos, sino algo entremedias, caso de intimidad bastante frecuente entre los neoyorquinos.

Después de las habituales molestias —un atasco de tráfico en el túnel Holland y un recalentamiento del «Ford 32» de los May al salir de Sommerville, Nueva Jersey— llegaron a una sólida construcción de piedra, a la orilla de un pequeño estanque. Era una casa típica: dormitorios pequeños, a los que se llegaba por una escalera de peldaños que crujían, muebles baqueteados, librería llena de novelas detectivescas olvidadas por los anteriores ocupantes, y una cama en el cuarto de huéspedes que olía a moho. No lejos de Filadelfia, Bucks County ofrecía casas de verano y estudios para artistas en todas sus polvorientas calles. Escritores, pintores, comediógrafos, editores y agentes literarios buscaban allí su descanso, como muchas otras personas con ocupaciones diversas dedicadas cada noche a los libros, el teatro o el «Carnegie Hall». Llegaban el sábado por la noche, descargaban las vituallas para el fin de semana (el maíz, los tomates y las fresas podían comprarlos en las tiendas al borde de la carretera), comían un bocadillo y se acostaban temprano. Pasaban el sábado por la mañana fantaseando con proyectos que nunca llegaban a realizar —no se gozaba del campo si no se

soñaba con algo— y el resto del fin de semana lo dedicaban a charlar, beber y leer en todas sus posibles combinaciones. En las fiestas de los sábados por la noche se encontraban con las mismas personas que veían a diario en Manhattan.

Herb Hull estaba encantado de pasar el fin de semana con los May. Eran brillantes y cultos; el whisky y el bourbon corrían generosamente, y Elizabeth era una excelente cocinera, famosa por sus palomitas de maíz y sus asados Brunswick. Eso tenían para cenar el sábado. Luego decidieron eludir las fiestas y, en su lugar, se sentaron cómodamente, y saborearon sus bebidas, mientras Jack ponía discos de Ellington en el fonógrafo.

Los May eran fieles suscriptores de la revista de Hull, y entusiastas seguidores de las causas que él defendía. No pertenecían a ningún partido político, pero eran ilustrados y progresistas, inclinados hacia Roosevelt, aunque habían votado a Debs en 1932. Aquella noche, las conversaciones en todo Bucks County giraban alrededor de la política y en la sala de estar de los May no se hacía una excepción. Al unísono se lamentaron de los aislacionistas, los que no querían mezclarse en «ese lío de Europa», y de los de la German-American Bund,^[7] que apoyaban a Hitler y, en realidad, lo alentaban. Con pesar estuvieron de acuerdo en que no había salvación para los Sudetes; Hitler los devoraría como había hecho con Austria. Al final habría guerra, pero Estados Unidos permanecería al margen. Eso sería una vergüenza, una cobardía y un horror, en definitiva. ¿Qué se había hecho del idealismo norteamericano?, ¿acaso la destructiva pobreza de la Depresión había acabado con los valores nacionales?, ¿iría el país a estar gobernado por Westbrook Pegler y el Padre Coughlin?, ¿odiaba tanto el pueblo estadounidense a Rusia como para dejar las manos libres a Hitler en Europa?

—Éste es el punto capital —dijo Jack May con enfado mientras movía la cabeza para expresar su decepción.

Hull aseguró estar de acuerdo. Todo era una triste historia: Henry Ford y sus amiguetes antisemitas, muchos de los de Washington, que no querían comprometerse con Europa, los grupos odiosos que decían que Roosevelt era «Rosenfeld», un judío bolchevique.

—Pero, además, Stalin no está ayudando precisamente a resolver las cosas. Algunas de las declaraciones de Moscú son sólo palabrería, y ha enviado a Litvinov, el ministro de Exteriores, a recorrer Europa para que haga el mismo papel que el Reino Unido y Francia. Eso no va a detener a Hitler; él conoce la enorme diferencia que hay entre tanques y tratados.

—¡Ah, en nombre de Cristo! —exclamó Jack May—. Tú conoces la situación de Rusia. Stalin tiene doscientos millones de campesinos que alimentar. ¿Qué otra cosa puede hacer?

—Herb, ¿no has estado este año allí? —preguntó Elizabeth.

—El invierno pasado.

—¿Cómo es aquello?

—Oh, secreto y extraño. Tienes la sensación de que te están escuchando detrás de las cortinas. Pobres. Sin lo mínimo para salir adelante. Apasionados por las ideas y la literatura. Allí, un escritor es una persona importante de veras, no un perro ladrador de una trailla. Si tuviera que calificarlo con dos palabras, creo que una de ellas sería *inconveniente*. ¿Por qué? No lo sé; pero todo, y quiero decir todo, es tremendamente difícil. La otra palabra tendría que ser algo así como *regocijante*. En realidad, tratan de hacer todo cuanto sea preciso y, desde luego, puedes sentirlo, como algo que se respira.

Jack May miró a su esposa con una expresión de burla e intriga en el rostro.

—¿Quiere decir con eso que se lo pasó bien?

Elizabeth se echó a reír.

—Yo estaba fascinado, eso no puedo negarlo —aclaró Herb.

—Y Stalin, ¿qué piensan de él allí? —preguntó ella.

Jack cogió el vaso de Hull de la mesita de café y vertió un poco de bourbon sobre un nuevo cubito de hielo. Hull tomó un sorbo mientras Jack iba a dar la vuelta al disco.

—Está claro que tienen cuidado con lo que dicen. Nunca saben quién los escucha. Pero, al mismo tiempo, son esclavos, no anglosajones, y necesitan abrirte su corazón si eres su amigo. Y así te enteras de las cosas.

—¿Chismes? —quiso saber Jack—, ¿o cosas reales?

—Vas a reírte, pero no chismorrear, en realidad, al menos no como nosotros. En los temas amorosos y cosas por el estilo son reservados por naturaleza. En cuanto a «la cosa real», sí, algunas veces. Conocí a un tipo que tiene una historia sobre cómo trabajó Stalin en secreto, de acuerdo con la Ojrana. Una buena historia, de verdad, viva y basada en hechos. Creo que la publicaremos en Navidad.

—Oh, ese viejo cuento —se burló Elizabeth—. Hace años que se repite.

—Bien —Hull chasqueó la lengua—, en eso consiste el negocio de una revista. Los stalinistas se pondrán furiosos; pero no anularán sus suscripciones, sino que escribirán cartas. Entonces, los socialistas y los troskistas, más furiosos todavía, contestarán con otras cartas. Venderemos

algunos números en los quioscos del Village. A la larga, todo viene a ser diálogo, foro abierto, todo el mundo tiene su turno para batear.

—Pero esa persona, ¿se halla realmente en situación de saber algo como eso? —Elizabeth estaba asombrada de que tal cosa fuera posible.

Hull reflexionó un momento.

—Quizás. O tal vez no. Nosotros reconoceremos, implícitamente, que no podemos afirmarlo. «¿Quién puede decir lo que sucede detrás de las murallas del Kremlin?». No es eso con exactitud, pero va en la misma dirección.

—¿Quiénes sois vosotros, la revista *Time*? —Jack estaba dispuesto a pelearse.

Hull hizo un gesto displicente.

—Ya quisiéramos tener el dinero de Luce. Pero os quiero decir algo, aunque no debe salir de esta habitación. Todos nosotros, incluido el *Time*, nos encontramos en el mismo barco. El enfoque del editor es diferente, siempre lo es, pero no somos nada sin los lectores, y, de vez en cuando, tenemos que salir con algo jugoso. Pero, no os alarméis, el resto del número aparecerá sin cambios, lleno de polémica, con broncas para los capitalistas y apoyo a los trabajadores; una llamada navideña a la justicia. Creo que os gustará.

—Todo eso me suena a cinismo —gruñó Jack May.

—Bah —se apresuró a añadir Elizabeth—. Piensa en lo que vas a hacer. Te estás volviendo un criticón, Jack, admítelo.

—La democracia en acción —replicó Jack May con una sonrisa triste—, hace enloquecer a la gente.

Y, desde luego, alguien se volvió loco.

La noche del 14 de setiembre, las dependencias de la revista de Hull fueron incendiadas, y «¿Quién era el misterioso hombre de la Ojrana?» ardió con los demás papeles, o así se cree que ocurrió, porque todo lo que se encontró fue un montón de cenizas mojadas, que acabaron en el East River junto con mesas, sillas, máquinas de escribir y, para el caso, con la revista en sí.

Estaba claro que no había sido un accidente. Habían dejado una lata de gasolina en el despacho del editor jefe, y allí la encontraron los inspectores de la compañía de seguros cuando lograron pasar entre lo que quedaba del techo. Algunos periodistas de sucesos preguntaron al teniente de bomberos quién podría haber hecho algo así, pero toda su respuesta fue una elocuente sonrisa irlandesa: estas pandillas de rojos..., ¿cómo diablos iba a saber alguien de qué

iban?; quizás un rival, tal vez no habían pagado a la imprenta..., podían ser muchas cosas.

Al principio, el consejo de administración pensó que debían seguir adelante valientemente; pero, al final, la prudencia se impuso. La aventura se había comido ya un fondo fiduciario y había arruinado un matrimonio. Quizá lo mejor fuera dejar el campo a la competencia.

Herb Hull estuvo sin trabajo sólo tres semanas, al cabo de las cuales fue contratado por una revista de papel satinado dirigida a un público generalizado, una revista importante. Su nuevo empleo lo ponía en directa competencia con *Collier's* y *Saturday Evening Post*, lo que significaba tener que conocer a nuevas multitudes de escritores, pero Hull —que Dios lo perdone— amaba a los escritores, y muy pronto consiguió colaboraciones —«¿Vive todavía Amelia Earhart?»—, y su vida volvió a la normalidad. Tenía una idea bastante clara de por qué habían incendiado las oficinas de la revista, pero se mantuvo callado —el martirio no figuraba entre sus proyectos—, aunque en algunas ocasiones jugó con cuatro o cinco nombres que hubiera podido anotar si hubiese querido.

Andrea Szara lo supo unos pocos días después. Estaba en el mostrador de cinc de un bar de la rue du Cherche-Midi, tomándose el café de la mañana, y ojeaba uno de los emblemáticos periódicos de la izquierda francesa, cuando leyó lo del fuego, sin duda provocado, aseguraba el corresponsal norteamericano, por J. Edgar Hoover, o sus cómplices fascistas, como parte de su odiosa campaña contra los trabajadores progresistas y pacíficos de todas las naciones.

Szara no se sintió muy afectado cuando lo leyó, aunque tuvo la sensación de haber sido aludido. Quiso apartar ese asunto de su mente y miró la calle. La purga perdía su virulencia poco a poco, como el fuego, que consume cuanto encuentra a su paso, y al final se consume a sí mismo: una semana antes, Goldman le había informado con toda tranquilidad, durante una reunión en Bruselas, que Yezhov iba a desaparecer. ¿Qué es lo que había pasado en realidad? Seguramente, el NKVD había sabido de su artículo, e impidió su publicación. Pero también era seguro que Stalin había sido informado, o leído el artículo, puesto que era lógico suponer que lo habían robado antes de provocar el incendio. ¿Habría influido en él como una forma de presión, y en el momento justo, para que prefiriera acabar con la purga y no seguir con ella? ¿O se trataba de simple coincidencia, una confluencia de

acontecimientos? ¿O habría algo más en la historia de lo que él sabía? Era muy probable que él no hubiera sido el único que se había puesto en movimiento contra la purga; las operaciones de espionaje nunca funcionan de esa manera: un hombre valiente contra todo el mundo. Las posibilidades de éxito eran demasiado bajas en un solo individuo para que el hábil operador no hubiera dispuesto diversos ataques al mismo tiempo.

Al final no estaba seguro de nada. *Quizás esta mañana yo haya conseguido una victoria*, pensó. Nunca hubiera imaginado tal ausencia de tambores y trompetas. Y no le importaba. Desde la muerte de Sénéschal y su regreso de Lisboa, tenía la sensación de que nada le importaba y vio que eso hacía la vida, o su vida en cualquier caso, mucho más fácil. Terminó su café, dejó unas monedas en la barra y se dispuso a acudir a una conferencia de Prensa del embajador sueco, pero primero abrió el paraguas, había empezado a llover.

LA LONJA DEL HIERRO

10 de octubre de 1938.

Mientras viviera, André Szara recordaría aquel día como una pintura.

Una pintura curiosa. De un realismo total, en el más puro estilo de 1880, pero con un toque de incongruencia, algo sesgado, que apuntaba al surrealismo de una época posterior. El tema del cuadro era una playa larga y vacía, cercana a la ciudad danesa de Arhus, en la costa de Jutlandia. La tarde declinaba bajo un cielo aborregado del otoño escandinavo; hileras de nubes blancas viajaban lentamente hacia el pálido y líquido horizonte. Al este, una extensa superficie lisa y oscura de agua y, tras ella, un mar de nubes que ocultaba la isla de Samsø. Unas olas ligeras lamían la playa; la arena era gruesa y oscura, surcada por una serpenteante línea de conchas rotas, arrojadas por la marea. Las gaviotas comían al borde del agua y, sobre las dunas que se elevaban tras la playa, la brisa marina doblegaba la dura hierba. Una vulgar e intemporal marina captada en un vulgar e intemporal momento.

Pero las figuras no correspondían a la escena. Sergei Abramov, con su traje azul marino y el chaleco cruzado por la cadena del reloj, su sombrero negro, su barba negra y su paraguas negro, no encajaba en la pintura. Era un hombre urbano, que pertenecía al entorno urbano —restaurantes, teatros— y su presencia en la playa negaba, de alguna forma, la naturaleza. Y no menos su acompañante, el periodista A. A. Szara, con un impermeable arrugado y un periódico francés enrollado metido en un bolsillo.

El toque final, que completaba la incongruencia, era el paquete de once fotografías que Abramov llevaba en las manos, mirándolas como suele hacerse, colocando una sobre otra después de haberla visto continuando igual con la siguiente, hasta que la primera reaparece.

¿Hubiera podido captar el artista el talante de Abramov? Sólo un artista muy bueno, pensó Szara, lo habría logrado. Había mucho que expresar. Concentrado en sí mismo, ajeno a los gritos de las gaviotas, a las ráfagas del viento que jugaba con su barba, Abramov tenía marcada en su rostro la expresión del hombre que ve confirmada una vez más su brutal opinión sobre la humanidad. Sin embargo, en las cejas levantadas, en la sonrisa insinuada en una comisura de la boca, no había sorpresa; al haber sido traicionado tantas

veces ya, lo ocurrido no era más que un ligero contratiempo para él. Ordenó cuidadosamente las fotografías, las metió en un sobre y se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta.

—Por supuesto —dijo a Szara.

La expresión de éste fue de incompreensión.

—Por supuesto que esto ha ocurrido —continuó Abramov—; por supuesto que Dershani fue el culpable de que ocurriera; por supuesto que las pruebas llegan demasiado tarde. —Sonrió con amargura y se encogió de hombros era su manera de decir *udari sudbi*, el soplo del destino, que así es como funciona el mundo—. ¿Y los negativos?

—Los quemé.

—Prudente.

—¿Quemarás también las fotografías?

Abramov pensó un momento.

—No —respondió—. Quiero enseñárselas.

—¿Qué crees que hará?

—¿Dershani? Sonreirá. Nos sonreiremos el uno al otro: hermanos, enemigos, conspiradores, lobos de la misma camada. Cuando lo hayamos solucionado, me preguntará cómo las he conseguido.

—¿Y se lo dirás?

Abramov negó con la cabeza.

—Le daré alguna respuesta divertida, una mentira evidente. Que él agradecerá con una de sus miradas de ave de rapiña. Le devolveré la mirada, aunque él sabrá que se trata de un farol, y eso será todo. Luego, más adelante, sin causa aparente, me sucederá algo. O quizá no. En lugar de eso, al que puede sucederle algo es a Dershani. En política la fortuna, como en cualquier otra cosa, es mudable. En cualquier caso, las fotografías prueban que ha sido lo bastante torpe como para que lo hayan cazado; quizás ese margen de vulnerabilidad se mantengan vivo por un poco más de tiempo. O tal vez me equivoque en eso.

—No lo sabía —se excusó Szara—. Creí que lo habíamos cogido con las manos en la masa.

—¿En que masa?

—Colaboración con el enemigo.

Abramov esbozó una amable sonrisa ante la inocencia de Szara.

—Esa reunión puede justificarse de mil maneras. Por ejemplo, una podría ser que Herr Joseph Ulbrich ha sido llevado al redil de la Unión Soviética.

—Tú lo conoces.

—Pues claro, el mundo es un pañuelo. El SS Obersturmbannführer, para darle su rango apropiado, equivalente a teniente coronel en Rusia, es un viejo amigo. De joven, fue un comunista valiente que luchó en las calles; después, un Camisa Parda asesino; más tarde, espía de una facción hitleriana, los Camisas Negras, los que se enfrentaron a Ernst Röhm. Tomó parte en las ejecuciones de los Camisas Pardas de 1934, y ahora es uno de los ayudantes de Heydrich en el Sicherheitsdienst, o SD, el Servicio de Inteligencia de la Gestapo en el extranjero. Trabaja en la Unterabteilung subdivisión que se ocupa de los Servicios Secretos soviéticos. Puede que haya sido Dershani el que se haya pasado al SD, y no al revés.

»Ulrich se encargó de la seguridad de la reunión, por tanto fueron los alemanes quienes la convocaron; Dershani estaba prácticamente solo y sin protección. Yo diría que parece la ceremonia de bienvenida a un traidor.

Abramov terminó con un encogimiento de hombros.

—Ya lo averiguaré.

Dio la espalda al viento, encendió un cigarrillo y se guardó el fósforo apagado en un bolsillo.

—Pero, así y todo, va a ser difícil hacer algo. Dershani es ahora el presidente del Directorio de la OPAL. A mí me han degradado a simple miembro. Él podría ser degradado más tarde, incluso mucho más tarde, ¿comprendes?, y Yezhov no es ya el superior de Dershani. El puesto corresponde ahora a Georgian Beria, lo que quiere decir que el *jvost* georgiano ha vencido. Y están barriendo la casa. Han descubierto una conspiración de escritores; Babel, demasiado amigo de la esposa de Yezhov, ha desaparecido. Lo mismo que Kolt'sev, *Pravda* tendrá pronto un nuevo editor. Y han caído otros, muchos otros: escritores, poetas, dramaturgos, así como los colaboradores de Yezhov. No se ha salvado ni uno: setenta en total.

—¿Y Yezhov?

—¡Ah, sí! —Abramov asintió con la cabeza—. Yezhov. Bueno, puedo informarte que el camarada Yezhov resultó ser un espía británico. ¿Puedes imaginar algo así? Pero ¡pobre hombre!, quizá no era consciente de lo que hacía.

Antes de continuar, Abramov guiñó un ojo y se puso el dedo índice en la sien.

—Es evidente que Nicolai Ivanovich se volvió loco. Una noche, una ambulancia se presentó delante de su casa y dos enfermeros, un par de chicos robustos, le pusieron una camisa de fuerza y se lo llevaron. Lo metieron en una celda del Instituto Psiquiátrico Serbsy, y lo dejaron solo, con tan mala

fortuna que consiguió ahorcarse por el ingenioso método de atar sus calzoncillos a los barrotes de la ventana y hacer un nudo corredizo con ellos. Para ello tuvo que realizar una hazaña acrobática, sin duda, y nunca supimos que el «enano asesino» fuera precisamente un atleta; pero, quién sabe, quizá la locura permite semejantes proezas. Por lo menos, eso es lo que nos gusta creer.

—Me habían comentado que Yezhov estaba en su ocaso —susurró Szara—; pero no me dijeron nada de esto.

—*Ocaso* es una buena definición, supongo. Entretanto, *bratets*, un término cariñoso para decir «hermanito», ahora más que nunca, mantente con la nariz limpia. Realmente ignoro qué le sucedió a tu agente SILO en París; pero al mirar estas fotografías veo que te has entrometido en los asuntos alemanes, y no hace falta ser un genio para sumar dos y dos.

—Pero fue...

—No me digas nada —lo interrumpió Abramov—. No quiero saberlo. Pero entiende que, una vez más, es hora de que los judíos parezcan invisibles, incluso en París. Beria no es ningún *shabbos goy*, ya sabes, un amigo de los judíos ortodoxos que enciende y apaga el candelabro el día de *sabbath*, y por tanto acata la prohibición de trabajar, sino todo lo contrario. Su última actuación está relacionada con un hombre que quizá tú conozcas, Grisha Kaminsky, antiguo comisario del pueblo para la sanidad. Subió a la tribuna en el último Pleno y pronunció un discurso muy interesante. Dijo que Beria había trabajado una vez para los Musulmanes Transcaucásicos, los nacionalistas de Mussavat, en la época en que estaban bajo el control de los británicos, cuando éstos intervinieron en Bakú justo después de la revolución. Según el discurso de Kaminsky, Beria trabajó en la red de contraespionaje mussavatista, lo cual hacía de él un espía británico. Ni que decir tiene que Kaminsky se esfumó en el aire después de la reunión del Pleno. Por eso debes comprender que yo no tengo prisa alguna en ir corriendo a Beria para contarle una historia, una historia ilustrada con fotografías; la de que su compadre de *jvost*, Dershani, está en contacto con el enemigo fascista.

Abramov hizo una pausa para dejar reposar tantas cosas, y los dos hombres permanecieron de pie en la playa, silenciosos, durante un largo rato.

A juicio de Szara, la ascensión de Beria, a pesar del ataque casi suicida de Kaminsky, confirmaba lo que Bloch le había dicho cinco meses antes: la purga, selectiva, estudiada, eficiente y azarosa al mismo tiempo, era, en efecto, un pogrom. Dudaba que Abramov, a pesar de su poder e inteligencia, pudiera salir vivo de ella. Y si los aliados de Yezhov morían asesinados, los

amigos de Abramov serían tratados de la misma manera cuando llegara el momento.

—Sergei Jakobovich, quizá... —vaciló en decirlo— debieras pensar en tu propia seguridad. Desde Dinamarca, por ejemplo, uno puede ir a cualquier parte.

—¿Yo? ¿Huir yo? Jamás. De momento estoy degradado, y lo he asumido como el buen *zhid* de un *ghetto*, la mirada baja y callado como un ratón mientras digo: «Ab crearé problemas, Gospodin». No, lo que me salva es que, con Hitler en los Sudetes, Alemania adquiere tres millones y medio de habitantes, setecientos mil de los cuales son de raza germana, unas cuatro divisiones de Ejército según mis cálculos, más la correspondiente capacidad industrial, materias primas, alimentos y lo que quieras. Lo cual significa una preocupación estratégica muchísimo mayor para Rusia, y, a fin de cuentas, ésa es mi especialidad. He estado con eso desde 1917. Y sé todo lo que se debe hacer. Por eso querrán tenerme cerca, al menos de momento.

—Y a mí, ¿también querrán tenerme cerca?

—Oh, ¿a ti?, por supuesto que sí. Después de todo, estás explotando una buena mina para nosotros. Sin ti y sin tus cofrades, el Directorio no tendría nada. Producimos herramientas de precisión, o al menos lo intentamos, pero ¿dónde estaríamos sin el mineral de hierro? Y esto me lleva a hablarte de lo que me ha traído aquí. No pienses que he venido hasta esta playa de Dinamarca sólo para recoger un puñado de fotografías obscenas.

»El panorama está de la siguiente manera: Hitler tiene los Sudetes, y sabemos que va a apoderarse de Checoslovaquia; creemos que quiere más, mucho más. Si el material de OTTER era importante antes, ahora resulta imprescindible, y el Directorio va a emplear sus métodos con este hombre, tanto si le gusta como si no. Con este propósito hemos decidido enviarte a Berlín. Es peligroso, pero necesario. Una de dos, o consigues hablar con OTTER en un marco mental más... digamos..., ah, más generoso, o tendremos que apretarle las clavijas. En otras palabras, nuestra paciencia se ha agotado. ¿Entendido?

—Sí.

—Otra cosa; queremos que entregues dinero a la red RAVEN, en persona. Échale un vistazo; pedirán tu opinión cuando regreses a París. El Directorio confía en Schau-Wehrli, no me mal interpretes, pero nos gustaría tener una segunda opinión.

—¿Me dará Goldman pasaportes para el viaje?

—¿Qué pasaportes? No seas tonto. Vas como lo que eres un corresponsal de *Pravda*, y escribes sobre lo que te parezca. Goldman te explicará cómo ponerte en contacto con OTTER y RAVEN; juntos prepararéis unos cuestionarios. Queremos que consigas de OTTER una información sobre ciertos aspectos particulares y específicos. ¿Alguna pregunta?

—Una.

—¿Sólo una?

—¿Por qué te han enviado aquí, de esta manera? Me has enseñado que una reunión en un «tercer país» suele reservarse para circunstancias especiales. No te he oído nada, quiero decir a nivel oficial, que no hubiera podido ser transmitido por radio. ¿Me has dicho todo?

Abramov inspiró profundamente el aire y acusó el impacto de la pregunta con un suspiro que parecía decir. *Mira, qué listo.*

—Seré breve. No están muy seguros de ti. No has avanzado con OTTER, has perdido un agente, y no importa que no haya sido por tu culpa, el Directorio no perdona la mala suerte, y tu único triunfo, que ahora tengo en mi bolsillo, ellos lo ignoran. Para ser claros, tu crédito es escaso. Quieren que te eche una mirada y luego decidiremos si continúas o no.

—¿Y si no?

—Todavía no se ha decidido nada, así que no seas tan curioso. He venido en coche hasta aquí, pero quiero que te vayas primero. Tienes una media hora a pie hasta Arhus, así que habrás de perdonarme si por la carretera paso de largo por tu lado, como si nunca te hubiese visto. Una última cosa: insisto en que andes con mucho cuidado en Berlín. Tu condición de periodista te protege, pero no vayas demasiado lejos en tus averiguaciones. Para contactar con los agentes, sigue las instrucciones al pie de la letra. Y en cuanto al caos de Moscú, no te preocupes. Nunca una situación es tan desesperada como parece. André Aronovich, recuerda el viejo dicho: «Nunca nadie encontró el esqueleto de un gato en un árbol».

Se despidieron y Szara caminó con dificultad sobre la blanda arena de las dunas. Una vez arriba, se volvió y la sensación de estar ante un cuadro lo invadió de nuevo. Sergei Abramov, con el paraguas colgado de un antebrazo y las manos en los bolsillos, miraba hacia el mar. El paisaje otoñal lo rodeaba —las chillonas gaviotas, las olas incesantes, el temblor de la hierba en la playa, el cielo pálido mate—; pero estaba en otra parte. O, mejor dicho, el paisaje no estaba con él, como si la pintura quisiera decir que la solitaria figura de la playa no formaba ya parte de la vida de esta tierra.

27 de octubre de 1938.

No podía alejar de su mente esas visiones.

Un fragmento de lenguaje burocrático, *fecha de expiración*, ese tipo de frase que suele encontrarse en pasaportes, visados y permisos de cualquier clase, se había convertido en el símbolo de un sentimiento que en esencia, no tenía nombre. *Europa se muere*, pensó. La despedida más corriente llevaba escondida la insinuación de una despedida definitiva. Se oía en las canciones, se veía en el aspecto de las calles, se sentía en los bruscos cambios de humor de los amigos y de uno mismo, de una alegría absurda en un momento se pasaba a la desolación en el siguiente.

El vagón restaurante del Expreso Norte a Berlín estaba casi vacío; al faltar el habitual rumor de las conversaciones, las vibraciones de los floreros y de la vajilla sobre las mesas desiertas se oían de forma desacostumbrada. Un camarero de avanzada edad esperaba medio adormilado en su puesto, con la servilleta al brazo, mientras Szara se esforzaba por tragar una chuleta de ternera casi fría. Cuando el tren se acercó a la frontera, un empleado diligente apareció en el vagón y cerró las cortinillas, tal vez para que Szara y otra pareja no pudieran ver las fortificaciones militares francesas.

El control de pasaportes en Alemania fue peor que otras veces. Y no hubiera podido determinar por qué, ya que fue la rutina de siempre. Quizá se debía a un mayor número de policías, y sus pistolas eran más ostensibles. O por su forma de actuar: empujaban a la gente, elevaban la voz más que otras veces, utilizaban un tono menos educado, sus modales tenían algo de exultante. Quizá fueron los hombres trajeados, casi inadvertidos, que apenas se molestaron en mirar sus documentos.

Llegó a pensar que acaso era cosa suya, que simplemente había perdido los nervios. Esta vez no hubo la horrible comida china en Bruselas. Se pasó horas enteras en la trastienda del establecimiento de cartografía de Stefan Leib, donde Goldman le estuvo repitiendo hasta la saciedad una serie de instrucciones, y así hasta bien pasada la medianoche. Se encontró un Goldman diferente; inclinado sobre un escritorio desordenado, a la luz de una única bombilla, con la voz tensa y cansada, el aliento saturado de alcohol, trazaba líneas con un lápiz sobre un plano de las calles de Berlín le explicaba con toda minuciosidad las circunstancias en que ahora se encontraba el doctor Baumann.

La situación de los judíos alemanes se había deteriorado, aunque lo peor era la forma en que tal deterioro se produjo. Se había proclamado, como un golpe de tambor incesante, un decreto cada mes, el siguiente un poco peor que

el anterior, cada uno preparado a conciencia para inspirar en sus víctimas la sensación terrorífica de una orquestación implacable. Nada de lo que se les ordenada era suficiente. Por más que cumplieran con exactitud y puntualidad la minuciosidad de las normas, el siguiente decreto resultaba más cruel y más exigente. Los verdugos, cuanto mejor se alimentaban, más hambre tenían.

En abril de 1938 sólo quedaban en Alemania cuarenta mil empresas de judíos; todas las demás habían pasado a ser propiedad de varios, unas por un precio nominal, otras, por nada. El hecho de que algunos negocios permanecieran aún en manos de judíos se debía a que, o bien aportaban divisas extranjeras, que Alemania necesitaba con verdadera urgencia para comprar material de guerra, o bien, como la fábrica «Baumann», estaban directamente relacionados con el esfuerzo del rearme. En junio, los judíos debían presentar un inventario de sus posesiones, en el que no tenían que incluir los efectos personales y domésticos.

En julio hubo un atisbo de esperanza: se celebró una conferencia sobre la emigración judía en la ciudad balneario francesa de Évian, a la que asistieron representantes de numerosas naciones para enfrentarse con el problema. Pero rechazaron acoger a los judíos alemanes. Estados Unidos aceptaría sólo a veintiocho mil, en categorías severamente restringidas. Australia no quería importar un «problema racial». Los países de América central y del sur sólo querían agricultores, no comerciantes ni intelectuales. Francia había acogido ya demasiados refugiados. El Reino Unido afirmaba que no disponía de espacio, y la inmigración a la Palestina controlada por ellos mismos se había reducido drásticamente a unos cientos de permisos al mes, desde que las revueltas y guerrillas árabes —iniciadas en 1936— habían puesto en dificultades a aquellos que favorecían la entrada de judíos en el país. Pero, además, el acceso británico al petróleo de Oriente Próximo se basaba en el mantenimiento de las buenas relaciones con los jeques árabes, y éstos, por lo general, se oponían al asentamiento de judíos en Palestina. De todas las naciones reunidas en Évian, sólo Holanda y Dinamarca aceptaron acoger a los judíos procedentes de Alemania. Cuando la conferencia terminó, casi todos los judíos alemanes comprendieron que se encontraban atrapados en una ratonera.

La aparición de decretos continuó. El 23 de julio se exigió que todos los judíos solicitaran una tarjeta de identidad especial. El 17 de agosto se ordenó que todos los judíos cuyo primer nombre fuera alemán, debían cambiarlo; a partir de ese día, los judíos varones se llamarían Israel, y las mujeres, Sarah. El 5 de octubre, los judíos se vieron obligados a entregar sus pasaportes. Se

les dijo que les serían devueltos una vez se hubiera inscrito en ellos que su portador era judío.

Cuando el tren atravesaba el valle del Rin, camino de Düsseldorf, Szara levantó la cortinilla y vio cómo pasaban las arracimadas luces de los pueblecitos. A conciencia, intentó liberar su mente de las instrucciones de Goldman y concentrarse en las probabilidades de ver a Marta Haecht durante su estancia en Berlín. Pero incluso en su imaginación, ella vivía oculta por su ciudad, una Marta muy diferente de la que en Lisboa había esperado que acudiera corriendo a sus brazos. Quizás ella era muy distinta a la mujer que su mente había forjado. ¿Sería posible que sólo existiera en un mundo de fantasía hecho a su medida? No importaba, se decía, mientras dejaba descansar su cabeza contra el frío cristal de la ventanilla. Fuera como fuese, él anhelaba su presencia, y esta necesidad era el único calor que conservaba del tiempo en que él creía que todo el mundo vivía para el deseo. Todo lo demás era hielo.

El periodista Szara bajó del tren en la estación de Potsdam unos minutos después de las tres de la madrugada, despertó a un taxista y se dirigió al «Adlon», donde se alojaban todos los periodistas y delegaciones comerciales de Rusia. El hotel, anticuado, desentonado y de una espléndida comodidad se hallaba situado en la Pariser Platz, al final de la grandiosa avenida Unter der Linden, cerca de la Embajada británica y separado por tres casas de la Embajada rusa. Siguió a un mozo somnoliento a través del amplio vestíbulo hasta su habitación, y escuchó gritos exuberantes en ruso y el ruido de una lámpara al romperse. *Al fin en casa*, pensó. El anciano mozo que le llevaba el equipaje movió la cabeza apesadumbrado al oír el alboroto.

Los vio por la mañana, buscando el café a tientas en el elegante comedor. Corresponsales de «Tass» en misión oficial, una variedad de tipos, desde los anchos de hombros, cabello rubio y ojos claros, hasta los pequeños, de mirada intensa, con gafas, barba y cabello desordenado. No conocía a ninguno, o así le pareció, hasta que Vainshtok apareció junto a su mesa con una fuente de higos guisados.

—Conque Szara ha llegado. Seguro que hay grandes noticias en camino.

Vainshtok, hijo de un comerciante de maderas de Kiev, era corrosivo hasta la infamia. Bizqueaba ferozmente tras una gafas redondas y siempre tenía un labio contraído en una mueca de desprecio.

—En cualquier caso, bienvenido a Berlín.

—Hola, Vainshtok.

—Qué agradable que hayas querido honrarnos con tu presencia. Yo tengo que escribir de *todo*, hasta la madrugada. Ya que has venido, a lo mejor puedo tener un descanso de vez en cuando.

Szara hizo un gesto inquisitivo señalando a los reporteros de la agencia «Tass» repartidos por el comedor.

—¿Ésos? ¡Ja! —contestó Vainshtok—. En realidad, ellos no escriben absolutamente nada. Tú y yo, Szara, hemos que hacer todo el trabajo.

Después del desayuno intentó telefonar a Marta Haecht. Le dijeron que dos meses antes había dejado la revista. Intentó comunicar con su casa, pero nadie contestó.

El día antes de abandonar París, Kranov le había entregado un mensaje personal procedente de Bruselas.

EL TRABAJO ESTÁ DISPUESTO PARA SU COMETIDO. BUEN Y
PRODUCTIVO VIAJE. *REZIDENT*.

En Berlín, la noche del 28 de octubre, Szara comprendió lo que el mensaje significaba realmente. De los que habían dispuesto el *trabajo*, sólo conocía a Odile, cuyo depósito del 26 de octubre en el buzón ciego para OTTER avisaba de *la visita de un amigo* que llegaría *por la noche*. Pero casi todos los preparativos habían sido realizados por agentes cuyos nombres y rostros desconocía, quizá destinados en Berlín, aunque no estaba seguro de eso. Tal vez había participado uno de los reporteros de «Tass», los que por la mañana tropezaban buscando su café en el «Adlon», o un equipo enviado desde Budapest. Pero no tenía por qué saberlo. De nuevo, había sido tarea de la mano invisible.

Pero el André Szara que se disponía a asistir a una reunión clandestina en territorio de la Gestapo se sintió más que agradecido por esta tarea. Empezaba a oscurecer cuando el tren de circunvalación se detuvo en la estación de Grunewald. Bajó al mismo tiempo que algunos hombres con carteras de negocios, y que se diferenciaban en poco de él mismo. Casi todos los residentes en Grunewald iban y venían en coche, muchos con chófer. Pero el regreso nocturno desde las oficinas era mucho más seguro, como los agentes habían podido observar, y Szara se sintió agradecido incluso por ese mínimo camuflaje.

La villa Baumann daba a la calle Salzbrunner, pero él tenía que entrar por la parte de atrás. Anduvo con rapidez por Charlottenbrunner, luego aminoró el paso para dejar que uno de los últimos hombres de negocios que regresaban llegara a su casa; entonces cruzó un camino estrecho y contó los pasos hasta que vio una roca levantada sobre su base más estrecha. Desde allí entró en un cuidado bosque de pinos, un lugar en el cual los agentes habían comprobado que no podía ser visto desde las casas vecinas. Encontró el sendero que le habían indicado, el cual le conduciría a la tapia encalada que rodeaba la villa colindante con la propiedad de Baumann.

Entonces esperó. El clima en Berlín era frío y húmedo; el bosque estaba oscuro y parecía como si el tiempo se hubiese detenido; pero le habían buscado aquel escondrijo para que pudiera llegar temprano a la zona, a la hora poco sospechosa del crepúsculo, y ahora tenía que estar allí, muerto de frío, hasta que la hora mágica de las nueve sonara, momento en que sabían que la pareja de criados de la residencia Baumann se iba a dormir o, por lo menos, apagaba las luces. A las nueve y diez se puso en marcha. Tanteó la tapia para orientarse, mientras contaba los pasos hasta donde le habían indicado, y encontró el hueco que un agente había hecho en la pared para que pudiera apoyar el pie. Así lo hizo y, tomando impulso, se agarró al tejadillo de la tapia. Le habían recomendado que llevara zapatos con suelas de goma, y le fueron útiles para no resbalar en aquella superficie lisa. No resultó nada airoso, pero al final se encontró tendido boca abajo sobre el ángulo que formaba la tapia que acababa de escalar con la que separaba las dos propiedades.

Al mirar hacia abajo a su izquierda, vio una mujer, vestida con una bata floreada, que leía sentada junto a una ventana. A su derecha, en la casita del servicio, con las persianas echadas. Justo debajo de él estaba la caseta de jardinero adosada a la tapia; entonces descendió cuidadosamente hasta su techo de ripia, el cual, para su inquietud, cedió algo bajo su peso, pero que resistió hasta que él saltó al suelo. De la casita le llegó el agudo ladrido de un perrito que cesó de inmediato. Debía de ser *Ludwig*, el pretexto que el *apparat* buscó para que Baumann pudiera pasear de noche por la vecindad. Fuera de la vista de la residencia principal, llegó a la puerta de la casa del servicio y dio tres suaves golpes con los nudillos; no era una contraseña, sino el estilo que Goldman había aconsejado calificándolo de «informal» y «entre vecinos». La puerta se abrió al instante y el doctor Baumann lo invitó a pasar.

Los agentes lo habían metido en la casa, sano y salvo. Alguien, tiritando bajo el rocío del alba berlinés, había sacado una piedra de la tapia con una navaja, aunque quizá lo hicieron unos niños. Comoquiera que hubiese sido, el caso es que estaba dentro. Lo habían manipulado como un arma y preparado para que su luz —intelecto, influencia, habilidad..., lo que fuera— brillara en su momento.

Ellos habían cumplido con su tarea. Lástima que él no pudiera hacer lo mismo con la suya.

Lo intentó, claro que sí. Goldman le había dicho: «Tienes que dominar a ese hombre. Puedes ser educado y, si te apetece, hasta encantador. Las amenazas también sirven. Muéstrate solemne, patriota, o tremendamente aburrido, que también puede servir, pero domínalo». Szara no pudo.

El doctor Julius Baumann había envejecido. La presión brutal e incesante de la burocracia del Reich había actuado con efectividad en su caso. Su rostro aparecía hundido por la tensión y la falta de sueño; delgado, encorvado, viejo.

—Usted no se puede imaginar lo que está ocurriendo aquí —repetía una y otra vez, y Szara no encontraba manera de sacarlo de esas palabras.

—¿Podemos ayudarlo? —preguntó—. ¿Necesita algo?

Baumann se limitaba a sacudir la cabeza, como si estuviera detrás de un muro que las palabras de Szara no pudieran traspasar.

«Muéstrate animoso —le había dicho Goldman—. Representas la fuerza. Hazle sentir el poder que tienes, que sepa que lo apoyas».

Szara lo intentó.

—Hay pocas cosas que no podamos hacer, ¿sabe? El crédito que usted nos merece es ilimitado. Pero debe decirnos lo que quiere.

—¿Qué es lo que quiero? —preguntó Baumann furioso—. Lo que ellos me han quitado ustedes no pueden devolvérmelo. Nadie puede hacerlo.

—El régimen se está debilitando. Quizás usted no lo advierte pero nosotros, sí. Hay razones para mantener la esperanza, para seguir resistiendo.

—Ya —repuso Baumann con el tono de quien cede porque encuentra inútil seguir hablando—. Lo intentamos —añadió. *Pero no conseguimos nada*, dijeron sus ojos.

Frau Baumann había experimentado otro tipo de cambio. Era más Hausfrau que Frau Doktor.^[8] Si sus pretensiones —el deseo de preeminencia social y la necesidad de sentirse digna— eran las mismas que habían empujado a una nación de cincuenta millones de habitantes a un estado de furia ciega, ciertamente, ya estaba curada de todo eso. Ahora permanecía pendiente de todo, y de todo se ocupaba, nunca tenía las manos en reposo.

Había reducido su existencia a una serie de pequeñas crisis domésticas, había convertido el miedo en exasperación por la vida de cada día: dedales, escobas, patatas. Tal vez ésa era su versión del mismo mundo en el que las amas de casa alemanas vivían, quizás esperaba que, si se unía al enemigo, podría conservar —ellos le permitirían conservar— lo que le quedaba en la vida. Cuando salió de la habitación, Baumann la siguió con la mirada.

—¿Lo ve? —preguntó a Szara en un murmullo como si necesitase demostrar algo.

Szara bajó la cabeza, apesadumbrado; lo entendía.

—¿Y el trabajo? El negocio, ¿cómo va por allí? ¿Qué piensan de usted sus empleados? ¿Todavía le son fieles? ¿O siguen casi todos la línea del partido?

—Se cuidan de sí mismos. Como todo el mundo hace ahora.

—¿No hay comprensión? ¿Ni un alma buena?

Quizá Baumann vacilara por un momento, pero entonces se dio cuenta de lo que vendría después —quién era esa alma buena—, y volvió a encerrarse en sí mismo.

—No importa lo que piensen.

—No quiere ayudarnos. —Szara suspiró—. Ni quiere ayudarse.

Algo brilló en los ojos de Baumann. ¿Simpatía? Pero el brillo desapareció en seguida.

—Por favor —dijo—. No debe preguntarme demasiado. Cada día soy menos valiente. Ir a la tapia de piedra a buscar el mensaje es una agonía para mí, ¿entiende? Tengo que luchar para hacerlo. Yo...

El teléfono sonó.

Baumann se quedó paralizado. Miró fijamente a través de la puerta que daba a la cocina mientras el aparato seguía sonando. Por último, Frau Baumann acudió a la llamada.

—¿Sí? —y luego otra vez la pregunta. Escuchó durante un momento, quiso hablar, pero era evidente que la persona al otro lado de la línea no la dejaba.

—¿Puedes esperar un momento? —oyeron que decía, luego escucharon cómo dejaba el auricular sobre una repisa.

Cuando entró en la salita de estar, llevaba la manos apenas rozando sus mejillas.

—Julius, querido, ¿tenemos dinero en casa? —preguntó despacio, como si estuviera recurriendo a toda su fuerza interior, pero le temblaban las manos y sus mejillas ardían enrojecidas.

—¿Quién es?

—Natalya. Ha llamado para decir que tiene que regresar a Polonia. Esta noche.

—¿Por qué tiene que...?

—Se lo han ordenado, Julius. La Policía está allí; ellos mismos la conducirán hasta el tren después de la medianoche. Dice que se comportan con toda corrección, y que quieren pasar por aquí camino de la estación.

Baumann no reaccionaba. Seguía con la mirada inmóvil.

—¿Julius? Natalya está esperando que le digamos si podemos ayudarla.

—En el cajón —repuso Baumann por fin. Luego se volvió a Szara—. Natalya es prima de mi mujer. Vino de Lublin hace seis años.

—Apenas hay dinero en el cajón —dijo Frau Baumann.

Szara se sacó un grueso fajo de reichmarks de su bolsillo, y se lo entregó a Baumann.

—Déselo.

Frau Baumann volvió al teléfono.

—Sí, está bien. ¿Cuándo vienes? —Hubo una pausa mientras escuchaba la respuesta—. Muy bien, pues luego nos vemos. Estoy segura de que todo se arreglará. No olvides llevar ropa de abrigo, los hoteles polacos... Sí... Lo sé... Veinte minutos. —Colgó el auricular y volvió a la sala—. Todos los inmigrantes judíos polacos deben salir de Alemania —explicó—. Están siendo deportados.

—¿Deportados? —repitió Baumann incrédulo.

Su esposa asintió con la cabeza.

—A un sitio llamado Zbaszyn.

—¡Deportada! —insistió Baumann—. Una mujer de sesenta y tres años, deportada. En el nombre de Dios, ¿qué va a hacer en Polonia? —Se levantó de repente para acercarse a una librería que había junto a la ventana, cogió de ella un libro de grandes tapas y ojeó las páginas—. ¿Cómo has dicho que era el nombre?

—Zbaszyn.

Baumann puso el atlas bajo la lámpara y buscó la página.

—Varsovia se comprendería —dijo—. No encuentro ese nombre. —Alzó la mirada y se dirigió a su mujer—. ¿Ha pensado por lo menos en llamar para reservar una habitación?

Szara se levantó.

—Tendré que irme —dijo—. La Policía...

Baumann se lo quedó mirando.

—Creo que ustedes debieran irse —continuó Szara—. Esta medida va a afectar a miles de personas. A decenas de miles. Es muy posible que la próxima vez busquen un sitio para ustedes.

—Pero nosotros no somos polacos —dijo Frau Baumann—. Somos alemanes.

—Yo los sacaré —dijo Szara—. A Francia o a Holanda.

Baumann parecía indeciso.

—No me conteste ahora. Piénselo. Me pondré en contacto con usted y nos veremos dentro de unos días. —Mientras hablaba se puso la gabardina—. ¿Lo pensará?

—No lo sé. —La confusión de Baumann era evidente.

—Por lo menos hablaremos de ellos —dijo Szara. Miró su reloj y se dirigió hacia la puerta.

Fuera, el aire era frío y húmedo. Una insegura escalera de mano le sirvió para subirse al tejado del cobertizo; desde allí saltó a lo alto de la tapia, se suspendió de las manos para aminorar la caída y salvó la distancia que lo separaba del suelo. La hora fijada para su salida de la casa era las 10.08, pero el imprevisto desenlace lo obligó a hacerlo antes y tuvo que esperar en el bosque, igual que antes. En el silencio de la vecindad de Grunewald, oyó lo que debió de ser la breve visita de la prima: abrir y cerrar de las portezuelas de un coche, un motor en marcha, voces apagadas, portezuelas otra vez y, por último, el ruido de un coche que se alejaba. Eso fue todo.

29 de octubre.

Szara pensó que no había sido una buena idea telefonear a Marta Haecht, una conversación que necesariamente tendría que ser embarazosa, difícil. En lugar de eso, le escribió en un papel de carta con membrete del hotel: «He vuelto a Berlín por encargo de mi periódico. Me gustaría, más de lo que puedo decir en esta carta, estar contigo todo el tiempo que pueda. Por supuesto, seré comprensivo si tu vida ha cambiado y decides que lo mejor es que no nos veamos. En cualquier caso, tu amigo, André».

El día transcurrió lleno de aburrimiento, y Szara trató de no pensar en los Baumann. Sacarlos de Alemania no entraba en los planes del Directorio; él no estaba autorizado para hacer tal ofrecimiento, pero eso no le importaba. *Ya está bien*, se dijo.

A la mañana siguiente, Szara recibió contestación a su carta. Fue un mensaje telefónico que tomó el conserje del hotel «Adlon». Una dirección, un

número de despacho, una fecha, una hora. De Fräulein H.

31 de octubre.

Szara permaneció de pie delante de la ventana abierta y miró a la Bischofstrasse, su pavimento brillante bajo la lluvia de la media tarde, con mojadas hojas de colores pardo y amarillo pegadas al suelo de las aceras. Respiró complacido el aire húmedo. Oyó los pesados pasos de Marta que cruzaba la habitación, luego sintió su cálida piel en la espalda.

—Por favor, no te quedes aquí delante —dijo ella en voz baja—. Todo el mundo se va a dar cuenta de que hay un hombre desnudo en la ventana.

—Qué me das si me quito.

—Ah, te daré eso que no te atreves a pedirme y que deseas más que nada.

—Qué es.

—Una taza de té.

Se alejaron juntos de la ventana, él se sentó a una mesa cubierta con una tela india, y la miró preparar el té.

La habitación era un desván en un edificio de oficinas. Sus grandes ventanales y el techo alto hacían de ella el perfecto estudio para un artista. *Benno Ault*. Ése era el nombre que podía leerse en el directorio del gran vestíbulo de mármol, en la planta baja, vestigio de una pasada grandeza. *Herr Benno Ault, Habitación 709*. ¿Quién era? Según Marta, «un amigo de la Universidad. Querido, dulce y olvidado». Un artista que ahora vivía en otra parte y le había alquilado el estudio como apartamento. Pero su presencia permanecía viva. En las paredes —pintadas de un beige industrial, ahora tenían manchas de humedad y estaban desconchadas— había, clavadas con tachuelas, lo que Szara pensó que era la obra de Benno Ault. Querido, dulce y olvidado podía haberlo sido, pero también loco como una cabra. Los lienzos sin enmarcar mostraban un colorido angustioso, de amarillos y verdes chillones. Eran retratos de naufragos y ahogados, rostros heridos gritando desde las paredes, hundidos bajo océanos de azafrán y manos grotescas aferradas al aire.

Le sirvió una humeante taza de té. Se quedó a su lado y le echó azúcar hasta que él dijo basta, la curva de su cadera rozaba el costado de Szara.

—¿Lo quieres así de dulce?

—Exactamente así.

—Muy bien —dijo Marta. Se acomodó en un sillón cercano, una pieza única, tapizada de terciopelo, que había conocido tiempos mejores. Se puso

una servilleta sobre el vientre, un juego pudoroso, como si fuese un desnudo de Goya que cuidara sus modales. Sorbió el té, cerró los ojos y movió los dedos de los pies con aire placentero. El sonido de fondo para esta actuación salía de un enorme aparato de radio, con una banda de sintonización iluminada por una brillante luz de color ámbar, que desde que llegó Szara había estado transmitiendo música de Schubert. Marta comenzó a dirigir una imaginaria orquesta, siguiendo el ritmo atrás y adelante con un dedo índice estirado.

—¿Soy como me recuerdas? —Fue una pregunta súbita por parte de ella.

—¿Y yo?

—En realidad eres muy diferente.

—También tú.

—Es la vida —suspiró ella—. Pero no me importa. Tu carta me pareció encantadora, aunque un poco triste. ¿Era sincera? ¿O lo decías sólo para hacer las cosas más fáciles? No es que me importe mucho. Se trata sólo de curiosidad.

—Era sincera.

—Yo lo había pensado. Pero entonces me dije, dentro de una hora nos veremos.

—Las horas pasan; las cartas quedan.

—Tendré que regresar en seguida al trabajo. ¿Volveré a verte? ¿O esperaremos otro año?

—Mañana.

—Yo no he dicho que quisiera verte.

—¿Querrás?

—Sí.

Cuando llamó a la puerta, Marta acudió a abrirle vestida con una bata de seda corta atada flojamente a la cintura —recién comprada; el olor a tela nueva sobresalía por encima del perfume—, el cabello suelto y alisado, el rojo de los labios recién dado. Una mujer de mundo, que espera su cometido placenteramente en pleno día. Al verla así, enmarcada por la puerta, Szara se sintió aturdido. Era demasiado bueno para ser verdad. Cuando ella levantó su rostro y cerró los ojos, se sintió como un hombre que de repente recibe la caricia de la luz del sol. Mientras se abrazaban, advirtió que ella sonreía con placer. Pero a partir de ese momento, todo lo demás —el que le llevara de la mano hasta el sofá, los cojines apartados a patadas, la bata volando por los aires... sucedió demasiado de prisa. Lo que había imaginado, tan artificioso y seductor, no tenía nada que ver con aquello. Parecía que no eran ellos en

realidad, sino otras dos personas, hambrientas, apresuradas, egoístas. Luego se rieron al comentarlo; sin embargo, las cosas fueron diferentes, y ambos lo sabían.

Hubo un momento en que ella levantó la cabeza del sofá y le cuchicheó delicadamente en el oído. Las palabras eran familiares, una petición amorosa, pero lo dejaron sorprendido: eran palabras alemanas, y su eco despertó algo frío y poderoso, casi violento en su interior. Ella se dio cuenta. Y le gustó. Era peligroso seguir por ese camino, mas no hicieron nada por evitarlo.

Después, mientras tomaba el té, se preguntó cuánto había entendido ella de lo que había sucedido. ¿La *mujer eterna*, es sumisa o absorbente? ¿O acaso ella, por un momento, se había convertido en compañera de su decadencia, representando su papel en una versión algo maliciosa de la comedia amorosa? No podía contestarse. Ella parecía feliz, le gastaba bromas, jugueteaba con los dedos de los pies, contenta consigo misma y con la tarde.

Luego Marta se vistió. También fue diferente en eso. Poco a poco se fue convirtiendo en una mujer trabajadora, en una berlinesa típica: la Marta ingenua, algo bohemia, admiradora de periodistas rusos, dejó de existir. Liguero, medias, una fina camisa de cuello redondo, un gastado traje de lana hasta media pierna y, por último, un pequeño y elegante sombrero con una pluma. Lo que parecía un disfraz perfecto se convirtió en auténtico cuando le hizo una mueca infantil; lo que en alemán es *Schnauze*, literalmente hocico, una manera de enviar el mundo a la mierda. Antes de irse, le ofreció su fría mejilla para no estropear el rojo de los labios, y se sacudió el cabello.

Después de que ella se marchara él se quedó todavía un rato, viendo por la ventana cómo una bandada de estorninos se alejaba y cambiaba de rumbo en el lluvioso cielo. El programa de la radio cambió a lo que le pareció Beethoven o, en cualquier caso, algo profundo y solemne. Se sintió arrastrado por el ambiente de la ciudad, le fue imposible resistirlo, y él también se sintió otoñal y meditabundo, mientras se hacía preguntas de respuestas imposibles. Marta Haecht, por ejemplo. ¿Se había vuelto tan mundana en manos de otros amantes? Por supuesto que sí. Pero ¿quién?, se preguntó. Eso resultaba siempre, por su propia experiencia, una sorpresa. ¿Él?

Si se hubiese tratado de una muchacha rusa, él lo hubiera sabido todo. No habría habido barreras entre ellos para expresar cualquier pensamiento íntimo; las lágrimas lo hubieron lavado todo y, después, el perdón, la ternura y — como en una borrachera— un salvaje acto amoroso que hubiese reunido de

nuevo los trozos del vaso roto. Los polacos y los rusos saben que los sentimientos escondidos envenenan la vida; el vodka, en último término, no es más que un catalizador.

Pero ella no era rusa ni polaca; era alemana, como esos malditos y tristes músicos. La realidad le había sido revelada cuando estaban en el sofá. ¿Qué era *eso*? ¿El conquistador oriental que posee a la princesa teutónica? Fuera lo que fuese, no se trataba de ningún juego.

Inquieto, con el pesar de que Marta hubiera tenido que volver al trabajo, Szara caminó por la habitación mientras se vestía, rodeado de las maníacas pinturas de Ault. *Qué gente más rara, pensó, hacen de la angustia una virtud.* Pero tales pensamientos no impidieron que contara las horas que faltaban para volver a verla, y trató de sacudirse la sensación opresiva que atenazaba su pecho.

Quizá fuese la influencia del propio edificio. Su construcción databa de principios de siglo; en sus amplios corredores, adornados con pequeños azulejos octogonales en blanco y negro, resonaba el eco de las pisadas, y estaban bañados por la difusa luz gris que atravesaba los paneles de cristal esmerilado de las puertas, las cuales estaban numeradas con caracteres góticos. Llamado die Eisenbörse Haus, el Edificio de la Lonja del Hierro, había sido seguramente el sueño acariciado de su constructor. Por lo que Szara sabía, no había allí ninguna Lonja, o Bolsa, del hierro. ¿Se había planificado alguna, quizás al lado? En ese caso, sólo habían construido el anexo, una estructura de siete plantas de ladrillos rojos con el nombre en letras doradas sobre el cristal de la puerta principal. El ascensor debió añadirse más tarde. El edificio era enorme, un hormiguero diseñado para albergar cualquier negocio respetable. Pero el constructor había elegido mal el sitio. La Bischofstrasse se hallaba al otro lado del río Spree, alejada de la mejor zona de Berlín y había que cruzar el puente Wilhelm, cercano a la antigua judería. ¿Existió alguna vez el propósito de hacer de aquel lugar un distrito comercial? Evidentemente, el constructor debió de pensarlo así, y lo situó justo al oeste de la Judenstrasse, enfrente del Neue Markt, entre las calles Pandawer y Steinweg.

Pero no acertó. El edificio quedó como una gran mole entre casas de vecinos y tiendas miserables; el directorio del vestíbulo explicaba el resto: profesores de piano, agentes teatrales, un detective privado, un club de enseñanza de navegación a vela y un club de corazones solitarios, un astrólogo, un inventor, y Grömmelink, el hombre de las dentaduras postizas a precios módicos.

Szara pulsó el botón de llamada del ascensor, el cual, al poco rato subió entre jadeos hasta la última planta. La puerta metálica se deslizó a un lado y un sucio guante blanco abrió la puerta interior. El ascensorista era un viejo de cabello lacio, peinado con raya en medio y recogido detrás de las orejas, de piel fina, casi transparente y el rostro arrugado por la tragedia. Según Marta le había dicho, se llamaba Albert, y ella lo tomaba por un tipo extravagante y bastante divertido, el peligroso ogro del castillo, el defensor del foso. Pero Szara no lo encontró nada divertido. Albert lo miró fijamente, con evidente y profundo desprecio, cuando Szara entró en el ascensor y luego olfateó de manera ruidosa mientras cerraba la puerta de golpe. *Huelo a judío*, eso era lo que daba a entender. En la pared, encima de la manivela de mando, había sendas abarquilladas fotografías de hombres con expresión adusta vestidos con el uniforme del Landwehr. ¿Hijos muertos en la guerra? Al menos, eso le pareció a Szara. Mientras dejaban arriba los pisos, Szara no pudo reprimir un escalofrío. Nunca hubiera imaginado a Marta Haecht viviendo en un sitio como ése.

Había muchas cosas nuevas en Marta. Mientras echaba una ojeada por el apartamento, Szara había encontrado en un armario de madera unas pinturas antiguas de Ault que, era evidente, no merecían ser mostradas. Las fue mirando sin mucha curiosidad, y entre ellas vio un rosado desnudo, de una mujer de pie y pensativa, casi cohibida, en medio de frenéticos torbellinos de verdes y amarillos. Algo familiar llamó su atención, y entonces cayó en la cuenta de que conocía a la modelo, que ya la había visto en esa misma pose. Había muchas cosas nuevas en Marta.

El ascensor se detuvo. Albert abrió las puertas, primero la interior y luego la exterior.

—Vestíbulo —dijo con voz áspera—. ¡Salga!

De nuevo en su habitación del «Adlon», Szara corrió las pesadas cortinas para evitar la luz del crepúsculo, echó la llave a la puerta y se entregó de lleno a cifrar un mensaje. Con la ayuda de un horario de trenes alemán que Goldman le había dado —difícil de descubrir si había un registro—, convirtió el vulgar texto de grupos numéricos. En su comunicado al Directorio mostró una extrema cautela, de hecho, casi de engaño: el hombre destrozado de Grunewald, tal como lo describió, provocaría la alarma y las idas y venidas en la plaza Dzerzhinsky. El doctor Baumann no estaba bajo el control de nadie,

incluido el del propio Szara, y éste sólo podía imaginar lo que el Directorio ordenaría que se hiciera cuando se enterara, en especial el Directorio presidido por Dershani.

El informe describía a un agente sometido a una presión enorme, pero que aún era eficiente en su trabajo. Terco, automotivado..., a fin de cuentas, un hombre de negocios importante y triunfador, y no alguien que recibe órdenes. Szara reforzó el engaño dando a entender indirectamente que el Directorio debía frenar su instinto de dominación burocrática y reconocer que trataban con un hombre para quien ser independiente, incluso siendo judío en Alemania, era algo instintivo en él, y habitual. Había que hacer creer a Baumann que quien controlaba era él y que el *apparat* le estaba subordinado.

Pero si Baumann era un hombre tenaz, continuaba Szara, la situación que él había encontrado en Alemania era de una gran inestabilidad. Daba cuenta de la llamada telefónica de la prima política de Baumann, forzada a regresar a Polonia, informó del desembolso de gastos de emergencia, y luego sugirió que debieran ofrecer a OTTER la salida del país —*si la ocasión lo requiere*— y establecerlo en otra ciudad europea. Mientras ese momento llegaba, la «Fábrica Baumann» debería contratar a un nuevo empleado, recomendado por el agente a cargo del caso, que se mantendría como reserva hasta que entrara en activo. Szara terminó el mensaje diciendo que permanecería al menos siete días más en Berlín, y que pedía apoyo operativo local para celebrar una segunda reunión.

Agrupó sus números, hizo la suma falsa y contó las letras del horario por segunda vez para asegurarse. Los mensajes equivocados ponían furiosos a los de Moscú —*¿Qué es un fepo? ¿Y por qué pide uvas?*—, y necesitaba que confiaran en él y en su buena fe si quería que aceptaran su análisis de la situación.

Caminó la media manzana que lo separaba de la Embajada rusa, un lugar que era normal que visitara, donde encontró su contacto, un segundo secretario llamado Varin, al que entregó su mensaje. Luego desapareció en la noche berlinesa.

Oh, él tenía compañía, pensó. Nada demasiado serio. Nada que no pudiera arreglar.

Goldman le había dicho: «Hay dos situaciones que, a mí, si estuviese en tu lugar, me preocuparían: a) Que te encuentres realmente interceptado, quizá por una caja móvil: uno delante, uno detrás, y dos a las tres y a las nueve —a

la izquierda y a la derecha—; caminas por la calle y todo el aparato se mueve contigo. O quizás es gente en coches estacionados en una calle vacía y mujeres en las puertas. Todo este tipo de cosas impide que quedes fuera de su vista. O insisten en saber quién eres en realidad y a dónde vas. O tratan de asustarte para ver cómo reaccionas. Abandonas, por supuesto. Vuelves al hotel y usas tu teléfono de contacto, el número 4088. No contestarán, pero el timbre de la llamada hará su efecto. b) Debes preocuparte si no hay vigilancia alguna en absoluto. Un periodista soviético en Berlín debe repito, *debe* despertar interés en algún nivel de los organismos de contraespionaje. La situación normal será periódica, con uno o dos hombres, tal vez detectives, con el aspecto que suelen tener. Te seguirán a media distancia. Lo ideal es que no te muestres excesivamente hábil. Si eres demasiado astuto, provocarás su curiosidad. En el caso de que no puedas despistarlos con un par de maniobras inadvertidas, renuncia a ello e inténtalo en otra ocasión. Por lo general, los alemanes te marcarán de noche y te dejarán libre de día. Pero si es el Sáhara, entonces ve con cuidado. Puede significar que tengan un plan, es decir, que hayan puesto a alguien bueno sobre ti, y él, o ella si vamos a eso, será mejor que tú. En ese caso, vete a ver al segundo secretario de la Embajada y ya te prestaremos ayuda».

Muy bien, pensó. Esta vez el geniecillo de Bruselas sabía de qué estaba hablando. *En la calle de paseo*, Szara encendió un cigarrillo en la Kanonierstrasse, parado delante de la lóbrega y vasta fachada del «Deutsche Bank»; luego, *forastero en su ciudad*, miró a su alrededor como si estuviese perdido en medio del mar. El otro hombre que encendía su cigarrillo a unos cuarenta metros detrás de él, visible sólo como un sombrero y un abrigo, era su compañía.

No era la noche adecuada para tener compañía. Con diez mil reichmarks en los bolsillos se dirigía al teatro «Reichshallen» para una reunión con Nadia Tscherova, actriz, *émigrée*, RAVEN y jefe de grupo de la red RAVEN. Tscherova estaría a su disposición —no en un camerino del grandioso «Reichshallen», sino de un pequeño teatro de repertorio en una calle estrecha llamada Rosenhain Passage— a partir de las 10.40. Szara no quiso apresurarse, continuó su paseo, y no comprobó si continuaban siguiéndolo hasta que no llegó a la Kraussenstrasse. Si no podía hacer el *treff* esa noche, Tscherova lo esperaría las tres noches siguientes. Dirigida con mano firme por Schau-Wehrli, RAVEN era conocida por seguir las órdenes, así que Szara estaba tranquilo y ofrecía el aspecto de un hombre que no sabe dónde ir y está sobrado de tiempo.

Sentía curiosidad por Tscherova. Schau-Wehrli la manejaba con su fina arrogancia suiza; la llamaba *stukach*, soplona, el más bajo escalafón de los agentes soviéticos, que se limitaban a cambiar información por dinero. La apreciación de Goldman era diferente. Él empleaba la palabra *vliyaniya*, compañera de viaje. Este calificativo solía aplicarse a los agentes influyentes, con frecuencia voluntarios que creían en el sueño soviético: casi siempre académicos, funcionarios, artistas de todas clases y el hombre de negocios ocasional interesado en beneficios futuros. Como Tscherova se movía en los círculos elevados de la sociedad nazi, él la consideraba *vliyaniya*, aunque se le pagara, igual que a los hermanos Brozin y Brozina y el maestro de ballet checo Anton Krafic, los otros componentes de la red RAVEN. En cuanto a los agentes de más alto rango, los *proniknoveniya* —especialistas infiltrados que servían bajo una directa y virtual disciplina militar—, a Szara no le fue permitido acercarse a ellos, aunque él sospechaba que el grupo MOCHA de Schau-Wehrli podría estar clasificado como tal; y de Goldman se rumoreaba que dirigía personalmente a un agente incrustado en el mismo corazón de la Gestapo.

Claro que el sistema variaba según el punto de vista nacional. Para los franceses, los agentes de bajo nivel eran los *dupeurs*, timadores, que informaban sobre todo de instituciones militares de diversos países. Los *moutons*, carneros, se dedicaban al espionaje industrial y los *baladeurs*, ambulantes, se encargaban de misiones específicas. El equivalente francés del *proniknoveniya*, muy controlado y situado en lugares importantes, era el *agent fixe*, mientras que el *traffiquant*, como Tscherova, dirigía un grupo de subagentes.

Szara se detuvo en la esquina de la Kraussenstrasse, contempló los rótulos callejeros y luego cruzó de prisa al otro lado, sin llegar a correr, pero de tal forma que dos «Daimler» que iban a gran velocidad pasaran zumbando a su espalda. Una breve mirada al escaparate de un estanco le mostró el reflejo de su «acompañante», que buscaba con mirada ansiosa desde la esquina opuesta y luego cruzaba. Szara aligeró el paso; después subió las gradas del hotel «Kempinski». Cruzó el elegante vestíbulo y se sentó a una mesa del bar del hotel. Aquello era el Berlín cosmopolita; un diseño de brillantes superficies en blanco y negro con lámparas cromadas, palmeras, un hombre en esmoquin blanco tocaba al piano música romántica, pequeños grupos de gente bien vestida y el sosegado y melódico murmullo de las conversaciones. Pidió un aperitivo, se recostó en la silla de cuero, y centró su atención en una mujer, más bien sin edad, y no sin atractivo, que se encontraba sola en una mesa

cercana, muy concentrada al parecer en lo que le preocupaba: una bebida larga con un bastón de caramelo en miniatura colgado del borde del vaso.

Diez minutos más tarde, la compañía llegó. Sudoroso, rostro de luna, anhelante; un detective sobrecargado de trabajo que, evidentemente, había aparcado en una silla del vestíbulo y luego se había puesto nervioso al creer que había perdido el contacto con su vigilado. Se acercó a la barra, pidió una cerveza y contó la calderilla del bolsillo antes de pagar. Szara sintió lástima por él.

Entretanto, la dama que había elegido hizo firmes progresos con su bebida. Szara se levantó, se dirigió hacia ella y, de espaldas al detective, se inclinó y le preguntó la hora. Ella, con bastante educación, le respondió que no la sabía, pero creía que serían cerca de las diez. Szara rió, se irguió de nuevo, y comenzaba a dar media vuelta para regresar a su mesa cuando lo pensó mejor, miró su reloj, dijo algo en voz baja como «Temo que se me ha parado el reloj», con una sonrisa de complicidad, y entonces sí volvió a su mesa. La mujer se marchó un cuarto de hora más tarde. Szara miró su reloj, esperó cinco minutos para que ella fuera donde tuviese que ir, dejó un billete sobre la mesa y abandonó el bar. Ya en el vestíbulo, corrió hacia un ascensor en el momento que la puerta comenzaba a cerrarse y pidió la cuarta planta. Cruzó el rellano decidido, y, cuando oyó que la puerta del ascensor se cerraba, buscó la escalera y regresó a pie al vestíbulo. El detective, sentado en un sillón, vigilaba la puerta del ascensor como un gavilán, a la espera de que Szara regresara de su aventura. Szara abandonó el hotel por una puerta lateral, se aseguró de no tener más compañía y detuvo un taxi.

Rosenhain Passage era medieval, un callejón tortuoso recubierto de piedras rotas. Casas con entramados de madera, enlucido agrisado por el tiempo, paredes que, al elevarse, se inclinaban hacia atrás, y un desagradable olor a cloaca suspendido en el aire. ¿Qué había ocurrido allí? El agua goteaba de las tuberías podridas, todas las ventanas cerradas a cal y canto. Una calle sin vida, inerte. No se veía ni un alma. En medio de todo esto, el teatro «Das Schmuckkästchen» —El Joyero—, como si una comisión de cultura ciudadana, encargada de *hacer algo por el Rosenhain Passage*, se hubiera sacado el teatro de la manga. Una manera de dar lustre a las cosas. Un estandarte pintado a mano que colgaba de un anticuado cuerno de posta, anunciaba la representación de *El Dilema del Capitán*, de Hans-Peter Mütchler.

A medio camino de un pasaje junto al teatro, un hierro apoyado en una puerta la mantenía abierta. Szara lo apartó de su camino con el pie y dejó que la puerta se cerrase lentamente a su espalda hasta encajar el pestillo. Tras una pesada cortina oyó el desarrollo de la obra, un hombre y una mujer intercambiaron insultos domésticos en el estilo declamatorio reservado a los dramas históricos. *Escucha con atención esto fue escrito hace mucho tiempo.* Los insultos debían de ser divertidos en plan jocoso, la entonación de la voz así lo daba a entender, y hubo risas entre el público; pero Szara pudo sentir una incomodidad casi palpable —cambios de postura en los asientos, toses, suspiros sin palabras— en una audiencia condenada a pasar una noche insulsa y aburrida.

Tal como Goldman le había dicho, no había nadie en aquel lugar. Forzó la vista, y en la oscuridad medio vislumbró una fila de puertas. Con leves golpecitos llamó en la marcada con la C.

—¿Sí? Pase.

Se encontró en un pequeño camerino: espejos, vestidos, desorden. Una mujer, que mantenía el dedo índice entre las páginas de un libro como señal, estaba sentada, con el torso erguido, en una *chaise-longue*. La expresión de su rostro era tensa y anhelante. Goldman le había mostrado una fotografía suya. Una actriz. A pesar de eso, la realidad lo dejó deslumbrado. Quizá fuese el contraste con Berlín, el peso grotesco de la ciudad, su pesada atmósfera, la gente de complexión gruesa, la brutal densidad de su vida; pero la mujer le pareció transparente, etérea.

Ella inclinó la cabeza y estudió al hombre que acababa de entrar.

—Usted es diferente —dijo en ruso. Su voz era ronca, y Szara percibió su desdén en esas tres palabras.

—¿Diferente?

—Por lo general suelen enviarme una especie de verraco. Con las cerdas erizadas.

Era alta y esbelta; los puños del grueso jersey arremangados dejaban ver unas muñecas delicadas. Sus enormes ojos tenían un azul pálido y frágil que hacían pensar en la ceguera, y su cabello, que llevaba largo y suelto, tenía el color de la cáscara de almendra. Un cabello muy fino, de la clase que se agita al menor movimiento. Había estado bebiendo. Szara pudo oler el vino.

—Siéntese —dijo ella esta vez con voz suave, en un evidente cambio de modales.

Szara se acomodó en un sillón que parecía un trono, quizás perteneciente a la obra de teatro.

—¿Actúa usted?

Iba vestida con pantalones y calzaba sandalias de tacón bajo, una indumentaria que no encajaba con los gritos y antiguallas que había oído en el escenario.

—Especial para esta noche. —Con un gesto que daba a entender la presentación del personaje, añadió—: Beatrice, una doncella. —Se encogió de hombros, en un gesto de rechazo ruso—. Es culpa de mi alemán, tan imposible. En ocasiones represento el papel de alguna extranjera; pero la mayor parte de las veces hago de doncella. Con vestidos cortos de doncella. Gusta a todo el mundo. Cuando me agacho, casi se me ve el culo. Aunque no del todo.

—¿Qué obra es ésta?

—¡Cómo!, ¿acaso no conoce *El Dilema del Capitán*? Creí que todo el mundo lo conocía.

—No. Lo siento.

—Mütchler se ajusta al gusto dominante..., es decir, al gusto de Goebbels. Se dice que la ha calificado de muy excelente. El capitán vuelve a su casa diez años después de un naufragio; y se encuentra con que su esposa vive por encima de sus posibilidades, esclava de una moda extravagante, acosada por difamadores y usureros. Él, por su parte, es un *Volk* típico: fornido, campechano, honrado..., un hombre sencillo de Rostock, acostumbrado a los placeres sencillos. Placeres sencillos, sabe, que nos obligan a representarlo como si fuese un imbécil. Ya tenemos pues el *conflicto*, y una especie de comedia de alcoba, con todos sus divertidos personajes: hipócritas, majaderos y judíos untuosos.

—¿Y el dilema?

—El dilema es por qué el autor no fue estrangulado nada más nacer. Szara se echó a reír.

—¿Qué es usted? ¿Un escritor? Quiero decir, además de lo otro.

—¿Cómo sabe que soy «lo otro»?

—Malos tiempos para Nadia si usted no lo fuera.

—¿Y por qué escritor?

—Oh, conozco a los escritores. Los tengo en la familia, o los tenía. ¿Quiere vino? Vaya con cuidado..., es para ponerlo a prueba.

—Sólo un poco.

—Me ha fallado. —Buscó detrás de un biombo y echó vino en un vaso de agua, se lo dio y luego buscó su propio vaso, oculto tras una pata de la *chaise-longue*—. *Nazhdrov'ya*.

—*Nazhdrov'ya*.

—Fuuu. —Arrugó la nariz delante del vaso—. Dile a tu sobrinita, que se muere por ser actriz, si se puede tolerar un vino blanco tan atroz como éste.

—¿Es usted de Moscú?

—No, de Piter, de San Petersburgo. Perdona, he querido decir de Leningrado. De una antigua familia. Tscherova es mi nombre de casada.

—Y Tscherov, su esposo, ¿está en Berlín?

Ella resopló, miró al techo y abrió una mano, con el pulgar escondido, enviando el alma de Tscherov al Paraíso.

—Noviembre de 1917.

—Una época difícil —dijo Szara con simpatía.

—Un menchevique, un buen hombre. Se casó conmigo cuando yo tenía dieciséis años, y no pudo quejarse. También fueron los últimos ocho meses de su vida. ¡Pobre Tscherov! —Sus ojos brillaron un instante, y desvió su mirada.

—Por lo menos, usted se salvó.

—Todos nos salvamos. Los aristócratas y los artistas de mi familia, todos los locos. La revolución era lo que necesitábamos. Tengo un hermano que hace lo que usted. O quizá deba decir que hacía. Parece que ha desaparecido. Sascha. —Rió al recordarlo, una risa amarga. Después se puso los dedos sobre los labios, como si algo impidiera que hablase—. Perdón. El coronel Alexander Vonets..., ¿lo conoce usted?

—No.

—Lástima. Un hijo de puta encantador. Ah, la elegante familia Vonets..., a lo que ha llegado hoy. Una *Stukachi* miserable, ocupándose de los chismes de los asquerosos nazis. «Oh, pero mi querido general, ¡es absolutamente fasci-nan-te!». —Se mofó de su propia actuación, y luego se acercó más a Szara—. ¿Sabe lo que dicen en París? Que una mujer que vaya a una *soirée* necesita sólo saber dos palabras de francés para convertirse en una conversadora elegante: *Formidable* y *fantastique*. Pues lo mismo ocurre aquí. Los miras desde abajo, si son bajitos, te sientas; tus ojos han de mirar siempre desde abajo, y ellos hablan, hablan y hablan, y tú dices, en alemán, por supuesto: *formidable!* después de una parrafada, y *fantastique!* cuando acaban la siguiente. Luego, cuando te has ido, ellos comentan: «¡Qué mujer tan brillante!».

—Así que todo se limita a conversar.

Ella lo miró durante unos segundos.

—Es usted muy grosero —dijo.

—Perdóneme. Era simple curiosidad. No me importa lo que usted haga.

—Bueno, como usted seguramente sabe, yo no he elegido esto.

—¿No?

—Por supuesto que no. Cuando supieron que había escapado de Rusia y que estaba en Berlín, enviaron *gente* aquí; no como usted. —Se encogió de hombros al recordarlo. Tuve que elegir entre la muerte y el dinero. Y elegí el dinero.

Szara asintió con la cabeza en un gesto de comprensión.

—Asistimos a... fiestas, mi pequeña compañía y yo. A determinadas fiestas, ¿sabe? Se nos toma por personas de lo más divertidas. La gente bebe. Se desinhibe... ¿Quiere usted oírlo todo?

—Por supuesto que no.

—No es tan malo como piensa —dijo ella con una sonrisa—. Evito lo peor; pero mis compañeros... Bien, tampoco es que yo sea inocente, entiéndame. He conocido a un par de ellos mejor de que lo que yo hubiera querido. —Hizo una pausa. Miró a Szara como si lo estudiara; luego le guiñó un ojo—. Usted tiene que ser un escritor..., tan serio. Todo *debe significar* algo, pero nosotros... En el teatro somos como niños traviesos, como hermanos y hermanas que juegan a escondidas. Estas cosas carecen de importancia, son una manera de olvidarse de uno mismo, nada más. Una noche eres esta persona y a la noche siguiente, aquélla; en ocasiones no eres nadie. Este trabajo deforma el corazón. Quizá. No lo sé.

Estuvo perdida durante un rato, sentada al borde de la *chaise-longue*, con los codos apoyados en las rodillas y el vaso entre las manos.

—En cuanto a los nazis..., bien, cuando lo piensas, son más cerdos que seres humanos. Los hombres, y también las mujeres son exactamente cerdos, hasta chillan como ellos. No lo digo para insultarlos, es literal. No me estoy refiriendo a su *Schweine!*, sino a los cerdos de verdad: rosados, supergordos, muy inteligentes si es que sabe algo de ellos, desde luego más listos que los perros, pero muy ávidos, en eso consiste su norma de conducta. Quieren lo que desean, y mucho, y en seguida, y luego, cuando se hartan, son felices. Bienaventurados.

—Me parece que me ha dicho que el hombre que venía a verla era como un verraco.

—Sí, es verdad que lo he dicho. Pero estoy segura de que hay una diferencia. Usted ha sido lo bastante inteligente para hacérmela ver.

Hasta ellos llegó el cadencioso tono de un monólogo en el escenario, teñido de una especie de cólera triunfante cargada de razón. Luego una pausa,

seguida de un tímido aplauso, después el chirrido del mecanismo poco engrasado que bajaba el telón, y pesados pasos en el corredor, «*jScheiss!*» en la voz áspera de un hombre, y, por último, un enérgico portazo.

—Ése es el capitán —dijo Tscherova cambiando al alemán—. Un simple *Volk*.

Szara se metió la mano en el bolsillo y sacó los gruesos fajos de reichmarks. Ella bajó la cabeza, los cogió, se levantó y los metió en los bolsillos de un largo abrigo de lana que colgaba de un clavo.

Szara supuso que lo que hablaran se oiría en el inmediato camerino del «capitán».

—Tenga cuidado con el... con su salud. Espero que lo haga.

—Oh, sí.

Se puso de pie, dispuesto a irse. En aquella habitación tan pequeña tenían que estar más juntos de lo que era normal entre desconocidos.

—Es mejor que no averigüemos cómo podría haber sido —dijo él sereno—. ¿Sí?

Tscherova sonrió con expresión traviesa, divertida de ver cómo se sentía afectado por su proximidad.

—Usted es diferente, lo es. Y eso no debe preocuparle mucho.

La delicada mano hurgó en el cinturón de su pantalón; cuando la levantó en la palma tenía una ampolla con un líquido amarillo. Enarcó las cejas: *¿Ve qué lista soy?*

—Fin de la historia —dijo—. Telón.

Ocultó la ampolla tras su espalda, como si no existiera. Se acercó más a él, lo besó suavemente en la boca —un leve y cálido beso— y le susurró adiós —en ruso— muy cerca del oído.

Cuando salió del teatro, muy alejado del «Adlon», Szara caminó hacia el este, siguiendo inconscientemente las instrucciones. Llegó hasta la barrera del Canal Neu-Kölln y se desvió hacia el sur, por el puente Gertraudten. Encendió un cigarrillo y contempló las pieles de naranja y los trozos de madera arrastrados por la sucia corriente. Hacía frío. Las luces de las farolas aparecían rodeadas de un halo producido por la niebla que el canal desprendía.

El Directorio nunca conocía personalmente a los agentes; Szara acababa de entender el porqué. No podía quitarse de la cabeza la vulnerabilidad de Tscherova. Atrapada entre la Gestapo y el NKVD, entre Alemania y Rusia,

vivía de su ingenio, de su bella apariencia, de su charla inteligente. Pero su final sería tener que beber el amarillo líquido de la ampolla. Quizá pronto. La idea de que tanta vida —toda la emoción que sus venas almacenaban— pudiera derrumbarse como una masa informe en un rincón lo atormentaba. ¿Es que una mujer, por ser demasiado bella, tenía que morir? A Moscú, seguramente, no le gustaría su respuesta. ¿Se había enamorado un poquito de ella? Y qué, si era así. Todas aquellas travesuras, su manera de mirarlo, ¿eran para atraerlo? Estaba seguro de que sí, porque, si no, ¿qué podía haber sido?

Ella tendría que beber aquello porque los agentes no sobrevivían. Todas las prevenciones, secretos y claves y todos los métodos clandestinos servían para ganar tiempo, sólo para eso, ganar tiempo al destino conocido. Las cosas terminaban mal. Las cosas, siempre y al final, terminaban mal. El mundo era impredecible, inconsistente, volátil, un manicomio de extraños sucesos, a fin de cuentas. Mataban a los agentes. Casi siempre. Los sustituías. Eso es lo que el *apparat* esperaba que hicieras: reorganizar el caos, reparar el daño, y seguir adelante. Hasta cierto punto, él podía aceptarlo, pero cuando las mujeres intervenían en la ecuación, dudaba. Para él proteger a las mujeres era una necesidad, no podía sacrificarlas, y le resultaba imposible cambiar. Un instinto antiguo, estar entre las mujeres y el peligro, minaba su voluntad de llevar a cabo las operaciones de la manera que debía, y eso hacía de él un mal espía. Así de sencillo. Y lo peor de todo era que el líquido amarillo no formaba parte de ningún estuche para espías; el NKVD no creía en tales cosas. No, Tscherova lo había conseguido por su cuenta, porque sabía —lo mismo que él— cómo acababan los agentes, ella quería adelantarse y hacerlo por sí misma cuando llegara el momento. Esa idea lo ponía enfermo; no entendía por qué el mundo funcionaba de esa manera.

Habían cazado a un judío al final de la Brüderstrasse, donde Szara había girado para seguir hacia el norte. Un grupo de quinceañeros, Hitlerjugend^[9], con sus caprichosos uniformes, obligaban a un pobre desgraciado, puesto a cuatro patas, a beber el agua sucia de la cuneta, mientras gritaban, reían, cantaban y se lo pasaban en grande.

Szara se escondió en un portal. Por un instante creyó que iba a perder el conocimiento, se le nubló la vista y sintió un fuerte martilleo en las sienes. Se apoyó contra la pared; entonces se dio cuenta de que no se trataba de un vahído, sino de rabia, y luchó por dominarse. Creyó que se volvía loco, cerró los ojos para no ver la sangre, y clamó a Dios por una metralleta, una bomba de mano, una pistola..., cualquier arma. Pero su rezo no tuvo una respuesta

inmediata. Más tarde descubriría que le faltaba una pequeña esquirra de uno de los incisivos.

Poco después de la medianoche, tras haberse arrastrado en la oscuridad a través de calles desiertas camino de su hotel, llegó a la inevitable conclusión: Tscherova, con lo que hacía, contribuía a destruir a esa gente, a aquellos jóvenes con su juguete judío. Ella podría debilitarlos sin que se dieran cuenta; era más que una metralleta o una pistola, un arma más letal que cualquiera de las que había pedido. Esa seguridad fue un consuelo para él después de lo que había visto, y, entonces, con la manga de la gabardina, se enjugó las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

A la tarde siguiente, le contó a Marta lo que había visto. Instintivamente, ella se le acercó, pero cuando extendió sus manos para acariciarlo, él adoptó una actitud reservada; aunque no rechazó su gesto cariñoso, tampoco deseó ser reconfortado.

Aquél era un dolor que quería guardar para sí.

Para cubrir las apariencias, debía escribir algo.

«Nada que tenga que ver con la política —le había advertido Goldman—. Deja que los de la “Tass” se ocupen de los acontecimientos diplomáticos; busca algo trivial, de relleno. Como si a algún editor ambicioso se le hubiera metido en la cabeza que la opinión de *Pravda* sobre Alemania necesita el toque de Szara. Porque, a pesar de toda la mala sangre y de la hostilidad política, la vida sigue. Un trabajo poco apetecible, pero que harás lo mejor que sabes; tienes que convencer a la oficina de Prensa del Reich para que lo crean. Un poco de su fino desdén teutónico es lo que te conviene. De momento, déjalos que se rían».

A media mañana, en el comedor del «Adlon», Szara soportó la tierna benevolencia de Vainshtok. El hombrecito se pasó los dedos por el cabello y estudió una lista de posible temas.

—¿Un Szara que necesita la ayuda de un Vainshtok? —dijo—. Yo sabía ya que el mundo estaba al revés, que Armagedón está al caer, ¡pero esto!

—¿Qué tienes por ahí? —insistió Szara, y luego llamó a un camarero que pasaba—. Una *Linzer torte* para mi amigo, con mucho *schlag* encima.

—Tú tienes algún problema. —Las cejas de Vainshtok se dispararon hacia arriba—. Eso es evidente. Mi mamá siempre me lo advertía: «Querido hijo,

cuando te pongan nata batida en la *Linzer torte*, no te fíes». ¿Que te ocurre, André Aronovich? ¿Has caído últimamente en desgracia? ¿Acaso hay una chica que no te hace caso? ¿Te estás haciendo viejo?

—No aguanto esta ciudad, Vainshtok. Aquí no puedo pensar.

—¡Oh, él no aguanta a Berlín! El año pasado me enviaron a Madagascar. Comí, por lo menos es lo que creo, lagarto. ¿Has oído alguna vez, dondequiera que hayas estado, el ruido de la vajilla rota? Once generaciones de rabinos Vainshtok se volvieron locos en el paraíso rompiendo los platos de *kosher* de Dios, *Gott im Himmel!* ¡El pequeño Asher Moisevich está comiendo lagarto! Ah, aquí hay algo para ti. ¿Qué te parece el tiempo, el clima?

—¿Qué le ocurre?

—Es algo de todos los días.

—¿Y?

—Bien, no es muy frío, ni muy caluroso tampoco. Pero lo más probable es que un artículo sobre el tiempo no moleste a los ministros del Reich. Aunque puede que sí. «¿Qué quiere decir con *normal*? Nuestro clima alemán es limpio y puro, ¡como no hay otro en ninguna otra parte del mundo!».

Szara suspiró. No se sentía con fuerzas para contestarle.

—Está bien, está bien —dijo Vanishtok mientras le servían su plato atiborrado de nata—. Me vas a hacer llorar. Haz algo sobre Frau Kummel, allá arriba, en Lübeck. La llaman *Mutter Kummel*, Mamá Kummel. Es el artículo que puedes escribir, y que te sacará de Berlín durante un día.

—¿*Mutter Kummel*?

—Te anotaré su dirección. Ayer cumplió cien años. Nació el primero de noviembre de 1838. Imagínate cuántas cosas excitantes ha tenido que ver, hasta puede que se acuerde de algunas. ¿1838? Schleswig-Holstein era de los daneses todavía, Lübeck formaba parte del Estado independiente de Mecklemburgo. Alemania (claro que tendrás que decir *Alemania como la conocemos hoy*) no existía. Vas a provocar envidias, Szara. Qué tiempos tan intrigantes fueron aquéllos. Y *Mutter Kummel* debió de vivir cada minuto de entonces.

Aquella misma tarde subió al tren, un viaje desagradable a través de las tierras llanas y los campos pantanosos del Lüneburg, donde el viento huracanado tumbaba cañaverales y carrizos bajo un duro cielo gris. Evitó pasar por Hamburgo tomando la línea que cruzaba Schwerin. En las afueras de un pueblecito, no lejos del mar, vio un indicador de tráfico a la entrada de

una curva muy cerrada de la carretera: ¡Conduzca con cuidado! ¡Curva peligrosa! ¡Judíos, 120 km por hora!

Mutter Kummel vivía con su hija de ochenta y un años en una casa llena de adornos del centro de Lübeck.

—Otro periodista, querida mamá —dijo la hija cuando Szara llamó a la puerta.

La casa olía a vinagre, y hacía tanto calor en ella que Szara sudaba mientras tomaba sus notas. *Mutter* Kummel recordaba bastantes cosas de Lübeck: dónde estaba la antigua carnicería, el día en que la cuerda del campanario de la iglesia se rompió y la campana cayó con un estruendo terrible, atravesó el suelo del campanario y aplastó a un diácono. Qué iba a hacer Nezhenko con todo aquello era algo que Szara se imaginaba por no decir nada de cualquier minero en los Donbás, envolviendo su patata del almuerzo en el periódico. Pero se entregó a su trabajo, y lo hizo lo mejor que pudo. Cerca del final de la entrevista, la anciana se inclinó hacia delante, su plácido rostro coronado por un moño de cabello blanco, y le dijo que *die Juden* habían desaparecido de Lübeck, uno más de los cambios ocurridos en la ciudad, de los que ella había sido testigo en sus muchos años. Gente educada cuando te cruzabas con ellos en la calle —eso tenía que admitirlo—, pero no sentía pena porque se hubieran ido.

—Esos judíos —añadió en tono confidencial— han estado robándonos nuestras almas durante demasiado tiempo. —Szara debió de mirarla sorprendido porque siguió como si revelara un secreto—. Oh, sí, joven. Es lo que hacían, y aquí, en Lübeck, lo sabíamos.

Por un momento, Szara se sintió tentado de pedirle que le explicara el mecanismo de algo semejante —porque le pareció que lo había dicho muy convencida—: cómo lo hacían, dónde escondían los judíos las almas robadas, qué hacían con ellas... Pero se contuvo. Dio las gracias a las señoras y cogió el tren que lo llevaría a Berlín, y a una noche con Marta Haecht, cuya promesa lo había mantenido cuerdo durante un día más.

Más adelante tendría motivos para recordar esa tarde.

Más adelante, cuando todo cambió, se preguntaría qué hubiera ocurrido si hubiese perdido el tren de Berlín, si hubiese pasado la noche en Lübeck. Pero se conocía lo bastante bien como para saber que hubiera encontrado algún medio para estar aquella noche con Marta. Se tenía a sí mismo por un

estudiante del destino, incluso por un *connoisseur* —esa detestable palabra— de sus trampas y revueltas; de cómo acechaba, cómo atraía.

Se vio a sí mismo en el tren de Berlín, un hombre que había logrado llenar una tarde sin vida con sus pensamientos de la noche. Por más que los pardos y los grises del noviembre alemán pasaran ante la ventanilla del tren, él no estaba allí para verlos; se había ausentado anticipadamente, llevado de su amor codicioso. De hecho, se preguntaba a sí mismo, ¿había algo que él *no* quisiera? Seguro que la quería a ella, la quería como se quiere a una mujer en una novela victoriana que se guarda en el cajón de la mesilla de noche. ¡Cómo fantaseó mientras viajaba en el tren! Pero eso no era todo. Quería jugar. Al juego de la tentación y de la entrega, de los síes y los noes engañosos. Y luego quería hablar..., hablar en la oscuridad donde pudiera decir lo que sintiera, y después quería dormir, envolverla en sus brazos, muy unido a ella en una cama muy cálida. Incluso quería un desayuno. Algo que fuera delicioso.

Y lo tuvo todo.

En su propia forma diabólica, el destino cumplió hasta su último deseo. Sólo que le añadió un poco más, un poco de algo que él no esperaba, oculto en medio de todos sus placeres, donde estaba seguro que iba a encontrarlo.

De noche, el Edificio de la Lonja del Hierro parecía más extraño aún: los largos corredores alicatados en sombras, la opacidad y el secreto de los cristales esmerilados de las puertas, y el silencio, roto sólo por un piano agonizante en la planta baja y el eco de sus propios pasos.

Pero, con la poca luz, el estudio del pintor Benno Ault apareció suavizado. Los gritos y tormentos colgados de las paredes quedaron en suspiros apagados y Marta Haecht, en el centro del escenario, con la bata corta de seda y el perfume de París, corrió graciosa a sus brazos, y le dio todo tipo de razones para esperar que todo lo que había pensado en el tren no fueran fantasías ociosas.

Tuvieron su novela victoriana —en sentimientos, si no en la forma—, y juntos acabaron arrellanados en el sofá, aturdidos y con la noción perdida. Luego Marta apagó la luz y reposaron, tendidos pacíficamente, durante un rato, pegajosos, cansados, satisfechos de ellos mismos, como los mejores amigos.

—¿Qué es lo que dijiste? —preguntó ella en tono perezoso—. ¿Era ruso?

—Sí.

—No estaba segura. Podía haber sido polaco.
—No, era ruso. Muy ruso.
—¿Algo agradable?
—No. Una grosería. Muy vulgar. Una orden.
—Ah, una orden. ¿Y yo te obedecía? —Marta sonreía en la oscuridad.
—Lo hiciste. No sé cómo, pero me entendiste.
—Y eso te gustó.
—¿Cómo puedes saberlo?
—Sí, claro. —Marta pensó unos momentos—. Somos tan diferentes.
—No lo creo.
—No debes decir eso. Para mí, esa diferencia es un placer.
—Ah, como el día y la noche.
Marta le puso una mano sobre el pecho.
—Calla.

Permanecieron un rato en silencio. Szara miró los grandes ventanales iluminados por el pálido cielo nocturno de la ciudad. Algunos copos de nieve chocaron contra los cristales y se fundieron en gotitas.

—Está nevando —dijo Szara.

Marta se volvió un poco para mirar.

—Es una señal.

—Te refieres a la noche que nos conocimos, que vuelve.

—Sí, igual. Todavía te recuerdo en la cocina del doctor Baumann, hablabas poco. Ni siquiera te habías fijado en mí. Pero yo ya sabía todo lo que iba a pasar.

—¿De verdad?

Marta dijo que sí con la cabeza.

—Sabía que ibas a llevarme a alguna parte, a un hotel, a una habitación. Pensé: *Un hombre como tú puede tener siempre a una mujer como yo*. Ese pensamiento me vino de pronto, y me quedé muy sorprendida. Porque yo era tan *buena...*, siempre había conocido a chicos que me deseaban, en la Universidad y en esos sitios, pero era tan *Mädchen*, que yo no quería. Me ruborizaba y los apartaba a empujones, ¡se lo tomaban tan en serio! Y luego..., estas cosas ocurren cuando menos te lo esperas, los Baumann, los viejos y pesados Baumann, me invitaron a su casa. —Soltó una carcajada—. Yo no quería ir. Mi padre me obligó.

—Pero me dijiste que sabías quién era yo, que deseabas conocerme.

—Sí, ya sé que te lo dije. Era una mentira. Sólo quería halagarte.

—¡Aj! —Szara pretendió mostrarse herido.

—Pero, no. Debieras sentirte halagado por mi mentira, porque en cuanto te vi quise todo, que me obligaras a hacer todo. Tu camisa oscura, tu cabello negro, la forma como me miraste. Todo era tan... ruso. No sé cómo decirlo. Algo en ti, poco educado, no educado como lo son los alemanes, pero fuerte, intenso. —Con los dedos, Marta peinó el cabello de Szara en un gesto que pareció durar una eternidad, y él sintió el calor de su mano.

—¿Es eso lo que los alemanes piensan siempre de los rusos, cuando no los odian?

—Es verdad. Algunos alemanes os odian, y son odiosos. Pero es complicado para la mayoría de nosotros. Estamos preocupados dentro de nosotros mismos, casi disgustados por encontrarnos en este mundo. Creo que es por nuestra cultura alemana, y vemos a los rusos, a los judíos, a los eslavos, a todos los del Este, como seres apasionados y románticos, con sentimientos por todo lo que ven, y sentimos una profunda envidia en nuestros corazones, porque nos damos cuenta que ellos *sienten*, mientras que nosotros sólo pensamos en las cosas, pensamos y pensamos y pensamos.

—Qué me dices del doctor Baumann, ¿es apasionado y romántico?

—Oh, él no. —Se echó a reír al pensarlo.

—Pero es judío.

—Sí, por supuesto. Sin embargo es mucho más parecido a nosotros, tan frío y estirado, todo timidez. Ése es el problema que hay aquí, en Alemania: los judíos se han convertido en alemanes, se consideran a sí mismos alemanes, tan buenos como cualquier alemán, se creen con los mismos derechos que los alemanes, y hay muchos alemanes que opinan que eso es una presunción, y no les gusta. Entonces, después de la revolución de 1917, vinieron aquí, a Berlín, judíos rusos y polacos, y éstos sí que son diferentes de nosotros; no sé si groseros es la palabra; incultos. Casi todos hacen su vida aparte; pero cuando te los encuentras, por ejemplo, cuando están en el trolebús y va lleno, saltan a la vista, y puedes oler las cebollas que han comido.

—Los judíos de Polonia han sido enviados de vuelta.

—Sí, lo sé, y eso me entristece. Pero ya había algunos que querían regresar, y Polonia no los admitía; aquí había gente que decía ¿por qué tiene que ser siempre el problema para Alemania? Y ahora todos tienen que volver, y eso me entristece.

—¿Y el doctor Baumann?, ¿dónde puede ir?

—¿Por qué tendría que ir a ninguna parte? Para casi todos los judíos, lo que ocurre es terrible, una tragedia, lo pierden todo, pero para él no es así. Los

doctores Baumann del mundo siempre encuentran la forma de seguir adelante.

—¿Te ha dicho eso tu padre?

—No. Es algo que he visto con mis propios ojos.

—¿Sueles verlo?

—¿Socialmente? Por supuesto que no. Pero trabajo para un hombre llamado Herr Hanau, del pueblecito de Wannsee, arriba, en el Báltico. Herr Hanau es el propietario de una pequeña naviera, con un barco grande y tres pequeños, y para que el Gobierno lo tenga en cuenta cuando hay contrataciones, ha puesto su oficina en Berlín y me ha nombrado su ayudante aquí. Bien, hace unas pocas semanas tuvimos la suerte de conseguir un pequeño embarque de máquinas herramientas con destino a Suecia, un gran triunfo para nosotros; entonces para celebrarlo Herr Hanau me invitó a almorzar en el «Kaiserhof». Y allí, largo como la vida, estaba el doctor Baumann, comiéndose una chuleta y bebiendo vino del Rin. Después de todo, la vida no puede irle tan mal.

Confundido, Szara se puso a mirar por la ventana los copos de nieve que revoloteaban en el aire inmóvil.

—¿Cómo podía hacer eso? —preguntó—. ¿Es que a un judío, como el doctor Baumann, le está permitida la entrada en uno de los mejores hoteles de Berlín y ponerse a comer, como si tal cosa?

—Creo que no. Estos camareros tienen gran sentido de las conveniencias sociales, y si hubiese estado solo, no le hubieran servido o habría habido una escena. Pero se encontraba con su protector, sabes, y eso hizo que todo sucediera con plena normalidad.

—¿Un protector?

—Por supuesto. Aunque mi padre está dispuesto a ayudarlo, a hacerse cargo de la propiedad de la fábrica, el doctor Baumann sigue al frente de ella. La «Baumann» hace trabajos para la defensa, como tú debes saber, y por eso protegen al doctor Baumann.

—¿Quién lo protege?

—A mí me extrañó ver a aquellos dos hombres juntos, el doctor Baumann y alguien muy alto, un tipo delgado, casi calvo, con unos pocos cabellos rubios. Un aristócrata creo, por lo menos es lo que me pareció; al final de la treintena, sin barbilla, y con esa típica sonrisita vacilante, como cuando alguien está a punto de hacer añicos un jarrón muy valioso y temiera que, advirtiéndoselo, pudiera partirle el corazón.

Szara cambió de postura en el sofá. Hizo el gesto de estar horrorizado.

—Espero que no estés describiéndome a alguien en particular.

—No estoy descubriendo ningún secreto, *liebchen*.

—¿Quién supones que era?

—Se lo pregunté a Herr Hanau. «No te entrometas —me dijo—. Es Von Polanyi, del Ministerio de Asuntos Exteriores, un tipo listo que no está a tu nivel».

—El nombre parece húngaro. —Szara sintió el encogimiento de hombros de ella, como una primera respuesta.

—En la época del Imperio austrohúngaro había nobles por todas partes; y muchos de ellos en Alemania. De todas maneras, no te preocupes mucho por Herr doktor Julius Baumann, ya que, según parece, goza de una situación cómoda.

Szara guardó silencio prolongado.

—¿Estás dormido?

—No. Sueño.

—¿Conmigo?

Szara se acercó más a ella.

—Dame tu mano —dijo Marta.

Por la mañana, cuando la luz del día los despertó, después de la novela victoriana, del afecto, de la charla sincera en la oscuridad y de un cierto estado de ausencia que por lo menos imitaba al sueño, Marta Haecht se anudó el batín de seda a la cintura, y se puso delante de la estufa y preparó unos *blini*, tan finos como los *crêpes* franceses, los cubrió de mermelada de fresa, procedente de la mejor tienda de Berlín, los plegó con sumo cuidado y los sirvió en unas fuentes preciosas. En ese momento, Szara se dio cuenta de que si tenía que comer algo, lo que fuera debía ser, tal como lo imaginó en el tren, algo absolutamente delicioso.

5 de noviembre.

Un mensaje telefónico en la recepción del «Adlon» decía que se pasara por la oficina de Prensa de la Embajada. En la Unter den Linden, bajo una ligera y seca nevada que asemejaba una neblina, miles de miembros del partido nazi, con sus camisas negras, desfilaban hacia la Puerta de Brandeburgo. Cantaban con voces guturales, berreaban sus cantos y alzaban los brazos a la manera del saludo fascista. Entre aquella oleada negra sobresalían las pancartas contra el Comintern y la Unión Soviética, y los hombres marchaban golpeando con sus botas contra el pavimento; Szara sintió el ritmo de aquellos pasos retumbar bajo sus pies. Se arrebujo en el

impermeable y trató de ignorar a los manifestantes. Era lo mismo que hacían casi todos los berlineses, primero miraban a los que cantaban, luego apretaban el paso para ocuparse de sus asuntos. Szara siguió su ejemplo.

Había mucho ajeteo en la Embajada. La gente corría arriba y abajo, los funcionarios iban cargados de archivos y se respiraba tensión por todas partes. Varin, el segundo secretario, lo esperaba en la sala de Prensa, junto a la ventana, más para dejarse ver por los manifestantes que para mirarlos. Era un hombre de baja estatura, serio, resuelto y de pocas palabras. Le entregó un sobre; Szara notó al tacto el fino papel parafinado que había dentro. Una radio estaba encendida en la sala de Prensa, y cuando anunciaron las noticias de las doce, todos guardaron silencio.

—Menudo lío hay armado en Zabazyn —dijo Varin al acabar el comentarista—. Tienen a quince mil judíos polacos rodeados de alambradas de espino en la frontera. Los alemanes quieren echarlos de su país, pero los polacos no los dejan entrar en el suyo. No hay agua suficiente, y apenas albergue que les dé cobijo, y eso con un frío que va en aumento. Todos están a la espera de ver qué país cede el primero.

—Quizá yo debiera ir allí —dijo el periodista Szara.

Varin cerró los ojos un instante, y luego movió apenas la cabeza para indicar que no hiciera tal cosa.

—¿Por eso se manifiestan?

Varin se encogió de hombros con indiferencia.

—Les gusta desfilar, pues que desfilen. Es a causa del tiempo... Siempre les da por ahí cuando llega el invierno.

Szara se levantó para despedirse.

—Vaya con cuidado —le recomendó Varin sin inmutarse.

Por un momento, Szara estuvo tentado de olvidar todas las preocupaciones después de su visita a Varin, pero tuvo que rechazar esa tentación de inmediato. Mientras se dirigía de regreso al «Adlon», la palabra *Funkspiele* sonaba con insistencia en su interior, como el redoble de un tambor. Era una reproducción radiofónica; pero, también, en general, el trabajo de un agente doble. Era posible que hubiera una explicación inocente para el encuentro con Baumann con alguien del Ministerio de Exteriores, aunque Szara no lo creía así. El Directorio había desconfiado de Baumann desde el primer momento; ahora comprendía cuánta razón tenían. Las personas como Abramov, que había pasado la mayor parte de su vida en

tareas clandestinas, contra la Ojrana antes de 1917, contra el Mundo a partir de entonces, desarrollan un instinto muy agudo; como los animales, cuando ciertas noches no se acercan a la charca.

De pronto vio que no tenía elección. Debía pensar igual que un espía profesional, le gustase o no. Si Baumann estaba bajo el control de los alemanes, todas las preguntas normales en esos casos surgían de inmediato: ¿Lo controlaban desde el principio? ¿O después de descubrirle? ¿Cómo lo habían conseguido? Por coerción, no le cabía duda. Ni por dinero ni por *ego* ni, Dios no lo permitiera, por ideología. Un judío aterrorizado era lo más adecuado para los propósitos de los alemanes. ¿Cuáles eran éstos? Engañar. ¿Para qué? ¿En qué sentido? Si las cifras del cable de estampación estaban infladas, eso quería decir que pretendían asustar a la Unión Soviética, haciendo ver que tenían más bombarderos de los que admitían, una táctica de guerra política, la misma que habían empleado, con resultados nefastos contra Checoslovaquia. Si las cifras eran inferiores a las reales, significaba que tenían la intención de que los rusos se confiaran. Y eso significaba que Alemania quería la guerra.

Una vez en el «Adlon», se dirigió a la habitación de Vainshtok, cuya puerta golpeó con más fuerza de lo deseado. El hombrecillo estaba en mangas de camisa, envuelto en la nube del humo de los cigarrillos. Sobre el escritorio tenía una hoja de papel que había sacado de la máquina de escribir.

—¿Szara? Espero que te traiga algo importante. Acabas de ahuyentar a la mierda de mi musa.

—¿Puedo pasar?

Vainshtok lo invitó a entrar con un gesto y cerró tras él.

—¿Quieres hacerme el favor de no llamar de esa manera? Telefona desde el vestíbulo. Estos días, una llamada así en la puerta...

—Gracias por la pista de *Mutter Kummel*.

—De nada. Creí que necesitabas algo emocionante.

—¿Qué sabes del Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich?

Vainshtok suspiró. Anduvo hasta una cartera que tenía abierta y comenzó a revolver su contenido. Al cabo de unos minutos sacó una delgada guía telefónica hecha a multicopista.

—Oh, la cantidad de cosas prohibidas que tenemos aquí, en el «Adlon». Espero que la Gestapo le prenda fuego uno de estos días. Sería digno de verse, cien bomberos, y todos con gafas. —Se rió al imaginárselo—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Puedes decirme quién es Von Polanyi?

—Von Polanyi. —Apenas tardó unos segundos—. Herbert K. L. Amt 9.

—¿Qué es eso?

—Lo ignoro. Debe de ser algo del Servicio de Inteligencia.

—¿Cómo?

—Cuando no sabes algo, lo más probable es porque ellos no quieren que lo sepas. Por lo tanto, no puede ser alguien que se ocupe de averiguar la cosecha de habichuelas búlgara.

De nuevo en su habitación, Szara corrió las cortinas, cogió lápices y papel, apoyó sobre el escritorio y contra la pared la guía de ferrocarriles, desplegó bajo la lámpara el fino papel codificado y comenzó a descifrarlo.

TRANSMISIÓN 5 DE NOVIEMBRE DE 1938 04.30 HORAS.

A: JEAN MARC.

APROBADA SEGUNDA REUNIÓN CON OTTER. FECHA 10 NOVIEMBRE, HORA 01.15, EN KLEINERSTRASSE 8, WITTENAU. TRANSPORTE EN AUTOMÓVIL A PUEBLO DE WITTENAU, A UNOS 30 MINUTOS DE BERLÍN, A LAS 12.40 HORAS DESDE MERCADO PESCADO KOLN, CRUCE FISCHERSTRASSE Y MUHLENDAMM, DESTACADO PARA ESCRIBIR ARTÍCULO SOBRE MERCADO DE PESCADO VISITADO POR TURISTAS DE NOCHE. HOMBRE CON PAÑUELO CUELLO DIBUJO ESCOCÉS TE CONTACTARÁ. LAS PALABRAS SERÁN: ¿PUEDE DECIRME QUÉ HORA ES? LA CONTRASEÑA: LO SIENTO, MI RELOJ SE PARÓ EL JUEVES. KLEINERSTRASSE 8 ES UN ANTIGUO EDIFICIO DE MADERA ORIENTADO NORTE, AL FINAL ESTE DE LA CALLE TOCANDO PRINZALLEE. RÓTULO SOBRE PUERTA DICE BETH MIDRESH, UNA SINAGOGA. ENCUENTRA SUJETO A TRAVÉS PUERTA FINAL PASILLO IZQUIERDO. NO MÁS DE TREINTA MINUTOS CON SUJETO. REGRESO A BERLÍN EN AUTOMÓVIL QUE ACORDARÁS CON CONDUCTOR. NO HACER OFRECIMIENTO DE FUTURA SALIDA DEL PAÍS NI ESTABLECIMIENTO EN OTRO.

DIRECTOR.

7 de noviembre.

Llegó al desván justo después de las nueve, con la respiración algo agitada, las mejillas frías por el aire de la noche, y una botella de buen vino envuelta en papel. Encontró una Marta de aspecto diferente; cabello recogido

hacia arriba, pendientes de baquelita a juego con el color del lápiz de labios, jersey ajustado y falda. Le dio un estuche de piel que contenía un par de gemelos de oro en «forma de limoncillos». Como la camisa de Szara tenía botones en los puños, ella sacó una suya del armario para que él viera qué efecto hacían. Le fue casi imposible ponérselos y estuvo porfiando hasta que Marta acudió en su ayuda, riendo de su torpeza. Bebieron el vino y comieron pastelillos de una caja con papel de adorno. Él cambió la emisora de radio — una música vienesa que provocó el gesto burlón de Marta—, pero Szara asociaba a los serios compositores alemanes con el talante de la ciudad, y no los quería en su santuario. Muy relajados, charlaron, de temas sin importancia; Marta se entretuvo en sacar las guindas azucaradas que remataban los dulces y las dejó en un cenicero. Cenaron más tarde, después de hacer el amor. Esa noche no tenían prisa.

En pocos días, aquello se había convertido en una relación amorosa con sus propias reglas, una vida que irradiaba de un mullido sofá como centro, una relación con altibajos, momentos de aspereza suavizados luego, y educadas mentiras triviales. Algo propio de adultos. Marta, una mujer trabajadora, una berlinesa sofisticada de vida independiente, aceptaba a Szara por lo que pensaba que éste era: un periodista soviético que viajaba constantemente, un hombre que ejercía una fuerte atracción sexual hacia ella, al que había conocido al final de su adolescencia y que ahora la amaba como mujer.

Era una lástima que no pudieran ir a restaurantes o a conciertos, pero la realidad del momento no lo aconsejaba; no tuvieron que discutir para acordar que lo mejor era evitar situaciones que resultaran embarazosas. La vida era demasiado corta para complicarla, por ello debían seguir la corriente. Szara no mencionó la esópica carta ni su viaje a Lisboa. Dudaba que Marta supiera que le había escrito. De ser así, también ella había decidido no hablar del asunto. Tenían un pacto, y lo cumplían.

En la radio se oía «Barcarola», de *Los cuentos de Hoffman*. Marta se sentó en sus rodillas.

—Es bonito —dijo ella—. Dos amantes en una barca, navegando por un canal.

Szara deslizó su mano por debajo del jersey de Marta. Ella cerró los ojos, inclinó la cabeza sobre su hombro y sonrió. Acabó la melodía y un locutor, haciendo ruido con un papel junto al micrófono, anunció un boletín especial del doctor Joseph Goebbels.

—¡Oh, qué odioso es este hombre! —exclamó Marta.

El comunicado de Goebbels era profesional, pero su gimoteo nasal resultaba demasiado evidente. Mientras leía el editorial que aparecería al día siguiente en el *Volkischer Beobachter*, una especie de furia contenida fue apoderándose de su voz. El tono implicaba que aquel texto hubiera tenido que leerlo a gritos. Ernst von Rath, tercer secretario de la Embajada alemana en París, había sido herido de gravedad por los disparos de un judío polaco de diecisiete años llamado Hershl Grynszpan, un estudiante cuyos padres habían sido deportados desde Alemania a Polonia, y que permanecían en la ciudad fronteriza de Zabazyn. El punto de vista de Goebbels era claro: tratamos de ayudar a estas personas, llevándolas de una nación que no las quiere a un lugar donde se sentirán más en casa, y mirad lo que nos hacen: disparan sobre nuestros diplomáticos. ¿Cuánto tiempo creen que los alemanes van a seguir tolerando estos ultrajes? Terminó el boletín y la música continuó con un vals de Strauss.

—¡Qué mundo éste! —exclamó Marta con tristeza. De nuevo cerró los ojos y se arrellanó para ponerse cómoda—. Tenemos que ser amables entre nosotros —añadió mientras ponía su cálida mano sobre la de Szara.

10 de noviembre.

Al alemán le gusta su pescado con delirio. Para demostrar de forma clara que era un periodista, Szara garrapateó sus impresiones en un montón de cuartillas. *Arenques y morralla*, anotó. *Lenguado y merluza*. A partir de la medianoche, el mercado de pescado de Colonia empezó a llenarse con la pesca reciente transportada en camiones desde la costa: anguilas de reflejos grises y rosados en hielo machacado, canastas de caracoles y ostras enredadas en algas, langostas flotando en un tanque de plomo lleno de turbia agua salada. El aserrín bajo los pies estaba empapado de sangre y de agua marina, y el aire, incluso en la fría noche de noviembre, apestaba: *se huele el yodo de las charcas formadas al retirarse la marea*, escribió Szara, *barriles de desperdicios de pescado. Gatos abandonados*. Había mucha gente. Vendedores que gritaban para llamar la atención de los clientes, hacían alusiones chistosas al pescado y añadían algo de psicología: el marisco fresco provocaba la charla animada. Algunos elegantes con sus amiguitas, los rostros achispados por el alcohol, pasaban ufanos cargados con su compra. Incluso un aturrido turista británico hacía preguntas en inglés, en voz alta y despacio, y se sentía confundido porque nadie podía contestarle.

El agente fue puntual. Un hombre grueso, cejijunto, de mejillas sonrosadas, con el cabello corto al estilo militar. Después de intercambiar las palabras convenidas, caminaron en silencio hasta el coche, un «Humboldt» negro estacionado algo lejos de allí, en Muhlendamm. El agente era un conductor experto, y cauteloso; rodeó varias manzanas de casas y repitió varias veces el mismo recorrido hasta asegurarse de que no los seguían. Fueron hacia el Grunewald, al oeste, y ya cerca de la orilla del Havel, pusieron rumbo al norte, por una serie de carreteras secundarias para evitar un encuentro con la Policía, presente en las carreteras principales.

—Me han encargado que te avise que puede haber problemas —dijo el conductor.

—¿Qué clase de problemas?

—*Aktionen*. Atentados contra los judíos. Una unidad de vigilancia de la Embajada estaba distribuyendo un teletipo justo cuando yo salía; era de la oficina de Müller e iba dirigido a todos los cuarteles de la Gestapo. Decía que la hora se especificaría «en breve». Es probable que entres y salgas sin dificultades..., pero no te entretengas.

—El *treff* tiene lugar en una sinagoga.

—Conozco el lugar. Ha sido elegido porque no hay nadie por allí, y es mejor para tu contacto, que ha llegado del Este sin pasar por la ciudad. Los servicios nocturnos lo recogieron el viernes y no se ha movido desde entonces.

El coche aminoró la velocidad al llegar a las afueras de Wittenau. La calle se alejaba del Havel; y a ambos lados comenzaron a aparecer cobertizos y edificios de una sola planta con pequeñas industrias. El conductor frenó y apagó el motor. La noche era tranquila, y el aire olía ligeramente a humo de carbón. Szara pensó que el *apparat* disponía de un genio para elegir sitios como aquél; zonas muertas, desiertas a medianoche, en las afueras de las ciudades.

—Ésta es la Prinzallee —explicó el conductor—. Siguiendo recto, a unos cincuenta metros empieza la Kleinerstrasse. Tu sinagoga está en la esquina. ¿Qué hora tienes?

—La una y ocho minutos.

—Tardará un minuto en llegar.

Szara se agitó en su asiento. El canto de un pájaro quebró el opresivo silencio.

—¿Vive alguien por aquí? —preguntó.

—Casi nadie. Fue un *ghetto* hace treinta años, después se convirtió en zona industrial. Sólo quedan la sinagoga y unas pocas viviendas ocupadas por judíos ancianos. Casi todos los jóvenes se fueron durante el 33.

Szara miró de nuevo su reloj.

—Muy bien —dijo el conductor—. No cierres la portezuela del coche. Es un ruido que todo el mundo sabe identificar. Y, por favor, no te retrases.

Szara salió del coche. Habían apagado la luz del techo, de manera que el vehículo permaneció a oscuras. Caminó arrimado a una valla, sobre un suelo fangoso en el que se hundían sus zapatos. Había un silencio tan absoluto que podía oír su propia respiración.

La sinagoga era muy antigua, un edificio de dos plantas con vigas de madera y un tejado muy pendiente. Construida hacía un siglo, quizás había sido utilizada como taller, posiblemente una serrería, porque estaba adosado a un patio cubierto donde se veía madera almacenada.

Un rótulo en hebreo encima de la puerta decía *Beth Midresh*, Casa de Adoración. Eso indicó a Szara que había sido usada por inmigrantes judíos de Polonia y Rusia: todas las sinagogas del Límite llevaban esa inscripción. En Francia tenían el nombre de la calle, mientras que los judíos ricos de Alemania solían darle el nombre de algún dirigente de la comunidad, la Sinagoga Adler, por ejemplo. Los otros eran templos grandes y lujosos, muy distintos del que tenía delante. Vista a la luz de la luna menguante, la sinagoga de la Kleinerstrasse podría haber estado en Cracovia o en Lodz, parecía proceder de otro lugar y de otro tiempo.

Aquella impresión persistió en él. La puerta no estaba cerrada con llave, pero sí encallada en el marco, y Szara tuvo que empujar con fuerza hasta conseguir abrirla. El interior lo retrotrajo a Kishinev, por el olor a sudor y a orines del aire viciado, como si nunca hubieran abierto las ventanas. Detrás del altar, por encima del arca de doble puerta que contenía los rollos de la *Torah*, había una pequeña lámpara, la luz perpetua, que apenas dejaba ver los dos estrechos pasillos entre las filas de sillas de madera, todas de diferentes estilos. Siguió por el de la izquierda y caminó hasta el fondo, haciendo crujir con sus pisadas las tablas del pavimento. La puerta a un lado del altar estaba entornada; la empujó poco a poco, cuando la abrió del todo, vio a un hombre abatido, sentado a una mesa vacía. La sala era estrecha, quizás alguna vez sirvió como estudio del rabino; había estanterías vacías adosadas a la pared.

—Doctor Baumann —llamó.

Baumann alzó la mirada, sin que su aspecto abatido cambiara.

—Sí —contestó en voz baja.

Había una silla enfrente de Baumann, y Szara fue a sentarse en ella.

—No estará usted enfermo, ¿verdad?

—Cansado —repuso Baumann. Y lo dijo en un doble sentido: exhausto y cansado de vivir.

—Tenemos que hablar de algunas cosas, de prisa, y luego nos iremos. ¿Sabe cómo llegar sin peligro a su casa?

—Sí. Eso no es problema.

Tal vez tenía un conductor esperándolo, o él mismo conducía su automóvil; Szara lo ignoraba.

—Ante todo queremos saber si usted se ha visto presionado por algún Ministerio del Reich. No me refiero a que le hayan obligado a entregar su pasaporte o a cumplir alguna de las leyes proclamadas contra los judíos. Me refiero a usted en particular. O dicho de otra manera, si han contactado con usted de alguna manera, de una u otra forma.

Szara creyó que la sonda había llegado a su destino. La sala estaba a oscuras, pero observó una ligera reacción enfrente. Luego, Baumann agitó la cabeza con impaciencia, como si Szara estuviese perdiendo el tiempo con aquellas estúpidas insinuaciones; no quería hablar del tema, lo que deseaba decirle era otra cosa. Se inclinó hacia Szara y su tono fue apremiante.

—Voy a aceptar su oferta. Su oferta de sacarnos de aquí, a mi mujer y a mí. Al perro también, si se pudiera arreglar.

—Por supuesto —dijo Szara.

—Pronto. Si es posible, en seguida.

—Tengo que preguntar...

—Queremos ir a Amsterdam. No creo que resulte muy difícil. Nuestros amigos dicen que los holandeses permiten que vayamos, sin hacer preguntas. La dificultad está en salir de Alemania. Llevaremos una maleta y el perrito, nada más. Pueden quedarse con todo, absolutamente con todo...

—Hay algo que necesitamos —lo interrumpió Szara con frialdad, entoncesladeó la cabeza.

Baumann se irguió como si le hubiese picado una víbora.

—¡Dios mío!

—¿Cantan? —preguntó Szara.

Baumann afirmó con la cabeza. En un gesto instintivo, Szara miró su reloj.

—¿A la una y media de la madrugada?

—Cuando cantan así... —Baumann calló para prestar más atención al sonido procedente de la calle.

Szara recordó la manifestación en la Unter der Linden. Las mismas voces, profundas y vibrantes. Permanecieron en silencio mientras el clamor se acercaba. De repente, Baumann se levantó.

—No deben vernos. —Hubo un inicio de pánico en su voz.

—¿Estaríamos mejor afuera, en la calle?

—Vienen hacia aquí. *Aquí*.

Szara también se levantó. Recordaba el camino que había recorrido, sin lugar alguno para esconderse. Las palabras de la canción eran perfectamente audibles ya; las que cantaban en la taberna cuando bebían cerveza: *Wenn's Judenblut vom Messer spritzt/Dann geht's nochmal so gut, dann geht's nochmal so gut*. «Cuando la sangre judía chorrea por los cuchillos / Entonces todo va bien, entonces todo va bien». Baumann se alejó de la puerta y los dos hombres se miraron a los ojos, aterrorizados ambos, sin saber qué hacer, iguales de improviso.

—Escóndase. —La palabra salió de la boca de Baumann en un susurro roto, como la voz de un niño aterrorizado.

Szara se esforzó por controlarse. Había pasado ya por pogroms, en Kishinev y en Odesa. Siempre atacaban las sinagogas.

—Salgamos de aquí —dijo.

Era una orden. Pasara lo que pasase, él no iba a terminar su vida de un golpe estúpido como un animal que sabe que va a morir. Salió a la carrera de la salita y no había avanzado dos metros por el pasillo cuando una de las oscuras ventanas a los lados de la puerta de entrada se iluminó de repente; durante un segundo vio una trémula sombra dorada en ella y, de inmediato, el cristal cayó al suelo hecho añicos. Afuera, los hombres aullaron entusiasmados, mientras Baumann, al mismo tiempo, lanzaba un grito. Szara corrió junto a él y le tapó la boca; sintió la saliva en la palma de la mano, pero no la retiró hasta que Baumann le hizo gestos de haberse calmado. Detrás de ellos la otra ventana explotó.

—Una escalera —cuchicheó Szara al oído de Baumann—. Tiene que haber una escalera.

—Detrás de la cortina.

Corrieron hasta el altar. Szara oyó el chasquido de la puerta atrancada al abrirse en el lado opuesto del edificio, justo en el momento en que Baumann apartaba la cortina a un lado y los dos desaparecían detrás del arca. La escalera no tenía baranda, sólo los peldaños apoyados contra la pared. Subió corriendo, Baumann iba tras él, e intentó abrir la puerta. Del otro lado de la cortina les llegaba el ruido de la sillas derribadas a patadas y de los cristales

rotos de las otras ventanas, todo ello entre un coro de risotadas y gritos de entusiasmo.

—¡Salid, judíos! —bramó alguien con voz de borracho.

Szara logró forzar la puerta, que mantuvo abierta con una mano, mientras que con la otra tiraba de la manga de Baumann para que acabara de subir los peldaños y entrara. Luego, se volvió y la cerró de una patada. La segunda planta estaba en desuso, un montón de trapos, telarañas en los rincones, sillas rotas, olor a madera vieja... y a algo más. A quemado. Se volvió para mirar a Baumann. Éste estaba con la boca muy abierta, el aire le faltaba, y mantenía una mano apretada contra el centro del pecho.

—¡No! —dijo Szara.

Baumann lo miró, como ausente, y se hincó de rodillas. Szara corrió a la ventana más próxima, pero vio antorchas y formas difusas que se movían abajo, en el lado de la sinagoga que daba a la avenida. Atravesó la habitación hasta la ventana opuesta, y se encontró con que daba justo encima del techo del almacén de maderas. Era una ventana muy vieja, con paneles de cristal en finos listones de madera; debía de hacer años que permanecía cerrada. Hizo todo lo que pudo, y no consiguió abrirla, entonces se echó hacia atrás para tomar impulso y empezó a dar salvajes patadas a los cristales y al marco, insistiendo una y otra vez, sin importarle que la tela de su pantalón se desgarrara y que sobre la espesa capa de polvo de alféizar aparecieran gotas de sangre. Cuando el agujero abierto fue lo bastante grande, corrió adonde estaba Baumann y lo agarró de los sobacos.

—Levántese, vamos, levántese.

Pero Baumann no se movió. Había lágrimas en su rostro. Szara tiró de él, arrastrándolo por el suelo, hasta que, por fin, Baumann empezó a avanzar sobre pies y manos.

—Así, eso es. —Szara le habló como a un niño.

Oyó el cercano estallido de una puerta al ser arrancada de sus goznes. Horrorizado miró hacia la escalera y comprendió que el ruido subía de abajo, que estaban buscando los rollos de la *Torah* en el arca. El olor a quemado era cada vez más penetrante. Una voluta de humo surgió en un rincón del entarimado. Apoyó a Baumann contra la pared debajo de la ventana y le habló al oído.

—Adelante. Voy a ayudarle, ya queda poco para ponernos a salvo.

Baumann murmuró algo. Szara no lo entendió, pero le pareció que le pedía que lo dejara morir allí. Furioso, lo apartó a un lado y él mismo atravesó el agujero, entre maderas y cristales astillados, cayendo de bruces sobre la

superficie de gravilla alquitranada que cubría el cobertizo del patio. Se revolvió con los pies y logró regresar junto a la abertura, entonces agarró a Baumann por las solapas de la chaqueta y tiró hacia sí de él. Cuando el peso de Baumann comenzó a desequilibrarse sobre el alféizar, Szara retiró instintivamente las manos y ambos cayeron juntos sobre el techo del cobertizo.

Szara permaneció aturdido un momento. El caer de espaldas, y con el peso del otro sobre él, le había dejado sin aliento. Recobró la respiración, mientras el aire frío hizo que reparase en su calcetín húmedo. Se quitó a Baumann de encima y se sentó para examinarse el tobillo. Tenía un corte del que manaba sangre en abundancia. Cuando se apretaba los bordes de la herida, recordó las siluetas que había visto abajo e hizo de tripas corazón. Baumann respiraba con fuerza, en roncros suspiros. Cogió la mano que reposaba flácida sobre su pecho, y le buscó el pulso. Se asustó cuando notó unos latidos tan fuertes, y tan rápidos.

—¿Cómo se encuentra?

—Mi Dios del cielo —fue todo lo que Baumann dijo.

—Todo pasará y estaremos muy bien. Lo invitaré a cenar en Amsterdam.

Baumann esbozó una débil sonrisa. Tenía un lado del rostro apoyado en la sucia superficie de la cubierta y el viento agitaba sus escasos cabellos; dijo que sí con la cabeza.

Szara pensó en el agente y en el coche, y decidió echar un vistazo desde arriba. Con sumas precauciones se arrastró hacia el borde del tejado; se arañó una mejilla contra la gravilla, mientras intentaba sacar la cabeza lo menos posible, avanzando milímetro a milímetro. Desde donde se encontraba no podía ver el camino junto a la valla adonde había dejado el coche, pero se hallaba lo bastante alto como para poder ver una parte del pueblo, el Havel y un antiguo puente de piedra sobre el río. Sus ojos empezaron a lagrimear a causa del humo, el fuego comenzaba a tomar cuerpo. La madera vieja crujía y crepitaba al quemarse, pero lo que había que ver lo vio: un grupo de hombres con antorchas, moviéndose sin descanso en un corro en el centro del puente, un instante de movimiento en medio de la oscuridad. Luego oyó un grito que le trajo el aire de la noche, un borboteo de espuma en el agua al pie de un pilar del puente, una llamada angustiada que pedía ayuda, el arco dorado trazado por una antorcha al ser lanzada al agua y, por último, las risas y los vítores de los hombres en su regreso a Wittenau. Algunos empezaron a cantar.

El fuego, al alcanzar la fachada de la sinagoga, iluminó el cobertizo, y Szara se arrastró hacia atrás por miedo a ser visto. Los rescoldos y las

ardientes pavesas caían sobre todo el tejado, produciendo, de momento, el espeso humo grasiento del alquitrán. Se dio cuenta de que era cuestión de escasos minutos que el tejado y el almacén de maderas empezaran a arder. Un segundo antes de echarse hacia atrás había visto unas formas llameantes lanzadas a la calle desde la puerta de la sinagoga, unos gruesos pergaminos amarillentos. Los nazis, no contentos con haber quemado la sinagoga, habían hecho otra hoguera especial para los rollos de la *Torah* que encontraron en el arca, después de despojarlos de las cubiertas de seda ceremoniales. *Ahora tendrán de enterrarla*, pensó Szara. Se preguntó cómo recordaba en esos momentos aquello, pero era cierto, era la ley: una *Torah* quemada tenía que ser enterrada en el cementerio, como un difunto, y hasta había una ceremonia para ello. Formaba parte de la cultura del Límite de Asentamiento, y este saber popular —ritos para mujeres violadas y toda suerte de conocimientos útiles— se había aplicado muchas veces en el pasado.

Todavía tuvieron que esperar otros treinta minutos antes de que pudieran salir de allí. La chusma, después de contemplar el incendio durante un rato, se alejó del lugar en busca de nuevas diversiones. Szara y Baumann resistieron donde estaban, aplastados contra el tejado para ocultarse; de vez en cuando tenían que sacudirse las pavesas de encima con las mangas de la chaqueta. Desde donde se encontraban veían la danza de las llamas anaranjadas de otros incendios recortadas contra el cielo nocturno, y oyeron el estrépito de los cristales rotos y algunos gritos y llantos, pero ninguna sirena. Las maderas del patio prendieron primero —con bastante rapidez, a causa de la combustibilidad de la creosota— y después el cobertizo, el peligro definitivo. Szara y Baumann retrocedieron sobre el tejado y saltaron al suelo por el lado que daba a la calle. Rodearon la sinagoga, convertida en una columna de fuego que rugía como el viento huracanado, y corrieron en busca del «Humboldt».

Sólo vieron una persona, de pie y solitaria en la oscuridad: un guardia urbano, con el tradicional casco de latón brillante, rematado en punta y con una corta visera, algo parecido al viejo y puntiagudo *Pickelhaube* de la guerra de 1914, con una tira de cuero ajustada a la barbilla. Szara, que vio su rostro a la luz de las llamas, se sorprendió ante su expresión angustiada. No lo lamentaba por los judíos o por las sinagogas, nada de eso. Tenía más que ver con toda una vida dedicada al orden perfecto en la que ningún delito puede quedar impune, ya fuese una muerte o un papel arrojado a la calle; para él,

todo se reducía a lo mismo. Pero esa noche tenía la certeza de que hubiera presenciado un incendio premeditado, y un asesinato quizá, si no hubiese mirado hacia el río; y no se había opuesto porque tenía instrucciones de no intervenir. Era evidente que, a falta de saber lo que debía hacer, se había estacionado en la calle, de espaldas al fuego, en una noche sin bomberos. Y allí seguía, rígido, angustiado, sin poder hacer nada, y muy consciente de ello.

No había nadie en el coche, y la portezuela que él había dejado sin ajustar seguía igual.

Szara pensó que, cuando menos, les serviría de escondrijo. Dijo a Baumann que se echara en el suelo, debajo del asiento trasero, y él haría lo mismo delante. Cuando entraban en el coche, apareció el agente, deslizándose desde una sombra donde había permanecido oculto mientras la chusma recorría las calles. No era una chusma anónima, le dijo luego a Szara, sino gente del Partido, algunos SS uniformados; un ataque organizado y dirigido por el mismo Estado alemán.

No eran los incendios y el caos lo que preocupaba al agente, estaba bastante acostumbrado a los incendios y al caos, sino el haber conocido al doctor Baumann. OTTER, un agente de quien nada debía saber, y menos ver, y a eso había que añadir que se encontraba en su coche junto al agente encargado del caso. Eso atentaba contra todas las reglas establecidas, y el pobre hombre se vio enfrentado a todo el terror burocrático. Hizo lo mejor que supo, dadas las circunstancias: escondió a Baumann en el maletero, y para ello retiró una pieza de metal de la junta para que pudiera respirar el aire. Szara protestó en voz queda cuando se sentó junto al agente.

—Ya puede estar contento con lo que he hecho —dijo el hombre.

—Puede sufrir un ataque cardíaco.

—Ya se cuidará él solo —dijo el agente con un encogimiento de hombros.

Condujo un breve trecho en dirección a Berlín, cruzó el Havel por un puente estrecho y solitario, luego giró hacia el norte, sorteó Wittenau y, poniendo rumbo al este, atravesó un extremo de los suburbios berlineses. Era un itinerario preparado, que evidentemente se sabía de memoria, y lo acercaba a su destino, despacio pero seguro, por los serpenteantes caminos de Hermsdorf, Lubans, Blankenfelde y Niederschonhausen, lugares donde las casas residenciales y los talleres se perdían entre cultivos y bosques. Eran casi las cuatro de la madrugada cuando llegaron a Pankow: desde allí, el agente siguió una ruta complicada que los llevó a la *Bahnhof*¹⁰¹. Desapareció dentro

de la estación y usó el teléfono público que había en la sala de espera. Después hacia el este de nuevo Weissensee y más tarde Lichtenburg, donde condujeron a través de la zona más aristocrática de la ciudad, se desvió de repente para entrar en lo que parecía la explanada de estacionamiento de una clínica privada, cuya puerta se cerró de manera automática detrás de ellos. El agente abrió el maletero y ayudó a Baumann a entrar en el hospital. Según explicó a Szara, le darían asistencia médica; pero habían decidido esconderlo allí, tanto si la necesitaba como si no.

El teletipo de Heinrich Müller ordenaba, además de los asaltos a las sinagogas y a los negocios de los judíos en toda Alemania, la detención de veinte a treinta mil judíos: «La selección debe recaer sobre todo en los judíos acomodados». Eso significaba dinero, al que los nazis eran tan aficionados. Por eso, explicó el agente mientras se alejaban del hospital, necesitaban poner a OTTER en algún lugar donde no pudieran encontrarlo. De no hacerlo así, se lo llevarían a Buchenwald o a Dachau, le confiscarían todas sus propiedades y terminarían por deportarlo.

En el camino de regreso a Berlín pasaron por calles salpicadas de cristales rotos. Szara supo más tarde que el cincuenta por ciento de la producción anual de planchas de cristal belga, país del que los alemanes se abastecían, había sido destruido en una sola noche. En algunos momentos, la Policía de Tráfico, después de comprobar su documentación soviética, los orientaba cortésmente para que evitaran las zonas más dañadas. Y aquí y allí vieron algo de lo que ocurría: hombres y niños judíos se arrastraban por la calle o caían en el estanque, perseguidos por el tumulto de las tropas de las SS y de los nazis de la zona. Szara los conocía bastante bien: matones de colegio, muchachos llenos de cerveza, hombrecillos desagradables de aire provocativo, la misma basura que se había encontrado en cualquier pueblo de Rusia, o en cualquier otra parte.

El agente no era judío. Por su acento, Szara lo asociaba con la Rusia Blanca, donde los pogroms habían sido cosa corriente durante siglos; pero los sucesos del 10 de noviembre lo habían enfurecido. Maldijo. Sus gruesas manos se crisparon con rabia alrededor del volante, tenía el rostro rojo como un tomate y no dejó de maldecir y jurar ni un solo momento. Blasfemias largas, obscenas y rebuscadas en ruso, el habla de una tierra donde los perseguidores han conseguido mantenerse siempre, de alguna manera, a salvo de los perseguidos, que se veían limitados para su defensa a las palabras sucias, y poco más. Minutos después, cuando el alba empezaba a clarear sobre Berlín y la ceniza caía lentamente sobre las inmaculadas calles, llegaron al

«Adlon». Szara entró, por la puerta de servicio, porque así se lo aconsejaron, y subió a su habitación por una escalera trasera.

Para entonces, el agente se había acordado, sin repetirse, de Hitler, Himmler, Goering y Heydrich. De los nazis y de los alemanes, uno a uno y todos en conjunto, de sus mujeres y sus hijos, de sus padres, abuelos y tatarabuelos, incluidas las tribus teutónicas. De sus *weisswürste* y *kartoffeln*, sus *dachshunde* y *schnauzer*,^[11] sus cerdos y gansos, y de la misma tierra sobre la que pisara cualquier alemán: ojalá los jodieran, sembrándola de sal y la quemaran dejándola en barbecho para toda la eternidad.

11 de noviembre.

Al atardecer empezó a hacer bastante frío, y el estudio de Benno Ault parecía una nevera. De noche, la calefacción central del Edificio de la Bolsa del Hierro apenas calentaba; los propietarios mantenían una cierta ficción comercial, como si los arrendatarios fuesen como casi todos los hombres de negocios, que se apresuraban a regresar por la noche al cálido hogar para estar con la familia. Pero Szara sospechaba que el pianista ciego, el astrólogo, y de hecho, casi todos los fantasmas residentes allí trabajaban en sus despachos y vivían en ellos.

Marta Haecht dormía en la cama situada en un rincón del estudio, protegida del frío por el abultado edredón de plumas que subía y bajaba al compás regular de su respiración. Un reposo sin soñar, le pareció a Szara. Sin preocupaciones. Cuando llegó, justo después de oscurecer, los barrenderos municipales trabajaban todavía en la Bischofstrasse; les oyó barrer los trozos de cristal, que luego metían en los metálicos cubos de la basura.

Se puso una manta sobre los hombros y se sentó en el sofá verde, fumó un cigarrillo tras otro mientras miraba por la alta ventana. El tobillo le ardía bajo el pañuelo que había usado para vendar la herida, pero eso no era lo que lo mantenía despierto. Era el frío, un frío que nada tenía que ver con el del edificio. Lo había sentido aquella mañana, en el «Adlon», cuando se miró al espejo. Su rostro le pareció pálido y sin rasgos, casi muerto, con la expresión del hombre al que no le importa lo que los demás puedan ver cuando lo miran. La respiración de Marta cambió de ritmo, el edredón se agitó, luego todo fue silencio de nuevo. *Un animal sano*, pensó. Sólo se había sentido un poco molesta por los sucesos de lo que luego llamaron la *Kristallnacht*, la Noche de los Cristales. Un nombre inspirado, como la Noche de los Cuchillos Largos, cuando Roehm y sus Camisas Pardas fueron asesinados en 1934. No

simples cuchillos —ésos eran para los marinero borrachos y los ladrones—, sino cuchillos *largos*. Una dimensión mítica. «Esto es obra de Goebbels», había dicho Marta, al tiempo que movía la cabeza ante la triste brutalidad de lo sucedido. Después cerró la puerta al mundo exterior, quiso que él la acariciara, la envolviera, para así desechar todo el veneno que pudiera haberlos afectado.

Pero Szara pensaba en Tscherova, la actriz; en Varin, el segundo secretario de Embajada, y en el agente cuyo nombre ignoraba; en la guerra que tenían entablada. Lo habían contactado en el «Adlon» y le habían dado órdenes inequívocas de que abandonara Alemania y regresara a París. Su tren salía por la mañana, no podía entretenerse. Miró su reloj. Pasaban de las dos y media. Ya *era* por la mañana; siete horas más tarde se encontraría lejos. No se lo había dicho a Marta Haecht, todavía no, y no sabía por qué. No podía darle una razón convincente; además, quería recordarla feliz, risueña y no, lo que aún sería peor, fría, distante sin llorar. Conservaba como un tesoro la memoria de ella como había sido, la muchacha que en lo más profundo de su ser hubiera preferido ser italiana, quizá mediterránea, más suave y fina que la áspera gente entre la cual vivía. La muchacha de la nevada.

Se levantó y se acercó a la ventana. A la luz de las farolas de la calle vio el escaparate de una de las tiendas asaltadas en la Bischofstrasse; ayer, una tienda de juguetes; aunque, eso resultaba evidente, una tienda de juguetes judía. En un portal cercano observó un punto rojo fugaz. Un cigarrillo. ¿Era por él? ¿Algún pobre desgraciado condenado a helarse en una noche de vigilancia? ¿Un agente del SD? O quizás alguien del *Amt 9* de Von Polanyi. Quería asegurarse de que su línea de comunicación secreta con la Plaza Dzerzhinsky no había sufrido deterioro alguno y que, por tanto, Moscú seguiría creyendo lo que Berlín quería que creyese. O un ruso —o un alemán considerado *nasch*—, un agente que habrían enviado para cuidar de que nada le sucediera en territorio berlinés —*deja que se la tire, él se va por la mañana*.

¿O sólo será un hombre, sin más, que fumaba un cigarrillo en un portal?

—¿No puedes dormir? —Marta se había incorporado y se apoyaba en un codo; tenía el cabello revuelto—. Ven, que vas a coger frío —añadió en tono mimoso, al tiempo que levantaba el edredón para que se acostara a su lado.

—Espera un minuto —dijo él. No quería resguardarse del frío, ni adherirse a su cuerpo plegándose dulcemente a las curvas de su espalda; no quería hacer el amor. Necesitaba pensar. Como el hombre absorto que era, quería permanecer con la mente fría y pensar. Recordó la niñera del pequeño

jardín de Ostende. *Ven y huye conmigo*. Marta se dio la vuelta de lado y refunfuñó algo mientras se subía el embozo hasta la barbilla. Al poco rato, el ritmo de su respiración le indicó que había reanudado el sueño.

No quería que ella supiera que se iba, era mejor desaparecer. Vio un trozo de papel que Marta había dejado como señal en el libro que estaba leyendo — Saint-Exupéry, ¡qué sorpresa!; no, ya le senda—, y buscó su pluma en el bolsillo de la chaqueta. *Queridísima*, escribió, *tengo que irme esta mañana*. Luego firmó *André*. Dudaba si podría seguir viéndola, por lo menos mientras persistiera la lucha sin cuartel entre Moscú y Berlín. Durante la noche le había asaltado un pensamiento en medio de una especie de especulación: *Su jefe, Herr Hanau, tiene barcos. ¿Qué clase de mercancías transporta y a dónde las lleva?* No, se dijo a sí mismo; no llegaría hasta ese extremo. Ya iba a resultar bastante difícil informar a Goldman, o a Abramov, de la verdad sobre Baumann sin mencionar el nombre de ella. En extremo difícil, pero él encontraría la manera de hacerlo. Tanto si se amaban como si no, eran amantes, y se maldeciría si llegaba a mezclarla en ese asqueroso asunto.

—¿Qué estás escribiendo?

—Algo que debo recordar —contestó. Metió el trozo de papel en el mismo libro, ocultando su manejo tras de un florero que había sobre la mesa—. Creí que habías vuelto a dormirte —añadió.

—Te he engañado.

11 de noviembre.

Estrasburgo.

Hacía rato que habían dado las once de la mañana, la hora oficial del armisticio que puso fin a la guerra de 1914 —la undécima hora del undécimo día del undécimo mes— cuando el tren de Szara cruzaba la frontera; pero el maquinista del tren era francés, por tanto, un hombre que no podía permitir que su reloj interfiriera en su honor. Muchos pasajeros se bajaron del tren cuando los revisores informaron que se guardarían tres minutos de silencio como recuerdo en suelo francés. Szara se unió a ellos, bajo un bello cielo azul, envuelto por el frescor de la brisa, con la mano puesta en su corazón en un gesto sincero. Unos pocos kilómetros de campos y bosques y se encontraba en otro mundo: el olor de la manteca de freír, el farfullante sonido de los motores de los coches, la mirada de los ojos femeninos. Francia. *In mente* se arrodilló al pie de una bandera tricolor que ondeaba al viento y besó

la tierra. Era como si al cruzar la frontera se le hubiese puesto un nudo en la garganta y no pudiera respirar.

Cuando abrió los postigos de su mísero apartamento y se dio la bienvenida a su patio de vecindad —ajetreado, lleno de voces y apestoso como siempre—, Alemania le pareció un país fantasmagórico, un sueño, una farsa. No tenía lógica alguna —creía sinceramente que las personas eran personas—, pero su intuitivo sentido del mundo le hacía ver que eran de otra manera. Apoyó los antebrazos en el alféizar de la ventana, cerró los ojos y dejó que París lo inundara.

El *apparat* no permitió que estuviera tranquilo mucho rato. Una hora más tarde, Odile llamaba a su puerta para comunicarle que lo esperaban en la tienda de Stefan Leib, en Bruselas, aquella misma noche. Obediente, tomó el tren y salió para Bélgica. Goldman lo recibió como a un héroe, le estrechó la mano, cerró la puerta y bajó las persianas.

Si le hubiesen dado un respiro, las cosas hubieran ido de otra manera: habría preparado una fábula y les hubiera contado parte de la verdad de lo que necesitaban saber: tenían un agente dudoso en Berlín. Aunque quizá no, porque Baumann y Polanyi en el «Kaiserhof», podrían haber estado discutiendo el precio de las peras, o bien *Amt 9* ser la sección del Ministerio de Exteriores que había hecho un pedido de percheros a los fabricantes de cables.

Pero en el Servicio de Inteligencia, por norma, sólo se dispone de un fragmento detallado, casi nunca de todo el cuadro. Éste, la mayor parte de las veces, había que intuirlo. Pero un fragmento podía ser suficiente, y Szara lo tenía. Von Polanyi era agente del Servicio Secreto, Herr Hanau lo había dado a entender, y Vainshtok, más o menos, lo había confirmado. Eso era más que suficiente para soltar los perros. Se tantearían otras fuentes: uno tenía ese fragmento; otro, la parte superior del marco; en un archivo se encontraba el nombre del artista, un crítico local se ocupaba de robar pintura seca de la paleta... Resultado: retrato completo, con certificado de origen incluido. *Funkspiele*. Agente doble.

Lo cierto era que disponía de bastantes datos. Por ejemplo, los alemanes se dedicaban a jugar con Baumann de una manera muy efectiva. No lo ponían a rondar buzones clandestinos a medianoche ni lo obligaban a recibir a periodistas que saltaban la tapia del jardín; lo invitaban a una excelente comida en el mejor hotel de Berlín. Era mucho lo que Szara podía contarles, más que suficiente. A partir de ahí, podrían declarar inocente a Baumann y devolver la jugada a los alemanes.

Pero no pensaba entregarles a Marta Haecht, no iba a comprometerse, no iba a permitirles que lo poseyeran hasta ese extremo. Y si tenía que informar de sus charlas de alcoba, que así las llamaban, y, en efecto, lo eran, tendría que poner un nombre y una dirección sobre la almohada.

Así que Szara mintió. Una mentira por omisión, la que más costaba descubrir. Y Goldman, en cierta manera, lo alentó a que mintiera. Con la muerte de Sénéschal, una de las redes de París había dejado de ser productiva, porque no se había encontrado la forma eficaz de recuperar el control sobre Lötte Huber, la estrella de la función. Esto dio como resultado que la importancia de Baumann adquiriera mayor relieve aún en la propia organización de OPAL, y el prestigio de Goldman, como *resident*, dependía directamente de la importancia de la red que dirigía. Tenía rivales por todas partes y necesitaba andar con cuidado; centenares de redes diseminadas por Europa, Asia y América, cada una de ellas dirigidas por agentes del GRU o del NKVD en busca del éxito, los ascensos, los honores habituales. Por eso Goldman necesitaba recibir buenas noticias, sobre todo de Baumann.

Szara hizo una fiel descripción del estado de Baumann: encanecido, súbitamente envejecido, bajo la tensión del terror...

—No podía ser de otra manera —dijo Goldman con simpatía.

—Casi muere en la segunda entrevista —señaló Szara.

—¿Lo sabes a ciencia cierta?

—No. Pero fue la impresión que me dio.

—Ah, bueno.

Al oír aquello, Goldman recordó algo de lo ocurrido en España. En 1936, un pobre desgraciado se infiltró en la Falange, cuando el bando de la República tenía todavía la oportunidad de ganar la guerra.

—También él encaneció. La presión de la doble vida lo consumía. El agente búlgaro que lo controlaba pudo comprobarlo. Y un año más tarde murió en París.

¿De qué? Nadie lo supo con certeza. Pero Goldman y otros creyeron que la tensión y el riesgo constante de la duplicidad fueron los que acabaron con él. Y Baumann no era *proniknoveniya*, un agente incrustado en el corazón del campo enemigo, como lo había sido aquel agente en España.

—Comprendo la dificultad de la situación, créeme —añadió Goldman—. El mero hecho de acudir al buzón es motivo suficiente para que un hombre tiemble de terror. El valor cambia con cada persona, pero nuestra tarea consiste, André Aronovich, en hacer que todos sean héroes, en darles ánimo.

Ésa fue la actitud de Goldman.

La misma que mantuvo cuando Szara le dio un informe positivo sobre Tscheroova.

—Está de nuestro lado —dijo Szara—. Sé que al principio fue coaccionada, obligada; que hubo amenazas, dinero, lo que quieras. Pero las cosas han cambiado. Puede que sea una *émigrée* de Rusia, pero no es ninguna *émigrée* de la decencia humana.

—¿Qué aspecto tiene exactamente? —preguntó Goldman.

Szara no cayó en la trampa.

—Alta y delgada. Fea para ser actriz. Supongo que el maquillaje y las candilejas consiguen que parezca atractiva delante del público, pero de cerca es otra cosa.

—¿Hace papeles de protagonista?

—No. De doncella.

—Al margen de su trabajo, ¿crees que sea una mujer promiscua?

—No me parece de ese tipo. Dice que ha tenido uno o dos amantes en Berlín, pero creo que de ese tema se ocupan más sus colegas. Siempre está en ese ambiente y no es ninguna santa, pero tampoco el demonio que aparenta ser. En tu lugar, yo le diría a Schau-Wehrli que la tratara con delicadeza y procurara que no le ocurriese nada. Vale mucho y nos interesa protegerla, aunque nos cueste.

Goldman aprobó con un movimiento de cabeza. Szara tuvo la impresión de que, a medida que el tiempo transcurría, cada vez se parecía más a Stefan Leib: el cabello algo más largo de lo normal, la chaqueta de pana suelta y gastada, lo propio de un cartógrafo introvertido con la mente distraída, rodeado de sus viejos mapas mugrientos.

—Y qué hay de Alemania.

—¿En una palabra?

—Si lo prefieres...

—Una abominación.

La máscara de Goldman desapareció durante unos fugaces segundos; y Szara tuvo un momentánea visión del hombre que se ocultaba tras ella.

—Esta vez acabaremos con ellos, y de una forma que no esperan —murmuró con voz tensa—. El mundo tendrá que agradecer a Dios la existencia de Stalin.

La *Kristallnacht* produjo una especie de estremecimiento en París. Los franceses tenían sus propios problemas: los comunistas y el Comintern, la

Croix de Feu fascista, las conspiraciones y los atentados entre los diversos grupos de emigrados, las huelgas y las asonadas, las quiebras bancarias y los escándalos financieros..., todo ello frente a un ensordecedor redoble de tambor del Senado y de los Ministerios. Despojados de cualquier retórica, surgió *el problema de Alemania y de Rusia ¿y ahora, qué?* Lo cierto es que aún no habían superado la Gran Guerra; el sofisma político de que los franceses no sabían morir, que amaban la vida en demasía, era moneda corriente. Pero en la guerra de 1914, de una forma o de otra, habían muerto, y muchos en ella. ¿Y para qué? Porque el conflicto surgía de nuevo veinte años después, a quinientos kilómetros al este de París.

Los problemas del Este no eran una novedad. La experiencia de Napoleón en Rusia no había ido nada bien, y con la derrota de Waterloo en 1815, los escuadrones rusos, entre ellos la Guardia Preobajanski, habían ocupado París. Pero los franceses nunca fueron completamente derrotados como es habitual que se piense; los rusos, con el tiempo, ya de regreso en su país, comprobaron que habían contraído varias enfermedades francesas, dos de las cuales resultaron crónicas: un insaciable apetito por la champaña y un hambre no menor de libertad. La segunda enfermedad trajo como consecuencia el levantamiento de los Decembristas, en 1825, la primera de una serie de revoluciones que culminó en la de 1917.

Pero el problema que les acuciaba ahora venía de Alemania, y los franceses no podía imaginar nada peor. Quemados en 1870 y chamuscados en 1914, rezaban para que se solucionara. Hitler resultaba tan *cul*^[12], con su bigotito y su contoneo; nadie quería tomárselo en serio. Pero la *Kristallnacht* había sido una acción muy seria —cristales rotos y cabezas rotas—, y los franceses sabían lo que aquello significaba sin que les importara lo que los políticos dijeran. Trataron de maniobrar diplomáticamente con Stalin, pues pensaron que quizás una alianza a los flancos de Hitler lo atraparía en medio, y aplastarían a la asquerosa comadreja. Aunque maniobrar con Stalin..., uno creía todo que estaba solucionado, y siempre surgía algo luego que no funciona.

Los días se hicieron más cortos y más oscuros, pero las tabernas no se animaron; ese año, el horno no estaba para bollos. La niebla se enroscó en la rue du Cherche-Midi, y hubo ocasiones en que Szara se llevó a casa a alguna chica alegre de un café, aunque no conseguía ser feliz con eso. Cada vez pensaba que lo conseguiría —oh, esa rubia pecosa—; aunque sólo ocurría lo

que tenía que ocurrir: echaba en falta estar enamorado —seguro que era eso—; pero el invierno de 1938 no parecía ser la estación más adecuada para enamorarse. Y tuvo que resignarse.

La vida continuó.

Baumann siguió con sus informes obediente; cada mes producía más cantidad de acero de estampación, al tiempo que el número de bombarderos que salían de las fábricas del Reich aumentaba.

O quizá no aumentaba.

O tal vez aumentaba más que lo que Moscú creía.

El abogado Valais, HECTOR, reclutó un nuevo agente, un cabo bávaro mercenario, de nombre Gettig, que estaba a las órdenes de uno de los agregados militares. El marido de Odile se escapó con una jovencita irlandesa que trabajaba de costurera en un taller de modista. Kranov llevaba puesto un grueso jersey de lana mientras estaba en la fría sala de la última planta de la rue Delesseux, y seguían dándole a la tecla del radiotelégrafo sin inmutarse: el eterno campesino ruso en la era de la tecnología. Se convirtió en un símbolo para Szara, porque el periodista vio por primera vez, y con toda claridad a OPAL como lo que era: una institución burocrática dedicada al negocio de robar información y transmitirla. Fue Kranov el que entregó a Szara el mensaje descifrado que anunciaba la ascensión de Lavrenti Beria a la presidencia del NKVD. En aquel momento, el triunfo oficial del *jvost* georgiano no le dijo mucho a Szara; creyó que sólo era una manifestación más de la oscuridad sangrienta que dominaba al mundo. Cuando Beria eliminó al último de los viejos bolcheviques de los puestos de privilegio en el *apparat* del espionaje, la purga se dio por terminada.

A mediados de diciembre volvieron a buscarlo. En esa ocasión desde un ángulo diferente, y esa vez con toda intención.

Un grueso sobre color crema dirigido a su nombre, y entregado en mano en la oficina de *Pravda*, una forma usual de escribir a un periodista. *Le Cercle Renaissance tiene el honor de invitarle...* Una tarjeta de celofán claro resbaló del interior del sobre y cayó al suelo, a sus pies. No mordió el anzuelo esa primera vez, así que lo intentaron de nuevo —justo antes de la Navidad, cuando nadie en París tiene suficientes invitaciones—, y en esta ocasión, alguien tomó su pluma «Mont Blanc» y escribió a mano *¿Sería usted tan amable de venir?* debajo de la letra impresa.

Eso le significaba ir al barbero, llevar el traje a que se lo limpiaran en seco, y hacer que le almidonaran en la lavandería la blanca pechera de la camisa y le dieran la consistencia de la madera, todas ellas indignidades onerosas a las que se sometió con la vana, muy vana esperanza, de que la invitación fuera lo que decía ser. Comprobó el nombre, *Cercle Renaissance*, y, en efecto, existía, un club muy exclusivo. Uno de los que no podían entrar allí, y que lo acompañaba en una visita a una sala de arte, levantó una ceja cuando oyó pronunciar el nombre y dijo, con expresión de sinceridad y elogio, que Szara debía considerarse muy afortunado por haber sido invitado.

El club estaba en Neuilly, hogar de algunas de las fortunas más antiguas y estables de Francia. Vio una calle, una vez que el nervioso taxista pudo encontrarla, formada por una única fila de elegantes casas de tres plantas, protegidas por verjas de hierro forjado, discretamente ocultas por el follaje de los macizos de jardín —hojas perennes—, con la suave iluminación que le proporcionaban unas farolas de estilo Victoriano. El otro lado de la calle estaba ocupado por un jardín privado y cerrado al que sólo los residentes tenían acceso; y por su parte de atrás discurría el Sena.

Un lacayo recogió el mojado paraguas de Szara y le mostró la escalera de tres tramos que conducía a una pequeña biblioteca. Un camarero apareció con una bandeja de marfil en la que llevaba un aperitivo «Cinzano» y una fuente de nueces. Abandonado en la soledad de aquel silencio solemne, sólo interrumpido por algún crujido ocasional y misterioso, Szara curioseó a su alrededor, mirando algún que otro libro de las estanterías. Lo que había allí estaba relacionado con los ferrocarriles y cuidadosamente ordenado; casi todo los libros habían sido reencuadrados. Algunos pertenecían a ediciones privadas, muchos ilustrados, con pies en color sepia y en daguerrotipo:

En el andén de Ebenfurth, el Jefe de Estación Hoffman a la espera de dar la salida al correo Viena-Budapest.

Vagones cargados de madera cruzan un puente elevado en las montañas de Bosnia.

El expreso de las 7.03 procedente de Ginebra pasa por debajo del puente de la rue Lamartine.

—Qué placer que haya venido —dijo un hombre desde la puerta.

De edad indefinida, quizás al final de la cincuentena, con el cabello cano cepillado y pegado a ambos lados de la cabeza. Alto y cortésmente inclinado, iba vestido de etiqueta y su corbata de pajarita aparecía anudada con cierto

descuido. Era evidente que había caminado un pequeño trecho bajo la lluvia sin abrigo y sin paraguas, y se enjugaba el rostro con un pañuelo doblado.

—Soy Joseph De Montfried —se presentó.

Articuló las palabras cuidadosamente, con gran cuidado; acentuó el sonido *t* de su apellido y separó la dos sílabas, enfatizando algo la segunda, como si tuviera un hombre difícil que, por lo general, nadie supiera pronunciar correctamente. Szara lo encontró divertido; un francés culto tal vez hubiera pronunciado mal el nombre del barón de Rothschild. Esa familia también tenía un barón, Szara lo sabía, aunque creía que era el padre o un tío.

—¿Le gusta la colección? —Su tono fue sincero, como si la opinión de Szara le importara.

—¿Suya?

—Es una parte de la mía. Casi toda la tengo en casa, en esta misma calle; también hay algo en la casa de campo. Pero el club ha sido muy generoso conmigo, y les he ahorrado paredes de Racine encuadernado en piel que nadie lee nunca. —Emitió una risita tímida—. ¿Cuál es ése?

Szara volvió el libro que tenía en la mano para mostrar el lomo.

—Ah, Karl Borns, sí. Un perfecto loco, Borns. Mandó que hicieran su funeral en el tren de cercanías de Zurich. ¡En un tren de cercanías! —Volvió a reír. Luego indicó a Szara que se acomodara en el extremo de un sofá—. Por favor.

De Montfried se sentó en una silla.

—Cenaremos aquí, si usted no tiene inconveniente.

—Por supuesto que no.

—Muy bien. Canapés y algo de beber. Debo asistir a una detestable fiesta de caridad con mi esposa, a las diez. Temo que la época en que yo comía dos veces al día hace tiempo que pasó.

Szara estaba decepcionado. Cuando subía las escaleras había echado una ojeada a un comedor de paredes forradas de seda, adornado con abundante vajilla china y cristalerías. Tanto dinero invertido en el peluquero y en la tintorería para luego tener que cenar canapés. Trató de sonreír como un hombre que ha probado todas las comidas que le han apetecido.

—¿Seguimos en francés? —preguntó De Montfried—. Me defiendo en ruso, pero temo que diría alguna barbaridad.

—¿Habla ruso?

—Crecí hablando francés *en famille* y ruso con los criados. Mi padre y mi tío construyeron buena parte de la red ferroviaria rusa. Luego llegaron la revolución y la guerra civil, y casi todo fue destruido. Un sitio muy

emprendedor, por lo menos hubo un tiempo en que lo era. ¿Cómo decía aquello? «Azúcar de Brodsky, Té de Vysotsky, Revolución de Trotsky». Supongo que se referían a los judíos, pero recoge con bastante fidelidad lo que ocurrió. Oh, veamos.

Apretó un botón en la pared y casi al instante apareció un camarero. De Montfried pidió unos bocadillos y vino, mencionando únicamente el año, el 27. El camarero asintió con un movimiento de cabeza y cerró la puerta tras él.

Estuvieron charlando un rato. De Montfried averiguó algunas cosas de Szara, y en la forma en que un aristócrata sabe hacerlo sin parecer entrometido. El truco, pensó Szara, consiste en la sinceridad del tono y de la mirada, *usted me interesa tanto*. El hombre parecía fascinado por lo que escuchaba; todo lo encontraba o divertido o inteligente, y, de pronto, Szara, se dio cuenta de que intentaba que lo fuera.

Él no necesitaba averiguar quién era De Montfried. Conocía lo esencial: una familia judía ennoblecida, con parientes en Londres, París y Suiza. Con una inmensa fortuna, caritativos, reservados al máximo y casi sin un escándalo a sus espaldas. Un apellido lo bastante antiguo como para que su dinero, como la caza, estuviera curado. Szara se encontró de repente con que buscaba algo que fuera judío en aquel hombre, pero no halló nada, ni en los rasgos ni en la voz, que lo identificara como tal; la única característica notable era la cabeza estrecha y las orejas pequeñas que los aristócratas suelen compartir con sus perros de caza.

Szara hubo de admitir que los bocadillos eran exquisitos. Las rodajas de salmón y pato sobre el pan abierto, una salsera de mahonesa aromatizada y unos *cornichons*^[13] para adornar la vista. El vino, de acuerdo con su etiqueta blanca y dorada, era un Beaune *premier cru*^[14], denominado «Château de Montfried», con seguridad el mejor vino que Szara había probado jamás.

—Tenemos que agradecersele a mi padre —dijo De Montfried al tiempo que elevaba su copa y la ponía al trasluz—. Después de abandonar Rusia, ya retirado, más o menos, se interesó por los viñedos de aquí. Para él era como una especie de mandato bíblico: *Cava tus viñas*. No sé si eso estaba escrito en alguna parte, pero a él le parecía que sí. —De Montfried pareció dudar. La conversación no debía verse afectada por pequeñas tragedias familiares de esa clase.

—Es extraordinario —comentó Szara.

De Montfried se inclinó hacia él, y dio un nuevo giro a la charla.

—Monsieur Szara, usted me ha sido recomendado, por un conocido mío llamado Bloch.

—¿Sí?

De Montfried esperó a que continuara, pero Szara no hizo más comentarios. Entonces se metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta del esmoquin y sacó un documento de aspecto oficial, con sellos y firmas al pie, y se lo pasó a Szara.

—¿Sabe qué es esto?

El papel estaba escrito en inglés y Szara trató de descifrarlo.

—Es un certificado de emigración para la Palestina británica —le explicó De Montfried—. O Eretz Israel, nombre que yo prefiero. Es valioso, raro y difícil de conseguir, y de esto es de lo que quiero hablarle. —Tuvo un momento de vacilación, pero en seguida continuó—. Por favor, espero que sea tan amable de cortar esta conversación ahora si cree que me estoy excediendo en algo. En el caso de que sigamos con ella, tendré que rogarle que sea discreto.

—Comprendo —dijo Szara.

—¿Sin reparos? Yo entendería, por supuesto, que usted pensara que el escucharme quizá le trajese demasiadas complicaciones.

Szara calló y esperó a que el otro prosiguiera con su explicación.

—Según Monsieur Bloch, usted fue testigo de los acontecimientos ocurridos el mes pasado en Berlín. Él se atreve a pensar que usted podría, en base a ello, estar dispuesto a ayudar de manera voluntaria en un proyecto en el que he puesto un gran interés.

—¿Qué proyecto es ése?

—¿Puedo ponerle un poco más de vino?

Szara acercó su copa.

—Espero que me perdone si le hago una descripción a mi manera detallada. No quisiera aburrirle, ni que me vea como a un ingenuo sin remedio; sólo que tengo alguna experiencia de conversaciones sobre el regreso de los judíos a Palestina y..., bien, puede resultar, incluso desagradable, como suele ser cualquier discusión sobre política. Las personas educadas evitan determinados temas, y la experiencia prueba lo prudente de esa medida. Como los sueños de cada uno o el propio estado de salud; es mejor hablar de otras cosas. Por desgracia, en la actualidad, el mundo se comporta como si quisiera eliminar esa cortesía, entre muchas otras; por tanto sólo puedo rogarle que se muestre tolerante conmigo.

La sonrisa de Szara fue triste y comprensiva, con la compasión que se aprende sólo en la vida diaria. Era el oyente al que se le podía decir cualquier cosa sin miedo a la crítica, porque había oído y visto cosas peores que las que cualquiera pudiera llegar a decirle. Sacó un cigarrillo de un paquete de «Gitanes», lo encendió y aspiró el humo. *No pueden ofenderme*, dijo su gesto.

—Al principio de la Gran Guerra, en 1914, el Reino Unido se encontró luchando en Oriente Próximo contra Turquía. Los judíos de Palestina se vieron atrapados en el esfuerzo de guerra de los ejércitos turcos, con impuestos que los empobrecieron o les obligaron a servir como soldados. Un grupo de judíos, de la ciudad de Zichron Yaakov, no lejos de Haifa, creía que el Reino Unido debía vencer en la guerra, pero ¿qué podían hacer ellos? Para un pequeño grupo, decidido, dispuesto a enfrentarse a una potencia, hay una respuesta tradicional, además del rezo, el espionaje. De manera que un botánico llamado Aarón Aaronson, su hermana Sarah, un ayudante suyo Absalón Feinberg, y varios otros formaron una red que se llamó NILI, un acrónimo tomado de una frase del Libro de Samuel en hebreo que dice: *El Eterno de Israel no nos engañará*. La conspiración tenía su sede en la Estación Experimental Atlit, aprovechando que la posición de Aarón como jefe de la unidad controladora de langostas le permitía ir a cualquier sitio sin levantar sospechas, como por ejemplo, a una posición militar turca. Al mismo tiempo, Sarah Aaronson, que era bellísima, se convirtió en una habitual de las fiestas a las que asistían militares turcos de alta graduación. Los británicos recelaron al principio —los Aaronson no exigían dinero—; pero, más adelante, en 1917, el producto NILI mereció la aceptación de los agentes británicos que trabajaban en los barcos anclados frente a Palestina. Hubo dificultades de comunicación, lo cual me parece que suele ocurrir, y Absalón Feinberg se dispuso a atravesar el desierto del Sinaí para ponerse en contacto con los británicos. Fue sorprendido en una emboscada por una patrulla árabe, que lo mató cerca de Rafah, en la franja de Gaza. Hay una leyenda local que cuenta que fue enterrado en la arena, en las afueras de la ciudad, y que de sus huesos, fecundados por los dátiles que llevaba en los bolsillos, creció una palmera. La red de espionaje se descubrió más tarde, había demasiada gente que la conocía, y Sarah Aaronson fue detenida por los turcos y torturada durante cuatro días. En determinado momento, ella pudo engañar a sus carceleros que la dejaron ir sin vigilancia al lavabo, donde tenía escondido un revólver, y se quitó la vida. Los turcos capturaron a los demás miembros de la red, los torturaron y los ejecutaron, excepto a Aarón Aaronson, que

sobrevivió a la guerra, sólo para morir en 1919 en un accidente aéreo sobre el Canal de la Mancha.

»Seguro que los árabes lucharon al lado de los británicos, ellos también deseaban acabar con la ocupación turca, y su sublevación contó con la ayuda de agentes de la Inteligencia británica, como T. E. Lawrence y Richard Meinertzhagen. Los árabes creyeron que luchaban por su independencia, pero no resultó así del todo. Cuando se aclaró la humareda, cuando Allenby conquistó Jerusalén, los británicos administraron el Mandato de Palestina y los franceses ocuparon Siria y el Líbano.

»Pero la red NILI no fue el único esfuerzo que los judíos hicieron a favor de los británicos. Mucho más importante, por sus últimas consecuencias, fue la contribución del doctor Chaim Weizmann; un hombre muy conocido como sionista, preparado y persuasivo, pero también es famoso, entre los profesionales de su misma especialidad, como bioquímico. Mientras enseñaba e investigaba en la Universidad de Manchester, descubrió un método para producir acetona sintética por un proceso de fermentación natural. Cuando la guerra del Reino Unido contra Alemania alcanzaba todo su apogeo, los británicos descubrieron que tenían poca acetona, disolvente que se utiliza para la fabricación de cordita, un explosivo importante en artillería para las granadas y los obuses. En 1916, Winston Churchill, por entonces Lord del Almirantazgo, llamó a Weizmann. “Doctor Weizmann, necesitamos treinta mil toneladas de acetona. ¿Puede usted fabricarlas?”. Weizmann no descansó hasta que lo consiguió, y llegó incluso a emplear muchas de las grandes destilerías de *whiskey* de la isla hasta que las plantas de fabricación no fueron construidas.

»¿Produjo la colaboración de Weizmann la Declaración Balfour? Lo seguro es que no la impidió. En 1917, Lord Balfour, como secretario del Foreign Office, prometió que el Gobierno británico pondría “su mejor empeño para facilitar el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío”. La Liga de Naciones y otros países apoyaron esa postura. Sería bonito pensar que Weizmann tuvo que ver con aquello; pero los británicos, que son un pueblo maravillosamente práctico, lo que querían en aquel momento era la entrada de Estados Unidos en la guerra contra Alemania, y creyeron que la declaración de Lord Balfour movilizaría la opinión de los judíos norteamericanos en esa dirección. Pero Weizmann tuvo su parte en ello.

De Montfried hizo una pausa para llenar la copa de Szara y luego la suya.
—Ahora, Monsieur Szara, tal vez sepa a dónde voy.

—Sí y no —replicó Szara—. Esa historia no está resuelta aún.

—Es cierto. Continúa. Pero se puede decir tanto como esto: la supervivencia de la Palestina judía depende de la actitud de los británicos y, desde esa perspectiva, el gobierno Chamberlain ha sido un desastre.

—Los hechos estarían de acuerdo.

—Sin duda. Cuando Chamberlain, después de ceder ante Hitler en setiembre, preguntó por qué el Reino Unido tenía que arriesgarse a una guerra para defender lo que él llamó «un país lejano, del que conocemos muy poco y cuyo idioma no entendemos», las personas que piensan como yo se sintieron horrorizadas. Si opinaba eso de los checos, ¿qué pensaría de los judíos?

—¿Cree usted entonces que lo de Munich fue una derrota moral?

De Montfried estuvo a punto de saltar, indignado, pero consiguió dominarse.

—¿Usted no? —preguntó con calma.

Szara pensó que no se había enfadado. Sólo, decepcionado, de momento. No estaba acostumbrado. Su vida había sido organizada para mantener alejada cualquier clase de incertidumbre, y Szara había preguntado algo, quizá para probarlo, que le pareció inesperado. Para De Montfried sería como servir café frío en el desayuno: no era una equivocación, era impensable.

—Sí, así lo creo —dijo Szara por fin—. Pero debíamos preguntarnos en voz alta qué es lo que Chamberlain escuchó, al margen de la mesa de negociaciones, de sus generales y de sus discretos acompañantes de traje oscuro. Porque después de que ellos le dieran su versión, él tenía que elegir entre creerlos o no. Y obrar en consecuencia. Es fácil imaginar que oyó algo acerca de lo que podría ocurrirle a las ciudades británicas, y en especial a Londres, si empezaban una guerra con Alemania: bombarderos cargados con toneladas de bombas; lo que le sucedió a Guernica cuando la bombardearon. La gente muere en la guerra.

—La gente muere en la paz —replicó De Montfried—. En Palestina, desde 1920, las turbas árabes han asesinado a centenares de colonos judíos, y la Policía del mandato británico no ha puesto mucho interés en evitarlo.

—El Reino Unido funciona con petróleo, algo que los árabes tienen y no necesitan.

—Eso es cierto, Monsieur Szara, pero no es toda la verdad. Como Lawrence, muchos agentes del Servicio de Inteligencia del Foreign Office han idealizado a los árabes. La ardiente y terrible pureza del desierto y toda esa sarta de simplezas. Mientras que de los judíos..., bien, lo único que sacan en limpio de los judíos es un puñado de judíos.

Szara rió con gesto de aprobación y De Montfried se calmó un poco.

—Por un momento —dijo— temí que estuviéramos muy alejados en nuestra forma de ver las cosas.

—No; no lo creo. Pero su «Château de Montfried» me ha puesto por las nubes, y mucho me temo que a partir de ahora tendrá que ir más directamente al grano.

Szara esperó para ver qué efecto hacían sus palabras. De Montfried recapacitó unos instantes antes de proseguir con su charla.

—Los árabes han dejado muy claro que se oponen al asentamiento de judíos en el Próximo Oriente. Algunos son más hostiles que otros; algunos diplomáticos, como personas, son bastante decentes, comprenden nuestras dificultades y no parecen insensibles a lo que podamos ofrecerles. La emigración alemana ha llevado a Palestina una verdadera mina de información técnica, en medicina, ingeniería, horticultura; y son personas para las que el hecho de compartir sus conocimientos con los demás es instintivo, como una segunda naturaleza. Pero Rashid Alí en Iraq es una criatura de los nazis, igual que el *mufti* de Jerusalén; ambos han optado por el bando alemán. Otros árabes pueden seguir su ejemplo si no obtienen lo que quieren. El Reino Unido se encuentra en una difícil encrucijada: cómo conservar la amistad de los árabes sin enajenarse la de Estados Unidos y otros países liberales. Por eso, con la cuestión judía, han adoptado la táctica de conferencias y más conferencias. En lugar de comenzar algo práctico, dejan pasar el tiempo mientras piensan en lo que se ha de hacer. Concedo que es una maniobra diplomática legítima que les permite, de momento, esquivar el problema: de ahí el Informe Peel y la Comisión Woodhead y la Conferencia de Évian, y la próxima que se celebrará en febrero..., la Conferencia de St. James, de la que saldrá un Libro Blanco. Pero, entretanto, con la *Kristallnacht*...

—Eso no fue una conferencia —apostilló Szara.

—Hitler habló al mundo: Los judíos no pueden vivir ya en Alemania; esto es lo que vamos a hacer con ellos. Cien muertos, miles de apaleados, decenas de miles encerrados en los campos de Dachau y de Buchenwald. Los judíos de Alemania y de Austria han entendido lo que eso significa; por eso luchan como pueden por escapar. Pero el problema es que no basta con huir. Necesitan algún sitio donde ir, y no lo hay. Tengo la fortuna de haber recibido una filtración de lo que será el Libro Blanco que saldrá de la Conferencia de St. James. Ustedes, los periodistas, ya saben cómo ocurren estas cosas.

—Nunca falta un amigo... Y menos mal que los hay.

—Eso es. Bien, sabemos que van a limitar la emigración a Palestina. Permitirán la entrada a quince mil judíos anualmente, durante cinco años; a partir de esa fecha, se acabó. De momento quedan todavía trescientos mil judíos en Alemania, otros sesenta y cinco mil en Austria, y sólo quince mil pueden entrar en Palestina. Pero si todo esto se extiende a Polonia, y la manera que Hitler emplea para referirse a Polonia es idéntica a la que usaba cuando hablaba de los Sudetes, entonces ¿qué? Serían tres millones trescientos mil judíos más.

—¿Qué se está haciendo al respecto?

De Montfried se echó hacia atrás, se recostó en el respaldo de la silla y se lo quedó mirando fijamente. Sus ojos eran oscuros, difíciles de interpretar, y Szara percibió su conflicto interno entre la desconfianza —una desconfianza natural y saludable— y la necesidad de confiarse.

—Para empezar —dijo al cabo de un momento—, en todos los puntos del espectro político, los grupos establecidos llevan años enzarzados en esta batalla: los del Histadrut, los Nuevos Sionistas de Vladimir Jabotinsky y la organización que llaman Betar. David ben Gurion y la Agencia de Inteligencia judía. Y otros, mucho otros, hacen lo que pueden. Es un esfuerzo político: escriben cartas, piden favores, hacen donaciones, aprueban leyes... Todo sumado constituye una presencia. Además, en Palestina está la Haganah, una organización militar, y su rama de espionaje, conocido como Sherut Yediot, llamada en general Shai, su letra inicial. Pero es todo lo que pueden hacer para mantener vivos a los judíos de *Palestina*.

»Luego, desde hace muy poco, hay algo más. Como usted sabe, la emigración a Palestina se conoce con el nombre de Aliyah. La palabra tiene el significado de *retorno*. Los certificados británicos de entrada autorizan el asentamiento en el país de unos miles de judíos al año, y hay una organización judía que se ocupa de los detalles, el viaje, la acogida, etcétera. Pero dentro de esa organización, en la sombra, hay otra. De momento sólo diez personas la forman, nueve hombres y una mujer muy joven, que se autodenominan el Mossad Aliyah Bet, es decir, el Instituto para la Aliyah B; la letra B indica la emigración ilegal, para diferenciarla de la emigración legal. Este grupo se dedica ahora al alquiler de barcos, cualquier cascarón abandonado que pueden encontrar en los puertos del sur de Europa, con la intención de salvar judíos y desembarcarlos de manera clandestina en las costas de Palestina.

—¿Cree que lo podrán hacer?

—Lo intentan. Y simpatizo con ellos. Llega un momento en que si te consideras un ser humano, tienes que hacer algo. De no ser así, uno puede leer los periódicos y felicitarse por su buena suerte. Pero Weizmann tiene un interesante punto de vista sobre esto. Después de la Kristallnacht, dijo a Anthony Eden: «El incendio de las sinagogas alemanas puede propagarse fácilmente a la Abadía de Westminster». Es decir, quizá llegue un día en que los ingenuos que se felicitan por su buena suerte se den cuenta que han calculado mal. Ya veremos.

—Y usted, Monsieur De Montfried, ¿qué es lo que hace?

—Yo le invito a que venga al Cercle Renaissance de Neuilly, entre otras cosas. Sucede que, de vez en cuando, veo allí a Monsieur Bloch. Tengo algunos amigos, acá y allá; tratamos de gastar dinero con prudencia, en los sitios adecuados. Cuando me es posible, cuento a la gente importante las cosas que opino deben saber.

—Un grupo de amigos. ¿Acaso tiene un nombre ese grupo?

—No.

—¿De verdad?

—Cuanto menos oficial, mejor; es lo que pensamos. Se puede trabajar sin ningún tipo de estructura y ser de gran ayuda.

—¿Qué clase de ayuda, Monsieur De Montfried?

—Hay dos áreas en las que hemos puesto un interés especial. La primera es sencilla: legitimar los certificados de emigración por encima y más allá del número autorizado oficialmente por el Foreign Office. Cada uno representa la salvación de varias vidas, porque pueden ser utilizados por las familias. La segunda área ya no es tan sencilla, pero puede tener mayores consecuencias. ¿Vamos a llamarlo una demostración? Es una palabra tan buena como cualquier otra. Una demostración de que los grupos que simpatizan con los asentamientos judíos en Palestina son una fuente de ayuda que los británicos no pueden ignorar. Es una forma de comprar influencia, como hizo NILI, como hizo el doctor Weizmann, sirviendo los intereses de la nación gobernante. Eso, en definitiva, es lo único que los británicos entienden. *Quid pro quo*. El libro Blanco será discutido en el Parlamento, donde contamos con gente que quiere ayudarnos; quisiéramos facilitarles la labor. La única manera de conseguirlo es con actos concretos, definidos, en que ellos puedan apoyarse. No en público. Nada se hace en público; sino en los salones, en los lavabos, en los clubes de los caballeros, en las casas de campo... En todos esos lugares es donde se hacen los negocios serios. Y en ellos es donde necesitamos estar representados.

—¿Pueden hacerse los certificados de emigración en privado?

—¿Quiere decir falsificarlos?

—Sí.

—Por supuesto. Y se hace. Si alguien puede estar orgulloso de sus falsificadores, éstos son los judíos. Son los mejores, aunque se sabe que algunos han ido demasiado lejos por su cuenta y, de vez en cuando, pintan un Rembrandt.

»Por desgracia, los británicos tienen la vocación de contar. Y su burocracia colonial es eficiente. La debilidad del sistema es que los funcionarios de las oficinas de pasaportes están mal pagados, una situación que conduce sólo a una salida. Han sido ofrecidos sobornos, y aceptados. También descubiertos. Lo mismo ocurre en muchas Embajadas: la argentina, la liberiana, la guatemalteca... De hecho, los judíos se están convirtiendo en ciudadanos de cualquier nación del mundo. También se da el caso de los funcionarios que se conmueven cuando comprueban la intolerable situación de algunos solicitantes; el horror que sienten se multiplica a medida que ven más casos. Pero la falsificación y el soborno, o cualquier otra idea que se le ocurra, en principio, no consiguen el número que necesitamos. Lo que tenemos en mente es algo muy diferente, un acuerdo privado que produzca certificados auténticos.

—Difícil. Y razonable.

—Monsieur Bloch tiene una gran confianza en usted. —De Montfried sonrió al decirlo.

—Hablando en hipótesis, ¿cómo podría colaborar un periodista soviético en esos asuntos?

—¿Quién sabe? Mi experiencia de la vida es que uno no debe intentar controlar a las personas influyentes. Sólo puede explicarles el caso, y esperar lo mejor. Si usted reflexiona, y está de acuerdo con lo que se ha hablado aquí esta noche, supongo que encontrará la manera de emplear su capacidad en beneficio de la causa. Ni yo mismo conozco la solución; lo que hago es buscar gente y explicarles el problema. Pero si yo supiera que esta noche cuando usted llegue a su casa, va a pensar en todo esto, con franqueza, me daría por muy satisfecho.

Amablemente, y de mutuo acuerdo, la conversación derivó hacia temas más agradables, justo a tiempo para que De Montfried pudiera acudir a su «cosa detestable de caridad». Salieron. Fuera de la pequeña biblioteca, un miembro del club, de rostro rubicundo y cabello blanco, saludó efusivamente a De Montfried, mientras imitaba a un maquinista de tren que tirase de la

cuerda del silbato y haciendo el sonido francés del *tuut-tuut*. De Montfried rió de buena gana, como la persona más feliz del mundo.

—Seremos amigos para siempre —dijo a Szara.

Se estrecharon las manos en el vestíbulo de la planta baja, y el lacayo devolvió a Szara su paraguas que, al parecer, había secado con un paño.

Enero de 1939.

08942 57661 44898

Y así sucesivamente, lo que al final significaba *S novym godom* y *S novym schastyem* —Feliz Año Nuevo y lo mejor para todos—, los deseos, fríos y formales, del Gran Padre Stalin. Durante su estancia en Berlín, Szara había pasado cerca del almacén donde guardaba el cuadro con el expediente DUBOK escondido detrás del lienzo. Le pareció algo remoto y fuera de lugar por el momento. *Esto es una lección para el futuro*, pensó. Con la aparición del poder alemán en Austria y en Checoslovaquia, Rusia asumía el papel de contrapeso, y si Stalin había sido vulnerable cuando diezmó al Ejército y a los Servicios Secretos, ya no lo era. Hitler estaba llevando al mundo hacia las puertas rusas. Los asesinatos de Stalin se perpetraban en los sótanos; los actos de Hitler ocupaban la primera plana de los periódicos. La unión Soviética era débil, llena de campesinos hambrientos. Alemania construía soberbias locomotoras. El expediente de la Ojrana se encontraba mejor donde estaba.

A principios de enero, Szara contrajo una fiebre de improviso. Permaneció acostado entre sábanas húmedas; cuando cerraba los ojos, veía la zambullida en el río Havel iluminado por la luna y escuchaba, una y otra vez, el grito pidiendo auxilio. No deliraba, era la memoria enferma que se negaba a curarse. Vio a Marta Haecht bailando en el patio de una casa rural con techo de paja, en el *ghetto* de una aldea ucraniana. Vio los ojos de la gente que lo había mirado en Berlín, un gran vestíbulo alicatado, la cara descompuesta del policía de Wittenau, la habitación de la casa estrecha. Su enfermedad no tenía nombre; ése era su secreto, pensó; estaba muy dentro, donde las palabras y las ideas no tienen acceso.

Intentó la tradicional cura de los escritores: escribir. Sin afeitarse, vestido con pijamas arrugados, algunas mañanas se entregó a la tarea y redactó pequeños artículos periodísticos que trataban de definir el carácter alemán. Gentuza repugnante y brutal. En su trabajo atacó hipocresía, crueldad,

desmesurado apetito, la obsesiva creencia que tenían de ser engañados, horrible, de ser mal comprendidos, para siempre. Cuando releyó lo escrito, sintió horror y complacencia, y recordó la increíble astucia de la frase de Stalin: «El papel conservará cualquier cosa que se escriba en él» y se le ocurrió que podría buscar la manera de publicarlo. Pero se dio cuenta de que ése no era el golpe que necesitaba asestar. Lo único que conseguiría sería enfurecerlos. Y furiosos ya lo estaban, casi siempre lo estaban. Y eso no podía reprochárselo; de alguna manera era la característica dominante de los alemanes, no tenía idea del porqué, ni lograba entenderlo. Una mañana, mientras los gruesos copos de nieve silenciaban la ciudad, rompió los escritos.

Schau-Wehrli fue su ángel de enero. Entrecruzaba las heladas calles de París y hacía sus *treffs* con Valais, pagaba a la portera para que le subiera tazones de espesa y ambarina sopa, y se sentaba al borde de su cama cuando tenía un momento libre. Durante ese tiempo, él comprendió que la posibilidad de que delirara y hablara en sueños los pusiera nerviosos, y por eso no querían llevarlo a un hospital. Nadie habló de aquello, pero un doctor de la Facultad de Medicina de la Sorbona, un simpatizante, de pronto empezó a visitar a domicilio a un hombre con fiebre aguda. Un profesor con una gran barba que, mirándolo desde las alturas de sus éxitos profesionales, le decía: «Descanse, abríguese y beba mucho té caliente».

Cuando Schau-Wehrli pasaba por allí, se contaban los chismes; al igual que él, ella no tenía con quién hablar. Después de la reunión en el teatro de Berlín, Tscheroova parecía que había redoblado sus esfuerzos y frecuentaba los círculos más activos de los jóvenes intelectuales del Partido Nazi, donde maniobraba con sus agentes para conseguir relaciones productivas.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Schau-Wehrli, bromeando y tratándolo de tenorio.

—Nada, de verdad. —Szara esbozó una débil sonrisa—. Es tan... tan rusa. Un poco de simpatía, una palabra amable y, de pronto, sale una flor.

La fiebre remitió a los diez días y Szara se fue incorporando al trabajo poco a poco. En la última semana de enero, Abramov ordenó un encuentro en un tercer país con el fin de discutir algunos detalles relacionados con la reorganización de la red OPAL. Esa vez debía celebrarse en Suiza, cerca de la ciudad de Sion, en el valle del Ródano, a unas dos horas de Ginebra, la noche del 7 de febrero. La transmisión tardó mucho tiempo en completarse, y Kranov estaba enfadado.

—Otra vez han cambiado de operador —dijo. Encendió un cigarrillo y se sentó a esperar en su silla—. Este novato es lento como un caracol.

Goldman telegrafió al día siguiente, para ordenar —como había hecho cuando Szara fue a Berlín— una entrega personal de dinero. Un día después de su entrevista con Abramov, debía llevar sesenta mil francos a Lausana, y pasarlos, por medio de un complicado procedimiento de contraseña e identificación, a un individuo de nombre desconocido. Al ser mucho dinero planteaba un problema. Los correos podían llevar una cantidad limitada de dinero; por eso, y evidentemente para evitar una tentación, Moscú impuso la presencia de un segundo correo, el cual, especificó, tenía que ser un diplomático o un agente del Servicio de Inteligencia, no un agente de la red como Odile.

Por lo menos, eso fue lo que Maltsaev le dijo.

Szara estaba almorzando en la taberna de su calle, mientras leía el *Temps*, que tenía doblado y apoyado en el bote de la mostaza, cuando un hombre se acercó al otro lado de la mesa y se presentó.

—Ponte en contacto con Ilya Goldman —le dijo para probarle su buena fe—. Él te confirmará quién soy. Estuvimos juntos en Madrid. En la Embajada.

Luego le explicó que se encontraba temporalmente en París a cargo de una misión asignada en Belgrado, donde había sido agente político durante casi un año.

A Szara le desagradó desde el primer momento. Maltsaev era un joven moreno, algo calvo, de piel enfermiza y gesto agrio; un hombre dado a las expresiones siniestras, que cuando hablaba parecía que decía mucho menos de lo que sabía. Llevaba gafas ahumadas y un voluminoso abrigo negro de excelente calidad.

Dejó bien claro que hacer de correo era un trabajo aburrido y muy por debajo de su categoría. La orden de acompañar a Szara hasta Suiza le ofendía por muchos conceptos.

—Esos pequeños zares de Moscú tiran los rublos como si el mundo fuera a acabarse mañana —dijo con sorna.

Sabía bastante bien lo que se cocía en Lausana, dijo con aire confidencial, lo típico de los camaradas de despacho que quieren arreglarlo todo con dinero. También era típico que algún controlador invisible del *apparat* de la plaza Dzerzhinsky hubiera aprovechado la ocasión para joder a Maltsaev con una misión sin importancia, que cualquier agente sin seso hubiese podido llevar a cabo.

—Otro enemigo —gruñó—. Algún envidioso de mi carrera o de mi misión en París. Pero ya veremos si se sale con la suya. A lo mejor no, ¿eh? —Señaló el plato de Szara—. ¿Qué es eso?

—*Andouillette* —dijo Szara.

—¿Qué es, una salchicha?, ¿qué lleva dentro?

—No te va a gustar si te lo digo.

—Seguro que lleva algo de la amiguita del cocinero —dijo Maltsaev con una risotada—. Pídeme un filete. Hecho. Nada de sangre ni poco pasado. — Sus ojos eran vivaces detrás de las gafas ahumadas mientras escudriñaba cada rincón de la sala, mirando a los demás parroquianos. Luego se acercó a Szara en un gesto confidencial—. ¿Quién es ese Abramov que vas a ver? —Lo miró con aire de triunfo y de complacencia consigo mismo. *¿Sorprendido de que sepa eso?*

—Un jefe. Vaya, uno de ellos.

—¿Un pez gordo?

—Hombre, se sienta en el Directorio. Quizá en otros, no sé.

—Un viejo amigo, ¿a que sí? Tal como están las cosas hoy, uno no dura mucho sin un protector, ¿verdad?

—Cada uno tiene su vida. —Szara se encogió de hombros—. La mía no es así. Sólo conozco a Abramov del trabajo.

—¿Sí?

—Por supuesto.

—¡Eh! —Maltsaev llamó a un camarero que pasaba por su lado, y se olvidó de Szara.

La noche del día 6 nevó, y a la hora en que el tren de Szara y Maltsaev salía de la Gare de Lyon, el 7 de febrero, los campos y las ciudades de Francia seguían vestidos de blanco. *El siglo XIX*, pensó Szara con nostalgia: un par de caballos cubiertos de restos de escarcha arrastraban un pesado carro a lo largo de la carretera; una muchacha con un gorro de lana patinaba en una charca helada, cerca de Melun. El cielo estaba espeso y gris. De vez en cuando, una bandada de cuervos planeaba en círculo sobre los campos, cubiertos de nieve. Pero a causa de la presencia de Maltsaev, era un buen momento para soñar. El helado mundo exterior parecía inmóvil, frío y silencioso; el único indicio de presencia humana era el humo de la chimenea de una granja.

No había nadie con ellos porque, según las normas, tenían que reservar un compartimiento completo sólo para los dos. Szara mantenía siempre una

mano, o un pie, en contacto con la pequeña maleta de viaje que contenía los sesenta mil francos, empaquetados en billetes de cien, con una faja de papel donde había escrito algo en caracteres cirílicos. Pero incluso estando solos, Maltsaev seguía con sus alusiones: ... *tu amigo en Sion, el hombre de Bruselas*. Es un gran chismoso, pensó Szara. ¿A quién conoces? ¿Cómo se es fiel? ¿Qué es lo que ocurre en realidad? Maltsaev era el clásico oportunista, siempre tratando de aprovecharse de los demás en beneficio propio. Szara supo defenderse bien en cada punto, pero tenía la sensación de que la continua presión del ataque acabaría por vencerlo. Para evitarlo, fingió sueño. Maltsaev se complació en su burla.

—¿Así que te vas a la tierra de los sueños con nuestro querido tesoro sobre tus rodillas?

Habían salido al amanecer y ya era de noche cuando llegaron a Ginebra. Anduvieron tres manzanas desde la estación de ferrocarril y encontraron el «Opel Olympia» que había sido dejado delante de un hotel para viajeros de comercio, con la llave de contacto debajo del pedal del acelerador. Szara condujo. Maltsaev se sentó a su lado, fumaba sus cigarrillos con filtro «Belomor», y tenía un mapa de carreteras desplegado sobre las rodillas. Rodearon la orilla norte del lago Lemán por buenas carreteras y bajo una ligera nevada; luego, pasado Villeneuve, empezaron a subir en dirección a los puertos de montaña.

El cielo se aclaró de nubes y apareció una luna brillante y afilada, que iluminó los cristales de hielo amontonados a ambos bordes de la carretera. Algunas veces, en las curvas, podían divisar los valles que se extendían a sus pies: pueblecitos de piedra, ríos helados, caminos desiertos... La sensación de silencio profundo y de alejamiento afectaron por fin a Maltsaev, que dejó de hablar y miró por la ventanilla. Eran cerca de las diez cuando bajaron a Martigny para luego girar hacia el norte por la estrecha llanura del Ródano, un caudaloso torrente de montaña por aquellos parajes. La carretera tenía una espesa capa de hielo y Szara condujo con muchas precauciones pero seguro. Apenas se cruzaron con uno o dos coches en el trayecto.

Sion estaba a oscuras, no se veían luces por ninguna parte y tuvieron que buscar durante un buen rato hasta que hallaron la carretera de gravilla que ascendía por la ladera de la montaña. Cinco minutos más tarde, la pendiente cesó y se encontraron delante de un viejo hotel, mientras oían cómo crujía la nieve recién caída bajo los neumáticos. El hotel —un letrero tallado encima del arco de la puerta decía «Hôtel du Vaz»— era de madera y estuco, coronado por un tejado de pizarra muy inclinado con carámbanos colgantes.

Estaba más alto que la carretera, al lado de una blanca pradera que ascendía suavemente hasta la linde de un bosque, siempre verde. Las contraventanas de la planta baja estaban cerradas; tras ellas vieron un leve resplandor, quizás una única lámpara en lo que Szara supuso que sería la zona de recepción en el vestíbulo de la entrada. Mientras apagaba el motor y salía del «Opel», pudo oír el silbido del viento en la esquina del edificio. No se veía ningún otro coche; tal vez aquél era un hotel de verano, pensó, al que la gente acudía para caminar desde allí a las montañas.

Maltsaev descendió del coche y cerró la portezuela sin hacer ruido. Desde una ventana de arriba les llegó la voz de Abramov.

—¿André Aronovich?

—Sí —gritó Szara—. Baja y ábrenos. Está helando.

—¿Quién está contigo?

Szara miró hacia arriba y vio un postigo entreabierto. Maltsaev se adelantó a su respuesta.

—No le digas mi nombre —le susurró al oído.

Szara se lo quedó mirando, sin comprender.

—Contéstale —le apremió Maltsaev, al tiempo que le apretaba un codo con fuerza.

Abramov ha tenido que ver el gesto, pensó Szara. Y debió ser así, porque un momento después oyeron el sonido, espectral y nítido en el aire frío y silencioso, de un hombre pesado que bajaba una escalera exterior, quizás en la parte trasera del hotel. Un hombre con mucha prisa.

Maltsaev, con el abrigo ondeando al viento, echó a correr y Szara, que no sabía lo que ocurría, lo siguió. En cuanto doblaron la esquina del hotel tuvieron que frenar la carrera; allí la capa de nieve era más espesa y se hundían en ella hasta las rodillas, lo que les imposibilitaba correr. Maltsaev soltó una maldición cuando tropezó. Un grito sonó entre los árboles a su izquierda. Luego se repitió, pero conminatorio. De amenaza, en ruso, como Szara reconoció.

Rodearon el edificio y llegaron a la parte trasera, y allí se detuvieron. Abramov, con un traje oscuro y su sombrero flexible, trataba de cruzar a la carrera la pradera, cubierta de nieve. Era absurdo, casi cómico. Forcejeaba, tropezaba y resbalaba; se ayudaban con una mano para avanzar, se erguía, levantaba demasiado las rodillas para dar unos pocos pasos, volvía a caer, se inclinaba hacia delante en busca del bosque cercano, e iba dejando tras de sí un sendero quebrado y blanco. De pronto, el sombrero se ladeó y Abramov lo agarró con fuerza, en un gesto instintivo, sosteniéndolo por el ala mientras

corría; parecía el hombre que llega tarde al trabajo y corre para atrapar un tranvía en la calle de una ciudad.

Los tiradores del bosque lo dejaron que casi alcanzara los árboles. El primer disparo lo hizo vacilar, pero siguió adelante, aunque más despacio; luego, el segundo disparo lo derribó. Los tiros resonaron en la ladera, después, el sonido se fue apagando y de nuevo reinó el silencio. Maltsaev se adentró por la pradera. Szara lo siguió, aprovechando el sendero abierto. Era resbaladizo y dificultoso, y pronto su respiración se volvió jadeante. Un momento antes de que llegara a su lado, Abramov pudo volverse hacia él. Su sombrero había rodado lejos, y tenía nieve en la barba. Maltsaev se mantuvo a un lado, en silencio, tratando de acallar su jadeo. Szara se arrodilló. Entonces vio sobre la nieve la sangre de Abramov. Éste tenía los ojos cerrados; parpadeó, sólo un momento, y quizás entrevió a Szara. De su garganta salió un único sonido, un ronco suspiro, «Aj», de agotamiento e irritación, de despedida, y entonces se fue.

EL CLUB RENAISSANCE

En la mesa del rincón más alejado de la cervecería «Heininger», donde podías ver a todo el mundo y todo el mundo podía verte, sentado bajo el agujero de bala escrupulosamente conservado en el enorme y dorado espejo, André Szara se esforzaba por mostrarse encantador mientras trataba de silenciar una voz interior que le ordenaba silencio, y que marchara a casa.

Novato en el grupo de habituales de la mesa del rincón, y por tanto centro de la atención de todos, propuso un brindis.

—Bebamos por el amor..., por los amores desesperados... de los días de nuestra infancia.

Hubo apenas unos segundos de duda (Dios, ¿es que iba a romper a llorar antes del coro de aprobaciones?) Pero no, no hubo lágrimas; Szara se peinó con los dedos el largo mechón de cabello negro caído sobre su frente y mostró su sonrisa vulnerable. Entonces, todos se dieron cuenta de lo muy acertado del brindis, de lo muy acertado que era *él*, ese ruso emotivo, a aquellas horas, bien pasada la medianoche, con su corbata gris acero y camisa castaño pálido, no era que estuviese borracho, sólo se mostraba íntimo y atrevido.

Allí estaba. Su mano, bajo el mantel, descansaba cálida sobre el muslo de Lady Ángela Hope, pilar de la noche parisina y mujer a la que le habían aconsejado que evitase. Con la mano libre sostenía la copa de champán de borde dorado y bebía «Roederer Cristal», gracias a la atención de un camarero solícito que llenaba su copa cada vez que él hacía el gesto de beber. Sonreía, reía, decía cosas divertidas, y todos, absolutamente todos, pensaban de él que era maravilloso: Voyschinkowsky, «el León de la Bolsa»; Ginger Pudakis, la esposa inglesa del rey de los embutidos de Chicago; la condesa polaca K, la cual, cuando tenía alguna intriga amorosa, organizaba ingeniosas fiestas para sus amigos; el terrible Roddy Fitzware, *loco, malo y peligroso de conocer*. De hecho, todos ellos, diez a última hora, estaban pendientes de sus palabras. ¿Era por sus modales, un poco más eslavo de lo conveniente? Quizá. Pero no le importaba. Fumaba y bebía como un demonio afable y decía, «para un borrachín, el mar llega sólo hasta las rodillas» y otros dichos rusos, tal como acudían a su cabeza, casi siempre ridiculizándose, pero haciéndose querer.

Sin embargo —era más esclavo de lo que los otros creían—, la voz interior no quería callar. Detente decía—: *Esto no te interesa; vas a sufrir, y a arrepentirte, te atraparán.* Pero no la escuchaba. No porque estuviera equivocada; de hecho, él sabía que tenía razón, pero prefirió ignorarla.

Voyschinkowsky, inspirado por el brindis, contaba una historia.

—... Mi padre me llevó al campamento gitano. ¡Imaginad, de noche, tan tarde, y a un sitio así! Yo no tendría más de doce años, pero cuando la muchacha empezó a bailar...

La pierna de Lady Ángela se apretó más bajo la mesa, una mano apareció en medio de la atmósfera de humo, y un chorro de champán cayó en su copa. ¿Qué otro vino, había preguntado alguien sobre el champán, puedes oír?

Como Lady Ángela Hope, la cervecería «Heininger» era famosa. En la primavera del 37 había sido el escenario de lo que los parisinos llamaron después «*une affaire bizarre*»: la sala principal fue rociada de balas de ametralladora, asesinaron al *maître* búlgaro en el lavabo de señoras y un camarero misterioso, el que decía llamarse Nick, desapareció poco después. Semejantes sucesos, tan violentamente balcánicos, habían dado una gran popularidad al local; la mesa que todos querían era la que estaba debajo del espejo, con un solo agujero de bala; de hecho, era el único espejo que había sobrevivido. Por lo demás, era una cervecería como otra cualquiera, con sus bigotudos camareros que corrían entre las banquetas de felpa llevando bandejas con cangrejos de río y salchichas a la plancha. Todo tenía un aire perverso *fin de siècle*. Mientras, la nieve de febrero caía mansa en las calles de París y los taxistas procuraban defenderse del frío.

En cuanto a Lady Ángela Hope, era famosa en dos círculos muy diferentes; en el de la multitud nocturna de aristócratas y nuevos ricos, de todas las nacionalidades y de ninguna, que llenaban determinadas cervecerías y locales nocturnos; y otro, más oscuro quizá, que la seguía con igual interés, y quizá mayor entusiasmo. Su nombre surgió ya en una de las primeras charlas de Goldman, cuando éste sacó un expediente de la caja fuerte de Stefan Leib en Bruselas. Tanto el predecesor de Szara como Annique Schau-Wehrli habían sido «probados» por Lady Ángela, «conocida por tener contactos informales con los centros británicos de espionaje en París». Era tal como se la habían descrito, cuarentona, sexy, rica, mordaz, promiscua y, casi siempre, muy asequible; anfitriona e invitada infatigable que conocía a «todo el mundo». «Seguramente vas a conocerla —le dijo Goldman—, pero tiene las peores amistades. Mantente alejado de ella».

A pesar de Goldman.

Szara sonrió para sus adentros. Lástima que Goldman no pudiera verlo ahora, con la prohibida Lady Ángela apretándose a su lado. Bueno, pensó, es el destino. Tenía que suceder, y ha sucedido ahora. Sí, puede que hubiera algún tipo de alternativa, pero la única persona en su vida que entendía de alternativas, sabía dónde se ocultaban y cómo encontrarlas, se había ido.

Esa persona era Abramov, por supuesto. Y el 7 de febrero, en una pradera detrás del «Hôtel du Vaz», en Sion, Abramov había dimitido de su cargo. No sabía con exactitud cómo había sucedido; pero había estado atando cabos, y tenía una buena idea de qué podía haber sido.

Sospechaba que Abramov había intentado influir en Dershani con las fotografías tomadas en el jardín de la casa de Puteaux. El asunto no funcionó. A sabiendas de que sus días estaban contados, habían seguido el consejo que Szara le dio en la playa de Arhus y preparó la operación final: su propia desaparición. Dispuso la reunión del «Hôtel du Vaz», en Sion (propiedad, según dijeron a Szara aquella noche, de una empresa tapadera del departamento extranjero del NKVD), lo que le daba un motivo legítimo para salir de Moscú. Se inventó un agente suyo en Lausana que necesitaba sesenta mil francos *franceses*. Esto hacía que Goldman fuese el lógico tesorero en Bruselas, y el viaje de Szara a Sion el método adecuado de entrega. Con el dinero, Abramov pensó que podría empezar una nueva vida; la operación era sencilla y estaba bien montada, pero no funcionó.

¿Por qué? Szara veía dos razones: Kranov, de quien él sospechaba que era un espía del Directorio en la red OPAL, pudo haber alertado a las unidades de seguridad cuando advirtió que una mano desentrenada y vacilante había operado el telégrafo en Moscú. Cada operador tiene una firma característica, y era probable que Kranov, formado para ser sensible a cualquier cambio, hubiera reaccionado ante la torpe pulsación del mensaje de Abramov.

Aun así, Szara creía que Goldman era la posibilidad más interesante. Los chismorreos de la red decían que el *resident* se había visto involucrado en una operación de bribones —algo muy diferente de lo habitual en las actividades de la OPAL—, durante la cual una joven había sido raptada de una pensión en París. Y cuando Szara habló con Schau-Wehrli y le describió a los agentes que más tarde encontró aquella noche en el «Hôtel du Vaz» —sobre todo al que respondía al nombre de guerra de Dodin, un hombre corpulento, bajo y grueso, de manos rojas y rostro de carnicero—, ella tuvo una ligera reacción. Aunque luego hizo como si no supiera nada, pero él había visto una sombra en sus ojos, estaba seguro.

Por medio de Kranov o de Goldman —o quizá de los dos—, la Sección especial del Departamento Extranjero tomó cartas en el asunto: envió a Maltsaev a París para que vigilara a Szara cuando éste fuera a reunirse con Abramov y averiguara si era su cómplice, e incluso si iba a escapar con él. Szara cayó en la cuenta de que su instintivo rechazo ante la personalidad de Maltsaev le había llevado a responder de una manera neutral y fría a la punzante ofensiva del otro y eso, probablemente, era lo que le había salvado la vida.

Enterraron a Abramov al borde de la pradera, bajo las ramas cargadas de nieve de un abeto, removiendo el helado suelo con palas mientras sudaban bajo la fría luz de la luna. Fueron cuatro, además de Maltsaev; dejaron sus rifles de caza suizos apoyados en el tronco de un árbol cercano, se quitaron los abrigos y trabajaron con sus holgados trajes de lana, maldiciendo mientras cavaban. Esparcieron nieve sobre la tierra removida y regresaron al hotel vacío; hicieron fuego en la chimenea de la planta baja y charlaron y fumaron los «Belomor» de Maltsaev, sentados en las sillas de pino artesanales. Szara participó en todo, hizo su turno con la pala y cargó con el peso de Abramov cuando lo metieron en el hoyo. No tuvo elección, y durante un rato formó parte del grupo. Hablaron de lo que se podrían comprar en Ginebra antes de regresar a Kiev y de otras operaciones, algo en Lituania, algo en Suecia, aunque lo hacían con la cautela que la presencia de un extraño les imponía. La única ceremonia para Abramov fue una silenciosa plegaria de Szara, y éste tuvo buen cuidado de que sus labios no se movieran al pronunciarla. Pero ya en aquel momento, en la oscura pradera, él planeaba otros funerales.

Por la mañana temprano, en el andén de la estación del ferrocarril, mientras esperaba el tren de París, Maltsaev no tuvo reparos en hablarle claro.

—Lo normal en estos casos es darle el mismo viaje al cómplice, sea inocente o no. Pero, de momento, alguien cree que debes seguir vivo. Personalmente no estoy de acuerdo, en el fondo eres un traidor, pero hago lo que me mandan. Lo que ha sucedido es una buena lección para ti, Szara, piénsalo. Ser inteligente quizá no sea tan inteligente como tú crees. Fíjate donde ha terminado Abramov. La culpa es de sus padres: tenían que haberle hecho estudiar violín, como a los demás.

Llegó el tren. Maltsaev, después de una inclinación de cabeza y un gesto con la mano señalando la puerta del compartimiento, le dio la espalda y se alejó.

Mientras miraba a Voyschinkowsky a través de la mesa, y fingía escuchar la historia de la niñez de aquel hombre, Szara entendió, por primera vez, la

cadena de sucesos que habían acabado por conducirlo a la noche del 7 de febrero. Todo empezó con las relaciones amorosas entre Lötte Huber y Sénéschal y, a partir de ahí, había seguido como movido por el destino hasta la conclusión final. *Inevitable*, pensó. El champán le hacía ver claro; lo desvelaba, al contrario del vodka, que lo entumecía. Podría decirse, pensó, que la afición de un oficial nazi por la salsa roja de frambuesa había provocado, dos años más tarde, la muerte de un agente del espionaje ruso en una pradera suiza. Sacudió la cabeza para disipar sus pensamientos. *Recuerda*, se dijo a sí mismo, *estas cosas hay que hacerlas con el corazón frío*.

Voyschinkowsky hizo una pausa para tomar un largo sorbo de champán. «El León de la Bolsa» había alcanzado ya los sesenta; su rostro largo y apagado, estaba marcado por unos ojos enrojecidos crónicos y las bolsas oscuras bajo ellos de una larga vida de insomnes. Se decía que era uno de los hombres más ricos de París. Tenía un acento húngaro muy pronunciado y una profunda voz ronca.

—¿Qué se habrá hecho de ella? —le preguntó.

—Pero, Bibi —intervino Ginger Pudakis—, ¿hicisteis el amor?

—Sólo tenía doce años, querida mía.

—¿Y qué?

La boca de Voyschinkowsky se torció en un gesto de amargura.

—Le vi los senos.

—¿Y eso fue todo?

—Permíteme que te diga que un hombre como yo, que ha llevado una existencia variada y cosmopolita, nunca ha vuelto a vivir un momento como aquél.

—Oh, Bibi —suspiró ella—, ¡qué triste!

Lady Ángela acercó su boca al oído de Szara.

—Diga algo inteligente, ¿quiere?

—No es triste. Sino agridulce. Me parece una historia perfecta.

—Muy bien dicho —aprobó Roddy Fitzware.

Luego fueron a un local nocturno a ver el baile apache. Una joven bailarina, con la falda recogida y anudada alrededor de la cintura, resbaló sobre el pulido pavimento en dirección a los espectadores y dio, involuntariamente, con el afilado tacón de su zapato en el tobillo de Szara. Éste se sobresaltó y vio, a través del maquillaje negro y violeta, una ráfaga de horror en el rostro de la joven; luego, su compañero, vestido con la tradicional camisa de marinero, acudió junto a ella para llevársela. *Ahora me han herido*

en la línea del deber, pensó, y deben darme una medalla, pero no hay país que lo haga. Estaba muy borracho y se rió en voz alta de sus pensamientos.

—¿Lo han apuñalado? —preguntó serena Lady Ángela, con evidente alegría.

—Un poco. No ha sido nada.

—Qué hombre tan, pero tan agradable es usted.

—Ah.

—De verdad. La próxima semana, ¿vendría a cenar conmigo, un *tête-à-tête*?, ¿sí?

—Sería un honor, querida señora.

—Pueden suceder cosas misteriosas.

—Para eso vivo.

—Espero que venga.

—Acierta. ¿Habrá un violinista?

—¡Santo Dios, no!

—Entonces iré.

La cena fue en «Fouquet», en un comedor privado con cortinas de color verde oscuro. Querubines dorados pintados sonreían desde las esquinas del techo. Sirvieron dos vinos, langostinos con alcachofas y rodaballo. Lady Ángela Hope llevaba un vestido ceñido de resplandeciente seda roja y el cabello del color del latón bruñido, recogido hacia arriba, sujeto por dos mariposas de diamantes. Szara pensó que su presentación era ingeniosa: fascinante, seductora, pero absolutamente intocable; la culminación de la cena en privado era... que tenía que cenar en privado.

—¿Qué *debo* hacer con mi casita en Escocia? Tiene usted que aconsejarme.

—¿Hay algo que no va bien?

—Podría ir bien, podría ir mal. Este hombre horrible, un Mister *MacConnachie* si usted quiere, me escribe para decirme que la comisa del noroeste se ha deteriorado *por completo*, y...

Szara estaba decepcionado, hasta cierto punto. Además de que sentía curiosidad, al instinto callejero que conservaba de Odesa le hubiera complacido la conquista de una aristócrata inglesa en una sala privada de «Fouquet». Pero desde el principio había comprendido que aquella noche era para los negocios, no para el amor. Cuando mataban el tiempo con el café, una discreta llamada sonó en el marco de la puerta, a un lado de la cortina.

Lady Ángela se puso afectadamente los dedos en el centro del pecho con gesto afectado.

—¿Quién podrá ser?

—Su marido —respondió Szara con acritud.

Ella contuvo la risa.

—Hijo de puta —dijo en inglés.

Su tono aristocrático hizo de la palabra un poema, y Szara tuvo la impresión de que era el término más afectuoso de que ella era capaz, o, al menos, el único que podía dedicarle. A pesar de todo, la encontraba espléndida.

Roger Fitzware salió de detrás de la cortina. Su manera de moverse indicaba que ya no era el Roddy algo afeminado y terriblemente divertido que tanto adoraba la gente de la «Cervecería Heininger». De baja estatura y muy bello, con su cabello castaño rojizo caído sobre la noble frente, llevaba traje de etiqueta y fumaba un puro pequeño.

—¿Estoy *de trop*?

Szara se levantó y le estrechó la mano.

—Encantado de verle —fue su saludo en inglés.

—Mmm —fue toda la respuesta de Fitzware.

—¿Te quedas con nosotros? —preguntó Lady Ángela.

—¿Quieren que pida una silla? —dijo Fitzware para no ser... descortés.

—No hace falta —contestó Lady Ángela. Se levantó, rodeó la mesa y besó a Szara en la mejilla—. Un hombre muy muy agradable. Debe telefonarme... muy pronto.

Y desapareció tras la cortina.

Fitzware pidió coñac «Biscuit» y hablaron de cosas triviales durante un rato. Szara, estudioso de la técnica, vio con gran satisfacción profesional cómo se comportaba Fitzware; la gente del espionaje, con independencia de su origen, tiene mucho en común siempre, como los que coleccionan sellos o los que trabajan en un Banco. Pero la manera de enfocar las cosas, cuando llegó el momento, no le causó sorpresa, porque resultó ser la misma que los Servicios rusos preferían, crear un motivo aceptable y solicitar la traición al mismo tiempo.

Fitzware llevó la conversación como un consumado maestro.

La situación de los porteros en París —y hablando de eso era muy divertido: su casa de apartamentos sufría bajo la bota de un tirano feroz, un

vrai dragon, con sus ochenta años y una voluntad de hierro— condujo a la *situación política en París*, y aquí Fitzware reconoció implícitamente las preocupaciones de su interlocutor citando, con expresión severa, el lema que se veía escrito por todas las paredes y puentes, *Vaut mieux Hitler que Blum*, la preferencia fascista por los nazis y el rechazo a Léon Blum, el socialista judío que desde hacía un año presidía el Gobierno. Luego fue el momento de hablar de la *situación política en Francia*, seguida de inmediato por la *situación política en Europa*. Con eso, la mesa estaba puesta y sólo faltaba que se sirviera la comida.

—¿Cree usted que puede haber paz? —preguntó Fitzware. Sacó un purito, y ofreció otro a Szara. Éste lo rechazó y encendió un «Gitane».

—Por supuesto —contestó Szara—. Si la gente de buena voluntad está dispuesta a aunar esfuerzos.

Y eso fue suficiente.

Fitzware había enseñado su banderín de señales y Szara le había contestado. Fitzware dedicó un momento a girar la copa de coñac en su mano y después de aspirar el cigarro exhaló una larga bocanada de humo. Szara le concedió tiempo para que celebrara su victoria; para cualquiera del oficio, el reclutamiento era la gran victoria, quizá la única. Ahora ya se había acordado que ambos *trabajarían juntos por la paz*. ¿Y quién no? Los dos sabían con la misma seguridad de que cada día sale el sol, que habría guerra, pero eso se hallaba fuera de lugar.

—Los británicos estamos terriblemente confusos —dijo Fitzware, fiel a su papel—. Temo que no sepamos las verdaderas intenciones de la Unión Soviética con respecto a Polonia. O con respecto a los países bálticos o a Turquía. La situación es compleja, un polvorín a punto de estallar. ¿No sería tremendo que los ejércitos europeos se pusieran en marcha por un simple malentendido?

—Debería evitarse —aprobó Szara—. A toda costa. Usted cree que vamos a pagar, como en 1914, el precio de la ignorancia.

—Por desgracia, el mundo no aprende.

—No. Tiene usted razón. Parece que estamos condenados a repetir nuestros errores.

—A menos, claro es, que tuviéramos el conocimiento, la información, que permitiera que estas cosas las resolvieran los diplomáticos. En la Liga de las Naciones, por ejemplo.

—Ésa sería la solución ideal.

—Bien —dijo Fitzware radiante—. Opino que todavía hay una oportunidad, ¿no le parece?

—Sí, creo que sí. En cuanto a mí, la información crítica en este momento se refiere a lo que ocurre en Alemania. ¿Está usted de acuerdo en eso?

Fitzware no contestó de inmediato; se limitó a mirar como si estuviera hipnotizado. Se había dejado llevar por una falsa pista al suponer que la información de Szara se referiría a las operaciones soviéticas de espionaje, políticas o lo que fuera. Ahora tenía que cambiar de área por completo. Las ofertas de secretos soviéticos eran en muchos casos, provocaciones o cebos, intentos de enredar a un Servicio Secreto rival para engañarlo o para que revelaran sus propios recursos. Había que ir con pies de plomo en estos casos. Una oferta de secretos *alemanes*, viniendo de un ruso, debía de ser algo sólido. Fitzware se aclaró la garganta.

—Sin duda alguna.

—Para mí, la clave de una solución pacífica a las dificultades existentes pasaría por un conocimiento mutuo del armamento, en especial de los aviones de combate. ¿Qué opina al respecto?

Szara vislumbró en los ojos de Fitzware el brillo fugaz del júbilo, como si una voz gritara en su interior: «¡Bailaría desnudo sobre mi jodido pastel de cumpleaños!». Fitzware se permitió un civilizado gruñido.

—Hum, bien, sí por supuesto que estaría de acuerdo.

—Con discreción, Mr. Fitzware, es perfectamente posible.

Así contestaba a una pregunta no planteada: Fitzware no estaba en comunicación con la Unión Soviética, ni iba a meterse en el cerrado laberinto de las iniciativas diplomáticas que siguen al espionaje. Estaba en comunicación con André Szara, un periodista soviético que operaba por su cuenta. Ése era el significado de la palabra *discreción*. Fitzware reflexionó con cuidado; el asunto había llegado a un punto delicado.

—Condiciones —dijo escueto.

—Siento un gran temor por la cuestión palestina, en especial por la sesión de la Conferencia de Saint James.

El aire triunfante de Fitzware desapareció por completo. *Szara no podía haberle planteado un tema más espinoso.*

—Hay áreas más fáciles en las que trabajar —replicó.

Szara inclinó la cabeza con el fin de dar tiempo a Fitzware para que se recuperara.

—¿Puede ser más específico? —dijo Fitzware por fin.

—Certificados de emigración.

—¿Auténticos?

—Sí.

—Por encima del límite legal, supongo.

—Por supuesto.

—Y, ¿a cambio?

—Determinación de la producción mensual de bombarderos del Reich. Basada en la fabricación total de cables de estampación en seco que se emplean para ciertos controles no electrónicos de los aviones.

—Mis jefes querrán saber la razón por la que usted asegura «total».

—Mis jefes creen que es así. Son, con independencia de lo que uno pueda pensar, unos jefes competentes, muy *efectivos*.

Fitzware suspiró, mostrándose de acuerdo.

—Supongo, querido amigo, que no querrá algo más simple a cambio..., dinero, por ejemplo.

—No.

—Otro coñac entonces.

—Encantado.

—Todavía queda mucho por hacer, y no puedo prometerle nada de momento. Como es costumbre, ya me comprende.

Fitzware apretó el botón de la pared para llamar al camarero.

—Lo comprendo perfectamente... —dijo Szara. Hizo una pausa para terminar su coñac—. Pero debe saber que el tiempo es muy importante para nosotros. La gente se está muriendo. El Reino Unido necesita amigos, tenemos que hacer que esto funcione de alguna manera. Si ustedes salvan vidas de los nuestros, nosotros salvaremos vidas de los suyos. Seguro que eso es la paz del mundo, o algo malditamente parecido.

—Bastante parecido —dijo Fitzware.

El tiempo variable y desapacible de principios de marzo fue testigo de la seria negociación entre Szara y Fitzware. «Llámelo como quiera —diría más tarde Szara a De Montfried—, pero aquello fue un regateo burdo». Fitzware tocó todas las melodías tradicionales: que los jefes de Szara querían algo por nada; que los mandarines de Whitehall^[15] eran un puñado de locos, incapaces de ver nada; que él, Fitzware, estaba por completo del lado de Szara, pero que abrirse camino entre la maleza burocrática era algo increíblemente frustrante.

Buena parte de la negociación tuvo lugar en la cervecería «Heininger». Fitzware se sentaba con Lady Ángela, Voyschinkowsky y toda la pandilla.

Alguna vez, Szara se les unía; otras, se iba a cenar con alguna de las chicas del café. Se encontraba con Fitzware en el servicio de caballeros, donde susurraban de prisa los tiras y aflojas, o se salían un rato a la acera para respirar un poco de aire fresco. Una o dos veces charlaron en un rincón durante las reuniones sociales que se organizaban en los apartamentos de los demás del grupo. En este tiempo, Szara se dio cuenta que ser judío dificultaba el regateo. Fitzware se mostró siempre correcto, pero hubo momentos en que a Szara le pareció vislumbrar de la clásica actitud en el otro algo: ¿por qué sois gente tan difícil, tan avara, tan testaruda?

Y, por supuesto, los jefes de Fitzware trataron de hacer con Szara lo mismo que el Directorio había hecho con el doctor Julius Baumann. Querían saber con quién estaban tratando en realidad, necesitaban tener una idea del proceso, ¿de dónde viene la información? Más, denos más (Y ¿por qué sois gente tan avara?).

Pero Szara fue como una roca. Sonreía a Fitzware con tolerancia, a sabiendas de que el inglés iba de pesca, en busca de más información; su sonrisa decía *somos del mismo gremio, amigo mío*. Por fin, Szara hizo una digresión: esta negociación no es nada, admitió quejoso ante Fitzware, si se compara con los tratos con los franceses, que tienen a sus propias comunidades judías en Beirut y Damasco. Aquello pareció dar resultado. Nada como un rival, en el amor y en los negocios, para estimular el deseo.

Hicieron el trato y se estrecharon las manos.

Las cifras de Baumann, desde el 1 de enero de 1937 hasta febrero de 1939, supusieron un pago inicial de quinientos certificados de emigración, cifra superior a los doscientos ofrecidos por Fitzware, pero inferior a los setecientos solicitados por Szara. Ciento setenta y cinco certificados al mes fue lo estipulado a cambio de la información que se entregara a partir de entonces. El Libro Blanco permitiría setenta y cinco mil entradas legales hasta 1944, quince mil al año, mil doscientas cincuenta al mes. La entrega de información alemana de Szara permitiría aumentar esa cantidad en un catorce por ciento. *Así viven las matemáticas de los judíos*, pensó.

A pesar de que una y otra vez se repitió que debía llevar esa operación con la cabeza fría, no exagerar su pequeña victoria, pensara lo que pensase de ella, no pudo evitar que sus visitas al estanco de la esquina fueran mucho más frecuentes, que los ceniceros rebosaran, que tuviera que llevar más botellas vacías al cubo de la basura del patio, que su factura del bar subiera de golpe, que tomara aspirinas y que necesitara echarse litros de agua en los ojos al levantarse por la mañana.

Había demasiadas cosas en qué pensar: una, en el invisible servicio de contraespionaje soviético, que servía para evitar que personas como él hicieran precisamente lo que estaba haciendo; otra, en el posible chantaje, que apareció el día en que Fitzware quiso saber cómo operaban los soviéticos en París y amenazó con denunciarlo si rehusaba cooperar; una tercera, en la gran probabilidad de que la información de Baumann fuera, de hecho, facilitada por el Servicio de Inteligencia del Ministerio de Exteriores del Reich, y estuviera intoxicando los cálculos británicos sobre el armamento alemán. ¿Qué sabrían ellos por otras fuentes?, se preguntó. Se enteró antes de lo que esperaba.

Durante esa época, Szara encontró consuelo en los lugares más insospechados. Descubrió que Marzo tenía un buen clima para el espionaje. Algo relacionado con los cielos grises surcados de veloces nubes o las lluvias primaverales golpeando en su ventana debió de infundirle valor, quizá porque un clima turbulento no deja tiempo para pensar en otras cosas. Los partidos políticos de la derecha y de la izquierda salían cada día a los bulevares, gritaban sus consignas, ondeando sus banderas, y los periódicos parecían frenéticos con sus gruesos titulares negros de cada mañana. Los parisienses tenían una cierta expresión en el rostro: labios apretados, cabeza algo inclinada hacia un lado, cejas enarcadas. Querían decir, *¿dónde nos lleva todo esto?* e implicaba, *a nada bueno*. Eso se notaba a cada momento, en aquella primavera de 1939 en París.

Entretanto, De Montfried se había autonombrado agente encargado oficial. No era un Abramov, ni tampoco un Bloch; pero tenía una larga experiencia en los negocios y creyó que sabía por instinto, cómo debía comportarse un agente secreto. Esto dio lugar a momentos extraordinarios en la silenciosa biblioteca de temas ferroviarios del Club Renaissance. De Montfried ofreciéndole dinero —«Por favor, no sea excéntrico con estas cosas; es sólo un medio para un fin»— que Szara no quería tomar. De Montfried en el papel de madre judía, abrumando con emparedados de pescado ahumado a un hombre que apenas podía mirar una taza de café. De Montfried con un paquete con quinientos certificados de emigración en sus manos, haciéndose el estoico con lágrimas de placer en los ojos. Nada de eso importaba. Los días de Abramov y Bloch no volverían; Szara había estado dirigiendo las operaciones de OPAL demasiado tiempo como para no saber qué hacer con sus propios asuntos, ahora que se había presentado la ocasión. Esto incluía no querer conocer demasiados detalles que no fueran de su directa incumbencia.

Pero De Montfried dijo lo suficiente para que la imaginación de Szara pusiera el resto. Pudo verlos, quizás un cirujano oftalmólogo de Leipzig con su familia o un viejo rabino vacilante de la comunidad hasid berlina; y también cuando subían al barco, y luego, cuando veían desaparecer la costa alemana en el horizonte. La vida para ellos sería difícil, más que difícil, en Palestina. Quizá lo que los camisas pardas nazis habían empezado, lo terminarían las bandas de comandos árabes; pero, por lo menos, tenían una oportunidad, y eso era mejor que la desesperanza.

Los agentes británicos le proporcionaron toda la parafernalia acostumbrada: un hombre en clave, CURATE, una señal para citas de emergencia —la misma llamada telefónica de «número equivocado» que algunas veces usaron los rusos— y un contacto con el nombre de Evans en clave. Era un hombre delgado, de unos sesenta años, por su parte casi segura un oficial retirado del Ejército, muy posiblemente del servicio colonial; vestía con trajes azules a rayas y llevaba un paraguas plegado; un elegante y pequeño bigote cuidado y el cuerpo erguido siempre como una vela. Los contactos se hacían por la tarde, en los grandes cines cercanos a los Campos Elíseos: en silencio intercambiaban ejemplares doblados de *Le Temps* que se colocaban en el asiento vacío entre Szara y su contacto británico.

En silencio, salvo en una ocasión, una sola frase, pronunciada por Evans a través del asiento vacío, y convenientemente amortiguada por el zapateo de un grupo de bailarines de Busby Berkeley en la pantalla.

—Nuestro amigo quiere que sepa que las cifras que usted le dio han sido confirmadas, y que le está agradecido.

Nunca más volvió a oír la voz de Evans.

¿Confirmadas?

Eso quería decir que Baumann estaba diciendo la verdad; su información había sido autenticada por otras fuentes que informaban a los servicios de Inteligencia británicos. Y eso quería decir..., ¿qué? ¿Que el doctor Baumann había traicionado una operación *funkspiele* de los alemanes, por su cuenta y riesgo y porque sí? ¿Que el jefe de Marta Haecht se equivocó y no era Von Polanyi el que estuvo almorzando con Baumann en el «Kaiserhof»? Szara podía seguir haciéndose infinidad de preguntas; del mensaje de Fitzware llegarían a deducirse multitud de conjeturas. Pero no había tiempo para eso.

Szara tuvo que apresurarse para regresar a su apartamento, escondió ciento setenta y cinco certificados debajo de la alfombra, a la espera de poder

entregarlos aquella noche a De Montfried; tuvo una reunión en el Marais, en el distrito Tercero, a las cinco de la tarde; luego se dirigió hacia la Place d'Italie para una *treff* con Valais, el nuevo jefe de grupo de la red SILO, poco después de las siete.

La reunión del Marais tuvo lugar en un pequeño hotel, en una habitación oscura donde había una mesa cubierta de un tapete grasiento. Una semana antes, habían ofrecido a Szara su propio certificado de emigración a Palestina.

—Es la puerta de escape para salir de Europa —le dijo De Montfried—. Puede llegar un momento en que usted no tenga otra elección.

Szara había rehusado, cortés pero firme. Sin duda, había alguna razón para que hiciera eso, pero no quiso darla. Lo que sí pidió a De Montfried fue una segunda identidad, una buena, con un pasaporte válido que pudiera enseñar en cualquier frontera que quisiera cruzar. Su intención no era escapar sino, simplemente, como cualquier depredador eficiente, ampliar su radio de acción. De Montfried, cuyos favores Szara nunca aceptó, sintió la alegría de poder ayudarle.

—Nuestro zapatero remendón —dijo usando la jerga para referirse al falsificador— es el mejor de Europa. Y ya me ocuparé de que se le pague: eso no debe discutírmelo siquiera.

El remendón no tenía nombre; un hombre gordo, grasiento, con finos rizos cepillados hacia atrás desde una fuente despejada. Llevaba una camisa blanca manchada, abotonada en las mangas y daba vueltas lentamente por la habitación, mientras le hablaba con un francés cuyo acento Szara no supo localizar, quizás algún lugar de Centroeuropa.

—¿Ha traído usted una fotografía?

Szara le alargó cuatro fotos de pasaporte que se había hecho en un estudio. El remendón chasqueó la lengua, eligió una y le devolvió las restantes.

—Yo no guardo archivos. Para eso tendría usted que ir a la «bofia». —Mantenía un pasaporte francés entre el grueso dedo índice y el pulgar—. Esto, *esto*, no lo ve usted todos los días. —Se sentó y puso el pasaporte abierto sobre la mesa; empezó a quitar la fotografía ayudándose de una esponja mojada en un disolvente químico. Cuando la tuvo arrancada se la dio, todavía húmeda, a Szara—. Jean Bonotte —dijo.

El hombre que le devolvía la mirada desde la foto era vanidoso, con unos ojos oscuros que captaban la luz. Tenía barba de diablo, que empezaba en las estrechas patillas, bajaba bordeando la mandíbula y luego subía para unirse al

bigote, el tipo de barba, muy recortada, que es necesario recortar a diario con las tijeras.

—Parece majo, ¿no?

—Sí.

—No tan majo como él se creía.

—¿Italiano?

El remendón se encogió de hombros en un elocuente gesto.

—Nacido en Marsella. Cualquiera sabe. Pero ciudadano francés. Eso es lo importante. Viniendo de por allí abajo, siempre se puede decir que se es italiano o corso o libanés. Por allí se es de donde se dice.

—¿Por qué es tan bueno el pasaporte?

—Porque es real. Porque Monsieur Bonotte no llamará la atención de la Guardia Civil española en el momento en que usted baje del transbordador en Algeciras. Porque Monsieur Bonotte no volverá a llamar la atención de nadie, como no sea la del diablo, pero la Policía no sabe nada de eso. Legalmente está vivo. Este documento es legal, de una persona viva. ¿Entiende?

—Pero está muerto.

—Del todo. De qué sirve hablar de esto. Esté seguro de que nos ha dejado, y ningún campesino francés lo va a desenterrar. Por eso digo que es tan bueno el pasaporte.

El remendón recuperó la fotografía, le prendió una esquina con una cerilla y contempló cómo la llama azul y verde consumía el papel antes de dejarlo caer en un plato.

—Nacido en 1902. O sea, treinta y siete años. ¿Le va bien? Cuanto menos tenga usted que cambiar, mucho mejor.

—¿Qué le parece a usted? —preguntó Szara.

El remendón echó un poco la cabeza hacia atrás, debía de padecer hipermetropía, y se lo quedó mirando.

—Seguro. ¿Por qué no? La vida es dura algunas veces y eso se nota en el rostro.

—Entonces déjelo como está.

El remendón empezó a pegar la fotografía al papel. Cuando hubo acabado, se fue hasta un escritorio y volvió con un estampador, una máquina de franquear que impresiona en el papel las letras en relieve.

—Esto es auténtico —dijo con orgullo.

Colocó la máquina sobre el ángulo preciso de la foto y luego deslizó un trozo de cartón encima de la parte de la página ya grabada. Presionó con fuerza durante unos segundos y luego retiró el estampador.

—Esto es para impedir que se falsifique —explicó sin apenas una sonrisa. Devolvió el estampador al escritorio y cogió un sello de goma, un tampón, una pluma y un pequeño tintero de tinta verde—. Tinta del Gobierno —explicó—. Para ellos es gratis; para mí, demasiado cara. —Se concentró en su tarea y puso el sello con firmeza en un lado de la página—. Se lo estoy renovando. —Mojó la pluma en el tintero y firmó en el lugar señalado por el sello de goma—. El prefecto Cormier en persona —dijo. Aplicó un papel secante sobre la firma, la miró con ojo crítico y sopló para asegurarse de que la tinta estaba seca. Entregó el pasaporte a Szara—. Ahora le he convertido en ciudadano francés, si no lo es ya.

Szara ojeó, una a una, las páginas del pasaporte. Estaba bastante usado, con varias entradas registradas en Francia y visitas a Tánger, Orán, Estambul, Bucarest, Sofía y Atenas. El domicilio de Bonotte era la rue Paradis, en Marsella. Comprobó la nueva fecha de expiración, marzo de 1942.

—Cuando le toque renovarlo, sólo tiene que dirigirse a cualquier comisaría de Policía en Francia y decir que ha estado viviendo en el extranjero. Una Embajada francesa en un país extranjero, sería mucho mejor. ¿Conoce al hombre que le ha enviado a usted aquí?

—No —contestó Szara. Sabía que De Montfried no habría hecho directamente el contacto.

—Da lo mismo —dijo el remendón—. Usted es un caballero, diría yo. ¿Está contento?

—Sí.

—Úselo con salud. Si yo fuese usted, me sacaría una *carie d'identité*, diga que la ha perdido, y la tarjeta de sanidad y todo lo demás, pero eso depende de usted. Oh, no eche mano al bolsillo, todo está arreglado.

Eran más de las seis cuando salió del hotel. El andén del Metro de St.-Paul estaba abarrotado de gente. Tuvo que abrirse paso a empujones cuando el tren llegó; una vez dentro, con las apreturas, se vio aplastado contra la espalda de una joven que, por su manera de vestir, debía de ser administrativa o secretaria. Cuando el tren se puso en marcha, ella dijo algo desagradable que Szara no captó bien, pero recibió el aliento de olor a salchicha, que seguro había comido en el almuerzo. Delante de sus ojos estaba el sitio del cuello que la muchacha había olvidado empolvase. Le pidió excusas, y ella le contestó con una jerga que no entendió. Cuando la muchedumbre de la

estación del Hôtel-de-Ville se agitó y empujó para entrar, Szara se vio aún más apretado contra ella.

—Pronto estaremos casados —le dijo, en un vano intento de aliviar la situación. Ella no encontró divertido el comentario y desvió la mirada con gesto de ignorarlo.

Después de hacer un transbordo, llegó a su parada, Sèvres-Babylone, ascendió la rue du Cherche-Midi a la carrera y subió a su apartamento. Aunque tenía el tiempo muy justo, no podía ir al encuentro de Valais con un segundo pasaporte en el bolsillo. La portera le dio las buenas noches a través del ventanillo mientras él pasaba a toda prisa hacia la puerta del oscuro patio. Subió a zancadas los tres tramos de escalera, dejó la puerta abierta con la llave puesta en la cerradura, escondió el pasaporte de Bonotte bajo la alfombra, junto a los certificados, y regresó a la escalera. La portera levantó un ceja cuando lo vio pasar tan ligero, apenas molesta y sorprendida; aunque, por lo general, no aprobaba aquellas prisas.

Regresó a la estación de Sèvres, después de sortear a su paso amas de casa que volvían del mercado y de haber tropezado con la correa de un perro tendida entre un caballero aristócrata y su galgo italiano, invadiendo la acera.

El Metro iba aún peor cuando eran cerca de las siete. A Valais se le tenía prohibido esperarlo durante más de diez minutos; si él se retrasaba, tenían que acudir a la cita de seguridad del día siguiente. El primer tren que paró mostró una impenetrable muralla de abrigos oscuros al abrirse la puerta, pero se las arregló para entrar en el siguiente. Después de un transbordo en Montparnasse, sin apenas tiempo para asegurarse de que no lo seguían, salió de la estación un minuto después de las siete, dobló la primera esquina a la carrera, y después deshizo el camino andado. Era una maniobra muy burda, pero lo único que podía hacer en el escaso margen de tiempo que le quedaba.

Treinta segundos antes del límite entró en la tienda de ropas femeninas — largas hileras de vestidos baratos y una atmósfera cargada de perfume—, justo al lado de la Place d'Italie. La propietaria de la tienda era la novia de Valais, una mujer bajita y frescachona, con el cabello rizado a la permanente, teñido de alheña y labios pintados de color carmesí. Szara no podía imaginar qué atracción existía entre una mujer así y Valais, un abogado contemplativo y fumador de pipa. Ella tenía unos pocos años más que él, y era dura como el acero. Szara iba sin aliento cuando entró, en la trastienda. La cortina del vestidor estaba descorrida, y vio a una mujer que, en bragas, trataba de meterse en un vestido color verde guisante que no lograba hacer pasar de la cabeza y de los hombros.

Valais lo esperaba en un pequeño obrador donde se hacían los arreglos. Cuando Szara entró estaba a punto de marcharse, ya tenía el abrigo abotonado y los guantes puestos. Levantó la mirada de su reloj, apretó la pipa entre los dientes y le estrechó la mano. Szara se dejó caer en una silla delante de una máquina de coser, y apoyó los pies en el pedal.

Valais se entregó a una larga, detallada y cuidadosa descripción de su actividad durante los anteriores diez días. Szara quiso prestarle atención, pero su mente volvía a lo que Evans le había dicho en el cine aquella tarde; luego se encontró pensando en la mujer de la que tan cerca había estado en el Metro. ¿Había sido ella la que se había apretado contra él? No, creía que no.

—Y luego está lo de LICHEN —continuó Valais, mientras esperaba una respuesta de Szara.

¿Quién diablos es LICHEN? Szara pasó por un momento terrible, con la mente en blanco. Al final lo recordó: la joven prostituta vasca, Hèlene Cauxa, casi inactiva durante los dos últimos años; pero que, a pesar de ello, cobraba su estipendio cada mes.

—¿Qué hace ahora? —preguntó Szara.

Valais puso una cartera de negocios negra sobre el soporte de la máquina de coser.

—Ella..., ah, estuvo con un señor alemán en el bar de cierto hotel al que va algunas veces a tomar una copa. Él le hizo una proposición, que ella aceptó. Se fueron a un hotel más barato, allí cerca, donde suele llevar a sus clientes. El alemán olvidó su cartera, y ella me la ha traído.

Szara la abrió. Estaba llena de libritos del tamaño de un folleto, casi doscientos, atados con una cuerda. Cosido con clip en la cubierta del que estaba encima había un papel donde aparecía la palabra WEISS escrita a lápiz. Sacó uno de los libritos del fajo y lo abrió. En el lado izquierdo de la página había frases en alemán, a la derecha, las mismas frases en polaco:

¿Dónde está el alcalde (el jefe) del pueblo?

Dígame el nombre del Jefe de Policía.

¿Es agua potable la de este pozo?

¿Han venido soldados por aquí hoy?

¡Manos arriba o disparo!

¡Rendíos!

—Pidió más dinero —añadió Valais.

La mano de Szara se dirigió a su bolsillo en un gesto automático. Valais le dijo cuánto y Szara lo contó, diciendo para sus adentros que tendría que recordar después cuánto había sido y olvidarlo de inmediato.

—WEISS debe de ser el nombre de la operación —dijo a Valais—. Significa «blanco».

—La invasión de Polonia —aventuró Valais. Chupó la pipa haciendo ruido y una nube de humo se elevó hasta el techo del obrador. De la parte delantera les llegó el timbrazo de la caja registradora. ¿Habría comprado la mujer en bragas el vestido verde guisante?

—Sí —repuso Szara—. Esto está destinado a los oficiales de la Wehrmacht que serán trasladados desde sus agregadurías en París, aunque son unos pocos en cualquier caso, de vuelta a sus unidades en Alemania antes del ataque. También para la Abwehr, el Servicio de Inteligencia militar. Aun así, siguen siendo pocos. Quizás estén destinados a otras ciudades, además de París.

—Más penalidades para los polacos —dijo Valais—. Y eso pone a Hitler en la frontera con la Unión Soviética.

—Si tiene éxito —replicó Szara—. No menosprecies a los polacos. Además, Francia y el Reino Unido han garantizado la frontera polaca. Si los alemanes no se andan con cuidado, pueden arrastrar a todo el mundo, como en 1914.

—Están demasiado confiados —suspiró Valais—. Tienen una fe inquebrantable en ellos mismos. —Fumó un rato su pipa—. ¿Has leído a Salustio, el historiador romano? Habla con verdadero temor de las tribus germánicas. Cuenta que, en invierno, los fineses buscan el tronco hueco de un árbol para dormir, pero los germanos se acuestan totalmente desnudos en la nieve. —Sacudió la cabeza al pensarlo—. Yo soy oficial de la reserva, no sé si usted lo sabe. En una unidad de Artillería.

Szara encendió un cigarrillo y maldijo en polaco: *psia krew*, sangre de perros. Ahora, todo se iba derecho al infierno.

De nuevo en el Metro, ahora con la cartera. Otra vez subiendo las escaleras del edificio en la calle du Cherche-Midi. Cuando se miraba al espejo y se peinaba el cabello hacia atrás con los dedos, descubrió una mancha blanca de yeso en la hombrera de su gabardina, se habría rozado contra una pared en algún sitio. Comenzó a cepillarla, pero sin éxito. Puso la cartera en el fondo del armario y se marchó. Se encontraba ya a mitad de la escalera

cuando se volvió y subió de nuevo. Entró en el apartamento, recogió el montón de certificados de emigración que tenía debajo de la alfombra y los metió en su propia cartera antes de salir por segunda vez.

Las calles estaban llenas de gente: parejas que iban a cenar fuera, personas que regresaban del trabajo. El viento era muy fuerte y hacía remolinos de polvo y papeles. La gente se sujetaba los sombreros y tenía un gesto crispado en el rostro; oleadas de nubes de color ocre se deslizaban por el cielo nocturno. Tenía que ir en Metro hasta Concorde, y luego tomar la línea de Neuilly. Desde allí caminaría una media hora hasta encontrar un taxi. Era casi seguro que llovería. Había dejado el paraguas en el armario. Llegaría tarde al Club Renaissance, con el aspecto de una rata ahogada, y la mancha de yeso en el hombro. Agarró con fuerza la cartera con sus ciento setenta y cinco certificados dentro. ¿Se había apretado la chica contra él? ¿Un poco?

Cuando Szara entró en la biblioteca, De Montfried leía un periódico. Levantó la mirada. Su rostro estaba rojo de ira.

—Va a marchar contra Polonia —dijo—. ¿Sabe usted lo que eso significa?

—Creo que sí.

Szara se sentó sin esperar a ser invitado. De Montfried dobló el periódico con gesto solemne y se quitó las gafas de leer. A la media luz de la pequeña sala, sus ojos tenían el color del lodo.

—Tanto alboroto y delirio por la *pobre y sufrida* minoría alemana de Danzig. Eso es lo que significa.

—Lo sé.

—Dios mío, los judíos de Polonia viven en el siglo IX. ¿No lo sabía usted? Son..., cuando el hasid oye hablar de la posible invasión, se pone a bailar de contento: mientras peor sea la situación más seguro está de la llegada inminente del Mesías. Entretanto, la cosa ha empezado ya, los mismos polacos han empezado ya. Todavía no hay pogroms, pero sí palos y cuchillos; las pandillas andan incontroladas por Varsovia.

De Montfried calló y miró airado a Szara. Su rostro mostraba dolor; pero, al mismo tiempo, tenía la expresión del hombre importante con derecho a pedir explicaciones.

—Yo he nacido en Polonia —dijo Szara—. Sé como es aquello.

—Pero ¿por qué está vivo ese hombre, ese Adolfo Hitler? ¿Cómo se puede permitir que viva?

Dejó el periódico doblado sobre una mesita de marquetería. La hora de la cena en el club se acercaba y Szara pudo oler el asado de buey.

—Lo ignoro.

—¿No se puede hacer nada?

Szara no contestó.

—Una organización como la de ustedes, tan capaz, con tantos recursos... No puedo entenderlo.

Szara abrió la cartera y entregó el paquete de certificados a De Montfried, el cual los cogió con mirada ausente.

—Tengo otro compromiso —dijo Szara con la mayor amabilidad posible.

—Perdóneme. —De Montfried sacudió la cabeza como para aclarársela —. Siento esto como una enfermedad. No puedo evitarlo.

—Lo entiendo —dijo Szara, y se levantó para irse.

Vuelta a la rue du Cherche-Midi. Cambio de carteras. Szara se hundió en la ventosa noche y se encaminó despacio a la casa de la rue Delesseux. Pensó que el Directorio querría tener los folletos en sus manos y tendrían que enviarlos a Moscú con un correo especial. Pero creía que lo mejor era transmitir el contenido del texto y el nombre codificado WEISS lo antes posible. Empezó a cambiar de líneas de Metro; en esa ocasión observó todas las medidas de seguridad. No había línea directa a la rue Delesseux. En la estación de la Chappelle había una pelea. Quizá entre fascistas y comunistas, no lo sabía. Una multitud de trabajadores, todos con gorras, entremezclados, algunos caídos en el suelo con el rostro ensangrentado, dos sujetaban a otro contra la pared mientras un tercero lo golpeaba. El conductor no detuvo el tren, que pasó lentamente a lo largo de la estación mientras los pasajeros miraban por las ventanillas. Los gritos y las maldiciones se oían por encima del ruido producido por el tren; uno de los obreros fue arrojado contra el vagón en marcha y se dio un fuerte golpe; los pasajeros lo vieron y algunos se alarmaron y gritaron. Luego, el tren se perdió en la oscuridad del túnel.

Schau-Wehrli estaba trabajando en la rue Delesseux. Szara le entregó un folleto y permaneció en silencio mientras ella lo repasaba.

—Sí —dijo pensativa—, todo apunta a lo mismo. Mis comisarios en Berlín, que trabajan en los ferrocarriles alemanes, piensan igual. Han oído

comentar que se han pedido análisis de las líneas que van a la frontera polaca. Eso quiere decir trenes con tropas.

—¿Cuándo?

—Nadie lo sabe.

—¿No será un farol?

—No, no lo creo. Lo fue con los checos, pero no ahora. La producción industrial alemana está cumpliendo con sus objetivos, la maquinaria de guerra se encuentra a punto.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Sólo Stalin lo sabe, y a mí no me lo cuenta.

Ya pasaba bastante de la medianoche cuando Szara llegó por fin a su casa. No había podido comer en ningún sitio; pero hacía tiempo que el apetito lo había abandonado, sustituido por los cigarrillos y la adrenalina. Sólo tenía frío, y se sentía sucio y agotado. Había una bañera de cinc en la cocina; abrió el grifo del agua caliente para ver si quedaba alguna. Sí, aquella noche había alguna cosa buena en el mundo, un baño, e iba a dárselo. Se quitó la ropa y la tiró sobre una silla, se sirvió un vaso de vino tinto y buscó en la radio hasta encontrar algo de jazz americano. Cuando la bañera estuvo hasta casi el borde de agua, se metió en ella y se apoyó en la espalda, bebió un poco de vino, dejó el vaso en la parte ancha del borde y cerró los ojos.

Pobre De Montfried, pensó. Tanto dinero y qué poco podía hacer, por lo menos así era como lo veía. Casi lo había humillado en la biblioteca; estaban tan furioso que los certificados, conseguidos a un precio que él no podía imaginarse, parecía como si no les diese importancia. ¡Oh, los ricos! ¿Habría alguna chica disponible en el café todavía? No, era muy tarde. Había una a la que podría telefonar, muy comprensiva, decía que le gustaban *las aventuras nocturnas*. No, pensó, mejor dormiré un poco. Se interrumpió la música y la voz de un hombre anunció las noticias. Szara quiso alcanzar la radio con el brazo extendido, chorreando agua sobre el suelo de la cocina, pero el aparato se encontraba demasiado lejos. Así que tuvo que oír que los mineros estaban en huelga en Lille, que el ministro de Economía había rechazado todas las acusaciones, que la niña desaparecida en los Vosgos había sido hallada, que Madrid seguía resistiendo, con las facciones luchando en cada lado de la ciudad sitiada. Stalin había pronunciado un importante discurso político y había calificado la actual crisis de «Segunda Guerra Imperialista». Había asegurado que «no permitiría que la Rusia Soviética fuese arrastrada al

conflicto por los agitadores de la guerra, acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego», y atacó a las naciones que querían «encender la ira de los soviéticos contra los alemanes, envenenar la atmósfera y provocar un conflicto con Alemania sin razón aparente».

Luego volvió la música, saxofones y trompetas desde algún lugar de baile, en Long Island. Szara reposó la cabeza en el borde de la bañera y cerró los ojos. Stalin pretendía que el Reino Unido y Francia estaban conspirando contra él, maniobrando para que combatiera contra Hitler mientras ambos países esperaban para luego echarse encima del vencedor, debilitado. Quizá fuese así. Los que mandan en esos países son aristócratas, intelectuales y ministros graduados en las mejores Universidades. Stalin y Hitler eran la espuma de las cloacas de Europa, que flotaban en la superficie. Bien fuera como fuese, habría guerra. Y a él lo matarían. Lo mismo que a Marta Haecht. Y a los Baumann, a Kranov, a los agentes que lo sacaron de Wittenau la Noche de los Cristales, a Valais, a Schau-Wehrli, a Goldman y a Nadia Tscheroova. A todos ellos. El agua se enfriaba con demasiada rapidez. Sacó el tapón del desagüe y dejó que la bañera se vaciase un poco, luego abrió el grifo del agua caliente y se tendió boca arriba.

En Londres, en la cuarta planta del 54 de Broadway —supuesta sede de la «Minimaz Fire Extinguisher Company»—, los agentes del MI6 analizaban el producto CURATE, lo comparaban con la información procedente de otras fuentes, luego lo enviaban a los expertos en espionaje en pequeñas oficinas distribuidas por toda la ciudad. Viajaba en coche y en bicicleta, por mensajero o por tubo neumático, a veces bajaba a largos y húmedos pasillos, en ocasiones entraba en salas decoradas y calentadas con fuegos de troncos. El producto llegaba recomendado. La confirmación de los datos de la manufactura de cables por Alemania se facilitaba de un manera independiente, y más adelante, el número de bombarderos producidos se obtenía de los pedidos de las fábricas, en el mismo Reino Unido, por la tecnología de no interferencia que protegía las bujías de aviación, y por ingenieros y hombres de negocios que tenían contratos legítimos con la industria alemana. El material llegaba, por ejemplo, al Centro de Espionaje Industrial, que desempeñaba un papel clave en los análisis de la capacidad alemana para mantener una guerra. El centro había alcanzado una gran importancia y estaba relacionado con el Subcomité de Planes Conjuntos, el

Subcomité de Inteligencia conjunta, el Subcomité de Presión sobre Alemania y el Comité de Objetivos Aéreos.

La historia de CURATE llegó mucho más arriba, algunas veces de manera extraoficial, y entró en los recintos de Whitehall y del Foreign Office, y desde allí, se extendió por todas partes. Siempre había alguien más que había oído hablar de aquello; el conocimiento era poder, y a la gente le gustaba que se supiera que tenía información secreta, porque eso hacía que parecieran importantes; información *secreta*, pero no secreta para ellos. Simultáneamente, en lugares muy distintos de los Servicios, en los despachos que se ocupaban de los asuntos coloniales, fue como si les hubiera picado un enjambre de avispas cuando los tipos del espionaje aparecieran metiendo las narices en su territorio. El Mandato Británico de Palestina era su dominio y —por amor a los árabes, por amor a los judíos o por odio a los dos grupos— el alboroto que armaron los certificados de emigración legítimos fue feroz y sangriento. Y se discutió.

Así que la gente tuvo que saber algo de ese CURATE; un ruso en París que alimentaba con aquel extraño bocado al león británico a cambio de que apartara un poco su zarpa. Y algunos de los que estaban al tanto se indignaron en privado. Para empezar, la pasión de sus corazones ardía en otra dirección. Cuando se graduaron en Cambridge, se entregaron por entero a los hombres idealistas y progresistas, a los hombres de buena voluntad y conciencia del Kremlin. Quién hizo el trabajo exactamente, es difícil de decir —Anthony Blunt o Guy Burgess, Donald MacLean o H. A. R. Philby, u otros desconocidos; todos ellos participaron en los intercambios de información de las burocracias diplomáticas y del espionaje—; pero uno de ellos, o varios, pensó que lo mejor era contárselo a alguien, y no dejó de hacerlo. Una charla durante una cena en un club privado o un mensaje en el buzón ciego de la tapia de un cementerio. El caso fue que el nombre en clave CURATE y los perfiles de lo que podía significar empezaron a llegar al Este.

No llegaron solos —muchos otros hechos y toda clase de rumores tenían que llegar primero—, ni tampoco con mucha rapidez; no sonaron las alarmas. Pero sí arribó a Moscú y, poco después, al despacho adecuado en el departamento adecuado. Pasó a manos de gente cautelosa, superviviente de la purga, que vivía en peligro entre dos aguas, los depredadores arriba y las presas abajo; gente que se movía con cuidado y circunspección, que sabía que hay veces que es mejor dejar escapar un pez demasiado gordo para su red porque pueden verse arrastrados por él hasta el fondo del mar. Ya había sucedido en otras ocasiones. Al principio se contentaban con una simple

investigación, con el intento de averiguar quién era, dónde estaba, y por qué actuaba. Las decisiones se tomarían a su debido tiempo, y en la forma debida. Se dice que los del contraespionaje son *voyeurs* por naturaleza. Les gusta mirar lo que ocurre, porque cuando el momento final llega, hay que salir de la sombra y echar la puerta abajo; lo divertido se acaba en esos momentos, se cancelan los archivos, los engranajes empiezan a chirriar, y entonces hay que volver a empezar todo de nuevo.

Una mañana, a principios de mayo, los periódicos de París dieron una escueta noticia del cambio de ministro de Exteriores soviético: M. M. Litvinov había sido sustituido por V. M. Molotov.

Algunos leyeron la noticia redactada debajo del titular; la mayoría, no. Eran las horas recuperadoras de la primavera; París se mostraba frondoso y suave, lleno de muchachas, la vida parecía renacer eternamente, la luz de la mañana bailaba en platos y tazas del desayuno y el rayo de sol que entraba en las habitaciones las convertía en pinturas de la escuela flamenca. Los diplomáticos soviéticos iban y venían. Nadie quería preocuparse.

André Szara, fiel a su conciencia, eternamente dividida, hizo las dos cosas: leyó el artículo y no sintió preocupación alguna. Pensó que la noticia debía de estar incompleta, pero eso no era nada nuevo. M. M. Litvinov era, en realidad, Maxim Maximovich Wallach, un judío gordinflón, caballero de la vieja escuela en su fuero interno, intelectual minucioso, miope y aficionado a la lectura. ¿Cómo había podido durar tanto tiempo? V. M. Molotov, en realidad Vyacheslav Mijailovich Skryabin, había cambiado su nombre por una razón muy diferente. Igual que Djughashvili se convirtió en Stalin, Hombre de Acero, Skryabin se convirtió en Molotov, el Martillo. *Por lo tanto*, pensó Szara, *entre los dos harán una espada*.

El trivial comentario de Szara resultaría la verdad exacta más adelante. Pero tenía muchas cosas en qué pensar aquel día. Le esperaba mucho que hacer aquí y allí, y no era menos sensible que cualquier otra persona, hombre o mujer, de París a los aires de la primavera, así que el significado de la noticia no le llegó muy adentro y no llegó a sus oídos, el ruido que la pieza final de la compleja maquinaria producía al acabar de ajustarse. Sí que oyó el canto de los pájaros, y a la vecina cuando sacudía la ropa de la cama antes de airearla en el alféizar de la ventana y también oyó al afilador, que tocaba su campana de aviso en la rue du Cherche-Midi. Pero eso fue todo.

Adolfo Hitler la oyó, por supuesto, pero eso fue porque tenía las orejas levantadas entonces. Más tarde diría: «El cese de Litvinov resultó decisivo.

La noticia me llegó como un cañonazo, como la señal de que la actitud del Kremlin con respecto a las potencias occidentales había cambiado».

Los Servicios de Inteligencia franceses la oyeron, aunque es probable que no como un cañonazo, y el 7 de mayo hicieron saber que a menos que Francia y el Reino Unido ejercieran una gran presión diplomática, Alemania y la Unión Soviética firmarían un tratado de no agresión al acabar el verano.

El 10 de mayo, Szara fue llamado a Bruselas.

—Vamos a tener que llegar a un acuerdo con Hitler —le informó Goldman con pesar y disgusto—. Culpa maldita del mismo Stalin: las purgas han debilitado al Ejército hasta tal punto que no se puede pensar en participar en una guerra y ganarla. No de momento. Por lo tanto hay que comprar tiempo, y la única manera de hacerlo es con un tratado.

—¡Santo Dios! —exclamó Szara.

—No hay más remedio.

—Stalin y Hitler.

—Los partidos comunistas europeos no se van a sentir muy felices, a nuestros amigos en Norteamérica no les va a gustar, pero ha llegado el momento de que aprendan un poco de política realista. Muchos de aquellos que se retuercen las manos y los que lloran se irán a la carrera. Les daremos un beso de despedida, no los necesitamos. Los que se decidan a permanecer fieles serán los verdaderos amigos, gente que sabe ver las cosas como nosotros las vemos, así que no hay mal que por bien no venga. Desde 1917, la construcción de un Estado socialista nos ha costado sudor y sangre; no podemos permitir que todo eso lo arrastre la corriente porque los idealistas iluminados lo quieran así. Las fábricas, las minas, las granjas colectivas: ésa es nuestra realidad, y haríamos un trato con el mismo diablo si fuera preciso para salvaguardarla.

—Evidentemente, es lo que vamos a hacer.

—No hay otra salida. Casi todos los Servicios Secretos extranjeros lo tienen muy claro, y el público lo sabrá este verano, en julio o en agosto. Eso nos deja algo de tiempo para hacer el trabajo.

—No es mucho tiempo.

—Es el que hay, y a él debemos atenernos. Lo primero y más importante, nuestras redes. No pierdas el tiempo con los mercenarios, trabaja con los creyentes. Ponlos al corriente de la vida secreta de las alturas, donde se cuecen las decisiones estratégicas. Los nazis nunca serán amigos de nadie,

tampoco nuestros; pero necesitamos tiempo para armarnos antes de enfrentarnos con ellos y ése es el precio que tenemos que pagar. Si alguien no acepta esta línea, debo ser informado. ¿Has entendido esto?

—Sí.

—Nada cambia con nuestros informadores alemanes. En la guerra luchamos contra nuestros enemigos, en la paz, contra nuestros amigos. Así que ahora vamos a tener una especie de paz, pero las operaciones continuarán como antes. Queremos, en estos momentos más que nunca, saber cómo van los alemanes, qué piensan, qué proyectan, su capacidad y sus despliegues militares. Los tiempos son peligrosos e inestables, André Aronovich, y es ahora cuando las redes han de trabajar al máximo de su capacidad.

—Si tenemos una... una desgracia. Si cogen a alguien, ¿qué ocurrirá entonces?

—Dios no lo permita. No creo que el Referat VI C vaya a enviar a todo el mundo a su casa a cuidar del jardín; tampoco vamos a hacerlo nosotros. La mejor manera de ocuparse de lo que tú llamas «una desgracia» es tomar las medidas necesarias para que no ocurra. ¿Contesta esto tu pregunta?

Szara torció el gesto.

—Segundo, ocúpate de tus relaciones personales. «Pobre de mí, el mundo es terrible, ¿qué se puede hacer?, ¿cómo *podremos* hallar la paz?». Tiene que haber un compromiso, alguien que quiera moverse un milímetro sin que el otro suponga que es para hacerle daño. Sólo la Unión Soviética es lo bastante fuerte para hacer eso. Deja que los británicos y los franceses lleven sus espadas y cañones de un lado para otro nosotros intentamos aliviar la presión de Hitler en la frontera oriental, intentamos firmar acuerdos comerciales y llevar a cabo intercambios culturales, deja que los bailarines hagan la guerra entre ellos, intentamos vivir juntos en un mundo donde todo no es como deseáramos. ¡No más movilizaciones! ¡No más 1914!

—¡Bravo!

—No te pases de listo. Si no estás convencido de ello, nadie te creerá. Así que búscate una salida.

—¿Y los polacos?

—Demasiado tozudos para vivir, como de costumbre y como siempre. Defenderán su honor, harán bonitos discursos y una mañana se despertarán hablando alemán. No hay nada que hacer con los polacos. Han elegido su propio camino. Bueno, ya veremos.

—¿Tienen que renunciar a Danzig?

—Renuncia a tu *hermana*. Tú y yo, sentados aquí, en esta tiendecita, da la casualidad de que nos enteramos que, puestos en marcha, los bombarderos alemanes convertirán a Varsovia en un infierno. Ésa es la realidad. Ahora, orden número tres, coge tu ingeniosa pluma y ponte a trabajar. Prueba con uno de esos periódicos intelectuales franceses que te dan dolor de cabeza y empieza a establecer el diálogo. Si hubiese alguna manera de ponerse de acuerdo en el tema —ya sabes, escribiendo lo que te he dicho—, todo sería perfecto. Pero no podemos aspirar a tanto; cada escritor bajo la luz del sol tiene su opinión sobre ese tema; pero, al menos, puedes guiñarles un ojo. Por ejemplo, ¿qué necesita hacer el socialismo mundial para sobrevivir? ¿Están las vías diplomáticas realmente agotadas? ¿Podría haber sido evitado el baño de sangre en España si todo el mundo hubiese tenido un poco la voluntad de negociar?

»Los doctrinarios marxistas te van a crucificar, eso por supuesto, ¿pero y qué? Lo importante es que la discusión se centre en la reivindicación de un territorio. Tienes la probabilidad de que alguien salga en tu defensa, siempre lo hay, no importa lo que digas. Y si no es así, *cuando* la gente se te acerque en una reunión y te diga que se está dando la espalda a Lenin, tú necesitas tener las respuestas adecuadas: recuerda que la Unión Soviética es la esperanza de una Humanidad progresiva, y el único remedio permanente frente al fascismo. Pero has de sobrevivir. Stalin es un genio, y este pacto será la obra de un genio, un paso diplomático bilateral para evitar el golpe destructor. Y en el momento en que el pacto se haga público, eso es lo que quiero leer firmado por ti, sin que tenga que obligarte a venir a Bélgica. ¿Está todo claro?

—Oh, sí —contestó Szara—. El Reino Unido y Francia quieren la guerra para satisfacer sus aspiraciones imperialistas. La Unión Soviética está sola en la búsqueda de la paz. Entre líneas, con un guiño y un codazo en los riñones, que el astuto zorro viejo del Cáucaso está haciendo lo que tiene que hacer para ganar tiempo. Ya nos las veremos con Hitler cuando *estemos* preparados. ¿No es esto, poco más o menos?

—Exactamente. No estás solo en esto, claro. Todos los escritores soviéticos echarán una mano, es probable que pongan algo en escena, en Moscú, dentro de noventa días. Por cierto, tu participación me la han ordenado directamente. «Tienes a Szara contigo, ¡ponlo a trabajar!», éstas fueron las palabras exactas que me dijeron. Se trata de un enorme esfuerzo. Han puesto a Molotov para que negocie con Ribbentrop, el ministro de

Exteriores alemán, por si no lo veías claro. No íbamos a enviar a un judío, pequeño y gordo, a tratar con los nazis, ¿no te parece?

—Política realista, eso es lo que has dicho.

—Ésa es la palabra. Por cierto, te sugiero que tengas la maleta preparada junto a la puerta. Si la situación evoluciona de la manera que pensamos, existe la posibilidad de que tengas que viajar en cuanto te lo digamos.

—¿Para asuntos del OPAL?

—No, no. Como el periodista Szara, la voz de la Unión Soviética que habla desde tierras extranjeras. Creo que debieras celebrarlo con una gran cena, André Aronovich. Veo un gran futuro profesional para ti.

El nombramiento de Molotov —en la superficie sólo una pieza del negocio de la diplomacia en el momento en que sobraban piezas— indujo a París y, evidentemente, a otras capitales europeas, un cambio de posiciones.

El mismo Szara se encontró con que tenía que hacer cosas incomprensibles para él, pero que, de cualquier forma, estaba obligado llevar a cabo. Tal como Goldman había sugerido, se preparó para viajar en cualquier momento. Subido en una silla, bajó la maleta que tenía sobre el armario, le quitó el polvo y pensó que necesitaba algo más. La maleta, con doce años ya, su cuero granulado de color ocre con una raya castaña, había visto los penosos días de servicio en *Pravda*. Estaba gastada, desteñida, llena de arañazos..., parecía un refugiado con ella. Lo único que le faltaba era llevarla atada con una cuerda. Así que se fue a una tienda de maletas, pero no le gustó lo que había, o demasiado moderno o de muy poca calidad.

Un día pasó delante de una tienda de artículos de cuero por encargo, en el distrito Séptimo —sillas y botas de montar en el escaparate—, y entró sin pensárselo dos veces. El dueño era húngaro, un artesano nada tonto vestido con una bata, las manos endurecidas y nudosas con tantos años de cortar el cuero y coserlo. Szara le explicó lo que quería, una especie de maletín de viaje, como el de un médico, de una forma pasada de moda pero sufrida, hecho con un cuero resistente. El húngaro asintió con la cabeza, le mostró algunas muestras, y le dio un precio asombroso. A pesar de eso, Szara estuvo de acuerdo. Nunca había necesitado tanto un *objeto* como ése. Oh, y una última cosa: algunas veces tenía que llevar papeles de negocios confidenciales, y con la clase de gente que se encuentra uno en los hoteles hoy en día... El húngaro lo comprendió perfectamente, y añadió que Szara no era el único cliente que sentía tales preocupaciones. El doble fondo

tradicional era tan viejo como Maricastaña, pero resultaba muy efectivo si estaba bien hecho. Aseguró que le haría un segundo panel que encajara con precisión en el fondo, y allí podría poner los papeles, entre los dos. El artesano le dijo que estaban más seguros que si se cosía. No es tanto para los empleados de hotel de dedos ligeros, ¿me entiende?, porque el maletín tendrá una excelente cerradura, sino más bien..., cómo le diría..., para cruzar fronteras. La palabra quedó flotando en el aire unos segundos. Luego, Szara dejó una cantidad de dinero como depósito y prometió regresar en junio.

Una semana más tarde pensó que si necesitaba salir de viaje, no era conveniente que el pasaporte de Jean Bonotte se quedara en el apartamento. No solían robar por allí; pero aun así, alguna vez ocurría, sobre todo cuando la gente se ausentaba durante mucho tiempo. Y de vez en cuando el NKVD podía enviar a un par de técnicos, sólo para mirar si había algo que ver. Guiado por estos pensamientos abrió una cuenta a nombre de Bonotte, para lo que usó el pasaporte como identificación, en una oficina de la «Banque du Nord», en el bulevar Haussmann, y luego alquiló una caja de seguridad donde dejó el pasaporte. Tres días más tarde, en una bella mañana de junio, volvió al Banco y metió un sobre con doce mil francos en la caja, sobre el pasaporte. ¿*Qué estás haciendo?*, se preguntó a sí mismo. En realidad, lo ignoraba; sólo sabía que se sentía incómodo, de una manera indefinible, como el perro que aúlla el día antes de una tragedia. Algo, en alguna parte, lo estaba avisando. Sus antepasados quizá. Seiscientos años de vida judía en Polonia, llenos de presagios, señales, portentos e intuiciones. Su propia existencia le probaba que era el descendiente de unas generaciones que habían sobrevivido cuando otras no pudieron; quizás había nacido ya con el instinto de saber cuándo iba a correr la sangre. Algo le apremió: *Esconde dinero*. Unas noches más tarde, la misma le dijo: *Ármate*. Pero, por el momento, no le hizo caso.

Fue un mes extraño, aquel junio. Sucedió de todo. Un grupo de checos emigrados, que vivía en el pueblo de Saint-Denis, en el llamado Cinturón Rojo de París, se puso en contacto con Schau-Wehrli. Eran comunistas que habían huido cuando Hitler se apoderó en marzo de lo que quedaba de Checoslovaquia, y el contacto con OPAL se hizo a través del aparato clandestino del Partido Comunista francés. El grupo estaba recibiendo información por medio de la escritura secreta que iba en el reverso de los sobres de Banco, que contenían los recibos del dinero que ellos habían enviado por correo a Praga y Brno para mantener a sus parientes. Empleaban tinta invisible preparada en un laboratorio de química de la Universidad. Como ocurría con los clásicos, zumo de limón y orina, el mensaje se revelaba

aplicándole una plancha caliente. La información era muy variada, e incluía órdenes de batalla de la Wehrmacht, efectivos y armamento de las unidades alemanas, datos financieros (al parecer robados por las mismas empleadas del Banco que preparaban los sobres), y también información industrial, pues casi todos los famosos talleres de maquinaria checa se dedicaban ahora a la producción de armamento para el Reich.

Ese grupo exigía una atención muy especial. Estaba compuesto por personas, todas ellas relacionadas entre sí por lazos familiares; aunque motivadas por el odio a los nazis, consideraban que su contribución era un negocio, y sabían el valor de ese tipo de espionaje. Tres de los miembros del grupo de Saint-Denis tenían ya experiencia en esos asuntos. Ellos habían formado una red en Checoslovaquia, después de que Hitler se apoderara de los Sudetes, con el propósito de ayudarse a sí mismos y a sus familias cuando se instalaran en Francia. Las dos empleadas de Banca eran hijas de dos hermanas, por tanto, primas carnales, y sus respectivos maridos trabajaban adquiriendo información a través de amistades con las que se relacionaban en clubes deportivos. Una red semejante, ya instalada y con un funcionamiento eficaz, era algo casi demasiado bueno para que fuese verdad. Por ello el Directorio de Moscú, si bien sentía la codicia del producto, también recelaba de un posible engaño por parte del Referat VI C de contraespionaje, y exigió una excepcional dedicación del tiempo de Schau-Wehrli, por lo que Goldman transfirió la red RAVEN a la custodia de Szara.

Movió la cabeza con gesto grave cuando le encomendaron la nueva tarea, pero la idea de trabajar con Nadia Tscherova no le desagradó. En modo alguno.

En la rue Delesseux repasó los archivos de RAVEN, que incluían los informes más recientes de Tscherova en su formato original: un aristocrático ruso literario, impreso en letras menudas sobre tiras de película que habían pasado la frontera escondidas en las hombreras de Odile, y luego habían sido reveladas en la habitación oscura del ático. Los informes anteriores estaban reescritos al pie de la letra y archivados por orden.

Szara los leyó lleno de asombro. Después de la tensa aridez del doctor Baumann y de la precisión legalista de Valais, era como una velada en el teatro. ¡Qué ojo tenía esa mujer! Penetrante, malicioso, irónico, como si Balzac se hubiera reencarnado en una emigrada rusa en el Berlín de 1939. Léidos seriamente, los informes de RAVEN constituían una novela de tema social. La vida de Tscherova se componía de pequeños papeles en malas comedias, cenas íntimas, reuniones animadas y fines de semana en casas de

campo cercanas al bosque bávaro, con monterías del jabalí durante el día y brincos en la cama durante la noche.

Esa mujer inspiraba los más tiernos sentimientos en Szara, aunque sospechaba que era una especialista en provocarlos y pretendió leer aquellas *liaisons intimes*, nunca consumadas del todo, con indiferencia. Pero no pudo. Ella le había dicho la verdad aquella noche en su camerino: se protegía de lo peor y no le conmovía lo que sucediera a su alrededor. Esa invulnerabilidad no premeditada aparecía en todos los informes, y Szara, por encima de cualquier otra cosa, se sintió divertido. Ella poseía algo de la mentalidad masculina en estos asuntos; caracterizaba a los pretendientes medio borrachos y vacilantes y sus complicadas *demandas* con una delicada brutalidad que provocaba la carcajada. Por Dios, pensó, ella no es mejor que yo mismo.

Tampoco perdonaba a sus subagentes. A Lara Bronzina la describía como «la clase de poema espectral y melancólico que los alemanes de un cierto nivel adoran». El hermano de Bronzina, Viktor Bronzin, actor en seriales radiofónicos, tenía, según ella, «cabeza de león y corazón de periquito». Y de Anton Krafic, el maestro de baile, escribía que «cada mañana estaba sentenciado a vivir otro día». A Szara le resultó fácil imaginarlos —el lánguido Krafic, Bronzin el leonino, la *terriblemente* sensible Bronzina— maquinando fraudes cada vez más divertidos al amparo de la sociedad nazi.

Y Tscherova no ahorraba detalles. Durante un fin de semana pasado en un castillo cercano al pueblo de Traunstein, entró en un cuarto de baño después de medianoche y «descubrió a B [inicial de BREWER, Krafic] bebiendo champaña en la bañera con Bruckmann, Hauptsturmführer de la SS, el cual llevaba puesto un sombrero con velo y se había pintado los labios». Por el cielo, ¿qué habrá hecho el Directorio de *esto?*, se preguntó Szara.

Cuando miró los archivos de salida, encontró la respuesta: Schau-Wehrli había reprocesado el material para hacerlo digerible. Así, su cable referido a la descripción de RAVEN sobre el divertido baño, decía solamente: «BREWER informa que el Hauptsturmführer de la SS BRUCKMANN ha sido visto hace poco de maniobras con su regimiento en un terreno pantanoso de marismas cercano a los lagos Masurianos en Prusia Oriental». Otro indicador, observó Szara, de la invasión de Polonia, donde se podían encontrar terrenos semejantes.

Un archivo rico y provechoso.

Repasó todo hasta el final, y terminó su tarea la tarde del solsticio de verano, *el día en que se dice que el sol descansa*. Agradable idea. Tenía algo de ruso. Como si el universo se detuviera un momento para reflexionar y se

tomara un día de asueto. Le pareció sentir el tiempo frenando su marcha: el clima, luminoso y soleado, sin ningún propósito; el gorjeo, que se desvanece, de un pájaro posado en el balcón vecino; Kranov, que codifica en su mesa y tararea una melodía rusa; y desde la planta baja, el tintineo de la campanilla sobre la puerta del *tabac* cada vez que la abría un cliente.

Entonces oyeron el zumbido de alarma situado al lado de la mesa de Kranov; una señal de peligro que funcionaba cuando se apretaba un botón que había debajo del mostrador del estanco. Unos minutos más tarde, una llamada sonó en la puerta, al pie de la escalera, una puerta que había al fondo de la tienda oculta por una cortina.

Szara, al igual que Kranov, no tenía la menor idea de lo qué debían hacer en un caso así. Los dos se quedaron inmóviles, sentados como dos liebres sorprendidas en un campo invernal. Estaban literalmente rodeados de material acusatorio —archivos, informes, documentos robados, y el mismo radiotelégrafo, con su antena sabiamente comunicada con el ático a través de la inutilizada chimenea—. No había forma de librarse de todo aquello. Podían correr escaleras abajo y escapar por la puerta trasera o saltar las tres plantas y romperse los tobillos; sin embargo, no hicieron ninguna de las dos cosas. Eran las tres y media de una luminosa tarde de verano y no había la más mínima sombra que sirviera para ocultarlos.

Así, continuaron sentados, hasta que oyeron un segundo golpe en la puerta, quizá algo más perentorio que el primero. A Szara no se le ocurrió nada, entonces bajó la escalera y abrió la puerta. Allí había dos franceses, esperando con ademanes corteses. Eran franceses de una cierta categoría: vestían trajes veraniegos color canela de corte conservador, camisas de tejido ligero y corbatas de seda que, aunque no eran el último grito, no estaban pasadas de moda. Llevaban las alas de sus respectivos sombreros inclinadas con el mismo ángulo. Szara se dio cuenta de que pensaba en ruso: *¡Dios mío, los sombreros están aquí!* Los dos hombres tenían la típica coloración que el francés de mejor humor suele adquirir después de la comida; una ligera mancha rosada en las mejillas certificaba que el asado había sido bueno y el vino no demasiado malo. Se presentaron y entregaron sus tarjetas de visita. Eran, decía en ellas, inspectores de incendios. Sólo querían echar una breve ojeada, si no era demasiada molestia.

Inspectores de incendios no eran.

Pero Szara tuvo que seguirles el juego y les indicó que entraran. Mientras subían hasta la tercera planta, Kranov había quitado la manta que cubría la ventana y con ella había tapado la radio, con lo que la había convertido en una

curiosa giba oscura sobre una vieja mesa, de la cual salía un cable que subía por la pared y desaparecía por un agujero del techo camino del ático. El mismo Kranov debía de estar en un armario o debajo de la cama de Odile, en el apartamento de la segunda planta —uno de esos lugares inspirados que siempre se encuentran en medio del pánico—; pero, de momento, estaba invisible. Los franceses apenas miraron, no apartaron la manta, casi ni hablaron.

—Tanto papel en una sala tan pequeña como ésta... Han de llevar cuidado con sus cigarrillos. Quizá debieran tener un cubo de arena en un rincón —dijo uno de ellos.

Con el dedo índice se tocaron el ala del sombrero y se marcharon. Szara, con la camisa húmeda de sudor en las axilas, se dejó caer en una silla. De alguna parte del piso de abajo le llegó el ruido de un batacazo y una maldición: Kranov se esforzaba por salir del sitio en el que se había metido. *Una comedia*, se dijo Szara a sí mismo, *una comedia*. Se presionó las sienes con las palmas de las manos.

Kranov, entre jadeos y juramentos, tiró de la manta, la arrojó a un rincón y envió a Goldman la señal de desastre. Durante las dos horas siguientes, se cruzaron mensajes y Kranov se pasó todo el tiempo garabateando columnas de cifras que codificaran las respuestas a las preguntas de Goldman. En alguna parte, Szara estaba seguro de eso, los franceses tenían un receptor y tomaban nota de todos los números que crujían a través del aire estival.

El intercambio de mensajes acabó; para entonces, Szara se dio cuenta de que el juego no había terminado en realidad, de que la red no estaba destruida. No del todo. Era evidente que habían sido advertidos, tal vez por el *Deuxième Bureau* —el Servicio Secreto diplomático y militar—, utilizando agentes de la Prefectura de Policía de París o de la *Direction de la Surveillance du Territoire*, la DST, el equivalente francés del FBI estadounidense. La advertencia tenía dos partes:

La primera era: Sabemos lo que ustedes están haciendo.

Esto no sorprendió a Szara una vez que tuvo el tiempo suficiente para reflexionar sobre lo ocurrido. La Policía francesa ha insistido siempre, desde que Fouché sirvió a Napoleón, en saber con exactitud lo que sucede en su país, en su capital sobre todo. Que utilizaran para algo lo que sabían, era cuestión muy diferente —podía haber decisiones políticas de por medio—, pero eran escrupulosamente cuidadosos en seguir cuanto ocurría, barrio por barrio, pueblo por pueblo. Por eso, que conocieran la existencia de OPAL no constituía una gran sorpresa.

Desde su punto de vista, no les hacía ningún daño que los rusos espieran a Alemania, el enemigo tradicional de Francia. Podían haber recibido con creces su compensación por dejar las manos libres a OPAL, compensación consistente en un refinado producto de espionaje. Siempre ha sido provechoso hacer la vista gorda.

Pero la segunda parte de la advertencia era muy seria: Si lo que ustedes intentan en realidad es convertirse en aliados de Alemania, podemos decidir que sus días estén contados, porque semejante alianza dañaría los intereses de Francia, y no vamos a permitir que eso suceda. En consecuencia, caballeros, ahí tienen ustedes a un par de inspectores de incendios, y se los enviamos con la mayor cortesía y consideración, que es lo que siempre se hace antes de que el fuego verdadero comience.

Estamos seguros que ustedes sabrán comprenderlo.

La operación OTTER terminó en julio. Ya no sabrían más del doctor Baumann. Así que el trueque de información a cambio de certificados de emigración de aquel mes fue el último. La señal para una reunión que Szara envió a De Montfried fue contestada de inmediato.

Arrancó a De Montfried de su casa de campo, en *château* cerca de Tours. Vestía traje color crema, camisa azul pálido y una pequeña corbata de lazo. Dejó con gran cuidado su sombrero de paja sobre la mesa de marquetería de la biblioteca, cruzó las manos y miró a Szara expectante. Cuando éste le dijo que la operación se había acabado, De Montfried se cubrió el rostro con las manos, como si estuviera muy cansado. Permanecieron sentados mucho rato sin decir palabra. Afuera reinaba la opresiva calma de una larga y vacía tarde de verano.

Szara sintió piedad por él, pero no encontró palabras de consuelo. ¿Qué decir en ocasiones como ésta? El hombre había descubierto que era menos poderoso de lo que él había creído. A pesar de ello, Szara sabía que, para De Montfried, la vida cambiaría poco. Continuaría dando la misma imagen ante el mundo, rodeado de lujo, alternando en los círculos más altos de la sociedad francesa; el altanero «Club Renaissance» seguiría siendo el lugar donde, para su satisfacción personal, se conservaría una biblioteca dedicada al ferrocarril. Desde luego era digno de envidia. Sólo casi al final de su vida había conocido los límites de su poder. Consciente de ser un hombre rico e importante, De Montfried había intentado influir en los acontecimientos políticos y, aprovechando la experiencia de Szara en este terreno, había tenido

éxito. Simplemente, no entendía lo bien que lo habían hecho. Simplemente, no entendía que él se hubiera impuesto en un mundo donde la palabra *victoria* suele escucharse en muy raras ocasiones.

Él y Szara, juntos, habían sido responsables de la distribución de mil trescientos setenta y cinco certificados de emigración al Mandato de Palestina. Como éstos cubrían a individuos y familiares, y eran tan valiosos, dieron lugar a matrimonios y a adopciones, algunos de una sola noche, con lo que las vidas salvadas alcanzarían quizá las tres mil. ¿Qué decía de eso?, se preguntó Szara. *Tú, maldito loco, tú que quieres salvar el mundo, ¿has aprendido lo que cuesta salvar tres mil vidas?* No, no podía decirle eso. Y de haberlo hecho, se habría equivocado. El verdadero precio de aquellas vidas tenía que ser pagado todavía, y resultaría mucho más alto, para Szara y para otros, de lo que cualquiera de ellos se imaginara en aquel momento.

De Montfried dejó caer pesadamente sus manos sobre los brazos del sillón y echó la cabeza hacia atrás con el rostro ensombrecido por el fracaso.

—Entonces, esto se ha acabado.

—Sí —dijo Szara.

—¿Se puede hacer algo? ¿Cualquier cosa?

—No.

Por supuesto que Szara lo había pensado. Aunque *pensado* no era la palabra exacta: su mente había barajado infinidad de historias, había buscado desesperadamente una solución, cualquiera. Pero sin ningún resultado.

Opinaba que Evans le dijo la verdad aquella tarde en el cine: que el Servicio Secreto británico tenía medios para comprobar las cifras por otras fuentes. Eso quería decir que no podía mentir así como así, ofreciendo cifras que parecieran lógicas. Lo sabrían. No al principio; durante un mes o dos se las arreglaría bien, y un mes o dos significaban otros trescientos cincuenta certificados, setecientas vidas por lo menos. Y ese número de vidas bien valía la pena de una mentira, Szara opinaba así. Pero era peor que eso.

Al principio, cuando se puso en contacto con los británicos, él creía que sus cifras era falsas, que formaban parte de un plan del contraespionaje alemán. No importaba. Pero, desde entonces el mundo había cambiado bajo sus pies: Alemania iba a invadir Polonia, mientras que la Unión Soviética iba a firmar un tratado que dejaba aislados al Reino Unido y a Francia. Las cifras falsas que entregara ahora podrían ser la causa de varios acontecimientos: desvirtuar los esfuerzos armamentísticos británicos de manera imprevisible, ayudar a los nazis, costar miles de vidas, decenas de miles, en cuanto los

bombarderos de la Luftwaffe despegaran. Y esas setecientas vidas se perderían.

—¿Ha hablado ya con ellos? —preguntó De Montfried.

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—Esperaba la posibilidad de que a usted y a mí, sentados aquí, se nos ocurriera algo, o descubrir algo, tal vez encontrar otro camino, la posibilidad de que usted pudiera prescindir de mí y tuviera otros recursos que yo desconozco, quizás información de alguna clase que pudiera sustituir la mía.

De Montfried negó con la cabeza.

Hubo una larga pausa, ambos en silencio.

—¿Qué va a decirles? —preguntó De Montfried por fin.

—Que ha habido una interrupción en la fuente; que deseamos continuar hasta que pongamos un nuevo sistema en funcionamiento.

—Y ¿aceptarán eso?

—No.

—¿Ni siquiera durante un mes?

—Ni siquiera eso. —Szara calló unos instantes—. Sé que resulta difícil de entender, pero es como no tener dinero. Lenin aseguró que el grano era «la divisa de las divisas». Eso lo decía en 1917. Para nosotros, y ahora, se puede decir que el espionaje es la divisa de las divisas.

—Pero estoy seguro de que usted conoce otras cosas, muy interesantes.

—Para la gente con la que trabajo eso podría funcionar. Pero para lo que pedimos a cambio, estoy seguro de la otra gente: el MI6 tuvo que luchar mucho, y sólo la importancia de lo que nosotros ofrecíamos les permitió ganar la batalla. No creo que vayan a empezar la guerra de nuevo por un material distinto que yo pudiera ofrecerles. Estoy seguro. Si fuese de otra manera, de verdad que lo intentaría.

Poco a poco, De Montfried comenzó a recuperar fuerzas para enfrentarse con lo inevitable.

—Me resulta muy duro admitir el fracaso, pero eso es lo que ha ocurrido: hemos fracasado.

—Nos hemos detenido, sí.

De Montfried se sacó del bolsillo interior de la chaqueta una cartera de piel y una pluma estilográfica, quitó el capuchón de ésta y empezó a escribir una serie de números de teléfono en el reverso de una tarjeta de negocios.

—Me localizará en alguno de éstos —dijo—. Casi nunca dejo de estar en contacto con mi despacho (su número es el que ha estado utilizando hasta

ahora) pero he añadido algunos más, donde se me pude localizar. Por lo demás, dejémoslo como hasta ahora, simplemente diga *Llama Monsieur B*. Daré instrucciones para que se me avise de inmediato. De día y de noche, en cualquier momento. Todo cuanto poseo está a su disposición si lo necesita.

Szara se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Esperemos que sea lo mejor.

De Montfried asintió con expresión de tristeza. Szara se levantó y le tendió la mano.

—Adiós.

—Sí —dijo De Montfried al tiempo que se levantaba para estrechar aquella mano tendida—. Que tenga mucha suerte.

—Gracias —contestó Szara.

Esa misma tarde, la tarjeta fue a reunirse con el dinero y el pasaporte de Jean Bonotte.

La operación OTTER terminó de pronto, y de mala manera.

Odile debió de haber activado una señal de emergencia desde Berlín, porque Goldman convocó una reunión especial, que tendría lugar en cuanto ella descendiera del tren. A Szara y a Schau-Wehrli se les dijo que fueran a Arion, en Bélgica, un pueblo con minas de hierro al lado de la frontera luxemburguesa, a pocos kilómetros de la ciudad francesa de Longwy. Hacía calor y todo estaba sucio en Arion. El humo producido por el carbón de los hornos cubría las calles con una capa de hollín; la puesta de sol era oscura, de un anaranjado triste, y el aire nocturno tenía una quietud mortal. La reunión se celebró en una vivienda obrera, cerca del centro del pueblo; el hogar de un agente del Partido, un minero al que se le pidió que fuese a pasar la noche con unos familiares. Una vez los postigos cerrados se sentaron en la exigua sala, envueltos en los olores de la ropa sudada y la comida hervida.

Odile estaba excitada, su rostro tenía una palidez desacostumbrada, pero no le faltaba su proverbial determinación. Cinco minutos antes se había bajado de un tren local procedente de la frontera alemana. Goldman estaba allí con otro hombre al que Szara no conocía, un ruso bajo y fuerte, de edad mediana, con el cabello rubio ondulado y unas gafas de cristales tan gruesos que distorsionaban sus ojos. Al principio Szara pensó que era asmático: su respiración les llegaba como un ronquido audible. Una vez sentados, Szara advirtió que el hombre lo estaba mirando y mantuvo su mirada, pero el otro no desvió la suya. Se puso un cigarrillo entre los labios, rascó la cabeza de

una cerilla con la uña del pulgar y encendió el cigarrillo con la llamarada. Sólo entonces desvió el rostro hacia Odile. Mientras sacudía la cerilla para apagarla, Szara observó que llevaba un reloj grande de oro en la muñeca.

Cuando Szara y Schau-Wehrli llegaron, Odile había contado ya su historia a Goldman y a su acompañante y había entregado el mensaje de Baumann. Goldman se lo pasó a Szara.

—Échele un vistazo.

Szara cogió la tira de papel, pasó por encima de la serie de números y descifró una breve frase al final del papel: *Debe usted saber que los rumores de un próximo acercamiento entre Alemania y la Unión Soviética han producido indignación en miembros de la clase diplomática y militar.*

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó Goldman.

—¿Mi opinión? —repitió Szara—. Parece como si tratara de darnos información adicional. Se lo hemos estado pidiendo durante meses. ¿Existen tales rumores?

—Quizás. Entre la clase de gente que menciona, podrían ser algo más que rumores —contestó Goldman—. Pero ¿cómo puede saberlo Baumann?, ¿con quién habla?

—Lo ignoro —respondió Szara.

—Por favor —dijo Goldman volviéndose a Odile—, cuéntenos de nuevo lo ocurrido.

—Siempre limpio el buzón por la mañana temprano —empezó Odile—, cuando las criadas llegan para trabajar a la vecindad. Fui hasta el muro por el bosquecillo; después de asegurarme de que no me vigilaban, pasé la mano por encima del muro y busqué hasta que di con la piedra suelta, luego saqué el papel y me lo guardé en el bolsillo del impermeable. Como no había ningún mensaje de la red me fui al poste de teléfonos para girar el clavo torcido y, así, dar el acuse de recibo. Me habría alejado unos diez pasos cuando una mujer salió de entre los árboles. Tendría unos cincuenta años, llevaba un vestido casero y parecía muy excitada y nerviosa. «Lo han cogido», me dijo en alemán. Hice como si no supiera de qué me hablaba. «Está en un campo, en Sachsenhausen —prosiguió— y sus amigos no pueden ayudarlo». La miré y eché a correr. «Díales que tienen que ayudarlo», oí que decía a mis espaldas. Caminé muy de prisa, pero ella me siguió; luego se detuvo y desapareció entre los árboles. No vi cómo lo hizo, pero cuando unos segundos después miré por encima de mi hombro, ya no estaba. Oí el ladrido de un perro, un perro pequeño, en alguna parte del bosque. Me fui hasta la estación del Ringbahn, en Hohenzollem-Damm, me metí en el lavabo público y allí

escondí el mensaje en mi hombrera. Una hora más tarde salí de Berlín en un tren de cercanías. No vi en el tren a nadie que me pareciera extraño, ni me sucedió nada fuera de lo normal.

—¿Amigos? —se extrañó Schau-Wehrli—, ¿que sus amigos no pueden ayudarle?, ¿se refería a la comunidad judía?, ¿a los abogados?, ¿a quiénes?

—O a socios de su trabajo —intervino Szara en voz baja—. Gente de empresas alemanas con los que tenía tratos...

—Lo importante es —lo interrumpió Goldman— si ha sido arrestado como judío. O como espía.

—Si lo hubiesen cogido en su labor de espionaje, también se hubieran llevado a Odile —intervino Schau-Wehrli—. Y estaría en manos de la Gestapo, lo cual significa el edificio Columbia, no en el campo de Sachsenhausen.

—Quizá —dudó Goldman—. Es difícil saberlo.

—¿Se le puede ayudar? —preguntó Szara.

—Eso es cosa del Directorio, pero sí, ya se ha hecho antes. De momento, los agentes de Berlín intentarán ponerse en contacto con él en el campo para que sepa que estamos enterados de lo ocurrido, y que vamos a sacarlo de allí. Hemos de ayudarle a que resista el interrogatorio. ¿Crees que podrá?

Szara tuvo la sensación de que la vida de Baumann dependía de su respuesta.

—Si hay alguien que pueda resistirlo, es él. En el aspecto psicológico es un hombre fuerte. Físicamente..., ahí la cosa cambia. Si cada interrogatorio dura mucho, puede morir en uno de ellos.

Goldman hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Hubo algo durante tu entrevista con él en Berlín que explique lo de «las clases diplomáticas y militares» o la referencia de su esposa a los «amigos»? ¿Son, quizás, unos y otros los mismos?

—Podría ser —mintió Szara—, pero no puedo decirlo.

—¿Es ésa tu respuesta? —preguntó el hombre de las gafas.

Szara lo miró de frente. Los ojos detrás de las gafas eran acuosos y sin vida.

—Mi respuesta es no. Nada me dijo que pueda explicar ninguna de las dos cosas.

Cuando regresaron a París en una serie de trenes de cercanías, tuvieron que hacerlo en compartimientos separados. Eso dio tiempo a Szara para

reflexionar mientras los sombríos pueblos del nordeste de Francia pasaban por la ventanilla.

Se sintió viejo. Era otra vez el asunto con Nadia Tscherova, aunque peor. Se sentía atormentado por lo ocurrido con Baumann, y por su participación en la destrucción de aquel hombre, aun cuando lo visto en la Kristallnacht justificaba con creces lo que habían hecho juntos. Un sacrificio de guerra. Una posición de ametralladora que se ha dejado aislada para retrasar el avance enemigo por la carretera mientras la retaguardia se retira. Todo eso está muy bien, hasta que te das cuenta de que el hombre de la ametralladora eres tú. Pensó, sin avergonzarse por ello, que quizá fuera mejor que Baumann muriera. Una muerte serena. Misericordiosa. Pero su instinto le dijo que eso no sucedería. Baumann estaría aterrorizado, exhausto, hundido y humillado, pero seguía siendo fuerte. Aquel viejo gran hombre tenía el alma templada.

Era natural que el tratado germano-soviético lo explicara todo. Desde el principio, el Servicio de Inteligencia de Von Polanyi, se había hecho cargo en el Ministerio de Exteriores alemán, del acercamiento al *apparat* soviético: se había abierto un canal de comunicaciones. Quizá las cifras de producción de Baumann eran intercambiadas por información procedente del otro lado, pero por otro camino completamente diferente. En este mismo momento, especuló, se estaba diciendo a un ruso en Leningrado que interrumpiera sus contactos con cierto capitán de un transbordador finlandés. Así se hacían las cosas, se acordaban y se mantenían. *Te tendremos informado acerca de nuestra producción de bombarderos*, le dijeron a alguien en 1937. En secreto, por medio del espionaje, porque nuestros países y nuestros líderes, Hitler y Stalin, a los ojos del mundo, se detestan. En las cuestiones oficiales somos enemigos mortales, pero en provecho mutuo debemos mantener ciertos entendimientos. De esa manera, razonaba Szara, los británicos confirman las cifras de Baumann, porque él *no* estaba controlado por el contraespionaje nazi, la oficina de Schellenberg, en el Referat VI C.

Al cabo de un mes se revelaría al mundo el pacto entre Hitler y Stalin. Por eso habían cancelado la operación Baumann ya que, a partir de ese momento, no era necesario la comunicación por esa vía. Esas cifras viajarían por télex de un Ministerio de Exteriores a otro Ministerio de Exteriores. Entretanto, alguien —*no* Von Polanyi, según lo que Frau Baumann había dicho a Odile— había decidido arrojar a Baumann al Sachsenhausen. Su manera de dar las gracias, eso era evidente.

No, se dijo Szara para sus adentros, *no puedes pensar de esa manera. Los alemanes hacen las cosas por alguna razón*. Quizás era su forma de decir

ahora sal de Alemania, judío. He aquí un pequeño sabor desagradable que te ayudará a recordar que has de tener la boca cerrada.

Quizá, siguió pensando, sólo quizá. Algo de lo dicho por Goldman sobre Sachsenhausen era esperanzador, como si pudiesen conseguir sacar a Baumann de allí y él lo supiera ya.

¡Oh, pero cuánto sabe ese pequeño hijo de puta tan listo! Ha estado olisqueando alrededor de la verdad. Que los «amigos» y los «diplomáticos» eran una misma persona, y que el «usted» significaba Szara y nadie más. ¿Que era lo que Baumann había intentado en realidad? Eso requería tiempo para pensarlo, pero había una pepita de oro enterrada entre esas palabras, algo que quería dar a Szara, un regalo a su agente encargado del caso. ¿Por qué? Porque conocía a Szara, y, a pesar de las incesantes órdenes y los apremiantes requerimientos para que obtuviera más información —requerimientos desatendidos, órdenes ignoradas—, Szara no lo había abandonado ni tampoco traicionado. Ahora decía: Por favor ayúdame, y yo te ayudaré.

Además, el otro, el de las gafas, ¿quién era?

¡Oh, Rusia, qué extraños hijos tienes!, se dijo a sí mismo.

Y ahora tenía que seguir las órdenes de Goldman, las recibidas un mes antes en Bruselas, y repetidas al salir de Arion: *escribe algo*. Tenía que ir a casa y ponerse a la tarea. De todo aquello que no quería hacer, ésa estaba casi al comienzo de la lista. *En estos días turbulentos, las personas de buena voluntad deben de estar haciéndose algunas preguntas difíciles. Cierre la ventana, deje fuera el ruido de las multitudes desfilando por las calles y encárese, sin rodeos y sin emoción, con el problema: ¿Cuál puede ser el futuro del socialismo en el mundo de hoy? ¿Cómo sobreviviría mejor?*

En una fiesta celebrada en casa de un intelectual había conocido a un editor. ¿Cómo se llamaba? Un gallito de pelea subido en lo alto de su pequeña revista como en un gallinero. «Ven a verme, André Aronovich», le había dicho con tono suave. ¿Cómo es que tú, impertinente pegajoso, pensó Szara entonces, te crees tan listo que te diriges a mí tuteándome? Ah, pero mira por dónde, aquí llega el destino para darte una patadita en el trasero, y el gallito va a tener lo que quería, una buena ración de maíz en su corral. ¿Iban a pagar a Szara por eso? ¡Ja! Quizás un pobre almuerzo: «Yo siempre pido el especial del día, André Aronovich, te lo recomiendo». ¿Sí? Bien, me parece que yo comeré el pavo en salsa dorada.

Lo mejor era estar preparado, pensó. Ya había recogido su maletín en la tienda del húngaro del distrito séptimo y esperaba su orden de ponerse en camino de un día para otro. ¿Adónde lo enviarían?, se preguntó.

Se despertó como en un sueño. Por un momento no estaba en ninguna parte, extraviado en algún lugar que no conocía; pero, como en un sueño, eso no importaba, no había nada que temer. Estaba echado encima de su impermeable, en el desván de un granero. Hasta él subía el olor dulce del heno recién cortado. Muy por encima de su cabeza vio el techo del granero, plateado y suavizado por el tiempo, con la luz incipiente apenas brillando entre las rendijas donde las tablas se habían separado. Se sentó y se encontró de cara a una gran ventana abierta —como eran en estos casos, dispuesta para desde los carros descargar el heno con las horcas dentro del desván—. Se arrastró para mirar afuera y vio que hacía poco que había amanecido: un rayo de sol cruzaba el campo segado, y dejaba ver los jirones de niebla que ascendían desde el suelo. Junto al camino de arena apisonada se erguía un majestuoso roble; sus hojas emitían un suave susurro movidas por ese ligero viento que siempre se levanta con las primeras luces.

Había tres hombres en el camino. Hombres de sueño. Llevaban zapatos y polainas negros, largos abrigos negros y sombreros de anchas alas negros. Los tres con barba y largos mechones rizados bajo las alas del sombrero. Debían de ser hasidim, de camino a la *shul*. Sus rostros eran blancos como el yeso. Uno de ellos se volvió y lo miró, sin curiosidad ni provocación, una mirada que reparaba en que un hombre estaba asomado a la ventana del granero; luego enderezó el gesto y se alejó por el camino. No hacían ruido al caminar y, por fin, como espíritus albinegros de un sueño, se desvanecieron.

Polonia.

Su mente volvió poco a poco a la realidad. El día anterior, cuando quiso recordarlo, le vino roto en imágenes fragmentadas y borrosas del viaje. Había volado hasta un campo de aviación, cerca de Varsovia, en un aeroplano de ocho plazas, que rebotó en una superficie de alquitrán rugosa al aterrizar. Había espesos bosques en tres de los cuatro lados del campo, y se maravilló de que aquello fuera el aeropuerto principal de la ciudad. Durante todo el día estuvo sin saber con certeza dónde se hallaba. Tomó un taxi. Un tren..., no dos trenes. Todo un paseo en carro en un día caluroso. Un perro que gruñía con un sonido profundo de su garganta sin dejar de mover el rabo al mismo tiempo. El encuentro con un buhonero en un camino. La creciente sensación de que nunca llegaría a ningún sitio a tiempo para nada, de que estaba donde estaba, de que los viajeros duermen en los graneros. Una mujer anciana, con un pañuelo alrededor del arrugado rostro, le dio la bienvenida. Luego hubo un

ratón, la luna, los lentos y flotantes sueños de cuando uno duerme en un lugar desconocido.

Se apoyó en la gastada madera del marco de la ventana y contempló cómo se abría el día. Todavía quedaba un cuarto de luna, blanca sobre el sombrío azul del cielo matinal. Un mar de nubes tormentosas se movía hacia el Este con los bordes teñidos de rojo por el sol naciente. Mientras miraba, la luz rompía aquí y allí entre las nubes; un pino apareció en el horizonte, y un campo de centeno se vistió de verde. Podía recordar esa luz espectral y cambiante, el húmedo olor de la tierra al amanecer, el graznido de los grajos mientras volaban siguiendo la curva del ribazo. Ya había vivido una vez en esa parte del mundo, hacía mucho tiempo, y en ocasiones había contemplado mañanas parecidas, cuando era un niño que despertaba antes que nadie para no perderse ni uno sólo de esos milagros. Se vio a sí mismo, arrodillado en una cama, delante de una ventana, con una manta sobre los hombros. Vio el sol remontando una colina en una mañana al final del verano.

—Eh, el de arriba, *pan*^[16], ¿todavía está dormido?

Asomó la cabeza por la ventana y miró hacia abajo. Una anciana lo llamaba desde el patio. Se mantenía derecha con la ayuda de un bastón, como una pequeña y bien asentada pirámide, con abrigo y chaquetas por arriba y anchas faldas por debajo. Los perros de la mujer, uno grande de capa marrón y otro pequeño, blanco y negro, permanecían a su lado y, como ella, lo miraban con las cabezas levantadas.

—Véngase a la casa. Le daré un café. —Se volvió cojeando, sin esperar respuesta. Los perros retozaron a su alrededor, olisquearon los arbustos, levantaron una pata, y se desperezaron, apretando la tierra con las patas delanteras extendidas.

Camino de la casa, Szara vio que la mujer había dejado dos cubos grandes de madera junto al pozo y, como cualquier vagabundo que no merece el pan que se come, comprendió que ella quería que le llevara el agua adentro. Primero se quitó su camisa de París, maniobró el mango de la chirriante bomba y se lavó con borbotones de agua helada que caían al canalón. Tiritando con el aire del amanecer se frotó con la camisa para secarse, luego se la puso de nuevo y con los dedos se peinó hacia atrás el húmedo cabello. Cuando se enjuagó la boca, el agua tan fría hizo que los dientes le dolieran. Después llenó los cubos y entró tambaleándose en la cocina, resuelto a no derramar ni una gota de agua en el suelo. La casa era un viejo edificio de piedra, techo bajo, una estufa de barro cocido, cerca de la pared, y en ésta, un

gran crucifijo y ventanas con cristales. El olor del café era intenso en el aire cerrado de la cocina.

Se lo sirvió en una taza de porcelana china —parecía ser que ya no quedaban platos— que debía de tener más de cien años.

—Gracias, *matrushka* —dijo y bebió un primer sorbo—. El café es muy bueno.

—Siempre lo tomo. Cada mañana. —La anciana lo dijo con orgullo—. Excepto cuando hay guerras. Entonces no se consigue, ni por todo el dinero del mundo. Por lo menos en estos alrededores.

—¿Dónde estoy?

—¿Dónde está usted? ¡Toma, en Podalki!, ¿dónde iba a estar? —cloqueó.

Sacudió la cabeza ante tal pregunta y luego se acercó a la estufa. Con la falda agarrada para protegerse las manos, retiró una sartén de pan del horno y la puso al lado de la taza de café de Szara. Luego se fue a la despensa y volvió con un cuenco de queso blanco cubierto con un paño. Le puso un cuchillo y un plato delante, y se retiró al lado de la estufa mientras él comía. Szara hubiera querido pedirle que se sentara a su lado, pero sabía que eso ofendería su sentido de la propiedad. Ella comería cuando él hubiese terminado.

Partió una humeante rebanada de pan y la cubrió con queso blanco.

—Oh, qué bueno está esto —alabó Szara.

—Tiene que caminar hasta la ciudad —dijo ella—. Hasta Czestochowa.

—No, voy a Lvov.

—¡Lvov!

—Así es.

—Santa Madre de Dios, Lvov. ¡Eso está muy lejos de aquí! —exclamó horrorizada por la distancia que Szara tenía que recorrer—. Es un lugar de Ucrania, ¿lo sabía?

—Sí.

—Dicen que está en Polonia, pero yo no lo creo. Ha de ir con cuidado con su dinero por aquellos sitios.

—¿Ha estado usted allí, *matrushka*?

—Quién, ¿yo? —La idea le provocó risa—. No. Los de Podalki no vamos por allí.

Cuando hubo terminado con el desayuno puso unos pocos zloty bajo el borde del plato. De vuelta al desván del granero, desplegó el mapa sobre el heno, pero no pudo encontrar Podalki. Uno de los hombres de la «Tass» en París, que había viajado con él en el aeroplano, disponía de un mapa mucho más detallado, pero se separaron al llegar a la estación de ferrocarril en

Varsovia. No le costó ningún trabajo encontrar la Czestochowa. Si ésa era la ciudad algo importante más próxima, había debido de cruzar el río Warta el día anterior, aunque el hombre que llevaba el carro lo había llamado de otra forma y no era más que una ancha y lenta corriente de agua, poco profunda al final del verano. El hombre lo había llevado por un pequeño sendero, y Szara cruzó el río en el transbordador de un viejo judío con un parche en un ojo. Tenía una balsa y un mecanismo de tracción con un cable del que tiraba hasta alcanzar la otra orilla. El barquero le dijo que, con paciencia y suerte, el sendero acabaría por llevarlo a Cracovia.

—Desde allí puede ir a donde quiera —le dijo el hombre mientras se guardaba en el bolsillo la exigua tarifa y se encogía de hombros, como si se preguntara por qué alguien se molestaba en ir hasta allí.

Szara plegó el mapa, lo devolvió al maletín, se puso el sombrero de fieltro y se colgó la chaqueta del hombro. Cuando abandonaba el granero, la anciana y sus perros sacaban la vaca a pastar. Le dio las gracias de nuevo, ella le deseó un viaje seguro y le hizo la señal de la cruz para que lo protegiera en su jornada. Después, él empezó a descender el estrecho y arenoso camino que lo conduciría a Podalki.

Tardó veinte minutos en llegar. No había gran cosa. Unas pocas casas de madera dispersas a los dos lados de una calle polvorienta, un hombre con el cráneo afeitado y bigote de Caballería, con las mangas arremangadas por el calor del día y los pulgares asidos a los tirantes, apoyado en el dintel de la entrada de lo que Szara tomó por la tienda del pueblo. Había un pequeño *ghetto* judío al otro lado de Podalki: mujeres con pelucas, un *hasid* con la *yalmurke*^[17] prendida del cabello cortaba leña en el patio de su casa, niños pálidos de cabello rizado que lo miraban con ojos vivaces, de reojo, mientras pasaba. Luego, Podalki desapareció y otra vez se encontró solo en la vasta estepa polaca, en medio de campos infinitos que alcanzaban hasta los bosques del horizonte.

Anduvo y anduvo, el calor del sol cada vez era más fuerte, el maletín, más pesado; empezó a sudar. Los campos a ambos lados del sendero estaban vivos; los insectos zumbaban, el oscuro musgo de la tierra desprendía un cierto olor, a podrido y a renuevo, dulce y rancio al mismo tiempo. De vez en cuando, un grupo aislado de abedules blancos surgía al lado de un arroyo, con sus delicadas hojas parpadeando al menor soplo del viento. Desde esa perspectiva, su vida en la ciudad le pareció frenética y absurda. Lo acuciante del trabajo y la irritante ansiedad del mismo parecían artificiosas. Era increíble que se tomara tantas molestias por algo tan sin sentido, códigos y

papeles, intercambio de paquetes en los cines, quién había comido con quién en un hotel de Berlín... ¡Qué locura! Giraban a su alrededor como el niño con los ojos vendados de un juego infantil. A principios de agosto, alguien había irrumpido en una lavandería en seco de las afueras de París y había robado los uniformes de los agregados militares polacos. Se armó un gran alboroto: reuniones, mensajes por radio, preguntas sin respuestas, respuestas sin preguntas.

Pero eso no fue nada comparado con lo que vino unos días después, el 23 de agosto, cuando se anunció el pacto entre Hitler y Stalin. El infierno era poco para castigar aquello. Llantos, gemidos y rechinar de dientes. Todo ocurrió como Goldman lo había anticipado, los idealistas se retorcieron las manos y se golpearon el pecho. Muchos quedaron literalmente aturcidos; recorrían las calles de París y hacían dolidas y solemnes declaraciones: «He decidido romper con el Partido». Incluso hubo suicidios. ¿De qué se creían que iba el juego?, ¿de filosofía?

Oyó el crujido de ruedas de un carro tras él y el «clop-clop» de los cascos. El carro, conducido por un joven, llevaba una gran montaña de heno. Szara se apartó a un lado del sendero para dejarle paso, andando entre los surcos del borde de un campo.

—Buenos días, *pan* —saludó el muchacho al pasar.

Szara le devolvió el saludo. La tufarada del caballo le llegó envuelta en el aire cálido del día.

—Bonito día tenemos —dijo el muchacho—. ¿Quiere que lo lleve un rato?

El carro no frenó del todo, pero Szara tomó impulso y se aupó al borde de madera, junto al conductor. El caballo aflojó la marcha perceptiblemente.

—Ah, *Gniady*, no me hagas esto —dijo el muchacho, chasqueó la lengua y sacudió las riendas.

Avanzaron durante un rato en silencio; luego apareció un sendero de dos rodadas entre los cultivos y el muchacho tiró de la rienda izquierda para desviar al caballo. Szara dio las gracias al chico y descendió del carro. A caminar otra vez, se dijo. *Ahora me toca a mí*. De tanto en tanto, veía hombres y mujeres que trabajaban en los campos. La cosecha acababa de empezar y por cualquier sitio aparecía el reflejo luminoso de las hoces. Las mujeres trabajaban con las faldas recogidas en la cintura, destacando sus blancas piernas desnudas sobre los tallos de trigo o centeno.

Szara sabía que alguien se iba a enfadar mucho por haber desaparecido así de su vista, peor para él. ¡Que se vayan al diablo y rabien en el infierno!

Estaba harto de amenazas. Había despertado a la realidad y, en cuanto a ellos, ya podían arreglárselas lo mejor que pudieran para seguir con su mundo soñado. Por encima de su cabeza, el cielo se extendía hasta el universo, el azul de la mañana fue palideciendo y enturbiándose a medida que el día avanzaba. Muy hacia el sur apareció la chata y oscura forma de una hilera de montañas, con un penacho de nubes rozándola, un anuncio de tormenta para la húmeda noche que se avecinaba. *Esto* era lo que existía: la estepa, el inmenso cielo, el trigo, la arena apisonada del sendero. Durante un momento fue parte de todo aquello, formó parte de la Naturaleza, no más, no menos. Ni siquiera sabía qué día era. Había salido de París el 30 de agosto, aunque para sus cuentas fue el 29, cuando tomó el taxi para ir al aeropuerto de Le Bourget porque eran las tres de la madrugada, todavía «noche avanzada». El largo día que vagó por el este de Polonia había sido, de hecho, el 30. Marcaba el final del verano.

Ya sabía que éste, en realidad continuaría todavía durante algún tiempo, hasta bien entrado setiembre, cuando la cosecha ocupara a casi todo el mundo en el campo, cuando la gente dormía en el surco para poder empezar a trabajar al alba. Por las noches se sentaban en corro y hablaban en voz baja, incluso hacían un pequeño fuego si tenían ya un terreno segado, y las parejas se perdían en las sombras para amarse. Pero para él, el verano había terminado su curso. Tenía el sentido del tiempo adquirido en su infancia, cuando iba a la escuela, y el final de agosto era el final de la libertad; igual que había ocurrido en su niñez, suponía que aquello seguía siendo lo mismo. Qué raro, pensaba, que se sintiera libre con el verano acabado. 31 de agosto de 1939, ésa era la fecha oficial. La comprobó una vez más para asegurarse. Sí, ésa era la fecha. Mañana, quizá, volvería a ser «él mismo», con su personalidad oficial, el periodista André Szara que viaja en tren, escribe cosas y hace lo que todos esperan que haga.

Pero, de momento, era un viajero solitario en el estrecho camino que iba a Czestochowa, y disfrutaba de la libertad perfecta del último día del verano.

Llegó a Czestochowa a última hora de la tarde, gracias al trayecto hecho en un antiguo vehículo que transportaba pepinos para los mercados de la ciudad. Tomó un tranvía que lo dejó en la estación del ferrocarril y allí compró un billete para Cracovia, donde podría tomar otro tren hasta Lvov.

—Lo llamamos el tren de la medianoche de Lvov —le explicó el digno empleado de taquilla—. También decimos, sin embargo, que el amanecer en

la ciudad de Lvov es muy bello.

Szara sonrió al apreciar la característica ironía polaca que llevaba el comentario. Las dos ciudades estaban separadas por más de trescientos kilómetros. Con aquello quería significar que no esperaba que el tren saliera puntual de Cracovia, que la locomotora era muy lenta o las dos cosas a la vez.

En el restaurante del otro lado de la calle, frente a la estación, se preparó para el viaje; comió sopa fría de remolacha, pan de centeno con mantequilla dulce, un filete de buey hervido, una guarnición de rábanos picantes que hacían saltar las lágrimas y varios vasos de té. Tenía el cuerpo dolorido de haber dormido en el desván del granero y de los kilómetros recorridos a pie por el fino polvo del camino. Pero la cena lo reconfortó, y dormitó en el compartimiento de primera clase hasta poco después de las ocho, hora en que el tren de las 6.40 para Cracovia salió traqueteando de la estación. La noche cayó rápidamente sobre el campo de Czestochowa y al sur, en la línea del horizonte, vio los destellos del cielo iluminado por los relámpagos de una gran tormenta, y contó hasta tres y cuatro rayos seguidos. Dos horas más tarde estaban en Cracovia.

Había pasado mucho tiempo desde que fue estudiante en su Universidad, pero prefirió permanecer en la estación hasta que el «tren de medianoche de Lvov» saliera. El empleado de la taquilla de Czestochowa había dicho la verdad, el tren salió con mucho retraso; algunos de los compañeros de compartimiento lo abordaron después de las dos de la madrugada. Vio pasar las calles de Cracovia iluminadas por farolas de gas, el cementerio Zydowsky, el puente del ferrocarril sobre el Vístula; después dormitó una vez más hasta que los comentarios de los otros pasajeros lo despertaron. Al parecer, el tren había tomado una vía secundaria y los viajeros trataban de ver lo que ocurría a través de la ventanilla; luego, de repente, hubo un frenazo. Aquella parada no le pareció normal. Se oyeron gruñidos furiosos y algunos, para enterarse de lo que pasaba, bajaron el cristal de la ventanilla tratando de ver a través de la oscuridad. Un hombre, con el uniforme de los ferrocarriles, se acercaba por las vías con un farol en la mano; los pasajeros lo llamaron y le preguntaron que qué ocurría, pero no les hizo caso. El compartimiento estaba a oscuras; Szara encendió un cigarrillo, se reclinó en el mullido respaldo del asiento y se dispuso a esperar. Otros pasajeros siguieron su ejemplo. Oyó el crujido de papel de periódico cuando alguien desenvolvió un bocadillo y el murmullo de una joven pareja. También el sonido de un violín desde un vagón de tercera clase. Minutos más tarde, un tren del Ejército, que avanzaba con gran lentitud pasó por la vía de al lado. Pudo ver a los soldados asomados a las ventanillas

y de pie en los pasillos; algunos iban sentados en los estribos de las puertas, balanceando las piernas. Szara vio los puntos brillantes de los cigarrillos encendidos.

—Van al norte —dijo una mujer sentada frente a él—. Lejos de la frontera. Quizá se haya arreglado la crisis con Hitler.

Un hombre sentados junto a ella encendió una cerilla para iluminar la primera página del periódico de la noche.

—Tiros en Danzig, ¿lo ve? Yo diría que se dirigen hacia allí.

El revisor apareció en el pasillo y abrió la puerta del compartimiento.

—Señoras y caballeros, me temo que he de rogarles que bajen del tren. Por favor.

Este aviso fue recibido con gran indignación.

—Ya, ya —dijo el hombre en tono comprensivo—, pero ¿qué quieren que haga? Les diría las causas si las supiera. Estoy seguro de que todo se arreglará en seguida.

Tenía un bigote caído y unos ojos dolientes que le daban la apariencia de un perro spaniel. Se fue al siguiente compartimiento y un joven lo siguió.

—¿Llevamos el equipaje?

—¿Para qué? —dijo, pero se corrigió de inmediato—. O quizá sí. No estoy seguro; lo dejo a su criterio, mis buenos señores.

Szara bajó su maleta de la red sobre la ventanilla y ayudó a los demás pasajeros a bajar el equipaje.

—Le diré... —empezó el pasajero del periódico en tono forzado, pero luego pareció que no tenía nada que decir. El tren se fue vaciando poco a poco; los pasajeros, medio dormidos, tuvieron que saltar a un terraplén de hierbas y quedarse cerca del borde de un terreno cubierto de maleza.

—Y ¿ahora qué? —dijo Szara al hombre del periódico.

—Le aseguro que no lo sé. —Hizo una ligera reverencia y extendió su mano—. Goletzky. Negocio de jabones.

—Szara. Periodista.

—Vaya. Usted tiene que saber lo que está ocurriendo.

—En absoluto —replicó Szara.

—¿Escribe en los periódicos de Cracovia?

—No. He estado en París los últimos meses.

—Qué suerte. Yo ya me daría con un canto en los dientes si pudiese ir a Varsovia una vez al año. Lo normal es que me mueva por las provincias del sur. Jabones perfumados para la gente rica, pastillas amarillas pasadas de

moda para los campesinos, la fórmula especial del doctor Grudzen para las jovencitas, y poco más. Eso es lo vendo.

—¿Qué cree que harán con nosotros? —preguntó Szara. Miró su reloj—. Son más de las cuatro. —Miró hacia el este y vio un pálido resplandor en el horizonte. Bostezó.

En la parte delantera, la locomotora desprendió un largo siseo de vapor y luego se oyó el lento movimiento de los pistones al ponerse en marcha.

—¡Oh, no! ¡Se va! —El grito salió de todas las gargantas. Algunos pasajeros empezaron a saltar dentro de los vagones, hasta que se dieron cuenta de que el tren permanecía quieto, que sólo la locomotora era la que se marchaba.

—Vaya, hay que decir que esto está pero que muy bien —dijo Goletzky con enfado—. Han desenganchado la máquina y nos dejan aquí, en la oscuridad, entre Cracovia y Dios sabe dónde.

Los pasajeros se dieron cuenta de que la cosa iba para largo y se sentaron cabizbajos sobre las maletas, en espera de que alguien de la compañía de ferrocarriles se acordara de ellos. Quince minutos después, la locomotora reapareció —tenían la palabra del revisor de que era la misma—, pero arrastraba el tren militar en dirección opuesta. El maquinista saludó con la gorra, como un gesto compasivo o como una señal secreta, conocida sólo por los de su profesión; los soldados iban cantando con voces que resonaban nítidas en el aire de la madrugada. Por último reculando ignominiosamente apareció la máquina que originalmente arrastrara el tren militar.

—O sea, que lo que nos tiene aquí parados son las maniobras del Ejército —comentó Goletzky.

A Szara no le gustó nada aquello, mas no puso el porqué. Desechó el sentimiento de irritación que surge del cansancio. Algunos de los pasajeros volvieron a sus asientos en los vagones. El revisor hizo un último intento para disuadirlos.

—En realidad, señoras y caballeros... —dijo, mientras sacudía la cabeza ante tanta anarquía.

Otros permanecieron afuera y quisieron convertir lo ocurrido en una fiesta. Alguien consiguió encender y mantener un fuego, y el olor a ajo de las salchichas asadas llenó el ambiente. Varios se agruparon alrededor del violinista. Y otros más se aventuraron por los campos en busca de intimidad, o para aprovechar la oportunidad de ver el paisaje.

El ronroneo de un aeroplano atrajo la atención de todos. Volaba en la oscuridad, no podían verlo, quizá hacía círculos. De pronto, el ruido del motor

se oyó mucho más fuerte, y el chirrido mecánico alcanzó lo alto de la escala y aumentó en un instante.

—¡Se va a estrellar! —exclamó la joven que ocupaba el mismo compartimiento que Szara.

Su voz tembló de miedo mientras levantaba el rostro, demudado, hacia el cielo. Se persignó y sus labios musitaron algo. Goletzky y Szara se pusieron de pie al mismo tiempo, como si una fuerza misteriosa hubiese tirado de ellos. Alguien dio un grito.

—¿Corremos? —preguntó Goletzky.

Pero era demasiado tarde para hacerlo: el ruido se convirtió en un pitido irresistible que dejó a los pasajeros paralizados donde estaban. El avión salió de la oscuridad en una fracción de segundo. Szara vio las esvásticas en las alas. Algo hizo que se tambaleara hacia un lado, entonces la bomba estalló.

La onda expansiva lo alzó del suelo, lo tuvo por un instante suspendido en el aire y luego lo lanzó contra el terraplén. Szara sintió que la fuerza del impacto le movía los dientes y los huesos de un lado del rostro; dejó de oír, aunque había un siseante silencio. Cuando abrió los ojos, no entendió nada: la mitad de la derecha del mundo era más alta que la izquierda, como una fotografía rota y unida luego sin encajar las dos mitades. Se asustó mucho y se puso a guiñar los ojos, frenético, en un desesperado intento de recuperar la visión normal, cuando trozos y fragmentos de cosas empezaron a caer sobre él; instintivamente se protegió la cabeza con el antebrazo. Luego, algo se movió dentro de cabeza y pudo ver con claridad. Hizo un esfuerzo para incorporarse, mientras se palpaba la ropa, temeroso de lo que fuera a encontrar, pero obligado a mirar. Sólo halló polvo, trozos de tela, hojas, y una mancha en la solapa de su chaqueta. Goletzky estaba cerca, sentado, con la cabeza entre las manos. Vio al revisor en el fondo del terraplén, inmóvil, con la cabeza hundida en la tierra. Tenía los pies descalzos y una línea roja le bajaba desde un talón. Szara buscó a la joven pero no pudo verla por ninguna parte. Una mujer de más edad, a la que no pudo reconocer, el cabello revuelto, llorando a raudales, con medio vestido destrozado, clamaba al cielo. Por como movía los labios y por la furia de su gesto, Szara pensó que estaba gritando, pero no pudo oír nada.

Primero lo llevaron al hospital de la ciudad de Tarnów. Estuvo sentado en un pasillo mientras las monjas enfermeras cuidaban de los heridos. Para entonces había recuperado el oído casi por completo. Para entonces había

recuperado su maleta milagrosamente; la había llevado al pasillo un soldado que preguntó si alguien sabía de quién era. Para entonces sabía que los alemanes habían atacado Polonia hacia las cuatro de la madrugada. Los soldados polacos, decían los alemanes, había ocupado una estación de radio alemana en Gleiwitz, matado a algunos soldados y difundido una proclama incendiaria. Pensó que aquello no era más que la clásica provocación simulada. En ese momento supo dónde habían ido a parar los uniformes polacos robados en París. Cuando le llegó el turno, un médico lo vio y dijo que quizá tuviera una contusión violenta. Si sentía náuseas, tendría que someterse a vigilancia médica. Si no, podría continuar su viaje.

Pero ésa no era toda la verdad. Al salir, un joven teniente le dijo, cortés, que determinadas autoridades, ahora en Nowy Sacz, deseaban hablar con él. ¿Estaba detenido? De ninguna manera, sólo que alguien del hospital había informado al Estado Mayor del Ejército que un periodista soviético había sido herido en el ataque a la línea férrea entre Cracovia y Lvov. Y que un tal coronel Vyborg deseaba discutir con él de ciertos asuntos en el cuartel general de Nowy Sacz. El joven teniente se sentiría honrado de escoltarlo hasta allí. Szara sabía que no tenía sentido resistirse; y el teniente lo llevó en un viejo automóvil checoslovaco, aunque todavía útil, y lo dejó sano y salvo una hora más tarde en Nowy Sacz.

El teniente coronel Anton Vyborg, a pesar de su apellido escandinavo, parecía un descendiente de la rancia nobleza polaca. Szara pensó que el nombre podría remontarse a las guerras medievales entre Polonia y Suecia, cuando, como en todas las guerras, hubo familias que se encontraron luchando en el bando equivocado. Cualquiera que fuese la historia, había algo del caballero báltico en el porte de Vyborg; era alto, esbelto, de labios delgados, de unos cuarenta años, pensó Szara, con arrugas entretejidas alrededor de sus estrechos ojos y un cabello pálido y corto, al estilo de los oficiales de Caballería. Y como tal, llevaba botas altas de piel flexible y pantalones de montar. Pero, a diferencia de un oficial de Caballería, su chaqueta del uniforme colgaba del respaldo de su silla, llevaba el cuello desabotonado, la corbata floja, y la camisa arremangada. Cuando Szara entró en el despacho, el oficial estaba fumando un cigarro, y en el gran cenicero de metal se veían las colillas de muchos otros. Su apretón de manos fue de acero, y miró duramente a Szara con sus fríos ojos azules cuando se presentaron. Luego, después de hacer un juicio rápido e intuitivo, se volvió cortés, envió a

su asistente por café y panecillos, y mostró lo que probablemente era —así lo pensó Szara—: la mitad genial de una personalidad con dos aspectos muy diferentes.

Mientras esperaba a que su asistente regresara, el coronel Vyborg fumó satisfecho, la mirada clavada en el espacio, en aparente paz con todo el mundo. Era el único que hacía eso, porque por la puerta abierta se veía a los demás oficiales, que pasaban presurosos con los brazos cargados de archivos mientras los teléfonos no dejaban de sonar. La sensación general era de movimiento frenético, casi de pánico. Hubo un momento en que un oficial joven se detuvo junto a la puerta, asomó la cabeza y dijo: «Obidza», que sólo podía ser el nombre de un pueblo pequeño. El coronel Vyborg hizo el mínimo gesto de haberse enterado, una cortés y casi irónica inclinación de cabeza, y el hombre juntó los talones y se marchó corriendo. Szara oyó cómo daba la noticia a otro en alguna parte del vestíbulo, «Obidza». Vyborg lanzó una larga bocanada de humo al aire, se levantó de repente, se acercó a la ventana y miró hacia el patio. El despacho —obviamente temporal: el letrero de la puerta decía «Asesor Fiscal»— estaba en el Ayuntamiento de Nowy Sacz, una imponente monstruosidad, reliquia de los tiempos del Imperio Austro-Húngaro, cuando Galicia fue provincia de Austria. Vyborg permaneció largo rato observando lo que sucedía en el patio.

—Ahora estamos quemando los archivos —dijo.

Lanzó una significativa mirada a Szara y levantó una ceja, pero no parecía interesado en saber lo que un periodista pudiera pensar de tales sucesos. Volvió a sentarse a su mesa.

—Quizá fuese mejor que empezáramos nuestra discusión sin el café; hoy nada funciona como es debido, incluido el viaje de mi asistente a la panadería. ¿No le importa?

—En absoluto.

—Bien, veamos. Si un periodista soviético ha logrado sobrevivir a los dos últimos años, significa que no es tonto. Seguramente usted sabe con quién está hablando.

Szara había supuesto desde el principio que Vyborg era el director o el segundo de una unidad de Inteligencia militar.

—¿Una... oficina de Inteligencia? —terminó diciendo.

—Sí, exactamente. Usted, señor Szara, bajo el punto de vista legal, es neutral desde la pasada semana, desde el 23 de agosto. Como ciudadano soviético, usted, oficialmente, no es amigo ni enemigo de Polonia; por tanto, voy a proponerle un trato que puede resultar interesante para ambos. Por

nuestra parte, quisiéramos saber qué hace usted aquí. Sus papeles están en orden, y presumimos que se le ha asignado una tarea específica. Nos gustaría saber qué interés tiene *Pravda* en enviarlo aquí, una semana después de que la Unión Soviética firmara un tratado, que es lo mismo que la nota necrológica de este país. A cambio me aseguraré de que se le proporcione un transporte que lo saque de esta región, por cierto, estamos a sesenta kilómetros al norte de la frontera, y haremos cuanto esté en nuestras manos para que llegue a Lvov, si es allí adonde quiere ir.

»Ésta es la oferta. Usted puede, por supuesto, rechazarla. La promesa alemana de no agresión le alcanza a usted personalmente, sin duda, y quizá prefiera quedarse con ellos. Si es así, no necesita irse muy lejos o puede seguir aquí, en Nowy Sacz, y en dos o tres días ellos vendrán a por usted. Incluso antes. Por otro lado, quizás usted quiera irse de inmediato. En cuyo caso le diría a mi ayudante que lo acompañara hasta la estación del ferrocarril, o lo más cerca que pueda, según la multitud lo permita. Miles de personas de los alrededores han venido hasta aquí tratando de salir como sea, y parece que los trenes no funcionan. Pero, bueno, usted puede elegir lo que guste. ¿Cuál es su decisión?

—Me parece una oferta aceptable.

—Dígame entonces la naturaleza de su trabajo en Lvov.

—Quieren saber algo de la vida diaria de las minorías nacionales en Polonia oriental: rusos blancos, ucranianos, judíos, lituanos...

—Quiere decir minorías nacionales *perseguidas*. En la antigua provincia rusa.

—El encargo, coronel Vyborg, no es ése. Quiero que tenga en cuenta que se me pidió que hiciera este viaje algunas semanas antes de que se supiera lo del pacto entre la Unión Soviética y Alemania. En otras palabras, no me han enviado a una guerra para que escriba una historia sobre la vida de campesinos y sastres. Yo no sé lo que mis editores tienen en la cabeza; ellos me envían a un sitio y yo hago lo que me dicen. Quizás es que no tienen nada de nada en la cabeza.

—La alegre, vieja y anárquica Rusia: la mano derecha nunca sabe lo que hace la izquierda. ¿Algo así?

—¿Y qué no se diría de Rusia? Al final, todo es verdad.

—Usted, de hecho, es polaco.

—De una familia judía procedente de Polonia. He estado en Rusia desde que era un adolescente.

—Entonces, permítame que me corrija: un polaco típico.

—Algunos dirían que no.

—En efecto, tiene razón. Pero otros les contestarían diciendo mierda de caballo.

Vyborg tamborileó con sus dedos sobre la mesa. Un hombre de aspecto solícito con un uniforme extremadamente arrugado, una especie de profesor bamboleante con gafas, apareció en la puerta y se quedó allí, dudoso, carraspeando de vez en cuando.

—Anton, perdóname, pero están en Obidza.

—Eso me han dicho —dijo Vyborg.

—Bien, entonces, vamos a...

—¿Recoger nuestras máquinas de cifrado y marcharnos? Sí, supongo que hay que hacerlo. Le he pedido a Olensko que se encargue. Dile que empiece, ¿quieres?

—¿Tomarás el mando?

—Te veré en Cracovia. Primero voy a llevar a nuestro corresponsal de guerra ruso a que vea el frente.

—¿Corresponsal de guerra? —El hombre estaba asombrado—. ¿Tan pronto? —Miró a Szara sin comprender—. ¿Van a publicar una crónica de esta guerra? —siguió preguntando con voz incrédula—. ¿«Cincuenta divisiones alemanas atacan Polonia»? Hombre, hombre, no. Quizás: «Unas unidades alemanas defienden con heroísmo sus fronteras cincuenta kilómetros dentro de Polonia».

Vyborg soltó una amarga carcajada.

—Quién sabe —dijo con resignación—. Eso puede que haga pensar al viejo «Kinto». —El nombre empleado para designar a Stalin hacía referencia al bandido de una canción, un personaje divertido del folklore georgiano. Szara se rió al escucharlo—. ¿Lo ves? —dijo Vyborg triunfal—. Está de nuestro lado.

Sentados en el asiento trasero de un coche abierto del mando militar, Szara y Vyborg se dirigieron apresuradamente hacia el sudoeste. El chófer de Vyborg era un sargento corpulento, con el cabello muy corto, bigote de león domesticado y una nariz abultada y venosa de un color casi púrpura. Maldecía sin parar en voz baja mientras sorteaba los obstáculos, cruzaba sembrados cuando era necesario y se abría paso a través de los trigales. La carretera era una pesadilla. Los refugiados iban hacia el norte, cargando en sus espaldas, o en carritos, sus pertenencias. Algunos seguían tras su ganado o lo conducían

atado con una soga. Cuatro personas transportaban a un hombre enfermo en una cama. Entretanto, las unidades militares polacas —Infantería a pie, Artillería tirada por caballos y carros de municiones— intentaban dirigirse hacia el sur. El coche dejó atrás un carro incendiado con dos caballos muertos atados a las riendas.

—«Stukas» —dijo Vyborg fríamente—. Un arma para aterrorizar.

—Lo sé —dijo Szara.

Siguieron ascendiendo por la polvorienta carretera llena de baches que subía por las colinas, hacia el lado polaco de los Cárpatos. El aire se hizo más fresco, el paisaje ondulado se fue difuminando a medida que la luz del día caía. Szara tenía un horrible dolor de cabeza; los saltos producidos por las duras ballestas del coche eran una tortura. No se había recuperado de la explosión de la bomba como había creído. Tenía un sabor metálico en la boca y sentía como si una hilera de finas agujas se le clavaran en la piel a un lado de la cara. El coche giró hacia el oeste, encarando una puesta de sol teñida de rojo por el humo y la calina, la clase de cielo que se ve al final del verano cuando los bosques arden. Según le dijo el coronel Vyborg, la carretera seguía la hondonada de un río. El Dunajec.

—Todavía conservamos la orilla oeste —dijo—. Al menos la teníamos cuando salimos de Nowy Sacz. —Sacó un grueso reloj de bolsillo y lo miró atentamente—. Puede que ya no —añadió tranquilo—. Desde el punto de vista militar, no tenemos grandes esperanzas. Quizá puede hacerse algo a nivel diplomático, incluso ahora. Enfrente hay un millón y medio de alemanes, tanques y aviones; nosotros no llegamos a un tercio de ese número y nuestra fuerza aérea es casi inexistente. Pilotos valientes, sí; pero aviones...

—¿Podrán resistir?

—Tenemos que resistir. Los franceses y los británicos pueden venir a ayudarnos. Por lo menos han declarado la guerra a Alemania. Pero necesitamos tiempo. Y pase lo que pase, es preciso que la verdad se sepa. Eso dice la gente siempre cuando muerde el polvo, ¿verdad?, «que la verdad se sepa».

—Haré lo que pueda —repuso Szara en tono quedo. En los rostros de la gente de la carretera había visto algunas veces expresiones de pesar, miedo o ira, pero a él le había parecido, sobre todo, que eran de estupor y desvarío, que en las miradas había perplejidad y cansancio más allá del sentimiento. No podía permanecer impasible viendo a los refugiados. Sus ojos guardaron la imagen de los que adelantaba el coche, uno por uno, uno tras otro.

—Un esfuerzo —dijo Vyborg—. Es todo lo que le pido. —Calló mientras adelantaban a un sacerdote que administraba los últimos sacramentos al borde de la carretera—. Aunque lo más probable es que las cosas se pongan de tal forma que nos maten. ¿Y para qué? A la Unión Soviética no le pesará ver el final de Polonia.

—¿Es posible un acuerdo?

—No lo creo. Como uno de nuestros líderes ha dicho: «Con los alemanes arriesgamos nuestra libertad, con los rusos perderemos nuestra alma». Aun así, puede que llamar la atención del Politburó sobre lo que los alemanes están haciendo vaya en su propio interés. No es imposible.

Cuando Szara oyó el ruido del avión apretó los puños. Los ojos de Vyborg escrutaron el cielo. Se inclinó hacia delante y puso una mano en el hombro del sargento.

—Vaya despacio, sargento. Si nos ve, atacará.

El «Stuka» salió de una nube herida por el sol; el corazón de Szara latió con más fuerza cuando oyó el acelerado chirrido del motor.

—¡Pare! —gritó Vyborg.

El conductor dio un violento frenazo. Saltaron del coche y corrieron por la cuneta de la carretera. Szara se aplastó contra el suelo cuando el avión se acercó. *Dios me salve*, fue su pensamiento. El ruido del avión en picado creció, mezclado con aterrorizados relinchos de caballos, gritos, chillidos, tableteo de ametralladoras, un estallido como un latigazo sobre su cabeza y luego el temblor de la tierra al caer la bomba. Cuando el sonido del motor se perdió en la lejanía, se sentó. Había apretado tanto los puños que se había clavado las uñas en las palmas de las manos, y le sangraban. Vyborg soltó una maldición. Sacó los cigarros rotos del bolsillo de la pechera. En la carretera, una mujer se había vuelto loca; la gente corrió tras ella por un campo gritándole para que se detuviera.

Al anoecer, la columna de refugiados fue a menos y luego desapareció por entero. El paisaje se quedó desierto. Cruzaron un pueblo a toda prisa. Algunas de las casas habían ardido; otras se veían con las puertas de par en par abiertas. Un perro ladró frenético cuando su coche pasó. Szara cogió la maleta, sacó un pequeño cuaderno de notas y empezó a escribir. El conductor sorteó el cráter de una bomba y maldijo en voz alta. Vyborg le ordenó guardar silencio. Szara apreció el gesto, aunque, en realidad, aquello no importaba. *Los alemanes bombardean objetivos civiles*, escribió. No, no publicarían eso. *Los polacos sufren después de que el Gobierno rehúse un compromiso*. Garrapateaba las palabras con rapidez, temeroso de que Vyborg pudiera leer

lo que escribía. *Un nuevo tipo de guerra en Polonia: La Luftwaffe ataca objetivos no militares.*

No.

No había nada que hacer. La inutilidad del viaje lo entristeció. De alguna manera era algo natural. Muerto en suelo polaco mientras hacía el gesto inútil de escribir una necrológica que dijera la verdad. De pronto supo con exactitud lo que era Vyborg: un personaje polaco de las páginas de Balzac. Szara lo miró a hurtadillas. Había encendido el trozo de un cigarro y pretendía estar perdido en sus pensamientos mientras su escritor escribía y viajaban a las trincheras. Sí, un romántico provocador. Puro coraje, frío ante los peligros de cualquiera que fuese la pasión que en ese momento lo dominaba. Hombres así —las mujeres, eran peores aún— habían destruido Polonia con bastante frecuencia. Y la habían salvado. Las dos cosas eran verdad, dependía del año que se eligiera. Y el gran secreto, pensó Szara, y que Balzac nunca había comprendido: los judíos polacos eran igualmente malos. En su fe eran inamovibles, sin importar la forma que tomara: hasidismo, sionismo o comunismo. Todos estaban ardiendo, y eso lo compartían con los polacos a partes iguales; era lo que tenían en común.

¿Y tú?

Yo, no, se contestó Szara.

El conductor frenó de repente y se apartó a la derecha de la estrecha carretera. Un convoy de tres ambulancias arrastradas por caballos avanzaba con lentitud en dirección opuesta.

—Ya nos estamos acercando —dijo Vyborg.

El coche emprendió la subida de una montaña cuya ladera estaba cubierta de árboles. Szara pudo oler el aroma penetrante y dulzón de la savia después de un largo día de calor. La noche refrescó con rapidez, un seto de árboles se erguía a cada lado de la carretera. Disponían de poca luz para avanzar y los faros delanteros estaban astillados. El sargento buscaba con la mirada clavada en la oscuridad y frenaba en seco cada vez que dejaba de ver la carretera al coger una curva o dar un giro. Sin embargo fueron observados. Por dos veces, una avanzadilla de la artillería de la Wehrmacht vio una luz que se movía en la carretera montañosa, y probó suerte: un zumbido bajo, apagado, un destello en el bosque, un crujido ahogado y luego el sordo estampido del cañón alemán resonando entre las montañas.

—Fallado —dijo Vyborg con mordacidad cuando el eco se disipó.

Una vez más, Szara se despertó al alba.

Envuelto en una manta, sobre el suelo sucio de un refugio arruinado de pastor, cuello, muñecas y tobillos rociados de keroseno para protegerse de los piojos. Desde la cabaña, un puesto de observación artillería en apoyo del batallón que se mantenía en la orilla oeste del Dunajec, podía ver un estrecho valle entre el río y la ladera del bosque, un pueblo destruido e incendiado por los cañones alemanés, un sector del río, los pilares de madera que habían servido de sostén a un puente volado y dos fortines de cemento construidos para defender el cruce. El observador no tendría más de dieciocho años, un joven teniente movilizado sólo tres días antes que aún vestía el traje que llevaba puesto en su oficina de seguros de Cracovia. Se había agenciado una gorra de oficial y llevaba las insignias en los hombros de una camisa blanca muy sucia; la chaqueta la tenía cuidadosamente doblada en un rincón del habitáculo.

El teniente se llamaba Mierczek. Alto, rubio, severo, buen hijo de alguien, monaguillo de su parroquia, sin duda, y soldado ahora. Un poco asustado por la presencia de un coronel y de un corresponsal de guerra, hizo cuanto pudo para que estuvieran cómodos. Un preocupado comandante de Infantería los había recibido la noche anterior y los había conducido hasta el puesto de observación. Szara lo describió en sus notas como *el tipo guerrero de 1914 o poco antes: feroz, brillante, rostro rojo; quejoso por no disponer de suficiente munición y cañones de campaña. Nos dio pan, tocino, té y un trozo de un pastel de pasas duro que su esposa le había hecho antes de salir para el frente. Lleva un anillo complicado, ¿noble?, ¿masón? No se alegró al vernos. «No sabemos lo que ocurrirá. Tendrán ustedes que arreglárselas lo mejor que puedan».* Frente a ellos, elementos del XVIII Cuerpo del Ejército XIV de la Wehrmacht al mando del Generaloberst List. Los avances desde el norte de Eslovaquia han utilizado los pasos del Jablunkov y del Dukla. Algunas unidades alemanas avanzaron más de veinticuatro kilómetros el primer día. Con independencia de lo que aquí ocurra, podemos quedar copados. Una perspectiva deliciosa. La fuerza aérea polaca bombardeada en tierra durante las primeras horas de la guerra, según el coronel V.

El diminuto valle fluvial en los Cárpatos era una maravilla al alba: un cielo estriado de rojo, bancos de niebla contra la ladera, una luz suave sobre el gris pizarra del río. Pero ningún pájaro. Las aves habían huido. A cambio, un profundo silencio, y el incesante y apagado zumbido de los cañones lejanos. Mierczek estuvo mirando durante largo rato a través de un agujero en el tejado de la parte trasera del refugio, buscaba nubes en el cielo mientras

rezaba en silencio por la lluvia. Pero el calendario de Hitler había sido perfecto: la cosecha alemana estaba recogida ya y la población no se vio tan afectada porque se llamara de repente a los campesinos a servir en el Ejército. Las infames carreteras polacas, que se convertirían en lodo de diabólica consistencia en cuanto las lluvias otoñales empezaran, estaban secas; y los ríos, la única defensa natural de la nación, iban escasos de agua y con poca corriente.

El ataque alemán empezó a las cinco. Szara y Vyborg miraron sus relojes cuando los primeros obuses cayeron en el pueblo. Mierczek dio vueltas a la manivela del teléfono de campaña e hizo contacto con la contrabatería polaca instalada en la linde del bosque encima del pueblo. Mirando atentamente con sus prismáticos, localizó las bocas de fuego en un punto del bosque, al otro lado del río, luego consultó un mapa hecho a mano cuyas coordenadas estaban trazadas a lápiz.

—Buenos días, mi capitán —dijo Mierczek al teléfono con tono respetuoso. Szara oía una voz al otro extremo de la línea afectada por el crujido de la electricidad estática. El observador continuó—: Están en L de Lodz-veinticuatro, señor. —Siguió mirando por los prismáticos y consultó otra vez el mapa—. Creo que al sudeste del enrejado, señor.

Vyborg pasó sus propios prismáticos a Szara, que vio el pueblo con toda nitidez. Un remolino de polvo ascendía en el aire. Luego, la fachada de una casa en una calleja se desplomaba, seguida de una nube de polvo y humo. Unas llamas incipientes lamieron una viga rota. Desvió los prismáticos hacia el río y después hacia el lado alemán, pero apenas pudo ver nada.

Los cañones de campaña polacos abrieron fuego, las explosiones produjeron un humo ocre por encima de las copas de los árboles. Szara vio que una lengua de fuego se elevaba en el bosque ocupado por los alemanes.

—Dos puntos a la izquierda —dijo Mierczek al teléfono. Esperaron, pero nada sucedió. Mierczek repitió sus instrucciones. Szara podía oír una voz excitada en medio del carraspeo causado por la estática. Mierczek sostuvo el auricular contra su pecho y habló en tono confidencial.

—Algunas de nuestros obuses no explotan.

Cuando los cañones polacos reanudaron los disparos, Szara vio la llamarada naranja de nuevo, pero esta vez en otro sitio. Mierczek informó de esto. Dos hombres con camisetas oscuras y las mangas arremangadas corrían por el pueblo de casa en casa. Desaparecieron durante un buen rato. Luego volvió a verlos, con una forma gris sobre una camilla.

Cada vez le costaba más a Szara ver algo; la capa de humo era tan espesa que las formas y las sombras de los objetos sólidos se difuminaban. Los destellos de la Artillería alemana parecieron cambiar de posición..., no podía ser, pensó, que hubiera tantos en el bosque. Luego una ametralladora polaca empezó a disparar desde uno de los fortines. Szara dirigió los prismáticos hacia el extremo de la orilla del río y vio centenares de formas grises, hombres que corrían agachados, salían de los bosques y se tiraban cuerpo a tierra. El fuego de la fusilería polaca empezó a repiquetear desde las casas del pueblo. Un depósito de municiones polaco fue alcanzado por un obús, la explosión sonó desigual, se elevó una enorme nube, ondulante como un torbellino, y blancas estrellas brillantes cayeron al río, trazando arcos de humo en el cielo. Mierczek no dejó de informar ni un solo momento, pero el fuego defensivo de los polacos parecía no surtir efecto. Por fin, el coronel Vyborg intervino.

—Creo, teniente, que lo que usted intenta localizar es la batería de un tanque. Parece que han talado árboles en los bosques para que los tanques los crucen.

—Pienso que tiene razón, señor —dijo Mierczek. Cuando comunicaba esta información su rostro se puso tenso, pero siguió transmitiendo hasta el final. Luego, en un gesto inconsciente, se mordió el labio inferior y cerró los ojos por un instante.

—Han alcanzado la batería —murmuró.

Szara miró más allá de los bosques polacos, pero apenas pudo ver nada a causa del humo. Vyborg se asomó al rectángulo irregular que servía de ventana abierto entre las vigas de madera.

—Deme los prismáticos —pidió a Szara. Miró durante unos segundos—. Zapadores —explicó y devolvió los prismáticos a Szara.

Las tropas alemanas estaban en el río, protegidas por los pilares de madera del derribado puente, y disparaban con pistolas contra las puertas de los fortines. El zapador alemán más cercano al lado polaco iba sin camisa, su rosado cuerpo destacaba contra el agua gris. Se echó a nadar de repente desde detrás de uno de los pilares con una sogá cogida entre los dientes. Dio unas brazadas largas y poderosas, soltó luego la sogá que se alejó flotando mientras él volvía nadando de espaldas a favor de la corriente. A su espalda, otros soldados tiraron a su vez de la sogá hasta el pilar donde el nadador había estado. Algunos se alejaron a nado, pero fueron remplazados por otros.

—¿Oiga? ¿Capitán? ¿Oiga? —Mierczek llamó por el teléfono. Dio vueltas a la manivela y lo intentó otra vez. Szara ya no oyó el carraspeo de la

estática—. Creo que la línea se ha cortado. —Cogió unos alicates de una bolsa caqui y desapareció corriendo por la puerta baja.

Su trabajo consistía, como Szara sabía, en seguir la línea hasta que encontrara la rotura, repararla y volver. Durante un segundo, Szara vio el blanco de su camisa a su izquierda, hacia la batería, pero en seguida se desvaneció en medio de la densa humareda que salía de los árboles.

Szara enfocó los prismáticos en el pueblo. Casi todas las casas estaban ardiendo. Vio salir de una de ellas a un hombre que corrió hacia los bosques, pero cayó de rodillas y quedó tendido en el suelo después de dar unos pocos pasos. Cuando Szara volvió a mirar al río, los zapadores habían avanzado dos pilares más, y nutridos grupos de alemanes disparaban desde detrás de los que tenían ya ocupados. El fuego era cruzado. En las viejas y alquitranadas maderas, como por arte de magia, surgían marcas blancas, de las astillas que saltaban. Había veces que un soldado alemán caía hacia atrás, pero en seguida otro lo sustituía en la línea. Un poco más abajo del río se veían destellos procedentes de la primera fila de árboles. Szara se fijó allí con atención, y vio algo con la forma de un gran barril silueteado contra el tronco de un pino destrozado. Sólo pudo divisar una masa redonda debajo del barril. Sí, pensó, Vyborg había acertado, era un tanque. Un grupo de infantes polacos salió del bosque debajo del refugio, tres de ellos con una ametralladora y peines de municiones. Intentaban ganar una posición con un campo de fuego que les permitiera batir los pilares del río. Avanzaron agachados, atropellándose, uno perdió el casco, pero los tres consiguieron situarse en una depresión de arena entre la orilla del río y un grupo de alisos. Vio los destellos de la ametralladora al disparar. Enfocó los pilares y observó cómo el pánico cundía entre los alemanes mientras algunos de ellos caían. Se sintió arrebatado por el entusiasmo, hubiera querido gritar y dar ánimos a los servidores de la ametralladora. Pero cuando volvió a enfocarlos, sólo quedaba un hombre disparando, el cual, de pronto, se cubrió el rostro con las manos, se echó hacia atrás y cayó de espaldas. Con lentitud logró darse la vuelta; entonces comenzó a arrastrarse y, se dirigió hacia el bosque.

El teléfono de campaña recobró la vida de súbito cuando el crujido del auricular empezó a dejarse oír de nuevo. Vyborg lo cogió.

—Aquí su puesto de observación —dijo. Se podía oír una voz del otro lado de la línea que gritaba—. No sé dónde está —siguió Vyborg—. Fue a reparar la avería; hasta que regrese, yo le dirigiré el fuego. ¿Hay algún oficial ahí? —Szara oyó la negativa—. Muy bien, cabo, pues coja usted el mando. Hay tanques en los bosques al norte de usted, en la linde. ¿Puede disparar una

sola andanada, corta? En el río también sirve. —Hubo una respuesta y Vyborg miró el mapa que Mierczek se había dejado—. Muy bien, cabo. Mi consejo es cuadrante M28.

Szara fijó los prismáticos para ver el impacto de la línea de tiro que Vyborg había dicho; pero un grupo de alemanes, que había alcanzado la orilla oeste del río y corría hacia los árboles, lo distrajo.

—Han cruzado —advirtió a Vyborg.

—Os habéis quedado cortos —dijo éste al teléfono—; subid un par de grados.

Szara miró hacia la puerta al tiempo que se preguntaba dónde estaría Mierczek, y pensó que ya no regresaría. Vio los destellos de las ametralladoras desde posiciones en el pueblo y por encima. Eran los polacos que disparaban contra un flanco de ataque que los alemanes habían establecido en el bosque. Cinco tanques «Panzer» salieron de entre los árboles y ocuparon el arenal del río, después avanzaron por la orilla y formaron un ángulo que les permitiría disparar contra las fuerzas polacas del pueblo. Szara descubrió con los prismáticos al soldado de la ametralladora que había intentado alejarse de la playa. Permanecía inmóvil sobre la arena.

—¿Cabo? —llamó Vyborg por el teléfono.

A última hora de la tarde estaban cerca del pueblo de Laskowa, no lejos del río Tososina, sin saber a dónde ir después, posiblemente cortados por el cerco de la Wehrmacht, pero vivos, casi de milagro.

Habían escapado del escenario de la cabeza de puente alemana sobre el Dunajec por cuestión de minutos. El coronel Vyborg había tenido la precaución de dejar el coche oficial, con el sargento para que cuidara de él, en lo alto de la carretera, antes de entrar en el pueblo. Si lo hubiese dejado en el pueblo, a esas horas estarían prisioneros o, más probablemente, muertos. Cuando la resistencia polaca decreció, la Infantería alemana cruzó el río en balsas de troncos y aisló a un pequeño grupo polaco que quedaban en unas pocas posiciones al extremo del pueblo. Entonces, los alemanes exigieron la rendición. Los polacos, a sabiendas de lo que les esperaba, se negaron. Vyborg vio el inicio del ataque final con sus prismáticos, luego, no queriendo presenciar aquello, los guardó en su estuche de cuero y apretó los broches para cerrarlo. Buscaron su camino a través de la maleza de la ladera; hubo momentos en que estuvieron expuestos al fuego alemán y oyeron el silbido de

las balas entre las ramas, pero el bosque fue una defensa efectiva y se libraron de los tiradores alemanes.

Durante un tiempo, la carretera que cruzaba al pie de los Cárpatos estuvo vacía, luego se encontraron con los restos de un regimiento polaco en retirada procedente de la frontera; soldados exhaustos, rostros y uniformes grises por el polvo, carros cargados de hombres heridos y silenciosos, otros heridos caminaban con ayuda del fusil o apoyados en los compañeros, los oficiales no daban ya órdenes. Para Szara y, evidentemente, para Vyborg, aquello era peor que la batalla del Dunajec. Allí habían visto el valor enfrentándose a una fuerza superior; lo que tenían ahora delante era la derrota del Ejército de una nación. Un grupo de campesinos que cosechaban trigo en un campo dejaron de trabajar, se quitaron las gorras y contemplaron en silencio el paso de las tropas.

El sargento condujo lentamente durante un rato, al paso del regimiento. Luego, hacia el mediodía, las unidades de vanguardia entraron en batalla. Según les informó un teniente a quien Vyborg preguntó, un cuerpo de Ejército alemán, que desde el norte de Eslovaquia se había abierto camino por uno de los pasos de los Cárpatos, se dirigía ahora hacia el Este —un giro de extraordinaria e inaudita rapidez favorecido por los camiones y tanques— para cerrar la bolsa y cortar la retirada a las tropas polacas que iban por la carretera. Cuando se iniciaron los intercambios de morteros y ametralladoras, y el regimiento empezó a organizar la resistencia, Vyborg ordenó al sargento que siguiera una pequeña senda —dos rodadas de carro en el polvo— que cortaba camino a través de un trigal.

Y en ello se les pasó el día.

—Le llevaremos a un telégrafo o a un teléfono en alguna parte —dijo Vyborg, con la mente puesta en la presunta crónica de Szara para *Pravda*.

Pero la senda serpenteaba por las colinas, sin ninguna prisa por llegar a ninguna parte, se acercaba a innumerables arroyos para abreviar el ganado, pasaba por ocasionales asentamientos campesinos en lo más atrasado del campo polaco, lejos, muy lejos de los hilos telegráficos o de algo parecido. Tan atrasado, pensó Szara, como si se encontraran en el siglo XIV, en una tierra de carros con altos adrales y enormes ruedas de madera desbastada con hachas; campesinas con delantales; el olor profundo de la tierra seca de setiembre, mezcla del estiércol de los cerdos, del dulce heno y del humo de leña.

—Mire lo que hemos perdido —dijo Vyborg.

A media tarde se detuvieron en el polvoriento patio de una granja y compraron pan y salchichas, y cerveza recién hecha, a un campesino asustado que los llamó *pan*^[18] a cada suspiro. Un hombre que llevaba el miedo a los ejércitos en la sangre, al que tuvieron que convencer casi a la fuerza para que cogiera su dinero. *Sólo quiero que os marchéis*, decían sus ojos mientras sonreía obsequioso. *Sólo quiero que os marchéis*. Dejadme a mi esposa y a mis hijas —ya tenéis a mis hijos—, perdonadme la vida, siempre os hemos dado cuanto habéis pedido. Tomadlo. Ved que soy un ser humilde, un hombre estúpido que no interesa a nadie. Marchad ahora.

Se detuvieron en un bosque para comer. El sargento puso el coche lo suficiente a cubierto como para que los aviones de observación alemanes no pudieran verlo. Cuando paró el motor, se hizo un silencio profundo, sólo roto por las tres notas del suave canto de un pájaro solitario. El bosque le recordó a Szara una catedral; sentados bajo unos robles altos que filtraban y matizaban la luz, el ambiente evocaba la fresca sombra de una iglesia. Daban ganas de rezar sólo por estar allí. Pero a Vyborg le hizo más daño que beneficio, su humor empeoró por momentos. El sargento terminó el pan y la salchicha y se llevó su cantimplora de cerveza al coche, levantó el capó y comenzó a enredar en el motor.

—No está contento, y lo demuestra a su manera —dijo Vyborg.

Pero Szara, aunque sólo fuera por cortesía, lo hubiera acompañado. Conocía esa oscura profundidad del alma y la temía; era la caída en un infierno privado donde nada se arreglaba, se mejoraba o se solucionaba y que con frecuencia termina mal. Ya lo había visto otras veces. Observó que la solapa de cierre de la pistolera de Vyborg no estaba abrochada. Algo sin importancia, pero no era la clase de oficial que descuidara esos detalles. Sabía que si Vyborg decidía que su honor consistía en pegarse un tiro en un bosque, él no podría decir ni hacer nada, y tampoco detenerlo.

—Usted no puede responsabilizarse de todo esto, coronel —dijo Szara rompiendo el silencio.

Vyborg tardó en contestar. Quizá pensó que no valía la pena molestarse en hacerlo.

—¿Quién entonces? —dijo al fin.

—Los políticos, y Adolfo Hitler sobre todo.

Vyborg se lo quedó mirando con aire incrédulo, mientras pensaba que había elegido al más tonto del mundo para que contara la historia de su nación.

—Señor —le dijo—. ¿Acaso cree que los que usted ha visto forzando el Dunajec eran del Partido Nazi? ¿O es que yo no estaba allí? Si lo que había allí era gente borracha meándose en las farolas, yo no la vi. Vi a Alemania, la eterna enemiga de Polonia; vi alemanes. «Vamos, compañeros, que aquí hay faena y nosotros sabemos hacerla, manos a la obra». Vi a la Wehrmacht, y yo hubiera estado orgulloso de mandarla, cualquier oficial digno de su salario lo hubiera estado. ¿Cree usted que un puñado de tenderos de mierda y de escolares revoltosos, dirigidos por Himmler, el granjero de gallinas, y por Ribbentrop, el vendedor de vinos, pueden derrotar a un batallón polaco? ¿Es eso lo que cree?

—No, por supuesto que no.

—¡Pues entonces!

Vyborg había levantado la voz. El sargento, con las mangas recogidas hasta los codos para trabajar bien en el motor del coche, se puso a silbar.

—Y es responsabilidad personal mía —continuó Vyborg, ya más dueño de sí—. ¿Hay en alguna parte, en algún archivo de Varsovia, un informe firmado por A. S. Vyborg, teniente coronel, que diga que los «Stukas», los bombarderos en picado, podían hacer esto y aquello? ¿Que diga que la Wehrmacht era capaz de cubrir veinticinco kilómetros al día, con el ejemplo de tanques de Infantería motorizada? No hay nada de eso. Vamos a perder esta guerra, vamos a ser subyugados, y la culpa recae en la diplomacia, usted no está del todo equivocado, pero también recae en mí y en mis colegas. Cuando un país es conquistado o sometido por medios políticos, los culpables son siempre los Servicios Secretos; porque si se supone que les está permitido hacer *cualquier cosa*, tendrían que haber hecho *algo*. En la vida política, ésa es la ecuación más cruel, pero hay que aceptarla. Si no la aceptásemos, no podríamos continuar con nuestro trabajo.

Vyborg hizo una pausa, bebió la cerveza que le quedaba en la cantimplora y se limpió los labios delicadamente con los dedos. El sargento había dejado de silbar y el pájaro de las tres notas empezó de nuevo su canto, suave y triste. El coronel reclinó su espalda contra el tronco de un roble y cerró los ojos. Estaba muy pálido, advirtió Szara, y cansado, quizás agotado. La fuerza de su personalidad lo había abandonado. La luz difusa del bosque cambiaba el color de su guerrera, que ahora aparentaba ser un traje de lana tupida, cortado por un sastre, y no un uniforme; sus armas al cinto parecían un estorbo. Luego se esforzó por regresar de donde sus pensamientos lo hubieran llevado, se irguió y buscó un cigarro en el bolsillo de la pechera, pero se enfadó al no encontrar ninguno. Cuando volvió a hablar, su voz fue tranquila y resuelta.

—Cada profesión define sus propios fracasos, amigo mío. El paciente del médico que no se recupera, el comerciante que debe cerrar su negocio, el político que dimite de su cargo, el agente del Servicio Secreto que ve su país invadido... Seguramente usted, por su forma de vivir en Rusia, sabe de eso. Habrá tenido, para decirlo de alguna manera, «contactos» con su propio espionaje.

—En muy raras ocasiones —dijo Szara—. Por lo menos a sabiendas. Porque usted no se está refiriendo a la Policía Secreta, que a ésa sí que se la encuentra uno todos los días, de una manera u otra, sino a los que se ocupan de los asuntos internacionales.

—Exactamente. Bien, pues le diré algo: usted se ha perdido una era histórica, un fenómeno. Conocemos el Servicio Secreto soviético, luchamos contra él, y malo sería que no lo conociéramos, y lo que la mayoría de nosotros siente, junto a la lógica indignación patriótica, es quizás un poco de envidia. Vistos en su conjunto, todos sus componentes importantes forman un grupo curioso: Theodor Maly, antiguo capellán castrense húngaro, Eitingon, Sloutsky, Artuzov, Trilisser, el general Shtern, Abramov, el general Berzin, Ursula Kuczynski, conocida por Sonia, ese hijo de puta llamado Bloch y todos los lituanos, polacos y judíos que usted quiera; todos ellos son..., mejor debiera decir que casi todos ellos *eran*, los mejores en este trabajo. No me refiero a su moral, sus vidas privadas o su entrega a una causa en la que no creo; no, no hay que verlos bajo ese aspecto. Pero en lo que al espionaje se refiere, no los ha habido mejores, y quizá no los haya en el futuro. Supongo que es una lástima; todos ellos fueron víctimas de algún propósito extraño y misterioso que sólo Stalin conocía; al menos es una lástima que usted no haya conocido a unos personajes tan particulares.

—¿Los ha conocido usted?

—No personalmente. Son hombres de papel que viven en los archivos, pero quizás ésa sea su verdadera manifestación. Porque en carne y hueso, ¿qué son? Un hombrecito con gafas que lee el periódico en un bar. Un obeso caballero judío que elige una corbata y engatusa a la vendedora. Un hombre en mangas de camisa y tirantes que aguanta la reprimenda de su esposa por alguna estupidez doméstica. —Vyborg se rió de su imaginación, de su archivo de malhechores cuando los enfrentaba a los problemas de la vida diaria—. Ah, pero en el papel..., en el papel es otra historia. Un embajador comprometido aquí, la desintegración de un poderoso grupo de emigrados allá, la copia de una ingeniosa máquina de cifrado sin que nadie sepa cómo ha sido, un incidente en Bruselas, una desaparición en Praga, y, en seguida, hay

que sospechar de una mano hábil en la sombra. En el escenario, el mago dice: Ahora lo ven, ahora no lo ven. Ah, pero queridas señoras, respetados caballeros, habrán de perdonarme, no puedo decirles cómo se hace el truco.

El sonido de un avión que se acercaba interrumpió a Vyborg, el cual levantó la mirada y buscó por entre las ramas de los árboles. Durante un rato, mientras el avión permaneció invisible por encima de las nubes que cubrían el bosque, estuvieron en silencio. Luego el sonido se perdió en la distancia. Vyborg se levantó y se sacudió la ropa.

—Una cosa de la que podemos estar seguros: no es de los nuestros. — Szara también se levantó. Vyborg volvió a mirar el cielo—. Será mejor que nos movamos o la Wehrmacht en una de sus maniobras de pinzas tan inteligentes, nos va a coger dentro y caeremos prisioneros. En la última guerra, la clase de los oficiales respetaba el código de los caballeros, pero esta vez ya no estoy tan seguro.

Siguieron la marcha por un campo resplandeciente con miles de sombras verdes y doradas bajo la calina del final de la tarde. Tres carretas venían en dirección contraria y el sargento, por indicación de Vyborg, se echó a un lado para que los carros pudieran seguir las rodadas del sendero. Judíos polacos — hombres, mujeres y niños—, con la mirada baja al paso de oficiales del Ejército, se dirigían hacia el Este huyendo del avance alemán. Cuando el coche se puso de nuevo en marcha, Szara se dirigió a Vyborg.

—Evidentemente, para éstos no hay código de caballeros.

—Me parece que no. Si las fuerzas alemanas ocupan Polonia, me temo que nuestros judíos van a sufrir. Los que acaban de pasar también lo creen, y yo los comprendo. Pero van hacia el Este. ¿Acaso la Unión Soviética los va a ayudar?

—Rusia hace lo que tiene que hacer —contestó Szara—. La vida no les resultará fácil, pero casi todos ellos sobrevivirán. Al final, Stalin sabrá ya qué hacer con ellos.

—¿En campos de concentración?

—Quizás en batallones de trabajo. No les dejarán que se establezcan y vivan a su manera.

—¿No ama usted a su país de adopción, señor Szara?

—Él es el que no me ama, coronel, y la vida no suele ser cómoda cuando eso ocurre.

—Pero usted podría marcharse y, pese a todo, no lo hace.

—¿Y quién no ha pensado en hacerlo? Soy tan humano como los demás. Pero hay algo en este lugar del mundo que dificulta el dejarlo. No es fácil de

explicar, porque el anhelo poético por el cielo y la tierra parecen demasiado poco cuando los chequistas asoman. Y uno se queda. Luego decide marcharse, lo aplaza una semana, y ocurre algo, tendría que ser el jueves, pero ese jueves no puede ser; después de pronto, es lunes, pero ese lunes los trenes no funcionan. Entonces esperan a marzo, y algún decreto nuevo te da esperanzas; llega la primavera en abril, y tu corazón se siente capaz de resistir cualquier cosa. O así te lo imaginas. —Se encogió de hombros y continuó—. Te despiertas una mañana y te das cuenta de que ya eres demasiado viejo para cambiar, demasiado viejo para empezar de nuevo. Entonces, la mujer que está en tu cama se aprieta contra ti porque tiene los pies fríos, y te das cuenta de que no eres tan viejo; después de eso empiezas a preguntarte qué es lo que te reserva el resto del día, y por Dios que sin saberlo, te has vuelto ruso y todo ha pasado sin darte cuenta.

—Yo debería de leer lo que usted escribe —dijo Vyborg sonriendo—. Pero ¿qué clase de ruso es usted si vive en París? ¿O me equivoco?

—No. Tiene razón. Y todo cuanto puedo decir en mi defensa es: ¿qué poeta no ama lo que ama desde lejos?

Vyborg se echó a reír, primero con una risa educada, luego sin tapujos, porque la idea había calado hondo en él.

—Qué vergüenza —dijo—, estamos a punto de perder este país nuestro, tan maravilloso y entrañable. Si no fuera por eso, señor Szara, le aseguro que, por tener el placer de su compañía, yo iría a buscarlo al infierno si fuese preciso.

Aquella noche, Szara descansó echado en una manta junto al coche, tratando de dormir. Era la medicina que necesitaba para el agotamiento, el alma dolida, la supervivencia; pero cuando le venía el sueño, cada cinco minutos, no era el sueño que lo curaba. Toda una zona alrededor de su sien le palpitaba con insistencia, parecía que la tenía hinchada y blanda y temía que algo irremediable le estuviera ocurriendo por dentro. Fue una noche fría y sin estrellas. Habían conducido sin parar, sin que pudieran avanzar mucho por aquel sendero de carros, y sólo se detuvieron al anochecer.

Después de abandonar el robledal, penetraron de súbito en un trigal que parecía infinito, kilómetros y kilómetros de trigo. No encontraron pueblo alguno, tampoco un alma, sólo las espigas maduras con su sordo murmullo al paso del viento de la tarde. Echaron las últimas latas de gasolina en el depósito del coche; necesitarían conseguir más. Szara tenía sueños terroríficos

—la genial ironía que les había mantenido la moral durante el día desaparecía durante la noche— y cuando al fin podía dormir, alguien lo perseguía y él no podía correr. El suelo sobre el que estaba echado era duro como la piedra; si se daba la vuelta, el dolor que sentía en el rostro lo obligaba a volver a la posición original. Bastante antes del alba, el ruido de la tormenta lo despertó. Pero cuando se incorporó vio en el horizonte que no se trataba de una tormenta, sino de un resplandor naranja que teñía el negro horizonte nocturno hacia el Este. Durante unos minutos fue el único que estuvo despierto; descansó la cabeza sobre el brazo y contempló lo que sin lugar a dudas era una ciudad ardiendo bajo el fuego de la artillería.

Cuando el sargento y el coronel se despertaron, se unieron a él para mirar el horizonte. Nadie habló durante mucho tiempo. Luego, el sargento se levantó, recogió las cantimploras y se fue en busca de agua. No les quedaba nada para comer ni para beber desde la tarde del día anterior, y la sed empezaba a ser algo que mejor era no mencionar. Vyborg encendió una cerilla y trató de estudiar el mapa porque no estaba seguro de dónde se encontraban.

—¿Podría ser Cracovia la que arde ahí delante? —preguntó Szara.

Vyborg movió la cabeza varias veces para expresar su ignorancia, y encendió otra cerilla.

—Nuestro sendero de carros no figura en este mapa —dijo—. Pero calculo que llegaremos a la vía del tren Norte-Sur en una estación de empalme de algún sitio al noreste de aquí.

Szara cogió el último cigarrillo «Gitane» de un paquete aplastado. Tenía dos más en la maleta, envueltos en una camisa limpia. Pensó en cambiarse de ropa. Había sudado y luego se había secado con demasiada frecuencia, y estaba cubierto por una fina capa de polvo que le hacía sentirse sucio y con picores por todas partes. Demasiado acostumbrado al lujo de París, pensó. Baños, cigarrillos, café y agua fresca cuando uno abría el grifo. En esos momentos parecía un mundo soñado. Según el coronel, Francia había declarado la guerra, lo mismo que el Reino Unido. ¿Iban los aviones alemanes a bombardear sus ciudades? Quizá París fuera un resplandor anaranjado en el cielo.

—No debe de haber agua por aquí cerca —murmuró Vyborg al mirar la hora en su reloj.

Szara volvió a sentarse, esta vez apoyado contra la rueda del coche, y fumó su cigarrillo.

Una hora más tarde, el sargento no había regresado y hacía rato que había amanecido. El coronel Vyborg recorrió un buen trecho del sendero dos veces sin ver a nadie. Por último pareció tomar una decisión: abrió el maletero y sacó un rifle automático. Separó la recámara de su alojamiento delante del gatillo e inspeccionó los cartuchos; después de devolver todo a su lugar, entregó el arma a Szara. Por las marcas se trataba de un modelo «ZH 29», fabricado en Brno. Checoslovaquia; un arma larga y pesada, no mala del todo; el punto de apoyo tras el cañón tenía una protección rugosa de aleación metálica con el fin de que los dedos del tirador no se dañaran con el fuego automático.

—Tiene veinticinco cartuchos y uno en la recámara —le explicó Vyborg—. Está montado para disparar un solo tiro, pero puede mover la palanca que hay detrás de la recámara y disparará en serie. —Volvió a cogerlo y manipuló el cerrojo—. Ya está cargado. —Sacó su pistola de la funda, una automática de cañón corto, y la inspeccionó como había hecho antes con el fusil checo—. Será mejor que nos separemos unos pocos metros, pero iremos siempre a la misma altura; el campo es un mal sitio para andar con armas cargadas.

Siguieron un trecho por el sendero; el coronel se detenía de vez en cuando y susurraba el nombre del sargento. Pero no hubo respuesta. La senda rodeaba una colina en una curva ascendente, y, cuando el sol se acercaba ya al horizonte, encontraron al sargento, al otro lado, a unos doscientos cincuenta metros del coche, en un lugar donde el trigal aparecía aplastado y tronchado. Le habían cortado el cuello. Yacía tendido boca abajo, los ojos muy abiertos y un gesto de furia en su rostro. Sus manos apretaban un puñado de tierra. Vyborg se arrodilló a su lado y espantó las moscas. Las botas del sargento habían desaparecido, sus bolsillos estaban vueltos del revés y cuando Vyborg miró en el interior de su chaqueta, vio que la pistolera que llevaba en la axila estaba vacía. No había ni rastro de las cantimploras. Durante un rato, Szara y Vyborg permanecieron como estaban: Szara de pie, con el pesado rifle en las manos, Vyborg arrodillado junto al cuerpo desangrado en la tierra. Todo estaba en silencio, sólo se oía el lejano retumbar de los cañones y el rumor de las espigas movidas por el viento. Vyborg masculló una palabrota para sus adentros y fue a coger una medalla religiosa del cuello del sargento, pero si la había llevado, también se la habían robado. Por fin el coronel se levantó, con la pistola asida sin fuerza en la mano. Para probar la dureza del suelo, lo golpeó con el tacón de la bota, pero era seco y duro como una roca.

—No tenemos pala —dijo finalmente. Se volvió y echó a andar. Cuando llegó a la altura de Szara añadió—: Siempre pasa esto cuando hay guerra. —

Su voz era amarga y fría—. Han sido los campesinos. Han decidido cuidarse por sí mismos.

—¿Cómo es que se han enterado de que estábamos aquí? —preguntó Szara.

—Lo saben —respondió Vyborg.

Todavía con luz del día, vieron las columnas de humo negro de la ciudad en llamas; el sonido de los disparos se hizo más nítido, era como el crepitar de la leña seca al arder. Vyborg se puso al volante y Szara se sentó a su lado. No hablaron durante mucho tiempo. Szara miró la aguja del depósito de la gasolina, que oscilaba justo por debajo del punto medio. Cada vez que subían una cuesta o una colina pequeña, Vyborg detenía el coche antes de llegar a la cima, cogía los prismáticos y hacía a pie el trecho que faltaba. Szara permanecía en guardia, con el rifle dispuesto, detrás del coche. A la cuarta o quinta operación de este tipo, Vyborg apareció justo debajo de la ceja de la colina e hizo señas a Szara con la mano para que se acercara.

—Están al otro lado —le dijo cuando llegó a su altura—. Vaya despacio, péguese al suelo cuanto pueda y no hable; haga señas si lo cree necesario. La gente percibe los movimientos y oye los sonidos humanos.

El sol era abrasador. Szara se arrastró sobre los codos y las rodillas, respirando el polvo, con el rifle atravesado entre los brazos. El sudor le perlaba la frente y le rodaba por las mejillas.

Cuando coronaron la cuesta, Vyborg le entregó los prismáticos, aunque el valle se veía muy bien sin necesidad de ellos. Tenían a la vista la estación de empalme del ferrocarril —tal como Vyborg había pronosticado—, situada junto a un camino polvoriento al pie de una larga y suave pendiente. Una vía única trazaba una curva hacia el oeste, y se unía en la estación de empalme a la doble vía del eje Norte-Sur. La caseta del guardagujas y las palancas de hierro, bajo un cobertizo de madera, estaban a un lado de los dos apartaderos, unos trozos de vía muerta donde un tren podía detenerse mientras otro usaba la salida de la derecha.

El pequeño valle, casi todo de matorrales y arbustos, hormigueaba del gris de la Wehrmacht. La caseta y el aparato del cambio de agujas aparecían protegidos por sacos de arena y una ametralladora; varios oficiales de ferrocarriles de la Wehrmacht, que identificaron como a tales por sus galones en las hombreras cuando los enfocaron con los prismáticos, estaban reunidos con banderas verdes en la mano. Por la posición del largo tren con vagones de

carga que se encontraba detenido en la vía oeste, Szara dedujo que el tren militar había llegado directamente desde la frontera alemana. Otros detalles confirmaban su impresión. A lo largo del costado de uno de los vagones estaba escrito con tiza; *Wir fahren nach Polen um Juden zu versohlen*, «Viajamos a Polonia para zurrar a los judíos». Por las insignias supieron que estaban siendo testigos de la llegada de una parte de la Séptima División de Infantería; unos mil hombres estaban formados ya, mientras que unos centenares seguían saliendo por las puertas abiertas de los vagones de carga.

Gracias a los prismáticos, Szara pudo ver con toda claridad los rasgos faciales de los soldados. Los veía a través de la calina creada por el humo suspendido en el aire del valle, con un primer plano de maleza que cortaba su campo de visión y la magia de las cosas distantes aumentadas de tamaño — las bocas se movían, mas no se oía sonido alguno—, pero pudo ver quiénes eran. Agricultores, haraganes, mecánicos, matones callejeros, empleados, obreros fabriles y estudiantes, un Ejército de caras jóvenes, morenos y rubios, algunos risueños y otros temerosos, algunos bravucones y otros silenciosos y retraídos, algunos guapos y otros feos, la mayoría sin rasgos especiales: un Ejército como cualquier otro. Los oficiales, casi todos entre los treinta y los cuarenta años (mientras que los soldados estaban entre los dieciocho y los veintipocos), permanecían apartados, fumando y charlando en pequeños grupos; los sargentos y los cabos se ocupaban del orden entre tanta confusión y movimiento.

Szara observó con particular atención a los oficiales. Todos estaban cortados por el mismo patrón: altos, fuertes, competentes, con fácil autoridad pero sin jactancia. Eran, lo sabía, el alma del Ejército; supervisores y dirigentes más que ejecutivos, y de la habilidad de ellos dependía, en último término, la derrota o la victoria. Trabajaban con sus unidades casi con indiferencia, a veces cogían a un descarriado de cualquier parte del uniforme y lo situaban donde le correspondía, sin hacer casi nunca un comentario, sólo le indicaban la dirección que debía seguir, con un pequeño empujón para que se pusiera en marcha.

Los caballos eran conducidos desde un grupo de vagones de ganado, más alejados en las vías, hasta la zona de embarque. Eran unos animales grandes y musculados, domados para la milicia en las yeguas de la Prusia Oriental. Su destino, el arrastre de la artillería de la División y de los carros de aprovisionamiento y municiones; algunos de los mejores eran montados por los oficiales: el Ejército alemán, como casi todos los ejércitos europeos, se movía con los caballos. Había unos pocos coches oficiales, como el que Szara

y el coronel estaban usando, para los oficiales de mayor graduación y el cuerpo médico, pero los caballos eran los que hacían el trabajo más duro, cuatro mil para cada división de diez mil soldados. La punta de lanza de la ofensiva alemana era acorazada —divisiones de tanques y camiones, y su rapidez de movimiento había puesto fuera de combate, hasta aquel momento, a las fuerzas defensivas de Polonia—; pero las unidades que ahora se incorporaban estaban destinadas a ocupar el territorio que los grupos acorazados de gran movilidad habían conquistado.

Szara cambió la dirección de los prismáticos y enfocó la carretera que llevaba al Norte, por la que ya marchaban varias compañías. No desfilaban, caminaban, llevando las armas al desgaire; como siempre, los más altos cargaban con los rifles, mientras que los bajos y delgados arrastraban las ametralladoras de trípode y los tubos lanzamorteros; la formación, si bien desigual, era funcional. La máquina, por el momento, iba despacio. Szara vio que un cañón de campaña había volcado en una zanja, los caballos tiraban, enredados en las riendas, y pateaban, asustados, para conservar el equilibrio; era evidente que el accidente acababa de ocurrir. La situación se normalizó en seguida: un sargento gritó órdenes, varios soldados sujetaron y tranquilizaron a los caballos, otros desenredaron las riendas y un tercer grupo se organizó para izar el cañón hasta la carretera. Sólo les llevó un momento, muchas manos voluntariosas —¡*aúpa!*— y asunto resuelto. Continuaron la marcha.

Vyborg lo tocó en el hombro para llamar su atención e hizo un movimiento con la mano dándole a entender que ya habían espiado lo suficiente. Szara retrocedió a rastras durante un rato, luego se levantaron y fueron hasta el coche. Vyborg habló en voz baja, porque por más que estuvieran bastante lejos de los alemanes, algo de su presencia les quedaba.

—Ésa es la carretera de Cracovia —dijo el coronel—. Nuestro cálculo ha sido, después de todo, correcto. Pero, como ha visto, la carretera está ocupada ahora.

—¿Qué podemos hacer?

—Dar la vuelta por detrás o intentar pasar furtivamente por la noche.

—Entonces, ¿nos han cortado la retirada?

—Sí; al menos de momento. ¿Qué le ha parecido la Wehrmacht?

Subieron al coche. Vyborg puso el motor en marcha y retrocedió con lentitud por el sendero hasta una curva desde la que dejaron de ver la cima de la colina en la que habían estado.

—Mi impresión es que no quiero ir a la guerra con Alemania —dijo Szara después de que Vyborg retrocediera hasta el trigal para dar la vuelta.

—Quizá no haya otra elección —dijo Vyborg.

—¿Cree entonces que Hitler atacará Rusia?

—A su debido tiempo, sí. No podrá resistirse. Cosechas, petróleo, mineral de hierro: todo lo que Alemania necesita. Por cierto, ¿se ha fijado en los caballos?

—Bellos.

—Inútiles.

—No soy un entendido, pero me parecieron sanos. Grandes y fuertes.

—Demasiado grandes. Los rusos tienen unos caballos pequeños y tenaces, los llaman *panje*, que viven de la maleza. Estos grandes animales de los alemanes desaparecerán en el lodo ruso; eso fue lo que le ocurrió a Napoleón, entre otras cosas. Son caballos muy fuertes y poderosos, pero demasiado pesados. Y, además, hay que alimentarlos.

—Supongo que Hitler habrá estudiado las campañas de Napoleón.

—Él se cree mejor. Napoleón salió de Rusia con unos pocos centenares de hombres. El resto se quedó como fertilizante. Cientos de miles.

—Sí, lo sé. El «General Invierno», como los rusos lo llaman, acabó con ellos.

—Eso no es del todo cierto. Sólo remató el trabajo que estaba empezado ya. Lo que los derrotó fue el tifus. Quiero decir, los piojos. Rusia se defendió de una forma que nadie puede concebir realmente. Los campesinos han vivido con esos piojos toda su vida, están inmunizados. Los centroeuropeos, es decir, los alemanes, no. Lejos de mi intención inmiscuirme en el *apparat* de espionaje del viejo «Kinto», pero si Hitler empieza a mostrarse hostil, alguien debería ir a echar un vistazo a las pomadas y profilácticos que los laboratorios farmacéuticos alemanes están preparando. Eso, a la larga, puede resultar decisivo. Claro que, ¿para qué le cuento todo esto? No creo que sirva para *Pravda*. Pero, bueno, si sale vivo de aquí, y tiene la oportunidad de encontrarse con uno de esos agentes que nunca ha visto, ya tiene algo para susurrarle al oído.

La noche fue deliciosa, la inmensa oscuridad del firmamento tachonada por el plateado brillo de las estrellas. Szara se acostó de espaldas, cruzó sus brazos bajo la cabeza y contempló el espectáculo, maravillado por lo que veía, pero desesperado por la falta de agua. Hablar les resultaba casi doloroso; sus voces sonaban espesas y roncadas. Poco después de ponerse el sol subieron otra vez a su atalaya; tenían la sensación, como unos animales sedientos, de

que en alguna parte cercana a la caseta del guardagujas había un arroyo o un pozo. Pero otro tren vino a ocupar las vías del oeste y, a la luz de varias hogueras, las unidades se aprestaron a marchar hacia el Norte, por la carretera de Cracovia.

A medianoche tomaron una decisión. Abandonaron el coche y echaron a andar hacia el sur, a través de los campos, portando armas, cantimploras y equipaje de mano. Las dos primeras horas supusieron una verdadera agonía; tuvieron que andar a tientas, tropezando con la espesa broza que bordeaba los trigales, deteniéndose llenos de pavor ante cualquier ruido nocturno. Lo que finalmente los ayudó fue una patrulla alemana del ferrocarril; una locomotora, con un faro que proyectaba un aguzado cono de luz amarilla sobre los raíles, marchaba con lentitud y arrastraba un vagón plataforma ocupado por soldados con ametralladoras. Orientados por la luz, Szara y el coronel caminaron durante otra hora, al cabo de la cual vieron la silueta de lo que buscaban. Entonces aguardaron hasta que la patrulla desapareció en el horizonte.

La minúscula estación de ferrocarril tenía una torre de agua. Abrieron el grifo de la base y, por turnos, bebieron con avidez del chorro que caía a borbotones sobre la tierra. Era un agua repugnante, de mal olor y gusto rancio; Szara notó el sabor de la madera sucia y podrida y de Dios sabe qué, pero la sorbió codicioso de sus manos dispuestas como un cuenco, sin importarle las salpicaduras en la camisa y en pantalones. Un hombre y una mujer salieron de una casa que había detrás de la estación; él hacía de jefe de estación, de guardavías, de guardagujas o de lo que hiciera falta.

Vyborg saludó educadamente a la pareja y dijo al hombre que necesitaba ropa, cualquiera que tuviera. La mujer se fue y volvió con una camisa y un pantalón gastados, unos zapatos rotos, una chaqueta liviana y una gorra. Vyborg sacó la cartera de su guerrera y ofreció un fajo de billetes al hombre. Él miró tercamente a sus pies, pero la mujer dio un paso adelante y cogió el dinero sin decir ni una palabra.

—¿Qué será ahora de nosotros? —preguntó el hombre.

—Sólo podemos esperar a ver qué ocurre —contestó Vyborg. Hizo un lío con la ropa y recogió el rifle y las cantimploras—. Voy a llevarme esto para enterrarlo. —El hombre le dio una pala de carbón y Vyborg desapareció en la oscuridad del campo, lejos de las vías.

—Enterrar unas botas tan buenas como éstas... —dijo la mujer.

—Será mejor que las olvide —le aconsejó Szara—. Los alemanes saben lo que son y quiénes las llevan.

—Sí, pero aun así...

—Es malo ver cosas como ésta —la interrumpió el hombre en tono cortante, enfadado porque la mujer pensara sólo en las botas—. Ver cómo un oficial polaco entierra su uniforme.

—¿Funcionan los trenes? —preguntó Szara.

—Quizá dentro de unos días —contestó el hombre—. Desde aquí hay uno que va a Cracovia, o al sur, a Zakopane, en las montañas. En tiempos normales, cada martes, justo a las cuatro de la tarde.

Permanecieron juntos en un silencio embarazoso durante un buen rato, hasta que un obrero salió del campo, cruzó las vías y dijo: «Ya está listo». Era Vyborg.

A falta de trenes, Szara y Vyborg decidieron ir hacia el este, por el camino que salía de la estación hacia el sur, luego bordeaba la frontera eslovaca y por fin giraba siguiendo los valles fluviales de los Cárpatos. Se unieron a la columna interminable de refugiados, a pie, en carros tirados por caballos de carga y, de vez en cuando, en automóvil. Las unidades alemanas estaban apostadas en los cruces de la carretera, pero los soldados no interferían en la emigración; parecían aburridos, desinteresados, mientras permanecían apoyados en las paredes de piedra o en los pretiles de los puentes, fumando, mirando inexpresivos cómo fluía aquel río humano delante de sus ojos. No pedían papeles, no llamaban ni buscaban a nadie de sus filas. Szara advirtió que algunos de los que iban en la columna de refugiados podían ser soldados que, como Vyborg, habían escondido el uniforme y haciéndose con ropa de civil. Entre ellos había diversas opiniones sobre la actitud de los alemanes, desde aquellos que les atribuían benevolencia: «Los *Fritze* quieren ganar nuestra confianza», hasta los pragmáticos: «Cuanto menos polacos haya en Polonia, mejor para ellos. Ahora el problema será para los rusos». La carretera del este se convirtió en una ciudad móvil: nacían niños y morían viejos, se hacían amistades y se perdían, se ganaba, se gastaba y se rodaba el dinero. Un viejo judío, con una barba blanca que le caía sobre el pecho, cargado de un saco de ollas y sartenes que sonaba a su espalda se confió a Szara.

—Es la cuarta vez que hago este camino. El 1905 fuimos hacia el oeste para escapar de los pogroms; en 1916, hacia el este, para huir de los alemanes; luego, en 1920, otra vez hacia el oeste, con los bolcheviques tras nuestras cabezas. Y aquí estamos de nuevo. Ya no me preocupo. Todo se resolverá por sí solo.

Seis días tardaron en llegar a la pequeña ciudad de Krosno, a unos ciento treinta kilómetros al este de la línea Cracovia-Zakopane. Allí, Szara vio con asombro que la bandera polaca ondeaba aún, orgullosa, sobre la entrada de la estación del ferrocarril. No sabía cómo, pero se habían alejado del avance alemán. ¿Acaso la Wehrmacht había permitido que la columna de refugiados entrara en territorio controlado todavía por los polacos para que entorpeciera los sistemas de suministros y transportes? No se le ocurría otra razón; pero, en el mejor de los casos, le parecía dudoso. Vyborg dejó a Szara en la estación y marchó en busca de una unidad militar de información y de un radiotelégrafo entre las fuerzas que manejaban la defensa de Krosno. Szara pensó que era la última vez que lo veía, pero reapareció dos horas más tarde, todavía con el aspecto de un obrero digno y más bien refinado, con su gorra y su chaqueta usada. Buscaron refugio junto a uno de los pilares que sostenían el techo de madera de la terminal, rodeados por la incansable multitud de gente exhausta y desesperada que pasaba sin cesar. El ruido era ensordecedor: gente que gritaba y discutía mientras los niños chillaban, y un sistema de altavoces que barbotaban indescifrables sonidos sin sentido. Tuvieron que levantar la voz para hacerse oír.

—Por fin he podido conectar con mis superiores —dijo Vyborg.

—¿Saben cómo están las cosas?

—Hasta cierto punto, sí. En lo que a usted respecta, Lvov no sufre ningún ataque, pero es una situación que puede cambiar de un momento a otro. En cuanto a mí..., se sabe que mi unidad llegó a Cracovia; pero, a partir de ahí, sólo silencio. Las comunicaciones están muy mal, varias divisiones polacas se encuentran copadas; casi todas ellas tratan de romper el cerco para dirigirse a Varsovia. La capital será defendida, y se espera que resista. Personalmente le doy un mes como máximo, tal vez menos. Temo que haya pocas esperanzas para nosotros. Este país ha visto mucho milagros, en ocasiones incluso en la guerra, pero la sensación es que no se puede hacer mucho. Hemos pedido ayuda al mundo, por supuesto. En cuanto a mí, ya tengo asignada una nueva misión.

—¿Fuera del país?

Los finos labios de Vyborg esbozaron una apretada y fugaz sonrisa.

—Me es imposible decirle nada. Pero puede desearme suerte, si eso le agrada.

—Por supuesto, coronel.

—Yo le rogaría, señor Szara, que escribiera acerca de lo que ha visto, si es que tiene la oportunidad de hacerlo. Que fuimos muy valientes, que nos

enfrentamos a ellos, que no nos rendimos. Y en el caso de que no pudiera contarlos así, lo mejor que podría hacer por nosotros sería guardar silencio. Me refiero a su encargo de *Pravda*. Historias sobre nuestras minorías nacionales han aparecido ya en Londres y en París, incluso en Estados Unidos. Quizá usted no quiere añadir su voz al coro de ladridos.

—Ya encontraré alguna forma.

—Sólo se lo ruego. Eso es lo que todos los oficiales de los ejércitos derrotados pueden hacer, apelar a la conciencia; pero aun así, yo se lo ruego. Quizá, todavía en su corazón usted se sienta polaco. La gente de esta nación anda desperdigada, pero con frecuencia se acuerda de nosotros y no sería inapropiado que usted se uniera a ellos... Entretanto, y de cara a lo práctico, me han dicho que hay un tren para Lvov que saldrá de aquí dentro de una hora. Me gustaría pensar que usted logrará subir a él, tendrá que arreglárselas por su cuenta; pero así, al menos, habré cumplido con mi parte del trato, aunque por una ruta inesperada.

—Los periodistas saben muy bien cómo meterse a la fuerza en un tren, coronel.

—Quizá volvamos a vernos —añadió Vyborg.

—Espero que sí.

—Buena suerte. —El apretón de manos de Vyborg fue vigoroso. Luego se perdió entre la muchedumbre de refugiados.

Szara pudo subir al tren, aunque no para viajar dentro. Se abrió camino hasta un lado del vagón, y logró llegar a los peldaños desplegados de hierro. Ya había un pasajero que se había apoderado del escalón inferior, pero Szara esperó a que el tren se pusiera en movimiento y entonces saltó y logró sentarse a un lado. Su compañero era un hombre triste y malhumorado, que rodeaba una cesta de mimbre con ambos brazos y que, con el hombro, trató de tirar a Szara del tren; ese escalón le pertenecía y era su sitio según estaban las cosas.

Pero Szara recurrió a un viejo truco: con su mano libre asió una solapa de la chaqueta del hombre, y le hizo ver que cuanto más fuerte empujara, más probable sería que consiguiera echar a Szara del tren, pero que él iría detrás. El tren no logró alcanzar una marcha rápida, llevaba gente colgada por fuera de las ventanillas, otros iban tendidos en los techos y también los había colocados en los topes entre los vagones; la locomotora apenas podía mover tanto peso. Durante mucho rato, los dos hombre se miraron a los ojos, el uno empujando, el otro a él agarrado, con los rostros separadas por sólo unos centímetros. Luego, por fin, ambos cesaron en el forcejeo y apoyaron la

espalda en los que ocupaban los peldaños superiores. El tren tardó seis agónicas horas en recorrer los ciento treinta kilómetros hasta Lvov, y si la estación de Krosno había sido un infierno de multitudes en lucha, la de Lvov fue mucho peor.

Para cruzar el andén, Szara tuvo que pelear, en el sentido de la palabra. El calor del ambiente era sofocante; empujó cuerpos, tropezó con un cesto de gallinas y cayó de boca contra el suelo de cemento; luego tuvo que luchar en un bosque de piernas para levantarse antes de que lo mataran a pisotones. Alguien le dio un puñetazo en la espalda, muy fuerte; no vio quién lo hizo, sólo sintió el golpe. Cuando llegó a la sala de espera, se vio en medio de un grupo que aunaba su peso para llegar a la salida. Casi la habían alcanzado cuando una muchedumbre, aterrorizada y frenética, empujó en dirección contraria. Szara se vio elevado en el aire y temió que la presión le rompiera las costillas; entonces golpeó con una mano, dio a algo húmedo que provocó un grito de dolor, y, con un enorme esfuerzo, consiguió volver a poner los pies en el suelo.

En alguna parte, apenas rozando el límite de su consciencia sonaba el ronroneo de un avión, pero no intentó relacionarlo con nada del mundo real, estaba allí, simplemente. Se movió hacia un lado durante unos segundos, luego una misteriosa contracorriente lo levantó y lo lanzó a través de las puertas de la estación; consiguió mantener el equilibrio apoyando una mano en el cemento del suelo. Luego abrió mucho la boca para respirar el aire una vez se vio liberado de la muchedumbre.

Se encontró, no en la plaza principal de Lvov, sino en una calle lateral de la estación del ferrocarril. La gente corría y gritaba, y él ignoraba la razón. Había varios carros abandonados por sus conductores; los caballos corrían desbocados por las calles empedradas; huían de lo que fuese y dejaban caer verduras y sacos de arpillera de los carros. El aire estaba lleno de diminutas plumas blancas que no sabía de dónde venían, pero que habían invadido la calle como una ventisca. El ronroneo aumentó su intensidad, y entonces levantó la mirada al cielo. Por un momento quedó como hipnotizado. En alguna parte, en un archivo de la casa de la rue Delesseux, había una silueta vista desde abajo, identificada en una cuidada escritura cirílica como el «Heinkel-111»; y lo que vio por encima de su cabeza era una perfecta réplica del perfil oscurecido entre las páginas de lo que en ese momento recordó como el archivo de Baumann. Se trataba de uno de los bombarderos controlados por el cable de estampación que se fabricaba en las afueras de Berlín. Había una segunda escuadrilla que se acercaba, por lo menos media

docena de aviones en el cielo sobre la ciudad, y recordó, si no con hechos y cifras precisas, al menos su verdadera utilidad: producir la virtual aniquilación de cualquier casa de madera o de piedra y de cualquier señal de vida una vez arrojadas sus bombas. Cuando los aviones se colocaron en formación, una serie de cilindros negros y alargados parecieron flotar por debajo de ellos y comenzaron a caer dando tumbos, en trayectorias irregulares sobre la tierra.

La primera explosión —la sintió en sus pies y la oyó en la lejanía— lo sobrecogió, a ésa siguieron otras, cada vez con más estruendo. Corrió. A ciegas y sin un propósito determinado, preso del pánico, luego tropezó y cayó junto a una entrada. Golpeó la puerta, que se abrió a su impulso, y se arrastró dentro de una habitación. Olió serrín y laca; se encontró con una mesa grande, toscamente tallada, y se lanzó debajo de ella. Sólo entonces descubrió que no estaba solo, había un rostro pegado al suyo, el de un hombre con una barba descuidada, gafas de medios cristales y un trozo de lápiz entre su sien y la tira de su gorra. Los ojos del hombre eran blancos y grandes, ciegos de terror. Szara se hizo un ovillo cuando un ruido espantoso de algo roto cayó en la mesa bajo la que se protegía; quizá soltó un alarido, o tal vez fue el hombre que estaba encogido a su lado; perdió la noción de quién era ni dónde se encontraba, el mundo estalló dentro de su cabeza; entonces cerró los ojos con tanta fuerza que pudo ver colores brillantes en la oscuridad. El suelo se onduló con un crujido a la siguiente explosión, y Szara quiso pasar a través de él con sus uñas para alcanzar lo profundo de la Tierra. Hubo una explosión más, y luego otra más alejada, y, por fin, el silencio, que sonó en sus oídos antes de que se diera cuenta de lo que significaba.

—¿Se ha acabado? —preguntó el hombre en *yiddish*.

El aire estaba enrarecido por el humo y el polvo; los dos empezaron a toser; Szara sentía como si tuviese fuego en la garganta.

—Sí —respondió—, se han ido.

Juntos y muy despacio salieron de debajo de la mesa. Entonces Szara vio que se hallaba en una carpintería, y que el hombre con las gafas de medios cristales debía de ser el carpintero. Las ventanas habían desaparecido, y Szara tuvo que buscar durante mucho rato antes de descubrir pequeñas astillas de cristal empotradas en la pared trasera. Sin embargo, no vio otros desperfectos. Lo que había arrancado las ventanas también había atrancado la puerta; el carpintero tuvo que tirar con toda su fuerza para conseguir abrirla.

Con precaución, se asomaron a la calle. A su izquierda había un agujero donde antes había habido una casa, sólo quedaba un montón de maderas y ladrillos; la casa siguiente estaba en llamas, con hervores de humo negro

saliendo por las ventanas altas. Alguien cerca pidió socorro, quizá la voz de una mujer. El carpintero exclamó: *Mein Gott!* y se cubrió el rostro con las manos.

Al otro lado de la calle, en el extremo más alejado de la casa en llamas, se había abierto un enorme cráter. Fueron hasta allí y miraron: manaba agua de una tubería rota. Oyeron otra vez la voz que pedía socorro. Salía de una tienda situada enfrente del cráter.

—Es Madame Kulska —dijo el carpintero.

La puerta de la tienda había desaparecido y el interior, un taller de modista, había sido arrasado como por un tifón. Había trozos desperdigados por todas partes.

—¿Quién está ahí? —preguntó la voz.

—Soy Nachman —respondió el carpintero.

—Aquí debajo —insistió la voz.

Aquí debajo quería decir, como vieron, bajo una confusa capa de ladrillos caídos. Szara y el carpintero apartaron rápidamente los escombros y vieron la parte trasera de un gran armario y a una mujer pequeña debajo de él. Szara agarró de una esquina y el carpintero de otra.

—*Ein, zwei, drei* —dijo el carpintero. Al unísono levantaron el mueble hasta hacerlo caer contra la pared de ladrillos aplastados; entonces sus puertas se abrieron, mostrando una hilera de vestidos, de formas y colores diferentes, colgados de perchas de madera.

—Deme su mano, señor Nachman —pidió la mujer. Los dos la ayudaron a levantarse. Szara no vio sangre. La mujer se miró la mano con curiosidad y luego movió los dedos.

—¿Está herida? —preguntó el carpintero.

—No —dijo la mujer con voz débil y afectada por el asombro—. No, me parece que no. ¿Qué ha ocurrido?

Szara oyó el sonido de una campana. Dejó al carpintero y a la mujer y se asomó a la puerta. Un coche bomba había llegado ante la casa incendiada, y los bomberos estaban enroscando una manguera a la trasera del tanque del agua. Szara salió de la tienda y bajó por la calle. Dos hombres corrían por ella, llevaban a un muchacho herido en una camilla improvisada con una colcha. El corazón de Szara se llenó de amargura. ¿Qué objeto tenía lanzar bombas en un barrio como aquél? ¿Matar? ¿Sólo eso? Un hombre subido a una escalera de mano ayudaba a salir a una mujer por una ventana de la cual escapaba ya una ligera nube de humo. Ella lloraba, con un ataque de histeria.

Al pie de la escalera, un grupo de vecinos le dirigían palabras de ánimo para sosegarla.

La calle siguiente estaba intacta. Igual que la adyacente. Un hombre vino corriendo.

—Hay ocho muertos en la estación —dijo a Szara.

—Es terrible, terrible —se lamentó éste.

Luego el hombre siguió su carrera para decírselo a otro. Pasó otro coche de bomberos. El conductor era un rabino, con un pañuelo ensangrentado atado a la frente; sentado a su lado, un muchacho tocaba aplicadamente la campana tirando de la cuerda atada al badajo. Szara se sentó en los guijarros de la calle. Bajó la mirada y vio que seguía aferrado al maletín. Tuvo que ayudarse de la mano libre para separar los dedos del asa. La gente pasaba aturdida, como atontada. Szara puso el maletín entre sus pies y reposó la cabeza entre las manos. *Esto no es humano, pensó, hacer esto no es humano.*

Pero había otra cosa en su mente, el fantasma de un pensamiento que se sobreponía a sus sentimientos. La ciudad de Lvov había sido bombardeada por una escuadrilla de «Heinkel-111». Había gente muerta, casas destruidas, incendios que apagar y heridos que curar.

Pero la ciudad seguía allí. No había sido reducida a un montón de cenizas humeantes, de ninguna manera. De repente: una forma oscura que había visto semienterrada en una avenida cercana; era una bomba que no había estallado. Otras habían caído en las calles, entre casas, en patios y jardines; otras habían horadado los tejados, pero habían dejado a sus habitantes milagrosamente ilesos. Poco a poco, el conocimiento se fue abriendo paso hasta su conciencia. No pudo creerlo al principio y tuvo que repetírselo en voz alta: «¡Dios mío, estaban equivocados!».

POSTE RESTANTE

En la penumbra moteada y acuosa de la sala de hidroterapia, el periodista Vainshtok se limpiaba las gafas con un pañuelo sucio. Se restregó los ojos y arrugó el puente de la nariz, presentado el semblante ceñudo del intelectual despojado momentáneamente de sus gafas.

—*Chomaya grayaz* —dijo con desprecio, mientras bizqueaba al examinar cada lente por separado—. No hay más que eso.

La frase era típica de la jerga de los periodistas —significaba, literalmente, «lodo gris»— y definía un tipo de propaganda cuyo propósito era oscurecer un asunto y ocultar la realidad.

—«La *patética* situación de las minorías nacionales en Polonia» —se citó Vainshtok en tono de burla—. Buuuuh.

—¿Por qué? —preguntó Szara.

—Bueno. —Vainshtok volvió a ponerse las gafas y reflexionó un instante—. Cualquiera que sea la razón, eso era lo que querían. Me dieron la primera página y pusieron mi nombre en letras gruesas.

A unos diez kilómetros de Lvov se encontraba Krynica-Zdroj, uno de los balnearios más elegantes de Polonia, adonde acudían los privilegiados que habían logrado añadir a su crónica melancolía un hígado exhausto y un lumbago pernicioso, afecciones que curaban con inmersiones y duchas, zambullidas e ingestiones de las olorosas aguas sulfurosas que brotaban desde lo más profundo de la tierra. Y si al mismo tiempo tenían la oportunidad de hacer algún pequeño negocio, encontrar una esposa, o un esposo, o rematar una aventura amorosa, miel sobre hojuelas. En aquel momento, la clientela del balneario se limitaba a un puñado de periodistas soviéticos y a una horda de diplomáticos extranjeros con sus familias, escapados al Este para eludir los combates de Varsovia.

—El porqué lo querían en realidad, parece bastante obvio —continuó Vainshtok. Y subrayó la frase levantando una de sus hirsutas cejas con aire de conspirador.

Szara estuvo a punto de soltar la carcajada. Vainshtok era una de esas personas que siempre dejan entrever con el gesto lo que piensan, pero en aquel momento parecía bastante raro. Su piel se veía verdosa a la oscuridad

de día lluvioso que reinaba en la piscina del sótano, se agitaba incómodo sobre el esqueleto de una silla de jardín, cuyos cojines habían desaparecido junto con los enfermeros de bata blanca que cada mañana iban a colocarlos, y llevaba una pistolera bajo la axila —la correa le cruzaba la corbata pintada a mano—, de la cual sobresalía la empuñadura de una automática. Tras él, la pared de azulejos verde espuma enmarcaba un Neptuno sobre un caballo marino de color ultramar y ocre.

—Claro que nada de eso es verdad —añadió—. Esos ucranianos castigados por el hambre y esos rusos blancos perseguidos con tanta crueldad, todos gimiendo bajo la bota de la tiranía polaca, son, en realidad, unidades armadas atacantes; y eso es tan cierto como que nos encontramos en esta cueva abandonada de Dios. Y eso ocurre cuando los polacos tratan de establecer posiciones defensivas en aquellas tierras pantanosas. Lo que hay allí son las mismas bandas de ucranianos fuera de la ley que ya hubo en otros tiempos, y que Moscú quiere que, a pesar de todo, veamos con simpatía. ¿Qué quieren con eso? A ver, dímelo tú.

—Que están preparando alguna acción contra los polacos.

—¿Y qué más?

Szara contempló la piscina. Verde y quieta. En cada extremo había imponentes bombas de agua, monstruos de níquel y plata con manómetros circulares, grifos de cerámica y tuberías de caucho mal enrolladas en ruedas de hierro. Imaginó una fila de barbudos aristócratas desnudos en espera del tratamiento; había algo de decimonónico y ligeramente siniestro en aquellos aparatos, como si quisieran persuadir a los locos de no volver a la cordura.

—Mientras tanto —siguió Vainshtok—, el muy apreciado André Szara se va a recorrer los campos de batalla del sur de Polonia, pierde la oportunidad de escribir su gran historia sobre las minorías nacionales y provoca la consternación general.

—¿Consternación dices? —Szara rió sin ganas—. ¡Qué palabra! ¿Por qué no *alarms and excursions*, como dicen los ingleses? La verdad es que, con todo este caos, dudo que nadie lo haya advertido.

—Pues te equivocas de medio a medio.

El tono de su voz despertó la atención de Szara.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Otra vez el tono, esta vez en un monosílabo. Algo nada típico en Vainshtok. Szara dudó, luego se inclinó hacia delante, con el gesto del

hombre dispuesto a preguntar con franqueza algo embarazoso, y quizá peligroso. Pero Vainshtok se apresuró a tranquilizarlo.

—Oh, ya sabes cómo son. Cualquier minucia les pone furiosos y les hace dar saltos mortales, como los ministros del rey en un cuento infantil.

—¿Alguien de los que están aquí?

Vainshtok contestó a la pregunta con un encogimiento de hombros y el ceño fruncido.

—Tres judíos se encuentran en el cielo; el primero dice...

—Vainshtok...

—El día de mi muerte, toda la ciudad de Pinsk...

—¿Quién preguntó por mí?

—Quién. —Vainshtok suspiró y negó con la cabeza—. Quién. El quién de siempre.

Szara siguió esperando.

—No le pregunté su nombre. Pero él sabía el mío, y seguro que conocía la longitud de mi *schvontz*^[19] y quién era la comadrona que atendió a mi madre. Quién, preguntas. Un cosaco con abrigo. Con ojos de carpa muerta. Vamos a ver, André Aronovich, se supone que tienes que estar en Lvov. Pero no es así. ¿Crees que nadie se va a enterar? Así que vienen a buscarte. ¿Qué debo decirles? «¿Szara? Es mi mejor amigo, me lo cuenta *todo*, acaba de bajarse en Cracovia para comprar panecillos, no os preocupéis por él». Tendría que haber sido hasta gracioso... y si no lo fue, merecía tener gracia. Fíjate, ocurrió el mismo día que los alemanes atacaron Lvov: edificios incendiados, gente llorando por las calles, tanques en el mercado, la jodida svástica ondeando en el balcón del Ayuntamiento, unos pocos fanáticos disparando desde las ventanas. Y de pronto, alguien, alguien del *apparat*, surge como por arte de magia y todo lo que quiere saber es dónde se encuentra Szara. Estuve a punto de decirle: «Usted perdone, pero se está metiendo en lo que no le importa», pero no se lo dije, tú sabes que no se lo dije. Me arrastré delante de él hasta que se fue. ¿Qué quieres?, ¿que me arrepienta?, ¿que lllore? En realidad no sé nada de ti, de verdad. Así que no le dije nada. Sólo que tardé tiempo en decirle eso.

Szara volvió a sentarse en la silla del jardín.

—No te preocupes. Yo estaba en la ciudad aquel día. Vi lo mismo que tú.

—Entonces lo sabes. —Vainshtok se quitó las gafas, las miró y volvió a ponérselas—. Todo lo que quiero es seguir vivo. Y si soy un cobarde, qué.

Szara vio cómo le temblaban las manos. Sacó un cigarrillo y se lo ofreció, luego prendió una cerilla y la mantuvo encendida mientras Vainshtok

aspiraba el humo.

—¿Han estado los alemanes por aquí?

Vainshtok expulsó el humo por la nariz.

—Sólo un capitán. Vino al día siguiente de la ocupación de la ciudad. Un par de embajadores salieron a recibirlo. Todos se pusieron a cuchichear aquí; luego entró y se tomó una taza de té en el vestíbulo. Se evitó una crisis diplomática, como se decía antes, y los SS no dieron señales de vida. Yo hubiera tenido pocas posibilidades de escapar. —Acarició la pistola con afecto—. Tengo la sensación de que, en determinadas circunstancias, el pacto de no agresión de poco serviría para alguien con mi aspecto. «Oooh, lo lamento. ¿Era un judío ruso? Qué le vamos a hacer».

—¿Dónde la conseguiste?

—¿No conoces a Tomasz?, ¿el portero?, ¿grandes cejas canosas, gran barriga, gran sonrisa..., como un Santa Claus polaco?

—Cuando llegué, él me dijo dónde estabas.

—Tomasz te consigue, por una cantidad módica, cualquier cosa que necesites. —Vainshtok sacó la pistola de la funda y se la pasó a Szara. Era una «Steyr» automática de acero azul, de fabricación austríaca, compacta y pesada al tacto.

—Puedes jugar con ella tres minutos —dijo Vainshtok—, pero me has de dar cinco canicas y un caramelo.

Szara se la devolvió.

—¿Dan de comer en este sitio?

—Dentro de una hora, más o menos —respondió Vainshtok después de consultar su reloj—. Servirán remolachas hervidas. Luego, a la hora de la cena, habrá más. Como ves, el clima es delicioso, y lo cierto es que las remolachas están muy ricas.

Szara durmió en una tumbona de mimbre en el porche de la solana. El hotel estaba abarrotado de gente y bastante suerte tuvo con encontrar un lugar en donde dormir. Al extremo derecho de la tumbona había una hamaca, también en el porche, que el primer cónsul español había reclamado como cama, mientras que un agregado comercial danés, uno de los últimos en llegar de Varsovia, se acostó en el suelo, junto a un armario donde se guardaban las palas de croquet. Para comunicarse entre ellos, los tres se las arreglaron con el francés; bajaron la voz después de la medianoche, delatados sólo por el brillo de los cigarrillos encendidos, mientras comentaban los rumores, ocupación

típica de quienes estaban en el balneario. Se decía que algunos elementos del Ejército polaco se habían refugiado en los marjales de Pripet con la idea de resistir hasta seis meses, a la espera de las fuerzas expedicionarias francesas y británicas que se estaban organizando para defender a Polonia. Se creía que habían detenido a un diplomático noruego. Era curioso, porque Noruega había proclamado su neutralidad, pero quizá los alemanes habían cometido el «error» como una advertencia. O tal vez no había nada de verdad en lo que se contaba. Estados Unidos, de eso el danés estaba seguro, se había declarado país neutral. Se estaba organizando un tren para sacar de Polonia a los diplomáticos. Pero muchos de ellos, procedentes de Varsovia, y que habían buscado refugio en el pueblo de Krzemieniec, al oeste de Polonia, habían resultado muertos durante el intenso bombardeo de la Luftwaffe. El Gobierno polaco había huido a Rumania. Varsovia se había rendido; Varsovia resistía todavía; Varsovia había quedado tan destruida por las bombas que no había nada que rendir. La Liga de las Naciones iba a intervenir. Szara fue apartándose de la conversación sin darse cuenta; las quedas voces del porche y el repiqueteo de la lluvia lo arrullaron y cayó dormido.

Fue un amanecer particularmente dorado el que lo despertó. El bosque lejano revivía bajo una luz ambarina. *Qué lástima que acabe aquí el verano*, pensó. Esto le hizo caer en la cuenta del día en que estaba. El diecisiete de setiembre, calculó, después de ordenar la confusa sucesión de días y noches en los que había estado vagando. A la salida del sol, el césped y los senderos de gravilla brillaron con las gotas de lluvia caídas la noche anterior y, salvo un carraspeo de electricidad estática en algún sitio del hotel, reinaba un silencio absoluto. Un gallo lanzó su «quiquiriquí»; quizás había una aldea al otro lado del bosque. Miró su reloj: las cinco y unos minutos. El español de la hamaca del porche estaba echado de espaldas, tapado con la chaqueta, como si fuera una manta, subida decorosamente hasta la barbilla. En su sueño, la boca entreabierta bajo el poblado bigote dejaba escapar un siseo a cada movimiento de su pausada respiración. Szara percibió en el aire, sólo un instante, un ligero olor a café. ¿Sería posible? Tal vez sólo su deseo. No; lo había olido. Se liberó de la chaqueta, que se le había enredado, y se incorporó —*oh, los huesos*— comprobando que el maletín que había dejado la noche anterior bajo la tumbona seguía en su sitio. Sentía picor en la barba. Pensó que necesitaba encontrar la manera de calentar un cazo de agua para afeitarse.

En otras ocasiones había hecho vida de campamento. Pero aquello acabó hacía tiempo. Se había acostumbrado a vivir en los hoteles. Alguien estaba haciendo café, podría jurarlo. Se levantó y se desperezó, luego se dirigió hacia

el vestíbulo. La anarquía. Cuerpos por todos lados. Una mujer con doble papada roncaba en un sillón; al lado tenía una maleta que había atado a su dedo con un lazo de zapato. ¿Qué guardaría en ella?, Se preguntó Szara. ¿El servicio de plata de alguna Embajada? ¿Jamón polaco? ¿Fajos de zlotys? Aunque éstos de poco le servirían ahora; con toda seguridad, los alemanes habían impreso ya vales de ocupación listos para su uso. Fue hasta una escalera y allí perdió el rastro; volvió sobre sus pasos, y entró en el comedor. Con precaución empujó las puertas de vaivén de la cocina. Sólo vio un gato dormido sobre una estufa. Sin embargo, el carraspeo, era más intenso, y el café estaba más cerca. Al final de la cocina otra puerta oscilante daba a una pequeña despensa, donde dos mujeres levantaron rápidamente la mirada, sorprendidas por su aparición. Eran camareras del hotel, supuso Szara; unas muchachas agraciadas, de nariz respingona y barbilla partida, una morena, rubia la otra, ambas vestidas con faldas y blusas de algodón grueso, las manos enrojecidas de fregar los suelos. Había una cafetera de cinc sobre un infernillo colocado en una esquina, y en una radio de forma curvada, de un estilo pasado de moda, colocada sobre un estante, se oía música sinfónica mezclada con el carraspeo. Las camareras estaban bebiendo café en tazas del hotel. Después de dar los buenos días, Szara pidió café.

—Díganme cuánto he de pagar —dijo—. Seré feliz pagándolo.

La muchacha rubia se ruborizó y bajó la mirada. La morena fue a buscar una taza pequeña, la llenó de café y añadió un pellizco de azúcar de una bolsa de papel. Le ofreció un trocito de madera a guisa de cucharilla.

—Tienen cerradas las cucharillas bajo llave en algún sitio —explicó—. Y no necesita pagarnos nada, por supuesto. Lo compartiremos con usted.

—Son muy amables —contestó—. El café estaba fuerte y caliente.

—Sólo había quedado un poco —dijo la muchacha morena—. No lo dirá, ¿verdad?

—Nunca. Es nuestro secreto —respondió Szara con una sonrisa, y trazó con un dedo una cruz sobre su pecho.

Dejó de oírse la música sinfónica, y fue sustituida por una voz que hablaba en ruso: «Buenos días, éste es el servicio de noticias internacionales de Radio Moscú».

Szara miró su reloj. Eran las cinco y media en punto, las siete y media en Moscú. La voz del locutor era baja, suave y razonable; daba a entender que no había que preocuparse mucho por lo que fuera a decir; todo había sido preparado cuidadosamente en algún lugar del Kremlin. Hubo una referencia a un comunicado, a una reunión del Comité Central y, luego, la noticia de que

unas cuarenta divisiones del Ejército Rojo habían penetrado en Polonia a lo largo de un frente de quinientos cuarenta kilómetros. En general habían sido bien recibidas, no podía hablarse de combates y esperaba poca resistencia. El ministro de Exteriores, Molotov, había anunciado que «los acontecimientos de la guerra germano-polaca habían puesto de manifiesto la insolvencia interna y la evidente impotencia del Estado polaco». Había una profunda preocupación porque alguna «contingencia inesperada» pudiera «crear una amenaza contra la Unión Soviética». Molotov continuó diciendo que el Gobierno soviético «no podía permanecer indiferente al destino de sus hermanos de sangre, los ucranianos y rusos blancos que habitan Polonia». El locutor siguió durante un rato; frases elegidas con sumo cuidado muy precisas. Todo estaba bien preparado. La guerra y la inestabilidad en un Estado vecino planteaban algunos riesgos; el Ejército avanzaba sólo para asegurar, con la ocupación de un territorio disputado, que los ciudadanos soviéticos no pudieran verse involucrados en luchas ni desórdenes civiles. El locutor continuó con otras noticias extranjeras y locales y terminó con la temperatura en Moscú, nueve grados.

Avanzada la mañana les llegó la noticia de Lvov de que los alemanes se estaban preparando para salir de la ciudad. Una ola de excitación y de alivio recorrió la población de Krynica-Zdroj, y decidieron formar una columna — las bandas ucranianas continuaban su ofensiva; se sabía de la desaparición de algunos viajeros— que se dirigiría a la ciudad. No se dio importancia a la lluvia, menuda pero persistente; el balneario disponía de una buena provisión de paraguas que fueron distribuidos por Tomasz, el sonriente portero. El cuerpo diplomático hizo sus mejores esfuerzos por parecer elegante, los hombres se afeitaron y empolvieron; las mujeres se recogieron el cabello y sacaron las ropas de etiqueta de baúles y maletas. La procesión fue precedida por Tomasz, tocado con un elegante sombrero tirolés con una pluma en la cinta, y por el consejero comercial de la Embajada belga en Varsovia que portaba un palo de escoba con una servilleta blanca atada en un extremo como bandera de la neutralidad.

Fue una larga cola de hombres y mujeres bajo los agitados paraguas negros la que avanzó por el camino de arena hasta Lvov. Los campos ofrecían un verde brillante y el olor de la tierra negra y del heno segado era penetrante y dulce en la atmósfera lluviosa. El espíritu que los animaba estaba lleno de optimismo. Las perspectivas dominantes se concentraban en la posibilidad de

una solución diplomática de la crisis polaca, así como en los cigarrillos, el café, el jabón y hasta quién sabe si el pollo asado y el pastel de crema; todo lo que se pudiera encontrar en la ciudad de Lvov, nuevamente liberada.

Szara marchó cerca del final de la columna. La gente que le rodeaba tenía opiniones diversas sobre el avance soviético, cuya novedad se había extendido como reguero de pólvora. Casi todos consideraban que se trataba de una buena noticia: Stalin le había dicho a Hitler que, a pesar del oportuno pacto, había ido demasiado lejos. La creencia general era que ahora empezaría un período de intensa actividad diplomática y que, con independencia del resultado final de la invasión alemana, ellos podrían regresar a casa. Para Szara, aquella escena tenía algo infinitamente polaco, toda esa gente, con sus trajes oscuros tan formales, desfilando por un camino estrecho bajo la lluvia y protegidos por un bosque de paraguas. Hacia el final de una caminata de casi nueve kilómetros, algunos diplomáticos estaban cansados, entonces se decidió que todo el mundo debía cantar. Y tuvieron que cantar la *Marsellesa* por ser lo único que todos conocían. Aunque era el himno nacional de uno de los países recientemente declarados beligerantes, la columna marchaba protegida por la bandera blanca, y no disponía de nada mejor para levantar los ánimos en un día de lluvia. Vainshtok y Szara caminaban junto; el primero, abandonada su pistolera para el viaje, lanzó el puño cerrado al aire y cantó con toda su alma en voz alta y temblorosa.

Szara no cantó. Tenía muchas cosas en qué pensar. Intentó traer a su mente una serie de imágenes, que si encontraba el principio organizador, adquirirían la forma de un cuadro único y coherente. La ascensión de Beria. La muerte de Abramov, el suicidio de Kuscinas, el informe de la Ojrana, la detención de Baumann... Todo acababa con cuarenta divisiones rusas camino de Polonia. *Stalin hizo esto*, pensó. Stalin hizo... ¿qué? Szara no encontraba la palabra. Y eso lo enfurecía. ¿No era lo bastante listo para entender lo que se había hecho? *Quizá no*.

Lo que sí sabía era que él había participado, lo había visto, aunque casi por accidente. No le gustaban las coincidencias, la vida le había enseñado a desconfiar de ellas; pero era capaz de recordar cada momento, uno tras otro, de todo cuanto había visto y oído, de cuanto había sabido —a menudo desde la periferia, aun así, lo había sabido— sobre todo lo que estaba ocurriendo. *¿Y por qué yo?, se preguntó. La respuesta fue dura: Porque nadie te tomó en serio. Porque se te ha considerado un necio educado. Como fuiste útil de manera secundaria y no muy importante, se te permitió que vieras cosas o que las averiguaras, de la misma manera que a la doncella se le*

permite que esté al tanto de las aventuras amorosas de su señora, a ésta le tiene sin cuidado lo que la doncella pueda pensar.

Lo que necesitaba, pensó Szara, era hablar. Decir las palabras en voz alta. Pero la única persona en la que podía confiar, el general Bloch, había desaparecido de su vida. ¿Muerto? ¿Huido? No lo sabía.

«*Aux armes, citoyens!*». A su lado, Vainshtok elevaba su canto al nublado cielo polaco.

No, pensó Szara, que las empuñe él.

En la ciudad, en la plaza frente a la arruinada estación de ferrocarril, la gente contempló en silencio cómo la Wehrmacht desfilaba hacia el oeste, de regreso a Alemania. Había tanto silencio que el sonido de las botas y de los cascos de los caballos en el pavimento, el crujido del cuero y el entrechocar del equipamiento, se oía exageradamente al paso de las compañías. Algunos de los soldados de infantería miraron a la multitud con poco más que una impersonal curiosidad en sus rostros. Los diplomáticos permanecieron bajo sus paraguas, junto a los polacos, y presenciaron la procesión. A Szara le pareció que estaban un poco perdidos. No había nadie a quien llamar, nadie al que se le pudiera pasar una nota; se encontraban privados de su elemento natural.

El proceso normal de la retirada sólo se vio interrumpido por un interludio, único y extraño, en el orden gris de la marcha: los alemanes habían robado un circo y se lo llevaban consigo. En sus carromatos, adornada con orlas y florituras de brillantes dorados y sobre un fondo rojo oscuro, figuraba la leyenda «Circus Goldstein», y las riendas las llevaban severos aurigas de la Wehrmacht, asombrados por tener que llevar unos caballos emplumados. Szara se preguntó qué habría sido de los payasos y de los acróbatas. No los veía por parte alguna, sólo a los animales. Detrás de las barras de una jaula tirada por un caballo, vio un tigre somnoliento, con la cabeza hundida entre las zarpas delanteras y las rendijas de sus ojos semicerrados de color verde.

Al anochecer, los diplomáticos regresaron por el camino arenoso hasta el balneario. Dos días más tarde, una columna de tanques rusos entraba en la ciudad.

Detrás de los tanques llegó la administración civil: el NKVD, los comisarios políticos y sus funcionarios. Los funcionarios traían listas. En ellas

figuraban los miembros de todos los partidos políticos, en especial del socialista, polacos, ucranianos, rusos blancos y judíos. Los funcionarios disponían también de los nombres de los miembros de los sindicatos, del funcionariado, de policías, leñadores, ingenieros, abogados, estudiantes universitarios, campesinos con algo más que unas pocas reses, refugiados de otros países, terratenientes, maestros, comerciantes..., y listas de otras clases, en particular de aquellas personas que, como los comerciantes y los coleccionistas de sellos, mantenían correspondencia habitual con gente de fuera del país. De esta forma, los funcionarios sabían ya a quiénes querían desde el momento de su llegada, e inmediatamente se pusieron a trabajar para localizar al resto, apoderándose de todos los registros civiles de impuestos, educación y comercio. Los individuos cuyos nombres aparecía en las listas, junto con sus familias, tenían que ser deportados a la Unión Soviética en trenes de mercancías para luego adscribirlos a batallones de trabajos forzados. Desmantelaron las fábricas y las enviaron al este, a los centros industriales de la Unión Soviética; los almacenes fueron despojados de sus existencias, las granjas de su ganado.

Llegaron unidades especiales del departamento extranjero del NKVD, y algunos de sus miembros se presentaron en el balneario con sus negros «Pobedas» manchados de barro hasta las manillas de las portezuelas. Anunciaron que se haría una selección entre los diplomáticos, y serían enviados de regreso a sus países tan pronto como la mitad occidental de Polonia concediera la victoria a Alemania.

—Tengan calma —les dijo el agente—. Varsovia se rendirá de un día a otro. Los polacos no pueden resistir por mucho tiempo.

Los rusos hablaban en tono suave y seguro. Muchos de los diplomáticos se sintieron aliviados. En el comedor se estableció una mesa de registro a la que se sentaron dos hombres educados, vestidos con trajes de civil.

Szara y Vainshtok esperaron hasta las cinco antes de situarse en la cola. Vainshtok se puso filosófico.

—Volvemos a los viejos días de Berlín —suspiró—. Y a las conferencias de Prensa del doctor Goebbels. Ignoro cómo he podido vivir sin ellas. Al menos, luego tendremos algo de cenar que no sean remolachas.

Vainshtok era delgado y hundido de pecho, con brazos y piernas delgados y peludos. A Szara le recordaba una araña.

—¿Tanto te importa lo que comes? —preguntó Szara. La cola avanzó un paso—. Tú no engordas de ninguna manera.

—El terror —explicó Vainshtok—. Eso es lo que me tiene tan delgado. Como mucho, pero lo quemamos todo.

Cuando al hombre que iba delante de ellos, algo así como un húngaro de la pequeña nobleza, le llegó el turno, se acercó a la mesa, adoptó una postura de rígida atención y, después de anunciar su nombre y su título, presentó sus credenciales diplomáticas. Szara estudió con detenimiento a los dos agentes de la mesa. Uno era joven, avispado y eficiente. Tenía una libreta delante y en ella copiaba la información de documentos y pasaportes. El otro parecía más un observador, a la espera de algún caso que sobrepasara la capacidad o la experiencia de su compañero. El observador era un hombre bajo y pesado, de edad media, cabello rubio ondulado y gafas de un grosor extremado.

—¿Puedo preguntarle, señor, cómo llegó usted a esta zona? —preguntaba al húngaro el joven agente en francés diplomático.

Mientras decía esto, Szara vio que el observador se ponía en el centro de los labios un cigarrillo oval, rascaba la cabeza de una cerilla con la uña del pulgar y encendía el cigarrillo con la llamarada.

¿*Dónde?*, se preguntó Szara.

—Dejo Varsovia en último tren. Noche en ocho de setiembre... —El francés del húngaro era muy elemental.

El observador miró a Szara, pero no pareció prestarle mucha atención.

—Parada en Lublin... —decía el húngaro.

—No me encuentro bien —susurró Szara a Vainshtok—. Sigue tú.

Le dio la espalda y salió del comedor. Manióbró para cruzar el abarrotado vestíbulo pidiendo excusas a la gente al mismo tiempo que empujaba, y consiguió llegar al pasillo que conducía a la piscina de hidroterapia y otras zonas de tratamiento en el sótano. Los escalones eran de metal delgado y sus pasos resonaron en todo el hueco de la escalera de caracol mientras bajaba. Tomó la primera salida y atravesó un laberinto de grandes antesalas alicatadas. A medida que pasaba probaba todas las puertas. Por fin pudo abrir una. Daba a una sala de aguas de algún tipo; el techo, el suelo y las paredes estaban revestidos de baldosas de color verde pálido, las mangueras colgaban de perchas de latón y una mampara de lienzo ocultaba una fila de mesas metálicas. La mampara tenía una serie de aberturas ribeteadas de goma (¿para hacer aspersiones de agua sulfurosa en los tobillos artríticos?). Se echó en una de las mesas metálicas, inspiró hondo y trató de serenarse.

Dónde... Ya. Acababa de acordarse: en una ciudad minera perdida en alguna parte de Bélgica, la noche en que Odile fue interrogada cuando bajó del tren de Alemania. El observador era el hombre del reloj de oro; Szara

recordó cómo encendió el cigarrillo en la llamarada de la cerilla, lo recordó haciendo una sola pregunta: «¿Es ésa su respuesta?». O algo parecido. Intimidante. Una mirada fría y acuosa.

¿Y ahora? Ahora estaba en Krynica-Zdroj, sentado detrás de una mesa con un libro-registro ante él. Eso era, probablemente, lo que había hecho con su vida. Szara dominó un estremecimiento. La pequeña sala era fría y húmeda, el aire demasiado sereno, una caverna excavada en la tierra. ¿Qué era lo que no funcionaba, que necesitaba salir corriendo como un niño asustado? ¿Era eso lo que le había producido pánico, dos agentes sentados en una mesa? Ahora tendría que volver, subir la escalera y hacer cola. Seguro que habían notado que se iba, quizás eso lo había hecho sospechoso. *¡Vea cómo usted mismo se acusa!* No, no había nada que temer. ¿Qué iban a hacer ellos, rodeados como estaban de un montón de diplomáticos? Saltó de la mesa y abandonó la habitación. Ahora tenía que encontrar el camino de regreso en aquel laberinto.

Anduvo un trecho hacia donde pensaba que estaba la salida, pero quedó paralizado cuando oyó unos pasos en la escalera. ¿Quién sería? Unos pasos normales, confiados. Luego a Vainshtok, llamándolo por su nombre, con su voz nasal y quejicosa.

—¿André Aronovich? ¡André Aronovich!

Vainshtok, al menos era su voz, avanzaba por el pasillo que conducía a donde él se encontraba.

—Estoy aquí —respondió Szara.

Al llegar a la esquina, Vainshtok le hizo una seña con los ojos y ladeó la cabeza de forma casi imperceptible para indicarle que alguien lo seguía, pero Szara no vio a nadie.

—He venido a decirte adiós —dijo. Luego, de manera imprevisible, se le echó encima y lo abrazó con el típico vigor del estilo ruso. Szara se quedó asombrado al verse estrechado con tanta fuerza contra el pecho de Vainshtok. Entonces quiso corresponderle y abrazarlo también, pero Vainshtok retrocedió. Dos hombres aparecieron en la antesala y esperaron educadamente que la despedida terminara.

—Así deja que los que pueden hagan los que deben, ¿de acuerdo? —dijo Vainshtok, y le guiñó un ojo.

Szara sintió el pesado bulto entre su costado y la cintura del pantalón y comprendió todo. Vainshtok advirtió la expresión de su rostro y enarcó las cejas como un comediante.

—¿Sabes, Szara?, tú no eres un esnob después de todo. ¿Vendrás a verme cuando pases por Moscú?

—¿No vas a Berlín?

—No, ¡ya he tenido bastante!

—Que tengas mucha suerte.

—Eso. —Sus ojos centellearon.

Se volvió de repente y se marchó. Cuando llegó al final del pasillo, giró hacia la escalera seguido de uno de los hombres. Momentos después, Szara los oyó subir los peldaños. Cuando el otro hombre se le acercó vio que era Maltsaev, moreno y escaso de cabello, con gafas oscuras, el mismo abrigo voluminoso envolviéndolo por entero y las manos hundidas en los bolsillos. Movi6 la cabeza señalando a Szara con evidente satisfacción.

—El trovador errante, ¡por fin! —dijo alegremente.

Szara pareció confuso.

—Has causado quebraderos de cabeza en Moscú —explicó Maltsaev—. Un día aterrizas en el aeropuerto de Varsovia y al siguiente, nada, aire.

—Un desvío —contestó Szara—. Estuve... ¿cómo lo diría yo?, *escoltado* por la Inteligencia militar polaca, Me cogieron en un hospital de Tarn6w, después del bombardeo de una línea férrea, y me llevaron a Nowy Sacz. Y ya no pudimos atravesar las líneas alemanas. Luego me las ingenié para subirme al estribo de un tren que venía a Lvov. Y una vez allí, un policía me envi6 aquí, con los diplomáticos.

Maltsaev asintió con la cabeza, mostrando su simpatía.

—Bien, ahora todo irá como es debido. He venido para una misión de enlace con el *apparat* ucraniano, pero recibí un radio de Belgrado para que buscara al desaparecido Szara. Siento que tengas que ir a la ciudad para que le cuentes toda la odisea a algún estúpido coronel. Supongo que no tendrás inconveniente.

—No, en absoluto.

—Tu amigo Vainshtok vuelve a Moscú. Tal vez tú no tengas que ir; además, imagino que prefieres quedarte en París.

—Si puedo, sí que me gustaría.

—Afortunado. O enchufado. Algún día me dirás tu secreto.

Szara se echó a reír.

Maltsaev cambi6 el tono y baj6 la voz.

—Espero que no dieras importancia, la última vez que hablamos, en la estación, en Ginebra...

Szara recordaba perfectamente una observación sobre Abramov: *Sus padres debieron enseñarle violín, como a todos ellos.*

—Lo entiendo perfectamente —dijo—. Era un momento difícil.

—Somos humanos, no de hierro. Lo que pasó con Abramov, bueno, sólo queríamos hablar con él. Claro que estábamos preparados para hacer más, pero nunca hubiéramos llegado a aquello si él no hubiese echado a correr. No podíamos, tú entiendes estas cosas, no podíamos dejar que desapareciera. Y con lo que pasó, a mí me frieron vivo. Se acabaron mis esperanzas de dejar la Embajada de Belgrado. Al menos por un tiempo. De cualquier manera, lo que te dije en la estación... No había podido dormir, y sabía que iba a tener problemas, quizá bastantes. Pero no debí pagarlo contigo.

—Por favor. —Szara levantó la mano—. No te guardo rencor.

—¿Subimos? —Maltsaev pareció aliviado—. ¿Qué te parece una cena decente en Lvov antes de que veas al coronel? No me gusta ir por las carreteras polacas de noche, a no ser que no tenga más remedio. Conducir por Ucrania era ya bastante malo, sobre todo con los blindados soviéticos en la carretera.

—Vámonos.

—Huele muy mal aquí abajo. —Maltsaev arrugó la nariz como un crío.

—Azufre. Como en el infierno.

—¿Es con eso con lo que te curan? —Maltsaev soltó un bufido divertido—. Pecador, deja la bebida y la depravación o te enviaremos aquí.

—¿Nos están esperando tus amigos? —preguntó Szara a Maltsaev mientras caminaban por el corredor en dirección a la escalera.

—Por fortuna, no. Esos tipos me ponen nervioso. ¿Hay un subsótano? —Maltsaev miró hacia abajo cuando llegaron a la escalera de caracol.

—Sí, una piscina; los manantiales están por alguna parte.

—Justo las pequeñas cosas que se necesitan. Ah, la vida de los ricos ociosos —comentó. Luego hizo un gesto con la mano para que Szara lo precediera.

—Por favor —dijo Szara, mientras se hacía a un lado.

—Insisto. —Maltsaev hizo la parodia de una reverencia cortesana.

Dudaron los dos. Para Szara fue un momento interminable. Esperaba que Maltsaev se decidiera a subir la escalera; pero el hombre seguía allí, sonriendo educadamente como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Szara empuñó la pistola y disparó.

Esperaba una explosión grande, atronadora, por lo reducido del hueco de la escalera, pero no fue así. El arma hizo un estallido, algo silbó —como si

oyera el trayecto de la bala—, y el aire olió a quemado.

—Oh, no has... —dijo Maltsaev.

Estaba furioso. Empezó a sacar una mano del bolsillo pero Szara se le anticipó asiéndole la muñeca con fuerza. Era curiosamente débil, y Szara lo dominó con facilidad. Maltsaev se mordió el labio inferior y puso un gesto de dolor. Szara volvió a disparar y Maltsaev se sentó de golpe, cayendo con todo su peso hacia atrás contra un peldaño de hierro de la escalera. Murió pocos segundos más tarde. Para entonces, sólo había melancolía en su rostro.

Szara contempló la pistola. Era la «Steyr» de acero azulado que Vainshtok había llevado. ¿Por qué se la había dado?, ¿por qué no se la quedó para defenderse? Szara puso el seguro y se guardó la automática en el bolsillo lateral de la chaqueta. No oía muy bien, pero le pareció que nadie corría ni había conmoción arriba. No habrían oído los disparos. Quizá la pólvora de la bala era la mínima; la verdad era que no lo entendía. Terminó de sacar la mano de Maltsaev del bolsillo y buscó el arma que sabía que estaba allí, pero no la encontró. Ni en ningún otro sitio. Eso quería decir que el equipo de Maltsaev, quizá el mismo que acabó con Abramov, andaba cerca. Maltsaev no era un asesino, se dijo Szara, sino un organizador de asesinos. Encontró las llaves de un coche y un conjunto de papeles de identificación en el bolsillo interior. Palpó el abrigo de arriba abajo y descubrió una tela cosida a la manga conteniendo la insignia del NKVD con la espada y el escudo dentro de un saquito de piel de cerdo cerrado con una cuerda. También halló una cartera con gruesos fajos de rublos, zlotys y reichmarks. Szara repartió todo en sus propios bolsillos. Luego agarró a Maltsaev por los tobillos y tiró de él. Le costó bastante, y necesitó de todas sus fuerzas; pero, una vez consiguió mover el cuerpo, el suave abrigo de lana se deslizó fácilmente por el suelo. Le llevó dos minutos al menos arrastrar a Maltsaev hasta la antesala y luego a la salita que tenía la puerta abierta; en el trayecto dejó tras de sí una larga huella marrón sobre las baldosas. La cerradura de la puerta era bastante sencilla, funcionaba con una albardilla. Szara la bajó y tiró de la puerta cerrada hasta que oyó el clic.

Se detuvo al pie de la escalera de hierro, recuperó los casquillos usados y luego comenzó a subir, con los zapatos en una mano y la pistola en la otra; pero no había nadie que lo esperara en el rellano, entonces dejó caer el arma en su bolsillo y se puso los zapatos, alternando la postura de la pata coja. El vestíbulo seguía igual que como lo había dejado, con el ajeteo de la gente, una amable confusión y la cola hasta la mesa.

—Bien —le dijo el diplomático español que había compartido el porche con él—, su amigo ha podido marcharse finalmente de aquí. Eso es esperanzador para todos.

—Un hombre listo. Y afortunado —dijo Szara con una clara expresión de envidia.

—Al final tendré que volver a Varsovia —suspiró el español—. Como usted sabe, Alemania mira con extraordinaria simpatía nuestra neutralidad. Quizá no se demore mucho.

—Espero que no —dijo Szara—. Este desorden no conduce a nada.

—Cierto.

—Quizá cenemos juntos esta noche.

El español aceptó con una inclinación de cabeza.

Szara se aseguró por un espejo de la pared que el observador seguía en la mesa. Luego evitó entrar en su campo de visión saliendo por la puerta trasera. Pasó por detrás de la cocina, donde las dos jóvenes polacas preparaban las remolachas que cogían de un recipiente de madera, y de las que aprovechaban hasta la última piel, que ponían en una cazuela. Las dos le sonrieron al pasar, incluso la más tímida. Entró en el solarío por una puerta lateral y miró afuera, a través de la celosía de la pared. Había dos «Pobeda» negros estacionados en el semicírculo de gravilla. Uno estaba cubierto de polvo de la carretera y de tizne, el otro, salpicado de barro y arcilla. Recordó lo que Maltsaev había dicho acerca de los blindados soviéticos en las carreteras y decidió probar con el segundo. Recogió su maleta, respiró hondo y salió del porche al césped. Saludó con la cabeza a varios diplomáticos que paseaban por allí y se deslizó en el asiento delantero del «Pobeda» cubierto de barro como si fuese lo más natural del mundo.

El interior del coche apestaba de una manera horrible a pomada, sudor, cigarrillos, vodka, tapicería enmohecida y gasolina. Puso la llave de Maltsaev en el encendido y la giró. El motor de arranque sonó, y se caló; volvió a arrancar con una nota más alta, funcionó un solo cilindro, y se hundió con un ruido sordo; después fueron dos los cilindros y, por fin el motor se puso a resoplar lleno de vida. Luchó con el cambio, montado debajo del volante, hasta que logró meter una de las velocidades. A través del cristal rayado de la ventanilla pudo ver que los diplomáticos lo miraban: ¿Quién era ése que, maleta en mano, se subía al coche y se marchaba con tanta tranquilidad? Uno de ellos se dirigió hacia él. Szara levantó de golpe el pie del embrague, el coche dio un salto hacia delante y se caló. El diplomático, un hombre hermoso y digno, con sendos mechones de cabello gris sobre las orejas,

levantó un interrogador dedo índice —*por favor, sólo un momento*—. Szara volvió a girar la llave y el motor de arranque repitió la misma melodía de antes. Cuando el motor terminó por responder satisfactoriamente, parpadeó para quitarse el sudor de los ojos. *Un moment, s'il vous plaît*, le llamó el diplomático, a sólo unos pocos metros. Szara le dedicó una forzada sonrisa y un encogimiento de hombros. La velocidad entró y el coche avanzó, las ruedas crujiendo sobre la gravilla. Szara miró por el retrovisor. Vio al diplomático de pie, con las manos en las caderas, la típica caricatura de un hombre ofendido por una simple e inexplicable grosería.

No quedaba una sola señal de carreteras en toda Polonia —los colegas de Vyborg ya se ocuparon de eso—, sólo un laberinto de sucias huellas que apuntaban en todas direcciones. Pero Szara había hecho el camino de Lvov, y ése era precisamente el que tenía que evitar. Seguro que los ayudantes de Maltsaev lo esperaban allí, al borde de la carretera, convenientemente apostados, lejos de las miradas del cuerpo diplomático del balneario.

Había un mapa muy usado del este de Polonia en el suelo del coche, y el sol, a las seis y veinte de una tarde de finales de setiembre, se encontraba cerca del horizonte. Allí estaba el oeste. Szara condujo hasta que el sol quedara a su izquierda y puso rumbo al Norte. Recorrió unos dieciséis kilómetros antes de que la oscuridad lo sorprendiera. Entonces se apartó de lo que sin duda era una carretera principal y se adentró en una secundaria antes de detenerse. A continuación hizo un inventario detallado: tenía bastante dinero, nada de agua, nada de alimento, el depósito de gasolina casi lleno y seis balas en la «Steyr». A solas en el coche vio que se trataba de una M-12, una «Steyr-Hahn», por tanto —«Steyr» con percutor—, con un 08 grabado en la cacha izquierda, lo cual tenía algo que ver con la absorción del Ejército austriaco por parte del alemán después de 1938, una readaptación mecánica. No recordaba con exactitud en qué consistía; había algo en una circular de la rue Delesseux que apenas había leído, ¿qué le importaban las armas? Disponía también de tres juegos de documentos de identificación: el suyo propio, el de Maltsaev y el pasaporte de Jean Bonotte en el falso fondo del maletín, unido por una cinta de goma a un fajo de francos franceses y a una tarjeta con números de teléfono. En el maletero del «Pobeda» encontró una lata llena de gasolina y una manta.

Lo suficiente para comenzar una nueva vida. Muchos habían empezado con menos.

«El viento y las estrellas». ¿De quién era ese verso? No lo recordaba, pero definía la noche a la perfección. Se sentó en la manta bajo un viejo tilo. La carretera estaba bordeada de ellos, que formaban una avenida, la cual sin duda, debía de conducir a una gran heredad polaca. Empezaba a refrescar; se ajustó bien la chaqueta y se mantuvo en calor.

Quiso dormir en el coche, pero la peste lo mareaba. Y no era porque no estuviese acostumbrado a elementos que había creído identificar. Para él no suponían novedad alguna los cigarrillos o el vodka, y su propio sudor no era mejor que el de los demás. Por otro lado, todos los coches rusos olían a gasolina y a tapicería podrida. Era algo distinto que tenía que ver con el uso que habían hecho del «Pobeda», quizás el rastro prolongado de los detenidos, de los capturados. O quién sabe si el olor de los verdugos. En el folklore ruso, el asesino tiene siempre una señal: una arruga vertical junto a la comisura de la boca, la señal del asesino. ¿No influiría eso en el olor de un hombre?

El Szara de otros tiempos se hubiera aplicado el cuento, pero no el de ahora. Había hecho lo que tenía que hacer. «Deja que los que pueden hagan lo que deben». Y así Vainshtok le había salvado la vida. ¿Porque no quería, o no podía, usar el arma por sí mismo? No, eso era absurdo. Szara rechazó la idea. Por fuerza debía de haber otra razón, y tuvo que aceptar la posibilidad de que nunca la sabría.

Había muchas cosas que no comprendía. ¿Por qué, por ejemplo, le habían enviado a Maltsaev?, ¿porque había desaparecido durante unos cuantos días?; ¿habrían descubierto lo que había hecho con los británicos en París? No, eso era imposible. Si había un Servicio Secreto en el mundo que los soviéticos temieran de verdad, era el británico. El dispositivo de contraespionaje — Scotland Yard y el MI5— era sumamente eficiente; los agentes del Comintern que intentaban entrar en el Reino Unido con identificación falsa eran descubiertos una y otra vez, porque los británicos empleaban sus archivos con gran eficacia y los mantenían actualizados. En cuanto al MI6 era, a su manera, una organización depredatoria con una particular sangre fría. Una consecuencia del carácter nacional británico, con su apetito por la educación y la aventura, una diabólica combinación cuando se manifestaba en los servicios de espionaje. Szara no podía creer que el problema fuese en esa dirección. Fitzware, a pesar de todas sus peculiaridades de estilo, era un agente serio y escrupuloso. Entonces Evans, el correo. No. Tenía que ser otra cosa, algo en Rusia, algo relacionado con Abramov, Bloch, el *jvost* judío. Quizá Beria y sus amigos decidieron una mañana que ya había vivido bastante. Pero André Szara había tomado su propia decisión, él no iba a ser

uno de los que iban con toda docilidad al cautiverio, grabando *za chto* en las piedras de la celda. Un acto sencillo, como era el de apretar el gatillo, lo había liberado. Ahora, judío, polaco o ruso, no tenía patria.

«El viento y las estrellas». Por raro que pareciese, no se lo quitaba de la mente. Se preguntó cuánto tiempo podría vivir. Tal vez sólo un poco más. Poco después de oscurecer, un coche pasó por la carretera que él había dejado. Y una hora más tarde, otro. ¿Eran ellos? Con toda seguridad lo buscaban. No pararían hasta encontrarlo; eran las reglas del juego, y todo el mundo lo entendía así. Ah, pero si iba a ser su última noche en la Tierra quería atesorarla. La ligera brisa, soplando constante sobre los campos cultivados de Polonia, el vasto cielo, ese misterio inmenso, perfecto y resplandeciente. Unas ranas croaban en la oscuridad; había vida a su alrededor. No tenía un plan concreto, sólo el intento de cruzar la frontera lituana al norte. Después ya vería. Tal vez Suecia, o quizá Dinamarca. De momento había robado siete horas de vida; cada hora era una victoria, y no tenía ganas de irse a dormir.

Más adelante, Szara lo escribiría así:

«Si alguna vez la mano de Dios ha guiado mis pasos, ocurrió entre el 20 y el 23 de setiembre de 1939. Fui desde el sur de Polonia hasta Kovno, Lituania, en un coche del NKVD robado. En Polonia tenía lugar una tragedia; yo vi sus señales, seguí su rastro y temo que esa tragedia contribuyó al éxito de mi huida, porque absorbió las energías de las Fuerzas de Seguridad soviéticas. No estoy seguro de si sucedió así, y lo único que puedo decir es que sobreviví. Fue, también, un accidente de la geografía. Si me hubiese encontrado cincuenta kilómetros más al oeste, los funcionarios del NKVD y los comisarios políticos que servían en el frente me hubieran arrestado con toda seguridad. Creo que sabían quién era yo, lo que había hecho, y tenían una descripción del coche que conducía. De la misma manera, si hubiese estado cincuenta kilómetros más al este, los del NKVD de Ucrania me hubieran apresado o me habrían asesinado las bandas ucranianas, que por entonces eran muy activas. Pero estaba en medio, en una zona detrás del frente pero que el *apparat* no controlaba aún. Los que puedan tener alguna experiencia de una zona donde maniobran las fuerzas soviéticas pero no luchan sabrán lo que quiero decir. Me moví entre unidades desperdigadas, entorpecidas por las malas comunidades, entre la confusión, el error y la ineficacia, y todo me salió como si yo fuera invisible».

Bien, eso es verdad en cuanto al resultado, pero en modo alguno es toda la historia. Pudo, por ejemplo, elegir la identidad más adecuada en cada momento. Al amanecer del día veintidós fue interceptado por una patrulla soviética; cuando enseñó la insignia del NKVD, el oficial le hizo señas con la mano para que continuara y maldijo cuando las tropas no se quitaron de la carretera con la suficiente celeridad. Pero en una aldea *shtetl*, en un lugar perdido, se presentó como Szara, el judío polaco; allí le dieron un banco para que durmiera en el estudio de la casa y la mujer del rabino le puso de comer. Entretanto, el llamativo «Pobeda» fue ignorado por los aldeanos. Lo metió en un patio embarrado, sin vallar, con una gran cantidad de gallinas, y allí estuvo, seguro e invisible desde la carretera, mientras él dormía. Más adelante, cuando convino a sus propósitos, se presentó como él mismo, André Szara, periodista soviético. Más tarde en otra ocasión, como Jean Bonotte, de Marsella, ciudadano francés.

Salvar los casi quinientos kilómetros hasta un lugar cercano a la frontera con Lituania le llevó unas veinte horas. La primera noche, movido por un instinto oscuro, pero poderoso —¿la mano de Dios?—, se alejó de su refugio de medianoche y continuó por la misma carretera durante seis horas —hacia el norte, según creía—. Temía que no podría cruzar los numerosos ríos que encontraría en su camino, pero, como más tarde comprobó, los polacos no habían volado los puentes. Así que el «Pobeda» traqueteó sobre las maderas sueltas de las estructuras tendidas sobre el Berezina y sobre el Belaja. Cuando atravesó el primer río, llegó a una carretera empedrada, que cruzaba de este a oeste, flanqueada por abedules. En aquel mismo momento supo dónde se encontraba, porque aquella calzada la habían construido los corsos del emperador Napoleón en 1812, un sólido fundamento para las ruedas de cañones y carretas de las municiones que iban hacia Moscú. Szara la cruzó y siguió hacia el norte.

Cerca de Chelm, poco antes del alba, se encontró el camino bloqueado por un tren de ganado, detenido en el cruce. Soldados uniformados del NKVD vigilaban el tren, y a la luz difusa pudo ver el cañón de una ametralladora montada en lo alto de un vagón de carga, como para cubrir el «Pobeda». Uno de los centinelas enarboló el fusil y se acercó a Szara para preguntarle quién era y qué hacía allí. Szara estuvo a punto de enseñar la insignia, pero se contuvo. Algo en su interior le aconsejó que la dejara donde estaba. Era polaco, dijo. Su esposa estaba de parto y él había salido en busca de la comadrona. El soldado lo miró fijamente. Szara pudo oír voces en polaco que pedían agua dentro de los vagones de ganado. Sin que mediaran más palabras,

Szara metió la marcha atrás y retrocedió, el corazón le latía desbocado; mientras, el soldado lo miraba pero seguía quieto. Un posible problema se había resuelto por sí solo. Cuando estuvo fuera de la vista del tren, apoyó la frente sobre el volante durante un rato, luego dio la vuelta con el coche y retrocedió unos pocos kilómetros, giró por la primera carretera que encontró y, una hora más tarde, después de varias vueltas, atravesó las vías en un cruce desierto.

Una mañana temprano, cuando pasaba por delante de una granja, oyó el lastimero mugido de las vacas sin ordeñar y el furioso ladrido de perros abandonados y atados a sus cadenas. En otro cruce de vías férreas había una barrera de madera que le impedía el paso, cuando se bajó para levantarla vio algo amarillo en el suelo, se inclinó para ver lo que era; se trataba de un trozo de papel atado a una piedra con un hilo de lana amarilla, quizá sacado de un chal. Desató la lana y encontró una nota: *Por favor, diga a Franciszka Kodowicz que a Krysia y a Wladzia se las han llevado en el tren. Gracias.* El viento agitaba el trozo de papel en su mano. Estuvo allí, de pie, junto al coche, durante mucho rato; luego envolvió de nuevo el papel en la piedra, lo ató con la lana amarilla, y lo dejó en el mismo lugar donde había caído cuando las muchachas lo lanzaron al pasar el tren. Se hallaba, observó con frialdad, al margen de promesas y decisiones. Subió al asiento del conductor, contuvo la respiración cuando le asaltó la peste almizclada a pomada y sudor, forzó la palanca del cambio hasta abajo y condujo hacia el norte. Ésa era su decisión, su promesa: existir.

La tercera noche, al haberse desviado hacia el oeste para evitar la ciudad de Grodno y su mercado, por el mapa vio que había entrado en la región de los marjales de Pripet. Sospechó que la línea de avance de los rusos no había alcanzado aún la zona, y que el flanco norte se habría detenido por alguna razón, porque no vio indicios de ninguna fuerza ocupante. Detuvo el coche y se dispuso a esperar la mañana, diciéndose que debía permanecer alerta y no dormirse. Se despertó, una vez y otra, cuando la barbilla le golpeaba el pecho, pero acabó por caer, exhausto. Cuando se despertó clareaba el día y se vio rodeado de pantanos que se extendían hasta el bajo horizonte, una llanura ondulante de carrizos y largos brazos de agua coloreada por un cielo gris barrido por el viento. La tierra era antigua, desolada; de la lejanía le llegaba apagado el graznido de las aves acuáticas.

Caminó por allí durante un rato, mientras intentaba orientarse; se lavó el rostro y las manos en las sucias y heladas aguas del pantano. Buscó en el cielo, pero no se veía el sol; no tenía idea de dónde estaba ni de cuál era el

camino del norte. Pero no le importó. Eso era lo peor, que no le importara en realidad. Su determinación había desaparecido como la arena arrastrada por la corriente. Se sentó en el estribo del «Pobeda», se desplomó contra la portezuela y fijó la mirada en las charcas grises y en los ondulantes carrizos. De alguna manera había alcanzado el fin de su viaje, y sintió que su futuro no era más que el truco de un ilusionista, la autosugestión de la supervivencia. Ante la vasta extensión de tierra desierta vio su propia insignificancia con extrema claridad: un hombre, vanidoso, mezquino, envidioso y astuto, un oportunista, un fraude. ¿Por qué tenía que seguir vivo un hombre así? *Sube al coche*, se dijo a sí mismo. Pero la voluntariosa voz interior lo ponía enfermo, todo lo que decía era codicioso, todo lo que hacía era desear. Incluso allí, en el fin del mundo, cantaba su cancioncilla, y cualquier gesto, por absurdo que fuera, la satisfacía. Pero el único gesto que atraía a Szara era sacar la pistola de debajo del asiento del conductor y ahorrarse al mundo su innecesaria presencia. Por lo menos un gesto de gracia. ¿Tendría valor para hacerlo? Sorprendentemente, lo tenía. ¿Qué había hecho con su vida, salvo buscar una paz momentánea entre las piernas de las mujeres? Para vivir otro día, y luego otro, había servido a la gente que ahora hacía lo que hacía y que haría —lo sabía con certeza— lo que haría. Y para poner un buen final a la historia de su vida particular, el momento y el lugar eran perfectos: *como una ironía, se encontraba a muy pocos kilómetros de la segura frontera lituana*. Miró su reloj, las nueve y dieciséis minutos. El cielo se interpuso en su visión, cientos de sombras grises, a la deriva, ondulantes como el humo de la batalla arrastrado por el viento marino.

Lo que lo salvó —porque estuvo muy cerca del precipicio— fue una visión. No escribió nada sobre ella; no era pertinente, y quizás, había otras razones. Muy lejos, al final de la carretera que tenía delante, apareció la silueta de un cazador: un hombre acababa de salir del cañaveral, una escopeta apoyada en el antebrazo, el cañón doblado en su unión con la culata como medida de seguridad. Tras él salió un spaniel, se puso al lado del cazador y se sacudió el agua del pelo. Después, el hombre cruzó la carretera, el perro lo siguió, y ambos desaparecieron.

Luego, sin saber cómo, Szara se vio conduciendo a través del gran laberinto de carreteras y caminos que podían llevar a todas partes y a ninguna. Hubo momentos en que, con lágrimas en los ojos, condujo sin apenas ver, pero nunca levantó el pie del pedal del acelerador. Condujo rabioso, con furia,

hacia el viento. Tomaba cualquier camino donde viera que el cielo se agitaba precipitadamente hacia él, impresión que aumentaba al correr el coche en dirección opuesta. Pasó, y apenas lo advirtió, por delante de una torre de vigilancia vacía con alambres de espino a ambos lados, una puerta de alambres colgaba absurda de uno de sus goznes, como si hubiera sido apartada por un gigante. Por fin vio a un anciano al lado de la carretera que hurgaba distraído en un huerto con una primitiva hoz. Szara aplastó el pie sobre el pedal del freno.

—En el nombre de Dios, ¿dónde estoy?

—¿Vas? —dijo el hombre.

Szara lo intentó otra vez y obtuvo la misma respuesta. Se miraron el uno al otro, sin encontrar una salida, Szara irritado, el anciano más confuso que temeroso.

—¿Qué pasa, señor, para que grite tanto? —dijo por fin el anciano con una irritación controlada por la educación.

El hombre le había hablado en alemán, entonces Szara cayó en la cuenta de que ése era el segundo idioma que se hablaba en Lituania. Lanzó una absurda carcajada que pareció un grito, empujó de un golpe la palanca del cambio y se adentró en el país.

Llegó a Kovno como un fugitivo. Y se quedó para convertirse en un refugiado.

Dos ciudades marcaban los extremos norte y sur del Límite de Asentamiento, a saber, Kovno y Odesa. Szara, que había crecido en la segunda, comprendió pronto a la primera. Eran ciudades fronterizas. Odesa, en el mar Negro, frente a Estambul; Kovno, en la encrucijada de Rusia, Polonia y Lituania. Las ciudades fronterizas poseen un particular instinto: por ejemplo, saben cuándo se avecina una guerra, porque en guerra nadie las perdona. Saben distinguir a las personas que llegan antes de la guerra. Los inmigrantes, o los refugiados —como se les quiera llamar— llegan justo antes que los ejércitos, y auguran tiempos difíciles, como las aves que presagian el invierno.

Pero la larga y complicada historia de Kovno había dotado a sus ciudadanos de las características que le habían permitido sobrevivir. Cuando Szara llegó a la ciudad, que en su niñez se llamó Kovno, en la actualidad se la conocía por el nombre lituano de Kaunas. Sin embargo, su vecina cercana seguía llamándose Wilno desde que fue declarada territorio polaco, y no

Vilna, el nombre ruso anterior a 1917. Los lituanos preferían Vilnius, pero en aquel preciso momento esa alternativa tenía pocos partidarios.

Los habitantes de Kovno, hoy Kaunas, eran obviamente políglotas. Antes de irse a dormir, Szara pudo hablar en alemán, polaco y yiddish. También eran virtualmente inmunes a la política, lo cual no es de extrañar en una ciudad que ha tenido que soportar desde los Caballeros Teutónicos a los abogados bolcheviques, pasando por todo lo que cabe en medio. Sus habitantes eran, dentro de una índole natural tranquila, muy obstinados. En todo, salvo en cuestiones de nacionalidad. Los lituanos sabían que aquélla era su patria; los polacos sabían que el suelo que pisaban allí era polaco, sin importarles lo que otros dijeran; los judíos llevaban en la ciudad cientos de años, viviendo tan bien como en cualquier otro sitio. La población alemana, sin embargo, miraba al oeste, con el corazón nostálgico y la canción de circunstancias puestos en la Patria.

Pero, por obstinados que hubieran podido ser los ciudadanos de Kaunas, en el otoño de 1939 parecía que muchos de ellos pretendían ser otra cosa.

Szara alquiló el tercio de una habitación en una pensión, realmente un edificio de apartamentos de alquiler, en lo alto de siete tramos de escalera, y la compartió con dos judíos polacos, cámaras de cine, que habían huido de Varsovia a través de los campos en una motocicleta. Uno de ellos trabajaba por las noches como barrendero en la estación de ferrocarril, y Szara dormía en su cama hasta que él llegaba a las seis y media de la mañana. Ese arreglo obligaba a Szara a madrugar. Después del desayuno se pasaba por las oficinas de las compañías navieras, intentando conseguir un pasaje para cualquiera de los puertos bálticos —Liepāja, Riga, Tallin—, pero el problema estaba en que había demasiada gente con la misma idea. Los barcos y los transbordadores a Dinamarca —su destino de preferencia— y, de hecho, a cualquier punto de la Tierra, estaban ya reservados hasta bien entrado 1940. Cabinas, puentes..., cada centímetro disponible. Sin desanimarse, tomó un tren hasta Liepāja e intentó obtener mediante soborno un pasaje hasta Noruega en un mercante maderero. Sólo su precipitada huida del bar del muelle lo salvó de la cárcel. Y el incidente tuvo testigos. Vio dos rostros en el mismo bar que le resultaron vagamente familiares, quizá vistos en las oficinas de las navieras. Acudió a muchos sitios, lo intentó de mil maneras, pero el resultado fue siempre negativo.

Incluso en el mercado de los rateros, donde el «Pobeda» provocó discretos silbidos de admiración, pero muy poco interés financiero. Sublimes realistas estos rateros de Kovno: ¿adonde puede ir uno?, se preguntaron. Al sur, la

Polonia ocupada; al norte, el Báltico, y al este, la Unión Soviética. Al oeste, el puerto de Memel estaba en manos del Reich desde el mes de marzo. Königsberg era alemana y, desde ahora, también Danzig. Szara tomó lo que quisieron darle por el «Pobeda» y salió corriendo de allí. Seguro que el NKVD, pensó, tiene ojos y oídos en el mercado de rateros de Kovno.

Sus intentos de cambiar moneda tampoco resultaron muy satisfactorios. No pudo vender los zlotys; Alemania estaba introduciendo sus marcos en Polonia y nadie quería ir allí. Los rublos ni siquiera circulaban fuera de la Unión Soviética; entonces los quemó. Los francos franceses, con mucho lo mejor de su pequeño tesoro, habían tenido unas fluctuaciones muy animadas en los mercados de valores extranjeros, pero no le pareció inteligente quedarse sin ellos; podría emplearlos en cualquier parte, y todo el mundo los quería por la misma razón.

Durante los primeros días de Kovno, Szara se mostró muy cauteloso; sabía que el espionaje del *apparat* soviético en Lituania estaba bien asentado y era agresivo; sin embargo, poco a poco, abandonó las reglas de la práctica clandestina y se convirtió en una más de las muchas almas anónimas cuya principal ocupación era la espera. Se sentó en los parques a contemplar las partidas de ajedrez con los demás refugiados, mientras las hojas de los árboles se doraban con el lento avance del otoño. Frecuentó los bares más baratos, ociosos tras su taza de café, y pronto la gente empezó a darle los buenos días con un saludo de cabeza: formaba parte de sus vidas diarias en la mesa del rincón.

Hizo un amigo, alguien imprevisto, un caballero que respondía al nombre de Mr. Wiggins, al que se encontraba en la naviera y en la agencia de viajes «Thomas Cook». Mr. Wiggins parecía sacado de las páginas de Kipling: bigote engomado, cabello peinado con raya en medio, y un cuello postizo pasado de moda, muy formal e incómodo, pero con el que se sentía seguro. Era, a su manera, un hombre extremadamente decente que trabajaba en «Thomas Cook» con toda la convicción, y que quería ver en la marea de refugiados que invadía su oficina desde el amanecer hasta la tarde, no los restos de un naufragio, sino una corriente de clientes. Szara pareció ser uno de sus favoritos.

—Lo siento —decía con verdadero pesar en el tono de su voz—. No tenemos cancelaciones hoy. Pero inténtelo mañana. Nunca se sabe. La gente suele cambiar de idea, eso lo he aprendido en mi negocio.

Mr. Wiggins, como cualquiera, sabía que la guerra se acercaba a Lituania. O, si no la guerra, la ocupación al menos. El país se había sacudido el

dominio de Rusia en 1918 —del dicho de Lenin «dos pasos adelante y un paso atrás», éste había sido el paso atrás—, y a cambio había gozado del privilegio de ser una nación libre. Pero sus días estaban contados y no se podía hacer nada. Szara, que siempre veía rostros familiares, compraba los periódicos locales y extranjeros por la mañana temprano y se los llevaba a su cubil, en la cocina común del apartamento, para estudiarlos de manera exhaustiva. Compartía las malas noticias con sus compañeros de cuarto alrededor de una taza de café ligero y recalentado, aunque trataba siempre de no dejar escapar nada que lo comprometiera.

El futuro comenzó a aclararse a medida que los días pasaban: un gran intercambio de población iba a producirse en Estonia, Letonia y Alemania simultáneamente. Los eslavos, al este; los germanos, al oeste, así de sencillo. Los germanos, más de cien mil, serían embarcados en vapores de pasajeros del Báltico y enviados a Alemania, desde donde sus tatarabuelos habían emigrado cientos de años antes. Entretanto, las diversas nacionalidades eslavas residentes en Alemania pondrían rumbo hacia el este para reunirse con sus olvidados hermanos en la Unión Soviética. Este reordenamiento de pueblos buscaba el restablecimiento de la pureza racial en Alemania, y también reducir la presión de los asentamientos alemanes en Europa del Este. Sufrían horriblemente decía Goebbels, porque conservaban su lengua, sus costumbres y su forma de vestir en medio de culturas extrañas, y nadie los quería, sobre todo por la envidia que sus éxitos causaban. *Se les podría llamar judíos rubios*, pensó Szara.

Pero el hecho de la emigración pendía sobre la mesa de la cocina como una mortaja: si los alemanes iban a abandonar los Estados bálticos, ¿quién vendría?

Sólo había una nación candidata, y no se trataba de Francia. Para Szara, que había aprendido una cierta manera de pensar desde 1937, aquello tenía incluso unas consecuencias más profundas: si la división de Polonia era uno de los protocolos secretos del pacto Hitler/Stalin, ¿cuáles serían los otros?

—Lo siento mucho, señor —decía Mr. Wiggins—. No hay nada.

Como todos los refugiados, Szara dedicó mucho tiempo a pensar. Sentado en el banco de un parque, fumaba un cigarrillo viendo caer las hojas. Cuando escapó de Polonia pensaba que la muerte lo esperaba, o la gloria, y había actuado de acuerdo con eso. Muerto Maltsaev, nada tenía que perder. Pero jamás imaginó, ni por un solo instante, que todo acabara en una vida de penuria, de cafés lóbregos y apartamentos miserables, a la espera de que el Ejército Rojo alcanzara las puertas de la ciudad. Pensó que quizás intentara

telefonar para ponerse en contacto con De Montfried y pedirle ayuda; pero ¿qué clase de ayuda podía ofrecerle?, ¿dinero?, ¿más dinero que no podría comprar lo que Szara necesitaba? Algunos de los judíos prósperos de Kovno gastaban verdaderas fortunas para comprar su salida antes de que los rusos llegaran, y se contaba que algunos de ellos habían sido exprimidos hasta perder todo lo que poseían y luego los contramaestres del barco, flanqueados por marineros armados, les habían impedido embarcar. Otros rumores —y Szara sabía que algunos eran ciertos— hablaban de refugiados desesperados que se aventuraban en el mar en barcas de remos, en ocasiones inducidos por supuestos barcos contrabandistas, y a los que luego no se les volvía a ver. ¿Ahogados?, ¿asesinados? Nadie lo sabía. Pero la tarjeta postal de confirmación nunca llegaba a Kovno, y los amigos y los cómplices sólo podían sacar una conclusión de aquello.

Al final, Szara se dio cuenta de que la trampa tenía una sola salida, en una sola dirección; y entonces decidió probarla.

—¿Desde Hamburgo? ¿A Copenhague desde Hamburgo, dice usted? — Por un instante, Mr. Wiggins se permitió mostrar su asombro. Luego se aclaró la garganta y volvió a ser el perfecto agente de viajes—. Sin problemas..., vaya me parece. Hay mucho sitio. Cabina de primera clase, si es eso lo que quiere. ¿Hago la reserva?

Debería de haber funcionado.

Hubo improvisaciones, por supuesto, y tenía que haberlas, pero no se las arregló mal. Al final no fue culpa suya que las cosas no salieran bien sino de los avatares de la guerra.

Empezó con los hospitales. Wiggins le ayudó. Le dijo que los miembros pudientes de la comunidad alemana iban aquí, y los que disponían de menos medios iban allí. Bien, pues Szara fue allí. A una estructura parda, triste, por el nombre una institución luterana, en la vecindad inocua, alejada del centro de la ciudad. Tras un par de días de vigilancia supo cómo funcionaba el hospital. Necesitados de café o de algo más fuerte, los médicos, según su categoría, solían ir al «Viena», un local, restaurante y pastelería, de cierta dignidad. El resto del personal hospitalario, conserjes, empleados y algunas enfermeras, iban a una taberna con los mismos propósitos. Szara eligió la taberna. El turno de día del hospital terminaba a las cuatro de la tarde, así que, a partir de ese momento, la taberna solía estar llena una hora o dos. Acudió allí durante tres días a las horas de bullicio, sólo para mirar, y se fijó en los

más solitarios. Al cuarto día escogió a su hombre: tristón, simplote, maduro, de grandes orejas y melena grasienta, uno de los últimos en abandonar el local, nunca con prisas en busca del hogar familiar. Szara lo invitó a una cerveza y entabló conversación con él. Era un lituano nativo, pero sabía alemán. Szara se enteró en seguida del por qué de beber solo: había algo malévolo en aquel hombre, algo que ocultaba con cierto tono sugestivo y burlón, como si hubiese algo malo en todo lo que la gente hacía. Preguntando por lo que *él* hacía, Szara admitió que compraba y vendía «papel», y lo dijo con una mirada furtiva para hacer ver al otro que él creía hablar con un tío listo.

El asistente sanitario, pues eso resultó ser, lo entendió de inmediato. Conocía el asunto. Incluso le guiñó un ojo. Éste, pensó Szara, ha visto la cárcel por dentro, quizá durante mucho tiempo, tal vez por algo muy desagradable.

—¿Y qué clase de *papel* compra el caballero en estos días?

—Papel alemán.

—¿Por qué?

—Quién sabe. Un cliente necesita documentación alemana. No expedida en Alemania, cuidado, y tampoco en Lituania. Para el caso serviría de Polonia o Hungría. Y si fuese de Yugoslavia, mucho mejor.

El asistente conocía al hombre adecuado. El viejo Kringen.

Szara pidió otra ronda de cerveza, de la mejor que tuvieran, y se pusieron a discutir de dinero. Un poco de regateo. Szara pretendió estar asustado, dependía del precio, no avanzó ni un milímetro, puso expresión de mal humor, y terminó por ceder.

—¿Va a vivir mucho el viejo Kringen? —quiso saber Szara.

—No. Está en las últimas, pero se toma su tiempo; no parece tener prisa.

—Entiendo —dijo Szara—, pero mi cliente no se puede permitir..., bien ningún contratiempo.

El asistente soltó una risita que sonó horrible. Dijo que el viejo Kringen no iba a ir a ninguna parte. Y acostado donde estaba, tampoco necesitaba el pasaporte que, por cierto, habían guardado en el departamento de archivos del hospital. Pero el asistente tenía un amigo allí y le parecería bien. Eso iba a costarle un poco más.

Szara cedió en el precio por segunda vez.

Y por tercera, cuando fue a la taberna dos días más tarde. Pero obtuvo lo que quería. El viejo Kringen era de Siebenbürgen —Siete Colinas—, un distrito de Rumania, zona que los emigrantes alemanes colonizaron hacía

mucho tiempo. Szara ignoraba por qué el viejo Kringen había recalado en Kovno, quizá por las ventajas que la vecina Letonia ofrecía a los emigrantes, o por cualquier otra razón. Era mucho más viejo que Szara y, a juzgar por su fotografía, un cabeza dura malencarado; el oficio que figuraba en el pasaporte era el de criador de cerdos. Szara compró lo que necesitaba; después en busca de intimidad, encontró una habitación en un distrito de casa de vecindad que se podía alquilar por horas.

Borró el año de nacimiento con zumo de limón para escribir uno apropiado para él, esparció un fino polvo sobre la página, que disimularía la mancha, y cambió la fotografía, luego estampó una firma ilegible suya. Después la expuso a la luz.

El nuevo Kringen.

Se había deshecho de los documentos de Maltsaev cuando todavía estaba en Polonia; ahora le tocó el turno a los de Szara. Las paredes de la diminuta habitación eran delgadas, y los diversos gruñidos y gritos que le llegaban de todos los lados hacían pensar que los viernes por la noche en Kovno eran muy parecidos a los de cualquier otra ciudad. Había una mujer —la imaginaba inmensamente gorda— que reía a carcajadas de una forma estentórea al otro lado de la pared. Algo produjo un ruido sordo, y ella lanzó un grito de alegría, luego siguió con sus risotadas estridentes y alguna pausa para, imaginaba Szara, secarse las lágrimas. Con semejante acompañamiento murió Szara. Se sentó en el colchón de paja cubierto con una sábana sucia, alumbrado sólo por una vela, y se rascó el tobillo por algo que le picaba. Había llevado consigo una taza de café del bar al que solía ir por las tardes, y, dentro de ella, fue quemando las páginas que arrancó, una por una, de su pasaporte; les prendió fuego por una esquina y contempló cómo los sellos de entrada y salida desaparecían a medida que el papel se retorció y ennegrecía. Las tapas rojas se resistieron, por ello tuvo que cortarlas a tiras y encender una cerilla tras otra, pero también cayeron, con una llama azul y amarilla, dentro de la taza llena de cenizas. Adiós. La amargura que invadió su pecho le sorprendió, mas no rechazó ese sentimiento. Era como si André Szara, su impermeable, su sonrisa y su frase inteligente, siempre a punto, hubieran dejado de existir. *Al fin y al cabo, un molesto hijo de puta*, pensó Szara. Hurgó con un dedo entre las cenizas y luego las aventó afuera, por una ventana que daba a un patio lleno de gatos.

Un pequeño canal cruzaba aquella zona de Kovno. La insignia del NKVD cayó al fondo como una piedra. Igual que la «Steyr».

El muelle de Riga estaba abarrotado de alemanes, con sus equipajes, sus perros, y una banda de música que tocaba mientras subían por la pasarela de embarque. Las cámaras de los noticiarios destacaban entre la multitud. Szara ocultó el rostro. Por una curiosa magia tribal, que no supo explicarse, la multitud se había agrupado, instintivamente, por castas: los prominentes y ricos, delante; a continuación, los campesinos fumadores de pipa, y, detrás de todos, los obreros y gente diversa. Todos parecían felices con ese arreglo.

Examinaron su documentación sin excesivo interés. ¿Santo cielo, quién iba a querer colarse bajo la carpa de ese circo? De hecho, aunque Szara no lo sabía, el NKVD aprovechó la migración báltica para infiltrar agentes suyos en Alemania; tales repatriaciones han ofrecido siempre interesantes posibilidades a los Servicios de Inteligencia.

Szara se preparó por si era descubierto. Cualquier agente de la Gestapo podía advertir la burda manipulación del pasaporte, y sólo necesitaría cinco minutos de interrogatorio para comprobar que se trataba de un impostor. Pensaba admitirlo mucho antes de que lo averiguaran. Había cosido a la chaqueta el pasaporte de Jean Bonotte y llevaba los francos franceses en el doble fondo de la maleta, el lugar donde los escondería un hombre como Bonotte, un tipo de Marsella, sin duda corso, sin duda un criminal. Alemania y Francia estaban oficialmente en guerra, aunque no hubieran entablado aún ningún combate real. Casi todo había quedado en palabras. La diplomacia germana continuaba intentado suavizar las cosas con británicos y franceses. (¿Valía la pena que el mundo se peleara por un puñado de polacos?). Szara esperaba que, si lo descubrían, lo arrestarían como ciudadano de Francia. Lo peor que podría ocurrir sería pasar la guerra, aburrido hasta la saciedad, en un campo de internamiento cualquiera; lo mejor, que lo canjearan por un ciudadano alemán al que le hubiera sorprendido el primer disparo de cañón en el lado equivocado del frente. Y dentro de todo lo malo, un campo de concentración alemán era, probablemente, el último lugar del mundo donde el NKVD fuera a buscarlo.

Pero, con todo y con eso, no quería que lo descubrieran. No era alemán, ni siquiera un criador de cerdos rumano de las Siete Colinas, y no quería que esa multitud lo apaleara. Había una ira profunda y paciente en ellos. Ante las cámaras de los noticiarios se mostraban alegres «por volver a la Patria», pero

entre ellos se prometían un pronto «regreso». Llegaría un momento, eso era evidente, que algunas cosas quedarían claras, y si se lo miraban con atención y se fijaban bien en sus rasgos, no tendrían que cavilar mucho para darse cuenta de que era judío. No, no quería que lo descubrieran, y se había propuesto eludir cualquier contacto directo en la medida de lo posible.

Con ese propósito representaría el papel de un hombre apesadumbrado, víctima de la hostilidad antigermana. Ensayó una sola frase, con el acento *Volksdeutsch* propio de un hombre como Kringen: «Se lo llevaron... todo». Tuvo que hacer uso del truco casi de inmediato. Un tipo fornido que se encontraba a su lado en el muelle quiso entablar conversación y lo saludó. Szara lo miró fijamente, como si el otro fuera a inmiscuirse en su íntima angustia, y le soltó la frase. Funcionó. La expresión del hombre pasó de la sorpresa a la simpatía compasiva, luego a la rabia. Szara se mordió el labio inferior; no podría decir más sin perder el control. Desvió la mirada y el hombre dejó caer una zarpa sobre su hombro; el calor humano del gesto casi provocó en Szara unas lágrimas sinceras.

Un día luminoso. Un mar en calma.

La vida a bordo del vapor de pasajeros estaba organizada con todo detalle. De ello se ocupaban numerosos oficiales, pero a Szara le pareció que se mostraban condescendientes, como para facilitar la transición de los emigrantes a la vida alemana. Fue interrogado —preguntas que sólo requerían síes y noes—, y le dieron una tarjeta de identidad temporal; se le dijo que debía presentarse a las autoridades correspondientes del lugar donde fuera a establecerse, que allí le proporcionarían la documentación de residencia permanente. ¿Tenía alguna idea de dónde quería vivir? ¿Familia en Alemania? ¿Amigos? Szara se refugió en su desgracia.

—No se preocupe, amigo mío —le dijo el oficial—. Ahora está en buenas manos.

El sistema de altavoces funcionaba sin descanso: un schnauzer encontrado en la sala de oficiales, un animado mensaje de bienvenida del doctor Goebbels, la benéfica Winterhilfe tiene establecida su mesa en la cubierta de popa, aquéllos con apellidos de la A a la M deben presentarse a la una en el comedor para el almuerzo, y los de la N a la Z, a las dos treinta. Para abrir el apetito, dentro de quince minutos comenzará una fiesta de canciones en la cubierta de proa, con la famosa contralto Irmtrud con cualquier cosa, de la compañía de Ópera de Munich y el famoso contralto Gerhard cualquier cosa,

Untersturmführer de las SS del Coro de Soldados Bávaros, dos inspirados artistas que se han prestado voluntariamente para acompañarnos en el viaje y unirse a sus compañeros *Volk* cantando algunas de las grandes canciones antiguas.

Szara pasó unos instantes de pánico pensando que tendría que cantar también, mas vio con alivio que un número suficiente de gente permanecía acodada en la barandilla, y así se libró del mal trago. Se puso firme durante el emotivo *Deutschland über Alles* que abrió el programa, miró los senos de la contralto, henchidos de poderoso patriotismo, y luego se apoyó en la barandilla entre los que formaron el pequeño auditorio.

La mayoría de los pasajeros participó, y todos estaban profundamente afectados por el canto: hombres y mujeres derramaban lágrimas sin recato, y una especie de jubilosa agonía aparecía en sus rostros cuando sus voces se elevaban al unísono. La masiva interpretación de *Noche de paz* —un villancico conocido por todos— fue extraordinaria, con un sentimiento tierno y profundo, en medio de las tranquilas aguas del Báltico.

Szara se mantuvo en su papel; siguió el compás con la cabeza e hizo como si musitase las viejas palabras para sí, pero su reacción íntima ante aquel acto se pareció mucho al terror. Fue la instintiva y apasionada unidad de los cantores lo que produjo su miedo; la nítida profundidad de esa unión resultaba abrumadora. Pensó que en el mundo no había tres judíos que estuvieran de acuerdo en lo que significaba ser judío, pero, en apariencia, había cincuenta millones de personas que sabían con toda exactitud lo que significaba ser alemán; aunque muchos de los que se encontraban en la cubierta no hubiera puesto nunca un pie en Alemania.

Algo estaba equivocado, ¿qué? Obviamente habían sufrido injusticias sin cuento, y en sus rostros aparecía reflejado todo con claridad. Cantaron como hipnotizados, oscilando, cogidos de las manos —muchos lloraban— y juntos formaron una muralla de emoción compartida, de nostalgia, pesar, autocompasión, sentimentalismo, resentimiento, odio y furia. Las palabras llegaban volando hasta el interior de Szara, ninguna de ellas acertada, ninguna de ellas equivocada, ninguna de ellas le importaba. Lo que sí era cierto para él en aquel momento era que las palabras envenenaban. Y que el resto del mundo tendría que sufrir las consecuencias.

Eludió el almuerzo porque sabía que le sería imposible escapar de la conversación en una mesa llena de comida. Una mujer baja y gordita, de pequeños ojos maliciosos, fue en su busca —estaba seguro de que se había pasado todo el rato mirándole—, y, sin decir palabra, le ofreció un generoso

trozo de pastel *Bundt* en una servilleta. El grupo lo había entendido, lo había aceptado. Era un ser herido, había que dejarlo solo, mas no descuidarlo. La mujer se alejó para que comiera su pastel en paz. Szara tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para dominar el estremecimiento que surgió de lo más profundo de su ser.

A la puesta del sol, la voz del sistema de megafonía adoptó de repente un tono susurrante y reverencioso. Había un cambio imprevisto en los planes: a la llegada del barco a Hamburgo, un tren formado por vagones de primera clase llevaría a todos los pasajeros a Berlín, donde el mismo Führer les daría la bienvenida. Por favor, no se preocupen por los amigos y familiares que acudan a recibirles al puerto. Habrá sitio para todos. *¡Heil Hitler!*

Y si Szara tuvo la pasajera idea de escabullirse durante la confusión del desembarco y encontrar la forma de acercarse al transbordador de Copenhague, la realidad de la llegada, dos días más tarde, puso en evidencia el desatino de semejante propósito. A los dos lados de la pasarela se formó un doble muro de alemanes vitoreándoles, un pasillo de bienvenida, tan eficaz como una alambrada de espino, que llegaba hasta la misma estación del ferrocarril.

Y de esa manera salió para Berlín.

La ciudad le pareció tenebrosa y solemne. Ceremoniosa. Meditabunda. Lo que percibía en el ambiente era peor, mucho peor, que en la «Noche de los Cristales» de noviembre de 38. Ahora, la nación estaba en peligro; lo que se decidía no era ya una maniobra política del Partido Nazi. Francia y el Reino Unido les habían declarado la guerra —¡qué descarada presuntuosidad!—, y la gente se sentía unida frente a semejante reacción inesperada. Que naciones civilizadas —los británicos en cualquier caso, no los franceses, que no se bañaban— hubieran hecho causa común con los polacos, los judíos y demás basura eslava, parecía algo de todo punto imposible, pero la vida era así, y había que enfrentarse con la realidad. Ellos harían lo mismo.

En la terminal de Potsdam esperaba una flota de autobuses para llevar a los repatriados del *Volksdeutsch* al Estadio Olímpico, donde una multitud de setenta y cinco mil personas aguardaba su llegada. Se había reservado toda una zona de la tribuna para los emigrantes del Báltico, y Adolfo Hitler les dirigiría la palabra después. Szara no tenía intención de moverse de donde estaba. Las medidas de seguridad en un lugar donde iba a aparecer el líder nacional serían intensas, y en este caso con la Gestapo y la Policía berlinesa

en traje de paisano, habría comprobaciones de identidad, en fin, la pesadilla de un impostor. Si bien su frágil disfraz había funcionado en los muelles de Letonia, con semejantes medidas no resistiría mucho tiempo.

Pero hubo una maldita ausencia de confusión para subir a los autobuses. Los *Volksdeutsche* poseían una irritante paciencia y maleabilidad que los llevaron a organizarse por sí mismos en colas perfectas —¿quién, trató de recordar Szara, había llamado *borregos carnívoros* a los alemanes?—; así, cuando intentó escabullirse entre dos autobuses, una joven con un brazalete lo siguió y lo invitó cortésmente a que se reintegrara a su sitio. Desesperado, se dobló sobre sí mismo, con la mano libre apretándose el vientre, y volvió corriendo a la estación. *Eso* lo entendieron y le dejaron ir. Buscó una salida distinta, ahora como un simple viajero con su maleta. Vio un letrero que indicaba el tranvía 24, la línea Dhalem, que lo llevaría a la estación Lehrter, desde la que podría salir en el último tren para Hamburgo. Le pareció que las cosas iban a mejorar.

Pero se equivocaba. Para dar tiempo a que los autobuses de los *Volksdeutsche* salieran, caminó por las calles de Potsdam cercanas a la estación durante una media hora, y luego regresó a la estación. Pero vio que un policía uniformado y un agente de la Gestapo comprobaban la identidad de todos cuantos subían al tranvía, y se dio cuenta de que sin la protección del grupo de emigrantes le resultaría imposible pasar. Llamaba la atención, de eso no le cabía la menor duda. ¿Quién era ese hombre, de rasgos más bien aristocráticos, vestido con un traje sucio y con un sombrero flexible que le ocultaba los ojos? ¿Cómo es que llevaba una maleta tan fina?

Dominando el pánico que lo acuciaba, se alejó despacio de la estación; mientras andaba pensó que se encontraba en una situación peor si cabe. Estaba solo en medio de las calles desiertas.

El Berlín que conoció un año antes tenía todavía su gente nocturna, la que gustaba de la oscuridad y de los placeres que ésta implica. Pero aquello se había terminado. La ciudad estaba desolada, la gente permanecía en sus casas, se acostaba pronto; Hitler había perseguido los interiores decadentes. Szara sabía que debía abandonar la calle. Era cuestión de minutos.

Caminó con rapidez hacia el oeste, hacia la Leipzigerplatz, donde recordaba que había un teléfono público. Por si perdía la maleta, había memorizado varios números de teléfono. Ya tenía el auricular en la mano cuando se dio cuenta de que no disponía de monedas alemanas. Había conseguido algunos marcos de los polacos que huían a Lituania, los suficientes para comprar un billete para el vapor de Copenhague, mas no

había previsto la necesidad de usar el teléfono. *No de esta forma; no por una equivocación tan estúpida*, se quejó en silencio. Vio un taxi y le hizo señas de que se detuviera. El taxista se ofendió mucho, y le dijo que él no trabajaba para cambiar dinero; pero cuando Szara le ofreció cincuenta marcos por dos monedas de diez, la actitud del conductor se volvió respetuoso en un instante.

—¿Puede esperarme? —le preguntó Szara mostrándole los restantes billetes.

El taxista asintió con la cabeza. Cualquier cosa por un caballero.

El teléfono estuvo llamando lo que le pareció una eternidad, luego, una imprevisible voz de hombre contestó. Szara dio un nombre. La voz al otro lado sonó lánguida y aburrida.

—Oh, ella no está *aquí*. —Luego añadió—: Supongo que querrá el número.

Szara dijo que sí y sacó, frenético, un lápiz y una caja de cerillas del bolsillo. El hombre le dio el número de teléfono y Szara colgó. De reojo observó que el taxista miraba el reloj. Había un coche de la Policía al otro lado de la Leipzigerplatz.

—Un minuto tan sólo —gritó al taxista.

Éste notó su acento extraño y lo miró con atención. Szara marcó el nuevo número; una doncella contestó. Szara preguntó por «Madame Nadia Tscheroova». Sintió un gran alivio cuando escuchó su voz.

—Estoy en Berlín —dijo—. ¿Te molestaría mucho...?

—¿Qué?, ¿quién es?

—Un amigo de las bambalinas. ¿Te acuerdas? ¿La horrible comedia? Te traigo... un regalo.

—¡Dios mío!

—¿Puedo ir a verte?

—Bien —dijo ella.

—Por favor.

—Pero claro.

—¿Puedes decirme dónde estás?

—¿Cómo?, ¿es que acaso no lo sabes?

—Pues la verdad es que no.

—Oh, bien, es una villa. Antes del Tiergarten, justo al lado de Charlottenburg, en la Schillerstrasse. La tercera casa empezando por el final de la calle. Hay un... Dejaré encendidas las luces de la cochera. ¿Cuándo vendrás?

—Tengo un taxi esperando.

—Pronto entonces —dijo ella, y colgó.

Se metió en el taxi y dio la dirección al conductor.

—¿De qué parte de Alemania es usted? —le preguntó.

—De Italia —respondió Szara—. Del Tirol. No sabemos hablar en alemán.

—Así que es italiano.

—Sí.

—Pues para ser un italiano, no lo habla tan mal.

—*Grazie*.

El taxista soltó la carcajada y se alejó mientras el coche de la Policía empezaba a circular con lentitud alrededor de la Leipzigerplatz.

—¡Queridísimo! —exclamó ella en ruso. Era una Nadia diferente, afectada, frágil. Puso un brazo sobre los hombros de Szara, en la otra mano llevaba una copa, lo atrajo hacia su cuerpo y le dio un beso en plena boca. El beso le supo a vino—. ¿Qué ingenioso diablo te ha traído hasta mi puerta?

La doncella que lo había acompañado hasta allí hizo una reverencia, haciendo crujir su almidonado uniforme, y salió de la sala.

—Y ocúpate de tus asuntos —murmuró Tscherova a sus espaldas en voz muy baja mientras la otra cerraba la alta puerta.

—¿Qué clase de diablo? —preguntó Szara.

—Es de *La boda del mercader*, de Kostennikov, Acto III.

Szara levantó una ceja.

—Sube conmigo —dijo ella.

La siguió por salones con muebles de nogal barnizados y altos cortinajes color esmeralda, hasta una escalera curva de mármol con barandilla dorada.

—¿De verdad que no...? —empezó él.

—Calla —susurró ella en tono apremiante—. Nos escuchan.

—¿Los criados?

—Sí.

—¡El último es un mono! —gritó Nadia mientras subía rápidamente la escalera, el holgado pijama de seda de color pálido flotando al aire.

—¿No te parece que has salido con ventaja? —preguntó él sin moverse.

Nadia hizo un mohín y subió bailando los últimos tres escalones. Sus zapatillas doradas tenían pompones y las suelas resonaron contra el mármol. Se detuvo para tomar un sorbo de vino, luego cogió a Szara de la mano, lo arrastró hasta la alcoba y cerró la puerta tras ellos con el pie. El fuego ardía en

una chimenea de mármol; la pared estaba empapelada en azul intenso con motas blancas como copos de nieve, la colcha sobre la amplia cama tenía el mismo tono azul y blanco y la alfombra era de gruesa lana azul pálido.

—Oh, *Seryozha* —dijo ella en tono apesadumbrado.

Un borzoi se arrastró remolón fuera del canapé azul y blanco y se escabulló junto a la chimenea, se sentó de lado y adoptó la expresión triste del desposeído con un solo movimiento de su peludo rabo. Luego bostezó, abriendo al máximo su graciosa boca, la cerró con un chasquido y les dirigió su queja con un breve gemido. *¡Qué me importa el canapé!*

—No irán a pensar que soy tu amante —dijo Szara.

—Que lo piensen.

Szara pareció confundido.

—Puedo tener todos los amantes, y cualquier huésped raro, que quiera. Lo que no puedo tener son espías.

—¿Saben ruso?

—¿Quién sabe lo que ellos saben? Por mis amigos *émigrés* que ellos conocen, se creen que todos los rusos gritan y ríen. Si quieres decirme cualquier cosa de política o confidencial, hazlo en voz baja o pon la gramola.

—¿Es tuyo todo esto?

—Te contaré todo, querido mío, pero primero es lo primero. Perdóname, aún no sé cómo te llamas. Esto resulta embarazoso. ¿Quieres que me arregle un poco?

—André —dijo él—. Como en francés.

—Muy bien. Ahora tengo que preguntarte, André como en francés, si tienes la más remota idea de cómo hueles.

—Lo siento.

—He pasado malos tiempos en Rusia: habitaciones pequeñas, largos inviernos, gente aterrorizada y ninguna intimidad. Por tanto, no es que me asuste, créeme, pero...

Abrió una puerta, cubierta toda ella por un espejo, y le hizo un gesto señalando la bañera con patas en forma de zarpas de león.

—No falta nada. Encontrarás esponja, sales de baño, jabón de lavanda o almendra, toallas, cepillo para la espalda y champú de París. Puedes darte crema en la piel si eso te gusta o empolvarte como un buñuelo de pastelería vienesa. ¿Sí? ¿No te he ofendido?

—Ha sido un largo viaje —dijo Szara mientras entraba en el cuarto de baño.

Se desnudó al tiempo que contemplaba, horrorizado, el estado de su ropa. En la perfumada atmósfera del cuarto de baño, su propia condición se hizo, por contraste, mucho más evidente. Aun así, cuando se miró en el espejo, se dijo que había sobrevivido. Una barba de un día (¿tenía todavía un lado del rostro más hinchado como resultado del bombardeo?), el cabello demasiado largo, algunas canas más, los ojos amarillentos por la fatiga... No era viejo. Todavía no. Y delgado y esbelto. Resuelto.

Dejó correr el agua caliente y se metió en la bañera. El calor despertó los muchos cortes, arañazos y golpes que había ido acumulando en sus viajes e hizo un gesto de dolor. No había parte de su cuerpo que no le doliera, en cada una de forma diferente. Miró como se oscurecía el agua, añadió un puñado de cristales de un tarro y los esparció en el líquido.

—¡Eso da vigor! —gritó ella a través de la puerta abierta cuando olió las sales de baño. Tarareó para sí en tanto abría una botella de vino, Szara oyó el chirrido del corcho, y luego puso un disco en la gramola, una ópera italiana, dulce y llena de sol: *el día de mercado, los campesinos se reúnen en la plaza del pueblo*.

—Me gusta ponerlo cuando me baño. ¿A ti no?

—Sí, está muy bien.

Nadia siguió la música cantando algunos versos; su voz, algo ronca, se apartaba sin pudor alguno de las notas apropiadas.

—¿Podrías darme un cigarrillo?

Un momento después, la mano de Nadia apareció por la puerta con un cigarrillo encendido. Szara lo cogió agradecido.

—Fumas en el baño. Eres un auténtico ruso.

El perro acudió trotando y lamió el agua de la bañera con entusiasmo.

—¡*Seryozha*! —lo reprendió Nadia.

Con el dedo índice, Szara rascó al perro entre los ojos. El borzoi levantó la cabeza y lo miró fijamente, el agua jabonosa chorreando de su hocico húmedo.

—Vete, *Seryozha* —le dijo. Para su sorpresa, el perro se dio la vuelta y se marchó.

—Muy bien, perrito bueno —oyó que le decía Nadia.

—Cuando esté listo..., no tengo nada limpio, lo siento.

—Te daré una de las batas del general. No el trapo viejo que se pone siempre. Su hija le regaló una en su último cumpleaños; todavía está en la caja. De satén rojo. Vas a parecerme a Cary Grant.

—¿Es tu amante?

—¿Cary Grant? Pensé que habíamos sido discretos.

Szara esperó.

—No. En realidad, no. Nadie es mi amante. Cuando el general y yo estamos juntos, la gente cree otra cosa, pero eso no nos importa. Cuesta algo explicarlo, aunque como imagino que no vas a irte esta noche, ya tendremos tiempo de hablar sobre ello. Sin embargo, hay una cosa que no puede esperar. Has de decirme la verdad de por qué has venido aquí. Si vas a pedirme que haga todo ese tipo de cosas miserables, necesito saber por qué y para qué.

Dio la vuelta al disco. Había una cierta resignación en su voz, pensó él, como la mujer que teme una riña con el carnicero pero sabe que no puede evitarla.

—¿La verdad?

—Sí. ¿Por qué no?

—He... Bien, ¿qué es lo que he hecho? No he desertado. Creo que he huido.

—No me digas. ¿De verdad?

—Sí.

Nadia quedó callada durante un momento, con expresión reflexiva.

—¿Has huido a Berlín? ¿Es... a Berlín donde se suele huir?

—Estaba atrapado en una ratonera. Salí por el único sitio disponible.

—Bien, si tú lo dices. —La voz de ella tuvo cierto tono de duda.

Szara apagó el cigarrillo en el agua, dejó la colilla al borde de la bañera, sacó el tapón y miró el remolino formado por el agua al vaciarse.

—Voy a llenar la bañera otra vez —dijo.

—Te traeré un vaso de vino si quieres. Y puedes contarme tus aventuras. Si te está permitido hacerlo, claro.

—Ahora todo me está permitido —dijo él, y se echó a reír.

—¿Qué ocurre?

—Nada, de verdad —Y volvió a reírse. Se sentía como el genio liberado de la botella.

Era bien pasada la medianoche cuando bajaron la escalera de puntillas y se dirigieron a la cocina, un cuarto estrecho de techo alto con porcelanas oscurecidas en los bordes a fuerza de fregarla durante años. Se prepararon unos emparedados, altos hasta lo absurdo, de queso y encurtidos con mantequilla, y regresaron furtivamente por las alfombras de Baluchi como si fueran ladrones. Szara se vio un momento en un espejo: afeitado, peinado,

con una bata de amplias solapas de satén rojo y un emparedado gigante en su plato. Era como si en su largo vuelo a través de una puerta secreta hubiera aterrizado en el paraíso.

De vuelta al santuario de Nadia, se sentaron en la alfombra delante del mortecino fuego de la chimenea; *Seryozha* descansaba con las patas delanteras cruzadas y miraba con ojos ávidos en espera de su parte del botín. Szara miró a Nadia, ocupada en morder su emparedado, una seria comedora rusa, con el cabello caído enmarcando su rostro cuando se inclinaba sobre el plato. No podía apartar sus ojos de ella. Nadia aparentaba no notar su presencia, quizás era su costumbre. Al fin y al cabo, el oficio de una actriz consiste en ser observada pero, aun pensando eso, no quiso parecer un jovencito majadero y mirón e intentó reportarse, mas fue un intento vano y se rindió a la evidencia. *Es la obra de Dios*, pensó: el cabello, largo y liso, del color de una cáscara de almendra y el frágil azul de sus ojos, las líneas, los planos y la luz dentro de ella. No tenía palabras. Sólo un sentimiento muy dentro de él que lo empujaba a decirse, una vez y otra, que era verdad lo que veía. De pronto, ella levantó los ojos y se volvió hacia él, la mirada ausente, las mandíbulas paralizadas suspendido el bocado, hasta que Szara se dio cuenta de que ella estaba imitando la expresión que en él veía. Entonces desvió la vista.

—¿Sí? —preguntó ella con una ceja, enarcada.

—Nada.

Nadia le sirvió vino en su vaso.

—¿Esperas la llegada del general en algún momento? —preguntó él.

—El general se encuentra en Polonia —contestó ella—. Y si estuviera aquí, tampoco tendrías que esconderte. Krafic viene a verme con sus amigos, Lara Bronzina y su hermano. Los conoces en lo que podríamos llamar otro escenario. Otros también. Una pequeña colonia rusa, ¿sabes?: intelectuales emigrados, librepensadores, pintores locos y todo lo que quieras. El general se refiere a nosotros como «un antídoto de Frau Lumplich».

—¿Quién es?

—Un personaje que se ha inventado. En ruso diríamos «Madame Lump».

—Un general ilustrado. Un general ilustrado alemán.

—Los hay —dijo ella. Se sacudió las migajas de las manos y pasó un trozo de emparedado a *Seryozha*, que arqueó el cuello para asirlo delicadamente con los dientes y luego lo engulló. Nadia se levantó y le trajo, de la mesilla de noche, al lado de su cama, una fotografía enmarcada.

—El general Walter Boden.

Un hombre cerca de los setenta, pensó Szara. Enjuto de carnes, rostro de asceta bajo la calva cabeza, arrugas profundas, una simple línea por boca. Pero la expresión de sus ojos decía alguna otra cosa. Alguna vez, en una vida que había tallado su rostro como una roca, algo lo había divertido.

—Extraordinario.

—Me encanta que digas eso —dijo ella en tono convencido.

—Si uno esta fotografía a la imagen que me has dado de él, saco la conclusión de que no es un hombre muy querido por los nazis.

—No. Saben lo que opina de ellos; en el mundo del general, la noción de *ni siquiera son dignos de desprecio* significa eso, literalmente. Pero es rico. Muy muy rico. Y ellos respetan eso. Y su relación con el Alto Mando no es de poca importancia, aunque él lo define como «la habitación de las doncellas en la guarida del león». Entre sus amistades figura la vieja aristocracia, los Metternich y los Bismarck, príncipes y condes, los terratenientes prusianos. Hitler los odia, echa espumarajos por la boca porque no puede llegar a su altura; y ellos ocupan dos poderosas fortalezas en Alemania: el Ejército y el Ministerio de Exteriores.

—Fortalezas. ¿Van a asediarlas?

—Ya veremos.

No debes pensar más en estas cosas, se dijo Szara para sus adentros.

—¿Hay otro tronco para el fuego? —preguntó en voz alta. El rojo de las ascuas se había ennegrecido.

—No. Hasta mañana, no. En cierta manera, soy prisionera de los criados.

—No te quejes. Hay un largo camino desde Rosenhain Passage y aquel horrible teatro.

Asintió con un movimiento de cabeza. Él se la quedó mirando, incapaz de apartar sus ojos de ella. Vio cómo sacaba un pie de la zapatilla y lo metía debajo de la rodilla opuesta.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Szara.

—En una recepción. Después salimos a cenar unas cuantas veces. Charlábamos hasta muy tarde, habla un ruso pasable, y ya sabes cómo se reacciona en esos casos, en especial cuando no tienes un país que sea tu patria. Una aventura extraña. Esperé la inevitable proposición, *un relajado fin de semana en el campo*, pero nunca la hizo. Una noche, en un restaurante, me dijo: «Nadia, amiga mía, los generales y las actrices no son una novedad en Berlín. Son el cliché de los locales nocturnos. Pero, a pesar de eso, ven a mi casa y dime si te gusta». Y vine. Y en esta misma habitación le pregunté: «¿De quién es este dormitorio?», porque yo ya había visto el suyo y aquí todo

era muy nuevo. «Creo que es el tuyo, si te agrada», me respondió. Yo había esperado cualquier cosa menos eso, y me quedé sin habla. ¿Ves esa pequeña alfombra persa, la que está junto a tu mano? La puso para *Seryozha*. De pronto me puse a llorar... por dentro, porque no quería que él me viera. Y no hablamos más. Me vine a vivir aquí y fue como una especie de salvación para mí: dejé de hacer todas esas otras cosas; no volví a ver a aquella gente ruin. Ahora ésta es mi vida. Cuando él quiere verme, aquí me tiene. Me siento frente a él durante la cena, conversamos, mi trabajo consiste en ser como soy. Cualquier afectación, convertirme en lo que yo imagino que él pueda querer, le rompería el corazón. Tenemos una existencia en común, hacemos..., ¿cómo se dice?, hacemos vida social. Vamos a casa de sus amigos. Algunas veces al campo, a propiedades enormes. En Alemania, la vida civilizada se conserva en esos sitios, tanto como en los sótanos de Moscú. Pero no importa adonde vayamos, yo siempre estoy a su lado. Me apoyo en su brazo. Yo podría, y, por supuesto, no habría nada más sencillo, hacer creer a la gente que él es un amante sublime. A la más mínima señal, las lenguas empezarían a moverse. Sería suficiente con que él lo deseara. Pero no lo desea. No le importa lo que la gente piense de él. No estoy aquí por vanidad, ni por su reputación. Estoy aquí porque para él es un placer tenerme aquí.

Su rostro se había sofocado; después apuró el vino de su copa. Cuando lo miró, él vio ira y pesar en sus ojos, y todo el valor y la rebeldía que pudo reunir en aquel instante. No se sentía abrumada, en absoluto, pero para ella, era todo cuanto poseía.

—Y Dios te maldiga si has venido aquí para hacerme trabajar de nuevo. No importa *lo que* hayas dicho. Porque no quiero hacerlo. No quiero traicionar a este hombre de la manera que tú pides. Incluso soy capaz de irme adonde tu poder no me alcance. Y tú y yo sabemos cuál es ese lugar, y cómo ir.

Szara respiró hondo y dejó pasar unos instantes para que la atmósfera creada entre ambos se enfriara un poco.

—Sólo he dicho la verdad —dijo por fin, luego miró su reloj—. Desde las diez y media de anoche. Hace casi seis horas. Tengo incluso el derecho a estar orgulloso de cómo me comporto de un tiempo a esta parte.

Ella bajó la mirada. Szara se levantó, caminó con los pies descalzos sobre la suave alfombra y se acercó a un mueble bar con espejos sobre el que había un cubo de plata con hielo. Abrió la puerta y encontró una botella de Saint-Estèphe, usó un sacacorchos y la destapó; luego llenó los dos vasos. Nadia,

entretanto, había buscado un periódico, hizo manojos con sus hojas y alimentó el fuego.

—Da calor al ambiente.

—Me pregunto —dijo él— qué habrá sido de la gente de París que tiene algo que ver con esto. Porque si les hubieses hablado de un trato íntimo con un oficial de alto rango, quizá se hubieran mostrado... inquisitivos. Para decirlo de una forma suave.

—Y algo terrible habría sucedido. Porque aun cuando yo intentara ocultarlo todo, no puedo fiarme de mis amiguitos de Berlín. Ellos han tenido que improvisar sus vidas durante demasiado tiempo... y no todos los humanos son tan fuertes como para decir que no.

—Muy pocos.

—Bien, para mí sólo había una salida, y yo estaba preparada para tomarla. Me había hecho a la idea. Al principio, cuando me escabullí de Rusia y me vine a vivir a Berlín, esa gente vino a verme. Me amenazaron. Pero les di muy poco, sólo pequeños chismes y cosas que podían leer en los periódicos. Entonces jugaron una segunda carta. Tu hermano Sacha está internado en un campo, me dijeron, y se lo tiene bien merecido. Pero goza de las comodidades que las circunstancias permiten; trabaja como empleado en una habitación con calefacción. Si quieres que su situación continúe, tienes que colaborar. De ti depende.

—E hiciste lo que tenías que hacer.

—Sí. Lo hice. En el exilio, me importó poco lo que hacía de mi vida porque descubrí que no me afectaba. Quizá Rusia tiene algo que ver con eso. Embota la sensibilidad o la delicadeza; es como una fuerza, o una debilidad, como prefieras. Pero entonces conocí a este hombre, y, de pronto, fue como si despertase de un largo sueño. Todo empezó a importarme, el tiempo, la manera de colocar un jarrón sobre una mesa, el hecho de encontrarme con alguien y desear que le gustara. Me había rodeado de murallas, pero todas se habían venido abajo. Y sabiendo esto, no podía sobrevivir. No por mucho tiempo. Era incapaz de seguir con lo que había estado haciendo para una gente que venía con dinero, y que una vez que empezaran a presionarme yo sabía que sólo me dejarían una manera de escapar. De manera que, tal como lo vi entonces, no me quedaba mucho tiempo. Pero cada día estaba lleno de vida y la vida me estremecía. Ellos dicen que es el único don, y ahora puedo entender eso con todo mi corazón. Nunca he llorado tanto ni nunca he reído tanto como durante aquellas semanas. Quizás ésa fue mi manera de rezar,

porque lo que ocurrió después fue un milagro, no hay otra palabra para describirlo.

»Sucedió a principios de agosto. Un hombre vino a verme. No aquí; sino en el teatro, igual que hiciste tú. Era evidente que no sabía nada del general. Un hombre horrible aquél. Rubio, con el cabello ondulado, gafas de cristales gruesos; bajo y gordo..., repugnante por donde lo mirases. Y de lo que más quería saber era de ti. Algo ha debido de ir mal, algo de extrema gravedad, porque ya no he sabido más desde entonces. Ni dinero ni exigencias ni correos. Nada.

Jugó con la copa entre los dedos mientras miraba la llama de los periódicos reflejada en la roja superficie del vino.

—No tengo ni idea de lo que ha ocurrido —añadió—. Sólo sé que mi vida se ha salvado. Y parece que tú has sido la causa.

Se despertó en una especie de paraíso. No recordaba cómo había terminado en la cama de ella, pero allí estaba, su rostro apoyado en el suave cubrecama, su costado un poco dolorido por haber dormido acostado sobre el nudo del cinturón de la bata. Estaba en el paraíso, pensó, porque olía de la misma forma que el paraíso, o su paraíso, en cualquier caso, debía oler así: al perfume que ella desprendía —le recordaba el olor de la canela—, a jabón perfumado y vino y humo de cigarrillos y cenizas del fuego apagado y el dulce olor del borzoi recién lavado. Podía, pensó, detectar a la propia Nadia, también dulce, pero en una manera diferente, humana. Durante un rato se limitó a seguir así, echado, suspendido en una oscuridad perfecta, inspirando. Cuando advirtió que volvía a dormirse, que caía en la inconsciencia, se esforzó por mantener los ojos abiertos. Entonces vio una colcha de punto echada con descuido sobre el canapé; así que Nadia había dormido allí. Su traje —al parecer las doncellas lo habían limpiado— colgaba de una percha en el pomo de la puerta del cuarto de baño, y el resto de su ropa aparecía cuidadosamente doblada sobre la cómoda. Limpia y seca como por arte de magia.

Luchó para sentarse. Se sintió como si regresara de la muerte. Todas aquellas noches en Polonia, tendido en el duro suelo sobre una manta; más tarde, las horas de incomodidad sobre el fino colchón del apartamento de Kovno, la gente alrededor despierta, entre toses y conversaciones en voz baja. Ahora le dolía cada minuto vivido de aquella forma. Abrió el blanco postigo que cerraba la mitad inferior de la ventana. Un jardín de otoño. Rodeado de

altos muros. Las hojas secas cubrían los senderos y se amontonaban al pie de un seto. Nadia estaba sentada junto a una mesa de hierro; no podía ver su rostro, leía; balanceaba una mano sobre el perro lobo tendido a su lado. *¿Me encuentro en Rusia?* Envuelta en un largo abrigo negro y con un pañuelo rojo al cuello estaba absorta en su libro. El viento jugaba con su cabello color de otoño, las hojas revoleaban al caer de los árboles y hacían un ruido suave cuando se arrastraban por el suelo. El cielo estaba en guerra, torres desmoronadas de nubes grises, batidas y golpeadas al paso del pálido sol. Amenazaba lluvia. Su corazón suspiró por ella.

Más tarde fue a sentarse en una silla de jardín frente a Nadia y vio que leía *Caballería roja*, de Babel. El viento era frío y húmedo y tuvo que arrebujarse en la chaqueta.

Durante un largo rato permanecieron en silencio.

Y ella no apartó su mirada, no le negó sus ojos: *Si es esto lo que deseas*, parecía decirle, *posaré para ti*. No tocó nada, no cambió nada; no se defendió. El viento echó el cabello sobre su rostro. *Seryozha* suspiró, la luz cambiaba al paso de las nubes por delante del sol, ella permaneció inmóvil. Entonces Szara empezó a darse cuenta de que no la había comprendido bien. Su quietud no era una simple postura, lo que él veía en los ojos de ella era lo que había en los suyos. ¿Podría estar Nadia tan engañada?, ¿desear a alguien tan perdido e inútil?, ¿acaso estaba ciega?

No.

Desde el momento en que entró en aquel camerino lo enamoró. Lo mismo le pudo haber sucedido a ella, sólo que no se le pasó por la cabeza. Tal vez fuese así; las mujeres lo saben siempre, los hombres, nunca. O quizá no, quizá todo sucedió de otra manera. Pero no importaba. Acababa de entender que todo había cambiado, que lo que se le ofrecía, era exactamente lo que se le ofrecía.

Qué triste es, pensó, que no pueda tomarlo. Eran unos naufragos, los dos abandonados en una isla exótica, aunque aquello fuera el jardín de una villa florentina en la Schillerstrasse. Pero en algún sitio, lejos de aquellos altos muros, sonaba la marcha de una banda militar, y pensó que el general regresaría pronto de sus guerras. Sólo por un momento imaginó su aventura amorosa durante la huida: las calladas habitaciones de hotel, la Policía Secreta, los depredadores. No. Ella pertenecía a su imaginación, no a su vida real. Un recuerdo. De una manera equivocada, de un lugar equivocado, de un

año equivocado, de unos tiempos en los que el amor no era posible. Uno recuerda, y ahí quedaba todo. Una cosa más que no pudo suceder en aquellos días.

—¿Cuándo te vas? —preguntó ella—. ¿Hoy?

—Mañana.

Por un instante tuvo la sensación de haber adivinado su pensamiento, de haber visto la forma que la pregunta tomaba en la mente de Nadia. Ella se inclinó por encima de la mesa y le acercó su rostro; Szara pudo ver sus labios secos por el viento, una marca rosada en el perfil de la mandíbula; de pronto quedó desenfocada, demasiado cerca para ser bella. Y cuando ella habló su voz le sonó a desconocida, tan suave que apenas pudo oír lo que decía.

—¿Por qué ha sucedido?

—No lo sé —respondió Szara—. No lo sé.

Nadia apretó los labios y asintió con un ligero movimiento de cabeza. Estaba de acuerdo. No necesitaba respuesta.

—No podemos hacer nada, tú lo sabes —dijo él.

La expresión de Nadia cambió, graciosamente, pero cambió. Y Szara se vio ante la única gran mirada inquisitiva de su vida.

—¿No?

Nunca en su vida había sido el amante que fue con ella. Esperaron a que la noche cayera. Sólo la primera de una serie de decisiones compartidas que condujeron a la ocasión esperada. Szara no estaría a salvo en la calle, y Nadia lo sabía, por tanto, la posibilidad de salir no se planteó. Pasaron un día al estilo del siglo XIX: leyeron, charlaron, cortaron racimos de grosellas de otoño de un arbusto para adornar una mesa, evitaron a los sirvientes, jugaron con el perro, apenas se rozaron y sólo de una forma esporádica y accidental, sin mostrar cómo les afectaba. Si en tiempos de guerra, la vida exigía que el amor se midiera en horas y no en meses, ellos descubrieron que el amor podía comprimirse de aquella manera.

Pudieron haber mirado el Tiergarten, por cualquiera de las ventanas de la villa de tres plantas, o cómo se desenvolvía la vida en el Berlín de aquellos días: paseantes y ociosos, militares y parejas, ancianos que leían el periódico en los bancos del parque... Pero no quisieron hacerlo. El mundo privado les confortaba. Aunque no construyeron castillos de arena, no pretendieron que el presente fuese distinto a lo que era y trataron de hablar sobre el futuro. Difícil, sin embargo. Los planes de Szara iban vagamente dirigidos hacia Dinamarca;

a partir de ahí tenía que improvisar. Ignoraba como se ganaría la vida; los idiomas que escribía, el ruso y el polaco, no le servían para lo que podía imaginar. Los intelectuales emigrados pasaban penurias, había ocasiones, en que el modesto periódico pagaba, otras, no. Todos comían lo que podían cuando acudían a las fiestas que los antiguos aristócratas organizaban. Pero hasta esa vida precaria le estaba negada; era un fugitivo, y las comunidades de *émigrés* eran los primeros sitios donde irían a buscarlo. Por supuesto que no podía volver a París, era demasiado peligroso. Triste, porque estar allí con ella...

Triste, porque incluso podría ponerla en peligro. Eso no lo mencionó. Pero ella también lo sabía. Ya había visto lo suficiente de la vida soviética y comprendía la vulnerabilidad en cada una de sus formas conocidas. Por eso entendía que cada uno hacía lo que tenía que hacer. Esta real *politik* era muy alambicada. Empezaba con los políticos y los intelectuales, todos haciendo lo que había que hacer, pero tenía tendencia a contagiarse y, cuando menos lo esperabas, te encontrabas acostado con ella.

A pesar de todo, y en eso estaban de acuerdo, había que mantener la esperanza. Los humanos han sobrevivido a las mayores catástrofes: siempre había alguien que escapaba del incendio con sólo el cabello chamuscado; quien perdía el tren que luego se despeñaba por el desfiladero. Los dos pensaban que cualquiera que fuera la Agencia divina encargada del destino, algo de suerte les tendría reservada. Todavía había sitios en la Tierra donde uno podía perderse de manera irremediable. ¿Y qué si se fuese a guardar un rebaño de ovejas? ¿Era algo tan difícil?

Al final decidieron que el futuro no debía estropearles el día, un día que los convertía en pequeños héroes, pero no por eso menos héroes. Y tenían el pasado para recordarlo, dándose cuenta inmediata de que sus vidas daban lugar, por lo menos, a miles de anécdotas variadas. Descubrieron que en diversas ocasiones, en Moscú, en Leningrado, no se encontraron por cuestión de minutos. Habían sido invitados a las mismas casas, habían conocido a la misma gente; sus huellas a través del bosque nevado se habían cruzado una y mil veces. ¿Qué hubiera ocurrido si se hubiesen conocido?, ¿todo?, ¿nada? Con seguridad algo, así pensaban los dos.

No sintieron mucha hambre, tanto a lo largo del día como a medida que la noche se acercaba, y justo al oscurecer tomaron una cena ligera. La conversación resultó algo forzada, un poco tensa, en aquel comedor, con el «tictac» del enorme reloj de pared que convertía cada momento de silencio en un melodrama. Nadia lo dijo bien claro.

—Si no fuese porque heriría los sentimientos del general, ya hace un buen rato que hubiera tirado la sopa sobre ese reloj.

Se retiraron temprano. Szara, para guardar las formas, a una habitación de invitados; ella, a su santuario azul y blanco. Cuando el ruido cesó en la cocina y el silencio envolvió la casa, Szara subió la escalera de mármol.

Encendieron la chimenea, apagaron las luces, pusieron la gramola y bebieron vino.

Nadia lo sorprendió. La manera que tenía de moverse en la vida diaria, con su fino cuerpo, casi etéreo, hacía que pareciese espiritual, y uno imaginaba que habría que abrazarla con delicadeza para que no se quebrara. Pero no era así. Cuando el pijama de seda cayó, ella, con el gesto de una bailarina de puntas, lo lanzó con el pie al otro lado de la alcoba. Iluminada por las llamas, su piel tersa y suave se mostró plena, exquisita, ondulante. Durante unos segundos sólo pudo mirarla. Había imaginado que sus almas unidas flotarían hasta las alturas, pero se lanzó sobre ella como un lobo, y ella gritó como una adolescente.

Y qué buen rato pasaron.

Mucho después, cuando ya no les quedaban fuerzas para seguir, cayeron rendidos por el sueño, siempre abrazados, con las sábanas enredadas en las piernas, apartadas en medio de palabras irrepetibles y encantadoras.

Szara despertó cuando aún no había amanecido. Extendió el brazo y buscó a Nadia; entonces, ella dobló su cuerpo despacio, como si se despezase, suspirando. La contempló a hurtadillas, una forma pálida en la oscuridad con los ojos cerrados, los senos subiendo y bajando. Comprendió que algunas veces no hay fin para el deseo, que nunca se acaba. Que jamás se sacia uno del otro. Al menos, pensó, podrían esperar lo mejor. Podrían intentarlo. Podrían iniciar un comienzo.

Pudo haber abandonado la cama al amanecer y salir afuera, al frío, pero no lo hizo. Robaron otro día, y esta vez no esperaron al anochecer. Desaparecieron a media tarde. Cuando el reloj de pared del comedor marcaba la ocho de la noche, una sirvienta puso la sopera en la larga mesa. Pero nadie apareció por allí. La retiró a las ocho y media.

Szara se marchó al mediodía siguiente. Llamaron un taxi por teléfono, y esperaron de pie en el vestíbulo mientras llegaba.

—Por favor, no llores —pidió él.

—No lloraré —prometió ella, hecha un mar de lágrimas.

El taxi tocó la bocina dos veces. Szara se fue.

No consiguió salir de Berlín. Una hora más tarde caía en manos de la Gestapo.

A su favor, hay que decir que él lo intuía. No entró en seguida en la estación de Lehrter, sino que caminó por las calles durante un rato, mientras intentaba serenarse, adquirir la consciencia de ser un viajero cualquiera, un poco aburrido, con algo de prisa; un hombre que necesita coger el tren de Hamburgo por alguna razón prosaica, para llevar a cabo una diligencia sin mayor interés.

Pero a la gente que controlaba la documentación en la escalera que bajaba al andén no le importaba su aspecto. Un policía de Berlín cogió los documentos de identidad de Kringen y consultó una lista escrita a máquina que tenía, miró por encima del hombro de Szara, hizo una señal con los ojos y un movimiento imperceptible con la cabeza, entonces, dos hombres vestidos de paisano se le pusieron a cada lado, luego se dirigieron a él con toda corrección.

—¿Puede acompañarnos un momento, por favor?

Sólo la fuerza de voluntad y un resto de orgullo que la restaba impidieron que las rodillas se le doblaran; sintió cómo le brotaba el sudor en las raíces del cabello. Uno de los hombres se hizo cargo de su maleta, el otro lo cacheó, luego se lo llevaron a la comisaría de Policía, ante la curiosidad de la gente que pasaba. Tropezó una vez, y uno de los detectives lo agarró de un brazo. Lo condujeron por un largo pasillo, y, por una puerta sin marco, pasaron a un despacho en el que un oficial uniformado de las SS estaba sentado detrás de una mesa, con una carpeta abierta delante de él. Leyendo al revés, Szara pudo ver una larga lista de nombres y párrafos descriptivos en una hoja de papel amarillo.

—Cuádrese —le ordenó el hombre con frialdad.

Szara obedeció. El oficial se concentró en los documentos de identidad de Kringen para que, entretanto, Szara, en aquella postura, se fuera debilitando. Un procedimiento normal.

—¿Herr Kringen? —dijo por fin.

—Sí.

—Sí, *señor*.

—Sí, señor.

—¿Qué ha usado para borrar el año de nacimiento?, ¿limón?, ¿ácido oxálico? No *orina*. Por su bien espero que yo no haya tocado su pis.

—Limón, señor —contestó Szara.

El oficial asintió con la cabeza. Señaló el nombre de Kringen con la goma de borrar que tenía el otro extremo del lápiz.

—El auténtico Herr Kringen ingresó en un hospital luterano para que le extirparan un callo del pie. Y mientras el pobre hombre estaba en la cama del hospital, algún ladronzuelo se hizo con sus papeles. ¿Fue usted?

—No, señor. Yo no fui. Compré el pasaporte a un sanitario del hospital.

El oficial asintió.

—¿Y usted es...?

—Mi nombre es Bonotte, Jean Bonotte. Soy de nacionalidad francesa. Tengo mi pasaporte escondido en el forro de la chaqueta.

—Démelo.

Szara se quitó la chaqueta y con manos temblorosas trató de descoser el forro. Le llevó mucho tiempo, pero la fuerte costura cedió al fin. Dejó el pasaporte sobre la mesa y volvió a ponerse la chaqueta, un trozo de forro retorcido le colgó sobre una pierna. Detrás de él, uno de los detectives rió burlón. El oficial levantó el auricular del teléfono y pidió un número. Mientras esperaba la respuesta, pasó las páginas del pasaporte de Bonotte con el lápiz-borrador.

—¿Cuál es la razón de su visita a Alemania?, ¿un loco impulso?

El detective soltó la carcajada.

—Venía huyendo de Polonia, y no pude encontrar otra salida desde Lituania.

—Así que compró el pasaporte de Kringen y se vino con el *Volksdeutsch* desde Riga.

—Sí, señor.

—Podía haber sido más listo —dijo el oficial, que puso toda la intención en sus palabras mientras miraba a Szara con atención por primera vez.

Lo llevaron después a la Casa Columbia, el cuartel general de la Gestapo en Berlín, y lo encerraron en una celda de aislamiento. Era pequeña pero estaba limpia, con un catre y un cubo, una ventana de fuertes barrotes a tres metros de altura y una bombilla en el techo. No sabían con entera seguridad quién era él, y no creían que fuese el tipo insignificante al que se le grita.

¡Espía, vamos a fusilarte!, sino más bien lo que él afirmaba ser, y que al final tendrían que tratarlo de una manera distinta. Quizá con delicadeza, quizá no. Si se decidían por lo segundo, el siguiente paso no era ningún secreto. Hasta Szara llegaban los alaridos desde distintas partes del edificio; aquello le ponía enfermo y debilitaba su voluntad de resistir, si ésa hubiese sido su intención.

Abramov, con evidente disgusto, había previsto esa posibilidad durante el período de su entrenamiento: nadie resiste la tortura, no lo intentes. Diles lo que tengas que decir, es labor nuestra que no sepas demasiado. Debes intentar conseguir dos cosas: una, mientras menos les digas en las primeras cuarenta y ocho horas, mejor —eso nos dará tiempo—; pero, en cualquier caso, diles las cosas menos importantes que puedas. Eres un oportunista de poco nivel, forzado a trabajar para el Gobierno —despreciable, pero no importante. Y dos, trata de avisarnos que te han cogido. Eso es crucial. Podremos proteger a la red del desastre: cerraremos todos los caminos por los que hayas pasado, así salvaremos a tus socios, mientras tocamos todas las teclas para liberarte o, al menos, para evitar que te hagan daño. Las señas se cambian según la circunstancia: una variación técnica en el radiotelégrafo o tu desaparición de nuestra vista mientras trabajas en territorio hostil. Pero tiene que haber una señal establecida, y una forma segura de transmitirla. Recuerda, en esta organización siempre hay una oportunidad, podemos hacerlo casi todo. «Si te cogen —había dicho Abramov—, tienes que agarrarte a la esperanza como un marinero caído al agua se agarra a un tronco de madera».

Szara cerró los ojos y descansó su cabeza contra la fría pared de cemento. *No, Sergei Jakobovich* —dijo al alma ausente de Abramov—, *no en esta ocasión*. La esperanza, la desesperación..., todas esas fantasías estaban fuera de lugar. Al final había cometido el error irremediable. No había valorado lo suficiente la capacidad de la máquina de seguridad alemana, su magnitud, hasta que no vio la larga hoja amarilla del teletipo con el nombre KRINGEN en la columna de la izquierda. La identidad que había obtenido en París no resistiría una buena comprobación. Cuando se puso a recordar su trayectoria en los dos últimos años de su vida —Jelidze, Renate Braun, Bloch, Abramov, la red OPAL; luego, De Montfried y los británicos, y, por último su asignación en Polonia—, se vio como un hombre que aceptaba cualquier cosa con tal de permanecer vivo. No lo había hecho tan mal, y durante mucho tiempo si se comparaba con otros como los intelectuales, los viejos bolcheviques, los judíos, los comunistas extranjeros. Había sobrevivido a casi todos, torcido y retorcido, engañado y manipulado, pero él seguía vivo.

Sin embargo, ése no había sido su propósito, y tenía que enfrentarse con la realidad.

Tenía una sospecha: lo que casi percibió en el pantano de Pripet, el día en que entró en Lituania, fue un presagio de su futuro, como si estuviese pisando el umbral de los últimos días de su vida. Pero había interpretado mal el presagio. No era él quien tenía que ver con la vida; en absoluto. Era la vida la que tenía que ver con él. Y en lo más profundo de su corazón se preguntó si no habría ido a Berlín para encontrar la manera de ver a Tscherova; una llamada del destino que lo había conducido sin saberlo, una vez más, a amar con verdadera pasión a una mujer antes de abandonar la tierra. De ser así, su deseo estaba cumplido y ahora le tocaba pagar su parte del trato. Le sorprendió la frialdad de su ánimo. La hora de los sueños y las fantasías había pasado; vio el mundo y a sí mismo con toda claridad. Mantendría algunas obligaciones —proteger a Tscherova sobre todo— pero existían otras, y pensó cómo sacrificarse de la manera más efectiva. Con qué tardanza, pensó, llega la fortaleza a algunos seres humanos.

La persona encargada de interrogarlo se llamaba Hartmann. Un *Obersturmbannführer* de las SS, un comandante, un hombre bien alimentado, de rostro plácido y manos pequeñas muy cuidadas, que le habló con mucha educación. Hartmann no era más que la válvula de entrada de una máquina de información, y Szara lo sabía. Estaba allí para obtener datos, y casi hubiera podido asegurar que abogado o funcionario del aparato judicial antes de que lo llamaran a su puesto actual en el Partido Nazi. Entre sus obligaciones no figuraba el proceso de la información. Éste se hacía en alguna otra parte, en puestos de más elevada jerarquía, donde un consejo administrativo, un directorio, tomaba las decisiones.

Para empezar, Hartmann le aseguró que si los dos iban directos al grano, todo resultaría mejor. Con sus palabras le dio a entender que haría mejor su trabajo si no tenía necesidad de bajar a Szara a los sótanos; ambos eran hombres que podían cumplir con sus obligaciones —Szara, confesar; él certificar la calidad de esa confesión—, sin necesidad de recurrir a otros medios. Dichos medios se empleaban con otra clase de personas.

Szara no se resistió. Cooperó. La tarde del primer día tuvo que admitir que no era Jean Bonotte. Hartmann le había dado lápiz y papel y le había pedido que escribiera una biografía propia, que debía empezar con su niñez en Marsella: nombres, lugares, escuelas, maestros...

—No puedo escribir esa biografía porque no crecí allí —dijo Szara—. Y mi nombre no es Jean Bonotte.

—De lo que debo deducir que, este pasaporte es una falsificación —repuso Hartmann.

—Sí, Herr *Obersturmbannführer*, lo es.

—Entonces, ¿quiere decirme su verdadero nombre? En cuanto a su nacionalidad, ¿no es francesa?

—Mi nombre real es André Aronovich Szara. Nací como judío polaco cuando Polonia era una provincia de Rusia. En 1918 me fui a vivir a Odesa; por tanto, permanecí como ciudadano soviético en la Unión Soviética, donde llegué a ser periodista en el diario *Pravda*.

Hartmann quedó confundido.

—¿Ha sido un periódico el que le ha enviado a Berlín?, ¿con una identidad falsa? Me pregunto si puede aclararme esto.

—Puedo. Obtuve por mí mismo la identidad falsa, y el periódico no ha sabido de mí desde que salí de Polonia.

Hartmann hizo una pausa. Szara se dio cuenta de la incomodidad que el otro sentía. Vio cómo se refugiaba en sus notas, preparadas para orientarse en el interrogatorio, pero en las que ahora nada encajaba. Su francés, atrapado en el lado equivocado del frente, se había evaporado. En su lugar aparecía un ruso, más bien importante según sus sospechas, capturado mientras huía de la Unión Soviética, aliada nominal de Alemania. Hartmann se aclaró la garganta, lo que en él significaba que estaba furioso. Dudaba que ese asunto cayera dentro de su competencia. De pronto veía una serie de temas engorrosos: la culpabilidad del prisionero según las leyes alemanas, la posible extradición, más muchos otros aspectos que no quería siquiera imaginar. Todos graves, difíciles, complejos y que, al final, tendrían que resolverse en un contexto, no legal, sino político. Desde luego, ése no era un caso del que él pudiera ocuparse; se limitaría a aclararlo para presentárselo a sus superiores con la información más precisa. Hartmann levantó la pluma y cogió una hoja de papel en blanco de su escritorio.

—Despacio y con todo detalle —dijo—; empezaremos con su apellido. Deletréelo, por favor.

Llovió a cántaros aquella noche, lo cual supuso una bendición para Szara. Le recordó que había un mundo afuera de su celda; el constante repiqueteo del agua sobre la alta ventana acallaba, aunque no del todo, los sonidos de la

prisión de la Gestapo. Su plan había empezado con éxito. Hartmann había ultimado el interrogatorio con la más exquisita corrección. Szara sospechó que no volverían a verse; más tarde comprobó que sus suposiciones eran acertadas.

La estrategia de Szara de confesar sin oposición se apoyaba en un supuesto básico: no estaba seguro de poder mantenerse firme ante un eufemístico interrogatorio «intensivo». Temió que, si llegaba a ese extremo, revelaría la existencia de la red OPAL, y eso hubiera señalado, sin remisión, a Nadia Tscherova. Tenía que evitar los sótanos de Berlín y, llegado el caso, los sótanos de Moscú.

Las características del carácter alemán especifican, en primer lugar, su eficiencia; por eso lo habían detenido. Un componente decisivo de esa eficiencia era, sin embargo, la minuciosidad, y tenía la impresión de que ésta vendría en su ayuda. Ahora que sabían su verdadera personalidad, esperaba que quisieran sonsacarle cuanto fuera posible, sobre todo información política. ¿A qué personas conocía?, ¿cómo eran? ¿Cómo se determinaba, con exactitud y precisión, la línea política de *Pravda*?, ¿qué personas intervenían en ella? Por su parte, eso significaba el empleo de la llamada «defensa Scheherazade»: mientras más los intrigara con sus historias, más tiempo tardarían en fusilarlo o en mandarlo a Rusia. Los procesos normales de los interrogatorios, en los que cada afirmación suscitaba un buen número de preguntas, un sujeto cooperativo podría prolongarlos durante meses. La esperanza de Szara se apoyaba en el hecho de que Alemania estaba en guerra, y ya se sabe que en la guerra suceden cosas imprevistas, incluidas catástrofes de todo tipo: invasiones, incursiones aéreas, bombardeos, fugas masivas, incluso negociaciones y paz. Cualquiera de ellas podía suceder en su provecho. Y si llegaban a devanar toda la madeja con él y decidían embarcarlo de vuelta a la Unión Soviética, aún le quedaba un último recurso: jugarse la vida al intentar la huida, de los alemanes o de los rusos, cualquiera de ellos que le diera la más mínima oportunidad.

No era un gran plan, lo sabía; mas, en sus circunstancias, no tenía otra cosa. Quizá funcionase. Sin embargo, nunca pudo llevarlo a la práctica, porque había una característica de la personalidad alemana que olvidó incluir en su ecuación.

Acudieron a buscarlo después de la medianoche, cuando los sonidos de los interrogatorios de la Gestapo se oían con toda nitidez y conciliar el sueño

le resultaba imposible. Primero fue el ruido de una puerta al abrirse, luego, los pasos que se aproximaban por el corredor. Szara se agarró al marco del catre con toda la fuerza de sus manos; los pasos se detuvieron delante de su celda y la puerta se abrió de repente. Dos soldados de las SS, que respondían en todo al modelo que aparecía en los carteles de reclutamiento, altos y rubios, pálidos en contraste con los negros uniformes, aparecieron delante de la puerta, iluminados por una luz potente. Después la orden, ¡*Raus!*, y, a continuación, le enseñaron los dientes, en una silenciosa sonrisa que celebraba un chiste que sólo ellos entendían. Sosteniéndose los pantalones con las manos, porque le habían quitado el cinturón, anduvo lo más aprisa que pudo por el corredor, chancleteando, ya que también se habían quedado los cordones de los zapatos. Su mente estaba anquilosada y sus sentidos funcionaban por su cuenta: los soldados olían a gimnasio, y un hombre gemía como en sueños en una celda de aislamiento. Bajaron varios tramos de escalera, y, por último, entraron en una oficina muy iluminada, con muchas mesas y la pared cubierta de bellos mapas y de listas.

Un enano lo esperaba apoyado en una barandilla; en sus manos, un sombrero mojado goteaba sobre el linóleo. Como Szara tenía los ojos bajos, vio que el borde del pijama sobresalía por debajo del pantalón de aquel hombrecillo.

—Ah —le saludó éste con voz suave—, es Herr Szara.

—Tendrá que firmar por él —dijo el más alto de los dos SS.

—Es lo que haré —repuso el hombre como si hablase consigo mismo.

Sacaron los documentos y los extendieron sobre una mesa. El enano desenroscó cuidadosamente el capuchón de una pluma estilográfica de plata. A continuación trazó una firma muy florida al pie de cada página.

—¿Tenemos preparadas todas sus cosas? —preguntó mientras escribía.

El SS señaló la puerta, en cuyo umbral estaba la maleta de Szara, y varios sobres apilados sobre ella. Cuando terminó con la última firma, el enano se dirigió a Szara.

—Vámonos, pues.

Szara se puso los sobres bajo el brazo, cogió la maleta y, con la mano libre, se sostuvo los pantalones.

—¿Tienen un paraguas que podamos llevarnos? —preguntó el enano al soldado de las SS.

—Mil perdones, *mein Herr*, es algo de lo que carecemos.

El enano suspiró, resignado.

—Entonces, buenas noches, *Heil Hitler*. Gracias por su amable ayuda.

En el encharcado patio había un pequeño «Opel» verde con el capó humeante de vapor. El hombre abrió la portezuela; Szara entró y se acomodó en el asiento de piel. El agua caía por el parabrisas y las luces de los faros iluminaban ríos dorados. El hombrecito se deslizó tras el volante, giró la llave del encendido y, tras pedir excusas a Szara, se inclinó por delante de él para alcanzar la guantera, de la que sacó una «Luger» automática.

—Apreciaré en mucho que no me golpee —dijo en tomo protocolario—. Y le ruego encarecidamente que no salte del coche; no he corrido desde mi niñez. Y, si quiere que le diga la verdad, tampoco corrí entonces.

—¿Puedo preguntarle adonde vamos? —Szara, el cual mientras hablaban abrió los sobres y empezó a ponerse el cinturón, que sacó de uno de ellos.

—Claro que puede preguntármelo —respondió el enano, al tiempo que intentaba ver a través de la oscuridad—, pero no le servirá de nada si se lo digo.

Condujo el coche con una cierta inseguridad mientras cruzaban el amplio patio. Sacó un estuche de piel con una tarjeta y la mostró al centinela, luego siguió adelante, cuando se abrió la puerta de hierro. Hubo un grito repentino detrás de ellos.

—¿Qué gritan ésos?

—Que ponga en marcha el limpiaparabrisas —le aclaró Szara.

—Sí, muy bien —gruñó el hombre y dio a la palanca—. Despiertan a un hombre a medianoche y qué quiere usted.

El «Opel» dobló la esquina de la calle Prinz-Albrecht a Saarlandstrasse.

—Así que usted es el hombre que trabajó en París. ¿Sabe que decimos nosotros, los alemanes? Que Dios vive en Francia. Algún día me gustaría visitar esa ciudad.

—Seguro que lo hará —dijo Szara—. Perdone si insisto en preguntar a dónde vamos. —No le importaba que le disparara. Sus dedos estaban cerca de la manilla de la puerta.

—A un sitio cerca de Altenburg. Allí. Ya le he revelado el secreto.

—¿Y qué hay allí?

—Usted pregunta demasiado, si me permite que se lo diga. Quizás eso se haga en Francia, pero aquí, no. Sólo puedo responderle que ya le explicarán todo. Siempre es así. Al fin y al cabo, no va esposado, y acaba de salir del peor sitio en el que es posible que usted haya estado nunca. ¿No le dice eso nada? Lo hemos rescatado, así que compórtese como un caballero, siéntese en silencio y piense en alguna historia divertida de París. Tenemos varias horas de viaje por delante.

Según vio por las señales de la carretera, se dirigían al sur, hacia Leipzig y Praga, pero el coche se desvió por una serie de carreteras secundarias, aumentando el rugido del motor a medida que el camino ascendía. En lo alto de una colina, el «Opel» se detuvo en una explanada, delante de una posada rodeada de árboles. Sólo se veía la amarillenta luz de una ventana bajo la cúspide de un tejado inclinado.

El hombre que abrió la puerta de la habitación amarilla no era alguien que Szara hubiera visto antes, de eso estaba seguro. Pero a pesar de ello, había algo en él que le resultaba familiar. Era un tipo alto y delgado, al final de la treintena, de poco cabello, sólo unos ralos mechones rubios peinados con raya a un lado. No tenía barbilla, por desgracia para él. Su sonrisa, dubitativa, casi a la defensiva, heredada de una antigua familia y moldeada por una educación estricta, recordaba al anfitrión ante el invitado que ha roto un valioso jarrón, temeroso tan sólo de que se le note su serio disgusto y que sonrío y asegura que eso no ha sido nada.

—Por favor, pase —dijo. La voz era educada y clara, sorprendente para su apariencia física. Ofreció la mano a Szara y se presentó—: Soy Herbert von Polanyi.

En ese momento Szara comprendió al menos aquel algo familiar. Cuando Marta Haecht describió al acompañante del doctor Julius Baumann en el almuerzo del hotel «Kaiserhof», había trazado un retrato suyo perfecto. El asombro de Szara fue evidente. Von Polanyi ladeó ligeramente la cabeza al observarlo.

—Por supuesto, usted no sabe quién soy, ¿verdad? —No estaba seguro al decirlo: Un tributo, pensó Szara, a la fama de que el NKVD lo sabe todo.

—No —corroboró Szara—. Pero estoy en una gran deuda con usted, aunque no lo conozca, por sacarme de aquel mal sitio. Al parecer, usted sí que sabe quién soy.

—Sí, por supuesto, claro que lo sé. Usted es el periodista soviético Szara, André Szara. Relacionado, en otro tiempo relacionado, creo, con cierta organización soviética en París. —Von Polanyi lo miró un momento con atención—. Es curioso que yo haya llegado a conocerlo en persona. No puede imaginarse cómo lo he estudiado, cómo he tratado de conocer su carácter, de adivinar lo que usted, y sus directores, harían en determinadas circunstancias. Algunas veces me enfadaba si usted tenía éxito, otras, en cambio, tenía un miedo terrible de que usted fracasara. ¡La cantidad de tiempo que le he

dedicado! Pero usted ya conoce estas cosas. Estábamos relacionados a través del doctor Julius Baumann. Yo era su agente responsable, igual que usted, las dos caras del mismo juego.

Szara asintió, e hizo ver que ésa era la primera vez que oía tal cosa.

—¿No lo sabía?

—No.

El rostro de Von Polanyi se iluminó con el triunfo.

—No importa. —Con un gesto de la mano desechó su victoria—. Pase, por favor, estaremos más cómodos. Un café caliente nos espera.

Era una habitación espaciosa, con unos pocos muebles antiguos y robustos. Había dos sofás perpendiculares a la ventana, el uno frente al otro, con una mesita de café en medio. Von Polanyi, algo torpe, con el aire de un ave zancuda, se acomodó en uno de los sofás. Llevaba ropa de campo, unos pantalones de lana y una chaqueta ligera de franela, con una corbata ancha y discreta. La cafetera estaba sobre la mesita, y Von Polanyi ejecutó con agrado el ritual de servirlo, insistiendo en los terrones de azúcar y en la leche caliente.

—Se trata de una ocasión especial —dijo—. Es raro que dos personas como nosotros se conozcan. Pero henos aquí. Espero que físicamente se encuentre bien. —La expresión de su rostro era de sincera preocupación—. No... no le habrán hecho nada, ¿verdad?

—No. Se han mostrado muy correctos.

—No siempre son así. —Von Polanyi desvió la mirada. Sabía cosas que le hacían daño.

—¿Puedo preguntar qué ha sido del doctor Baumann y de su esposa?

Von Polanyi se mostró complacido por la pregunta: eso podía aclararlo en seguida.

—El doctor Baumann, en contra de los deseos del Ministerio de Exteriores, que patrocinaba sus relaciones con la Unión Soviética, fue detenido y llevado al campo de Sachsenhausen. Determinados individuos insistieron en que las cosas se hicieran así y no pudimos impedirlo. Allí pasó dos meses, hasta que tuvimos la posibilidad de interceder por él. No le dieron un buen trato, pero lo superó. En el aspecto físico y, eso seguro, en el psicológico. Hoy lo vería más o menos como siempre. Fue expulsado de Alemania, junto con su esposa y sus propiedades confiscadas, incluida la fábrica «Baumann», que ahora es propiedad de su antiguo ingeniero jefe. Por lo menos están a salvo, y se han establecido en Amsterdam. Como usted ya sabe, toda la información que el doctor Baumann le pasaba estaba controlada

por un departamento del Ministerio de Exteriores. Sin embargo, y eso podemos discutirlo después, su información era correcta. Al milímetro. Es decir, que no lo hemos engañado. ¿Tenía usted alguna sospecha?

—Los rusos, Herr Von Polanyi, sospechan de todos, y mucho más en el espionaje industrial. Puedo decir que la buena fe del doctor Baumann siempre estuvo puesta en duda, pero nunca fue rechazada como falsa.

—Bien, entonces eso significa que hicimos nuestro trabajo como era debido. Por supuesto, el doctor Baumann no tenía más opción que colaborar. Al principio, le ofrecimos a cambio que conservara la propiedad del negocio. Después, tras la toma de Checoslovaquia, el Partido Nazi se confió, los ejércitos del mundo no se movieron, el Acta de Neutralidad de Estados Unidos fue un regalo, y el asunto se puso candente. Yo no soy un sentimental, Herr Szara, pero la coerción a ese nivel resulta desagradable, y que, sospecho al final, conduce a la traición, aunque Baumann, de acuerdo con usted, cumplió su papel en el trato.

—En efecto —dijo Szara. *A menos, pensó, que usted tenga en cuenta la indicación que hizo en su mensaje final, y lo que Frau Baumann dijo a Odile.*

—Un hombre honorable —prosiguió Von Polanyi—. En el tema de los judíos, los nazis se comportan como perros enloquecidos. No quieren ser razonables, y esa ceguera terminará por destruirnos a todos. Creo que así ocurrirá en realidad.

Aquello era traición, pura y simple. Szara bajó un poco la guardia.

—Y siguiendo con el tema, debo confesar que usted tuvo la fortuna de admitir su identidad auténtica, aunque imagino que no su vocación. Cuando se difundió la información a los diversos departamentos de espionaje, dimos los pasos necesarios para asegurar su puesta en libertad. Nosotros somos sólo una pequeña oficina en el Ministerio de Exteriores, un simple grupo de educados caballeros alemanes, pero tenemos el derecho a leer todo aquello que nos interese. Pensé que la Gestapo podría usarlo contra nosotros, y por esa razón abusé de algunos favores y obligaciones para sacarlo a usted de allí. El coste burocrático ha sido muy alto.

—Pero ha de haber algo más que eso.

—Sí. Lo hay. Mucho más. Espero que usted me perdone si continúo a mi manera. —Von Polanyi miró su reloj—. Usted será conducido hasta el otro lado de la frontera. Pero todavía disponemos de algunas horas para nosotros. Hace mucho que quiero contar una cierta historia, y el tiempo que nos queda de esta noche puede que sea mi única oportunidad de contarla. Así que, ¿tengo su permiso para continuar?

—Sí, por supuesto —respondió Szara—. Me gustaría oírla.

—Mientras el café esté caliente... —Von Polanyi llenó primero la taza de Szara y después la suya. Volvió a sentarse y buscó una postura cómoda en el sofá. La habitación, según le pareció a Szara, tenía todo el aspecto de un montaje escénico y no casual. La luz era débil e invitaba a las confidencias; en los bosques del exterior, la oscuridad y el silencio reinaban, salvo el apagado y constante rumor de la lluvia. El hombre del «Opel» verde se había marchado. El ambiente de intimidad era completo.

—Es la historia de una aventura amorosa —comenzó Von Polanyi—. Una aventura amorosa mantenida a distancia a lo largo de mucho tiempo, seis años hasta hoy, y que continúa todavía. Una aventura amorosa con raíces en la personalidad de dos naciones muy diferentes; una aventura amorosa en la que usted y yo nos hemos visto implicados. Una aventura amorosa que se da entre hombre poderosos. ¿Está clara la referencia?

—Yo diría que sí.

—Aventura amorosa es una expresión dramática, ¿verdad? —prosiguió Von Polanyi—; pero ¿de qué otra manera se puede llamar a una relación basada en un profundo y simpático entendimiento, en una pasión compartida por ciertos ideales, en una visión común de la raza humana? La aventura amorosa lo describe. Sobre todo cuando se le añaden elementos, como por ejemplo el secreto. Que siempre se da en una aventura amorosa. Puede ocurrir que uno de los amantes esté comprometido con alguien o que la familia no lo apruebe. O quizá, sin que importe la razón, los dos amantes desean encontrarse, pero todos son obstáculos en su camino. Hay malos entendidos, incluso odios, y todo lo que quieren es estar unidos, convertirse en uno. Todo lo tienen en contra.

Von Polanyi hizo una pausa, cogió un paquete de «Gitanes» de una caja de madera que había sobre la mesita y ofreció un cigarrillo a Szara. Era la misma clase de tabaco que había fumado en sus visitas al doctor Baumann, por supuesto. Después de encender el cigarrillo de Szara con un encendedor de plata, Von Polanyi continuó.

—Ahora bien, si escribiésemos una obra de teatro, el final lógico de semejante aventura sería la muerte. Pero si dejamos el mundo del teatro y entramos en el de la política, la muerte puede ser para el mundo y no para los amantes. Imagine que Shakespeare reescribiera el acto final de *Romeo y Julieta*: en la nueva versión, los dos amantes envenenan los pozos de Verona, y en la escena final se quedan solos, y viven felices para siempre.

»Bien —añadió Von Polanyi—, supongo que éste es el fin de mi carrera literaria. Porque me temo que la realidad no es tan divertida. Los amantes, por supuesto son José Stalin y Adolfo Hitler. En agosto, el secreto de la aventura se desveló con el anuncio de un compromiso de bodas, el Pacto de No-agresión, y un generoso regalo de compromiso, Polonia. Y eso no era más que el compromiso. ¡Imagínese el boato con que se prepara el día de la boda!

»Pero ése es el futuro. Esta noche, en las pocas horas que tenemos, quiero hablar del pasado. ¿Por dónde empezar? Porque esta pasión, este noviazgo, no se acaba en los amantes. Empieza en los pueblos en que vivieron, y comenzó hace ya mucho tiempo. Alemania ha necesitado siempre lo que Rusia tiene: petróleo, minas de hierro, metales raros y trigo. Y Rusia ha necesitado siempre lo que Alemania tiene: ciencia y tecnología, capacidad, la simple habilidad de hacer las cosas. Un alemán ve un trabajo que hay que hacer, piensa un minuto, se arremanga, escupe en sus manos y listo, ya está hecho. Cuando intentamos ir solos, ¡ay!, cuando excluimos al mundo de más allá de nuestras fronteras, las cosas no van tan bien. Un ejemplo: nuestra última campaña es conseguir que nuestra gente coma pan de centeno, el cereal que cultivamos; por ello, con ese propósito, el Ministerio de Propaganda afirma que el pan blanco debilitó a nuestros soldados en la guerra de 1914. Por supuesto, nadie se lo cree.

»Ahora bien, dos países así, casi vecinos, ¿no plantean una rivalidad que clama por ser resuelta? Ya se intentó antes; pero, por alguna razón, no ha funcionado. Catalina *la Grande* importó alemanes a toneladas; aunque ayudaron, la realidad no cambió en nada. Un ejemplo más reciente: en 1917, el Alto Estado Mayor alemán metió a Lenin en un vagón blindado, y con eso destruyó a la Rusia imperial. A pesar de todo, en cuanto el mundo encontró otra vez la calma, volvieron a ponerse de acuerdo con el “Tratado de Rapallo”. He aquí a los dos Estados más despreciados de Europa corriendo el uno a refugiarse en los brazos del otro: si nadie me ama, seguro que ese viejo feo me querrá.

»¡Pobre Rapallo! Otro *tratado*, y otro dato para que atormente al estudiante que sufre ante su libro de texto. Pero este matrimonio es algo más picante si se mira debajo de las sábanas. El Ministerio de la Guerra alemán forma una compañía de desarrollo llamado GEFO y la dota con setenta y cinco millones de *reichmarks* oro. Esto facilita que la compañía “Junkers” fabrique trescientos cazas en una ciudad rusa llamada Fili, en las cercanías de Moscú. Alemania recibe doscientos cuarenta, la Unión Soviética se queda con sesenta y con la tecnología. A continuación aparece una compañía conjunta

llamada “Bersol” (a estas alturas nuestro estudiante seguramente se está volviendo loco). Quizá sea para eso, porque “Bersol” se dedica a la fabricación de gas venenoso, en Trotsk, provincia de Samara. En 1925, en la provincia de Tambov, cerca de la ciudad de Lipetsk, se funda la Escuela de Vuelo Privada de Lipetsk. Algo nebuloso, pero que hoy se conoce como Luftwaffe. En setiembre de 1926, los mercantes rusos descargan en Alemania trescientas mil bombas, más la pólvora y las espoletas correspondientes, bajo documentos falsos en los que se declara que transportan chatarra de hierro y aluminio. ¿Puede resistir más nuestro pobre y sufrido estudiante? Si a esto le añadimos que el Vehículo Pesado Experimental y la Estación de Pruebas cerca de la ciudad de Kazán son, de hecho, plantas de “Krupp” y “Daimler” y que la “Rheinmetall” construye tractores ligeros, carros de combate sería la descripción exacta, es probable que no. Todo le resultará tan aburrido, a no ser, claro, que el estudiante vaya a la escuela en Praga. Y esto dura ya desde hace doce años. Alemania rehace sus fuerzas: los dos ejércitos participan en el intercambio de oficiales, con facilidades de alojamiento en Berlín y en Moscú. Y eso es sólo la parte secreta de Rapallo. A la vista de todo el mundo, los barcos rusos cargados de trigo y mineral viajan al oeste, los técnicos alemanes hacen sus pequeñas maletas y se dirigen al este.

»Pero cuando Hitler accede al poder en 1933, todo ha de terminar. Es la cara pecaminosa de Alemania, y la idealista Unión Soviética y sus amigos en todo el mundo deben volverle la espalda. Lástima, porque todo había ido de maravilla hasta aquel momento.

»Cualquier diplomático le diría que en aquel momento no se podía hacer nada, salvo mantener el diálogo abierto, pero Hitler y Stalin compartían un característico rasgo específico: ambos creen que la lengua es el regalo que Dios hace a los mentirosos, que las palabras existen sólo para manipular a aquellos que piensan de manera diferente. Los dos hombres proceden de los basureros de Europa. Aquí tengo que inclinarme por un dicho ruso: el poder es como un gran acantilado, alto y escarpado, sólo las águilas y los reptiles pueden subir hasta él. Ellos creyeron que la diplomacia había sido el instrumento empleado por aquellos que los habían tenido sojuzgados, a lo largo de la Historia: Servicios de Inteligencia profesores, judíos y la gente parecida. Pero entonces se planteaba un problema: ¿cómo podían establecer alguna clase de comunicación entre ellos? Solución: sólo a base de escritos, gestos, hechos irrevocables que hicieran evidentes y claras las intenciones de cada uno. Ciertamente que ellos no fueron los inventores de este método. Desde los primeros días de los periódicos, los países se han comunicado de esta manera,

en la tercera página, en la segunda página, en la primera página... Sin embargo, hemos de admitir, que Hitler y Stalin emplearon el método con un particular olfato.

»En 1933, Stalin no se sentía muy seguro acerca de con quién estaba negociando en Berlín. Había leído traducciones de los discursos de Hitler, quizás incluso su libro; pero, como he dicho, ¿qué significaba eso? Luego, en 1934, hubo algo que hasta Stalin pudo comprender. La Noche de los Cuchillos Largos. Hitler tenía un rival, Ernst Röhm, el líder de los Camisas Pardas. ¿Qué hizo con ellos? Ordenó su asesinato; el de los más importantes, y a todos en una noche. E igual con todos sus rivales. Bien, al parecer Stalin sintió los primeros estremecimientos de su pasión romántica, porque en diciembre de aquel año se quiso poner a la misma altura. Organizó el asesinato de Kirov, y los rivales políticos de Stalin fueron eliminados en una purga que continuó hasta 1936.

»Luego le tocó el turno a Hitler. En 1936 envió el Ejército a Renania. Ocupó *territorio*. Una vez más, Stalin se dio por enterado. A fin de cubrir las apariencias, organizó la comedia de los procesos a Kamenev y Zinoviev. Que fuesen judíos tiene menos importancia que la *afirmación* de Vyshinsky durante el juicio de que eran judíos. Aquí vemos que Stalin empieza a comprender su problema real, tan sencillo como esto: los doce años de Rapallo habían enseñado a ambos países que podían cooperar; ahora bien, ¿como reinstaurar la cooperación? Porque, con Hitler en el poder, los dos países conseguirían dominar el mundo si trabajaban juntos. Como dos amantes, estaban hechos el uno para el otro, y eran muy fuertes, invencibles.

»Pero Stalin se enfrentaba con un problema muy difícil, el hecho de que el comunismo había sido, por tradición, una religión de idealistas. A un lado tenía a Tujachevsky, el protegido de Trotsky, la figura más poderosa del Ejército Rojo. Tujachevsky era joven brillante, atractivo, valiente, había probado su valor en la batalla, y era amado por sus oficiales. En una farsa judicial hubiera hecho trizas al oportunista Vyshinsky, y Stalin lo sabía. Necesitaba ayuda, y la tenía a su alcance. ¿Recuerda lo que le he dicho del intercambio de oficiales establecido por el “Tratado de Rapallo”? Cartas, órdenes y comunicaciones de distintos tipos se guardaban todavía en los archivos alemanes. A instancias de Stalin, y, por supuesto, gracias a intermediarios del NKVD de la máxima confianza, Reinhard Heydrich y el servicio de espionaje de la Gestapo SD encontraron las comunicaciones de Tujachevsky y las rehicieron pero introdujeron en ellas ciertos cambios que probaban que Tujachevsky y otros cuatro mariscales soviéticos —¡dos de

ellos judíos!— habían conspirado con Hitler para derrocar el Gobierno de la Unión Soviética por medio de un golpe de Estado. Mutis de los mariscales y de casi todos los jefes del Ejército soviético. ¿Qué pensó el mundo de esto, el *conocedor* mundo de funcionarios y periodistas? Que la conspiración se había fraguado en Alemania, una brillante maniobra de los Servicios Secretos para debilitar el liderazgo militar en la Unión Soviética. Excepto para Stalin, que estaba detrás de todo, pudo parecer que aquello había sido así.

La situación dejaba a Stalin con una dificultad final y muy grave: los propios Servicios Secretos, la palanca real de su poder. El NKVD y el GRU estaban formados por miles de viejos bolcheviques y comunistas extranjeros, muchos de ellos judíos, ideólogos todos, desde el primero al último. Estas personas ocupaban puestos decisivos, incluidos el Departamento Extranjero de ambos Servicios, y tenían a su cargo las tareas más secretas y complejas. Fueron los que se jugaron la vida por la revolución, los que creyeron que por mucho que la Unión Soviética se equivocara, al menos se oponía a los matones de Hitler y a los perseguidores de los judíos. ¿Acercamiento con Alemania dominada por los nazis? ¡Impensable!

»Pero, como creo que usted sabe, un hombre enamorado es capaz de casi todo, y Stalin anhelaba tener a Hitler como aliado, cómplice y amigo. Quizá pensó: *Hay un hombre en el mundo, y sólo uno, con quien yo alcanzaría un perfecto entendimiento, pero están todos estos románticos de cuello duro en mi camino. ¿Es que nadie va a quitarme de encima a estos entrometidos, a estos...?*, podría decir *curas*, y no me equivocaría demasiado. Y hubo alguien de quien echar mano, siempre lo hay. A un nivel, la purga de 1936 a 1938 se vio como la eliminación de aquellos que sabían demasiado, los que sabían donde estaban los cuerpos enterrados, el acto final de un criminal que se asegura de que sus crímenes no serán descubiertos. Para los que tenían una visión desde dentro, pareció una lucha por el poder en el seno de los Servicios Secretos: el llamado *jvost* ucraniano; judíos, polacos y letones contra el *jvost* georgiano, casi todos estos últimos de Transcaucasia; georgianos, armenios y turcos con unos pocos judíos aliados lanzados para enturbiar el asunto. La realidad es que fue un pogrom masivo, dirigido por Beria, y cuando hubo concluido, el decorado estuvo listo para hacer pública la consumación de la aventura amorosa.

»Hitler, desde luego, sabía lo que estaba ocurriendo, porque la *Kristallnacht*^[20] la primera prueba real para el mundo de lo que Alemania pensaba hacer con los judíos de Europa, pudo tener lugar entonces, a finales de 1938. Los antiguos agentes del NKVD lo hubieran asesinado entonces, y

allí, de no haber estado muerto o a punto de sucumbir trabajando en el fondo de alguna mina de oro en Siberia. Stalin, siempre astuto, dejó vivos a unos pocos como muestra, para prevenir la acusación de que había hecho lo que en realidad hizo: a Lazar Kaganovich, por ejemplo; a Maxim Litvinov, por ejemplo; a algunos de los agentes de las redes de espionaje europeas, por ejemplo; y a unos pocos periodistas destacados, a Ilya Ehrenburg, por ejemplo; a André Szara, por ejemplo.

Von Polanyi hizo otra pausa. Quizás esperaba que Szara farfullara alguna maldición, y de forma más bien estudiada escogió ese momento para darse cuenta de que le apetecía tomar otro café. Szara conservó su sangre fría, asintió con un educado movimiento de cabeza, *sí, podría haber sido de esa manera*, pero para él era más importante saber cuál era su situación, no la de José Stalin. No sentía ira alguna. Sabía que su mente estaba a disposición, del juicio pendiente de Von Polanyi. Lo que una vez había pretendido ser, por necesidad, había llegado a serlo, porque su principal reacción a la revelación de Polanyi fue *quizá*. Podía ser verdad. Pero, para acercarse al quid de la cuestión, ¿por qué se lo contaba *a él*? ¿Qué papel quería asignarle Von Polanyi?

Tenía que haber uno. Von Polanyi había sabido de él desde hacía tiempo, al menos desde 1937, cuando viajó hasta Berlín para reclutar al doctor Baumann. Cuando el NKVD había acordado, a un nivel muy superior al suyo, recibir información estratégica a través de una red clandestina. Sin saberlo, Szara había sido un agente del Servicio Secreto del Ministerio de Exteriores del *Reich*, «una pequeña oficina... sólo un grupo de educados caballeros alemanes», y no veía razón alguna por la que Polanyi quisiera dar esas relaciones por terminadas.

—En lo que a mí respecta —dijo Szara, midiendo mucho sus palabras—, todo lo que usted dice es cierto. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—No de inmediato —respondió Von Polanyi—. Esta noche, el centro de Europa es una línea que corta Polonia por la mitad, y yo creo que lo que se intenta es forjar un imperio germano-soviético a cada lado de ella. Para Alemania, el oeste de Europa: Francia, la Península Escandinava, los Países Bajos y el Reino Unido; España y Portugal se le unirán cuando vean cómo van las cosas, e Italia permanecerá como un socio secundario. Stalin espera obtener una parte sustancial de los Balcanes, Lituania, Estonia, Letonia, Turquía, Irán, la India y, con el tiempo, una frontera común con el imperio

japonés en el Pacífico. Estados Unidos ha de quedar aislado, aplastados poco a poco y condenado a morir o a ser invadido por mil divisiones. Tanto Hitler como Stalin prefieren las conquistas políticas a las bélicas, así que la primera alternativa es la más probable.

—Para mí sería un mundo en el que no podría vivir —dijo Szara—. Pero usted es alemán, Herr Von Polanyi, un patriota alemán. ¿Es posible que le disguste tanto su actual líder, que sea capaz de dañar a su propio país para destruirlo?

—Soy alemán, y es más cierto que soy un patriota alemán. Desde esa perspectiva le diré que el daño está ya hecho; se ha creado un mundo en el que me niego a vivir. Si Alemania pierde esta guerra, será desolador, casi lo peor que pudiera ocurrir, pero no lo peor del todo. Lo absolutamente peor sería que Adolfo Hitler, José Stalin y la gente que los rodea ganaran esta guerra. Eso yo no puedo permitirlo.

La arrogancia de Von Polanyi era asombrosa; Szara se esforzó en dar la impresión de estar confuso y perdido en sus pensamientos.

—Entonces, usted tiene algo particular *in mente*.

—En este momento, con toda franqueza, no sé qué hacer, no tengo un proyecto específico; sin embargo sé que debemos establecer una estructura, pero de un tipo que el poder de Hitler no pueda dañar, y menos destruir, cuando la oportunidad se presente. ¿Por qué quiero crear una estructura semejante? Sólo le diré: ¿quién lo hará si yo no lo hago? No quisiera aburrirle con la historia de los Von Polanyi, y que en cierto sentido usted conoce. Una antigua familia, de muchos cientos de años. Nunca pacífica. Una familia de guerreros, si así lo prefiere, pero siempre honorable. Incluso con verdadera obsesión por el honor. Por eso siempre hemos muerto jóvenes. Pero también tenemos hijos, y así la línea continúa a pesar de lo inevitable de semejante herencia. Para mí, el honor reside en el tipo de acción que me propongo. No ignoro que esta espina del carácter alemán es despreciada por algunos, pero yo espero que usted encuentre la manera de hacerla útil.

—Por supuesto —dijo Szara—. Pero mi propia situación...

Von Polanyi se inclinó hacia delante.

—Para hacer lo que tengo pensado, Herr Szara, necesito un hombre fuera de Alemania, un hombre que no sólo esté en un país neutral, sino que tenga un espíritu neutral. Un hombre sin afiliación, que no se sienta obligado hacia ningún credo político, que entienda el valor del espionaje, que pueda dirigir la información recibida adonde haga el mayor bien, igual vale decir el mayor daño; un hombre, en fin, que pueda llevar a cabo esta *liaison* con tal habilidad

que la fuente quede protegida. Por tanto, un hombre con la suficiente capacidad técnica como para apoyar un acto inspirado por la ética, el honor o como usted quiera llamarlo. En pocas palabras: necesito un hombre que pueda hacerlo bien sin que lo sorprendan.

Así pretende que yo sea ese hombre, pensó Szara, y me propone una extraña conspiración: un judío polaco y un aristócrata alemán trabajan juntos para poner a Adolfo Hitler al borde de un precipicio no visto aún. ¡Qué idea tan presuntuosa! Ésa de que dos hombres, más bien corrientes, en una posada cerca de Altenburg, se atreven a soñar con oponerse a un Estado de la magnitud de la Alemania nazi, con su Gestapo, su Abwehr, divisiones de SS, tanques «Panzer» y la Luftwaffe. Pero era posible, y Szara lo sabía: el poder de la información secreta era tal, que dos hombres corrientes reunidos en una posada cerca de Altenburg podían destruir una nación si sabían usarla de la forma adecuada.

—Usted encuentra la idea atractiva —dijo Von Polanyi, con una ligera excitación en el tono.

—Sí —repuso Szara—. Quizá pueda llevarse a cabo. Pero en el aspecto oficial he traicionado a la Unión Soviética. Soy un agente en fuga, y mi tiempo sobre la tierra es muy limitado. Tal vez semanas. Nada puede cambiar eso.

Von Polanyi se sintió herido en sus sentimientos.

—Herr Szara, por favor, intente cambiar su concepto de mí. Tenemos un amigo en la SD que, un secreto, es amigo del NKVD. Si usted lo permite, haremos que usted pase a mejor vida esta noche; será uno de los muchos que no ha sobrevivido a un interrogatorio de la Gestapo. Podrá leer, si todo marcha como espero, su propia nota necrológica en la Prensa de Moscú. Pero usted no puede traicionarnos, por ejemplo, apareciendo vivo un día al pie de una columna periodística. ¿Puede darme su palabra de que será así... para siempre?

—Tiene mi palabra —contestó Szara—. Pero no creo que todo sea tan sencillo.

—¡Vaya! —exclamó Von Polanyi con desesperación—. Por supuesto que no. Nada lo es. Vivirá con el miedo mortal de ser reconocido por alguien. Pero yo creo que una cierta inercia le ayudará a mantenerse seguro. Un agente soviético lo pensará mucho antes de insistir en que un enemigo, que el NKVD ha declarado muerto, está vivo. Desacreditar al liderazgo de su propia organización es algo que no hará. Le resultará más cómodo autoconvencerse de que ha visto un fantasma, que Moscú sigue siendo infalible.

—Querrán una prueba de mi muerte.

—La prueba es que descubrirán lo acaecido por conducto clandestino, y que cuando extiendan uno de sus tentáculos a muy alto nivel, «¿Han visto a nuestro Szara por algún sitio?», negaremos saber nada de usted. Entonces lo creerán. El gran riesgo que usted corre es el chismorreo: un grupo de emigrados, por ejemplo, que comenta algo sobre un francés que habla ruso y come *blini* a hurtadillas pensando que nadie lo ve. Usted tiene un pasaporte francés según el teletipo de la Gestapo. Lo describen como «válido». Úselo. Sea ese francés. Pero debe alterar su apariencia lo mejor que pueda, además de llevar la vida de un francés, de un francés que prefiere no regresar a Francia, un judío marsellés mezclado con quién sabe qué asunto desagradable. Déjese crecer un bigotito vulgar, póngase brillantina en el cabello, gane peso. No engañaría a los franceses; ellos conocerían su fraude en cuanto pronunciase una palabra. Pero, con suerte, lo tomarán por hijo del arroyo, aunque no sea de su arroyo. Supongamos que vivió en El Cairo y vendió el género equivocado al Jefe de Policía. Hay un mundo abigarrado en los márgenes de la sociedad; estoy seguro de que usted lo conoce. Si esconde a toda clase de gente, bien puede esconderle a usted. Bien, ¿qué piensa de todo esto?

Szara no contestó de inmediato.

—Quizá —contestó al fin sin dejar de mirarse las manos.

—El mejor engaño es aquel en el que nosotros creemos, y es siempre ese engaño el que salva nuestras vidas —dijo Von Polanyi con un destello filosófico en su mirada—. Sobrevivirá, Herr Szara. A mí me parece que es su don en esta vida. Confíe en el hecho de que casi nadie está seguro de sí mismo. «Oh, usted me lo recuerda», dirán. Usted debe convertirse en una leyenda que cree para sí, y sin un segundo de respiro. En su caso, quizás un pequeño trabajo en alguna clase marque la diferencia, algo que no sea muy legal.

Szara se volvió y miró por la ventana, pero nada había cambiado; una noche sin estrellas, el incesante ritmo de la lluvia sobre el bosque.

—¿Cómo estaremos en contacto? —preguntó.

Von Polanyi dejó pasar unos instantes en silencio; aquella pregunta significaba que habían llegado a un acuerdo, el que no requiere palabras. Luego expuso los procedimientos: una tarjeta postal a cierta tienda de tejidos, una dirección para la respuesta a una *poste restante*, luego el contacto. Su tono era indiferente, casi despectivo, como si diese a entender que era el tipo de labor que Szara había hecho ya miles de veces.

—¿Y si desaparezco, por las buenas? —preguntó Szara cuando el otro acabó sus explicaciones.

—Estamos juntos en este negocio —dijo Von Polanyi con sencillez—. Si usted no nos quiere, Herr Szara, entonces, nosotros tampoco lo queremos, a usted. Es así de sencillo.

Lo sacaron de Alemania con gran estilo, en un «Mercedes» verde oscuro conducido por un joven todavía en la adolescencia, un oficial de la Armada, mejillas rosadas, desgarbado, lleno de atenciones. Cada hora o así frenaba, esperaba hasta ver la carretera desierta, y luego golpeaba con delicadeza en el maletero. «¿Todo va bien?» o algo por el estilo.

Todo fue bastante bien. Szara iba tendido sobre la manta de una silla de montar, con su maleta al lado, rodeado de cosas que tenían un olor intenso a piel antigua y a caballo. Le habían dado una comida suntuosa en la posada, una bandeja que dejaron delante de su puerta con huevos escalfados, pan con mantequilla y tartas con mermelada. Y el oficial de la Armada —alguien de los alrededores de Viena, le pareció— le llevó hasta el maletero medio pato asado frío envuelto en una servilleta y una botella de cerveza. En la oscuridad con olor a caballo, Szara se mareó algo en las curvas, pero supo dominarse y bebió la cerveza. Se detuvieron tres veces. En cada una, Szara imaginó la presentación de documentos, los saludos a Hitler, el comentario grosero y la carcajada. Cuando la noche cayó, cruzaron las avenidas de una ciudad. Szara salió del maletero. Estaba en la calle oscura de un agradable vecindario.

—Bienvenido a Budapest —le dijo el joven oficial—. Su pasaporte está sellado. Buena suerte.

Luego se alejó en el «Mercedes».

En cierto sentido estaba libre.

Jean Bonotte salió al mundo y vivió más o menos como Von Polanyi había sugerido, en hoteles miserables cerca de las estaciones del ferrocarril o en las callejas del puerto, donde el aire olía a pescado podrido y a gasoil. Nunca permaneció mucho tiempo en el mismo sitio. Se unió al incansable ejército de las almas perdidas, hombres y mujeres apátridas, sin mucha diferencia con su época de Kovno. Hizo con ellos las largas colas para registrarse en las comisarías de Policía, «una semana más, señor, luego tiene que irse», comió en los mismos restaurantes baratos; se sentó con ellos en los

parques, cuando el pálido sol invernal iluminaba la estatua del héroe nacional. Cambió. Los espejos rotos de los innumerables cuartos de hotel le contaron su historia. No ganó peso como Von Polanyi le recomendó. Lo perdió; su rostro adelgazó y se contrajo bajo el desaliñado corte de cabello del refugiado. Se dejó crecer un bigote elegante y lo recortó a la perfección, como último vestigio de autorrespeto en un mundo donde nada se respetaba. Unas gafas algo ahumadas le dieron el aspecto del hombre que podía ser siniestro si quería; un hombre débil y atemorizado con la miserable pretensión de parecer fuerte. Ese mensaje no pasaba inadvertido para los depredadores. Más de una vez, la Policía de las diversas ciudades le quitaba el poco dinero que llevaba en los bolsillos y, en dos ocasiones, lo apalearon.

El segundo día en Budapest, cuando aún no había tomado el pulso de la vida a las calles, un tipo bajito, con la gorra hundida hasta los ojos y una colilla pegada a los labios, le pidió dinero para que pudiera entrar en determinada barriada, o así lo entendió Szara por sus gestos, porque no entendía ni una palabra de húngaro. Szara apartó con brusquedad la mano que le impedía el paso; lo siguiente que supo fue que le habían golpeado con más fuerza que nunca en su vida. Apenas pudo darse cuenta de lo sucedido, aquel perro lo había mordido antes de ladrar. Se vio tendido en la calle, con los oídos que le estallaban y la boca llena de sangre, mientras hurgaba en sus bolsillos en busca del dinero. Por fortuna había dejado la maleta en el hotel, si la hubiese llevado la habría perdido para siempre. El daño, cuando pudo mirarse al espejo, era horrible. Tenía los labios cortados cerca de la comisura de la boca, así como la piel a ambos lados. Sangró bastante. Le quedó una cicatriz oscura. Con los pantalones y la chaqueta maltratados, la camisa, que había comprado demasiado grande a propósito para que no le oprimiera el cuello tenía el aspecto del hombre cuya suerte, si es que alguna vez la tuvo, hacía tiempo que le había vuelto la espalda. La cicatriz, tan visible, completó la imagen. Si el NKVD seguía buscando a Szara, y él debía suponer que así era, no iban a encontrarlo en ese triste y abatido despojo de hombre.

Budapest. Belgrado. El puerto rumano de Constanza. Salónica, donde vendió billetes de lotería en las calles de la próspera y amplia comunidad judía. Atenas. Estambul. En Sofía dio la bienvenida al nuevo año, 1940, con la mirada fija en la bombilla encendida, colgada del techo por el cable eléctrico, mientras pensaba en Nadia Tscherova.

Como hacía cada día, a veces cada hora. Envió tarjetas a la dirección de la Schillerstrasse. Firmaba *B*. La *A* hubiera sido por André, pero ahora era *B*. Sabía que ella lo entendería de inmediato. Esa *B* era una especie de

sinvergüenza saludable, que viajaba por todo el sur de Europa con sus negocios, y de vez en cuando enviaba recuerdos a su antigua novia Nadia, que vivía en Alemania. «El mar es maravilloso», escribía *B* desde una ciudad del mar Negro, en la costa de Turquía. En Bucarest «había salido por fin de un terrible resfriado». En Zagreb, donde trabajó para dos hermanos judíos en un puesto del mercado, vendiendo cazuelas y sartenes, *B* detectó «los signos de la primavera en el aire». *Estoy vivo*, le decía a su manera. *No me encuentro en Alemania ni en Rusia, soy libre*. Pero llevaba una vida —en Varna, en Corfú, en Debrecén— que ella no podía compartir. «Amor eterno», escribía *B* en su tarjeta postal una hora antes de abandonar una ciudad. Sólo esperaba que ella fuese capaz de entender lo que amor eterno significaba en realidad, sus diez mil palabras. En las camas desvencijadas de los cientos de hoteles desperdigados por los rincones perdidos de Europa, el espíritu de Nadia reposaba a su lado cada noche.

Cuando trabajaba, casi nunca dejaba de hablar en yiddish. Incluso en las comunidades sefardíes donde se hablaba el ladino, había alguien que lo entendía. En los mercados al aire libre y en las calles escondidas de la mayor parte de las ciudades encontró judíos, y casi siempre necesitaba que se les hiciera algo. Como no pedía mucho, le decían que sí con un movimiento de cabeza y los labios apretados, *seguro que me vas a robar*. No era caridad en sí, sólo algo en su manera de ser que no les permitía decir que no. Podía estar hambriento. No tenía el aspecto de ser capaz de cargar o descargar carros, pero lo hizo un par de veces. Casi siempre limpiaba o hacía recados o vendía cosas. Cazuelas y sartenes desportilladas y ennegrecidas en Zagreb. Ropa de segunda mano en Bucarest. Platos, sábanas, herramientas, libros..., todo usado, hasta gafas. «¿No?» decía. «Entonces pruebe éstas. ¿Puede ver a aquella joven? ¡Perfecto! Con estas varillas de plata parece usted diez años más joven». Era fácil adaptarse —se preguntaba si no habría estado haciendo lo mismo toda la vida—, y lo necesitaba si quería agradar al cliente. ¿Quién iba a comprar algo a una pared? En esas calles, el dinero se ganaba y se gastaba al céntimo. Un dinar entero, un lek o un lev no se veían nunca. Pero la vida era barata. Vivía de pan y té, de patatas, cebollas, coles y ajos. Un poco de carne seca era un banquete. Y si tenía una tira de grasa en el borde, una fiesta. La piel del rostro se le puso roja y áspera, por estar en invierno al aire libre; la de sus manos se endureció como el cuero. Hacía señas con gesto sigiloso a un cliente, miraba a todos lados para asegurarse de que nadie lo

escuchaba, ponía sutilmente el dedo sobre la solapa y le decía: «Escuche, usted va a comprarme hoy, no va a ir a ninguna otra parte. Así que ofrezca un precio, no me importa cuál sea, estoy desesperado». El propietario de un puesto de venta de botones e hilos le dijo en Constanza: «David —así se hacía llamar aquella semana—, eres el mejor *luftmensch* que he tenido nunca. Quizá quieras quedarte más tiempo».

Aquella primavera también se convirtió en la otra clase de *luftmensch*, el hombre tan inmaterial como el aire, el agente secreto. Al principio, en su intimidad, a medida que rememoraba el pasado. Volvió como un amor olvidado, y vio que las cenizas de su antigua vida conservaban más calor de lo que él había pensado.

Estaba en Izmir, la antigua Esmirna griega, ahora integrada en Turquía. Justo al lado del viejo bazar, en la calle Kutufane, había un restaurante cuya propietaria era una anciana señora sefardí, bajita, morena y de ojos negros y brillantes. Él se encargaba de lavarle los platos. Los brazos y antebrazos se le pusieron rojos, y apenas cobraba dinero a cambio; pero recibía una comida providencial —cordero, piñones, sémola, higos secos y albaricoques—. Además la mujer le dejó un cuarto vacío en el sótano, con un colchón de paja polvorienta puesto sobre una puerta vieja donde dormía. Hasta había una mesa, con los bordes quemados por los cigarrillos, y una lámpara de queroseno. A través de media ventana al nivel de la calle podía ver Kadifekele, la Fortaleza de Terciopelo, colgada en lo alto de su colina. Tuvo una fuerte sensación intuitiva sobre aquella habitación: un escritor había trabajado allí. El hijo de la anciana hacía algo de la sección administrativa de la Policía de Izmir, aunque él no sabía qué era, y por primera vez en su odisea, Jean Bonotte pudo gozar de un permiso laboral, aunque no bajo ese nombre. «Escriba», le dijo la mujer. Y él, simulando que le costaba un gran esfuerzo, garrapateó un nombre inventado en un trozo de papel. A la semana siguiente recibió el permiso. «¡Mi hijo!», exclamó la mujer para explicar el milagro. La fortuna le sonrió. Izmir no era un mal sitio. Un viento cortante soplaba por los puertos del Egeo y el muelle se llenó de mercantes. La gente era reservada, introvertida, quizá porque, no muchos años antes, la sangre había corrido por las calles de Izmir: los turcos masacraron a los griegos, y la ciudad no podía olvidarlo del todo.

Con sus magros ingresos, Szara se compró un cuaderno y varios lápices y, cuando las grandes ollas de hierro estaban secas y dispuestas para la noche, empezaba a escribir. Fue una labor nocturna, para sí mismo, sin pensar en ningún lector. Ocurrió en marzo, un mes favorable para escribir. Szara sintió,

porque a los escritores les agrada el tiempo tempestuoso, el trueno y el relámpago, el aire y la lluvia, cielos de primavera incipiente..., sin preocuparse de si lo que hacía era bueno o malo, sino de que hubiese muchas cosas. Escribió sobre su vida, su vida reciente. Le costó, y se sorprendió cuando se dio cuenta de lo doloroso que resultaba aquello; pero era algo que quería hacer, y no pudo dejarlo. En el horizonte próximo estaba lo que Von Polanyi le había contado sobre las ejecuciones durante la purga de 1936, y el secreto galanteo entre Hitler y Stalin. Pero sobre todo, acerca de la vida fue de lo que escribió, y no tanto de política. Tenía la sensación de que Izmir no era el lugar idóneo para escribir de ese último tema. Se trataba de una ciudad demasiado vieja, que había visto mucho y vivido de alguna manera por encima de ese tipo de explicaciones. Por todas partes podían verse ruinas de mármol, gastadas en sus esquinas por el continuo roce de la ropa de la gente que pasaba. En un sitio así, lo apropiado era la arqueología; pero una arqueología que, descubrió, no tenía nada que ver con el mundo antiguo; se podía rascar la suciedad que había en la superficie y encontrar el polvo de tiempos recientes. Lo que intentaba era preservar, no perder su historia.

Yendo hacia atrás en su vida, bajo la anarquía general de su existencia, encontró el hilo de sus aventuras, sueños y pasiones. En realidad, de dos maneras. Si cada vida es una novela, la suya tenía dos tramas. Descubrió que, a menudo y de forma simultánea, había servido al *affaire* Hitler/Stalin y también se había opuesto a él, había trabajado para los dos amos en el Servicio Secreto soviético. Bloch y Abramov.

Lo que el general Bloch hizo fue tan osado como ingenioso y, a juicio de Szara, llevado por la desesperación. Supo lo que estaba ocurriendo y luchó en contra; en esa guerra, Szara había sido uno de sus soldados. Szara vio con claridad el alcance de la operación y su participación en ella sólo cuando aplicó el método cronológico. El ejercicio en la celda de Izmir no fue muy diferente del que llevó a cabo en una habitación de hotel en Praga, cuando estuvo trabajando con el informe sobre DUBOK, la historia de la traición de Stalin.

Bloch, que fue consciente del acercamiento entre Stalin y Hitler poco antes de 1937, decidió impedir la alianza y denunciar a Stalin como agente de la Ojrana. Se infiltró en el sistema de comunicaciones de Abramov y ordenó a Szara que embarcara en el vapor que llevaba a Grigory Jelidze del puerto de El Píreo al de Ostende. Jelidze iba de camino a Checoslovaquia para recoger el archivo de la Ojrana, escondido poco antes en la consigna de equipajes de una estación de trenes de Praga. Szara indujo a Jelidze a revelar sus

tejemanejes en Ostende; entonces, Bloch ordenó el asesinato del correo. Puso a Szara en su lugar, lo usó para descubrir los crímenes de Stalin en los bajos fondos bolcheviques, y lo indujo para que publicara la historia de aquella traición en una revista estadounidense. Casi lo consiguió. Pero el *jvost* georgiano se enteró de alguna manera de la operación, e impidió que se publicara la historia.

Hasta aquí, la cronología daba sus frutos; ya que reflejaba las imágenes de los acontecimientos en un espejo.

Szara, mientras estuvo en Praga, escribió una crónica para *Pravda* en la que relataba la agonía del pueblo checo mientras Hitler se preparaba para atacarlo. Aquella crónica fue rechazada. No interesaba a Hitler que se publicara y, eso resultó evidente, tampoco interesaba a Stalin. Últimamente se criticó a Francia y al Reino Unido por su debilidad en Munich, que sancionaban la pérdida de Checoslovaquia pero, en el mismo momento, Stalin y el Ejército Rojo permanecían al margen y nadie dijo nada.

Fue entonces cuando Abramov acudió en auxilio de Szara, viejo amigo suyo y, además, su agente, integrándolo dentro del *apparat* de los servicios de espionaje. ¿Qué mejor lugar para esconderlo del demonio que un rincón remoto del infierno? En París, Szara se convirtió en el agente encargado de Baumann, o lo que era lo mismo, el otro extremo de una línea secreta de comunicación entre Hitler y Stalin.

Entonces ocurrió algo que ni la Gestapo ni el NKVD habían previsto.

La red OPAL de París rompió el velo del secreto que ocultaba la cooperación en marcha. Por medio de la involuntaria agente de Sénéschal, la secretaria Lötte Huber, Szara descubrió la reunión entre Dershani, jefe de Jelidze en el *jvost* georgiano, y Ulrich, conocido funcionario de la SD, y logró fotografiarlos. Ésa fue la causa de que asesinaran a Sénéschal casi de inmediato, al igual que a Abramov, un año después. Abramov, había cambiado de bando, al menos así lo creía Szara, e intentó usar las fotografías como instrumento de fuerza, y lo eliminaron cuando trató de escapar.

Había más. La sustitución de Litvinov por Molotov cuando el compromiso entre Hitler y Stalin estaba a punto de ser revelado, y la aprobación pública del cambio hecha por el canciller alemán. Incluso el poema de Alexander Blok, «Los escitas», debió de haber jugado su papel en la operación. Aquí el análisis debía tener en cuenta a la audiencia. Si la noche que el actor Poziny recitó el poema, el mensaje dirigido a los diplomáticos británicos y franceses allí presentes, el texto servía de apelación y de advertencia, que era lo que Blok quiso decir con «Pero de aquí en adelante

ninguno de nosotros será vuestro escudo / De aquí en adelante ninguno de nosotros entrará en batalla... Tampoco nos conmoveremos cuando el feroz huno / Rapiñe los bolsillos de los muertos, / Incendie las ciudades...». Sin embargo, para un oído alemán, en aquel momento particular de la Historia, podía haber significado algo muy diferente, no muy distinto a una invitación de Stalin a Hitler para que hiciera aquellas cosas precisamente. Aquella manipulación del poema de Blok era, para Szara, un acto diabólico, y se sintió más horrorizado con ello que con cualquier otra cosa. Por sí mismo sabía mejor que nadie que, comparado con otros pecados, el abuso de las palabras de un poeta no debió significar tanto; pero, de alguna manera, sí que tuvo su importancia. Sirvió para abrir la puerta a lo que ahora ocurría en Europa donde, con la ayuda de Stalin, las palabras se habían hecho realidad. El horror había invadido el continente.

Avanzada la noche en Izmir, el viento primaveral azotaba el mar Egeo. André Szara levantó la mirada desde la mesa a la ventana. Nunca entendería los misterios que unían a los dos pueblos, el ruso y en alemán, Blok había intentado, de la única manera que un poeta podía hacer, por medio de las imágenes, la inexplicable química del lenguaje en las fronteras. Szara no alcanzaba más profundidad. Podía ver dónde se ocultaban las respuestas —en algún momento de lo sucedido entre él y Marta Haecht, en algún momento de lo sucedido entre Nadia Tscherova y su general alemán, en algún momento de lo sucedido entre Hitler y Stalin, e, incluso, de lo sucedido entre él y Von Polanyi—. Confianza y sospecha, amor y odio, atracción y repulsión. ¿Habría una fórmula mágica que resolviera esa contradicción? Él era incapaz de encontrarla, al menos aquella noche en Izmir no pudo. Y quizá nunca pudiera.

Sólo pudo pensar en el acto final del drama de Bloch, en el cual maniobró para que Szara cayera bajo la influencia de De Montfried. Era como si Bloch, enfrentado a la certeza del fracaso —Beria en la cúspide, los asesinos asidos al poder, el pacto con el diablo—, hubiese lanzado su último mensaje: *salvad vidas*. Szara había hecho las cosas lo mejor que pudo. Y luego, la realidad de las circunstancias intervino.

Y, sin tardar demasiado, la realidad de las circunstancias impuso tomar una decisión.

Szara tenía escritos ya muchos cuadernos antes de terminar: todo estaba enredado, algunas historias demasiado abultadas, páginas escritas por el anverso y el reverso, sin orden ni concierto, en caracteres cirílicos a lápiz,

borrones, garabatos en los momentos de impaciencia. Llegó un momento en que vivió para la noche, para las horas en que la gente de su vida pasada revivía y hablaba. Quedó sorprendido por su memoria: lo que Abramov dijo, cómo decía las cosas Marta Haecht. Los sarcasmos de Vainshtok... Vainshtok, Szara nunca pudo llegar a entender lo que fue el gesto final de su vida.

El trabajo de fregar vajilla se cobró su precio. Se le secó la piel de las manos que se le cuartearon, y a veces le sangraban. En ocasiones dejaba una mancha de sangre en el papel donde reposaba la mano después de escribir. *Dejemos que ellos se lo imaginen*, pensó. ¿Ellos? No sabía quiénes eran. Los rusos se habían convertido en escritores clandestinos en campos de concentración y en sótanos y en celdas y en miles de formas de exilio, por eso, sólo podían imaginar lectores clandestinos. Él no era distinto.

Pero, aparte de aquello, el mundo lo trataba irrazonablemente bien. La anciana ahora mantenía la teoría de que él estaba hecho para algo más que para limpiar el hollín de las perlas e insistía, hablándole en el yiddish primitivo de una-palabra-tras-otra que empleaban entre ellos en que algún día la acompañara para hacer la compra, y al decirlo hacía una rápida pantomima, como si estuviese cargada con un peso invisible mientras reposaba de cansancio, y cuando el día llegó, él se sintió como en la escuela. Las cebollas tenían que ser alargadas y duras. El melón se huele por aquí. Con este ladrón tienes que contar el cambio dos veces. La mujer tenía planes para él. Szara olfateó un cambio de suerte, una mejora, una solución posible.

En aquella primavera él no fue el único en buscar soluciones. Al norte, lejos de donde se encontraba, en la frontera occidental alemana, los oficiales del Servicio de Inteligencia militar cavilaban sobre el sitio exacto por dónde atravesar la «Línea Maginot» francesa o, si no podía ser cruzada, cómo rodear su flanco. Al principio, esto pareció imposible. Aunque la Wehrmacht violara la neutralidad de Bélgica, ¿cómo iban a poder los tanques «Panzer», tan decisivos en el plan de ataque, cruzar los densos bosques de las Ardenas? Para contestar a esta pregunta, los oficiales pusieron unos tubos, tan largos como anchos en los tanques, atravesados en sus automóviles, y se fueron a los bosques. Se encontraron con que debían ir despacio, tenían que sortear los árboles, de los que podían talar algunos, aquí y allí, pero era posible conseguirlo.

Y se hizo el 10 de mayo. Junto con ataques de planeadores y paracaidistas para mantener expeditos los puentes belgas y someter los efectivos militares del país. A la suave luz nocturna del paseo marítimo de Izmir, Szara vio un

grupo de franceses, quizá viajeros de comercio o empleados de compañías francesas, reunidos alrededor de un único ejemplar de *Le Temps*. El viento soplaba fuerte a aquella hora y los hombres sujetaban con una mano los sombreros en la cabeza y con la otra las hojas del periódico. Una de las mujeres tenía lágrimas en las mejillas. Szara se acercó al grupo y leyó por encima de los hombros. Al instante comprendió lo que había sucedido y recordó Polonia. Uno de los hombres llevaba un sombrero de paja. Mientras trataba de pasar una hoja recalcitrante con las dos manos, el viento se llevó su sombrero, que rodó y rebotó a lo largo del paseo.

Aquella noche, Szara empaquetó sus cuadernos, los envolvió en papel de embalar y los ató con una cuerda. Un viejo suéter, unas pocas novelas — Balzac, Stendahl, Conrad en francés—, una muda de camisas y calcetines, la fotografía de un bistró de París sacada de una revista, un mapa de las calles de Sofía; todo lo puso encima. Había llegado el momento en que el refugiado debía desaparecer, y la maleta con doble fondo no le servía ya para sus propósitos.

A la mañana siguiente, temprano, sin haber dormido y pálido, se puso a la cola de la oficina central de Correos. Cuando llegó a la enrejada ventanilla envió un telegrama para la oficina de De Montfried en París. Tuvo la respuesta a las veinticuatro horas, con una dirección en una calle de Bancos privados, en la cual, bajo un enorme techo abovedado, que garantizaba una constante y fría penumbra, un grupo de hombres con pantalones a rayas contaron miles de francos franceses. Cuando salió, Szara parpadeó bajo la fuerte luz del sol y se encaminó a las oficinas de la «Denizcilik Bankasi», las líneas marítimas turcas, una venerable institución que había hecho escalas en todos los puertos del Mediterráneo durante más de un siglo. Los empleados se mostraron muy comprensivos. Este patriota francés regresaba a su país, embarcado en un camarote de primera clase, para enfrentarse con el destino de la guerra. Todos le estrecharon la mano por turno mientras le miraban a los ojos, luego le señalaron el pasillo que conducía a la sala de equipajes. También allí encontró simpatía. Un supervisor permaneció a su lado, con las manos cruzadas a la espalda, contemplando a su joven ayudante rellenar el resguardo. Con un cuidado casi ritual ataron la etiqueta al asa, después el supervisor hizo sonar una campanillas y un hombre en uniforme azul acudió para llevarse la maleta. Szara echó una mirada a la sala de equipajes mientras abría la puerta; las gruesas estanterías de madera llegaban hasta el techo; vio *gladstones*^[21] pasadas de moda, baúles de barco, portamantas, cestas de

madera, incluso algunas cajas de envíos metálicas con rótulos impresos. El supervisor carraspeó a su lado.

—No se preocupe. La confidencialidad de nuestros clientes es sagrada para nosotros, y la mantenemos incluso en los momentos más difíciles. — Luego añadió—: Buena suerte. Feliz viaje.

La noticia del ataque alemán a Francia corrió como reguero de pólvora; la guerra era ya una realidad, y seguramente peor que en 1914. Todos los ciudadanos que Szara encontró aquel día en Izmir se comportaron de manera formal y digna. Era su particular manera de enfrentarse a la tragedia.

Embarcó el 14 de mayo y llegó a Marsella cinco días más tarde. Durante el viaje no salió del camarote, en el que se hizo servir las comidas. Aunque se habían suspendido futuros viajes, había pocos pasajeros a bordo, sólo aquellos que consideraron que debían regresar a un país en guerra. A la hora en que el barco atracaba, Amberes acababa de ser ocupada y la Wehrmacht había llegado a Amiens. El camarero le dijo en tono confidencial que algunos pasajeros pensaban que habían llegado demasiado tarde y que no pensaban desembarcar en Francia. Los funcionarios de pasaportes y aduanas atendieron a los pasajeros de primera clase en sus camarotes. No hicieron ninguna pregunta a Jean Bonotte; sólo podía haber una razón para su regreso a Francia.

Un día más tarde estaba en Ginebra, adonde llegó en un coche de alquiler porque no le fue posible hacerlo en tren; casi todas las locomotoras y los coches-camas habían salido para el norte bajo control militar. Jean Bonotte fue admitido en Suiza con un visado válido para cinco días, había un negocio bancario que exigía su presencia personal. Envió otro telegrama a De Montfried y éste, de nuevo, le contestó de inmediato, y, una vez más, fue dirigido a una calle de Bancos privados. En este caso, en una sala de juntas lujosamente amueblada, los banqueros habían sido sustituidos por abogados. Hubo breves presentaciones, se alabó la bondad del tiempo, luego, el término *intervention* —una expresión suave, sutil, incluso graciosa, cuando se ronronea de corrido en francés— apareció en la conversación. Evidentemente significaba que ciertos funcionarios habían decidido intervenir en favor de Jean Bonotte, para que no se pusiera en duda que era el tipo de persona que podía residir en Suiza. Szara apenas habló; el Bonotte sentado a la mesa era virtualmente ignorado; aquellos caballeros se ocupaban como persona jurídica de Bonotte, asunto que sí era de su incumbencia. Eran versados profesionales, con voces de violoncelo, que no hacían preguntas; en lugar de ello, daban respuestas, y las daban, por razones de cortesía, en forma de preguntas

retóricas: «No sería una mejor idea informar a la Prefectura que...». Szara siguió cuanto decían de la mejor manera que pudo. Arrullado por el lejano tecleo de las máquinas de escribir, confortado por el sol que se filtraba por las ventanas de cristales emplomados, se hubiera dormido allí mismo si alguien no le hubiese mostrado con alharacas un papel que necesitaba su firma. *Ésta es la manera de saltar las alambradas de espino sin herirte las manos*, pensó.

Y así, empezó de nuevo.

El eterno oficio, en esa cálida, gris y plácida ciudad, donde el Ródano fluía sereno bajo los puentes de piedra. Concesiones autorizadas, ganancias de dinero, intereses compuestos, informes enviados por correo en sobres escritos a mano, información comprada, vendida, negociada, o simplemente, guardada bajo llave para su posterior uso. La ciudad no era secreta sino privada. Nadie ocultaba el rostro. Szara encontró la habitual villa en el habitual vecindario, en el camino de Saussac, al sur de la ciudad, y se puso a pensar seriamente en sus propios asuntos, que, con bastante rapidez, se confundieron con lo cotidiano y rutinario. Con los vecinos practicó el único y estirado saludo de un movimiento de cabeza, no más, pero tampoco menos. Se compró tres trajes de color marrón, con sólo ligeras diferencias, así los demás sabrían que tenía más de uno. Abrió una cuenta bancaria, pagó sus cuentas, y de vez en cuando, desaparecía. «La más digna y ordenada ciudad», escribió el fantasma *B* desde Zurich. Algo no muy diferente a la nostalgia aguardaba a Szara en sus horas de tren, su esfuerzo esporádico para evitar que en el matasellos de Correos figurara Ginebra, al tiempo que Nadia quedaba informada de que estaba a salvo en Suiza.

A *salvo*, por supuesto era algo muy relativo. Seguía siendo un fugitivo. Pero en alguna parte, durante su larga odisea por las callejas del sur de Europa, Szara había aprendido a dejar a un lado su miedo al inevitable castigo. Ahora sólo pensaba en cómo podría eludir el secuestro y el interrogatorio si el NKVD lo descubría. En el caso de que fuesen a matarlo mejor que lo hicieran de prisa. Conservó algunos rasgos de su anterior disfraz, más que protegerse de un posible reconocimiento que por otra cosa. Un día se cruzó por la calle con una periodista que le conocía, una belga, la cual se lo quedó mirando con gran atención. Szara reaccionó como el hombre que es objeto de una proposición sexual, no por inesperada mal recibida, y la mujer salió corriendo. En otra ocasión, un desconocido se le dirigió a él en ruso, aunque con cierta expresión de duda. Szara lo miró con aire confuso y le

preguntó en francés si necesitaba ayuda. El hombre le pidió excusas, hizo una ligera reverencia y le dio la espalda.

Lo que le ayudaba a protegerse, creía él, era la actitud del Gobierno suizo con respecto al NKVD; el desertor soviético Ignace Reiss había sido muerto a tiros en 1937, a la luz del día, por agentes de NKVD que operaban en Suiza. A los suizos no les gustó nada aquello. Lo que los rusos conservaban, a juicio de Szara, eran unos pocos agentes como funcionarios de la Embajada y unas pocas redes, al estilo de OPAL, formadas por antiguos miembros del partido comunista suizo. Moscú debió de pensar que era mejor no sobrepasar los límites de la paciencia suiza, porque, desde hacía tiempo, no toleraban ningún tipo de actividad revolucionaria. Ya no había jóvenes judíos, huidos del Asentamiento, que pasaran el tiempo hasta altas horas de la noche en los cafés de Ginebra, discutiendo sobre hasidismo, socialismo, bolchevismo y sionismo. Lenin, que abandonó su exilio suizo en 1917, no había dejado tras de sí estatua alguna, y los suizos no parecían sentir ningún entusiasmo por levantársela.

Ahora era necesario ir a la guerra.

Ésta era su obligación, su herencia, no exigía ninguna justificación. «Necesito un hombre que pueda hacerlo bien sin que lo sorprendan», le había dicho Von Polanyi. Muy bien, Szara era ese hombre. En el cajón de su mesa de trabajo guardaba la dirección de cierta tienda de tejidos en Francfort. Para completar la conexión sólo necesitaba una dirección de *poste restante*, y ésta la puso en Thonon, en la orilla sur del lago Lemán, adonde se llegaba tras un placentero trayecto en tren. Así estableció una línea de comunicación fuera de Alemania.

El destino de la información de Von Polanyi dependería de qué le facilitara y, por supuesto, la elección correspondería a Szara. Ginebra ofrecía múltiples posibilidades. Con cuidado y tranquilidad, Szara confeccionó una lista de candidatos. Los obvios —los funcionarios políticos británicos y franceses— y los no tan obvios. Szara se relacionó con organizaciones interesadas en causas políticas progresistas. Fue a la biblioteca, leyó periódicos antiguos y localizó a periodistas bien relacionados con la comunidad diplomática. Por medio de uno de los abogados de De Montfried, fue presentado a uno de aquéllos, ya retirado, que había escrito sobre el mundillo político suizo con extraordinaria perspicacia. Se tomó un pastel de vainilla y una botella de *kirkwasser* en casa de su hombre, y pasaron la tarde

conversando. Sí, la información era un recurso fundamental en Suiza, y la transacción de compras y ventas era continúa y abundante. Un cierto hombre de negocios sueco, un ejecutivo de una petrolera francesa, un profesor de lingüística de la Universidad... Al oír del último, Szara fingió sorpresa. El viejo periodista sonrió.

—Un comunista terrible en los viejos tiempos, pero me parece que terminó por ver claro.

La expresión del hombre —cínica, divertida— dijo a Szara cuanto quería saber. Había doblado la esquina de una red.

París cayó el 14 de junio.

Szara vio la famosa fotografía de la Wehrmacht desfilando bajo el Arco del Triunfo. Aguardó, con auténtica desesperación que ocurriese un milagro, un milagro británico, el milagro norteamericano, pero nada sucedió. Como todos los ojos estaban puestos en Francia, la Unión Soviética eligió el momento para la ocupación militar de Letonia y Estonia, luego, el día 26 invadió los territorios rumanos de Besarabia y Bukovna del norte, Szara envió una tarjeta postal a la tienda de Francfort. «Mi esposa y yo pensamos regresar a casa el 3 de julio. ¿Podemos tener las cortinas listas para esa fecha?». Tres semanas después, una carta para M. Jean Bonotte, Poste Restante, Thonon. «En respuesta a su petición, Herr doktor Brückmann llegará al “Hôtel Belvedere” el 10 de setiembre. Los pacientes que deseen consultar con el doctor sobre desórdenes neurológicos, deben convenir sus visitas a través de sus médicos locales».

—Querido, querido —saludó el enano que lo había llevado en su coche a la posada cerca de Altenburg—, parece que lo ha pasado bastante mal últimamente.

Szara se pasó un dedo por la cicatriz de los labios, ya blanca por completo.

—Pudo ser peor.

—Suponemos que está dispuesto a cooperar con nosotros.

—Me tienen a su disposición.

Szara le explicó cómo quería actuar, sobre todo en el asunto de los correos. Quería que determinada persona en Berlín efectuara esos servicios con regularidad, pero no fue sincero. A esa persona, Szara se lo juró a sí mismo, una vez en Suiza, nunca la abandonaría, al menos mientras durara la

guerra. *Por lo menos salvaré esa vida*, pensó. Que lo escriban en su tumba. Von Polanyi ya se las arreglaría para envíos posteriores.

—Como desee —dijo el hombrecillo, aceptando la sugerencia—. Espero —añadió— que esto sea prueba de nuestra sinceridad. —Entregó un sobre marrón a Szara—. Ah, sí, una cosa más. Al entregarme este documento, Herbert me pidió que le dijera que «ahora los amantes están reñidos». Espero que este mensaje tenga algún sentido para usted.

Hasta que Szara no abrió el sobre aquella noche no lo entendió del todo.

Y entonces se quedó sin respiración. En la mano tenía dos páginas de un papel corriente escrito a máquina a un espacio. El primer párrafo se refería a un estudio fotográfico en la Unter den Linden, propiedad de un tal Hoffmann, el fotógrafo favorito de Hitler, el cual había hecho retratos de la amante de Hitler, Eva Braun, y de otros dignatarios nazis. El mes anterior al ataque a Polonia, Hoffmann había empleado un gran mapa de aquel país para decorar uno de sus escaparates. En abril de 1940, lo había adornado con mapas de Holanda y de la Península Escandinava. Y hacía una semana, el 3 de setiembre, con mapas de Ucrania, Rusia Blanca y los países bálticos.

El segundo párrafo decía que el Ministerio de Transportes alemán había ordenado hacer un estudio de la capacidad de la red ferroviaria este-oeste que conducía a la frontera oriental alemana. El Ministerio había sido informado de que soldados, que superaban el millón, la artillería y los caballos serían trasladados al este.

El tercer párrafo citaba las exigencias de mantenimiento para los aviones de reconocimiento de la Luftwaffe que operaban sobre Liepāja, Tallin, la isla de Oesel y el archipiélago Moonzund —enclaves todos ellos en las líneas defensivas soviéticas del Báltico—, así como sobre la red de carreteras que conducían a Odesa, en el mar Negro.

El cuarto párrafo describía el proceso planificado del Cuartel General alemán para remplazar las unidades de vigilancia de la frontera en la región del Burg —la línea divisoria en Polonia entre las fuerzas soviéticas y alemanas—, por divisiones de ataque. Se había acelerado un estudio de los planes de evacuación para la población civil en el área. Personal militar sustituiría a los directores civiles de todos los hospitales.

El párrafo final se limitaba a decir que el nombre de la operación era «Barbarrosa»: un ataque a gran escala contra la Unión Soviética, desde el

Báltico hasta el mar Negro, tendrá lugar al final de la primavera o a principios del verano de 1941.

Szara tuvo que salir de allí, al aire libre. Abrió la puerta con precaución, pero todas las casas de la calle estaban a oscuras, la gente dormía. Era una noche nublada, cálida, de un impresionante silencio. Como si el cielo estuviese pintado en ámbar, como si el tiempo se hubiese detenido en aquella colina arbolada asomada a Ginebra. Nunca en su vida necesitó tanto caminar. Pero era imposible. No podía hacerlo. Caminar sin rumbo fijo por aquellas calles hubiera llamado la atención, y el papel que había dejado sobre el grasiento mantel amarillo de la mesa de la cocina se lo prohibía; ahora más que nunca no podía comprender a quienes lo habían hecho invisible con tanta amabilidad. Sólo pasear, eso no le pareció tan arriesgado. De hecho necesitaba más, mucho más. Necesitaba lo que pensaba que era la *vida*, y por vida entendía París, grupos de gente en una calle estrecha, penumbra, perfume, cuerpos sin lavar, la forma humeante del tabaco «Gauloises» y de las patatas fritas. Necesitaba a la gente, de todas las clases, que reía, discutía, se exhibía, coqueteaba indiferente, se tocaba el cabello. Sintió el dolor de su ausencia.

Una riña de enamorados era como Von Polanyi lo había calificado. Y no resultó palabrería, sino una manera sabia de hablar; que no reflejaba con exactitud lo que significaba: millones de muertos y nadie, nadie en el mundo podía detener aquello. *Locura*, pensó. Luego se corrigió. Había visto un noticiario, con Hitler bailando una giga al lado de su vagón de ferrocarril en Compiègne, donde los franceses obligaron a firmar el armisticio a los alemanes en 1918. Un raro y breve baile de esperanza, como el de un loco. Ésa era la opinión más generalizada entre las democracias occidentales, aquel hombre tenía que ser recluido en alguna parte. Szara se quedó a ver el noticiario por segunda vez, y luego por tercera. El filme había sido alterado, estaba seguro. El compás de la giga se había convertido en un frenesí de lunático. Szara percibió la manipulación de un Servicio de Inteligencia. Pero Hitler no estaba loco, era la personificación de la maldad. Y esa noción, la gente educada no la aceptaba, ofendía su sentido de la racionalidad del mundo. Sin embargo era lo cierto. Y tan cierta como su imagen en un espejo, era Stalin. Sólo Dios sabía a cuántos millones de personas había asesinado. Un ser humano normal y decente se pondría enfermo sólo de pensar en dos monstruos como ellos. Pero Szara, no; y menos en esos momentos. El lujo de

la condena no le correspondía. Los accidentes del tiempo y las circunstancias le exigían que se apresurara a ponerse del lado de uno de los asesinos y ofrecerle una hacha afilada. Porque tenía que hacer como si sus crímenes no importaran y Szara, conocedor de la verdad antes que otros, tendría que ser uno de los primeros en cerrar los ojos.

Hizo lo que tenía que hacer. El profesor de lingüística era un hombre de baja estatura y malhumorado, con unos pocos cabellos untuosos pegados a una rosada calva. Szara lo entendió muy bien, combativo, resuelto, vanidoso, un arrogante convencido de sus teorías. Y, a decir verdad, inteligente dentro de su desvarío. El Partido Comunista siempre había atraído a gente de esta clase, y les había dado la importancia que los demás les negaban. Los ojos del hombre brillaron con pasión misionera, terriblemente ignorante, Szara tuvo que admitirlo, de lo que estaba haciendo.

Pero Szara era el heredero de una gran tradición, la de Abramov y Bloch, y, si se remontaba hacia el pasado, la del agente de la Ojrana y más allá aún, y era muy superior al profesor en eso. Szara paseó entre las estanterías de la biblioteca de la Universidad, en busca de su presa. La perdió la primera vez, pero no la segunda. Sólo fue un pequeño roce con una mujer de unos cuarenta años vestida con un traje de lana negro. Szara, que hojeaba para ocultarse un estudio Victoriano sobre fonemas, vio cómo cambiaba de manos una caja de cerillas y con eso tuvo bastante. Cuando el profesor fue a su despacho después, encontró un sobre que habían metido por debajo de la puerta. El segundo envío de Polanyi estaba programado para octubre, y Szara sabía que le seguirían más. Sentía como un malicioso regocijo en las variaciones con que obligaba al profesor. Quizá la próxima vez le enviaría por correo la llave de la caja de un guardamuebles.

Pero el profesor cumplía con su trabajo, de eso Szara estaba seguro. Pasaba la información a su red para que algún Kranov tecleara en su radiotelégrafo a través del silencio de la noche. Y así llegaría a Moscú. En su imaginación, Szara veía el recibimiento preparado a la Wehrmacht: el Ejército Rojo llevado en secreto a la frontera metido en vagones de carga, camiones camuflados, trampas antitanques excavadas en horas de oscuridad cuando la Luftwaffe está ciega, fortines reforzados de cemento... Hasta que el demonio más pequeño destruya al grande y el mundo pueda ocuparse de sus propios asuntos.

18 de octubre de 1940.

André Szara estaba en pie entre los árboles teñidos por el otoño de un bosque al pie de una montaña alpina y contemplaba las ondas que las aguas del Rin hacían al chocar contra los pilares de un puente. Al otro lado del río podía verse el pueblo alemán de Hohentengen; la bandera roja y negra agitada por el viento en lo alto del Ayuntamiento. Un lugar bonito y tranquilo al extremo sur de la Selva Negra. En el lado del Rin adonde estaba Szara, a unos pocos kilómetros, se hallaba Kaiserstuhl, un pueblo suizo, también bonito, también tranquilo. Era una frontera pacífica; apenas sucedía nada. En el lado alemán del puente, dos centinelas hacían guardia en una garita junto una barrera. A la salida del pueblo tenían dispuestos unas pocas barreras hechas con troncos en los que habían liado alambre de espino, por si algún coche intentaba escapar a toda prisa; y eso era todo.

Miró su reloj y vio que aún faltaban unos minutos para las cuatro. Cambió el peso de su cuerpo sobre el otro pie, se apoyó en un roble y las hojas muertas a sus pies crujieron cuando se movió. No se veía ni un alma; estaba a sólo quince minutos de Zurich, pero en otro mundo. Se entretuvo en imaginar el trayecto del correo: desde Berlín hasta Munich, luego al cruzar el Danubio en la provincia de Wüttemberg, después en dirección al lago Constanza, más tarde, Basilea, donde el Rin gira hacia el norte y, por último, después de pasar Hohentengen, cruzar el puente de Hohentengen. Volvió a mirar la hora: el minuterero no se había movido. Una voluta de humo serpenteó desde la chimenea de la caseta del guardabosques, donde los guardias suizos se alojaban. Ellos, al contrario de sus colegas del lado alemán, no tenían que hacer la guardia cargados con sus fusiles y expuestos al viento helado.

Ahora llegaba.

Szara se puso tenso al verlo. Un gran automóvil negro, brillante, con largos guardabarros curvos delanteros y unas pequeñas banderas con esvásticas sobre los faros. Avanzó con lentitud, sorteando las barreras de alambre de espino hasta detenerse junto a la mecánica junto a la garita. Uno de los centinelas se inclinó hacia la ventanilla del conductor, luego se cuadró y saludó con gesto enérgico. Entonces el otro levantó el picaporte y empujó la barrera hasta que la tuvo alineada contra el pretil del puente. El coche reanudó la marcha; Szara oyó las sacudidas sobre los tablones desnivelados que formaban el suelo del puente. La puerta de la caseta del guardabosque se abrió, un guardia salió y se acercó hasta medio camino, indiferente, y con un gesto de la mano hizo señas al conductor del coche para que continuase.

Szara, con las manos hundidas en los bolsillos, saltó a un sendero descuidado que seguía el pie de la montaña; luego, cuando se hubiera alejado

de la vista de los centinelas, pasaría a la carretera. Para la operación había recorrido e inspeccionado todos los pequeños puentes de ese sector del Rin y acabó por elegir el de Hohentengen. Se había asegurado de que no serían observados. Resbalando sobre las hojas, salió a la carretera y se dirigió al automóvil, que esperaba junto a un indicador con la distancia a Kaiserstuhl. Quedaba poca luz ya en aquel atardecer de octubre y, a través del parabrisas, a causa del ángulo de visión, sólo le fue posible ver la silueta de un hombre con uniforme y gorra militar. El cristal de la ventanilla del pasajero estaba ligeramente teñido, para preservar la intimidad del ocupante. Sólo vio la ladera de la montaña reflejada en la brillante superficie ahumada, y luego, al acercarse, su propia imagen, su mano que se dirigía a abrir la portezuela, su rostro frío y neutro, todo lo contrario a lo que sentía por dentro.

La puerta se abrió suavemente, pero Szara no encontró lo que esperaba. Parpadeó, sorprendido. No eran los ojos azul pálido ni había afecto en ellos. Curiosidad quizá. Aunque tampoco mucha. Eran los ojos de un cazador, de un depredador, que se limitaron a devolverle la mirada, sin sentimiento, sin reconocimiento, como si no fuese más que una forma móvil en un mundo de formas móviles.

—Oh, *Seryozha* —dijo ella al tiempo que tiraba del perro con la cadena de plata.

Szara debió de quedarse muy sorprendido porque Nadia le dijo:

—¿Pero qué miras? No podía dejarlo en Berlín, ¿no te parece?

Se inclinaron por encima del perro para abrazarse. El corazón de Szara estallaba de gozo. La presencia de *Seryozha* significaba que ella no tenían intención de volver a Berlín. Para Nadia, la vida en las sombras había terminado.

Szara estaba absolutamente seguro de eso.

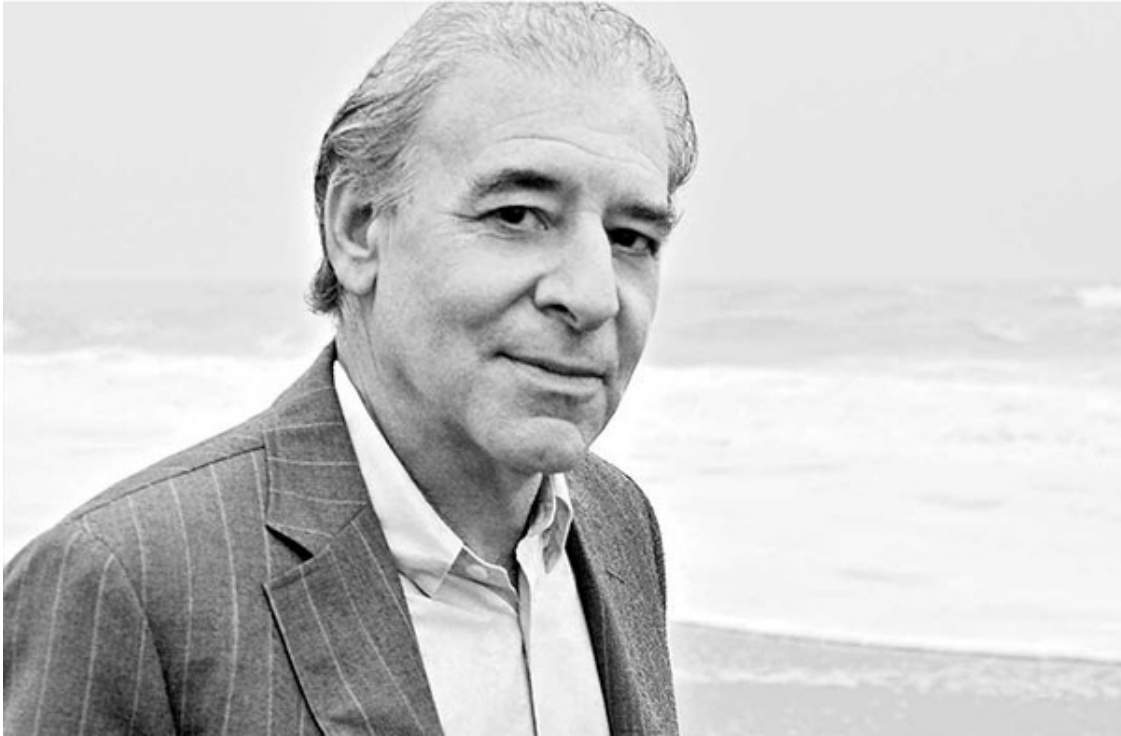
EPÍLOGO

Esta novela está basada en una conversación mantenida en una clínica privada de París en febrero de 1937. Mientras se restablecía de un accidente automovilístico, el agente del espionaje soviético L. L. Feldbin, alias «Alexander Orlov», tuvo la visita de su primo Zinovy Katsnelson, comisario de la Seguridad del Estado en Ucrania. Katsnelson le dijo que el grupo ucraniano de los Servicios Especiales, compuesto sobre todo de judíos, pretendía derrocar a Stalin, acusándolo ante el Partido Comunista de haber sido un antiguo agente de la Ojrana. Pruebas de tal afirmación se encontraban en tres copias de un informe de la Orjana en posesión del grupo. En marzo de 1937, Katsnelson fue llamado a Moscú y fusilado. Feldbin desertó de una misión en España en julio de 1938, y más tarde pasó a Estados Unidos. En el curso de su interrogatorio, muchos años después, informó de lo que Katsnelson le había contado.

Algunos de los personajes de este libro aparecen en la novela *Night Soldiers*. He intentado que nombres, cargos y lugares coincidan en los dos libros, con una sola excepción: en *Night Soldiers*, el *rezident* Yadamir Ivanovich Bloch (Yaschyeritsa) era coronel general, y una graduación tan alta no le hubiera permitido actuar como lo hace en *Estrella oscura*. Por esa razón ha sido degradado a teniente general en esta novela.

AGRADECIMIENTOS

Estoy muy agradecido por la ayuda que tantas personas me han prestado mientras escribía *Estrella oscura*: historiadores de la época, bibliotecarios, libreros y amigos, demasiados para nombrarlos aquí. Sin embargo, quiero dar las gracias a Abner Stein y Anne Sibbald por su generoso apoyo y aliento; a Luise Erdmann, la editora del manuscrito, por buscar la claridad y la precisión en un mundo caótico; y en especial, a Joe Kanon, por su confianza en mi trabajo en particular, y, en general, por dar la posibilidad a tantos escritores de que puedan seguir dedicándose a lo que mejor saben hacer.



ALAN FURST (Nueva York, EE. UU., 1941). Licenciado en el Oberlin College en 1962, obtuvo un master en la Universidad de Pennsylvania en 1967. Trabajó en publicidad y como articulista en varias revistas. Como periodista ha viajado por Europa del Este y Rusia y ha sido colaborador habitual de *Esquire* y *The International Herald Tribune*. Ha vivido largas temporadas en Francia, inicialmente ejerciendo como profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Montpellier, y años después en París. Es bastante más conocido en Estados Unidos que en Europa, a pesar de que él mismo dice tener espíritu europeo. Cultiva el género del espionaje histórico, si bien sus personajes son de ficción. Sus novelas, muy bien documentadas, se desarrollan en el periodo entre las dos Guerras Mundiales y la segunda Guerra Mundial, en especial en Centro Europa.

Su obra *El oficial polaco* tiene un gran rigor histórico y realismo, con grandes dosis de intriga y ha sido publicada con extraordinario éxito en Estados Unidos y varios países de Europa.

Notas

[1] Hotel de las Flores. (*N. del T.*) <<

[2] Aquí debe de haber una imprecisión. Los nazis iban con camisas pardas. Las camisas negras eran características de los fascistas italianos y no creo que aparecieran en Danzig. Habría que preguntárselo a Günter Grass, que era de allí, y lo relata en su novela *El tambor de hojalata*. (N. de T.) <<

[3] El original dice «Cartes de la Monde», sin duda un error. (*N. del T.*) <<

[4] ¿Había luces de neón en 1938? (*N. del T.*) <<

[5] Comidas de encargo. (*N. del T.*) <<

[6] *Weisswurst*, salchicha blanca; *Jaegerwurst*, salchicha de jabalí o ciervo; *Sauerkraut*, col fermentada. (*N. del T.*) <<

[7] Federación Germano-Americana. (*N. del T.*) <<

[8] Hausfrau, ama de casa; Frau Doktor, señora del Doctor. (*N. del T.*) <<

[9] Juventudes Hitlerianas. <<

[10] Estación de ferrocarril. (*N. del T.*) <<

[11] *Weisswürste*, salchichas. *Kartoffeln*, patatas, Dachshund y schnauzer son perros de raza alemanes. (N. del T.) <<

[12] *Cul*, culo, coloquialmente «gilí». (*N. del T.*) <<

[13] *Cornichons*, pepinillos. (*N. del T.*) <<

[14] *Prémier cru*, primera cosecha. (*N. del T.*) <<

[15] Distrito de Londres donde tienen su sede los Ministerios británicos y los servicios de espionaje. (*N. del T.*) <<

[16] Señor en polaco (*N. del T.*) <<

[17] Casquete para la cabeza que usan los judíos practicantes varones (*N. del T.*) <<

[18] Señor, en polaco. <<

[19] En yiddish, rabo. <<

[20] La Noche de los Cristales. <<

[21] Tipo de maleta que se abre en dos mitades iguales. (*N. del T.*) <<